



UNIVERSIDAD
CATOLICA DE
TEMUCO

Ediciones UC Temuco



Y así nació La Frontera...

Conquista, guerra, ocupación, pacificación. 1550-1900

Ricardo Ferrando Keun

Y así nació la Frontera...

RICARDO FERRANDO KEUN

Y ASÍ NACIÓ LA FRONTERA...

Conquista, Guerra, Ocupación, Pacificación 1550 - 1900

ISBN: 978-956-7019-83-0

© Ricardo Ferrando Keun
Inscripción N ° 64.106
Derechos Reservados

Primera edición: 1986
Editorial Antártica S.A.

Segunda edición: julio 2012

Ediciones Universidad Católica de Temuco
Dirección General de Investigación y Postgrado
Avenida Alemania 0211, Temuco.
editorial@uctemuco.cl

Coordinación Ediciones UC Temuco
Andrea Rubilar Urra

Diseño de Portada
Victoria Barriga Jungjohann

Foto de portada: Juego de Chueca (entre los Araucanos). Costumbres de los Araucanos.
Historia de Chile (Lám.6) Litografía (280 x360) F. Lehnert d' après M.
Gay. Lith. De Becquet Frères.
Fuente: www.memoriachilena.cl

Diagramación e impresión
Alfabetas Artes Gráficas

IMPRESO EN CHILE - PRINTED IN CHILE

Índice

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTO

POR QUÉ ESCRIBO

PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

Visión de la Araucanía en el siglo XVI

La conquista española: guerra ofensiva

1. Pedro de Valdivia en la tierra de Arauco 41
2. Pedro de Valdivia vuelve al sur (1549)..... 45
3. Campaña del río Cautín. Fundación de Imperial..... 50
4. Sublevación general de los mapuches 59
5. Tucapel y la muerte de Valdivia 63
6. Consecuencias de la muerte de Valdivia. Período incierto entre
su muerte y la llegada de García Hurtado de Mendoza (1554-1557) 68
7. Primera rebelión mapuche..... 70
8. Francisco de Villagra 72
9. Actuación de Francisco de Villagra hasta el arribo de Hurtado
de Mendoza 84
10. García Hurtado de Mendoza (1557-1561)..... 90
11. Gobierno de Francisco de Villagra (1561-1563)..... 115
12. Situación militar de los mapuches 118
13. Cómo enfrenta Villagra la guerra..... 120
14. Combates en el fuerte de Lincoya y cercanías de Angol y Cañete 123
15. Villagra al fin llega a Chiloé..... 126
16. El fuerte de Lincoya y Pedro de Villagra..... 127
17. Ataque al fuerte de Arauco 130
18. Muerte de Francisco de Villagra 132
19. Gobierno interino de Pedro de Villagra (1563-1565 133
20. Bernal de Mercado y el ataque a Angol..... 136

21. Gobierno de Rodrigo de Quiroga (1565-1567)	140
22. Gobierno de la Real Audiencia y de Melchor Bravo de Saravia (1567-1575).....	141
23. La Real Audiencia como tribunal deja de dirigir la Guerra de Arauco ...	145
24. Nueva derrota española en Marigüenu.....	147
25. Segundo gobierno de Quiroga (1575-1580).....	152
26. Martín Ruiz de Gamboa (1580-1583)	157
27. Gobierno de Alonso de Sotomayor (1583-1592)	159
28. El plan de Sotomayor	163
29. Martín García Oñez de Loyola (1592-1599).....	168
30. Gobiernos interinos (1599-1601).....	172
31. Francisco Quiñones (1599-1600)	179
32. Alonso García Ramón (1600-1601)	185

CAPÍTULO SEGUNDO

La Araucanía en el siglo XVII

1. Alonso de Ribera y Zambrano (1601-1605)	191
2. Destrucción de Villarrica.....	196
3. Política militar de Ribera	203
4. La línea del Biobío	206
5. Ribera inicia la realización de su plan y se pone en compañía.....	207
6. El gobernador y su acción a favor de Osorno y Valdivia	208
7. La política de Ribera en el trato con el mapuche y el aprovisionamiento del ejército.....	213
8. Segundo gobierno de Alonso de García Ramón (1605-1610)	216
9. Luis Merlo de la Fuente (1610-1611)	222
10. Gobierno de Juan Jaraquemada (1611-1612)	223
11. Segundo gobierno de Alonso de Ribera (1612-1617).....	224
12. Alguna información sobre el padre Luis de Valdivia	226
13. Consideraciones sobre la supresión del servicio personal del indígena.....	226
14. La idea de guerra defensiva.....	227
15. Fernando Talaverano Gallegos (1617-1618)	242
16. Don Lope de Ulloa y Lemos (1618-1620).....	242

17. Gobierno de Cristóbal de la Cerda y Sotomayor (1620-1621)	247
18. Gobierno de Pedro Osos de Ulloa (1621-1624)	248
19. Gobierno de Luis Fernández de Córdoba y Arce (1625-1629).....	250
20. Gobierno de Francisco Lazo de la Vega (1629-1639)	254
21. Gobierno del Marqués de Baides Francisco López de Zúñiga (1639-1646).....	260
22. Gobierno de Martín de Mujica (1646-1649).....	266
23. Gobierno de Alonso de Figueroa y Córdova (1649-1650).....	268
24. Gobierno de Antonio de Acuña y Cabrera (1650-1656)	269
25. Gobierno de Pedro Porter Casanate (1656-1662)	277
26. Gobierno de Diego González Montero (1662-1662)	282
27. Gobierno de Ángel de Peredo (1662-1664).....	283
28. Gobierno de Francisco Meneses (1664-1668)	284
29. Gobierno de Diego de Dávila Coello y Pacheco, Márques de Navamorquende (1668-1670)	286
30. Gobierno de Juan Henríquez (1670-1682)	287
31. Gobierno de José de Garro (1682-1692)	292
32. Gobierno de Tomás Marín de Poveda (1692-1700).....	292

CAPÍTULO TERCERO

La Araucanía en el siglo XVIII Época de paz y parlamentos

1. Gobierno de Francisco Ibáñez de Peralta (1700-1709)	301
2. Gobierno de Juan Andrés Ustáriz (1709-1717).....	301
3. Gobierno de Gabriel Cano y Aponte (1717-1733).....	305
4. Interinatos de Sánchez de la Barreda (1733-1734)	317
5. Gobierno de José Antonio Manso de Velasco (1737-1745).....	319
6. Interinato de Ovando (1745-1746) gobierno de Domingo Ortiz de Rozas (1746-1755)	320
7. Gobierno de Manuel de Amat y Junient (1755-1761).....	323
8. Gobierno interino de Félix Berroeta (1761-1762)	324
9. Gobierno de Antonio Guill y Gonzaga (1762-1768)	325
10. Gobierno de Juan Balmaceda Censano (1768-1770)	329

11. Gobierno interino de Francisco Javier Morales Castejón (1770-1773)	330
12. Gobierno de Agustín de Jáuregui (1773-1780)	333
13. Gobierno interino de Tomás Álvarez de Acevedo (1780-1780)	337
14. Gobierno de Ambrosio de Benavides Medina Liñan y Torre (1780-1787).....	337
15. Segundo interinato de Tomás Álvarez de Acevedo (1787-1788).....	338
16. Gobierno de Ambrosio O´Higgins (1788-1796).....	341
17. Gobierno interino de José de Rezabal y Ugarte (1796-1796)	345
18. Gobierno del Teniente General Gabriel de Avilés y del Fierro (1796-1799).....	345
19. Gobierno de Mariscal Joaquín del Pino (1799-1801)	347
20. Gobierno interinos de: José de Santiago Concha (1801-1801), Francisco Tadeo Diez de Medina (1801-1802), teniente general de la Armada Española Luis Muñoz de Guzmán (1802-1808).....	347
21. Gobierno de Francisco Antonio García Carrasco (1808-1810).....	348

CAPÍTULO CUARTO

El mapuche al término de la Colonia y comienzos de la Independencia

1. Situación de la población mapuche al término del siglos XVIII.....	353
2. La Araucanía al iniciarse la Independencia (1810-1818).....	360
3. ¿Qué es esta guerra a muerte?.....	364

CAPÍTULO QUINTO

La Frontera en el Chile Independiente (1831-1861)

1. Territorio administrativo	379
2. Desde 1832 hasta la revolución de 1851	380
3. La vida en la Frontera entre 1831 y 1861	385
4. La Frontera en el decenio de José Joaquín Prieto Vial (1831-1841).....	388
5. Decenio de Manuel Bulnes Prieto (1841 - 1851).....	389
6. Bulnes y las misiones.....	396
7. La Frontera en el decenio de Manuel Montt Torres (1851-1861).....	398

CAPÍTULO SEXTO

Iniciación de la ocupación de La Frontera

1. Decenio de José Joaquín Pérez M., y actuación de Cornelio Saavedra (1861-1871)..... 405
2. El rey de la Araucanía, Orélie Antoine de Tounens 427
3. Cornelio Saavedra impone su proyecto 429
4. La fundación de Angol..... 430
5. José Manuel Pinto en la Intendencia de Arauco y Comandancia General de Armas de La Frontera (1864-1865) 439
6. Cornelio Saavedra nuevamente en La Frontera. Ocupación de la costa.... 441
7. La marina de Chile en la costa 446
8. La Línea del Malleco 448
9. Cornelio Saavedra continúa la ocupación de la costa..... 461
10. Campaña de 1869..... 465
11. La línea del Toltén. El parlamento de Hipinco. Orélie Antoine de nuevo en La Araucanía 467
12. Novedades en La Frontera en 1870..... 470
13. La Frontera ante el congreso en los años 1868-1870..... 475
14. Insurrección general en La Frontera 479
15. Propositiones de paz que se formularon en septiembre de 1869 490
16. Algunas consideraciones en torno a Cornelio Saavedra 500

CAPÍTULO SÉPTIMO

Visión de la Frontera al término del Decenio 1860-1870

1. La relación mapuche-chileno..... 507
2. El general Basilio Urrutia Vásquez en La Frontera..... 511
3. Petición al gobierno 1875 514
4. Creación de nuevas provincias..... 517

CAPÍTULO OCTAVO

La Guerra del Pacífico y el último levantamiento mapuche

1. Proyecto de avance del Cautín..... 521
2. Formación de la línea del Traiguén..... 523

3. La guerra del Pacífico y La Frontera.....	526
4. El año 1881 en La Frontera.....	534
5. Gregorio Urrutia Venegas nuevamente en La Frontera.....	547
6. Levantamiento mapuche de fines de 1881	552
7. El año 1882. El ministro de la guerra, Carlos Castellón en La Frontera.....	557
8. Ocupación de Villarrica y el Alto Bío-bío.....	562

CAPÍTULO NOVENO

Ocupación del Alto Biobío

1. Ocupación de la región andina, Alto Bío-bío y problemas surgidos con el ejército argentino	573
2. Término de las operaciones militares, comienza organización civil de La Frontera.....	580

CAPÍTULO DÉCIMO

Desarrollo de La Frontera

1. Desarrollo civil.....	589
2. La propiedad urbana y rural	599
3. Adjudicación de tierras	603
4. Remate de tierras fiscales.....	604
5. La colonización con extranjeros	611
6. Sociedades colonizadoras	624
7. Visión final del movimiento colonizador con extranjeros.....	629

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La vida en La Frontera

1. Cómo se desarrolla la vida urbana y rural.....	635
2. La inseguridad de la vida	644
3. Motín en La Frontera. Asesinato del teniente Rómulo Sotomayor	646

CAPÍTULO DUODÉCIMO

La Frontera en el siglo XX

1. La Frontera a partir de 1900.....	651
--------------------------------------	-----

2. ¿Qué ha pasado con el mapuche?	653
3. Desarrollo de la Frontera (1887-1910).....	657
4. Aspectos económicos de La Frontera	662
5. Representación parlamentaria.....	668
6. El comercio	674
7. La vida religiosa en La Frontera.....	677
8. Parroquia de Temuco.....	680
9. Diócesis de Temuco	682
10. La Frontera en la literatura	685
EPÍLOGO	699
BIBLIOGRAFÍA	701
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	714

Índice de ilustraciones

Plano de Arauco y Valdivia con la designación de La Antigua y Nueva Línea de Frontera contra indios. 1870, construido por M.J.O. Fuente: www.memoriachilena.cl	20
Pedro de Valdivia. Cuadro de Federico Mandrazo, obsequiado por la Reina Isabel II de España a la ciudad de Santiago. Fuente: www.memoriachilena.cl	24
García Hurtado de Mendoza. Fuente. www.memoriachilena.cl	36
Pedro de Valdivia, Francisco de Villagra y Gerónimo de Alderete, Gobernador de Chile en “Histórica relación de Reino de Chile de Alonso de Ovalle”. Fuente: www.memoriachilena.cl	186
Francisco de Villagra. Fuente: www.memoriachilena.cl	187
Gabriel Cano de Aponte. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.....	295
Tomás Martín de Poveda. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.....	295
Alonso de Ribera Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.....	296
José Antonio Manso de Velasco: Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.....	296
Luis Muñoz de Guzmán. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.....	297
Ambrosio O’ Higgins, Oleo Museo Histórico Nacional. Fuente: www.memoriachilena.cl	297
Edificio Marsano (1926). Fuente: Archivo fotográfico familia Ferrando.	502
El primer Colegio Alemán. Fuente: Archivo fotográfico familia Ferrando.	502
Primera Iglesia de Temuco. Fuente: Archivo fotográfico familia Ferrando.	503
La casona Malmus (1921) Fuente: archivo fotográfico Universidad Católica de Temuco.....	503

Trinity Church, Iglesia Anglicana de Temuco	
Fuente: www.memoriachilena.cl	569
Antigua casa del Fundo "Trianon"	
Fuente: archivo fotográfico familia Ferrando	570
Casa museo regional de la Araucanía	
Fuente: archivo fotográfico familia Ferrando	570
Gral. Gregorio Urrutia Venegas.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	631
Toma de posesión de Villarrica	
Fuente: Biblioteca Nacional de Chile	631
Gral. José Manuel Pinto Arias	
Fuente: Biblioteca Nacional de Chile	632
Gral. Cornelio Saavedra Rodríguez.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	632
Gral. Basilio Urrutia Vásquez.	
Fuente: Biblioteca Nacional de Chile	632
José Joaquín Pérez Mascayano.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	711
Federico Errázuriz Zañartu.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	711
Aníbal Pinto Garmendia.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	712
Domingo Santa María González.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	712
José Manuel Balmaceda Fernández.	
Fuente: www.memoriachilena.cl	713

*Este libro es el fruto de un largo trabajo de lectura,
de búsqueda, de investigación, de conversaciones;
el tiempo empleado en ello se lo quité a Nina,
mi esposa, y a mis hijos, por eso al verlo terminado
y ya en vías de publicación, es a ustedes a quienes
en primer lugar se los dedico, porque les pertenece,
como yo les pertenezco.*

Presentación

Como familia, tenemos la enorme satisfacción de presentar esta nueva edición de “Y así nació la Frontera”, como un homenaje al autor, nuestro querido padre, abuelo y bisabuelo, al cumplirse este 2012, 100 años de su nacimiento. Así, reconocemos su trayectoria de vida dedicada a la educación, al servicio público y a la Iglesia, y para nosotros el inmenso regalo de su cariño y enseñanzas de vida que nos brindó siempre.

Si ayer fue su hijo Ricardo quien lo apoyó para publicar la primera edición del libro, hoy se suman a este esfuerzo todos sus hijos y nietos.

La primera edición fue recibida con elogios, especialmente porque reunía tal cantidad de información que servía como fuente para otras publicaciones relacionadas con el mismo tema.

Durante bastante tiempo hemos querido reeditar este texto, debido al gran interés mostrado por muchas personas para acceder a esta obra.

Después de varios intentos sin resultados, la Universidad Católica de Temuco nos dio la oportunidad de esta segunda edición.

Esperamos que sea un valioso aporte para la comunidad interesada, hoy más que nunca, en conocer con más profundidad nuestra historia regional.

Familia Ferrando
Temuco, otoño 2012.

Agradecer... agradecer a tantos que lo hicieron posible, con su aliento, con sus ideas, con sus provechosas opiniones. Cómo no agradecer toda la cooperación que encontré en el personal de la Biblioteca del Congreso Nacional, poniendo a mi disposición cuanto texto necesité. Cómo no recordar a todo el personal de la oficina de Informaciones del Senado, que me prestaron tan eficaz colaboración.

La Biblioteca Nacional y su director Enrique Campos M., siempre atento a lo que estaba haciendo y alentando a no dejarlo inconcluso, conociendo las dificultades que encontraba para mi información. El servicio impagable de atención de la Sección Fotocopia, que con presteza respondían a la petición de obras completas imposibles de encontrar, pues muchas, sobre todo las Crónicas Coloniales, han tenido una sola impresión, y solo se encuentran en las bibliotecas de Santiago: la Nacional y la del Congreso.

No podría terminar este párrafo sin agradecer a la Sede Temuco de la Universidad Católica, que me permitió usar parte de mi tiempo en la redacción de la obra definitiva; y luego en las secretarías que descifraron mis jeroglíficos, para sacar a máquina, dos veces, el trabajo completo: gracias María Inés Faundes, por tu empeño; gracias Anita Vargas; gracias Mirtha Muñoz, gracias al personal de Central de Apuntes de la Sede, a Enrique Cornejo y todos sus colaboradores.

Sin ustedes, esto que hoy es un libro permanecería en un rincón como un montón de cuadernos manuscritos.

Todos ustedes, y muchos más lo han hecho posible; a todos, mis agradecimientos.

Una palabra especial para mi hijo Ricardo, que me ha facilitado gran parte de los recursos para su impresión y que sin su aporte y consejo, allí habría quedado durmiendo el sueño eterno, lo que tanto ha costado; y que tengo la pretensión de pensar, que tanto servirá para conocer este rincón de Chile.

Ricardo Ferrando Keun



Plano de Arauco y Valdivia Durante la década de 1860, Cornelio Saavedra logró avanzar hasta lo que se llamó la línea del Malleco, fundando a orillas de este río pequeños fuertes que han dado origen a poblaciones hoy sin mayor importancia con excepción de Angol y Collipulli. En la línea del Malleco se puede ver: Angol, Huequén, Torre de Mirador, Cancura, Lolenco, Chihuague, Mariluan, Collipulli, Perasco y Curaco, este último en las estribaciones andinas.

Además, muestra la línea paralela a la costa de la región ocupada pacíficamente por Cornelio Saavedra desde Angol hasta Queule.

En esta costa fundó: Lebu, Quidico, Tirúa, Imperial Bajo (actual Puerto Saavedra), Toltén y Queule. En 1870 avanzaba Saavedra la ocupación de lo que se llamó la línea del Toltén, con el propósito de ocupar Villarrica. Por falta de entendimiento entre los jefes militares se le ordenó suspender el avance por el Toltén, a cuyas orillas, había fundado algunos fuertes, a medida que remontaba las aguas: Collico, Pucoyán (Pocoyan), Comuy.

El plano muestra todo lo realizado desde 1861 a 1870. El autor es el ingeniero militar argentino Manuel J. Olascoaga, quien colaboraba con Saavedra en la ocupación de Arauco como un enlace con la operación similar argentina que se realizaba allende los Andes.

Este mapa figura como documento que incluye Cornelio Saavedra en la obra publicada en 1870, con el nombre de Ocupación de Arauco.

Fuente: www.memoriachilena.cl

Por qué escribo

Un imperativo de conciencia hace tiempo que me atormenta, exigiéndome escribir sobre la experiencia vivida en esta parte del territorio de Chile: la Araucanía o la Frontera. Ambos nombres son válidos y a su tiempo nos referiremos a ellos.

¿Por qué esta exigencia? Porque a pesar de mi pasión por todo lo chileno, por la admiración que su historia siempre me ha producido, solo pude percatarme de todo lo que significa la incorporación de estas provincias de Malleco y Cautín a la soberanía chilena; y de la vigencia en ellas de la vida organizada de la República recién a partir del último cuarto del siglo XIX, al radicarme en Temuco y comenzar a escudriñar un pasado que me parecía muy distante y cuyo principio, para sorpresa mía, estaba apenas una o dos generaciones atrás.

Me percaté que, mientras Chile hacía esfuerzos urgentes para vencer en el Conflicto del Pacífico (1879-1884), la mayor parte de este territorio continuaba en medio de la vida primitiva prespañola; habiendo partes de él que no habían sido aún pisadas por el hombre occidental.

Parece increíble, parece absolutamente irreal, que pueda ser cierto que, hasta el año 1881, la comunicación territorial del país haya estado interrumpida, pues esta parte del territorio, siendo teóricamente de Chile, en la práctica estaba sometida a la misma visión mapuche que resistió durante 260 años la dominación española y continuó resistiendo el poder de la República.

Imposible resulta imaginar al país dividido en dos sectores, que con un crecimiento paralelo de incorporación a la vida occidental; desde el norte, hasta el Biobío; y luego saltando 300 km, comenzar nuevamente Chile histórico-colonial y republicano al sur de Toltén.

En el medio, Arauco soberbio, gallardo y belicoso, nunca a extranjero dominio sometido. Aquí, en una pureza autóctona que ha incorporado algunos elementos culturales de Occidente, mantiene su rebeldía, su libertad, su

derecho a darse la vida que desea, el mismo hombre que detuvo a Almagro en el Ñuble e Itata, que terminó con la vida del más ilustre capitán español de la Conquista americana: Pedro de Valdivia, el que venciera en los campos de Flandes e Italia, luchando bajo las banderas de Carlos V y a las órdenes de los más brillantes capitanes de la Europa renacentista, con toda su ciencia militar, cae en Tucapel vencido por los hombres y mocetones de Caupolicán.

España cree dominarlos tras el breve gobierno de García Hurtado de Mendoza, pero no terminaba el siglo XVI cuando, unidas en bandas guerreras, las tribus arribanas y abajinas se lanzan, en un momento, contra todo lo español. Así, lo que lentamente se había ido configurando en 50 años del siglo XVI, cae derribado por el empuje de este pueblo, borrando hasta el más mínimo vestigio de lo creado por el genio español.

Parece increíble para el imperio de Carlos y de Felipe, “en cuyos reinos no se pone el sol”, que aquí, en esta apartada región del mundo, un hombre primitivo sin más armas que sus lanzas de colihue, sus macanas, sus flechas y boleadoras, sin más defensa personal que sus pechos, detenga y ponga a raya al poderío español.

España siente la vergüenza de esta resistencia y sin embargo no logra vencerla. Es tan grande el estrago en su gente, tan enorme el gasto que este empeño le demanda, que después de ver caer otro de sus gobernadores en las proximidades de Lumaco, en lucha abierta “del yelmo contra el musculoso pecho”, ahora Martín García Oñez de Loyola es quien sucumbe en el campo de batalla, que otra vez se borra del territorio cuanto España ha hecho.

No es aconsejable el continuar y será el gobernador Marqués de Baidés quien, en cierto modo, tiene que pasar por la humillación de tratar con el mapuche, como de soberano a soberano y fijar las normas de la convivencia, en un sistema de Parlamentos que continuará hasta 1883.

Al norte del Biobío, prósperos campos, hacen de los cultivos del valle central, la configuración de una economía agrícola, capaz de crear la nación en marcha, que se desarrolla y crece.

Al sur, Valdivia conserva una vida efímera y pobre, que se mantiene como puerto principalmente para abastecer en la costa las naves que pasan del Atlántico al Pacífico —y viceversa— y como centro contra la piratería y el corsario.

Pero aquí el bosque, la montaña, los ríos y los lagos en los que se duermen los soles, la luna y las estrellas, siguen el sueño de los siglos, perturbados tan sólo por el canto de sus pájaros o el paso leve del mapuche que descalzo va a su rancho, donde es el rey de su propia vida.

Este es el imperativo que me obliga a escribir, cuando estamos en la etapa final del primer siglo de la incorporación y abriendo las ventanas para asomarnos al inicio de una nueva centuria.

Se comprenderá ahora por qué es legítimo llamar Araucanía a este conjunto territorial y de historia.

Pero esta parte del país también fue "Frontera" con todo lo que ese nombre encierra. No solo límite donde comienza o termina algo físico, sino también, y principalmente, donde cambian de sentido los valores humanos.

Tras la línea del Biobío, al norte, la autoridad, la ley, la justicia, el comercio, la educación, la familia. Al sur del Biobío, la audacia, el robo, el asalto, la trampa. El criminal que encuentra donde guarecerse, al amparo del mapuche, a quien con audacia acompaña e incita al salteo y al malón.

Refugio de criminales que huyen a esconderse de la persecución de la justicia y la ley. Frontera donde se produce el acabamiento de una cultura y una vida para dar paso a otra que hay que reemplazar, vencer y modificar; acción esta última más apasionante que la simple conquista territorial por muy brava que haya sido.

Niño aún, viajaba entre Concepción y Chillán, y recuerdo que, al acercarse el ferrocarril a San Rosendo, los inspectores de los trenes, que en aquel entonces recorrían los vagones anunciando las estaciones, lanzaban una frase provocadora y llena de misterio para el niño: "San Rosendo, trasbordo a la Frontera".

Es que a partir de ese punto los trenes que entraban hacia el sur iban a recorrer ese mundo inquieto, primitivo, con mucho de salvaje y de pionero, de Far West chileno: la Frontera. Nombre imborrable que está presente en todo. Si algo quiere ser auténtico en esta zona estará inspirado y acrisolado bajo el término la Frontera. Movido por esta realidad es que escribo.



Pedro de Valdivia, conquistador de Chile.

Cuadro de Federico Mandrazo, obsequiado por la reina Isabel II de España a la ciudad de Santiago. Fuente: www.memoriachilena.cl

Prológo

Tuve la suerte de conocer a don Ricardo Ferrando al poco tiempo de llegar a Temuco, cuando la Universidad de La Frontera me permitió retornar a las actividades académicas, en agosto de 1983. En esa época don Ricardo dirigía el Departamento de Estudios Teológicos que el mismo había creado años antes en la Sede local de la Universidad Católica, cuyas dependencias se reducían a una modesta oficina en la casona Menchaca Lira, de la Avenida Alemania, hasta donde llegué una mañana de otoño de 1984.

Varios motivos me impulsaron a visitarlo. En primer lugar, cuando estaba a punto de venirme a Temuco, don Mario Góngora, mi antiguo profesor en la Universidad de Chile de Valparaíso, me sugirió contactarme con dos figuras locales que, a su juicio, podrían serme de gran ayuda. Se refería a Eduardo Pino Zapata, a quien todavía hacía de Director del Museo de La Araucanía, y a don Ricardo Ferrando, profesor, según me dijo, de la sede de la Universidad Católica en esta la ciudad. Recuerdo nítidamente una de las últimas entrevistas que sostuve con él en el Instituto de Historia del Campus Oriente de Santiago, a fines de julio de 1983, cuando ya me habían informado de Temuco que debía hacerme cargo de algunos cursos en la recién creada Universidad de La Frontera. En esa ocasión los nombres de Eduardo Pino y Ricardo Ferrando fueron mencionados varias veces.

La segunda razón tenía que ver con lo que significaba don Ricardo en Temuco y de lo cual me fui enterando poco a poco. Como cualquier chileno medianamente informado sabía de su paso por el Senado y del cargo de Vicepresidente que ejerció. En Temuco me enteré de su labor en el Liceo de Hombres, del cual fue profesor y rector, de su gestión como alcalde de Temuco y del rol tan importante que jugó en la fundación de las Escuelas Universitarias de La Frontera, en 1959, y del Colegio Universitario Regional, en 1960. La primera derivaría más tarde en la Sede de la Pontificia Universidad Católica de Chile y luego en la actual Universidad Católica de Temuco; mientras la segunda daría origen, junto a la Sede de la Universidad Técnica del Estado, a la Universidad de La Frontera, en 1981.

Sin embargo, había un tercer motivo que tenía más relación con la conversación que sostuve con don Mario Góngora en Santiago. Don Ricardo era Profesor de Historia y se encontraba preparando una historia de la región de la cual muchas personas me hablaron. Mi interés en conversar con él respondía a la necesidad de recoger algunas recomendaciones para sumarme a los estudios sobre la Araucanía, que debía llevar a cabo en mi calidad de académico de la Universidad de La Frontera. Alejandro Lipschutz, Alvaro Jara, Sergio Villalobos, José Bengoa, José Aylwin, Leonardo León y Arturo Leiva habían publicado ya varios trabajos sobre la Araucanía; pero, desde la misma región el único esfuerzo que yo conocía era el de Eduardo Pino con sus historias de Carahue y Temuco y el que estaba emprendiendo don Ricardo Ferrando. Más tarde me enteré de una serie de historias regionales que me serían de gran utilidad.

Al margen de su condición de historiador, don Ricardo reunía otra cualidad por la cual debía conversar con él. Dirigía el Departamento de Estudios Teológicos y yo tenía particular interés en iniciar mis investigaciones sobre la región a través de la obra misionera de franciscanos y jesuitas. Desde Sevilla había traído, además, una copia completa de la visita que hiciera a la diócesis de Concepción el Obispo Pedro Angel de Espiñeira en 1765, que transcribí con la ayuda de algunos de mis alumnos de Temuco y que me interesaba publicar, a pesar de tratarse de un texto tal vez tedioso, pero que informaba de una serie de detalles de la vieja Frontera en la segunda mitad del siglo XVIII. Don Ricardo era, sin duda, la persona indicada: historiador y director de un Instituto de Estudios Teológicos, mucho debía saber sobre la gestión de la Iglesia en la zona.

La de esa mañana fue una larga conversación. De figura imponente, amable por naturaleza, de educación refinada y una generosidad sin límites, entendí muchas cosas que necesitaba aclarar. No mantuve con don Ricardo una estrecha amistad; pero, desde ese momento me percaté que la obra que preparaba iba a ser de gran utilidad para quienes nos interesábamos por la historia regional.

En 1986 estuvo al fin la versión impresa de su libro. Varias veces comentamos las peripecias de nuestras aventuras editoriales, sin embargo, jamás escuché una queja de su parte. Pacientemente esperó que la Editorial Antártica le entregara la obra para empezar su difusión. ***Y así nació la Frontera... Conquista, Guerra, Ocupación, Pacificación. 1550-1900*** era un título que daba cuenta de su interés por colocar a disposición de la gente

de la zona un conocimiento que los acercara a sus raíces más lejanas, desde la llegada del europeo hasta finales del siglo XIX. Aunque quedaban fuera los pueblos originarios, que don Ricardo no incluyó por las limitaciones de un historiador formado en los años 30 que poco pudo aprender acerca de éstos, en un grueso volumen de casi 600 páginas se condensaron largos años de trabajo.

Desde entonces hasta 1990 solo le vi esporádicamente. A partir de ese año nuestros encuentros fueron más frecuentes. Apenas recuperada la democracia don Ricardo fue designado Presidente de la Junta Directiva de la Universidad de La Frontera mientras yo asumía como uno de sus miembros, nominado en representación de los académicos de la Universidad. Esa Junta tuvo rasgos muy particulares. En primer lugar, varios de sus miembros asumimos con el compromiso de sellar su suerte. Convencidos que la Universidad debía ser gobernada por los miembros de la comunidad académica, la Junta nos parecía un cuerpo extraño que debíamos eliminar. Don Ricardo coincidía con esta idea, a pesar de ser el representante del Presidente de la República, don Patricio Aylwin, a quien conocía de toda la vida. En 1973 don Patricio era Presidente del Senado y don Ricardo su Vice-Presidente. Por cierto las conversaciones sobre los entretelones de la política de aquellos años eran temas recurrentes en esas reuniones.

En segundo lugar, la Junta funcionaba simultáneamente con el Consejo Académico. En tanto no se la eliminara, creíamos entonces, la supeditaríamos, al menos, al principal cuerpo colegiado de los profesores de la Universidad. Y recuerdo esto, porque esas reuniones, que convocaban a más de 30 personas, se convirtieron en sesiones interminables que empezaban a las 10 de la mañana y se extendían casi hasta la media noche, almuerzo y cena de por medio. No recuerdo cuantas veces aprovechamos esas reuniones para conversar con don Ricardo sobre los temas que nos interesaban o que me interesaban más bien a mí. No tenía dudas que estaba frente a un interlocutor que hablaba como testigo presencial de la historia política de Chile de los últimos 50 años y que conocía los sucesos locales como pocas personas en Temuco. Don Ricardo era un comunicador excepcional.

De aquellas conversaciones recuerdo dos detalles en particular: el primero tenía relación con su venida a Temuco y el segundo con las primeras impresiones que recogió de la zona.

Como se sabe por las biografías que se han escrito de él, don Ricardo nació, por una casualidad del destino, decía cada vez que lo recordaba, en Nueva York, en 1912. Luego de estudiar en el Seminario de Concepción, ingresó a la Universidad de Chile, donde se tituló de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica, con una Memoria que versó sobre el desarrollo demográfico de Cautín. Siendo estudiante fue dirigente y más tarde docente en varios colegios de la capital y en la Universidad Católica de Chile. Ingresó a la Falange en 1941, donde también descolló rápidamente como un dirigente de condiciones innatas. La Falange no tenía entonces la fuerza que alcanzaría más tarde el Partido Demócrata Cristiano, razón por la cual la acción de los primeros jóvenes que se sumaron al movimiento fue fundamental. Con una familiaridad poco corriente recordaba a Bernardo Leighton, Eduardo Frei y Radomiro Tomic, dando cuenta de lazos muy profundos que se forjaron en los años de juventud. Y aquí se enlazan sus convicciones políticas con su traslado a Temuco, ciudad que sólo conocía, de acuerdo a mis datos, por el estudio que hizo para titularse de Profesor. Mi viaje, me comentó en varias oportunidades, obedeció a la necesidad de fortalecer a la Falange. Convencido que el país necesitaba un movimiento que interpretara los anhelos de campesinos y trabajadores postergados, era fundamental que algunos dirigentes nos repartiéramos por el país, agregaba cada vez que evocaba su viaje del año 49. Era una tarea ineludible.

Con una honestidad a toda prueba, don Ricardo lo seguía recordando en los años postreros de su vida, con la misma certeza que tuvo cuando partió al sur. Con su título bajo el brazo y sus compromisos políticos, esperaba contribuir al desarrollo de la región cuya demografía conocía bien. En esto fue absolutamente consecuente con toda una generación de profesionales que pasaron por las aulas universitarias entre los años 1920 y 1960. Tal vez el grupo al que perteneció don Ricardo fue uno de los primeros.

En 1918 Daniel Martner había creado en la Universidad de Chile el Seminario de Ciencias Económicas, del cual fue su primer Director. Su misión era entregar a los profesionales que egresaban de la Universidad los conocimientos necesarios para contribuir al desarrollo del país. Siguiendo los consejos de don Guillermo Subercaseaux, profesor de Economía Política, y Julio Philippi, profesor de Hacienda Pública y Estadística, de la misma Universidad, Martner se dio cuenta que la Universidad no podía conformarse con egresar profesionales capaces de desenvolverse exclusivamente en sus respectivos oficios; su tarea tenía que ser más ambiciosa: por sus aulas debían

pasar los futuros servidores públicos capaces de impulsar los cambios que el país requería. Destinado a futuros abogados e ingenieros, el Seminario se propuso convertirse en la cuna de chilenos ilustrados al servicio del país. “Pobre de los pueblos que miren con indiferencia la capacidad científica de sus dirigentes”, señalaba Martner en el primer libro que publicó el Seminario. La ciencia económica es muy importante, agregaba más adelante, y más aun en América Latina, donde recién está en pañales.

Gracias al Seminario se llevaron a cabo varias investigaciones que dieron origen a diversos libros y a toda una generación de profesionales cuya misión era apoyar el progreso del país. Estábamos en presencia de una Universidad efervescente, que recogía los desafíos de la época, que se comprometía con las necesidades de un Chile que quería dejar en el pasado los años de postración económica, para avanzar decididamente hacia procesos de industrialización que el futuro presidente Pedro Aguirre Cerda proclamó abiertamente en los estudios que publicó sobre la agricultura e industria antes de llegar a la Primera Magistratura. Y en ese ambiente se formó don Ricardo Ferrando. Por eso, no resulta extraña su decisión de venir a Temuco a servir una causa que iba más allá de lo que un profesor puede hacer. Su militancia política estaba en la Falange, pero su meta, era servir a una región que debía crecer para otorgar mayor bienestar a su gente. Admiré su honestidad, pero comprendí que aquella declaración sintetizaba la filosofía que inspiró a los universitarios que soñaron con ayudar a diseñar el futuro. Ahora lamento no haber sido más incisivo con don Ricardo sobre una materia que hoy día tanto necesitamos conversar con nuestros estudiantes en la Universidad.

El segundo comentario dice relación con la imagen que se formó de la región en sus primeros años. Gráficamente lo evocaba a través de sus viajes en ferrocarril. Cada vez que en San Rosendo nos separábamos del ramal que seguía a Concepción, decía don Ricardo, tenía la sensación de entrar a un territorio distinto. Diferente en todo, por sus bosques, las suaves ondulaciones de un paisaje que deja atrás el largo valle central y por su gente. Era un mundo que estaba naciendo de las ruinas de aquel que construyeron “huincas” y mapuches durante los tres siglos coloniales. La Araucanía era otro Chile, un Chile que se esforzaba por transformar en una sola comunidad a gentes de tan distintas procedencias y culturas. Junto al mapuche estaba el ocupante nacional, mestizo, por excelencia, y el colono extranjero venido de Italia, Alemania, Suiza, España y aún de otros países en busca de un destino mejor. A don Ricardo le sorprendió y no dejó de registrar en su memoria la

abigarrada sociedad regional que observaba en cada estación de la Frontera. Y lo recuerdo ahora porque treinta y cinco años más tarde tuve la misma sensación cuando los autobuses cruzaban Los Angeles para internarse, en mañanas habitualmente brumosas, por las tierras que ocupó el Estado a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La Frontera que conoció don Ricardo estaba en franco proceso de construcción. Es un proceso que aún no termina y que hace de la Araucanía un territorio singular. Siempre lo fue. Lo reconoció Ignacio Domeyko, en 1845, cuando llegó atraído por la fama del araucano; lo repitió en 1849 don Antonio Varas cuando visitó la zona por sugerencia de algunos diputados; más tarde lo destacó Isidoro Errázuriz y en el siglo XX cuanto viajero la ha recorrido. Hoy día, el actual conflicto Estado-Pueblo Mapuche lo demuestra a cada instante, manteniendo viva una situación que aún no logramos resolver y que parte en los años en que termina el relato de don Ricardo.

Lamento no haber indagado más en aquellas conversaciones acerca de otros capítulos de la historia más reciente de nuestra región que don Ricardo conocía tan bien. Uno de éstos pudo ser el Seminario sobre el Desarrollo de Cautín que coordinó por encargo de la Universidad de Chile en 1956. Los trabajos que se presentaron y los debates a que dieron origen llenan una página de la historia regional. Por las informaciones recogidas en *El Diario Austral*, agitó el ambiente y permitió descubrir varias de nuestras potencialidades y debilidades. Profesionales de distintos campos y un público siempre ávido de conocimiento se reunió en varias sesiones a debatir sobre el presente y futuro de la región. A veces en acaloradas polémicas, sobre todo en los asuntos relacionados con la situación del pueblo mapuche. Fuertes recriminaciones por algunos comentarios vertidos en las exposiciones, lo obligaron a comprometerse a organizar un Seminario destinado exclusivamente a tratar el tema indígena, actividad que, por lo que tengo entendido, nunca se realizó.

Los orígenes de la vida universitaria en Temuco era otra materia que conocía muy bien. Figura central en la creación de las Escuelas de La Frontera y alcalde en la época en que se planeaba abrir el Colegio Universitario Regional, don Ricardo conocía detalles que tanto nos habría gustado conocer y que no conversé con él cuando pude hacerlo. Ocupado en otros asuntos que me distanciaban del siglo XX, no pensé en esa época cuan útil habría sido recoger su testimonio.

De su historia conservo tres ejemplares. El primero no tiene seña alguna, de seguro lo compré tan pronto apareció en las librerías de Temuco. El segundo lleva su firma. No recuerdo como llegó a mis manos, probablemente el mismo me lo entregó cuando nos reuníamos en la Junta Directiva de la Universidad de La Frontera, en 1991, año que aparece junto a su firma. El tercero pertenece al profesor Jorge Hernández, quien algún día me lo facilitó en esos momentos tan frecuentes en que necesitamos confirmar alguna información. Aún lo conservo y tiene una dedicatoria que reafirma el compromiso que ambos tenían con la educación. Textualmente dice: “Para el colega Jorge Hernández ya que ambos estamos en la misma tarea. Afectuosamente, Ricardo Ferrando”. Debió habérselo regalado en 1991.

Jorge Hernández era un Profesor muy querido de la Universidad de La Frontera, recientemente jubilado y que por muchos años formó a los profesores de Historia, Geografía y Educación Cívica que ejercen en la región. En 1991 era Director de la Carrera y en tal condición acogió la sugerencia de pedirle a don Ricardo que dictara un curso electivo, absolutamente ad honorem, a nuestros alumnos. Fueron más bien conversaciones que sostuvo con los jóvenes que acudían a escucharlo sobre temas que surgían en el momento y que un hombre de tanta experiencia y sabiduría comunicaba con el mismo entusiasmo de un joven maestro. Y en esto sentía que estaba en la misma tarea que su colega Jorge Hernández. Eso explica la dedicatoria que estampó en el ejemplar que tan cariñosamente puso en sus manos.

Y así nació la Frontera... sigue un orden cronológico que arranca en 1536 y concluye hacia 1910. Don Ricardo presentó el período colonial conforme a los gobernadores que desfilaron por la Capitanía General del Reino de Chile, para abordar el siglo XIX desde la perspectiva de algunos acontecimientos que también presenta en un marco cronológico. En los últimos capítulos aborda la vida en la Frontera a partir de 1900, haciendo referencia a algunos temas específicos como la situación del mapuche, el comercio, la vida religiosa y la Frontera en la literatura, en un esfuerzo por avanzar hacia el siglo XX. Siguió, sin duda, un modo tradicional de hilvanar el relato histórico, cuestionado por algunos, pero muy valioso para quien requiere la información necesaria para comprender los complejos procesos sociales del pasado. Al menos así lo entendió él y se lo hizo a saber a don Sergio Villalobos en una conversación de la cual tuve la suerte de ser testigo.

Fue tal vez en 1988, durante la realización de un Congreso de Antropología organizado por la Universidad Católica de Temuco al cual asistió don Sergio

Villalobos. Por cierto, estaban también don Ricardo, cuya obra circulaba profusamente entre nosotros. En esas conversaciones de pasillo, tan importantes para intercambiar ideas, don Sergio le comentó a don Ricardo acerca de las nuevas corrientes historiográficas que imperaban en ese momento y lo valioso que habría sido combinar el tipo de relato que él utilizó con el tratamiento más específico de algunos procesos que interesaban a los historiadores. Don Ricardo no eludió la observación. Admitió que pudo haber hecho otra cosa; sin embargo, su argumento fue de una solidez y humildad sorprendente. En primer lugar, argumentó que su fin no era escribir la historia de la Frontera, sino, simplemente, presentar los hechos que dieron origen a esta sociedad. En segundo lugar, confesó que aunque la historia era una de sus pasiones, cumplió a lo largo de su vida otras tareas que le impidieron convertirse en un historiador propiamente tal. Por eso se excusaba de no haber hecho algo mejor. Por último, recordó que no siempre trabajó con fuentes primarias, razón por la cual tuvo que someterse a una bibliografía muy amplia, pero limitada a la vez. Y por esto, el relato cronológico era una alternativa que le parecía recomendable.

Esa conversación entre dos figuras nacionales ponía de relieve las preocupaciones historiográficas del momento, cuando los estudios fronterizos daban sus primeros pasos. Uno, don Sergio Villalobos, aportando desde su condición de historiador profesional, vinculado a la docencia e investigación superior; el otro, don Ricardo Ferrando, desde lo que podía hacer una figura conectada al servicio público y a la educación, que en los últimos años de su vida escribió una historia de la región que amó entrañablemente. La razón y el corazón parecían fundirse en ese diálogo que escuché circunstancialmente y que terminó en un fuerte apretón de manos.

Al recordar ese encuentro creo comprender mejor las palabras introductorias con la que don Ricardo inicia la versión de 1986 y que tituló "POR QUE ESCRIBO...". Lo hago, dice, por "un imperativo de conciencia" que "hace tiempo me atormenta, exigiéndome escribir sobre la experiencia vivida en esta parte del territorio de Chile". Fue esa experiencia la que le impuso el imperativo de coger la pluma y llenar las cuartillas que más tarde la imprenta transformó en libro. Comprendí también sus dudas confesadas en el Epílogo respecto si había escrito un libro de Historia, un Ensayo u otro tipo de texto. Comprendí sus disculpas. "Hay muchas omisiones en estas páginas –escribió modestamente–; pido perdón por ellas y a quienes me acompañen en la lectura de estas líneas les digo simplemente: amigos, marchemos juntos

haciendo grande nuestra Patria Chica, la del lugar en que vivimos y la podemos hacer grande si con comprensión mutua unimos a nuestro esfuerzo individual el sentido verdadero de comunidad, para juntos hacer el 'Hoy' que nos corresponde, con fe en el futuro y con gran generosidad. Amigos, ¡Hasta siempre!".

Incumbe al lector juzgar la contribución que hizo al conocimiento de nuestra historia el libro que ahora se publica por segunda vez, gracias a una iniciativa de la Universidad Católica de Temuco. Por nuestra parte sólo podemos agregar que de no haberse escrito, el aporte que hizo su autor no estaría a nuestra disposición. Es cierto que ahora no basta el simple relato cronológico y que la historia de la Frontera contiene muchísimas complejidades que tal vez quedan invisibilizadas en un relato de este tipo; sin embargo, la mayoría de éstas quedan insinuadas, a veces como sugerencias provocadoras y discutibles; pero puestas sobre la mesa del estudioso o simple lector de las cosas del pasado.

Quienes nos dedicamos a la Historia tenemos mucho que agradecer a este libro. Mucho más a su autor, un hombre que transitó por la vida con convicciones claras, con metas definidas, con humildad y un enorme cariño por la tierra que lo acogió en 1949 y a la que sirvió con tanto entusiasmo.

Su vida se agotó en el invierno de 2004, 55 años después de haber llegado a Temuco y a los 92 años de edad. Para quienes no formamos parte de su círculo más cercano, que lo conocimos desde las proximidades y lejanías del oficio de historiador, nos quedó su libro, un libro, que el mismo dijo "es el fruto de un largo trabajo de lectura, de búsqueda, de investigación, de conversaciones, de tiempo empleado en ello", tiempo, que el mismo señaló, quitó a su círculo más cercano, a quienes en primer lugar se los dedicó. "porque les pertenece, como yo les pertenezco".

Jorge Pinto Rodríguez
Temuco, otoño de 2012

Planteamiento

En breve síntesis daré una imagen del mapuche; algo de su vida, sus costumbres e instituciones, para conocer este terrible hombre que puso límite al avance español.

Luego los contactos entre ambos grupos: Arauco y España. Fundación de ciudades. Destrucción de ciudades. Misiones. Parlamentos. Resistencia.

España, patria que engendra patrias, cumple su etapa: sus hijos llegan a la mayor edad y comienzan un camino libre y propio.

En el Pacífico Sur, surge Chile hasta el Polo Sur, pero en el centro de su territorio está la Araucanía. Está la Frontera que se mantiene. ¿Cuál fue su vida en los primeros 50 años: 1810 -1860?

A partir de este momento en que la nación, bajo el impulso de hombres visionarios, decide producir la integridad territorial entraremos a conocer con el mayor cuidado y con la máxima aportación de datos la empresa nacional de la ocupación de la Araucanía realizada en los 23 años siguientes: 1860-1883.

Incorporado el territorio, ¿qué se hace con él? ¿Cómo se constituye la propiedad? ¿Quién lleva a cabo esta empresa? ¿Cómo nacen sus ciudades y pueblos? ¿Quiénes son sus pobladores, de dónde vienen? ¿Qué ocurre con el mapuche vencido? Su incorporación a la economía agraria, ganadera y maderera. El papel del ferrocarril en su desarrollo. Los elementos extranjeros. La Colonización. ¿Cuál ha sido su aporte a la nación? ¿Cuál la respuesta de la nación?

Quiera la dedicación que pongo al escribir estas páginas, movido por el cariño a este terruño, que ellas sean un pequeño homenaje a lo que la región me ha dado, en cariño de sus naturales y en la realización de quiméricas empresas, hoy realidades en la Frontera.

Ricardo Ferrando Keun



García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey del Perú, fue gobernador de Chile entre 1557 y 1561 y luego como su padre, virrey del Perú en 1588. Fuente: www.memoriachilena.cl

CAPÍTULO PRIMERO

Visión de la Araucanía en el siglo XVI.
La conquista española: guerra ofensiva

A partir de 1536 Chile entra en el cuadro gigantesco del Descubrimiento español de América. Hace 44 años que el hombre “cristiano-occidental-español” puso por primera vez su pie en este continente, iniciándose la conquista y ocupación por las islas caribeñas.

La expedición de Cortés entra en el corazón del Imperio azteca en 1520 y Pizarro funda la Ciudad de los Reyes, Lima, en enero de 1535; ha sido vertiginosa la acción del Descubrimiento y un relámpago la Conquista. Los imperios azteca e inca caen prácticamente con el simple paso de los tercios de España, sin mayores sacrificios; en todo caso, sin ninguna relación, con el mundo que se conquista y con las riquezas que se vierten, por las manos del conquistador, sobre la imperial España.

Cuando se piensa en la empresa descubridora y conquistadora es imposible no quedar deslumbrado con lo hecho.

Una extensión continental desconocida, bosques, ríos, pueblos distintos, idiomas diversos, culturas autóctonas brillantes y ricas; así como culturas incipientes y pueblos más atrasados, que se someten a la fuerza de las armas y de los hombres que llegan, con la técnica del siglo XVI, de una Europa que vive la plenitud del Renacimiento.

Así entra en escena Chile, en 1536, con la llegada de Almagro; para construir con su palabra una impresión que, aparentemente cierta, pesará sobre nuestro desarrollo histórico hasta nuestros días.

“El país, Chile, no da ni para alimentar a 50 vecinos”. Era el país pobre, boscoso, lluvioso, con grandes ríos, y con aborígenes bravos y con una vida muy primitiva. Esta imagen hará decir de Chile, que es el mundo de la pobreza.

Los habitantes que encontró Almagro en la región norte mostraban ciertos aspectos culturales muy influenciados por los incas, que recién habían extendido su poder hasta el Maule (mediado el siglo XV), en lo que se ha llamado civilización “chicha-chilena”.

Pero, avanzando hacia el sur, el cuadro humano era más primitivo, hasta encontrarse al sur del Maule, sobre todo del Biobío al sur, con un hombre

muy primitivo, pobre, prácticamente en la edad de la piedra, sin sentido de comunidad, ni de pueblo; sin autoridad alguna más allá del jefe de familia, sin la concepción de la agrupación para la vida en aldeas o villorrios y cuya existencia se realizaba en un marco natural, en amplia dispersión y en plena libertad.

Este hombre que así se presenta, caso curioso, será el que ponga a raya al imperio español y al Chile republicano.

¿Quién era este hombre? ¿Qué sabemos de su origen? Documentalmente, muy poco, solo fundadas suposiciones nos afirman que el mapuche, posiblemente, llegó a este lado de los Andes, cruzando la cordillera unos 200 años antes que el español. Se incrustó como una cuña entre los habitantes, ocupando en forma especial del Malleco al Toltén, con una expansión hasta el Biobío y el Valdivia, hacia el norte y al sur, respectivamente.

Se trató con cierta amistad con los del norte, picunches, y con los del sur, huilliches, en esta región que hoy es Arauco, Malleco y Cautín, la “tierra de los hombres”, mapuche o Araucanía.

El primer contacto lo tiene el capitán Gómez de Alvarado, de la expedición de Almagro, si bien, no esencialmente con los mapuches, con la presencia de hombres que revelan una manera muy notable de guerrear, lo que hasta aquí no había encontrado. Con la prudencia como consejo, le parece preferible regresar.

Diego de Almagro al conocer estas impresiones volvió al Perú, con un gran desaliento y una penosa impresión del territorio que le asignara la Corona: Nueva Toledo; primer nombre de Chile en los repartimientos que España hizo de América.

La apreciación de un Chile pobre, belicoso, escaso de oro y plata, frío y lluvioso —solo aspectos negativos— es la imagen que se difunde en el Perú.

Tanto es así que llegó a decirse “los de Chile” por los pobres y menesterosos.

¡Qué difícil va a ser vencer esta idea, la que prácticamente preside todo el periodo colonial y en cierto modo pesa hasta nuestros días!

¡Todo estaba en contra! ¡Era el último rincón del mundo! ¡Era el Finis Terrae! Nada atraía, todo alejaba a los hombres que no eran de esta tierra, la que además estaba sujeta a frecuentes destrucciones por terremotos y

maremotos; con una larga costa poco defendida o no defendida de asaltos por corsarios, piratas y filibusteros y poblada por unos hombres que iban a dar que hacer y que harían hablar a muchos.

Empezaba a figurar esta tierra en la historia de España.

En la confluencia del Ñuble y del Itata, Gómez de Alvarado y sus hombres se enfrentaron a unos indios que se presentaron en formación de batalla, en un campo descubierta. Esta fue la Batalla de Reinohuelén. Mapuches y españoles se enfrentaron por primera vez.

Mariño de Lobera relata en su crónica este encuentro, con el que empieza la historia de Arauco.

Al introducirnos en la Araucanía sería natural que se diera una visión del pueblo mapuche. Su vida, sus costumbres, su lengua, la familia, su organización, su estructura física, sus creencias, en fin su vida y sus complejidades, o bien sus simplicidades. Pero no es este el objeto de nuestro tema y, por otra parte, hay bastante escrito sobre tal asunto y se escribirá aún más.

Sin embargo, no podría dejar de decir algunas palabras sobre este tema y las dificultades que encierra, pues conocer hoy al pueblo mapuche del siglo XVI es prácticamente imposible. Lo escrito sobre él es muy variado y concebido para servir diversos intereses o puntos de vista.

No obstante, Pedro de Valdivia en sus cartas al rey hace mención especial de ellos refiriéndose a su espíritu guerrero, a su organización para el combate y a cómo saben sacar provecho de sus pobres almas y del terreno para enfrentar las armas españolas.

Bien lo supo el gran capitán, quien fue el primer conquistador que pagó con su vida el afán de conquistarlos.

1. PEDRO DE VALDIVIA EN LA TIERRA DE ARAUCO

Valdivia, natural de Extremadura en España es uno de los militares de más alto prestigio que vinieron a Chile. En Europa, en un siglo en que España

imperaba sin contrapeso, peleó bajo las órdenes del marqués de Pescara en las guerras contra Francisco I de Francia por el Estado de Milán.

Atraído por su espíritu renacentista de dar gloria a su nombre, encontró campo propicio para las aventuras posibles, en el extenso campo de América, que recién se abría a la Conquista. Así, un día llegó a Venezuela y luego se dirigió al Perú, al conocer los hechos del inicio de esa conquista por Francisco Pizarro, quien, en conocimiento de las cualidades del militar, le dio el cargo de maestre de campo de su ejército y lo agració con una encomienda y una mina de plata.

Valdivia se desempeñó en su cargo en forma por demás eficiente, lo que agradó a Pizarro sobremanera y lo llevó a distinguirlo con su aprecio y amistad. Pero Valdivia tenía aspiraciones mayores; y así Alonso de Góngora nos cuenta en su *Historia de Chile*: “pareciéndole a Valdivia que no había de ser más de un vecino particular, como hombre que tenía los pensamientos grandes, hallando aparejo, para que hubiese efecto su pretensión por la obligación en que le había puesto, trató con Pizarro, que como su capitán, y en nombre suyo, le enviase con gente a poblar la tierra de Chile; Francisco Pizarro le quiso pagar y agradecer lo que le había servido en el Perú, pues lo que le pedía no era cosa que a él paraba perjuicio, antes acrecentaba su imperio, le respondió y dijo: que se holgaba darle contento en todo lo que el quisiere”¹.

Así obtuvo Valdivia la autorización para venir a la conquista de Chile, cuyo nombre estaba tan desprestigiado por los comentarios de Almagro.

Porque era una empresa difícil se dispuso a realizarla.

En varias ocasiones manifestó que había logrado bienestar y riqueza, pero él quería agregar gloria a su nombre. Esperaba lograrlo en Chile y tuvo razón; aquí encontró lo que quería, pero también encontraría la muerte. No obstante, su nombre ha vencido a la muerte y al tiempo y está presente en casi todas las ciudades de Chile; avenidas y calles llevan su nombre y una provincia lo recuerda en forma especial en su capital y en su mayor río. Estatuas lo evocan y lo hacen presente.

1 Alonso de Góngora Marmolejo: “Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año 1575”. Santiago. 1862, pág. 15.

Se cumplió su anhelo: dio y obtuvo gloria para su nombre.

Pero hay algo más en Pedro de Valdivia. La información de Almagro y de sus compañeros hacía pensar en un país pobre: "Chile no daba para alimentar a 50 españoles". En su territorio no había abundancia de oro, ni de plata y, en cambio, estaba poblado de hombres duros y bárbaros, dispuestos a defender su tierra y su libertad. Ambas situaciones, que fueron causa de abandono para Almagro, son razones que alientan a Valdivia.

Sale del Perú en 1540 y viene a conquistar y fundar un pueblo en la agricultura. Trae consigo animales domésticos, semillas y útiles de labranza, para crear una colonia, y más tarde un país, que se expresará económicamente en la agricultura. Su símbolo será una flor, el copihue; el alma de la tierra, el campesino y el huaso. Así, cuando se quiere distinguir con un presente a alguien que viene, lo que se le obsequia es un chamanto, un sombrero de campo, espuelas, estribos.

Valdivia hizo un Chile que se funda en la agricultura, pero que va a ser un país de economía difícil, de trabajo permanente y de inseguridad en el éxito, por causas incontroladas por el hombre.

Valdivia viene a Chile por el camino de la costa y del desierto, y avanza hasta el valle del Mapocho, donde instala su campamento en el cerro Huelén, nombre autóctono, que él cambiará por Santa Lucía, recordando que el 13 de diciembre de 1540 llega a ese lugar.

Es un lugar estratégico, pues desde su altura alcanza con la vista la extensa llanura que se extiende a sus pies. Allí, el 12 de febrero de 1541, funda Santiago del Nuevo Extremo, que será la Capital del Reino de Chile.

Traza la ciudad, sus calles y en cada manzana señala los solares que él reparte entre las personas que forman sus huestes. Forma el Cabildo, y constituye las autoridades. Recorrerá los campos y se enamorará del paisaje, del clima, de la buena tierra.

Ordena fundar una ciudad en un lugar del camino recorrido, y Juan Bohon pondrá las bases de la actual La Serena; se exploran lavaderos de oro, principalmente en el estero de Margamarga; se preparan sembrados, se introducen plantas y cultivos y empieza el contacto con la población natural de la región, un indígena más manso y civilizado que el que va a encontrar

más al sur; lo que no quiere decir que no tenga arrestos, pero ya había sido sometido al inca, ahora lo sería al español.

El propósito de este estudio no nos permite desarrollar todos los aspectos de la vida nacional y colonial, por eso dejamos a Valdivia en su obra de gobernante y en su intervención en la guerra civil del Perú y volvamos a encontrarnos con él en 1545, cuando está en Santiago, preparándose para “pasar más adelante”. Así se expresa su afán por avanzar hacia el sur y encontrarse con los habitantes que dicen “ser muy fuertes y belicosos”.

Valdivia “apercibió ochenta hombres, diciéndole era informado que la tierra de adelante era mejor que la de Santiago, más poblada y rica, y que dello estaba cierto: ...Todos alegres, con deseos de verlo, salieron con él”². Esto ocurría en febrero de 1546.

En esta salida que, como se comprenderá, era en el buen tiempo, encontró las tierras y la naturaleza en todo su esplendor. Fue hasta el Maule, continuó hasta el Itata y por último llegó al Biobío. En la orilla del mar, un poco al norte del Biobío, “estimó como un buen sitio para poblar, con un buen puerto para navíos”³ y allí fundaría, algún tiempo más tarde, la ciudad de Concepción, en lo que hoy es Penco en la bahía de Talcahuano.

Pero empezó a conocer lo bien poblado del territorio. Por sus intérpretes supo que los indígenas se preparaban y se juntaban para atacarlo, y así sorpresivamente lo hicieron. Un primer encuentro fue contra unos 300, armados de lanzas de colihue que le presentaron batalla, pero a quienes los soldados españoles derrotaron con facilidad y les causaron unas 50 bajas.

Cansados por la pelea durmieron en el mismo campo, pero quedaron vigilantes. Guardó el campamento Rodrigo de Quiroga.

Poco antes del amanecer cayeron otra vez sobre el campo de Valdivia ahora no 300, pues los cronistas y el mismo Valdivia nos dicen, sin precisar, “varios miles”. Este organizó su línea de batalla y durante dos horas pelearon sin detenerse y con gran vigor. La muerte del jefe mapuche produjo el desbande de los indios, quedando más de 200 cadáveres en el campo.

2 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*

3 *Idem.*

A esta batalla la historia la recuerda con el nombre de “Batalla de Quilicura”.

Los mapuches quedaron desconcertados en ese momento debido a las armas españolas, las corazas, espadas y caballos que no conocían. No mostraron la habilidad con que más tarde enfrentarán al español, pero Valdivia, con su experiencia militar y su visión de soldado, se dio cuenta de la capacidad, de la fiereza con la que combaten, de su decisión. Por eso, en carta a Carlos Quinto, dice que los compara a los tudescos, vale decir a las unidades de guerra de los alemanes de esa época con quienes luchó en Europa al servicio del Rey antes de venir a América⁴.

No pudo en esas condiciones, con un grupo tan pequeño de soldados, perseguir a las fuerzas mapuches y se quedó en la orilla norte del Biobío.

Entendiendo que volverían en mayor número a atacarlo, decidió retirarse al norte y para ello usó la noche; en lo que era campamento dejó fogatas encendidas y así hizo creer que ellos permanecían en el lugar y partió en la misma noche. Al día siguiente llegaron los indios, pero los españoles llevaban ya varias horas de camino hacia Santiago. Valdivia en esta ocasión estuvo fuera de Santiago unos 45 días.

Este fue su primer contacto con el pueblo mapuche, este es el inicio de una resistencia que durará 340 años, antes que el territorio y su población se incorporen de hecho a la jurisdicción del gobierno de la república y su gente se dé a la obediencia de la ley chilena.

2. PEDRO DE VALDIVIA VUELVE AL SUR (1549)

Después del primer contacto con el pueblo mapuche, volvió Valdivia a Santiago. Tuvo allí noticias de la guerra civil en el Perú, del desconocimiento que Gonzalo Pizarro hacía de la autoridad virreinal, enviada por el emperador

4 “Aquella misma noche al cuarto de la prima, dieron sobre nosotros siete o ocho mil indios y peleamos con ellos más de dos horas é se nos defendían bárbaramente, cerrados en un escuadrón como tudescos”. Carta de Valdivia a Carlos V. 15-X-1550. Ed. Crítica

y rey Carlos V, y decidió ir al Perú para ponerse a las órdenes del Virrey, quien, a su llegada al Perú, lo era Pedro de la Gasca. Peleó contra Pizarro, lo venció y mereció los honores del Virrey, quien lo confirmaría en su cargo de gobernador de Chile.

Volverá, estará un tiempo en Santiago y luego partirá para hacer lo que estaba decidido a llevar adelante, la conquista del territorio al sur del Biobío.

A esta aventura partió Valdivia de Santiago en diciembre de 1549.

“En este tiempo siendo Valdivia sano de la pierna que tenía quebrada, salió de Santiago con ciento y setenta hombres muy bien aderezados y armados por el camino de los llanos”⁵, así llegó al Biobío.

Desde que Valdivia pasó el Maule, los indios le fueron siguiendo y comunicándose entre ellos toda clase de noticias e invitándose a la resistencia. En carta al Rey él mismo da cuenta: “Los indios no dormían, antes viendo cuan cerca estaba su cautiverio y servidumbre se convocaron e hicieron junta por sus mensajeros de toda la más gente que pudieron... por momentos tenían nueva de lo que hacía y a donde dormía, hasta que pasó en este valle de Andalién, que para pelear con él, otra cosa no esperaban más de verle pasar en alguna parte lo que les convenía”. Carta de Pedro de Valdivia.

Tal como lo dice: “así fue, que llegando al valle de Andalién, hicieron alta para descansar esa noche”. Los indios aprovecharon el momento y se dispusieron a atacar y pelear pensando que era posible sorprenderlos, y “al cuarto de la modorra, que a la media noche, se llegaron a los cristianos”.

Estos no estaban desprevenidos. Los centinelas dieron la alarma, y los soldados, que permanecían armados, pudieron enfrentar el peligroso ataque y acometieron a su vez con decisión y energía. Viendo los indios que se les terminaban sus flechas y perdían sus armas, que no eran otra cosa que macanas y garrotes, y viendo los montones de muertos sobre los cuales peleaban, desmayaron y, volviendo las espaldas, empezaron a huir. Comenzaba a amanecer cuando los españoles sintieron su victoria.

Valdivia escribe: “Atacaron con tal ímpetu y alarido que parecían hundir la tierra, y comenzaron a pelear de tal manera, que prometo mi fe que ha treinta años que sirvo a Vuestra Majestad y he peleado contra muchas naciones y nunca tal tesón de gente he visto jamás en el pelear”.

5 Alonso de Góngora. Obra citada, pág. 37.

Góngora Marmolejo nos dice que “murieron en esta batalla más número de tres mil indios”. Los españoles perdieron un soldado y muchos heridos. Valdivia retiró su campo desde allí y se fue a orilla del mar, al lugar que había visto en su primer viaje, en la bahía de Penco, donde va a fundar la ciudad de Concepción.

FUNDACIÓN DE CONCEPCIÓN

El triunfo en Andalién sobre los mapuches, el éxito de esa batalla que Valdivia atribuye al favor de la Reina del Cielo, lo decidió a fundar una población en la costa.

Comenzó por fundar un fuerte en el que cobijarse, en el próximo invierno, para después construir la ciudad.

Con presteza admirable, con la participación de los mismos soldados, construyen el fuerte y los muros que defenderán la ciudad con paredes anchas y altas. Pero, mientras construyen, él está atento a los posibles nuevos ataques, que su visión le dice deberían producirse, como así fue.

Estando ya en el lugar del fuerte, primicia de lo que sería la ciudad de Concepción, los atacaron según las crónicas un número de 30 a 40 mil mapuches, cifra posible, dada la población de la época pero en todo caso exagerada. Góngora Marmolejo, dice 50.000; Diego de Rosales dice 40.000; Valdivia dice “infinitísima cantidad” que estimó en 80.000 hombres.

Todo el estado de Arauco, a la fecha, no podía reunir un ejército más allá de 50.000 hombres sobre las armas. Esto hace pensar que un número fabuloso sería 15 a 20.000 hombres que ciertamente parecerá “infinitísima” sobre todo si mira a su propio cuartel, que era de no más de 200 hombres.

Valdivia pudo defenderse en el fuerte, mas Pedro de Villagra le disuadió, porque eso permitiría que los indios le sitiaran.

Era preferible salir al ataque y aprovechar así la caballería que, aunque poca, era una parte importante de su fuerza y además permitiría atacar y perseguir a las fuerzas mapuches.

Todos los escritos coloniales y crónicas de la conquista escriben con admiración lo que sucedió en la batalla, pues los indios llegaron a su inicio con gran decisión, con gran furia y algazara, dando brinco y saltos y tocando sus instrumentos, tanto que el griterío y el ruido retumbaban en los cerros.

La acometida de los españoles fue fuerte y violenta.

Valdivia ordenó a Jerónimo de Alderete y a Pedro de Villagra que con cincuenta soldados a caballo rompiesen con el escuadrón que más cerca les venía, y aparece aquí algo digno de memoria: los indios, al ver la decisión y firmeza del ataque y no pudiendo sufrir tan violento encuentro, volvieron las espaldas y comenzaron a huir. Los demás escuadrones indígenas, al ver lo que ocurría, hicieron lo mismo. ¿Qué pasó en este caso? Para todos fue un hecho inexplicable. Los cronistas dicen unánimes que los indios comentaban que no los vencieron los soldados españoles, sino que una mujer de Castilla y un hombre en un caballo blanco los habían desbaratado.

El resultado de este encuentro fue que quedaron muertos más de 500 indios y unos 300 presos; de los cuales Valdivia hizo degollar a la mitad. A los otros 150 les hizo cortar las manos y los dejó ir como medio de escarmiento, para que en adelante trataran de vivir quietos en sus tierras.

En este hecho, en la medida tomada por Valdivia con los prisioneros, las destrucciones de sus viviendas y de sus siembras y cosechas, el trabajo obligado y abusivo a que se sometió al mapuche, las campeadas para apoderarse de mapuches que se llevaban prisioneros al Norte y a veces incluso para ser vendidos en el Perú, es donde hay que centrar la comprensión de su inigualada resistencia.

Son estas causas: el robo de sus mujeres, el maltrato; cosas concretas las que los hacen reaccionar, más que consideraciones psicológicas, sentimentales, abstractas e intelectuales.

Se ha hablado mucho del amor a la libertad; sí, puede ser, pero no en el concepto teórico, sino en el hecho práctico de vivir y actuar como quieran, sin sentir imposición sobre su vida.

Después de esta batalla de Concepción o de Penco, de 12 de marzo de 1550, los mapuches parecieron incorporarse a un período de paz y así lo pensó Valdivia al verlos sin acción en contra y como retirados a sus tierras; inclusive se les vio llegar a las poblaciones y convivir con el español.

En esta circunstancia el fuerte de Concepción se convertiría en la ciudad a la que da fundación el 5 de octubre de 1550.

Valdivia repartió los solares, trazó las calles, dio encomiendas a 20 vecinos y designó alcaldes. Los dos primeros fueron don Cristóbal de la Cuba y el capitán Esteban de Sosa⁶. Rápidamente la ciudad se fue poblando y se fundaron los conventos de Santo Domingo, San Francisco, La Merced, San Agustín; La Compañía de Jesús, a fines del siglo, y un hospital, el de San Juan de Dios.

Concepción pasó a ser el punto de partida de toda la acción de conquista y contacto colonial de España con Arauco. Los gobernadores, por lo menos en los siglos XVI-XVII y buena parte del XVIII, residieron más en Concepción que en Santiago, lo que es explicable, pues la preocupación de la autoridad era la Guerra de Arauco.

El historiador Francisco Encina nos dice: “La primera fase de la lucha se caracterizó, en sus comienzos, por la aplastante superioridad de las armas españolas y hacia el final por la sorprendente imaginación guerrera del pueblo mapuche y sus progresos en las armas, en la táctica y en la estrategia”.

El español en esta primera etapa casi no usó el cañón y en cuanto al fusil de chispa, no le servía en esta guerra, en la que el mapuche venía a la lucha cuerpo a cuerpo. Sable, espada y lanza contra macana, pica, flecha y piedra. Coraza del soldado y generalmente a cuerpo descubierto el mapuche; donde el acero no encontraba resistencia alguna para herir y matar. Es así como se ha de explicar la cantidad de muertos por parte de los indígenas y el pequeño número de víctimas en las huestes españolas. Estas circunstancias se seguirán dando con pequeñas variantes hasta el término de la ocupación de la Araucanía en el siglo XIX.

Viendo Valdivia signos de paz, creyó terminada la conquista, lo que le dio gran confianza y seguridad y así comenzó a organizar los trabajos de explotación de lavaderos de oro por todas partes y a organizar el territorio, partiendo por entrar a recorrerlo y conocerlo.

6 Diego de Rosales, Cap. XXII T. I. Libro III. Historia General del Reino de Chile.

Juan Bautista Pastene llegó por mar a la bahía de Concepción, con refuerzos y provisiones; se le encargó recorrer la costa de Arauco y en estos viajes descubrió la isla Santa María, de donde sacó más provisiones y recursos para Concepción que seguirá siendo el punto de apoyo y de almacenamiento para abastecer al ejército. En una segunda salida, Pastene descubrió la isla de la Mocha y fue recibido por los isleños que le donaron provisiones en señal de amistad, pero al partir tomó prisioneros a cuanto hombre y mujer pudo meter en su barco.

Es esta actitud la que despertó, más que cualquier otro motivo, la resistencia indígena y su decisión de luchar hasta morir, antes que aceptar el dominio del español, en el periodo colonial; y del pueblo y gobierno de la república, en el siglo XIX.

Continuando con el conocimiento de la tierra adentro, Pedro de Villagra recorrió la región de Arauco; desde abril a noviembre de 1550, sin tropezar con más dificultades que lo desconocido, el riguroso clima invernal con sus fríos, vientos y lluvias, la impenetrabilidad de los montes y los crecidos ríos y torrentes, dada la época del año.

Pastene recorre por tercera vez la costa y Pedro de Villagra, después de su expedición, va a Santiago y vuelve trayendo refuerzos de caballos, armas y pertrechos y, junto con Jerónimo de Alderete, avanzan hacia el sur del Biobío, llegando posiblemente hasta el río Cautín y regresando a Concepción “encantados de la tierra y de su abundancia de gente”.

3. CAMPAÑA DEL RÍO CAUTÍN. FUNDACIÓN DE IMPERIAL

En las circunstancias dadas y con los informes recibidos, tanto de Pastene como de Pedro de Villagra y de Alderete, Valdivia decidió entrar en el territorio y fundar en su centro nuevas ciudades que garantizaran la ocupación y sirvieran de contacto cristianizador y civilizador de los naturales.

Dejó resguardando a Concepción a Diego de Oro, que mantuvo una guarnición de 20 hombres de caballería y 30 infantes, y él tomó 70 soldados: 20 de caballería y 30 arcabuceros. Partió a mediados de febrero de 1551 a

reunirse con Villagra y Alderete que se encontraban recorriendo el interior y que le esperaban un poco al sur del Biobío con una unidad compuesta de 100 jinetes.

Así, al frente de 170 hombres recorre el territorio buscando el lugar propicio para la deseada fundación.

El camino que han seguido, al internarse en la Araucanía, ha sido casi siempre la vía de la costa, por la vertiente de la cordillera de Nahuelbuta que mira al Pacífico y en este sector es donde fundan los fuertes y ciudades; también por la depresión que tiene esta cordillera en su vertiente oriental que mira hacia los Andes. Parece, sin embargo, que lo que forma propiamente el valle central fue muy poco conocido tanto por el español, cuanto por el chileno y solo se logró su conocimiento, y con asombro, en el periodo de la ocupación definitiva (1870-1883).

El lugar que buscaba Valdivia lo encontró en un cerro que se eleva junto al río Imperial, donde este recibe como afluente al Damas. Esta elevación, bien ubicada y fácil de ser defendida, es la actual Carahue y en ese punto va a fundar la primera ciudad que estará propiamente en la Araucanía.

Comenzó con la construcción de un fuerte que dejó a cargo de Pedro de Villagra y él emprendió diversas expediciones. Se reunía con los naturales, les pedía su sometimiento y les señalaba las ventajas que le significaría esta actitud.

A través de estas expediciones y conocimientos tuvo una imagen del valor de estas tierras, lo que le era necesario para proceder a repartir encomiendas y proporcionar a cada beneficiado la mano de obra necesaria para trabajar sus tierras y minas.

Después de estos recorridos, en el mes de abril de 1551 regresó a Concepción, dejando en el fuerte a orillas del Imperial a Pedro de Villagra con 150 soldados y llevando consigo un grupo de 20 hombres.

Va a Concepción para recibir dos barcos que vienen del Perú con equipo y refuerzo para continuar la conquista y asegurarla con la fundación de nuevas ciudades y fuertes en el territorio araucano.

Honda satisfacción tuvo Valdivia en esta ocasión; llegaron barcos con diversos equipos y elementos y además con 100 hombres perfectamente

armados. Esto ocurría en el mes de junio. Recibió copia de la carta del emperador Carlos V al virrey del Perú, La Gasca, por la que reconoce los servicios que Valdivia le ha prestado y ordena tenerlos presente.

Recién llegados estos barcos, arribó a Concepción Diego de Maldonado, que le traía la noticia de la resolución del Consejo de Indias y del Rey que incorporaba, a la gobernación de Chile, la zona oriental de los Andes, lo que lleva el territorio hasta el Atlántico, a la altura de Bahía Blanca. Para mayor satisfacción Maldonado le informa de la próxima llegada de Francisco de Villagra, que viene con un refuerzo de tropa.

Con estos nuevos elementos recibidos decidió emprender la fundación de la ciudad de La Imperial donde estaba el fuerte.

Pasado el invierno de 1551, en octubre se dirige al sur del Biobío a encontrarse con Pedro de Villagra a quien había confiado el fuerte que ahora se va a transformar en ciudad.

En enero de 1552 Valdivia dividió el terreno del fuerte en manzanas, estas en solares y los distribuyó entre los vecinos que poblarían la ciudad, a la que le da el nombre de La Imperial, en honor del emperador Carlos V. De aquí el nombre que le da también al río que en su curso medio y superior se va formando por afluentes que llegan al Cautín; río principal que después de recibir las aguas del Quepe y del Cholchol, que se le unen en el lugar llamado Las Juntas, pierde su nombre y desde allí hasta morir en el Pacífico se denomina río Imperial.

Diego de Rosales describe el lugar de La Imperial con estas palabras: “El sitio de la ciudad es en lo alto de una loma que señorea y da vista por todas partes a hermosísimas y dilatadas campiñas de alegres campos y fértiles valles”⁷.

Valdivia dio el cargo de corregidor y teniente de capitán general al maestro de campo Pedro de Villagra e hizo alcaldes ordinarios al capitán Pedro Maldonado y Gaspar Orense; a don Miguel de Velasco y Avendaño, le hizo alguacil mayor; regidores a Juan de Vera, Gregorio de Castañeda y Leonardo Cortés, todas personas nobles, conquistadores y fundadores de

7 Diego de Rosales. *Op cit.* T. I. Libro III. Cap XXV. Pág. 455.

aquella floreciente ciudad, que en pocos años creció en vecinos, en riquezas y en lustre, con grandes aumentos sobre todas las demás.

Veinticuatro años más tarde, en 1576, llega a Imperial, constituida en cabeza de Diócesis, su primer obispo, Fray Antonio de San Miguel, de la Orden de San Francisco, consagrado obispo en Lima. Fue el primer Obispo consagrado que hubo en Chile. El primer deán fue don Agustín de Cisneros, quien lo sucedió en el Obispado, consagrado como tal en 1590.

Al referirse a la fundación de Imperial, el historiador Rosales da el nombre de 71 españoles a quienes titula “primeros pobladores de la Imperial”.

Esta villa, que recibió del Rey el título de ciudad y su escudo, progresó rápidamente. Valdivia constituyó en sus campos 75 encomenderos, confiándoles a cada uno entre 12.000 y 15.000 indios, lo que permite pensar en la gran población que encerraba esa región. Se constituyó el primer hospital con el nombre de San Julián; en la jurisdicción de este Obispado, el obispo San Miguel creó 16 parroquias. A la fecha había en la Colonia dos Obispados: el de Santiago que se extendía desde el límite con el Virreinato hasta el Maule y el de Imperial, desde el Maule al resto del territorio, hacia el sur y oriente.

El primer Seminario para la formación de un clero nacional, criollo, se fundó en esta ciudad. Más tarde, cuando La Imperial fue destruida, todo lo creado fue llevado a Concepción y poco a poco fue cambiando la designación. Ya en la primera mitad del siglo XVII se llamará Obispado de Concepción.

En Santiago hubo tal entusiasmo por La Imperial, que los encomenderos del norte querían abandonar sus encomiendas por las del sur. Gaspar Chacón llama a La Imperial: “La más insigne ciudad de este reino”. Si no se hubiera producido la rebelión de fines del siglo XVI que destruyó cuanto se había fundado en el territorio de la Araucanía, es casi seguro que el centro de gravedad de la Colonia se habría desplazado hacia Imperial.

Poco antes de su destrucción recibió las bulas que le permitían crear la primera universidad en Chile. Esta ciudad de tierra adentro se conectaba por la vía fluvial con el mar. Los barcos entraban por lo que hoy se llama Puerto Saavedra, en aquellos años Imperial Bajo y llegaban hasta La Imperial, lo que era una gran ventaja para sus comunicaciones y abastecimientos. El obispo San Miguel, consagrado en Lima, se embarcó en el Callao para venir a tomar posesión de su diócesis y llegó directamente, en el barco que le trajo, hasta la ciudad de su residencia.

Mientras se cumplían por Valdivia las formalidades de la fundación llegó a Santiago Francisco de Villagra, de acuerdo con la información que le entregó Maldonado. Villagra se vino desde el Perú por la vertiente oriental de los Andes y entró al país por Uspallata. Traía 150 soldados españoles. 500 caballos, diversos animales y artículos necesarios para el desarrollo de la Colonia. Dejó la gente en Santiago bajo la autoridad de su tío, Gabriel de Villagra, y se vino a encontrar con Valdivia en el sur, encuentro que se produjo en el valle de la Mariquina.

No esperó Valdivia los refuerzos de Villagra y salió de Imperial a mediados de noviembre de 1552, dejando en la ciudad como máxima autoridad a Pedro de Villagra. Con 150 hombres llegó a las orillas del Toltén, construyó balsas y atravesó a su orilla sur, sin mayores inconvenientes. Pareciera que Valdivia remontó el Toltén recorriendo el camino por la orilla sur del río, pues algunos cronistas dan la información que la única resistencia que encontró fue en los indios del valle de Pucón, y agregan que ese lugar fue el asiento de Villarrica.

Pero hay otro hecho importante del que deja constancia Valdivia, y es que encuentra condiciones distintas en los indios de esta región. Son más pacíficos y poseen una alfarería que contrasta con la sencillez primitiva de la araucana.

En el valle de la Mariquina, como lo señalamos, se encuentra con Francisco de Villagra, quien había vuelto a Imperial para esperar la llegada de los elementos que trajo y que venían en dos cuerpos; uno al mando de Gabriel Villagra y el otro con Francisco de Riberos.

Valdivia, en tanto, avanzaba hacia el sur y al llegar a la zona donde el Callecalle se une al Cruces, en ese hermosísimo lugar, pondrá las bases de una nueva ciudad, a la que no resiste la tentación de darle su nombre. Al salir del valle de la Mariquina fue atacado por numerosos huilliches que lo encontraron totalmente prevenido y a quienes derrotó y castigó sin piedad, tanto que el cronista Mariño de Lobera, que lo acompañaba, da una cifra casi increíble, de más de dos mil, indios, entre muertos en combate y ahogados en el río.

Los huilliches al sur del Toltén y picunches al norte del Biobío se sometieron pronto al español y se mezclaron, terminando por absorberse en el pueblo chileno, con un mestizaje que cada vez fue mayor y del cual sale la mayoría del pueblo trabajador y campesino de las zonas central y sur del país.

Solo el territorio entre el Biobío y el Toltén, donde vive esencialmente el mapuche, no se sometió y luchó incansablemente durante casi 3 siglos y medio por mantener su independencia.

La zona de los ríos, que maravilló a Valdivia, ya la había conocido Pastene en uno de sus viajes, y al puerto que allí él señaló, lo llamó Valdivia. Por lo mismo no le fue difícil a este dar su nombre a la ciudad que traza a la orilla de estos ríos.

Así, en febrero de 1553, funda la ciudad que se honra con su nombre y nombra corregidor y teniente general al licenciado Julián Gutiérrez Altamirano, el primer letrado que llegó a Chile; los alcaldes fueron: Diego de Quiñones y Diego Ortiz Oviedo de Gaete. Rápidamente va creciendo Valdivia y pronto llega a tener instalados, en sus solares, sobre 200 vecinos, fuera de mucha otra gente sobresaliente que acudió a ella por la fama de riqueza y abundancia de todo lo necesario para la vida.

Luego se establecieron las órdenes de San Francisco y La Merced, que iniciaron una activa evangelización entre los naturales, que recibieron con facilidad y agrado el cristianismo. Dice Rosales que era agradable de ver cómo llegaban a las procesiones y fiestas religiosas y con qué gran espíritu participaban en ellas.

Conviene recordar que el grueso de los pobladores de la nueva ciudad se formó con la gente que trajo Francisco de Villagra, quien se queda en Valdivia.

Valdivia va a continuar su camino hacia el sur, pero antes, confía a Alderete la misión de fundar una nueva ciudad en el interior, junto a la laguna que llaman Mallolafquén, donde se unían, a un clima suave, la fertilidad de su suelo y su ubicación frente a un paso fácil de los Andes.

Llamó a la ciudad Villarrica, por las minas de oro y plata de las que hablaban los indígenas.

Constituyó su Cabildo y fueron sus primeros alcaldes Alonso Pacheco y Pedro de Avila.

Es necesario mencionar y recordar que después de fundar Imperial, recorriendo el territorio al norte del río Valdivia estimó de utilidad crear algunos fuertes entre Concepción e Imperial. Este es el origen de los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén.

En Arauco, 11 leguas al sur de Concepción, dejó en el fuerte a 9 soldados, a las órdenes del capitán Diego Maldonado. En Tucapel dejó como capitán a Martín de Ariza y 10 hombres con 6 piezas de artillería menor. En Purén también 10 soldados, pero en este fuerte montó Valdivia un molino y una herrería y fue su capitán Alonso de Coronas.

Desde Valdivia, don Pedro avanza hacia el sur y quiere ver realizado su sueño, llegar al estrecho de Magallanes. En su camino al sur da cuenta Góngora Marmolejo de haber atravesado dos furiosos ríos “que en uno de ellos se le ahogaron dos hombres”. ¿Son estos ríos el Bueno y el Maullín? Es posible, pero no los nombra. El mismo cronista nos dice que avanzó hasta 40 leguas al sur de Valdivia, y así había alcanzado hasta el golfo de Reloncaví y a divisar la isla de Chiloé. De esta expedición no hay otra relación que la de Góngora.

En la misma temporada de 1553, en la que dejaba fundados los fuertes mencionados, va a fundar, ya no un fuerte, sino una nueva ciudad intermedia entre Concepción e Imperial, en los límites o confines de estas jurisdicciones; de aquí el nombre de Los Confines para esta ciudad que ubica en la confluencia del río Malleco con el Huequén, cerca del lugar donde se levanta hoy la ciudad de Angol. Los cronistas la llaman Los Confines, indistintamente también Angol, o bien Los Infantes de Angol, debido a la unidad militar que inició la vida de esa población, la última que se establece en el territorio antes del gran levantamiento que arrasará con la mayor parte de lo poblado en la Araucanía.

Esta ciudad de Los Confines, o Los Infantes, o Angol, se puebla mediante la orden de Valdivia que mandó que los vecinos en cuya comarca (la de Angol) tuviesen sus repartimientos fuesen a vivir en ella. Con esta orden fueron algunos y comenzaron en el lugar a construir sus casas. Esta fundación se hace en septiembre u octubre de 1553.

La obra de Valdivia hasta la fecha de 1553, es extremadamente valiosa: no ha descansado, está en la plena madurez de su vida. Antes de seguir en ella se detiene a pensar en lo realizado.

Animado con un pensamiento práctico y coherente, comprende que la conquista que hasta aquí cree haber realizado, debe ser afianzada y que es ineficaz si se la piensa establecida con la sola victoria sobre el aborigen.

La conquista será definitiva y estable en la medida que se la asegure con ciudades y fuertes que consoliden la situación de lo conquistado.

En su deseo de conquista no se dio cuenta de la debilidad que tenía su obra debido a diversos factores: la dispersión de sus fuerzas en las ciudades y fuertes; y una apreciación equivocada del valor del mapuche, al que juzgó por los encuentros de Andalién, Quilicura y asalto de Penco. No pensó tal vez que en estas ocasiones el araucano enfrentaba al español por primera vez y que oponía, a la sorpresa de las armas, solo su valor.

El mapuche en estos momentos aprende cómo debe presentarse al español. Cómo compensar su inferioridad de armas, con los elementos que le son favorables: su número, el conocimiento cabal del terreno en que da el encuentro y su extraordinaria capacidad de movimiento, por la liviandad de su vestir y de sus equipos. Estos hechos harán que los próximos enfrentamientos cambien su suerte y se pueda volver, en materia de conquista, a tener que empezar de nuevo.

Valdivia había visto el fácil sometimiento del aborigen del norte del Biobío y del sur del Toltén y no tenía por qué pensar que sería distinto el habitante que moraba entre estos dos ríos.

Si bien tenía una fuerza apreciable, alrededor de 1.000 hombres, estos estaban esparcidos en ciudades y fuertes que no les hacía fácil conectarse; sus hombres estaban en 7 ciudades: La Serena, Santiago, Concepción, Angol, Imperial, Villarrica y Valdivia; y en tres fuertes: Arauco, Tucapel y Purén.

Pero además, en el preciso momento en que necesitaría toda su fuerza la tiene más dividida aún; pues, a Francisco de Aguirre lo ha enviado a Tucumán, a Francisco Riberos a Cuyo y al extremo austral a Villagra. Entre estos tres capitanes tenían un quinto de su fuerza que no la podría usar en el momento necesario.

¿Qué pasa en el campo araucano?

El mapuche reconoce que Valdivia en general tiene un buen trato, a veces con facilidad perdona; seguramente en su interior tiene también el remordimiento. ¿Qué derecho le asiste para disponer de la libertad, de la vida, del trabajo de los naturales? En Valdivia se trasluce un espíritu cristiano que busca entregar el evangelio a los naturales y ve con satisfacción cómo es recibida la fe por ellos. Pero junto con este apego y cierta admiración,

los mapuches ven cómo se les somete al trabajo de hacer casas, cultivo de sementeras, labores forzadas en la minería, trabajos todos que no estaban acostumbrados a realizar, trabajos pesados e insufribles, que los deben haber hecho pensar, al ver su propio número y conocer más al español, al saber que este no es sino un hombre, un ser diverso del caballo, al saber que sufren el cansancio y al apreciar sus debilidades, se deciden por alzarse y cuanto antes mejor.

Se comunican entre ellos secretamente estos pensamientos y resuelven probar suerte. Tienen además el presentimiento que si les va mal, Valdivia los perdonará, como lo ha hecho muchas veces.

Comienzan a aparecer ciertos síntomas de acción que, al conocerse, alientan al aborigen a repetirlos cada vez en mayor escala. Empiezan con actos aislados, pequeños si se quiere, pero en el fondo, proporcionados a lo que ellos pueden hacer con éxito. Cerca de Concepción se sublevan los indios de la encomienda de Giraldo, apresan a varios yanaconas, se apropian de los animales, de algunas herramientas y armas y los españoles deben refugiarse en Concepción. Entre Villarrica e Imperial, que era encomienda de Valdivia, los mapuches atacan en Pucureo el fortín defendido por 14 españoles, y dan muerte al jefe Alonso de Moya⁸. Heridos los demás, debieron perecer, sin el auxilio que inesperadamente les llega de Imperial con Francisco de Villagra. ¿Cómo actúa Villagra? Creyendo pacificar a los indios les ofrece perdón. ¿Qué piensan los sublevados? Que el español se siente débil.

Valdivia atento a la información va a tratar de conseguir efectos.

Autoriza el trabajo de lavaderos de oro y a esta actividad llegan muchos atraídos por esta riqueza; son especialmente gratos los lavaderos de la zona de Imperial, de Villarrica y de Quilacoya. Informan las crónicas que en estos lavaderos trabajaban más de 20.000 indios y hubo días en que obtuvieron más de 200 libras de oro. Solo a Valdivia le entregan 5 y más libras diarias de oro fino. Este trabajo hace posible que el español no se dé cuenta de los síntomas de resistencia y sublevación que se fraguan.

Tomando algunas precauciones, Valdivia va a impartir algunas reglamentaciones en el trabajo para hacerlo más llevadero para el indígena.

8 Diego de Rosales lo llama Juan de Moya. *Op cit.* Pág. 477, Tomo I.

Pero es tarde, ya el mal está hecho y la medida no tiene el efecto buscado; al revés, el indio vuelve a ver en la norma una muestra de debilidad.

Valdivia ordena que los encomenderos solo podrán ocupar en el trabajo de lavaderos un máximo de 15% de los hombres de su encomienda; los demás trabajarán en la agricultura, principalmente en las siembras.

Toma también precauciones militares. En el cuadrilátero: Biobío, Toltén, cordillera, océano, solo había instalado Imperial. Por eso vemos que a fines de 1553 se han levantado fuertes como los mencionados, más el de Quilacoya y ciudades como Villarrica y Angol.

Todo en plena Araucanía y hacen una buena defensa para levantamientos locales, pero para una rebelión general resultan totalmente ineficaces.

Todo esto va a permitir a los mapuches reunirse con facilidad. En cambio, difícilmente Valdivia podrá reunir con urgencia más de 200 hombres.

4. SUBLEVACIÓN GENERAL DE LOS MAPUCHES

En la “Crónica del Reyno de Chile”, Pedro Mariño de Lobera dedica un capítulo (Cap. XLII) a mostrar las razones que en definitiva, después de haber tenido prácticamente tres años de paz y que fueron los que hicieron pensar a Valdivia que los indios se había sometido, tuvieron estos tiempo para producir el levantamiento general, que destruirá gran parte de lo hecho, y, en consecuencia, habrá que empezar como desde la partida.

Presenta el cronista verdaderos parlamentos en las reuniones de los diversos caciques, jefes de unidades familiares que se quejan del trato recibido y se alientan a actuar.

“Estas molestias y vejaciones... provocaron tanto a los indios, que no podían llevarlo; ni me parece hubiera y unque tan recio que con tales golpes no quebrara. Andaban... como atónitos en verse en tan poco tiempo hechos esclavos de señores, y admirados de sí mismos en dejarse ir así, pudiendo

poner remedio fácilmente⁹. Así, de reunión en reunión, cada uno tenía algo de qué lamentarse. Pronto el lamento se transformó en una queja común y comenzaron a unirse los diversos grupos y a ofrecer cooperación para actuar en un gran esfuerzo que tendría a su favor el inmenso número, la decisión y la valentía. Para el español, que confiaba en su fuerza y en sus armas y así en su superioridad, el movimiento rebelde fue una sorpresa.

Toda la acción de resistencia y revuelta se preparó en gran sigilo, solo con la participación de los distintos jefes de grupos o caciques, que comenzaron por elegir a un gran toqui que los uniera y condujera en la guerra al triunfo.

Así fue elegido Caupolicán y cada grupo prometió el número de mocetones que aportaría a la causa común.

Ya acordada la acción, los grupos de la región de Tucapel decidieron empezar asaltando el fuerte defendido por un antiguo soldado, Martín de Ariza. Este, con su sentido militar, se dio cuenta que algo pasaba en lo íntimo y secreto de los mapuches y para evitar sorpresas mandó apresar a los principales caciques de la comarca. Viendo a sus caciques presos se dieron más prisa en llevar a efecto lo planeado.

Llegaron un día al fuerte, con sus cargas de pasto para guardar. Era el mes de diciembre. Traían ocultos en el pasto sus armas, picas, arcos y flechas y, dejado el pasto, sacaron sus armas y atacaron. Con prontitud los españoles se pusieron en condición defensiva y ofensiva, con sus escudos y espadas y rápidamente sacaron del fuerte a los indios, tal vez un ciento; pero ya venían los que estaban comprometidos y se acercaban al fuerte. Martín de Ariza salió contra ellos con otros tres soldados, a caballo, desbaratando los grupos que atacaban.

Volvieron al fuerte y esa misma noche lo abandonaron yéndose al de Purén y así se unieron para una posible defensa. La sublevación había comenzado.

Al día siguiente los mapuches asaltan el fuerte que está abandonado, entran en él, saquean lo que encuentran, destruyen e incendian; el fuerte Tucapel ya no existe.

¿Qué pasaba en Purén?

9 Pedro Mariño de Lobera: Crónica del Reyno de Chile. Stgo. 1865. pág. 147.

Este fuerte, ubicado en la vertiente oriental de la cordillera de la Costa, estaba bajo la autoridad de Alonso Coronas, que presintió el peligro y solicitó refuerzos a Imperial.

Había llegado desde Santiago a Imperial, en esos días, Juan Gómez de Almagro, quien siendo alcalde de Santiago y encomendero en el valle del Maipo, renuncia a su alcaldía y a su encomienda, atraído por las noticias del abundante oro en los lavaderos de esta región.

La autoridad en Imperial era Pedro de Villagra, pero estaba ausente, ya que Valdivia le había confiado una misión al otro lado de la cordillera.

El Cabildo de Imperial cuando recibe la petición de auxilio de Purén, solicita a Gómez de Almagro que lleve esta responsabilidad y la acepta.

Va con auxilios a Purén. Diego Rosales nos dice en su historia que: "Halló a los que en ella estaban casi desarmados, con tres arcabuces, para 45 soldados que eran. Halló en el fuerte a un fraile mercedario que con santo celo y diligente cuidado había estado doctrinando a aquellos indios... viendo que maleaban y que como gente que había recibido la flecha del alzamiento le negaban la obediencia,... se recogió al fuerte recelando el daño que podía venir"¹⁰.

Previno Juan Gómez de Almagro lo mejor que pudo la defensa del fuerte y tenía razón, pues Caupolicán, después de haber destruido Tucapel, llegó para hacer lo mismo en Purén; la resistencia y el valor del ataque español, hizo retroceder a la fuerza de Caupolicán que volvió a ubicarse cerca de lo que fue Tucapel, ya que tenía información de la venida de Pedro de Valdivia.

Gómez de Almagro hizo saber a Valdivia, mientras avanzaba a Tucapel, del rechazo de Caupolicán en Purén.

Desde Imperial se le envió a Gómez un nuevo refuerzo de 35 hombres en condiciones de poder combatir.

Cuando Valdivia conoció la información del encuentro en Purén, noticia que recibió estando en Quilacoya, envió un mensaje pidiendo que la gente de Purén se le uniera en Tucapel, donde debía encontrarse el 25 de diciembre.

10 Diego de Rosales. *Op. cit.* T. I pág. 489

Gómez de Almagro se preparó para salir de Purén, pero los pobladores suplicaron no los abandonara, pues tenían conocimiento que gran número de indígenas rodeaban la localidad listos para caer sobre ella. Gómez, comprendiendo lo justo de la petición, decidió quedarse.

La situación señalada no existía, fue una invención a fin de evitar la presencia de Gómez de Almagro y la ayuda que su presencia significarla a un Valdivia cansado por el viaje y con una fuerza muy pequeña.

En estas astucias está manifestándose el espíritu y la capacidad del araucano para realizar la defensa de su tierra. Ha empezado a actuar acompañando a Caupolicán, un joven araucano que había sido por algún tiempo caballerizo de Valdivia con el nombre de Alonso. Es el que conocemos como Lautaro en la historia militar mapuche, el más alto símbolo de la capacidad e inteligencia para utilizar los recursos que debían, en la guerra, darle el triunfo al mapuche.

La capacidad de este joven guerrero está en haber comprendido la debilidad del español, cual era su vulnerabilidad, la que ubicó en su cansancio y en sus hábitos y costumbres.

Logró Lautaro, en poco tiempo, un profundo conocimiento de su enemigo, de sus ventajas y de sus debilidades. No hay antecedentes en los cronistas para saber cómo, a pesar de su corta edad, se impuso a los jefes y caciques mapuches.

Se supone que reunió a los jefes de los aillarehues y les expuso su plan caracterizado por la sencillez y fácil comprensión: detener en Purén a Gómez de Almagro, cerrar la posible retirada de Valdivia, presentarle batalla en una loma donde el español deba subir y el indio bajar. Así el español no sabría cuántos eran sus enemigos, ni dónde estaban. Atacar en grupos que se renuevan, mientras el español sigue en la lucha; no dar tregua ni al español ni al caballo; dejar a un lado el arco y la flecha y usar la maza y el lazo.

Esta era la única manera de sacar provecho de la ventaja que al mapuche le daban sobre el español, su número y su decisión y falla de temor por la pérdida de la vida en la lucha.

Por esto el mapuche en adelante nunca dará encuentros con el español como en Concepción (Penco) o en Andalién 5.000, 10.000, 15 mil o 20 mil indios peleando todos de una vez.

Su guerra será atacando por grupos que se renuevan, buscando ellos el lugar del combate y sin aceptar la batalla campal, abierta, que desearía el español; atacan a pequeños grupos; eliminan con gran sangre fría a uno, dos, cinco soldados. Hay que dañar, producir el pánico, castigar al indio amigo del español; colocar algunos al servicio del español, los que servirán de espías aunque muchos de ellos harán sufrir la desgracia de la traición.

5. TUCAPEL Y LA MUERTE DE VALDIVIA

Es del todo conveniente tener presente que ningún español, de los que actuaron en Tucapel, salvó con vida; por lo tanto, lo que de este encuentro de Tucapel se dice es materia que reconstituyeron los contemporáneos guiándose por suposiciones y en parte por los relatos de algunos indios y yanaconas que lograron huir y también, al menos en la forma de batallar, por lo que ocurrió en Marigüeñu y en otras batallas.

Los datos más cercanos son los que recogió Alonso de Góngora Marmolejo del indio Don Alonso, que era guardarropa de Valdivia y que asistió a la batalla. Más adelante veremos lo que Góngora de Marmolejo nos dice en sus propias palabras.

Las informaciones que Alonso Coronas le envió a Valdivia desde Purén y las manifestaciones de los mapuches en las vecindades de Concepción, determinaron a Valdivia a partir personalmente a castigar a los culpables y reponer el fuerte de Tucapel. Esta determinación hace que sea posible pensar que Valdivia no logró formarse un cuadro claro de lo que sucedía en el medio mapuche y de las verdaderas proporciones de la sublevación que enfrentaba.

Gabriel de Villagra, en cambio, presentía la gravedad de la circunstancia y por su cuenta le envió comunicación a Pedro de Villagra, capitán que era de una gran aptitud militar, tal vez solo superado más tarde por el insigne soldado y militar español Lorenzo Bernal de Mercado. En su comunicación pedía a Pedro volver de la expedición que realizaba al otro lado de la cordillera a Imperial, diciéndole: "la tierra se revelaba toda y que estaba muy grande cantidad de gente sobre Purén".

Valdivia, al salir de Concepción, llevaba consigo poco más de 40 hombres; además incluyó en su comitiva a Diego de Oro, corregidor de Concepción. Con esta pequeña fuerza, más un número indeterminado de indios, salió a poner orden y paz en Tucapel. Dirigióse primero a Quilacoya, principal lavadero de oro del partido de Concepción y en gran parte propiedad de Valdivia, en el que trabajaban, según todas las referencias, más de veinte mil indios. Va a este lugar para imponerse de la posible repercusión que pudiera tener la sublevación que le anuncian y coloca como autoridad a un vecino de Concepción, Diego Díaz, natural de San Lúcar de España, para que tome todas las providencias que requiera la seguridad del trabajo del laboreo de oro. Tomadas estas providencias, continúa dirigiéndose primero al fuerte de Arauco.

Mientras estuvo en Quilacoya recibió la información de Juan Gómez de Almagro, sobre el rechazo del ataque que hicieron a Purén, noticia que le alegró y que sin duda sirvió para darle más confianza en la acción que estaba emprendiendo.

Sin embargo, un presentimiento lo hace contestar pidiendo a Gómez de Almagro que se encuentren en Tucapel el 25 de diciembre. Sabemos que esto no sucederá, por la exigencia de los vecinos de Purén, que no permiten se les abandone en esa situación.

Entre el 18 y 19 de diciembre abandonó Quilacoya, para dirigirse a Arauco. De allí tomó consigo algunos soldados, dejó Arauco el 23 de diciembre y pernoctó en Lavolebo, a orillas del río Lebu. Desde allí envió en la mañana una avanzada al mando de Luis Bobadilla con 4 soldados (algunos cronistas dicen 9), a los cuales no volvió a ver vivos, pues se adelantaron e internaron imprudentemente, y los indios, que iban siguiendo todos los pasos que daban, los sorprendieron y dieron muerte. Restos de brazos y piernas colgaron de los árboles por donde debía pasar Valdivia.

Esto lo puso más cauteloso, pero siguió su marcha. Se le presentaban pequeños grupos que parecían preparados para combatir y luego huían; lo que a Valdivia lo hacía internarse más en su camino.

Como lo había establecido, el 25 de diciembre en la mañana se encuentra en las ruinas del fuerte Tucapel. Todo desierto, silencioso y solo; Juan Gómez de Almagro no aparece por parte alguna.

Tucapel, el fuerte, estaba ubicado en una colina de las últimas estribaciones de la cordillera de la Costa en su vertiente occidental. Esta colina limitaba con quebradas más o menos profundas, escabrosas, con mucho monte y en su fondo pantanosas; al pie de la colina corre el río Lebu, que se abría en extensos pantanos.

Valdivia se dispone a tomar un descanso en la loma, cuando sorpresivamente se desprende de la cumbre un pelotón de mapuches con gran griterío y aspaviento y comienza a atacar; el descanso no fue tal, hubo de combatir de inmediato. La técnica de Lautaro entra en acción, el grupo combate un rato, luego se retira; piensa el español en un respiro, pero aparece un segundo grupo, se repite el ataque, la lucha es fuerte y rápida. Los que llegan están descansados y con ansias de pelea; la situación es exactamente la contraria en el bando español. Los indios en cada encuentro pierden por muerte y heridos gran número; los españoles, tal vez en el primer ataque algún caballo muerto y uno que otro soldado herido; en el segundo encuentro caen algunos españoles a quienes los indios no sólo matan sino que los despedazan, es necesario infundir pavor al adversario.

De esta manera tres, cuatro, cuantas veces fue necesario se repitió la escena; la pequeña hueste de Valdivia se reducía cada vez más. Un sonido de corneta los reunió, tocan la retirada. Valdivia pregunta "caballeros ¿qué hacemos?" y el capitán Altamirano, natural de Medellín, hombre bravo y arrebatado, responde: "Que quiere vuestra señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos".

No había otra alternativa, algunos habían pretendido huir, deshacer el camino, pero este estaba cerrado por fuerte número de indios que los hizo volver.

Enfrentaron con furor, en sangrienta y desesperada lucha los nuevos encuentros. Valdivia pensó que los indios se entretendrían en repartirse los bagajes. Se equivocó, los indios tenían una sola meta: atacar sin descanso. Los que huían caían al golpe de las mazas.

Valdivia retrocede acompañado del padre Pozo y van a dar a una ciénaga en donde se empantanan. Allí, de un golpe de maza cae el sacerdote y a Valdivia lo sacan los indios con vida, le desnudan y solo le dejan su celada. ¡Qué humillación para el gran capitán!, luego la celada se la quita el indio de

su séquito Agustinillo, al que un golpe de maza tiende sin vida a la vista de quien fuera su amo.

Luego Valdivia el mismo día, o según otros al día siguiente, muere también de un mazazo en la cabeza. Todos los escritores de la época agregan que de inmediato le abren el pecho, le arrancan el corazón y repartiéndoselo en trocitos lo devoran. Reconociendo en él su gran valor, fuerza y valentía y creyendo que esos valores radican en el corazón lo engullen para que se desarrollen esas mismas condiciones en sus vidas.

Es importante la información que da Góngora Marmolejo sobre la muerte de Valdivia. Después de referirla, como está planteada más arriba, dice:

“El cómo murió, y de la manera que dicho tengo, yo me informe de un principal y señor del Valle de Chile en Santiago, que se llamaba Don Alonso, y servía a Valdivia de guardarropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razón, que estuvo presente a todo y escapó en hábito de indio de guerra sin ser conocido, y aquella noche llegó a la casa fuerte de Arauco y dio nueva de todo lo sucedido a los que en ella estaban, los cuales se fueron a la Concepción, que estaba de allí nueve leguas, antes que los indios les cercasen el camino”¹¹.

La noticia del desastre llegó rápidamente a Imperial, Villarrica, Los Confines, Concepción y Valdivia y con mayor razón a Purén y Arauco, pero se ignoró en algunos lugares por varios días la suerte de Valdivia.

Semanas más tarde se encargó a Gabriel de Villagra averiguar la suerte de Valdivia: “La certeridad de la muerte de dicho gobernador, porque no se sabía por muy cierta entonces”.

Una vez que se conoció confirmadamente la muerte, se tejieron con gran fantasía toda clase de noticias sobre su morir, cada una más truculenta que la anterior.

Los cronistas han exagerado mucho el número de mapuches combatientes en Tucapel. Si se piensa que en los encuentros que tendrán, a continuación de estos sucesos, con Villagra y con García Hurtado de Mendoza nunca lograron

11 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 66.

reunir cifra superior a 5.000 guerreros, puede pensarse en la exageración en que han caído.

No es probable que en Tucapel se haya luchado con un número superior a 10.000, a pesar del levantamiento general y de haber sido preparado con tiempo, y aunque en esa fecha aún no habían sufrido la disminución que se producirá en el pueblo mapuche, debido al hambre, y a la epidemia de tifus que hará verdaderos estragos en los aborígenes.

La muerte de Valdivia marcará un enorme retroceso en la conquista española, tal que no la realizarán en los 260 años de vida colonial. La Colonia se desarrolla y se vive al norte del Biobío, pero principalmente del Maule al norte; el territorio entre el Maule y el Biobío siempre tuvo cierta incertidumbre.

Solo desde mediados del siglo XVIII puede decirse que del Biobío al norte, el país entra en una etapa de seguridad. En el sur del Toltén se desarrollará, con una suerte muy diversa, uno que otro lugar; así Valdivia, con altos y bajos, pasará el período colonial y entrará plenamente al Chile republicano. Igual suerte puede pensarse para Osorno que, destruido y abandonado, vuelve a levantarse y, después del paso del gobernador Ambrosio O'Higgins, sigue el camino de su desarrollo y progreso. En la Isla de Chiloé: Ancud y Castro, con algunos desastres, principalmente provocados por los corsarios, tienen un desarrollo lento, como fue el período colonial y, además, como natural consecuencia de su distancia.

Pero para el territorio de Arauco fue como volver a cero y tener que empezar de nuevo, con un pie forzado de mayor resistencia; la adaptación del araucano a una táctica militar en que puede sacar ventajas por su número, el conocimiento del terreno y la frugalidad de su vida frente a las armas españolas.

Los mapuches van a ir adquiriendo el convencimiento de que no tienen por qué someterse al dominio del invasor y así, cada vez que las circunstancias extreman la opresión sobre ellos, se levantarán y arrasarán la obra, tan difícilmente iniciada, de su incorporación a la vida española y a la vida republicana más tarde.

La figura de Valdivia se irá agigantando con el tiempo, no solo por su valor y decisión sino por haber tenido la visión de ser este un país en que era hermoso y agradable el vivir; si bien era difícil y complicado y necesitaría en sus habitantes el saber continuamente sobreponerse a los desastres, ya sean

producto de la guerra de la conquista, como el incendio y destrucción de Santiago, en el mismo año de su fundación, por el ataque de Michimalonco, o las destrucciones en el sur; ya por los efectos naturales: maremotos y terremotos que destruyen cuanto el hombre realiza, ya sea por los continuos ataques de los corsarios en las costas.

Chile se irá desarrollando de desastre en desastre y, cada vez vencida la dificultad, con mayor vigor avanzará a la construcción de su futuro.

6. CONSECUENCIAS DE LA MUERTE DE VALDIVIA. PERIODO INCIERTO ENTRE SU MUERTE Y LA LLEGADA DE GARCÍA HURTADO DE MENDOZA (1554-1557)

La muerte de Pedro de Valdivia y el desastre de Tucapel son un momento importante en el desarrollo de la Historia de Chile. Grande fue la sorpresa en todo el país al saberse la noticia de su derrota, y más la de su muerte. Lo que se había logrado daba la idea de tranquilidad hacia el futuro y la gran mayoría de los pobladores, incluso el mismo Valdivia, tenían la convicción que la conquista estaba terminada y que los indios se darían a vivir en paz. Por esto las primeras noticias que llegaban eran casi increíbles, más aún cuando se daban a conocer pormenores y la conducta posterior de los mapuches.

DESTRUCCIÓN DE FUERTES, ABANDONO DE CIUDADES: ANGOL, VILLARRICA, CONCEPCIÓN

Este desastre significa empezar de nuevo y con un fuerte antecedente en contra. El que estará actuando con una influencia terrible. El mapuche sabe que el español es un ser con quien puede luchar y a quien puede vencer y que, en definitiva, el goce de su libertad y el derecho a vivir en su suelo, como él quiere, es solo cuestión de su voluntad. Así lo demostrará en una resistencia de más de 300 años.

El hecho de la guerra de Arauco va a marcar toda nuestra historia colonial, Chile no será un país que atraiga como el resto de América a personas que quieran avecindarse aquí. Las guerras continuas, la barbarie araucana indómita, sus levantamientos, sus victorias, podría decirse, la falta de respeto frente al soldado español, serán un hecho que, si bien asombrará a muchos, determinará una vida colonial muy limitada, siempre en sobresalto.

Con razón se dirá que este suelo es el último rincón del mundo y donde el hombre no tiene ninguna seguridad de supervivencia; que siempre habrá que estar reconstruyendo lo ya hecho; que en él no hay nada definitivo.

Pero no es menos cierto que, a su vez, los que se avecindaban en él se sentían, por la naturaleza del país, su clima, su vegetación, sus estaciones tan marcadas, la riqueza de su tierra y sus bosques, tan a gusto, que incorporaban el paisaje a su vida y confundiendo con él, no lo podían abandonar.

Parece que mientras mayores eran los inconvenientes, mayor era el arraigo y adhesión a este vivir. Esto mismo irá marcando en el carácter de este pueblo un cierto estoicismo, junto a una envidiable seguridad en su porvenir.

Dejamos en Purén a Juan Gómez de Almagro, que debiera haber partido con sus hombres a Tucapel, pero al que los pobladores exigieron se quedara para defensa del fuerte, ya que la información que hicieron circular era que, en los alrededores del fuerte, había un contingente formado por 16 levos dispuestos a atacar. Gómez de Almagro, por esta razón, se quedó en vista del posible ataque. El mismo día 25 de diciembre salió a recorrer los alrededores para conocer la eficacia de sus posibles atacantes y pudo comprobar que los atacantes no existían. Solo entonces comprendió que había sido una estrategia mapuche para evitar la unión de ambas fuerzas: las de Valdivia y las suyas.

En la noche del mismo 25 partió hacia Tucapel y atravesó la cordillera de Nahuelbuta sin encontrar aborígenes; solo el 26, al llegar al valle de Ilicura, a 3 leguas de Tucapel, se encontró con numerosos mapuches armados que celebraban su victoria.

Se abrió paso a través de ellos a punta de lanza y llegó a las cercanías del fuerte. Los indios le intimaban rendición, pues habían muerto al gobernador. No creyeron, pero hubieron de rendirse a la evidencia. Los indios se burlaban de todo lo español y hacían mofa con los despojos de los españoles, con sus armas, ropas, capas, etc.

Gómez de Almagro llegó con su gente al mismo lugar del fuerte destruido, y se detuvieron y desmontaron, con ánimo de descansar, en el mismo sitio donde el día antes se diera la batalla.

El descanso fue breve; varios escuadrones mapuches los atacaron con brío. Dieron principio a la batalla tres horas antes de la noche, sin interrumpirla en todo el tiempo que les duró el día... pero como la multitud de los enemigos fuese tan excesiva, los españoles acordaron retirarse como pudieran, cada uno por su parte¹².

En este encuentro, que suelen llamar “de los catorce de la fama”, murieron Leonardo Manrique, Sancho de Escalona, Pedro Niño, Gabriel Maldonado, Diego García y Andrés de Mira.

Los otros siete llegaron a Purén, donde encontraron que Pedro de Avendaño había llegado de Imperial con 30 soldados para ayudar a Valdivia. Aquí conocieron la magnitud del desastre y la muerte de Pedro de Valdivia. Decidieron abandonar Purén y partir todos a Imperial.

7. PRIMERA REBELIÓN MAPUCHE

Los hechos que pusieron término a la vida de Pedro de Valdivia, cuando este tenía una visión del sometimiento del mapuche, hicieron pensar en un primer momento que se trataba de un hecho fortuito, casual, producto de la fuerte confianza en su capacidad y en el menosprecio de la condición mapuche de actualizarse para enfrentar situaciones nuevas en el manejo de la guerra.

Valdivia, sin duda, cayó en una circunstancia en que con más visión y acompañado de otra fuerza, que era posible tener, no habría sido vencido en Tucapel y mucho menos llegado a la muerte.

Tal vez hubiera bastado con los socorros que pidió. Si Juan Gómez de Almagro llega a unírsele a Tucapel y si lo mismo hace Pedro de Avendaño,

12 Pedro Mariño de Lobera. *Op. cit.*, pág. 162.

que viene de Imperial. Valdivia habría enfrentado la situación de Tucapel con el doble número de soldados y es posible que el resultado hubiera sido distinto. El militar que era Valdivia tuvo un error de apreciación que creará un hecho histórico: la conciencia del poder que tiene el mapuche, que confía en su número, en su valor y en su sentido para sacar provecho del conocimiento del país y del ningún valor que para él tiene, en esas circunstancias, la palabra empeñada. Para ellos todo era permitido si los conducía al éxito y su éxito era la eliminación del español y seguir su vida.

Por eso para el mapuche, el retirarse o retroceder, cuando la suerte del encuentro le es adversa, será táctica guerrera: en cambio, para el español, tiene el sentido de derrota y su pundonor no le permite retroceder ante gente bárbara y, a su juicio, sin medios de combate proporcionados a sus armamentos.

Así la muerte de Valdivia produce un instante de desconcierto en los españoles y un mal paso en la conquista: la verdadera proporción de lo que ha pasado se sentirá enseguida, cuando se conozcan los efectos que este triunfo mapuche acarrea a unos y a otros.

El mapuche con la sensación de victoria; el español, de derrota, aunque la piensa como un mal paso y cosa momentánea.

La noticia confirmada, de la muerte de Valdivia, produjo en todo caso una sensación de pánico entre los españoles y, como consecuencia, van a hacer ahora lo que la previsión, que faltó, no hizo: la concentración.

Los de Purén deciden su abandono y se reúnen en Imperial. Los de la ciudad de Los Confines (Angol) la despueblan, marchando unos a Imperial y otros a Concepción. Los soldados del fuerte de Arauco se van a Concepción.

El acontecimiento, al ser conocido en Concepción, hizo que de inmediato, los españoles, dispersos en campos y lavaderos de oro, abandonaran todo y se refugiaran en la ciudad, a la que empiezan a llegar los soldados del interior de Arauco.

Se producen sentimientos encontrados si bien sienten, por la concentración, una suerte de mayor seguridad, por los informes y noticias de los desastres, se apodera de ellos una ola de pánico que no es posible vencer sino varios años más tarde, cuando llega a Chile García Hurtado de Mendoza.

A lo anterior, hay que agregar lo que ocurre en Villarrica. Pedro de Villagra que era el jefe de Imperial y a quien Valdivia, en su seguridad, había enviado para tomar posesión al otro lado de la cordillera Nevada, informado por Gabriel de Villagra, su pariente, regresa a Imperial y para él el panorama es claro. En el momento hay que concentrar y por eso ordena despoblar Villarrica y que sus pobladores y soldados se le unan en Imperial.

Los españoles de Arauco quedan así concentrados en Concepción, que se apoyará en Santiago, y en Imperial, que contará con el apoyo de Valdivia.

Como se puede ver, hay jefes locales pero ha desaparecido la autoridad central; es indispensable producir un acuerdo que constituya autoridad.

8. FRANCISCO DE VILLAGRA

Los pobladores del sur, vale decir en este caso: Concepción, Imperial y Valdivia, no dudaron en poner sus ojos en Francisco de Villagra, que era el capitán de más alto prestigio.

Había gobernado a Chile en la ausencia de Valdivia cuando este fue al Perú. Era teniente de gobernador y disponía de más soldados que todos los otros jefes, lo que era de especial importancia.

Debemos recordar que, cuando ocurren estos hechos, Francisco de Villagra se hallaba recorriendo el sur del país, mandado por Valdivia y que había partido hacia Reloncavi con el ánimo de preparar la expedición que Valdivia soñaba: llegar al estrecho.

Los cabildos enviaron emisarios para avisarle lo ocurrido.

La noticia, poco menos que increíble para él, le produjo profunda impresión, pues eran muy amigos. Se encerró algunas horas solo, pero en su reflexión comprendió luego que el momento era de acción.

Regresó al norte. Al paso por Valdivia, el Cabildo de esa ciudad lo nombró gobernador interino de Chile, el 7 de enero de 1554. El Cabildo de Imperial, a continuación, reconociendo lo hecho por Valdivia, le da otros títulos: capitán general y Justicia Mayor de la Gobernación.

Los cabildos ciertamente sobrepasaron sus atribuciones; pero en el momento no era posible esperar nombramientos que vinieran del Perú o de España,

La circunstancia, como bien la entendió Francisco de Villagra, era de acción y de acción sin dilaciones. Los cabildos trataron de actuar, pensando lo que en circunstancias como las que vivían, habría hecho Valdivia.

Villagra reunió en Valdivia 140 soldados; dejó 60 en la ciudad y con los 80 restantes fue a Imperial, a mediados de enero.

En Imperial, cuando Villagra llegó, se comentaba la caída de Concepción, por lo que decidió dirigirse rápido a ella. Con 50 hombres marchó a Concepción.

Arrolló a los indios que se interpusieron en su marcha a Los Confines y pidió a Imperial un refuerzo. Le enviaron 10 hombres más.

Desde Los Confines destacó, para ir rápido a Concepción, un pequeño grupo de 6 a 8 soldados al mando del visitador eclesiástico Hernando Ortiz de Zárate, lo que se realizó casi en forma milagrosa.

Hernando Ortiz pudo constatar que el pánico en Concepción, al conocerse la muerte de Valdivia, fue mayor que en otras partes. Desde la muerte de Valdivia hasta el arribo de Ortiz, habían transcurrido 28 días y, a cada momento, creían ver aparecer a los indios sobre la ciudad.

Renació la esperanza con la noticia de la próxima llegada de Villagra, a quien salieron a esperar llevándole alimentos.

En el momento que el Cabildo de Concepción conoció el desastre de Tucapel y la muerte de Valdivia, despachó un mensajero a Santiago en demanda de socorro.

No bien había llegado a Concepción Francisco de Villagra el 26 de enero, cuando, tres horas después de su arribo, el Cabildo de Concepción le designa capitán general y Justicia Mayor. Idéntico nombramiento le habían concedido Imperial, Los Confines y Valdivia, que modificó su primer acuerdo.

Villagra, por estos acuerdos, llegó a ser jefe de todos los Cabildos del sur, pero era indispensable que este nombramiento fuera de todo el país para

emprender en conjunto y bajo un único mando la defensa y recuperación de lo perdido.

A Santiago llegaron con esta petición Gómez de Almagro y Diego de Maldonado. Santiago conoció oficialmente la muerte de Valdivia, por nota del Cabildo de Concepción el 11 de enero.

Además, una carta de Juan Martín de Alba, mayordomo de Valdivia, confirmaba su muerte.

El Cabildo de Santiago, sin conocer lo que pasaba en el Sur designó como teniente gobernador a Rodrigo de Quiroga, hasta que el Rey designara a otro Gobernador o bien lo confirmara.

El Ayuntamiento de Santiago abrió entonces el Testamento que Valdivia, en forma sellada, dejó en manos del Cabildo, al partir al sur en 1549. En él encontraron que Valdivia designaba, en caso de muerte, como gobernador, en primer lugar, a Gerónimo de Alderete y. en segundo lugar, a Francisco de Aguirre.

En ese momento, Alderete se encontraba en España y Aguirre al otro lado de los Andes. Estimó el Cabildo que todo esto debía comunicarse rápidamente a Lima y pidió que se designara gobernador interino a Quiroga, como lo había hecho ya el Cabildo.

Con estas peticiones fue a Lima Francisco Riberos.

La ciudad de Santiago envió a Concepción un pequeño refuerzo de soldados y una buena cantidad de caballos.

Cuando llegaron a Santiago Gómez de Almagro y Diego de Maldonado, para obtener que el Cabildo reconociera a Villagra como Gobernador Interino y reunir en una mano toda la autoridad de la Colonia, el Cabildo propuso que Quiroga gobernara al norte del Maule y Villagra todo el territorio al sur del Maule.

El Cabildo, para dar una mayor confirmación a su acuerdo, decidió ponerlo en conocimiento del virrey del Perú y envió al efecto a don Gaspar de Orense con los siguientes acuerdos tomados por el Cabildo el 26 de febrero de 1554.

El primer acuerdo que comunican es la ratificación de la idea de dividir en el Maule el territorio, dejando el sur a cargo de Villagra y el norte a cargo

de Quiroga. Por el segundo acuerdo, el Cabildo comunica, oficialmente, la muerte de Valdivia y se le solicita al Virrey que, a petición unánime de los Cabildos, se designe Gobernador del Reino a don Francisco de Villagra.

¿Por qué el Cabildo de Santiago propone ahora como único gobernador a Villagra y deja de lado a Quiroga? Este cambio hay que entenderlo por las noticias que llegan. Se habla de un posible avance de los mapuches sobre Santiago y el levantamiento de los indios en las comunidades, en las haciendas y en los lavaderos de oro del país.

Además, la proposición unánime de nombrar a Villagra hacía difícil el nombramiento de una persona extraña.

Pero mientras estas maquinaciones se realizaban en la capital, en el mismo día que el Cabildo tomaba estos acuerdos Francisco de Villagra sufría en Marigüeñu una derrota peor que la de Valdivia en Tucapel.

BATALLA DE MARIGÜEÑU

Muy pronto, con las noticias del desastre de Tucapel y con la llegada de los que salían del sur y arribaban a Concepción, surgió el pánico y muchos también quisieron emigrar a Santiago. Algunos, de hecho, a la primera información confirmada, lo hicieron.

Cada día pensaban que amanecería la ciudad sitiada, mas como esto no ocurría, tranquilizábanse un tanto y volvían a cuidar sus intereses, pues, si los abandonaban los perdían, ya sea robados por los mapuches, ya sea por los mismos españoles residentes.

Así, por abandono perdieron algunos, en los campos, cosechas y animales. Hay que tener presente que todo esto ocurría en enero-febrero de 1554.

Había que decidir entre una posición activa y una pasiva: cuidar y defender la ciudad o despoblarla, y decidieron lo primero.

Francisco de Villagra que estaba en Concepción esperando refuerzos que pudiera enviarle Santiago, no esperó más y resolvió salir a campaña con la fuerza de Concepción. De los 216 hombres que había, escogió 154 soldados y los que permanecieron en la ciudad quedaron bajo el mando de Juan de

Cárdenas, que era el jefe de la caballería y de Gabriel de Villagra, que tomó el mando de la plaza.

Villagra llevó en esta ocasión 6 cañoncitos, los primeros que se emplean en Chile. Iba como maestre de campo, Alonso de Reinoso.

El plan de batalla de Marigüeñu fue preparado por Lautaro en igual forma que en Tucapel, plan que pudieron cumplir sin obstáculo y en forma sorpresiva, pues los españoles no tenían idea de cómo se había combatido en Tucapel.

Villagra salió de Concepción, hacia el sur, el 24 de febrero de 1554; pernoctó en las orillas del Biobío, atravesando el río hacia el sur y así por la costa fue a llegar a la serranía de Marigüeñu.

Lautaro, por sus espías, seguía al detalle lo que hacía Villagra y fue provocando todos sus movimientos, para llevarlo donde él quería pelear, y donde estaba preparado para hacerlo.

No ha sido posible precisar el número de mocetones que tenía Lautaro. Algunos cronistas hablan de 100.000, pero lo posible es que no pasaran de 15.000.

En la mañana del 26 de febrero, Villagra comienza a remontar una cuesta relativamente alta, en cuya cumbre había una meseta rodeada de bosque, justo el lugar escogido por Lautaro.

El combate fue como en Tucapel, oleada tras oleada; comenzó la batalla a las 8 de la mañana y al mediodía continuaba la lucha con bravura.

El cansancio, la sed, el hambre, debilitaban las fuerzas que peleaban sin renovarse; en cambio, los mapuches, inferiores en armas, actuaban con gran frescura, pues los combatientes se cambiaban con frecuencia. Esta condición empezó a producir en los soldados de Villagra una desmoralización que les sería fatal. Para reanimar a los suyos Villagra peleaba en primera fila. En un momento uno de los indios logró enlazarlo y lo botó del caballo. Estuvo a punto de morir, pero sus compañeros, en esfuerzo singular, lo protegieron y lo incorporaron. Volvió a continuar el desigual combate, totalmente superado por el número y la astucia. A las 4 de la tarde llevaban 8 horas de combate incesante. Lautaro tenía intacta su reserva y en óptimas condiciones a sus combatientes. Se dio cuenta del cansancio español y al frente de dos

escuadrones de refuerzo se lanzó contra la sección en que operaban los cañones. En el asalto mató a los 20 encargados de servir estas piezas. Fue como el golpe de gracia.

No había otra retirada posible, sino la vuelta a Concepción y Villagra tomó sin vacilar la decisión. El desastre fue enorme, porque no logró una retirada en orden, debido al pánico de la derrota. Los soldados perdieron el tino y huyeron a la desbandada.

Logró, con esfuerzo, organizar una retaguardia de 30 a 40 jinetes que contuvo, buen tiempo, al enemigo, pero que no pudo proteger a los que huían a la desbandada.

Los mapuches en un lugar de bifurcación del camino habían cerrado el paso fácil, dejando abierta la senda que llevaba a lo alto de una colina a orillas del mar. Los que tomaron ese sendero se precipitaron al mar. Villagra intuyó esta maquinación y rompió el frente mapuche. Alonso Reinoso dice que, en ese paso, perecieron 40 españoles y casi todos los indios amigos, que pelearon por ellos y que se habían salvado de la batalla.

Al subir al llano, Villagra juntó unos 20 hombres. Los enemigos se presentaban en escaso número y era preciso llegar al Biobío a fin de evitar que les destruyeran las balsas para atravesarlo.

Había en el llano una cantidad de caballos sueltos que tomaron. Montaron en ellos los que venían a pie y así pudieron apurar la marcha. Las barcas estaban en la orilla y se embarcaron para cruzar el Biobío, lo que pudieron hacer sin ser molestados.

En la misma noche empezaron a llegar pequeños grupos dispersos. Venían a pie, heridos, extenuados, apenas podían moverse. Los más habían perdido sus armas en la pelea o las habían abandonado en la huida.

Al día siguiente se pudo hacer el balance de la jornada: había salido con 154 hombres, regresaron en total 66. El número de españoles muertos en Marigüeñu fue de 88 soldados.

DESPUEBLE DE CONCEPCIÓN

Villagra, desde el Biobío, envió a Diego Cano a Concepción para pedir auxilios. Despertaron a Gabriel de Villagra, al visitador eclesiástico Hernando Ortiz, a Juan de Cárdenas. Gabriel de Villagra partió en el acto con 8 hombres, llevando los auxilios que pudo reunir, pero en el camino lo alcanzó un mensajero que le informa que la población había decidido abandonar Concepción en masa, rumbo a Santiago.

La noticia del desastre circuló en Concepción en la misma noche. La llegada de los fugitivos, heridos, desfigurados, casi desnudos y sin armas, produjo el mayor pánico.

Hombres, mujeres y niños se dirigieron a la casa que había pertenecido a Valdivia y que era como un fuerte. Allí acordaron trasladarse a unas 10 leguas al norte, dirigidos por el alcalde Cabrera y el eclesiástico Hernando Ortiz.

Bobadilla refiere que los más temerosos eran los hombres y que así decía, temblando, Juan Negrete: “¿Qué hacemos en esta ciudad? ¿Que nos han de comer vivos los indios!”.

En cambio, Juana Jiménez, la última concubina de Valdivia, pateaba de rabia en el interior de la casa, ante la idea del despueble.

Villagra arribó a Concepción después del mediodía del 27 de febrero; llegó desfigurado por las heridas, los golpes y el cansancio. Lo curaron y acostaron para un descanso, el que no fue posible, pues tuvo que atender la necesidad del despueble.

Esta medida significaba la pérdida de todo lo que tenía la ciudad, los bienes y efectos personales; pero sobre todo pensaba Villagra en los alcances morales para las poblaciones de Imperial y Valdivia.

Por otra parte comprendía que no tenía otra posibilidad y nada podía esperar de Santiago. En la bahía había dos pequeños barcos, ubicó en ellos a las mujeres, los heridos y los pocos niños y ancianos y los envió por mar destino al norte, para juntarse en Santiago.

Alonso de Góngora Marmolejo, al escribir sobre el despoblamiento de Concepción, nos cuenta algunas impresiones: “Luego se puso por obra (el despoblamiento), que fue gran lástima ver a las mujeres a pie ir pasando

los ríos descalzas, aunque entre ellas hubo una tan valerosa que con ánimo más de hombre que de mujer, con un montante en las manos se puso en la plaza de aquella ciudad, diciéndoles en general muchos oprobios y palabras de mucho valor; y tales que movieran el ánimo a cualquier hombre amigo de gloria y de virtud. Mas Villagra no curó de ello, aunque en su presencia le dijo: "Señor general, pues vuestra merced, quiere nuestra destrucción sin tener respeto a lo mucho que perdemos todos en general: si está despoblada, es por algún provecho particular que a V^amd. resulta, váyase vuestra merced en hora buena; que las mujeres sustentaremos nuestras casas y haciendas, y dejarnos así ir perdidas a las agenas, sin ver por qué, más de una nueva que se ha echado por el pueblo, que debe haber salido de algún hombrecillo sin ánimo, y no quiera V^amd. hacernos en general tan mala obra"¹³.

La mujer que así hablaba era doña Mencía de los Nidos, natural de Cáceres en Extremadura.

Así fue destruida, a continuación de su despoblamiento, la ciudad que, en marzo de 1550, fundara Pedro de Valdivia. Había alcanzado notable desarrollo en los cuatro años que llevaba de trabajoso existir.

Los que salían por tierra iban marchando en el mayor desorden; habría sido suficiente el ataque de unos 100 indios para que los hubieran muerto a todos. Villagra mandó a un pariente, Gabriel, que formara una vanguardia protectora, mientras él terminaba de acomodar a la gente que colocó en los barcos, en los que puso algunos objetos que estimó conveniente salvar: un gran Cristo, una imagen de la Santísima Virgen y diversos objetos del culto.

Reunió después vacas, caballos, ovejas, cabras que quedaron abandonados y salió de Concepción el último de todos el 28 de febrero de 1554, acompañado de 10 a 12 soldados. El mismo día alcanzó a los fugitivos que no fueron molestados por los indios comarcanos.

Los mapuches primero se quedaron en el mismo campo de Marigüeñu a celebrar su victoria y después de unos cuatro o cinco días llegaron a Concepción, donde encontraron la ciudad vacía. Robaron lo que quisieron y después incendiaron y destruyeron.

13 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.* pág. 84.

La derrota de Marigüeñu, y el despueblo de Concepción, se supo en Santiago el 12 de marzo, noticia que les entregó la gente que en los barcos habían partido conduciendo mujeres y enfermos.

Al Cabildo se le presentó un problema que no admitía dilación, ¿quién debía mandar? En Santiago, ejercía el mando Quiroga, en el sur, Villagra, quien a su vez tenía la fuerza y la experiencia con el indígena. Para mayor complicación, llegó en esos mismos días a Santiago, Francisco de Aguirre, reclamando su derecho a la Gobernación, de acuerdo al Testamento de Valdivia.

El Cabildo no deseaba que se produjeran dificultades y divisiones en momento de tanta inquietud, e inclinándose por darle el mando a Villagra, así se disponen a proponérselo al Rey. Quiroga renunció poniendo el cargo en manos del Cabildo, el que más reclamaba era Aguirre. El Cabildo buscó la manera de evitar conflictos y trató de alejar de Santiago a Villagra, tratando de hacerlo volver al sur, y que reconquistara la zona de Concepción, y repoblara la ciudad. Para realizar esto el Cabildo le procuraría caballos y quince mil pesos. Despacharon un barco con provisiones a Concepción y otro con auxilios a Valdivia.

Villagra se preparó para realizar esta nueva empresa; era empezar de nuevo, pero prefería realizar la expedición y no mendigar en Santiago.

Sin embargo, antes de partir al sur, se hizo reconocer por el Cabildo como gobernador y capitán general en una reunión que celebró con los alcaldes y regidores en su casa.

Villagra pasó el invierno en Santiago, preparando su expedición. Compró caballos, pertrechos de guerra, alimentos, para llevar consigo y dotar a los hombres del sur con estos recursos, en la seguridad que ellos serían el mejor elemento de su futuro ejército.

Para estos gastos cuenta con 15.000 pesos que puso a su disposición el Cabildo, 40.000 pesos que saca de la Caja Real, más su fortuna personal. Dejó en Santiago para su defensa 128 soldados y él se puso en marcha con 155 soldados bien armados.

El 1 de noviembre, devolvió la autoridad al Cabildo y el 2 partió hacia el sur. Hasta el Maule no tuvo resistencia, al sur de este río hubo de dispersar pequeños grupos que, más que combatir, querían convencerlo que su viaje

era inútil, que la Imperial había sido destruida y quemada, sus habitantes muertos y que los mapuches lo esperaban en el camino.

Veintidós días más tarde la expedición estaba a una jornada del Biobío. Tuvo aquí que contener dos tentativas de rebelión: una de los que querían quedarse de inmediato en Concepción y reconstruir; y otra de los que, por temor, no querían seguir adelante.

Pero no logró imponerse ni uno ni otro grupo. Villagra continuó al sur, atravesó el Biobío e hizo camino hacia Imperial donde no se tenía noticias de él desde que dejó la ciudad en enero de 1554.

Los indios, por otra parte, habían guardado secreto acerca del triunfo de Marigüeñu y la destrucción de Concepción.

Pedro de Villagra se había quedado en Imperial con 150 soldados. Fortificó la ciudad y la aprovisionó. La rodeó de fosos y parapetos y distribuyó la gente en cuadrillas, cada una con su jefe. Los indios distraídos con las fiestas con que celebraron tan notables triunfos no se preocuparon de asaltar ni atacar a Imperial; construyeron pucarás en los alrededores, desde los cuales hostilizaban a los españoles y yanaconas, decididos a no atacar hasta pasado el invierno.

Pedro de Villagra, uno de los capitanes de mayor capacidad y prestigio, con una notable visión militar, comprendió que la defensa pasiva lo colocaba a merced del enemigo, quien en esa forma podía elegir el día y las condiciones del ataque. Decidió tomar la iniciativa.

Así, una mañana de fuerte neblina logró tomar al asalto un enorme pucará, ubicado a 5 leguas de Imperial. Se hace subir a 6.000 el número de rucas que encerraba la zona defendida por este pucará. En él recogió muchas provisiones y grandes reservas de armas pertenecientes a los mapuches.

Después atacó al pucará de Peltacaví, que tenía "por defensa y fortificación una muy peligrosa ciénaga y en torno de él, muchas cavas de agua, y allende de esto, muchos baluartes y albarradas". Tuvo que asaltarlo a pie y con el agua a la cintura.

Quedaba un tercer pucará, ubicado en una isla dentro de la laguna de Pulanquén, junto del mar (tal vez el lago Budi).

Reunió canoas y atravesó la laguna, llevando a la ribera los caballos que iban a nado. Los indios lo esperaban con el agua hasta el cuello y la batalla se trabó en plena laguna.

Tenía consigo 60 soldados y numerosos indios auxiliares. El combate durante las primeras cuatro horas fue indeciso, pero finalmente el triunfo fue para Villagra.

¿Qué ocurría entretanto en Valdivia? La ciudad contaba con 60 hombres para su defensa, que no necesitaron combatir, como tuvieron que hacerlo los de Imperial. ¿A qué se debe esta pasividad? En general, los huilliches no hicieron causa común con los mapuches y además no se interesarían más tarde por lo que ocurriera al norte del Biobío, como tampoco al sur del Toltén.

Pedro de Villagra trató de despoblar Valdivia y reunir toda la fuerza en Imperial pero el Cabildo se negó con razón, la presencia de ese puerto era muy importante en estas circunstancias. Era el punto de aprovisionamiento y de contacto con todo el país en forma por demás segura.

Por otra parte, los valdivianos supieron solo en septiembre, cuando volvió de Santiago, por mar, Andrés de Escobar, lo sucedido; la derrota de Marigüeñu, la destrucción de Concepción y que se estaba preparando una nueva expedición de Francisco de Villagra hacia el sur en auxilio de la Imperial.

EPIDEMIA Y HAMBRE: DEBILITAMIENTO ARAUCANO

Francisco de Villagra salido de Santiago, llegó finalmente a Imperial a fines de noviembre de 1554. Es posible imaginar el contentamiento que su presencia produjo. En contacto con Pedro de Villagra organizó nuevas expediciones en esta tierra.

Confió al licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano, nombrado corregidor de Valdivia por él, diversas expediciones, como también a Pedro, su pariente, y a Miguel de Avendaño y Velasco.

La expedición más importante fue confiada a Pedro de Villagra, quien debía llegar hasta el Biobío y regresar al antiguo asiento de Los Confines, que deseaba repoblar.

Pensaba que era preferible ir avanzando de sur a norte, ya que los contados de auxilio era más posible recibirlos desde Valdivia e Imperial. Así, si se repoblara Los Confines, sería más fácil atender las necesidades de Concepción.

En estas expediciones no fue necesario combatir. Extrañaba la pasividad mapuche, que no era motivada por sometimiento, sino por los grandes estragos que en la población indígena produjeron el hambre y el tifus, que cayeron como plaga entre ellos, desde 1554 a 1557.

El principio del hambre se debió a la costumbre de los españoles de ir destruyendo sus siembras y, en la época de la cosecha, con facilidad le ponían fuego a las sementeras y arrasaban los campos.

Por otra parte, en el levantamiento que produjo la muerte de Valdivia, los indios no se preocuparon de sus cosechas y sembrados, de modo que ya en 1554 estaban muy escasos de alimentos. Para completar esta calamidad hay información que permite afirmar que, entre 1554-1557, se produjo una gran sequía que inutilizó siembras y pastos.

Al hambre se sumó una epidemia de tifus. Góngora dice: “Una epidemia de pestilencia que ellos llamaban chavalongo, que en nuestra lengua quiere decir, dolor de cabeza... murieron tantos millares que quedó despoblada la mayor parte de la provincia; que donde había un millón de indios no quedaron 6.000; tantos fueron los muertos que no parecía por todos aquellos campos persona alguna, y en repartimiento que había más de 12.000 indios no quedaron 30”¹⁴.

Thayer Ojeda cree que hay un error de copia y que donde dice 1.000.000 debe leerse cien mil y donde dice 12.000, debe leerse 1.200.

El error es evidente, pero, así y todo, habría muerto el 80% de la población.

14 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 92.

Juan Fernández de Almendras afirma que la peste y el hambre redujeron los 40.000 indios de guerra del Estado de Arauco a menos de 14.000.

Hernando Ortiz de Zúñiga dice que su encomienda tenía 800 viviendas y que cuando los visitó no había en total más de 100 indios.

En todo caso, la muerte de la tercera parte de un pueblo de más de 300.000 almas es una catástrofe.

A partir de esta calamidad el pueblo mapuche, que podía reunir 40.000 guerreros, en las campañas posteriores no logra juntar más allá de 14.000. Los guerreros, diezmados en guerra y combate, disminuyeron más por los males indicados: el tifus y hambre.

Esta calamidad quebrantó la moral aborígen y debilitó la voluntad guerrera. Con estos dos factores se fue a estrellar la estrategia de Lautaro y sus efectos salvaron a Santiago de caer en manos de los araucanos.

9. ACTUACIÓN DE FRANCISCO DE VILLAGRA HASTA EL ARRIBO DE HURTADO DE MENDOZA

Aunque ocupado en sus empresas en el sur, Villagra estaba siempre informado de lo que ocurría en Santiago. Supo así que, el 29 de abril de 1553, Gabriel de Villagra se presentó en el Cabildo de Santiago a solicitar y reclamar que el Cabildo debía recibir a Francisco de Villagra como gobernador y Justicia Mayor, el Cabildo se negó a aceptar esta petición.

Villagra supo esta noticia cuando acababa de repoblar Los Confines, ahora con el nombre de Angol.

Pero a la noticia de la negativa del Cabildo a reconocer sus derechos, se sumaban otras: la noticia de un alzamiento de los promaucaes y de un sangriento encuentro nocturno que Juan Jufre había sostenido con ellos en Peteroa.

Dejó a Sebastián del Hoyo con 30 soldados en Angol y se dirigió al norte con 70, según él dice "a pacificar a los promaucaes".

En el camino, poco al norte del Maule, supo por comunicación de Gabriel de Villagra y Juan Jufré, la llegada desde Lima de Arnao Segarra Ponce de León y la resolución de la Audiencia de Lima que había acordado, el 13 de febrero, anular los testamentos de Valdivia, confiar el Gobierno de las ciudades a los Cabildos, repoblar Concepción, refundir Valdivia e Imperial, que no se adelantara la conquista y que tanto Aguirre como Villagra licenciaran sus tropas.

Esta comunicación debía ponerla en conocimiento de Villagra el mismo Arnao Segarra, que venía de España con el nombramiento para asumir el cargo de contador de la Real Hacienda de Chile. No se atrevió a poner en conocimiento de Villagra esta comunicación por temor a su resistencia.

Cuando Villagra tuvo estos informes, reunió a sus soldados, plegó sus banderas, los licenció dejándolos en libertad y les dijo: "No me llaméis capitán, soy vuestro compañero, y cada uno de vosotros es dueño de hacer lo que les agrade". Algunos soldados se diseminaron por las encomiendas vecinas y otros, en pequeños grupos, se quedaron en Santiago.

Villagra, en su casa de Santiago, se quedó como un simple particular. Se hizo la notificación a Aguirre, quien se sometió y entregó su mando al Cabildo.

Estos acuerdos de la Audiencia no podían ser más desastrosos y descabellados. Los oidores estaban en conocimiento de la muerte de Valdivia, de la destrucción de los fuertes, del despoblamiento de Los Confines y de Concepción, y en vez de centralizar el mando lo dividieron entregándoselo a los Cabildos y ordenando licenciar un tercio de las tropas.

Estas medidas eran simplemente la entrega del país a los mapuches y si esto no ocurrió fue solo debido a la mala suerte de Lautaro, pues el hambre y el tifus hacían estrago en las huestes.

Por otra parte era evidente que la eliminación de los nombres de Aguirre, Villagra y Quiroga indicaba que vendría como gobernador una persona extraña y que, por tanto, se podría producir una nueva repartición de encomiendas, pues podían declararse nulas las asignaciones que hizo Valdivia, que no tenía título de gobernador emanado del Rey.

Los indígenas se dieron cuenta de las discusiones entre los españoles, de la falta de unidad y de respeto a la autoridad; comprendieron que estaban frente

a una gran oportunidad para librarse de los españoles y comenzaron una nueva preparación, a pesar del perjuicio y debilidad en que se encontraban por la epidemia y el hambre.

Mientras el Cabildo en Santiago se veía enfrentado a hacer cumplir las instrucciones de la Real Audiencia de Lima, sentía la necesidad de deshacerse de los huéspedes de Concepción y de las otras ciudades y, cumpliendo esas instrucciones, trataron alcaldes y regidores que sus huéspedes se volvieran al sur y repoblaran sus ciudades.

Mujeres y niños se fueron por mar y también unos 70 soldados, a las órdenes de los alcaldes Juan de Alvarado y Francisco de Castañeda.

Con Alvarado iban los huéspedes que eran de Imperial, Villarrica, Angol y Valdivia.

También va Francisco de Villagra, que se vuelve a Imperial en calidad de simple particular.

En la confluencia del Ñuble con el Itata se dividen los que regresan. Desde aquí toman el camino de la costa los que van a Concepción; los demás siguen al sur.

En Angol, el 24 de noviembre hicieron el auto de repoblación de la ciudad, se repartieron 84 sitios (solares), huertas y viñas y se inició el trabajo de una empalizada que los protegiera de los posibles ataques. Esta repoblación no va a durar más de un mes.

A pesar de la mortalidad por la epidemia, Lautaro reunió unos 4.000 mapuches y con ellos atacó Los Confines (Angol). Los españoles no defendieron la ciudad recién repoblada y huyeron hacia Imperial sin siquiera intentar la defensa.

Después de este fácil éxito Lautaro amaneció el 12 de diciembre a dos leguas de Concepción y comenzó la construcción de un pucará hábilmente ideado. La espalda defendida por una quebrada infranqueable; el frente con una palizada y los flancos por quebradas impenetrables para los caballos, por las cuales los mapuches podían retirarse en caso de derrota.

En esta oportunidad el mapuche se presentó con un nuevo elemento de defensa y de ataque. Corazas hechas de cuero de lobos marinos que defendían

un poco su cuerpo y garrotes y palos cortos destinados a aturdir y encabritar a los caballos.

Los españoles, a ejemplo de lo que había hecho en Imperial Pedro de Villagra, intentaron tomar por asalto el pucará. No pudieron con la defensa de Lautaro y tuvieron que retirarse hasta la ciudad, dejando 4 muertos y llevando varios heridos.

Los indios los siguieron y la batalla se trabó en la empalizada que defendía a Concepción. Los clérigos Nuño de Ábrego y Hernando Ortiz murieron defendiendo la entrada y en el resto de la empalizada cayeron 18 españoles más. Se pensó en organizar la retirada, pero esta se transformó en fuga. Algunos alcanzaron el barco "San Cristóbal", que estaba en el puerto. Los demás huyeron por tierra.

Lautaro no consiguió convencer a sus huéspedes y perseguir a los que huían, ya que su costumbre en la victoria era celebrarla en el mismo momento y en el lugar, en homenaje a los antepasados y agradeciéndoles así el triunfo.

Sin duda, esta fue una feliz costumbre para los españoles que dejaban en desorden el campo de batalla.

A los que iban a Villarrica les pasó casi igual. Se encontraron sitiados y encerrados en sus empalizadas, combatiendo diariamente y alimentándose con yerbas. Este era el cuadro presentado por Concepción y Villarrica.

En Imperial, la pelea era entre los españoles: disputaban entre irse o quedarse. Cuando más difícil era el momento, Pedro Olmos de Aguilera resolvió dejar la ciudad y, con 40 vecinos de Imperial y Valdivia y 80 caballos, partir a Santiago. Por suerte Andrés de Escobar, con los vecinos armados de lanzas los hicieron volver a la ciudad.

En Lima se sabía desde 1556 que Jerónimo de Alderete había sido designado gobernador de Chile por cédula del 17 de mayo de 1555, pero que se demoraría en llegar. En Chile era indispensable hacer algo que diera solución al desastre que significó aplicar lo ordenado por la Audiencia de Lima y el haber declarado como autoridad a cada Cabildo, desapareciendo la autoridad central cuando más se la necesitaba.

En esta atención la Audiencia de Lima, el 15 de febrero de 1556, ordenó nombrar a Francisco de Villagra corregidor y Justicia Mayor de Chile.

El Cabildo de Santiago recibió el 11 de mayo de 1556 los documentos que imponían a Villagra y decidió recibirlo en calidad de gobernador; pero sin poder repartir encomiendas, aunque tuviera la autoridad suficiente para darte unidad al mando, mantener el orden y dirigir la guerra.

Villagra, asumida la responsabilidad y con la autoridad propia, nombró teniente de Gobernador en Valdivia al licenciado Gutiérrez de Altamirano; en Imperial, a Juan Ortiz Pacheco; en Villarrica a Luis Barba, y en La Serena, al licenciado Escobedo.

Pensó enviar socorros al sur, pero comenzaron a llegar noticias del levantamiento indígena en la zona del Maule y que los indios de esta región, generalmente pacíficos, estaban animados y acompañados por mapuches. Villagra había partido de Santiago a La Serena y ante las noticias el Cabildo envió a Diego Cano, con unos pocos soldados, a apaciguar las indiadas de las riberas del Maule.

Cano supo que Lautaro estaba al norte del Maule, pero, por suerte para la zona, los promaucaes no tenían el espíritu de guerra de Arauco y Lautaro no fue capaz de inspirárselos. Como no pudiera convencerlos, comenzó a castigarlos y a dar muerte a muchos de ellos, lo que trajo una grave resistencia y un odio, lo que va a ser en definitiva la causa de la traición que le harán a Lautaro.

Tal como lo había hecho en Concepción, a dos leguas de Peteroa construyó un pucará para defenderse del ataque de la caballería.

Diego Cano, sin pensar en su propia debilidad, lo atacó, pero tuvo que retirarse antes de sucumbir, situación que puso en grave riesgo a Santiago.

El Cabildo envió entonces al mejor capitán de la Gobernación, a Pedro de Villagra, a enfrentarse con Lautaro, quien había retirado su pucará y llevado a Peteroa, donde construyó sus defensas frente a ciénagas y hoyos en el terreno.

Pedro de Villagra lo atacó y lo hizo retroceder, pero Lautaro logró rehacer su fuerza y volvió al ataque. Villagra se retiró a un llano cercano y pidió refuerzos a Santiago, de donde llegó Juan Godínez con 30 soldados más de caballería.

Lautaro, en conocimiento de este refuerzo, se retiró más al sur. Godínez pensó que era la ocasión propicia para atacarlo y lo persiguió. Se encontró con un grupo de 180 indios, se trabó en batalla, los venció y más de 80 indios quedaron en el campo; pero a su vez también Godínez tuvo que retroceder y no continuar en la pelea y en la persecución.

Lautaro repasó el Maule y el Cabildo envió a la zona a Diego García de Altamirano con 10 soldados. La zona del Maule volvió a aquietarse.

BATALLA DE PETEROA. MUERTE DE LAUTARO

Villagra regresó de La Serena y se preparó para dirigirse al sur. Partió en enero de 1557 con 60 soldados dejando en Santiago a Juan Jufre.

Durante todo el trayecto Francisco de Villagra se dio cuenta de preparativos militares, armas y juntas de indígenas que logró disolver. Llegó hasta el Maule y siguió al sur.

En marzo regresó para encontrarse con García Hurtado de Mendoza, de quien supo que llegaba pues había sido designado gobernador por el virrey del Perú don Andrés Hurtado de Mendoza.

Mientras iba al norte, entre el Itata y el Maule, en Reinohuelén, supo que Lautaro marchaba hacia Santiago, que lo sabía desguarnecido. Apuró la marcha para alcanzarlo, pues le llevaba delantera.

En Santiago se supo la marcha de Lautaro y también cundió el pánico; enviaron, a unirse con Villagra y atajar a Lautaro, a Juan Jufre con 25 soldados.

Lautaro acampó a orillas del Mataquito, en un lugar muy semejante al de los pucarás descritos. Villagra ocultó sus fuerzas y pidió con un mensajero a Godínez que se juntaran y unieran sus tropas. Así se hizo.

Guiado por indios enemigos de Lautaro, al alba del 1 de abril de 1557, cayó Villagra de sorpresa en el campo de aquel y fue conducido hasta el sitio preciso en que dormía. La defensa fue brava, pero Lautaro cayó mortalmente herido por las lanzas de los españoles y de los indios auxiliares que acompañaban a Villagra.

Pero ni la muerte de Lautaro, ni las consecuencias de las borracheras anteriores, detuvieron el ímpetu mapuche. Pelearon sobre cinco horas,

prácticamente hasta el mediodía, cuando al fin los españoles alcanzaron el triunfo.

En el combate salieron heridos varios españoles y muertos muchos de los indios auxiliares. Los mapuches perdieron, además de Lautaro, a 18 capitanes y 645 indios de un total de 800 combatientes.

El triunfo de Villagra y la muerte de Lautaro hicieron pensar que se podría terminar la resistencia araucana.

Apreciación fallida; la lucha con Arauco va a durar 300 años más.

La cabeza de Lautaro fue llevada a Santiago para tranquilidad de la población; pero Lautaro se convirtió en un símbolo de la resistencia y en un héroe nacional.

10. GARCÍA HURTADO DE MENDOZA (1557-1561)

El nombramiento de García Hurtado de Mendoza fue hecho por su padre, marqués de Cañete y virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, el 9 de enero de 1557.

Había nacido en Cuenca de España el 21 de julio de 1535 y tenía 21 años al desembarcar en La Serena el 23 de abril de 1557. Su padre se decidió a nombrarlo desde que supo la muerte de Alderete; por ello es que durante el año 1556, García está preparando su expedición y reuniendo su contingente militar, equipo, caballos, alimentos, barcos. Así, a fines de 1556 ya tiene en Lima, listos para venir a Chile, no menos de 450 soldados y 500 caballos. Naturalmente que el virrey su padre, ha puesto todo el peso de su influencia para equipar de lo necesario a su hijo.

Además de procurar para la expedición los elementos que le permitieran hacer, sobre seguro, una campaña victoriosa, también se esforzó en encontrar hombres prudentes y buenos consejeros de especial reputación, que con su acción pudieran suplir la inexperiencia juvenil del hijo. Experto en Administración es Hernando de Santillana; consejeros eclesiásticos, Antonio de Vallejo, que viene con nombramiento de visitador eclesiástico de Chile en

representación del Arzobispo de Lima; el dominico Fray Gil González de San Nicolás y el franciscano Fray Juan Gallegos; como militares, en su comitiva venían: Felipe de Mendoza, hijo natural del virrey, el coronel Luis de Toledo, el maestre de campo Juan Remón (Diego Rosales lo llama Remón y la misma designación le da Francisco Encina en su Historia de Chile).

Cuando todo estuvo listo para la partida, el Virrey extendió el nombramiento (9 de enero de 1557).

García despachó por tierra 150 soldados de caballería, en dos grupos al mando del coronel Luis de Toledo y del capitán Pedro del Castillo.

El 2 de febrero se embarcó en el Perú, con 300 soldados, en cuatro buques grandes y otros cuatro pequeños, cargados de municiones y abastecimientos, bajo el mando del célebre piloto Hernando Lamero Gallegos de Andrade. Al mes de navegación llegaron a Arica y el 23 de abril fondearon en Coquimbo.

El equipo de armas que trajo García abasteció por muchos años a los ejércitos españoles de Chile. Sus soldados fueron reunidos por él en Perú, en parte con los que traía Alderete, que murió en el viaje de regreso. Además, el Virrey autorizó la incorporación, como soldados en este ejército, de un grupo de revoltosos que no tocaron encomienda en el Perú. El Virrey le asignó un sueldo de 20.000 pesos al año y 7.000 pesos para pagar sus guardas y personal de servicio.

Francisco de Aguirre, que estaba en La Serena, vino a recibir a García Hurtado de Mendoza a Coquimbo y subió a saludarlo a su nave. Juntos bajaron y recorrieron el camino a La Serena, donde entraron a dar gracias a Dios. Llegó también a La Serena Alonso de Córdoba, enviado por Francisco de Villagra, para presentar su saludo y comunicar la reciente victoria de Peteroa y la muerte de Lautaro.

Se hospedó García, en La Serena en casa de Francisco de Aguirre y ante el Cabildo se recibió del Gobierno, en presencia de Pedro Cisternas y Alonso de Torres, alcaldes de la ciudad.

Con el ánimo de hacer desaparecer toda posible discordia tomó preso a Aguirre, a quien dejó en uno de los barcos, enviando a Juan Remón a Santiago para hacer lo mismo con Villagra que, preso, fue traído a Coquimbo y, embarcado junto con Aguirre, fueron enviados al Perú. Además Remón

debía recibirse, en nombre de García, del gobierno en el Cabildo de Santiago, lo que se efectuó el 6 de mayo.

La medida de apresar a Aguirre y a Villagra, sin lugar a dudas fue exagerada, inútil y torpe. Nadie pensaba siquiera en resistir al gobernador que con la fuerza que llegaba, era la principal garantía de la Colonia.

En Lima se dejó en libertad a ambos: Aguirre fue sometido a proceso y dos años más tarde estaría nuevamente en La Serena.

Villagra solicitó un proceso, un juicio de Residencia, en el que resultó absuelto y el 20 de diciembre de 1558, Felipe II le nombró gobernador en reemplazo de García, cargo que asumió en 1561.

García decidió seguir directamente por vía marítima a la Araucanía sin pasar por Santiago.

Despachó por tierra a Santiago a Bautista Ventura, con instrucciones para que se le enviara al antiguo asiento de Concepción un buque con abastecimientos que debía pagarse con dineros de las Cajas Reales de Santiago.

Envió por tierra también a toda la caballería, a las órdenes de Luis de Toledo, y bagajes, armas y caballada a cargo de Julián de Bastida.

Después de despachar a estas fuerzas, lo que hizo para que en Santiago se dieran cuenta de su poder, se embarcó rumbo a la bahía de Talcahuano el 21 de mayo de 1557, en dos buques con 150 soldados.

Prácticamente, por la época del año, le tocó una pésima navegación, con un violento temporal de viento norte que terminó por convertirse en un huracán en la bahía de Talcahuano. Su violencia fue tal que el experimentado hombre de mar, Hernando Lamero, dice que jamás había visto una tormenta tan furiosa "con haber andado en la mar desde su niñez".

Entró al fin al abrigo del puerto pero no desembarcó en el continente sino en la isla Quiriquina, esperando que llegaran los barcos comprometidos y los expedicionarios que venían por tierra, desde Coquimbo, pasando por Santiago. Estando en la isla le llegaron recursos en tres barcos consecutivos, y aun solicitó más a las ciudades del sur.

Empezó por tratar de ganarse la confianza y amistad de los indios, lo que logró poco a poco. Prohibió que se les molestara en sus ranchos y les envió regalos. Debido a este trato consiguió que los recibieran con condición muy sumisa. Gracias a tal actitud se informaron del número de soldados y el propio García les dio a conocer su propósito y expedición, lo que les permitió prepararse.

ASALTO AL FUERTE EN EL DÍA DE SAN LUIS

Pasaban los días y no llegaban los expedicionarios. Hubo tres razones para ello: el aviso tardó en llegar a Santiago, el invierno retardó la marcha de Toledo más allá de los cálculos y los mapuches, ya con buena información, declararon que atacarían a Toledo en el camino.

García estimó oportuno dejar la isla, instalarse en el continente y construir un fuerte sobre una pequeña colina próxima al asiento de la destruida ciudad de Concepción.

Sin experiencia en esta guerra, no contó con indios auxiliares, de modo que en el trabajo del fuerte todo tuvo que hacerlo su hermano Felipe de Mendoza con los soldados que trajo, quienes debieron trabajar en la construcción. Entre el 17 y 18 de agosto entró García al fuerte con sus 150 soldados.

Luego, cuatro o cinco días más tarde, dice Góngora de Marmolejo, unos 3.000 indios divididos en tres grupos avanzaron sobre el fuerte. Los indios ya tenían lanzas con puntas de acero, arregladas con las herramientas que usaban en los lavaderos, más las espadas y objetos de acero quitados a los españoles. El éxito iba a depender de las defensas y palizadas, de los cañones y los 200 arcabuces.

Una muy dura experiencia fue para García este encuentro, en el que probó la belicosidad y la resistencia mapuches. El armamento de fuego era grande, para lo que se había usado hasta la fecha en Chile, pero la falta de municiones hizo que su utilidad fuera bastante más débil de lo que debió y pudo ser. Los atacantes asaltaron el fuerte, a pesar de las pérdidas y llegaron a la lucha cuerpo a cuerpo.

Por momentos García vio proyectarse la sombra de Tucapel y pensó que debía prepararse a bien morir.

Dos hechos cambiaron el resultado de este encuentro; uno fue que el grupo de soldados que permanecía en el barco, al ver el desarrollo y giro del combate bajó, a tierra y los indígenas desviaron su atención hacia los recién llegados que entraban de refresco. Esto alivió a los que llevaban horas en la pelea y les permitió ordenarse, reorganizar sus cuadros y preparar sus armas de fuego. Otra razón fue que, en medio del encuentro, Luis Bonifacio logró traer al campo dos botijas de pólvora que decidieron el combate. Se renovó el fuego de arcabuces e hizo esto estragos en los indios, que emprendieron la retirada.

Cuatro horas duró este combate. García no ordenó el ataque y persecución de los mapuches, sino que se dio de inmediato a la reparación del fuerte.

Los indígenas dejaron en el campo numerosos muertos. García, en el fuerte, atendía a 30 soldados heridos de los cuales dos murieron. Quedaron bastante desprovistos de municiones y expuestos a un nuevo ataque en cualquier momento.

Esta circunstancia –y el temor– lo hicieron enviar un mensaje para apurar el refuerzo que traía Luis de Toledo.

En Santiago, Pedro de Meza se preocupó de obtener y acumular recursos para proporcionárselos a Luis de Toledo, que venía por tierra desde La Serena y debía continuar al sur cuando recibiera la orden de García.

La población concurrió generosa con toda clase de recursos: hombres, armamentos, alimentos, vestuarios, caballos, etc., para la expedición.

La orden de partir a Concepción fue recibida por Toledo el 18 de agosto y luego dejó Santiago, mientras en Valparaíso se cargaban dos barcos con caballada, trigo, maíz, cerdos, corderos, manteca.

Toledo iba con las fuerzas traídas del Perú, más los que se le unieron en Santiago. En el camino al Maule debían reunírseles unos 3.000 indios auxiliares, que estaban ya listos y que servirían para ayudar en el traslado del equipo y, además, como combatientes.

Hasta el Maule, el viaje fue sin novedad, pero desde aquí al sur, sería una verdadera calamidad, pleno de dificultades nacidas del invierno que terminaba con sus lluvias de agosto y septiembre, de los ríos en pleno caudal, de los fríos propios de esos meses y no menos por las consecuencias que tuvo

en ese territorio la destrucción que dejaron las huestes de Lautaro, de manera que los expedicionarios nada encontraban a su paso.

En la tarde del 25 de agosto, recién cruzado el Maule, recibió Toledo la comunicación de García que solicitaba en forma urgente su presencia y la noticia que le daba del asalto que los indios habían dado al fuerte San Luis. De inmediato despachó al maestro de Campo Juan Remón con 120 hombres de caballería que, después de 3 días de marcha forzada, llegaron a Concepción.

Tres semanas más tarde llegó Toledo con el resto del ejército y poco después otras partidas y los que venían por mar.

Se juntó así el ejército más numeroso y equipado que hasta la fecha había visto no solo la Araucanía, sino la Gobernación de Chile.

Todos estos elementos no cabían en el fuerte San Luis y, dándose cuenta de ello García, el 8 de septiembre de 1557 se trasladó al lugar de las ruinas de Concepción y allí realizó la repoblación de la ciudad, reorganizó su distribución y reconstruyó. Por esto aplazó su salida al sur hasta fines de octubre de ese año.

Antes de iniciar las hostilidades organizó la expedición de Juan de Ladrilleros y de Cortés Ojeda al estrecho, y pidió, por mar, refuerzos a la ciudad de Valdivia, refuerzos que debían unírsele en Tucapel.

Para hacer frente a las necesidades de la campaña, ordenó poner a su disposición los recursos de las Cajas Reales y sus haberes. Nadie se atrevió a oponerse al pedido y orden, con la sola excepción del tesorero Muñoz de Vargas.

Estos funcionarios, los tesoreros, eran personalmente responsables de los caudales y si no justificaban la extracción de estos dineros con el empleo de la fuerza, se exponían a concluir sus días en prisión.

La negativa del tesorero la estimó García como desdorosa para su persona. Venía a mandar y quien no obedeciese sería enviado al Perú y podría darse por feliz al no ser ahorcado.

Juan Muñoz de Vargas se negó a entregar los recursos de las Cajas Reales, sin que se le exhibiera la autorización real dada a García para hacer uso de estos recursos, y se trabó en una discusión en que se le aconsejó ceder.

Para zanjar esta dificultad, García llamó a incorporarse al ejército a los funcionarios de las Cajas Reales, ordenando dejar suplentes. Muñoz de Vargas señaló que no tenía a quien dejar.

A este punto el teniente de Gobernador, Pedro de Meza, le instruyó sumario, le nombró reemplazante y le hizo salir para Concepción. Llegado a la ciudad fue encerrado en una nave e incomunicado de todos. Solo llegaron hasta él para comunicarle el prepararse a bien morir, siendo autorizado para este objeto el fraile Gil Gonzales de San Nicolás.

Durante diez días esperó el tesorero por momentos la ejecución y el fin de sus días, pero el verdugo no llegó. Se le envió a Lima, desde allí, engrillado, fue enviado a Panamá y en Armada Real embarcado a España, a disposición del Consejo de Indias. Después de diecisiete meses de prisión e interrogatorios el Consejo le absolvió y le repuso en su empleo. Felipe II conoció todo este proceso y, sin comentario, el 2 de mayo de 1558, destituyó secretamente al marqués de Cañete, Andrés Hurtado de Mendoza, de su cargo de Virrey y solicitó al Consejo de Indias se le propusiera un nombre para la "Gobernación de Chile a donde envió su hijo el Marqués de Cañete". Este acuerdo real iba a demorarse en su cumplimiento hasta 1561.

Parece importante destacar los casos en que personas han sido capaces de resistir las presiones de la autoridad en el cumplimiento de sus deberes, aunque no siempre hayan tenido la suerte que tuvo Juan Muñoz de Vargas.

En todo caso digamos, para continuar nuestra historia, que García dispuso a su voluntad de las Cajas Reales, pero no en beneficio propio, sino efectivamente para atender las necesidades de la guerra. No conviene olvidar que después de su gobierno fue analizada su administración en un estricto juicio de Residencia y, absuelto de responsabilidades y reconocidos sus méritos, elevado al cargo de virrey del Perú.

COMBATE DE LAGUNILLAS

Recibidos los refuerzos de Luis de Toledo y los enviados desde Valdivia, García Hurtado de Mendoza se encontró al frente de una fuerza compuesta de 550 soldados españoles, más de 4.000 indios auxiliares y más de 1.000 caballos, en circunstancias que los mapuches no estaban en condiciones de poner frente a él más allá de unos 5.000 guerreros.

La muerte de un número desproporcionado en los enfrentamientos, las hambrunas provocadas por la pérdida y destrucción de sus sembrados, la violencia con que en esos mismos días se desarrollaba el tifus entre los mapuches, colocan a estos en uno de los peores momentos de su resistencia. En cambio, la condición del español era de las mejores.

García tomó personalmente el mando de todas las fuerzas, conservó en el cargo de maestro de campo a Luis de Toledo y nombró como capitanes a Rodrigo de Quiroga, Alonso de Reinoso y Francisco de Ulloa, los tres antiguos conquistadores y experimentados en la Guerra de Arauco.

Se puso en marcha y llevó, junto a su ejército, una compañía de doce clérigos para la atención religiosa de sus soldados. No encontró resistencia en su travesía del Biobío y, ya en su orilla sur, recibió un auxilio de 50 soldados más, venidos de Valdivia.

Empezó a internarse por la vertiente poniente de la cordillera de la Costa, entre ella y el mar, con el máximo de atención y precaución, a fin de evitar sorpresas o ataques imprevistos.

El día 8 de noviembre el cuerpo de su ejército avanzó unas dos leguas al sur, hacia lo que hoy es Lota, con grandes cuidados.

En un llano con bosques y pequeñas lagunas se dispusieron a descansar. Sus vigilantes e informadores le dieron a conocer que los indios estaban organizados y que se encontraban en las inmediaciones.

García salió a observar y no encontró nada sospechoso; envió entonces a Reinoso, con 20 hombres, a reconocer el campo. Este se alejó imprudente y, repentinamente, se encontró cortado de su base y obligado a combatir. Decidió regresar, pero debía combatir con un grupo y luego con otro. Era la misma táctica de Tucapel y habría perecido si un soldado no logra salir de este cerco y llevar la noticia a García, quien despachó en el acto a Juan Remón con 30 jinetes en su auxilio.

Este logró, después de duro combate, unirse a Reinoso. Los indios comenzaron a retirarse, pero, impulsado por la acción y la presumible victoria y con una decidida improvisación, Hernán Pérez de Quezada, con el grito de guerra del soldado español: "Santiago... y a ellos...", arremetió contra los indios. Los demás lo siguieron y naturalmente se fueron separando

del campo. Retiraron a Pérez de Quezada mal herido. Se reanudó la retirada, atacaban, retrocedían, volvían a atacar, la situación era bastante desesperada.

Los soldados venidos de Lima con García estaban espantados y el pánico hizo presa en ellos y se extendió en los combatientes. García decidió salir personalmente al frente, aunque le rogaban no lo hiciera.

Se refiere por los cronistas que García le preguntó a Quiroga: “Señor capitán Rodrigo de Quiroga, ¿qué le parece que hagamos en este negocio tan importante de esta batalla?”. A lo que habría contestado: “Que vuesa señoría me deje salir a pelear con mi compañía con estos naturales”. “Vaya, vuesa merced”, y le reforzó con 50 soldados arcabuceros seleccionados.

Quiroga acometió con 100 jinetes, casi todos veteranos de estas guerras, arrollando a los indígenas hasta llegar junto a Remón y Reinoso y empezar a batirse en retirada. Así pelearon hasta llegar al campamento.

García los reforzó con 100 hombres más, a las órdenes de Ulloa, y se trabó feroz batalla que se prolongó por otras dos horas.

Los indios se retiraron a un bosque para reorganizarse; García, queriendo concluir con ellos, los atacó con infantería y arcabuceros al mando de Felipe de Mendoza. Los mapuches enfrentaron el ataque apoyados en las lagunas. La noche separó a los combatientes. No hubo vencedor ni vencido, pero sí grandes pérdidas para las huestes mapuches. Este ataque de Quiroga y de Mendoza obligó a los mapuches a combatir en campo abierto y finalmente tuvieron que retirarse.

La crónica y principalmente La Araucana de Ercilla colocan en este encuentro, al que llaman Combate de Lagunillas, el episodio triste y vergonzoso de martirizar al vencido. Cayó prisionero un indio a quien dan el nombre de Galvarino y nos cuentan la orden de García de cortarles los brazos. Se ha pensado que es recurso poético de Ercilla, quien no tiene buena voluntad para García, pero el suplicio de Galvarino está confirmado por otros documentos.

Galvarino, con sus brazos cortados, corre hacia los indios y se pierde entre ellos. Los animará a la resistencia y a la guerra hasta el final.

NUEVA VICTORIA: MILLARAPUE

Después de este encuentro de Lagunillas, García se internó en dirección al sur, con el ánimo de conectarse con los barcos que envió de Concepción para que acompañaran a la expedición y la fueran proveyendo de pertrechos y alimentos. A mediados de noviembre, estaba en las inmediaciones del antiguo fuerte de Arauco y se abastecía de víveres.

Los mapuches no se sentían capaces de luchar con éxito y evitaban el encuentro, tratando de reponerse y juntar un mayor número de mocetones con que combatir.

Quiroga, frente a un camino lleno de obstáculos y árboles cortados y atravesados que hacían difícil el actuar, recomendó y aconsejó otro camino en su avance hacia el sur y así se hizo. Esto visto por Caupolicán que actuaba como jefe de estos cuerpos lo decidió a dar la batalla. Pensó que el cambio era producto del temor, por eso a una proposición de paz de García, respondió Caupolicán, que: “si había muerto a Valdivia, luego acabaría con él”.

El 30 de noviembre García estaba en Millarapue, un valle con pequeñas serranías que facilitaban la sorpresa.

El ejército se había puesto muy temprano en acción, iniciando el día con la celebración de la Santa Misa y terminada esta, se preparaba para ponerse en marcha. García quería estar pronto en Tucapel y reponer el fuerte que fuera destruido antes de la muerte de Valdivia.

Los araucanos se habían movilizado durante la noche, pues querían sorprender a la hueste española y atacarla al clarear el día. Se atrasaron y al sentir el toque de las trompetas españolas creyeron que habían sido descubiertos. La verdad es que el toque era orden de preparar la marcha. La equivocación reveló su presencia, pues de inmediato, sintiendo que eran sorprendidos, ordenaron con gran griterío su ataque.

En el campamento español no se sospechaba su presencia, hasta que un centinela dio la voz de alarma. García envió a hacer frente a un pequeño grupo mientras, colocaba en condiciones de batalla a su fuerza.

Los mapuches hicieron con su gente tres grupos: uno, formado por dos escuadrones, atacaría de frente; el segundo, también de dos escuadrones, atacaría por cada lado y un tercer grupo actuaría a retaguardia.

García dividió su caballería en tres cuerpos, los mandados por Felipe Mendoza y Luis de Toledo atacarían de frente y dando cara a los indígenas.

Donde se producía debilidad, llegaba García y reponía la situación. Arcabuces y artillería hicieron estragos en los mapuches.

Tomados entre dos fuegos, se produjo la dispersión. La batalla duró desde temprano hasta pasado el mediodía.

En el campo quedaron más de 700 indios muertos y otros tantos prisioneros. De estos apartó 30, que le parecieron principales, y los hizo ahorcar en los árboles más visibles del lugar.

Creen los cronistas que entre estos estuvo Galvarino, que animaba en la batalla a los mapuches a pelear hasta morir, que eso era preferible a quedar como él estaba.

Los españoles parece no perdieron soldados por muerte, si bien tuvieron varios heridos y perdieron un buen número de caballos.

Con estas victorias, García va poco a poco tomando confianza y conociendo el tipo de guerra al que debe hacer frente.

GARCÍA LLEGA AL LUGAR DEL FUERTE DE TUCAPEL

A principios de diciembre de 1557, García llega con su ejército al lugar del que fuera el fuerte de Tucapel. De las antiguas defensas solo quedaba un foso. Con sus soldados y los indios auxiliares, en tres días reconstruyó el fuerte y lo reforzó con muros de piedra y dos torres en las que emplazó cuatro cañones.

Mirando con buen ojo observador, tanto García como sus capitanes, el terreno en que se encontraban, deben haber pensado muchas veces en la suerte de Valdivia que allí había perecido, hacía a la fecha poco menos de cuatro años.

Pero aquí también pudo García reflexionar y darse cuenta cómo se llevaba adelante esta "Guerra de Arauco".

Los mapuches no pudieron enfrentar el poder de las tropas españolas, después de los combates de Lagunillas y Millarapue, en los que perdieron

tan gran número de sus guerreros. Quemaron ellos mismos sus viviendas y sembrados y se retiraron y dispersaron en los montes de la Araucanía.

Quien vaya siguiendo el desarrollo de estos acontecimientos, conociendo el territorio, se podrá dar cuenta de algo que no se ha dicho y de lo que no se encuentra referencia. Es el hecho curioso que, toda esta tres veces centenaria guerra, tanto en la Colonia, como en la vida republicana, se desarrolla en la zona de la cordillera de Nahuelbuta, en sus dos vertientes y no se interna hacia el oriente de la línea de Angol, Sauces, Purén, Lumaco, la región de los ríos que forman el Cholchol, Imperial, el Carahue de hoy; la zona costera hasta Imperial Bajo y, al sur del Toltén, la región costera con Mariquina y Valdivia.

En cambio, lo que es el Valle Central, donde se desarrolla hoy el corazón de la Frontera, de Renaico a Loncoche, no fue prácticamente conocido. Sin duda, es aquí donde, después de sus derrotas, se internan los mapuches a esperar el tiempo necesario para reponer sus hombres con una nueva generación; hacen otra vez sus armas y recorren con sus hermanos la Pampa, atravesando la cordillera nevada, para recoger en ella animales que traen para su multiplicación y sustento.

La única excepción a esto fue la presencia española de Villarrica que, en la más heroica resistencia, vivió hasta 1602 a orillas del lago del mismo nombre y que, a juzgar por pequeños datos sueltos en las crónicas de la época, pareciera que su fundación se hizo llegando hasta el lago y siguiendo un camino que debieron ir abriendo por la orilla sur del Toltén.

Góngora de Marmolejo nos dice, como testigo ocular de estos hechos de la campaña de García: "Era lástima ver arder tantas casas voluntariamente puesto el fuego por los propios dueños". Sacrificaron sus hogares y alimentos, para que no pudieran ser aprovechados por sus vencedores y se alejaron con la sombría decisión de proseguir la lucha hasta vencer o morir, cuando a su juicio llegara el momento de atacar nuevamente al español o, andando el tiempo, al ejército chileno, con ventaja.

Desde Tucapel, Rodrigo de Quiroga salió a recoger alimentos con 30 españoles y parte de indios auxiliares. Lo dejaron internarse y después le cortaron la retirada y lo atacaron; pero aquí aparece un hecho de inventiva curiosa: para defenderse de los efectos de los disparos de los arcabuces las primeras filas de los combatientes llevaban como escudos protectores,

delante de ellos, tablones de un ancho como de 50 centímetros y del grueso de cuatro dedos.

Quiroga los desbarató, pero el combate fue duro. Se cuenta que en un momento Quiroga, dirigiéndose a los soldados, les dijo: “Ea, compañeros y amigos míos, hasta ahora hemos peleado por la victoria, ahora hemos de pelear por la vida”.

Los mapuches afirmaban así su decisión de seguir luchando, cuando la ocasión se les presentara. Ellos no tuvieron la sensación de la derrota: si bien algunos grupos daban la paz, la daban mientras no se presentara alguna oportunidad para levantarse; o bien, cuando las injusticias del trato recibido les impulsaban a luchar y morir de una vez antes de sufrir un sometimiento de muerte lenta o de vejación manifiesta. Arauco seguirá luchando.

Otra era la reacción en el ejército de García. Los soldados, principalmente los venidos con él desde Lima, empezaban a cansarse y a protestar. El descontento cundía en el campo español.

Se quejaban de la alimentación, falta de carne, elemento difícil de conseguir pues no se podía recorrer impunemente el campo, sin arriesgar los ataques. Por otra parte, la vida en el campamento carecía de las más mínimas condiciones y comodidades a las que estaban acostumbrados los soldados de Lima, donde no había guerra y se desarrollaba una vida urbana muy sin peligro y llena de entretenimientos.

Con el ánimo de impedir que se extendiera este espíritu peligroso para la vida de un contingente tan numeroso y de facilitar la vida y alimentación de sus cuatro mil hombres, entre españoles e indios auxiliares, pensó García dividir sus fuerzas y reiniciar la fundación de ciudades, como también arbitrar las medidas para redistribuir las encomiendas del sur.

Este último tema le trajo duras complicaciones, pues para hacerlo comenzó por desconocer los derechos que habían obtenido los que llegaron con Valdivia y a quienes este les había repartido solares en Concepción y encomiendas.

Estos repartos los hacía para compensar y contentar a los hombres que habían venido con él y desconocía el derecho de los anteriores, pues decía los habían abandonado.

Hubiera podido en parte mejorar estas molestias atendiendo una triple forma de donación, entre soldados venidos con él, antiguos soldados conquistadores y viudas e hijos de los que habían muerto.

Uno de los desposeídos de su encomienda, Juan de Alvarado, tuvo el valor de atreverse a reclamarla. García le trató con términos duros; pero encontró en su tienda al día siguiente una nota que le reprochaba su conducta.

Llamó a Alvarado, a todos sus capitanes y les habló: “Que a los que del Perú, había traído consigo no los había de engañar y que les había de dar de comer en lo que hubiese, porque en Chile no hallaba cuatro hombres, que se conociese padre; y que si Valdivia los engañó, o Villagra, que engañados se quedasen; y en el término de su plática les dijo: ¿En qué se andan aquí estos hijos de las putas”.

Estas palabras, dice Góngora de Marmolejo, lastimaron mucho a los presentes, entre quienes había muchos hombres nobles que habían ayudado a conquistar y sustentar el reino.

“Desde aquel día, le tomaron tanto odio, que jamás los pudo hacer amigos en lo secreto. ¡Tanto mal lo querían”¹⁵.

El nuevo reparto de tierras (merced) e indios (encomienda) quedó a firme hasta que, más tarde, Francisco de Villagra lo anula.

REFUNDACIONES

En estos mismos días empezó a poner en ejecución su deseo de volver a refundar ciudades y así le confió a Jerónimo de Villegas la misión de repoblar Concepción, lo que salió a cumplir con 150 hombres. Le ordenó “que allí alzase árbol de justicia en nombre del Rey y hiciese alcaldes y regidores como a él le pareciese”.

“La expedición logró eludir las huestes mapuches, llegar al Biobío, atravesar sus aguas sin inconvenientes y llegó a Concepción, pobló la ciudad,

15 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 127.

le dio el mismo nombre que de antes tenía, en cinco días, del mes de enero de 1558 años”.

Mientras Villegas repoblaba Concepción, García buscaba en las proximidades del fuerte de Tucapel un lugar donde fundar una ciudad. Halló, muy cerca, un llano a orillas del río Cayucupil, que le pareció reunía las condiciones que buscaba, y allí puso las bases de un nuevo pueblo al que llamará Cañete de la Frontera en recuerdo del título nobiliario de su padre. La fundación se limitó por el momento a la ceremonia, ya que sus 50 primeros pobladores se vieron en la necesidad de refugiarse en el fuerte de Tucapel.

Nombró por capitán y Justicia Mayor de Cañete a su hermanastro, Felipe de Mendoza, y por alcaldes a Juan de Riva y a un individuo de apellido “Inoxosa”. Así lo menciona Diego de Rosales en su Historia General. T.II. Pág. 80.

Como el alimento seguía escaseando y por tanto, agravándose la situación del ejército, resolvió García solicitar socorro a las ciudades del sur, Imperial y Valdivia. Envió un grupo a Imperial con orden de comprar víveres y a otros a Valdivia, para desde allí despachar un buque con trigo y otros alimentos. Con estos encargados de efectuar tales diligencias marcharon, autorizados por el gobernador, algunos que eran antiguos vecinos de Villarrica y Valdivia, que tratarían de volver y quedarse en sus anteriores lugares. Iban licenciados para así disminuir las atenciones del campamento.

Encontraron todo lo que necesitaban: harina, bizcochos, queso, granos, 1.500 a 2.000 cabezas de cerdos, carneros, ovejas y vacas. Los indígenas, que seguían todos estos pasos, tanto por sus espías en los caminos como también por algunos indios que colocaban como auxiliares en las ciudades y que les informaban sobre cuanto podía interesarles, supieron de estos acontecimientos y se organizaron para atacarlos antes de llegar a su destino e hicieron algunas concentraciones, de las que a su vez fue informado García.

Para proteger a los que venían y a lo que traían envió con 80 hombres a Alonso de Reinoso, quien con estos jinetes escogidos fue al encuentro de los que venían de Imperial.

Los mapuches habían concentrado a su gente en cierta estrechez del camino, en un desfiladero. Dejarían pasar, sin ser molestado, a Reinoso y así este no sospecharía la celada que tenía en el lugar. Las fuerzas iban a entrar,

y se encontrarían con unos cerrando la salida, otros atacando por la espalda y un tercer grupo atacando desde lo alto del desfiladero.

El 19 de enero Reinoso se unió con los que venían de Imperial y el 20 entraron al desfiladero, donde se produjo la sorpresa. Entre las personas que forman parte de este grupo está el soldado poeta Alonso de Ercilla, quien narra el hecho como testigo personal. Los indios no tuvieron buenas oportunidades y produjeron un gran desconcierto, hasta que, por sendero difícil, Reinoso remontó el desfiladero y, ubicándose en un punto más alto que el que ocupaban los atacantes, hizo disparar contra ellos a los arcabuceros, sin perder disparo. Tal efecto produjeron por las muertes y las sorpresas, que los mapuches no tuvieron otro recurso que abandonar el lugar y perder el anhelado botín. No señalan recuento de muertos los cronistas, solo apuntan, como dato, que los indios dejaron en el campo muchos muertos.

Rápidamente los españoles juntaron todo lo relativo a sus provisiones y continuaron su viaje, entrando a Cañete, con los recursos, cuando García se preparaba para iniciar su viaje hacia el sur, viaje que llevaría a su expedición hasta la isla de Chiloé.

Nombró como gobernador del fuerte de Tucapel y de Cañete a su hermano Felipe de Mendoza y teniente de Gobernador a Alonso de Reinoso, con una guarnición de 150 hombres con buenas provisiones.

Los mapuches estaban en antecedentes de lo que hacía García y esperaban la división de las fuerzas para realizar nuevos ataques, haciéndolos una vez en un lugar y luego en otro. Para ellos la movilidad no era problema.

Atacaron la guarnición de Tucapel, la que se encerró en el fuerte. García, que había partido, fue informado de este ataque estando en Imperial y desde allí despachó auxilio para su hermano, enviando a Miguel de Avendaño y Velasco con 25 hombres escogidos, de caballería.

Los indios habían levantado el sitio y se preparaban a caer sobre Cañete, engañados por una estratagema ideada por Reinoso. En ese momento llega Avendaño.

Reinoso a través de sus indios auxiliares, había hecho saber a Caupolicán que, si quería destruir a los españoles, tenía una gran oportunidad: atacarlos a la hora de la siesta. Incluso Góngora Marmolejo dice: "que se comprometió un indio llamado Andresico a abrirles las puertas del fuerte en el momento

oportuno”¹⁶. Este ataque se daría y se dio el 5 de febrero de 1558. La sorpresa fue solo para los mapuches, que entraron en la confianza de sorprender descuidados a los españoles, y así avanzaron sin cuidado. Mas, a una orden, cayeron sobre ellos los soldados e hicieron espantosa carnicería, fuera de tomar a muchos prisioneros. Fue un gran fracaso mapuche. Reinoso extremó la dureza y crueldad con los vencidos. Hizo colocar en línea a trece caciques y los mató de una vez con una descarga de artillería y para Caupolicán, que cayó prisionero, hubo un suplicio personal: murió por empalamiento en la plaza de Cañete.

Mientras esto ocurría en Tucapel y Cañete, García, que había abandonado esta plaza el 21 de enero de 1558, pasó por Imperial y Valdivia, avanzó hacia el sur por selvas, ríos y lagos y llegó hasta el canal de Chacao, después de atravesar el río Maullín.

Posiblemente enfrentó la visión de la isla de Chiloé desde el lugar que se conoce con el nombre de Carelmapu. Desde este punto un grupo de soldados en piraguas hizo la travesía del canal hasta la isla, el 28 de febrero de 1558. En este grupo iba incluido Alonso de Ercilla.

De este lugar regresa García y a orillas del río Rahue un tanto al sur del río Bueno, funda la ciudad de Osorno a mediados de marzo. El nombre se lo dio en memoria de su abuelo el Marqués de Osorno.

Pedro Mariño de Lobera da como fecha de su fundación “27 días del mes de marzo de 1558” y dice “es la tierra abundantísima de pan y carne y muy regalada de miel de abejas, que se da en gran abundancia sin cuidado en beneficiar las colmenas: y no es menor la fuerza de frutas de España, que se coge a manos llenas, cuando quiere cada uno, sin haber quien lo contradiga”¹⁷.

“Fueron los vecinos de esta ciudad, a quienes García señaló encomiendas de indios al tiempo de su fundación, sesenta hombres poco más o menos, todos de calidad y méritos, cuyos nombres no pongo en esta historia por evitar prolijidad”¹⁸.

16 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 128.

17 Pedro Mariño de Lobera. *Op. cit.*, pág. 231.

18 Pedro Mariño de Lobera, pág. 232.

Dejó como lugarteniente y Justicia Mayor en Osorno al licenciado Alonso Ortiz y partió hacia Valdivia.

Desde esta ciudad tomó medidas, en relación con las encomiendas de Imperial, que disgustaron a muchas personas.

Por su voluntad las retiró a quienes las habían recibido de Francisco de Villagra para dárselas a sus soldados, cargando en consecuencia con el odio de todos aquellos a quienes despojó de sus indios.

Pero estos repartos iban a tener su castigo. García encontró en Valdivia la comunicación de la Corte, que le informaba la renuncia de Carlos V al trono de España y la proclamación de Felipe II por rey de España y de América (16 de enero de 1556). La noticia había demorado dos años en llegar y debía, ahora, ser comunicada a las ciudades para los efectos de jurar obediencia al nuevo Rey, lo que se realizó en los meses siguientes.

Igualmente, en 1558, Felipe II destituyó a Andrés Hurtado de Mendoza del cargo de virrey del Perú, sin saber que el Virrey había designado gobernador de Chile a su hijo García. Comprendió que, muerto Valdivia, el Consejo de Indias debía proponerle nombre para sucederle y gobernar, y no pareció nada mejor que nombrar al que se suponía actuando en Chile. Así Francisco de Villagra tendrá el título de gobernador por el Rey. Es el primero que teniéndolo lo ejercerá. Antes, Valdivia fue designado, más su nombramiento se hizo y llegó cuando ya había muerto. Jerónimo de Alderete fue nombrado estando en España pero murió antes de llegar a Chile, razón por la cual el Virrey Andrés Hurtado de Mendoza designó a su hijo García.

Pero este nombramiento de Villagra, que al ser nombrado estaba en Perú, desterrado por García, solo se hará efectivo en 1561.

EL FUERTE DE QUIAPO

Durante la permanencia de García en el sur, se produjeron asaltos al fuerte de Tucapel y a Cañete y la muerte de Caupolicán; siendo las autoridades de estos lugares, en ausencia del gobernador, Felipe de Mendoza y Alonso de Reinoso. Los castigos que infligieron y el escarmiento que significaron, determinaron momentáneamente una aparente tranquilidad y, por fin, una manifestación que hizo pensar en el sometimiento del mapuche. García a su

regreso lamentó la dureza de la represión, haciéndoselo saber a Reinoso, no en forma de sanción, sino señalando que en su opinión “era preferible ser duro en la lucha, pero pronto en el perdón”.

La idea del sometimiento duró muy poco. Pronto García se dio cuenta de la equivocación. No pasaba día sin algún ataque de los indios, ya sea contra los yanaconas o indios auxiliares, ya contra algún español que, sin prudencia, se alejaba más de lo conveniente de los fuertes, o salía en número reducido, ya sea a actividades de campo, ya al laboreo de maderas, ya al trabajo de las minas. Además, en cualquier descuido, se apropiaban de caballos, armas, arcabuces y municiones, con el auxilio de yanaconas aparentemente al servicio del español, pero realmente sirviendo su causa

Estos mismos auxiliares yanaconas les enseñaban el manejo de estas armas y les daban a conocer la situación externa e interna. Esto permitía a los mapuches dar esos ataques sorpresivos que iban minando el espíritu del español y produciendo el temor constante en el vivir, lo que muchas veces trajo como consecuencia que soldados y españoles no militares abandonaron sus lugares para, desertando, volver al norte del país e incluso al Perú. En otros casos la desertión fue mayor y de peores consecuencias: abandonaban el ejército y la vida del fuerte o de la ciudad para irse a vivir en medio de los mapuches y llegar a ser entre ellos los verdaderos animadores de sus saqueos, malocas, robos y asesinatos.

En esos meses habían muerto, por este sistema de ataques aislados, más de 400 auxiliares y varios españoles. La tierra estaba “como si nunca se hubiese pacificado”.

García, vuelto al sur, estimó más conveniente la construcción de edificios más sólidos en Cañete y la concentración de la fuerza en la ciudad el abandono del fuerte de Tucapel. Este hecho hizo que la resistencia mapuche se manifestara con mayor firmeza, dureza y violencia.

Estos trabajos los llevó adelante Reinoso pese a la actitud tan claramente amenazadora de los mapuches. Levantó en los alrededores pircas de piedras y fuertes palizadas de troncos, a fin de precaverse de sorpresas. Los centinelas vigilaban sin cesar el campo. Con todo, Reinoso se vio en la necesidad de solicitar refuerzos, y García, atento al pedido, y con su olfato de la guerra que se fue afinando con el conocimiento personal de esta guerra, dispuso que Miguel de Avendaño y Velasco se dirigiera a Cañete desde Concepción y se

le uniera en las quebradas de Purén, donde él estaba establecido. Además, desde Imperial despachó a Luis de Toledo, con 50 jinetes, como refuerzo para Reinoso que esperaba, en sus observaciones y cálculos, el ataque de los araucanos un día cualquiera.

García mismo llegó a Cañete con 150 hombres, entre el 19 y el 21 de septiembre, y producido el traslado de los soldados de Tucapel, contó con una fuerza de 350 soldados españoles bien equipados y muchos indios auxiliares.

Los indígenas, por su parte, no estaban inactivos. Animados de la estrategia que les diera Lautaro pensaron que el debilitamiento español estaba en su dispersión y así concibieron la idea de crear ellos un eficiente fuerte, que les permitiera separar a Concepción de Cañete y del sur, en un lugar de defensa y pelea en Quiapo, con foso, palizadas, emplazamiento de cañones robados a los españoles y soldados indios con arcabuces del mismo origen, todo esto construido en un sitio encumbrado, y con fosos disimulados, que servirían como trampa para jinetes y caballos, como también para soldados de infantería.

El fuerte de Quiapo, según la opinión del capitán español, Martín de Guzmán “era de calidad tal, que en Italia no se podía hacer mejor”.

La ubicación del fuerte estaba tan estratégicamente concebida que a García no le quedó alternativa: o quedaba dividido y separado de su abastecimiento de Concepción, o se decidía y emprendía el ataque de destrucción del fuerte.

Góngora Marmolejo señala que en el fuerte había una fuerza de no menos de 8.000 indios, cifra exagerada, pues posiblemente no eran más de 5.000. Hay que pensar en los terribles efectos de la epidemia de los años 56 y 57, en los muertos en los combates, en los prisioneros y en que los mapuches de toda la zona Biobío-Toltén no tenían unidad política y que, si bien salieron alguna vez a actuar en conjunto, muchos siempre permanecieron en sus lugares y otros, por rivalidades de robos o de problemas familiares, no se unían a los demás.

García salió desde Cañete a atacar el fuerte, a mediados de noviembre de 1558, con 300 soldados y buen número de auxiliares.

Reinoso llevó consigo dos cañones. Acampó a media legua de Quiapo, en un cerro contiguo a una gran ciénaga. Desde este lugar hizo diversas incursiones e intimidaciones sin resultado. Dispuso entonces el ataque por el

frente y los costados. Para salvar algunas quebradas, hizo construir algunos pequeños puentes levadizos transportables, que además le servirían para cubrir algunos fosos o trampas, de las construidas por los indios. La técnica que estos emplearon contra los cañones, hizo que fueran de efectos casi nulos y por tanto inoperantes, pues a cada disparo los indios se precipitaban a tierra de manera que no eran alcanzados por las balas.

En definitiva, García comprendió que la destrucción debía ser en el ataque cuerpo a cuerpo.

El combate permanecía indeciso. García se dio cuenta que la retaguardia mapuche estaba sin protección y destacó un piquete que se movilizó sigilosamente, llegó por detrás, arrancó algunos maderos de la palizada y por allí penetró un grupo de soldados que los pilló desprevenidos, siendo atacados por donde no lo esperaban. Por allí entraron cada vez más soldados, hasta tal punto que, sintiéndose perdidos, decidieron la retirada por un costado del fuerte que estaba protegido por tupido matorral.

Este encuentro permitió a los españoles hacer un gran número de prisioneros, muchos de los cuales fueron ahorcados. Góngora dice que más de 700 y hay quienes elevan la cifra a 1.000. En esta represión, el espíritu humanitario y de perdón de García fue totalmente olvidado. Muchos de los ahorcados fueron dejados colgados de los árboles, presentando el lugar un espectáculo de terror.

Hay ciertos indicios que parecen confirmar lo que se dice: que García entró en tratos con uno de los caciques prisioneros: Petegüelén (Petehuelén), quien se habría comprometido a someter la tierra a cambio de su libertad y de la vida. Lo cierto que se puede afirmar es que, después de este combate, se produjo una tregua pasajera entre una parte de los mapuches y los españoles.

El gobernador, ahora de acuerdo con la que había sido tesis de Pedro de Valdivia, creyó que la mejor manera de pacificar era establecer fuertes cada 4 ó 6 leguas; lo mismo que hará en el siglo XIX Cornelio Saavedra.

Como la fuerza de que disponía García se lo permitía, apenas deshizo a los indios de Quiapo, continuó rehabilitando fuertes y repoblando las ciudades que Valdivia había emplazado en ubicaciones estratégicamente escogidas.

Empezó por reconstruir el fuerte de Arauco, al poniente de la desembocadura del río Carampangui, y desde Arauco envió varias expediciones hacia

distintos lugares, para dispersar y castigar las juntas parciales que hacían los mapuches.

De Arauco volvió a Concepción, donde trató de reorganizar el trabajo de las minas. También vio la necesidad militar y reforzó desde luego, a Cañete y Arauco.

Entre las expediciones refundadoras, la más importante es la que confía a Miguel de Avendaño y Velasco, y después a Pedro de Leiva para refundar Angol; lo que se hizo bajo los nombres de Los Infantes o San Andrés de Angol en abril de 1559.

La ubicación se hizo en Malvén, un lugar ubicado 18 km al norte de la confluencia del Renaico con el Vergara. Para esta repoblación se destinaron a Angol soldados de Imperial, Cañete y Concepción.

Simultáneamente con estos hechos vinculados con la zona mapuche que es la que más interesa a esta nuestra historia e investigación, es bueno que mencionemos al menos otras acciones de importancia que se llevan a cabo y que tendrán trascendencia en la historia futura.

Uno de los hechos que reluce en el acontecer, es la expedición de Juan Ladrillero y de Francisco Cortés Ojeda, que entrega descubrimientos geográficos de la costa austral y estrecho de Magallanes y demuestra desde otro punto de vista cómo, desde el principio de nuestra historia, es la autoridad de la Gobernación del Reyno de Chile la que se preocupa de conocer, poblar y ejercer autoridad en el extremo austral del continente, porque son tierras que quedan en la jurisdicción territorial, asignada a esta gobernación.

Otro acontecimiento importante es sin duda el trabajo realizado por el licenciado Hernando de Santillana al redactar los principios que se han de tener en cuenta para reglamentar el trabajo de los naturales en las encomiendas y labores de minas.

La primera legislación del Trabajo en el país es la Tasa de Santillana.

Al comenzar el año 1559 la situación de la Araucanía era cada vez más amenazante. Los resultados de Lagunillas, Millarapue, Cañete y Quiapo, tuvieron solo el efecto de derrotas para los indios, pero ellos en absoluto pensaron en la posibilidad del sometimiento, ni menos que eran conquistados y debían tener la actitud de pueblo vencido. Una prueba de esta verdad la

expone el mismo Santillana, quien, queriendo afinar su legislación, pretendió llevar a cabo una segunda expedición por la Araucanía y no la pudo realizar porque los mapuches estaban rebelados.

Prueba además este asunto el hecho ocurrido a Pedro Esteban, asesinado por los indios en su encomienda de Imperial, sin mediar provocación alguna de su parte, y el que haya sido necesario que la autoridad no diera importancia a este crimen, para no provocar la temida rebelión que se palpaba en todas partes.

No menos importante, en este mismo orden, es la muerte de Pedro de Avendaño, hombre cruel en el trato con los indios, a quienes él personalmente despedazaba con su espada y por lo mismo le temían. Llegó esta situación a un punto en que se conjuraron contra él los hombres de su propia encomienda y lo mataron.

Los conjurados se vinieron a ofrecer en paz a Pedro y “servirle en las cosas que él mandare”. Les encomendó trabajos en las sementeras y se ocuparon de preparar madera para una casa.

Estando un buen día con amigos, llegaron “al poco más del mediodía con tablas, que dejaron caer a la puerta de su tienda. Al ruido salió Pedro y los indios le preguntaron si eso era lo que deseaba; se agachó para comprobar el grosor y calidad de las tablas y en ese momento uno de los conjurados, que estaba preparado para ello, con un hacha le dio un golpe en la cabeza y le quitaron la vida, igual que a todos los que aparecieron para defender lo que ya no tenía vida”. Pedro de Avendaño fue un capitán de gran actuación en todo este primer periodo.

Rodrigo de Quiroga salió a castigar esta muerte que ocurrió en Purén. Con presteza llegó y castigó a algunos indios culpables, pero no exageró la represión para evitar una acción de rebelión general.

El corregidor español de Cañete quiso impedir la guerra entre dos caciques que se disputaban una mujer española y sirvió de árbitro. Falló la causa a favor del primitivo cacique dueño de aquella mujer, capturada en algún malón y este, junto con recibir la mujer, la degolló delante del corregidor y la guerra prendió entre los dos caciques, como si no existieran los españoles.

Las manifestaciones de independencia de las tribus mapuches hacia estas fechas, llenarían muchas páginas. Bastan estos ejemplos para corroborar

lo dicho: habían tenido grandes y fuertes derrotas, pero no sentían que estuvieran vencidos y sometidos.

García se dio cuenta de estar sobre un volcán y procuró a todo trance aplacar la rebelión general, ya sea desentendiéndose de las hostilidades entre los indígenas, o bien amenazándolos con ostentosas concentraciones de fuerza, pero sin llegar a la represión o al ataque. Estaba clavado en el sur, sin marchar a Santiago, que aún no conocía, temeroso de que su ausencia provocara la sublevación general. En estas condiciones recibió la noticia que lo relevaba de su Gobernación.

En enero de 1559 llegó clandestinamente a Lima la noticia que anunciaba que el rey don Felipe II reemplazaba al virrey Andrés Hurtado de Mendoza, por cédula que había sido fechada el 2 de mayo de 1558, nombrando en su reemplazo a Diego de Acevedo.

El Rey tampoco aceptaba el nombramiento de García como gobernador, hecho por el marqués de Cañete, su padre. Desde hacía tiempo que habían empezado a llegar quejas sobre la conducta que observaba en el trato con las personas. De allí que en el mismo mes de mayo solicitó al Consejo de Indias le indicara un nombre para gobernador de Chile.

El conocimiento de estos acuerdos reales lo tuvo el Virrey por noticias de su esposa que se encontraba en España. Los hizo saber al hijo, y a pesar de la reserva que se le dio a la noticia, esta se conoció con especial satisfacción para muchos que tenían quejas de su trato personal y descontento por las medidas arbitrarias tomadas en las asignaciones de encomiendas.

Comenzó además a susurrarse la noticia que el designado para la sucesión sería Francisco de Villagra.

Pero todos estos cambios iban a prolongarse un tiempo más, pues el designado virrey Diego Acevedo falleció en España cuando iba a embarcarse para América. Felipe II designó entonces virrey del Perú a Diego Lope de Zúñiga, conde de Nieva, y, con fecha 20 de julio de 1558, a Francisco de Villagra, gobernador de Chile.

La comunicación a García tiene fecha 15 de marzo de 1559, con la orden de esperar la llegada de Villagra y regresar enseguida a España, dejando en Chile un procurador que respondiera a las demandas que pudieran presentarse en su contra en el Juicio de Residencia que se le debía seguir. García llegó por

primera vez a Santiago en agosto o septiembre de 1560. De aquí despachó, para que, cruzando la cordillera, fundara una ciudad que debía llevar el nombre de Mendoza, al encargado de esta misión Pedro del Castillo.

En los primeros días de diciembre de 1560 recibió García la Real Cédula que designaba a Villagra y que le pedía permanecer en el cargo. Esta orden tuvo que desobedecerla, pues, a mediados de enero de 1561, moría en Lima su padre y él partió de inmediato a Perú. En Papudo se embarcó en un bergantín de propiedad de Gonzalo de los Ríos y llegó al Callao en un mes de navegación.

Al partir dejó las ciudades del sur a cargo de Rodrigo de Quiroga que las gobernaba desde que García partió a Santiago. En esta ciudad dejó como teniente de Gobernador a Francisco de Riberos.

García Hurtado de Mendoza fue el primer gobernador residenciado en Chile. La audiencia de Lima designó juez en este juicio al asesor de Villagra, licenciado Juan de Herrera.

Acusaciones justas e injustas cayeron sobre su persona. En el proceso se establecieron 215 cargos que variaban desde graves a insignificancias propias de lo que ocurre con un caído. De todo hubo en este juicio.

García no se defendió y el juez lo absolvió de 19 cargos y lo condenó por los 196 restantes. Las relaciones familiares neutralizaron este fallo y la destitución iba a ser sólo un alto en la carrera administrativa y diplomática que, con más madurez por los años, alcanzaría García hasta llegar, a fines del siglo XVI, al cargo de Virrey del Perú.

García se llamó a sí mismo “Pacificador de la Araucanía” y sostuvo que la guerra que continuó fue producto de la inepticia de sus sucesores. Esta idea estuvo presente en los cronistas e historiadores hasta mediados del siglo XIX. Será Barros Arana, en su *Historia General de Chile*, quien ponga las cosas en su lugar.

La verdad es, como hemos visto, que al partir García los españoles eran dueños de solo las ciudades y tierras vecinas a ellas, ya que ningún español se aventuraba a distancias del poblado si no era acompañado de fuerte escolta.

El araucano, al dejar la gobernación García, estaba en las condiciones que tuvo antes de Tucapel: listo para el ataque.

La aparente tranquilidad de 1559-60 fue solo un alto que permitió a los mapuches reponer sus fuerzas y armas y llenar sus cuadradas de combate con la nueva generación de mocetones que entraban a la edad de la guerra.

El número de guerreros descendía a menos de un tercio por efectos de la guerra, de la peste, del hambre y de la falta de unidad; pero, a su vez también, es preciso tener la conciencia de que triplicó su capacidad militar.

El fracaso militar de la conquista no es cargo en contra de García ni de sus sucesores; es el resultado de la capacidad del mapuche para la guerra y del apego a su libertad, que le llevó a resistir todo intento de conquista hasta fines del siglo XIX.

García gobernó como virrey del Perú entre 1588-1595 y falleció en Madrid el 15 de octubre de 1609.

11. GOBIERNO DE FRANCISCO DE VILLAGRA (1561-1563)

Como ya lo señalamos, Felipe II nombró gobernador de Chile por Real Cédula firmada en Bruselas, a Francisco de Villagra, el 20-XII-1558. Mientras esto ocurría, continuaba el juicio que se le seguía en Lima sobre su actuación en Chile, en el período entre la muerte de Valdivia y la llegada de García, quien, se recordará, hizo tomar presos a Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra y los envió al Perú, en 1557.

Villagra, que no sentía pesar sobre sí tenía mérito alguno para tal trato, quiso por su honor resolver judicialmente su situación y es por ello que pide y se somete a juicio.

El tribunal limeño le absolvió de toda culpa, por fallo emitido el 10 de noviembre de 1559, de modo que, cuando llegó a Lima la cédula de su nombramiento, ya estaba resuelta favorablemente su situación.

Villagra era hijo natural de Álvaro de Sarria y de Ana Velásquez de Villagra. En su juventud fue paje del conde de Benavente y de la marquesa de Astorga. Abrazó la carrera militar e hizo la campaña de Túnez. En 1537 se embarcó hacia el Perú y en 1540 se vino a Chile con Pedro de Valdivia.

Recibió su título de gobernador el 7 de diciembre de 1560, por conducto de su cuñado el presbítero Agustín de Cisneros, que llegó a Lima acompañando a su hermana Cándida de Montesa, esposa de Villagra.

No partió a Chile sino algunos meses después, tiempo que ocupó en formar un ejército, séquito y provisiones y además esperando que llegara al Perú el nuevo virrey, el conde de Nieva.

Esta permanencia en el Perú le sirvió además para aclarar ideas sobre algunos problemas graves, que debería resolver en Chile, en relación con las encomiendas y las modificaciones que en esta materia había hecho García.

Sus consultas las aclaró con el licenciado Briviescas de Muñatones, quien debía asesorar al nuevo Virrey como miembro del Consejo de Hacienda de Lima.

La opinión del licenciado puede resumirse en tres aspectos muy claros y precisos. El primero es que toda encomienda entregada a una persona que no fuera descubridor o conquistador era nula, mientras hubiera conquistadores que no hubieran recibido el premio por sus servicios. El segundo aspecto que se debía tener en cuenta, es que García no podía conceder encomiendas en lo que había descubierto Valdivia; sólo habría podido hacerlo en la parte del territorio que él descubriera o conquistara y, como nada de esto ocurría en el caso, eran nulas las encomiendas, incluso las que hiciera a antiguos conquistadores. Y, por último, como el nombramiento de García era nulo por deficiencia de edad y por transgresiones legales, que prohibían al Virrey nombrar gobernador a su hijo, lo obrado por él en esta materia no podía tener efectos legales.

Por estas razones, Villagra podía iniciar su gobierno como si fuera la continuación del de Pedro de Valdivia y hacer caso omiso de lo ocurrido en el Gobierno de García.

Realizados todos los preparativos, resueltas sus consultas, recibido en el Perú el nuevo Virrey, a quien saluda y se pone a sus órdenes como superior inmediato; recibido, desde Chile, dinero que le enviara Juan Jofré para los gastos de su viaje, se embarcó en el Callao el 19-III-1561, rumbo a Chile, en el mismo barco en que había llegado el Virrey.

Antes de partir tuvo la ocasión de encontrarse en Lima con García, que se había venido sin esperar su llegada a Chile, por haber ocurrido en esos días la muerte del depuesto virrey Andrés Hurtado de Mendoza.

Villagra detuvo su viaje primero en La Serena, donde fue muy bien acogido, el 5 de junio de 1561. Aquí se recibió del Gobierno ante el Cabildo y envió a su asesor, el licenciado Juan de Herrera, para que él recibiera en su nombre el juramento y reconocimiento del Cabildo de Santiago. A principios de julio, Villagra estaba en Santiago.

Al revés de lo que algunos pensaban, el gobernador recibía la administración y el país en un estado bastante peligroso y caótico; lo que parecía orden, en el Gobierno de García Hurtado de Mendoza era temor de su altanería y se había perdido el respeto que a la autoridad le había dado Pedro de Valdivia.

En cuanto el tema que centralmente nos preocupa debemos recordar que si es cierto que los mapuches habían sido derrotados en algunas batallas, habían progresado enormemente, en técnica de capacidad militar, tanto de ataque como de defensa, y esto hasta tal punto, que se puede afirmar se encontraban en mejor condición que los españoles, quienes cansados de estas campañas y temerosos de sus resultados, deseaban irse a otros lugares, ya sea de Chile o del Perú u otros de América, donde continuar sus días en paz y alcanzar prosperidad.

Dificultad muy grande será la que deberá afrontar Villagra para poner en calma los bandos que se habían creado por los encomenderos, ya sea los que se habían constituido como tales por García, como aquellos a quienes había despojado.

Otro tema importante que iba a tener que enfrentar era la preocupación por la aplicación de la Tasa de Santillana, la que tuvo que modificar para reorganizar el trabajo de la minería.

12. SITUACIÓN MILITAR DE LOS MAPUCHES

La guerra de Arauco se caracterizó en los años de Valdivia y García, por un franco progreso de sus enemigos en armas, técnicas y estrategias. Las derrotas les sirvieron para determinar el perfeccionamiento de un progreso político detenido, vinculado con la unión del pueblo mapuche y el sentido de solidaridad general para la defensa; solidaridad que se extendió no solo a los mapuches propiamente tales, sino que alcanzó con frecuencia, a las tribus al norte del Biobío, hasta el Maule, a los huilliches del sur del Toltén, incluyendo los de Valdivia y Osorno.

Nació así el Vutamapu que unió a las tribus de la costa, del llano y de las nieves, no en forma definitiva ni permanente, sino en una unidad más fácil, la que les proporcionaba su defensa.

El español se va a encontrar, en adelante, con un pueblo que no está dispuesto a someterse, que resistirá por más de dos siglos la dominación e incluso llegará a entenderse de igual a igual con él, haciéndolo al fin se resignase a defender la línea del Biobío.

El Vutamapu unió a las tribus en determinados momentos bajo una sola autoridad, pero solo para los efectos de continuar la guerra y defender su territorio.

El primer cambio técnico de los mapuches será defender sus existencias estando listos en sus fuertes, los pucarás, y provocar a los españoles en distintos puntos a la vez, para así sacar más provecho de su superioridad numérica y del conocimiento total de su territorio. Con estos elementos a su favor, estarán en condiciones de producirles aniquilamientos, solo parciales, pero que los debilitarán en forma inobjetable.

Tuvieron capacidad de reflexión, y así les pareció que, después de la partida de García, se les presentaba la ocasión propicia para replantear sus ataques y su guerra. Sintieron su debilidad como consecuencia de la muerte de tantos guerreros, de la pérdida de sus armas en tanto encuentro y de la falta de alimentos. Con calma, decidieron dar una apariencia de paz que, por un lado, daría confianza al invasor español, pero a ellos les permitiría, por otro, atender sus nuevas cosechas, abastecerse de trigo y maíz y tener más caballos y seguridad de alimentos para las tribus que participarían en los nuevos encuentros. Se ve que hay una visión para hacer frente a un tipo

de guerra que no conocían y a armas que no pueden ponerse en parangón con las suyas. Después de sus ataques de masas y en forma imprevista, sucederá la guerra de sorpresa, con preparación, diagramación del ataque y una visión práctica, en la que no es deshonor abandonar el campo de batalla si se presenta adverso y buscar otra oportunidad o debilitar al adversario con pequeños encuentros en que caen cuatro o cinco, o diez soldados. Así, junto con debilitarlo, va infundiendo en el español el pavor de encontrarse en una lucha en que su derrota significa, con frecuencia, terribles sufrimientos y en definitiva la muerte.

Esto mismo le espera al mapuche en la venganza española, pero como pueblo más primitivo y soldado que lucha en la defensa de valores que le son realmente propios, su decisión es la lucha a muerte, porque a ella la estiman preferible al sometimiento al español y a la pérdida de su libertad.

En este cuadro se emprenderá el nuevo gobierno de Villagra, con hostilidades que se iniciaron, junto con su llegada, como consecuencia de la muerte de Pedro de Avendaño y Velasco, yerno de Rodrigo de Quiroga.

Como ya se ha dicho, Avendaño era aborrecido y temido por los mapuches, tal vez más lo primero que lo segundo, debido a sus crueldades y malos tratos. Góngora Marmolejo dice al respecto: "era don Pedro hombre cruel con los indios, recibía gran contento en matarlos y él mismo con su espada los hacía pedazos"¹⁹. Sus propios trabajadores lo mataron, junto a otros tres españoles, el 18 de julio de 1561; algunos dicen "a traición". No puede hablarse de traición; era una guerra que sostenían españoles y mapuches en la que no se podía esperar imperio de las leyes de la guerra y no era posible invocarlas: esta era una guerra sin dar ni recibir cuartel. Seguramente, me atrevo a pensar, que muchas veces la conciencia de la guerra y la manera de realizarla pesó mucho más sobre la conciencia española que sobre la del mapuche.

Cuando se supo la muerte de Avendaño y su forma, los españoles que se encontraban en sus encomiendas volaron a recogerse a las ciudades, sin preocuparse de sus yanaconas, que quedaron abandonados a su suerte en las estancias. Los mapuches cayeron sobre ellos, mataron a los que encontraron,

19 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 139.

robaron animales, enseres de labranza y productos y destruyeron e incendiaron casas.

El teniente gobernador de Cañete, Lope Ruiz de Gamboa, cogió por sorpresa cierto número de caciques vecinos y, sin averiguar su participación, o no, en los hechos, ejecutó a algunos en represalia y guardó a otros como rehenes.

13. CÓMO ENFRENTA VILLAGRA LA GUERRA

La derrota y muerte de Valdivia en Tucapel no le sirvió de experiencia a García Hurtado de Mendoza, quien, desde que entró a Chile, comenzó a dividir sus fuerzas, creando y repoblando nuevas ciudades y distribuyendo sus hombres entre Valdivia, Osorno, Villarrica, Imperial, Angol, Cañete, Arauco, Concepción. Santiago y La Serena.

Esto que hizo García lo repitió, en peores condiciones, Villagra, que por otra parte dispone de menos fuerzas, ya que muchos soldados después de la experiencia de esta guerra se volvieron al Perú.

Por otra parte Villagra no contaba con el ascendiente que tenía García por el respaldo que le significaba el apoyo de su padre, Virrey del Perú. Carecía, así, de autoridad para obligar a su gente a la obediencia y a la colaboración.

Pero a esto hay que agregar que debilitó aún más sus pocas fuerzas, enviando unidades, aunque pequeñas, al otro lado. Desde Lima envió a Tucumán a Gregorio Castañeda y desde Chile a Juan Jufré a Mendoza y, en plena rebelión, tuvo la peregrina idea de debilitarse más aún, realizando la conquista de Chiloé.

Los subalternos actuaron en la misma forma. Pedro de Leiva, corregidor de Angol, había pasado al otro lado con treinta hombres y anduvo “cuarenta días tras unas minas de plata y del descubrimiento de algunos indios no conocidos”.

Este afán de extender la conquista tiene carácter distinto, según las personas; en Valdivia, fue su ánimo creador; en García, la conquista de fama; en Villagra, es la necesidad de nuevas tierras para constituir encomiendas.

Si se tiene presente la densidad de la población mapuche y su belicosidad en sus tierras, entre el Biobío y el Toltén, no había que pensar en la ocupación efectiva del suelo y su aprovechamiento, si no se le protegía con una ciudad o fuerte y una considerable fuerza militar.

Tres o cuatro ciudades entre Concepción y Valdivia eran colonias aisladas en un país enemigo. Para ocupar este territorio se necesitaba de cinco mil a seis mil hombres; no había otra combinación que permitiera someter al pueblo mapuche. Ahora bien, la debilidad de las fuerzas españolas no era solo en número, era su moral que había decaído, aunque habrá excepciones notables. No podrá olvidarse en la Historia de este período a capitanes como Pedro de Villagra, Bernal de Mercado, Juan Rodolfo Lisperguer y otros que harán verdaderos prodigios de valor.

La derrota final del español y la pérdida del territorio de Arauco no se podían evitar con los escasos medios con que contaban los gobernadores.

Con este cuadro, Villagra deja Santiago para venir a un campo de operaciones que conocía, pero que debía resucitar en su memoria el triste fin de su gran amigo Valdivia y la responsabilidad que debió asumir. No podía tranquilizarlo el recuerdo de su colosal derrota en la cuesta de Marigüeñu y el haber tenido que despoblar Villarrica, Angol, Concepción y los fuertes. Pero así, con este cuadro, llega al sur.

García había dejado las ciudades del sur en las manos de Rodrigo de Quiroga, quien al saber la venida de Villagra renunció a su cargo, siendo reemplazado por Alonso de Reinoso, y mandó a las ciudades de Valdivia y Osorno a Juan de Raigada.

Las noticias sobre los mapuches eran cada día de mayor alarma y Villagra no estaba en condición de comprometerse en una campaña de grandes proporciones. Reunió unos treinta soldados y los envió a Concepción, a cargo de su hijo Pedro de Villagra, con instrucciones de unirse con Reinoso.

Este, en lugar de ir a Valdivia y Osorno se dirigió a Cañete, suponiendo a esa plaza en mayor peligro. A fines de octubre se le reunió, en Cañete,

Francisco de Villagra, que venía con unos ciento cincuenta soldados sacados de Santiago y Concepción.

Trajo consigo al fraile dominico fray Gil González de Nicolás, pues tuvo la idea que era posible pacificar al araucano mediante la predicación del evangelio y su conversión lenta al cristianismo. Villagra tuvo luego experiencias que lo hicieron olvidar este ideal y habiendo sorprendido a algunos indios en robos y asaltos, los hizo castigar.

Fray Gil manifestó su oposición y aun señaló como causa suficiente de condenación lo que hiciera contra el mapuche y sostenía que los indios defendían “una causa justa, que era su libertad, casas y hacienda”.

La predicación de fray Gil la hicieron propias muchos religiosos y, desde los templos, empezó a cundir una educación en este sentido que va a apoyar, más tarde, toda la política de la guerra defensiva del padre Luis de Valdivia. Muchos soldados hicieron suyas estas ideas y debilitaron su concurso y participación en las acciones represivas que les ordenaban contra los indígenas.

Esta situación debilitó más aún la posición de Villagra, quien se encontró ante un gran levantamiento que era preciso sofocar y, por otra parte, con la perplejidad de sus tropas ante las prédicas que condenaban abiertamente las represiones, dando la razón en su defensa a los indígenas por ser “una causa justa” la que ellos defendían.

El licenciado Herrera abrió un proceso que condenó a fray Gil, quien se retiró a Santiago, donde inició una acción intensa y con gran escándalo, condenando la acción de venganza y de castigo indiscriminado con que el español reaccionaba frente a la oposición de los naturales al sometimiento, al trabajo obligado, al desarraigo del lugar, a la separación de los miembros de la familia y a las muertes por castigos que se daban a los indígenas, como también a las mutilaciones que se aplicaban como escarmiento.

Estas eran, por otra parte, las principales razones de sus ataques y levantamientos.

Una vez que fray Gil se fue a Santiago, Villagra envió diversas expediciones a las comarcas vecinas. Los mapuches no presentaban resistencias ni combate; se retiraban con su familia y con su ganado. Empezó así una guerra

por recursos, alternada con pequeños golpes, aquí y allá, de grupos también pequeños, que se organizaban y luego se dispersaban.

En este actuar, los mapuches no contaron con la dirección de un gran caudillo, pero llevaron adelante un sistema que les permitiría largo tiempo de desgaste al ejército que, para hacer frente a estos ataques, debía movilizarse de un lado a otro, debilitándose y desmoralizándose cada vez más.

14. COMBATES EN EL FUERTE DE LINCOYA Y CERCANÍAS DE ANGOL Y CAÑETE

El gobernador Villagra cometió el error de confundir las retiradas de los indios con una posible sumisión. No logró darse cuenta que los repetidos golpes que se daban, pequeños y, mirados de uno en uno sin importancia, en conjunto estaban produciendo la demolición de sus fuerzas.

Ni siquiera los ataques que los llevaron hasta llegar a las cercanías de Concepción, le dieron la imagen exacta de un levantamiento general, que era lo que estaba ocurriendo.

Además, Villagra tenía una idea obsesionante, que le impedía apreciar otras actividades: era su planeado viaje y conquista de Chiloé, campaña que, por otra parte, no estaba en condiciones de realizar personalmente, por sus precarias condiciones de salud. Por petición de él se le había llevado hasta Imperial por sus soldados, en angarillas donde iba sentado. En Angol permaneció en cama sobre los sesenta días.

Cuando al fin llegó a Imperial, las noticias que allí había, más las recogidas en el camino, lo decidieron a enviar una expedición, a cargo de Juan Álvarez de Luna, para disolver las concentraciones indígenas.

Los indios se fortificaron en el valle de Lincoya, al lado del cerro Catiray, a 10 ó 12 leguas de Cañete, desde donde amenazaban, por su posición céntrica y equidistante, a Cañete. Angol y Arauco.

Villagra partió a Valdivia, siempre con su idea fija de Chiloé, dejando como su lugarteniente en Cañete a Lope Ruiz de Gamboa y como capitán de las Fuerzas a su hijo Pedro de Villagra, el mozo.

La técnica empleada por los mapuches consistía en provocar a los españoles con ataques simulados para ponerlos en movimiento y hacerlos salir de sus ciudades o fuertes, mientras otros grupos, que eran realmente los de ataque, entraban rápidamente en las ciudades y fuertes, según el caso, o a los campos próximos y robaban alimentos, enseres y animales, destruían lo que no podían llevar y tomaban personas en rehenes o cautivos, para vengarse en ellos con la muerte y dejando, en los caminos, los restos de soldados españoles, ya sea esparcidos por el campo o colgados en los árboles.

Otras veces atacaban al fuerte de Arauco y así obligaban a Pedro de Villagra a abandonar Cañete para ir en defensa del fuerte amagado, gastando a sus soldados en marchas y contramarchas.

Para centralizar estas acciones, los indios construyeron en Lincoya un fuerte extraordinariamente bien concebido. Pedro de Villagra se propuso terminar con ese fuerte o pucará de Lincoya, y así lo hizo una y otra vez; pero, retirado, lo volvían a construir cada vez en mejores condiciones, reforzando las partes débiles que habían sido las atacadas por Villagra.

Regresando de Arauco a Cañete, supo de una tercera reconstrucción y resolvió atacarlo y destruirlo. El fuerte estaba terminado y muy bien defendido. Al darse cuenta de esta situación tuvo un momento de vacilación; pero decidido, lo hizo atacar.

Los mapuches habían utilizado todos los recursos naturales para su defensa. Aprovecharon el cerro Catiray y la quebrada de Lincoya, completando las defensas materiales con fosos, hoyos y palizadas. El combate se mantuvo largo tiempo indeciso y, finalmente, quedó dueño del campo Pedro de Villagra. Los indios se retiraron al darse cuenta que serían vencidos y así, sin grandes pérdidas de vidas, podrían organizarse nuevamente.

Pedro de Villagra llegaba a Cañete y ya los indios estaban reconstruyendo nuevamente su fuerte, y ahora con otra técnica: el fuerte Lincoya como centro principal, pero construyendo una serie de pequeños fuertes como defensa del principal. Además rodearon de fuertes pequeños las ciudades situadas en las cercanías, de manera que quien se decidía a salir tenía casi segura la muerte.

En estas circunstancias llegó a Cañete, para ampliar las defensas, el licenciado Gutiérrez de Altamirano con 40 soldados. Con este refuerzo y con todo lo que tenían dieron un nuevo asalto al fuerte de Lincoya, con el mismo resultado anterior: los españoles vencieron en una pelea dura y el fuerte fue arrasado, pero su reconstrucción se inició de inmediato.

Por esos mismos días se dio un combate, a todo campo, que fue de mal augurio. Una partida de 30 indios se robó algunos caballos en las puertas mismas de Cañete. El nuevo corregidor, Juan de Lazarte, que había reemplazado a Lope Ruiz de Gamboa, gravemente herido en el combate anterior, salió con 12 soldados a recuperar la caballada.

Los mapuches le hicieron frente y se trabó el combate. Murieron en él Lazarte y tres españoles más. Los otros nueve tuvieron que huir y refugiarse en Cañete.

Siguieron los indígenas sus planes hasta llegar a sitiar Cañete. Francisco Gutiérrez de Valdivia, sobrino de Pedro de Valdivia y que comandaba el fuerte de Arauco, acudió para ayudar a los de Cañete. Tomados los indios entre dos fuerzas se retiraron.

Para el mapuche, como se ha dicho, nunca fue un deshonor dejar el campo en el momento mismo en que se daba cuenta que continuar en la pelea era morir. Ellos necesitaban vivir para continuar su propósito: arrojar al extraño de sus tierras y vivir sin temores y en libertad.

Además, con este tipo de acciones daban tiempo para que otros rehues de Arauco pudieran recoger sus cosechas, guardarlas y después, asegurado el alimento, sumarse en la defensa y en la guerra.

Es de toda evidencia que esta acción militar mapuche debilitaba fuertemente al español. La reposición de sus hombres debía recibirla de las ciudades distantes, donde también era necesaria una mayor población, o bien, traerlos del Perú, lo que en general no gustaba a los gobernadores. El soldado venido del Perú, donde no había guerra, no se acomodaba a esta lucha constante y además a unas condiciones de vida difíciles en comparación con la holgura limeña, los gobernadores pedían soldados que vinieran desde España. Se comprende que la pérdida de soldados del ejército español era una pérdida prácticamente insustituible. Los trabajos y construcciones en ciudades eran costosos de reponer. En cambio, el mapuche reponía con rapidez y con recursos de la misma tierra todo lo que le destruían.

El ejército español debía moverse siempre con una sección encargada de conducir el bagaje indispensable: alimentos, armas, carpas, utensilios, herramientas, etc. En cambio el indígena no necesitaba nada de esto. El iba a luchar, a pelear unas horas, un día, o dos o tres, interrumpiendo en la noche el guerrear y alimentándose con un mínimo que, seguramente, tenía consigo, o sin alimentarse hasta suspender el encuentro,

Es curioso constatar que, a estas alturas de la conquista, han pasado 15 años desde el inicio de la guerra con Valdivia, y ya establecen los cronistas que, si en tiempos de Valdivia, en la batalla de Andalién, era en las acciones una proporción legítima la de un español equipado para cien mapuches; ahora, en estas operaciones, apenas podía hacer frente un soldado a dos conas o mocetones.

Esto ocurría en Cañete y alrededores. ¿Qué sucedía en Angol? Miguel de Avendaño, que comandaba esa ciudad, adoptaba otra táctica; era él quien salía con frecuencia a hostilizar a los mapuches, pero con cada salida iba debilitando sus propias fuerzas. Los mapuches lo atacaban y se retiraban a guarecerse en las ciénagas y pantanos de Purén y Lumaco, o bien, se ocultaban dispersos en los bosques.

La fundación del fuerte de Purén, que se confió al capitán Lorenzo Bernal de Mercado, no logró contenerlos.

La rebelión seguía desarrollándose y rodeaba a los españoles por todas partes. Volvieron los mapuches a su fuerte de Lincoya.

15. VILLAGRA AL FIN LLEGA A CHILOÉ

Siempre con la idea fija en Chiloé y la conquista de la isla, Villagra reunía soldados en Valdivia y Osorno, pero, llamado con urgencia por los defensores de Cañete y Arauco, decidió embarcarse para tocar tierra en Arauco, sumar a la defensa 35 hombres que llevaba y ayudar a someter la rebelión. Pero una tempestad a la altura de la isla Mocha, frente a la costa de la provincia de Cautín, con un fuerte y huracanado viento del norte, empujó la nave hacia el sur, y pudo Villagra cumplir su anhelo. La tormenta lo dejó en Chiloé el 20 de noviembre de 1562.

Después de diversas aventuras en la isla, se embarcó en una pequeña e insegura nave para ir donde debía. Llegó a Arauco justo en el momento en que se reunían todos los rehues de la región para incorporarse a la rebelión.

16. EL FUERTE DE LINCOYA Y PEDRO DE VILLAGRA

En Arauco Villagra se reunió con su hijo Pedro y con su yerno Arias Pardo de Maldonado. Postrado nuevamente con el mal de gota, confió al maestre de campo Julián Gutiérrez de Altamirano el mando de las fuerzas de Cañete y Arauco. Dispuso nuevamente la destrucción del fuerte de Lincoya en enero de 1563.

Pedro de Villagra y Arias Pardo Maldonado emprendieron el asalto. En esta actuación cayó Arias Pardo para no reponerse jamás, pues sufrió una parálisis cerebral como consecuencia de un derrame sanguíneo causado por algún golpe de maza o macana. Los mapuches se retiraron; los protegió y ocultó el bosque del cerro Catiray.

Destruído el fuerte, los indios volvieron a construirlo, pero esta vez lo reedificaron delante de la quebrada donde, aparentemente, podía ser atacado con más facilidad e incluso llegar hasta él la caballería.

Villagra ordenó a su maestre de campo Gutiérrez de Altamirano que se reuniera con su hijo Pedro para destruir el nuevo fuerte. Salieron a cumplir la misión, con 85 soldados, en día 13 de enero de 1563.

Entre los soldados iban algunos de gran experiencia en la guerra, que conocían muy bien la imaginación mapuche para el ataque, pero también iban jóvenes inexpertos y ardorosos, entre los cuales empezaban a figurar los primeros hijos mestizos de los conquistadores, nacidos en Chile.

Los veteranos, y en especial Altamirano, desconfiaban de la extraña mudanza del fuerte, sospechando una sorpresa sin poder imaginar en qué consistiría. Pretendieron un reconocimiento, que no se hizo, pues tanto Pedro de Villagra como los soldados decían: “a pelear venían y aquello era lo que convenía”. Altamirano cedió y ordenó asaltar el pucará. Los indios los dejaron avanzar sin disparar una flecha, casi dando la idea que se habían retirado.

Habían cavado en el suelo hoyos muy hondos y muy disimulados. El primero en caer en uno de ellos fue Altamirano.

Góngora Marmolejo dice de este encuentro: “Sin ver el engaño cayó en un hoyo hecho a manera de sepultura, tan hondo como una estatura de un hombre, y tras él cayeron muchos en otros hoyos, de tal suerte que como los indios les tiraban muchas flechas y los alcanzaban con las lanzas, no podían ser bien socorridos”.

“Pedro de Villagra cayó a otro hoyo y antes que sus amigos le pudieran socorrer le dieron una lanzada por la boca”, se le recogió moribundo y falleció momentos después²⁰.

A estas alturas del encuentro, los indios salieron del fuerte y los españoles, desmoralizados, empezaron a retroceder y huyeron hacia Concepción y hacia Angol y Arauco.

En la batalla y en la persecución dieron muerte a 42 españoles; los 43 restantes, incluso Altamirano, que logró salir del hoyo, salvaron sin armas. La desmoralización fue enorme.

Avendaño y Velasco se impuso del desastre en la medianoche del 16 de enero y arbitró de inmediato medidas de seguridad. Despachó a Bernal de Mercado, de Purén a Arauco, con 30 hombres que debían pasar por Cañete para alertar y precaver a esa guarnición.

El 17 de enero Francisco Villagra supo, postrado en su lecho, la noticia del desastre de Lincoya y de la muerte de su hijo. Pocos días después se embarcó en Arauco, con destino a Concepción, llevándose a las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos. Dejó ahora al frente de las fuerzas reunidas en Arauco a su primo, Pedro de Villagra, que había antes actuado en Chile en tiempo de Pedro de Valdivia.

Este Pedro de Villagra había sido el defensor de Imperial y Valdivia después del desastre de Tucapel, pero pronto después de estos hechos se había ido al Perú, donde estaba cuando llegó a ese Virreynato García.

20 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 158.

En Perú contrajo matrimonio con Beatriz de Figueroa y Santillán, viuda de Rodrigo de Pineda y dueña de la rica encomienda de Parinacocha.

Se instaló cerca del Cuzco, abandonó sus encomiendas en Chile y no pensó volver más al lugar donde varias veces, en improvisadas aventuras militares, se jugó la vida.

Cuando Francisco de Villagra vino a Chile, el virrey Conde de Nieva, que tenía antecedentes de la capacidad militar de Pedro de Villagra, puso todo su empeño en que este acompañara a su primo, cuyas condiciones de salud y edad no eran una buena prenda para tomar la responsabilidad que asumía.

Pedro al fin aceptó venir, pero no lo hizo de inmediato. Prometió hacerlo pero antes trataría de obtener un cuerpo militar que lo acompañara.

Cumplió con venir, no así con un cuerpo militar, porque no encontró quienes quisieran venir con él.

Estaba recién llegado a Santiago cuando conoció el desastre de Lincoya y la muerte de Pedro de Villagra, su sobrino. Esto lo hizo apurar su viaje para ponerse en contacto con Francisco de Villagra, quien le pidió tomara el mando de la fuerza y es posible que le ofreciera la sucesión en el gobierno.

Pedro de Villagra sintió renacer en él nuevas fuerzas al contacto con la campaña. Era sin duda el mejor táctico en las guerras indígenas; solo Bernal de Mercado superará más tarde sus condiciones. Contaba, en el momento que aparece nuevamente en Chile, con 54 años muy bien llevados.

Fue, para Francisco de Villagra, una oportunidad el que llegara su primo Pedro. Sin duda estaba entre las pocas personas capaces de ponerse al frente de la situación de fuerza y rebelión que se presentaba.

Su acción no pacificó ni produjo una calma definitiva, pero aplazó la catástrofe y legó a sus sucesores una situación que les permitió prolongar por años la lucha.

La última victoria en el fuerte de Lincoya fue un triunfo que celebraron con especial regocijo los mapuches, con rituales, borracheras y reparto del botín, ya que el retiro de los españoles no dio ocasión a estos para llevar consigo ni sus armas.

Una vez satisfecha la necesidad de celebrar su victoria y envalentonados con ella, se dividen en dos cuerpos que se dirigen a atacar, uno a Arauco y el otro a Angol.

El 24 de enero están a la vista de Angol, que defiende Miguel de Avendaño, hermano de ese Pedro a quien hemos visto cómo le dieron muerte los mapuches en su encomienda. Frente a este ataque, Avendaño, con un pequeño grupo de soldados, formado por 21 jinetes, 6 arcabuceros y un cañón, sale a batirse a campo abierto, dejando una presencia de soldados ancianos y enfermos como defensa de la ciudad.

Avendaño salió acompañado por los sacerdotes Martín del Caz y Mancio González. Se trabaron en un combate a distancia, flechas contra arcabuz y cañón. Daño se producía en las huestes de Arauco, pero la pelea no podía ser sino el encuentro cuerpo a cuerpo. Después de un rato de esta escaramuza, decidió Avendaño una violenta carga, que le dio la victoria. Acompañó en esta acción a Avendaño, el animoso Pedro Cortés Monroy, que se curaba de sus heridas de Catiray y Lincoya, y que se hizo subir a caballo para pelear de los primeros. Los indios, al sentir perdida la batalla se retiraron de inmediato. Sin perseguirlos, Avendaño volvió a Angol, que era atacado por otro grupo al que logró dispersar.

Angol quedaba otra vez libre.

Avendaño, analizando este ataque, decidió trasladar al pueblo de Angol a un lugar a “dos leguas de su asiento, siempre en la comarca de Colhue”.

17. ATAQUE AL FUERTE DE ARAUCO

Este ataque tiene otra proporción si se le compara con el de Angol. Desde luego, el fuerte está defendido por unos 150 soldados españoles, bajo el mando de Pedro de Villagra, el primo del gobernador, y de Lorenzo Bernal de Mercado. El 3 y 4 de febrero de 1563, el sitio y ataque lo realiza una “densa multitud de bárbaros”.

Toman la iniciativa los españoles que salen del fuerte a la ofensiva y hacen retroceder a los indios, pero estos reaccionan, atacan y ponen sitio al fuerte:

llegan a los mismos muros y logran incendiar los techos pajizos del fuerte, creando un nuevo peligro para los sitiados.

Después de dos días de combate, se retiran los indios, porque deben dar lugar a sus cosechas de trigo y maíz, para sus provisiones invernales.

En esta interrupción Villagra va a Concepción en busca de auxilio; mientras Bernal de Mercado se dedica a reparar los daños de tan desesperado ataque y sitio y luego empieza a hacer salidas para atacar a grupos y recoger él provisiones para el invierno.

Terminadas las cosechas y llegado el invierno con sus lluvias y vientos, los indios pusieron nuevamente sitio a Arauco. Para mostrar su decisión, quemaron antes sus rucas y se lanzaron al ataque; Bernal de Mercado, con sus hombres, salía a atacar en encuentros muy reñidos. No se separaba mucho del fuerte y aun a veces hacía que los indios atacaran hasta el mismo fuerte para poder usar contra ellos los cañones que estaban empotrados en los dos cubos o fortalezas de los ángulos de los muros.

Pasaron unos cinco días en estos combates, hasta quedar sitiados en el interior de las murallas del fuerte.

Los choques se renovaban a todas horas del día o de la noche: mientras unos soldados combatían otros descansaban. La artillería y los arcabuces abrían las compactas filas y muchos caían, pero volvían a compactarse para actuar disparando con hondas, piedras y pelotas encendidas para producir incendios e incluso disparaban uno que otro tiro con algún arcabuz fruto de los botines en tanto combate. Al fin los indios, ante la resistencia del español y ya en el corazón del invierno, decidieron retirarse y levantaron el sitio. Era el 30 de junio, en momentos por demás angustiosos para la defensa de Arauco.

Días más tarde llegaba a Concepción un bergantín con la orden, para Bernal, de embarcar la artillería, evacuar la plaza y dirigirse a través de la cordillera de Nahuelbuta a Angol. Contra su voluntad, el inquebrantable capitán abandonaba el 15 de julio el teatro de sus hazañas.

No bien salió del fuerte, los indios lo ocuparon e incendiaron. Dos días más tarde arribaba a Angol.

18. MUERTE DE FRANCISCO DE VILLAGRA

Desde fines de enero de 1563 Villagra se encontraba en Concepción, donde llegó por mar, con las personas que sacó de Arauco. Allí “languidecía en cama bajo el peso de su edad avanzada, sus dolencias y desgracias”.

Como si fuera poco lo relativo a la rebelión mapuche que hemos revisado, “amargaron su espíritu otras noticias que lo contristaron profundamente”²¹.

Estas noticias, entre otras, son: La desertión de varios soldados acaudillados por dos oficiales de Imperial. Martín de Peñaloza y Francisco Talaverano, que se comprometieron para irse al otro lado de los Andes, llevados por la fantasía del oro. Se les persiguió, fueron devueltos los soldados a sus cuarteles, y los dos oficiales promotores fueron juzgados en Valdivia y condenados a muerte.

Otra noticia demoledora para Villagra fue el conocer las rivalidades que se producían en Santiago, entre el Clero y el Gobierno, por las predicaciones del fray Gil González de San Nicolás, que condenaba la guerra con ideas que el vicario eclesiástico estimaba heréticas.

Por otra parte Hernando de Aguirre, hijo del conquistador del mismo nombre, promovía alboroto en Santiago contra las autoridades y hubo de ordenar tomarlo preso y enjuiciarlo.

El capitán Gregorio Castañeda regresa de Tucumán con la triste noticia de la derrota de las armas españolas y pérdida de las ciudades, con el enseñoramiento de los bárbaros de la pampa en una vasta región. A esto hay que agregar los temores sobre el exterminio de la guarnición de Arauco.

Francisco de Villagra sucumbió al fin, víctima de sus dolencias físicas y morales, a mediados de julio de 1563.

Había sido autorizado el año anterior, por el Virrey, para designar a la persona que debía sucederle provisionalmente. Legó este derecho a su primo Pedro Villagra.

21 Tomás Guevara: Historia de la Civilización Araucana. Anales de la Universidad. 1901, pág. 14.

19. GOBIERNO INTERINO DE PEDRO DE VILLAGRA (1563-1565)

En todas partes se recibió con agrado la designación de Pedro como gobernador interino, principalmente en las ciudades del sur. Su primera medida fue ordenar la evacuación del fuerte de Arauco que, como hemos señalado, la cumplió con pena Bernal de Mercado.

Hay quienes piensan que cuando el virrey del Perú puso en juego su influencia para que Pedro de Villagra viniera a Chile con Francisco, lo hizo teniendo en mente que era conveniente prepararlo para la sucesión que se veía venir. Pedro asumió su puesto con entera confianza en su experiencia.

En Santiago, su nombramiento fue recibido fríamente, no con la alegría y satisfacción con que se lo recibió en las ciudades del sur; incluso estimaron algunos que Francisco se había extralimitado, pues estimaban que no tenía facultad para designar sucesor. Por otra parte, este frío recibimiento es también consecuencia de esperanzas fallidas, pues no faltaban quienes esperaban el nombramiento de Rodrigo de Quiroga.

Pero todo debía calmarse cuando el virrey Conde de Nieva confirma el nombramiento y además le otorga facultad para hacer repartimiento de los indios vacantes y de los que en adelante vacaren.

Al asumir el mando, Villagra decidió concentrar un tanto la fuerza con que debía y podía contar; esa es la razón por la que ordena despoblar Arauco. Como lo hemos señalado, la guarnición se destinará principalmente a Angol y una pequeña parte irá a Concepción. En los barcos que le enviaron serían embarcados a Concepción los pocos cañones de que disponía y debía, además, embarcar todos aquellos elementos que los soldados, en una marcha rápida a Angol, no podían llevar con seguridad por un territorio en el que la fuerza mapuche se sentía victoriosa y con razón.

Para cumplir esta disposición, Bernal actuó con el máximo de cuidado y de silencio, con el fin de no despertar sospecha a los indios que vigilaban todos sus pasos. Hizo cerrar las puertas del fuerte de Arauco, de modo que nadie saliera ni entrara al fuerte y villa; y en la noche embarcó cuanto tenía que despachar en personas y materiales. Antes de aclarar, los barcos levaron anclas, desplegaron sus velas y salieron vía Concepción. Al mismo tiempo, él abandonaba el fuerte con 75 hombres camino a Angol, donde llegaría dos días más tarde.

Los indios se dieron cuenta del abandono y no demoraron en llegar y poner fuego al fuerte y villa de Arauco. Pero luego estimaron que no debían entretenerse en el fuerte abandonado; era más importante perseguir al grupo de soldados. Los alcanzaron cuando se preparaban a atravesar el río Tavolevo, pero una carga fue suficiente para dispersarlos.

Bernal descansó en Angol tres días, dejó 34 soldados y regresó a Concepción con el resto, arribando 15 días después de haber abandonado Arauco. Concepción elevó su guarnición a 200 hombres.

Pedro de Villagra pidió a Bernal se dirigiera a las ciudades del sur, de acuerdo con Gabriel Villagra, a reunir gente de Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno. Estas ciudades no estaban en condiciones de entregar un contingente apreciable, pues “vecinos y soldados estaban muy pobres, destrozados y vilmente vestidos de la larga guerra que en la pacificación de los naturales, hablan pasado, pasaban y esperaban pasar”. Así lo expresa Pedro de Villagra²².

En un esfuerzo extraordinario lograron reunir 70 hombres, con los que llegaron a Angol en octubre de 1563.

Desde Santiago llegó a Concepción, para prestar ayuda a Villagra, Martín Ruiz de Gamboa, que si no trajo un gran contingente de soldados, aportó un número apreciable de indios auxiliares, armas, caballos y víveres.

Pedro Lisperguer juntó un cuerpo de caballería y con él se dirigió a Concepción.

Tenía razón Pedro de Villagra cuando pensaba que los indígenas no “se darían en paz”; simplemente aprovecharon esta tregua que ellos se dieron, para rehacerse e iniciar otra vez la contienda.

Los únicos indígenas que se mantenían en paz eran los huilliches de la parte de Osorno, donde Juan de la Raigada logró convencerlos de la ventaja de su sometimiento, porque esto les permitía protección a sus personas y bienes y llegó a constituirse en el árbitro de sus dificultades. No era esta la situación de los mapuches, a quienes se les unían con facilidad tribus del norte del Biobío al Maule.

22 Alonso de Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 187.

Los objetivos de las próximas campañas serán Concepción y Angol. Compréndase, por estos datos, cómo son los mapuches los que llevan la iniciativa y los españoles deben moverse, no según sus planes, sino para responder a la iniciativa indígena.

Los meses que restaban al invierno de 1563 los emplearon en ataques esporádicos, asaltos a los campos y haciendas, incendio de bodegas y casas, robo de animales, muerte de yanaconas y de españoles que encontraban indefensos. Esto lo hacían en pequeños grupos y, cuando los perseguían, se dispersaban y aparentaban la mayor inocencia y no tener nada que ver con lo ocurrido.

Aprovechando la llegada de la primavera y la compañía de caballería de Pedro Lisperguer, Villagra dispuso los grupos de indios en la región del sur a Concepción y recorrió el campo hasta Angol, tratando de convencer a los caciques de las ventajas y conveniencias de la paz.

Su experiencia le dio la seguridad de que paz, no habría, y se dispuso en Concepción a construir dos fuertes: uno para los soldados y para la guerra y otro para refugio de los vecinos, auxiliares y ganado.

Personalmente trabaja Pedro en las obras de defensa, ya sea cortando árboles, preparando madera o conduciéndola a hombros hacia las construcciones. Mientras realiza estos trabajos despacha barcos al norte para traer armas, pertrechos, alimentos, ropas y soldados.

Esto hacía Villagra, pero luego supo que dos leguas al sur del Biobío, en Lebecotal, los indios habían levantado también un fuerte (pucará) para interrumpir el camino entre Concepción y Angol.

Resolvió atacarlos antes que logran una gran concentración. Salió de Concepción con 70 hombres a caballo, algunos arcabuces y dos cañones. Después de prolijo reconocimiento ordenó el ataque, pero tuvo que retroceder, rechazado y llevando heridos a la mayoría de sus soldados. Se detuvo a corta distancia y pidió refuerzos a Concepción, lo que fue intuitivo por los indios, quienes abandonaron su pucará y se dispersaron.

Villagra aprovechó el retiro de los indios para recoger mieses maduras y acumular pasto y leña y demás recursos, que guardó en Concepción para afrontar el sitio que veía venir.

Patrullas cuidaban los trabajos de recolección, con la estricta advertencia de no empeñar batalla en caso de encontrarse con grupos indígenas en ánimo de pelea. A esta instrucción no obedeció Francisco Vaca, que con 36 hombres salió a proteger las estancias de las orillas del Itata. Atravesó el río y se enfrentó al cacique Loble, que le seguía los pasos con 3.000 guerreros. El cacique se le colocó entre el río y su gente, obligándolo a presentar combate, lo que hizo con los resultados que no podía prever; fuerte derrota, soldados muertos, pérdida de armas y más decisión del mapuche en su empresa.

Villagra estaba en Concepción, esperaba de un momento a otro que se produjera el ataque y cada vez se veía con menos soldados. Perdió estos 36 y a Francisco de Vaca, además había enviado 29 soldados para reforzar la guarnición de Angol. Pero en vista de la pérdida de los 36 soldados, envió urgente a Juan Pérez de Zurita con 12 hombres para hacer volver a Concepción los soldados enviados a Angol. Pérez de Zurita salió de Angol, acompañado de Diego de Carranza, corregidor de la ciudad, con 40 hombres, 120 caballos, bagajes y víveres. Les salió al encuentro el cacique Millalelmo, que les dejó avanzar hasta las proximidades del pucará de Lebocotal y allí los atacó y derrotó completamente, el 22 de enero de 1564. Cortados del camino a Concepción debieron desviarse hacia el interior y, camino del Valle Central, marcharon hacia Santiago.

Se detuvieron en Teno y desde allí pidieron auxilio a Santiago, que no se los dio. Así, Pedro de Villagra quedó abandonado a su suerte en Concepción, con 77 soldados menos.

20. BERNAL DE MERCADO Y EL ATAQUE A ANGOL

Los mapuches entusiasmados con sus triunfos, decidieron atacar primero a Angol y después sitiar Concepción.

Angol contaba con 84 soldados, pero se encontraba sin autoridad que los dirigiera, ya que el corregidor Carranza había partido hacia Concepción con el resultado conocido.

Los dos alcaldes no tenían capacidad militar, pero estaba en Angol Lorenzo Bernal de Mercado y los pobladores no dudaron en pedirle que él se hiciera cargo de la defensa de Angol. Esta oportunidad le va a permitir lucirse y obtener una de las más brillantes victorias de la guerra de Arauco.

El ataque a Angol lo encabezó y dirigió el cacique Illangulién. Levantó el cacique un pucará a unas dos leguas de Angol; Bernal salió con 50 hombres a cerciorarse de la situación y pareciéndole inexpugnable el fuerte se retiró, volviéndose a Angol sin pelear.

Los mapuches, entusiasmados con esta retirada, avanzaron a legua y media de Angol. Bernal nuevamente se informó y se retiró sin combatir.

El cacique se sintió vencedor y sin esperar la llegada de los nuevos rehues que estaban comprometidos, se trasladó a una loma junto al río. Bernal hizo probar la posibilidad de varios vados del río, en la zona donde los indios construyeron un nuevo pucará y, encontrando que el terreno le era favorable, resolvió dar el ataque.

Pidió a la ciudad (Angol) 30 hombres, 12 arcabuces y 500 indios auxiliares, más un cañón. Él estaba acompañado de 50 soldados a caballo.

Dispuso el ataque para comprometer los costados y la retaguardia de las fuerzas mapuches, que solo tenían al frente el río. Este frente se lo confió a los auxiliares, con autorización para matar y saquear después de la victoria. El combate fue recio en tierra y en el río, sin cuartel y sin prisioneros.

Los mapuches perdieron más de 100 coñas y, además, al cacique Illangulién. Los rehues que venían en auxilio, al saber el desastre, se disolvieron y se volvieron a sus tierras. Angol volvía a salvarse.

El cerco de Concepción se produjo al fin del año y al comienzo de 1564. Un primer cerco duró más de 60 días, pero fue resistido y los atacantes tuvieron que levantar el sitio; el ataque había comenzado a mermar. Solo después supo Villagra que, valiéndose de una estratagema, Juan Jofré hizo que se volvieran a la zona del Maule los promaucaes que se habían unido al sitio de Concepción. Jofré comenzó a atacar sus campos y, al saberlo, los indios se volvieron a su tierra, debilitando el sitio hasta que debieron levantarlo.

La situación, si bien se alivió por el retiro mapuche, se complicó en el campo español entre encomenderos y Villagra.

Valdivia no ayudaba a Villagra: Santiago tampoco. Encabezaba esta resistencia Martín Ruiz de Gamboa, que lo hacía disimuladamente. Aparecía de parte del gobernador pero, entretanto, recogía firmas para llevar quejas al Rey. Cuando Villagra logró la confirmación de esto, hizo tomar preso a Ruiz de Gamboa, lo que exaltó más al bando de los encomenderos.

Algo aquietó los ánimos el hecho de llegar providencialmente, en estos días, el nombramiento que hacía para Pedro de Villagra el virrey del Perú.

Esto le permitió apaciguar los ánimos, reunir víveres, imponer su autoridad, auxiliar a las ciudades del sur que sufrían el ataque de los indios y preocuparse del sitio que nuevamente habían puesto en lomo a Concepción, donde no tenían recurso alguno para vencer a los miles de atacantes.

Cuando todo parecía perdido, apareció en la bahía una flota con recursos. Los indios se retiraron levantando el sitio.

Villagra, en Santiago, logró entenderse con Ruiz de Gamboa y con los encomenderos.

Hechas las paces, con 110 soldados organizó la campaña del Maule, en la que ocupó el resto del año 1564 y en enero de 1565 salió de Santiago. A orillas del Maule se unieron a la expedición Pedro Fernández de Córdoba y Bartolomé Flores, así reunió 150 españoles y 700 indios auxiliares.

El nuevo campo de operaciones se va a desarrollar al norte del Biobío, en los alrededores del río Itata.

Los indios reunieron numerosos contingentes. Antes de emprender los encuentros, Villagra trató, por todos los medios, de obtener una paz, lo que pareció a los indios debilidad y no aceptaron esta propuesta. Se enfrentaron en la zona del Itata, en el encuentro conocido con el nombre de Reinohuelén, los días 17 y 18 de febrero de 1565. Creyendo que esta victoria pacificaría los ánimos. Villagra se dirigió a Chillán en los últimos días de febrero.

Aquí se dio cuenta de que paz no había y se preparaban otros encuentros, que vuelven a darse a orillas del mismo Itata en Tolmillán. Pareció en un principio una escaramuza, pero no era tal. Pronto se dieron cuenta de estar totalmente rodeados por los hombres del cacique Loble, que solo fue vencido en un esfuerzo concentrado de Villagra, que logró romper el cerco. Loble, con el fin de salvar a su gente, envió un mensaje a Villagra: "Si no nos matas,

ni nos castigas, perdonando lo pasado y presente, nos rendiremos todos y te entregaremos las armas y haremos lo que mandas”²³.

Villagra recorrió la zona, acompañado de Loble hasta dejarla en paz. Entregó el mando de las fuerzas a Bernal de Mercado, que llegó de Angol y él se volvió a Concepción.

En Lima muere asesinado el virrey Conde de Nieva, lo que hace que Villagra pierda el apoyo que de él tenía. La Audiencia limeña tomó el mando y encargó a Juan de Villavicencio continuar reuniendo elementos pedidos por Villagra.

Llegó a Lima el licenciado Lope García de Castro, encargado por Felipe II del gobierno interino del Perú. Lope estaba emparentado con Rodrigo de Quiroga y tenía la resolución de nombrarlo gobernador de Chile.

Para lograr este fin reunió personas que declararan contra Villagra, negándose a escuchar palabras favorables, que además eran pocas. Es de lo humano que, ante la autoridad nueva, se la desee ganar y entonces sale toda la debilidad del hombre que olvida lo justo para salvar el interés propio.

Envió, de todas maneras, los recursos reunidos y solicitados por Villagra, y confió a Jerónimo de Castilla el llevarlos a Chile. Pero tenía que cumplir una misión muy dura: hacer que Villagra abandonara Chile y volviera al Perú, a administrar su encomienda, ya que había escrito al Rey anunciando que había cambiado gobernador, nombrando a Rodrigo de Quiroga.

Castilla llegó a Coquimbo en mayo de 1565 y siguió a Valparaíso. Villagra ordenó, desde Concepción, que se le recibiera con todos los honores y le manifestó la conveniencia que, dejando una pequeña dotación, se trasladara a Concepción a continuar la guerra.

Pero él mismo prefirió viajar a Santiago. No fue fácil el cambio; hubo divisiones y disgustos que no llegaron a más porque el mismo Villagra se encargó de calmar las suspicacias y reconocer a Quiroga; pero habían alcanzado a tal grado las opiniones que, temiendo cualquier desagrado, Villagra se refugió en el Convento Franciscano.

23 Alonso Góngora Marmolejo. *Op. cit.*, pág. 209.

Quiroga hizo apresar a Villagra y cuando Castilla viajó al Perú, a mediados de agosto de 1565, Villagra viajó con él.

Pedro de Villagra, en su juicio de residencia, fue absuelto de todo cargo. Se instaló en Lima, donde falleció en 1577 a los 69 años de edad.

21. GOBIERNO DE RODRIGO DE QUIROGA (1565-1567)

Pedro de Villagra había recibido la Gobernación en malas condiciones, con la rebelión mapuche en marcha y sin fuerzas suficientes para acallarla. Sin embargo, gracias a su diligencia y capacidad, como también al conocimiento adquirido en el terreno desde los tiempos de Pedro de Valdivia y a la actuación de capitanes como Lorenzo Bernal de Mercado, Pérez Zurita y Pedro Lisperguer, podía entregar a Quiroga una situación muy favorable.

Quiroga, al comenzar su gobierno, reunía más de 500 hombres de armas, con los mapuches vencidos y pidiendo paz.

Confió los preparativos para la pacificación de Arauco a Bernal de Mercado.

Luego de una serie de medidas y actuaciones en Santiago, salió al sur, atravesó el Biobío y comenzó la campaña con una exhortación a la paz, la que no dio resultado. Los indios se atrincheraron en Lincoya, reunidos bajo el mando de los caciques Longonaval, Millalelmo y Loble, pero los vencieron y siguieron su camino a Arauco.

Quiroga se detuvo aquí porque ordenó refundar el fuerte; lo mismo hará en relación a Cañete. Los indios volvieron al ataque, ahora contra Angol, donde hicieron una matanza de yanaconas.

Bernal de Mercado logró vencerlos y se retiraron para rehacerse. La paz duraría por el tiempo necesario para reponerse de sus pérdidas y volver a reunirse con la nueva generación de soldados, sus mocetones.

El gobierno de Quiroga va a quedar interrumpido inesperadamente, en 1567, con la resolución del Real Consejo de Indias que, al crear para Chile el Tribunal de la Real Audiencia, le confiere a su Presidente, el Gobierno de la Capitanía General del Reyno de Chile.

Esta situación, que analizamos a continuación, por suerte fue breve y Quiroga volverá a ejercer el gobierno con nombramiento del Rey en 1575.

22. GOBIERNO DE LA REAL AUDIENCIA Y DE MELCHOR BRAVO DE SARAVIA (1567-1575)

Los encomenderos, con el ánimo de liberarse del poder de Pedro de Villagra y, en general, de la autoridad de los gobernadores, habían solicitado al Rey la creación de un tribunal, ante el cual poder defender sus derechos y no quedar sujetos a la arbitraria autoridad de un mandatario, cuya voluntad se convertía, en razón de la distancia de sus superiores, en una autoridad absoluta y sin defensa inmediata o pronta.

El Consejo de Indias, una vez conocida la solicitud de los encomenderos (31-XII-1563), pidió opinión al licenciado Monzón, de la Audiencia de Lima y este en su respuesta dice, entre otras afirmaciones: "No habiendo Audiencia en Chile, se perderá del todo..." (24-IV-1564).

El licenciado Lope García de Castro representó al Rey la necesidad "que se ponga una audiencia en las Provincias de Chile" (6-III-1565).

Estas indicaciones y muchas otras solicitudes llegaron en hora propicia a España, pues el Rey y el Consejo de Indias no podían entender que pueblo tan pobre, tan atrasado, tuviera en jaque a los soldados de España y esto solo se explicaba por incapacidad, indolencia y malversación de los fondos reales. Creyeron que la solución podía ser la creación del Tribunal de la Real Audiencia en Chile.

Ayudó a esta idea, entre otros, García Hurtado de Mendoza, quien se encontraba en España, había vuelto a ganar la confianza de Felipe II y manifestaba que el reino que él había dejado conquistado y sometido, se había levantado por la incapacidad o los abusos de sus sucesores.

En España no se distinguía entre las personas y Jerónimo de Alderete, Francisco y Pedro de Villagra, Francisco de Aguirre, Rodrigo de Quiroga, eran una sola personalidad con distintos nombres, pero con un denominador común: personas incapaces.

Era necesario que la Corona tomara la empresa a su cargo, con otros hombres a quienes el Rey pudiera confiar atribuciones y recursos para llevar a término la conquista.

Felipe creyó encontrar en la Real Audiencia la institución justa para esta causa, a la que se le podía confiar autoridad y recursos con plena confianza. Por eso, con fecha 27 de agosto de 1565, por Real Cédula, creó la Real Audiencia de Chile, que se establecería en Concepción.

Su ubicación indica la importancia central que en el gobierno de Chile tiene la situación creada por la resistencia araucana, que pesa más que todo lo que significa la administración de esa lejana Colonia. Es la misma razón que hace que los gobernadores pasen el mayor tiempo de su gobierno en Concepción y no en Santiago; situación y afirmación que será válida para los siglos XVI y XVII y, en parte importante, para el siglo XVIII.

Este Tribunal constaría de tres oidores venidos de España y del Dr. Melchor Bravo de Saravia, antiguo oidor de la Audiencia de Lima, a quien se le extendió el nombramiento de presidente del Tribunal.

El Tribunal se encargaría del gobierno civil y militar con amplias facultades, incluso la de reformar encomiendas y mercedes, además de sus funciones jurídicas.

Era una Audiencia Gobernadora, con bastantes más atribuciones que las que tendría más tarde, cuando se crea por segunda vez en Santiago, donde se instaló el 11 de septiembre de 1609.

Formaban parte de este Tribunal, su presidente, tres oidores, su fiscal, un alguacil mayor y un secretario canciller, que por no venir nombrado desde España, lo designó el propio Tribunal de entre los vecinos de Concepción.

De los tres oidores nombrados en España, el licenciado Serra falleció en Panamá; los otros dos, Juan de Torres y Vera Aragón y Egas Venegas, se quedaron en Lima esperando la llegada del nombramiento de Bravo de Saravia, que se extravió y, en vista del retardo, se vinieron a Chile.

Tocaron en Coquimbo y se dirigieron a La Serena, cuyo Cabildo los recibió; y llegó hasta aquí un regidor del Cabildo de Santiago, a saludarlos e invitarlos a pasar a la ciudad, lo que no hicieron, sino que continuaron

su viaje por mar, deteniéndose en Valparaíso y de ahí a Concepción, con equipamientos y vituallas.

Partieron con tres naves que una tempestad dispersó. Uno de los navíos se perdió, falleciendo gran parte de la tripulación. Solo tres se salvaron.

La nave zozobró en la tempestad y es penoso dejar constancia que, entre las personas que encontraron la muerte, se ahogaron los célebres capitanes de la guerra de Arauco, Alonso de Reinoso y Gregorio de Castañeda.

La Audiencia se instaló en Concepción el 10 de agosto de 1567, con los dos oidores llegados; el sello de la Real Audiencia fue conducido bajo palio a la sala donde funcionaría el Tribunal, que inicia sus actividades el 22 de agosto.

Los oidores comenzaron su gobierno sin esperar la llegada de Melchor Bravo de Saravia y desde el principio se enemistaron con el gobernador saliente. Rodrigo de Quiroga, como también con sus amigos.

Los 1.000 españoles que poblaban Chile eran insuficientes para llevar adelante la conquista, más aún si no estaban unidos. Los bandos se formaron de inmediato: por un lado amigos y partidarios de Quiroga, por otro, encomenderos que pensaron en la posibilidad de perder o ver modificadas sus mercedes y encomiendas.

Quiroga, al principio, se sobrepuso al despecho de su relevo en medio de los éxitos que había obtenido; pero los oidores no quisieron saber nada de él, ni de los suyos, lo que los llevó a alejarse de Concepción, restarse a la acción y a contribuir, en cuanto de ellos dependiera, al fracaso del gobierno de los oidores.

Estos no tenían idea de Chile, de su clima, de su gente y creían que era muy fácil llegar a un entendimiento pacífico con los mapuches, sobre la base del respeto a sus hogares y un buen trato. Hay que tener presente la idea que pesó en España en la creación del Tribunal: que la guerra de Arauco, en su duración, era exclusiva responsabilidad de la incapacidad de los gobernadores.

A cuantos expusieron su idea, capitanes de su confianza, les rechazaron su planteamiento y, poco a poco, empezaron a perder su ilusión y a prepararse militarmente, por si fuera necesario.

Además los aprestos militares, tanto de los oidores como los de su sucesor, el presidente Bravo de Saravia, no dieron resultado, pues la población estaba muy pobre, aniquilada con los años de guerra y con las contribuciones o derramas que les habían impuesto Pedro de Valdivia y Quiroga.

En relación a la situación económica de los vecinos de Santiago, el 30 de agosto de 1567 decía el procurador de la ciudad, Juan Godinez: “estamos tan adeudados y pobres que no ha quedado casa, ni hacienda que no la hemos empeñado y vendido. Y como no nos queda casa con qué sustentar los gastos de esta guerra, sino el ánima, deseando dársela a Dios de quien la recibimos, porque es cierto que de los conquistadores que en esta ciudad somos vecinos, no hay tres que pueden tomar las armas, porque están todos viejos, mancos y constituidos en todo extremo de pobreza”.

El capitán Alonso Ortiz de Zúñiga, en las ciudades del sur, con gran sacrificio pudo sacar 60 hombres. Juan Alvares de Luna, en Santiago, tuvo dificultad para reunir un pequeño contingente. La Audiencia recibió un verdadero auxilio de Juan Jofré, que ayudó con animales para carne, caballos, tocino y harina. El mando del ejército lo confiaron los oidores a Martín Ruiz de Gamboa, que lo aceptó con amplios poderes. El cargo de Cuartel Maestro fue asignado a Lorenzo Bernal de Mercado.

Los oidores querían iniciar su acción poniendo en juego su idea pacífica y, antes de probar su plan, no deseaban que se iniciaran operaciones militares. Ruiz de Gamboa no compartía esta idea y, sabiendo que los indios estaban en plena construcción de un pucará, en las cercanías de Cañete, comprendió que se acercaba un levantamiento y un nuevo ataque. Sin consultar a la Audiencia, resolvió atacar y destruir y desbaratar su fuerte antes que logran afirmarse en ese lugar. Bernal empleó una forma especial y nueva para el ataque. Dividió sus 95 hombres en pequeñas partidas y les ordenó que avanzaran directamente al pucará, sin detenerse a socorrer ni a sacar a los que cayeran en trampas. Así lo hicieron.

Los indios salieron de su fuerte para rematar a los caídos en las trampas, mientras los soldados españoles avanzaban, entraban al fuerte y luchaban en el interior mismo del pucará.

Regresaron los indios, pero se encontraron con la lucha en el interior de sus defensas y con la retirada cortada. Entretanto, los primeros españoles que cayeron en las trampas, salían de ellas y reforzaban a sus compañeros,

que decidieron a su favor un combate por largo tiempo incierto e indeciso. Los indios se dispersaron y huyeron por las quebradas, haciendo difícil la persecución.

Los oidores junto con recibir la noticia del triunfo, destituyeron de sus cargos a Martín Ruiz de Gamboa y a Lorenzo Bernal de Mercado. Los oidores del rey don Felipe les manifiestan que la medida nace: "por motivos que no afectan a sus aptitudes y a su comportamiento".

Martín Ruiz se alejó del cargo y del servicio y lo reemplazó Miguel de Avendaño y Velasco y Bernal de Mercado quedó como corregidor en Concepción.

Avendaño, obedeciendo las órdenes de los oidores se mantuvo a la defensiva, dejando que los mapuches siguieran tranquilamente los preparativos para la próxima rebelión general.

23. LA REAL AUDIENCIA COMO TRIBUNAL DEJA DE DIRIGIR LA GUERRA DEL ARAUCO

La Real Audiencia fue creada por Felipe II en 1565, pero esta se instaló en Concepción, como lo dijimos, el 10 de agosto de 1567.

Por curiosa coincidencia, en los mismos días en que se instalaba, el Rey, después de haber oído muchas opiniones en esos dos años y de informarse mejor, comprendió el error que significaba entregar el gobierno, la administración y la conducción de la guerra a una autoridad colegiada, la que, por su naturaleza, nada tenía que ver con la materia de gobierno que se le confiaba. Al revés, en esa circunstancia, lo único cuerdo parecía que debía ser concentrar en una persona todo el poder colonial.

Por estas consideraciones, el 27 de agosto de 1567 el Rey acordó poner el gobierno de Chile en manos de un solo funcionario. Nombró para este cargo, con el título de capitán general, al doctor Melchor Bravo de Saravia, la misma persona que había sido designada para presidente de la Real Audiencia, pero que no se había venido del Perú porque los documentos que lo designaban se habían extraviado.

Por esta razón, hemos visto que los oidores llegaron a Chile sin el doctor Bravo de Saravia, instalaron el Tribunal y comenzaron a ejercer el gobierno, despojando a Quiroga de la autoridad.

Melchor Bravo de Saravia llegó en julio de 1568 a La Serena y se trasladó a Santiago, donde fue recibido con gran algazara y festejos. Se recuerda que entre los festejos con que fue recibido, hubo una corrida de toros, la primera que se efectuaba en el país.

El 4 de noviembre de 1568 entraba a Concepción con parte de sus tropas, ya que en el punto de empalme de los caminos que iban a Concepción: uno hacía la costa y el otro al interior de Angol, había dividido su ejército en dos cuerpos.

Diego de Barahona, con uno de estos cuerpos, siguió camino a Angol; y él, por la orilla derecha del Biobío, se dirigió a la costa, para llegar a Concepción y tomar posesión del gobierno de la ciudad, como gobernador y, a la vez, asumir el cargo de presidente de la Real Audiencia.

Con los soldados que trajo de Santiago, reunió en Concepción una hueste de 220 hombres. Dividió sus fuerzas y el mando del ejército, entre los militares de mayor prestigio que había en ese momento en el país: Bernal de Mercado, Ruiz de Gamboa y Miguel de Velasco y Avendaño, reservando para sí la dirección en jefe.

Movió a toda esta fuerza hacia el sur del Biobío; a Ruiz de Gamboa le envió a Tucapel y Arauco. Comenzó tratando de ver qué posibilidad había de obtener el sometimiento por medios pacíficos, pero estas gestiones fracasaron totalmente y recurrió a la intimidación y al ataque.

El primero que hizo pesar sobre los indios el enojo y la crueldad española, fue Bernal de Mercado, quien, como consecuencia de algunos ataques que hizo y correrías, mandó que a los prisioneros se les cortasen la mitad de sus pies y los largasen, en la convicción que una actitud como la que asumía intimidaría a los indios: pero estos, en lugar de someterse, manifestaron más viva la decisión de atacar y pelear hasta vencer o sucumbir.

24. NUEVA DERROTA ESPAÑOLA EN MARIGÜENU

Bravo de Saravia era hombre de edad avanzada; llegó a Chile con 70 años de edad. Tenía una gran experiencia política y administrativa, firmeza y claridad en sus juicios; por esto no es de extrañar que la ilusión que se forjó sobre la guerra, antes de conocer al mapuche, se le destruyera al contacto con ellos. También comprendió que era una guerra, si bien desigual y favorable al español por las armas, desfavorable por la proporción numérica. Aunque era necesario igualar el número, no era posible enfrentar permanentemente, con cien o doscientos hombres, una concentración de varios miles de guerreros, que luchaban con gran interés y decisión, ya que estaban defendiendo lo propio y preferían el morir al sometimiento.

Conociendo de esta necesidad, se dirige al Rey, pidiendo se disponga un refuerzo notable de soldados españoles, que vinieran de España o de Lima.

Suponiendo que su petición fuera atendida, no podía demorar menos de un año en ser realidad; mientras tanto él veía que la rebelión tomaba cuerpo y los indios se apercebían para el enfrentamiento, aprovechando la debilidad que notaban en la fuerza española.

También los indios actuaron psicológicamente, sembrando el terror entre los soldados españoles. Cada vez que se encontraban con pequeños grupos de soldados o personas vinculadas con la fuerza española, recurrían al asesinato, ataque a los campos, robo de animales, ataques a las ruinas, de tal manera que llegó a ser imposible el trabajo y permanencia fuera de las villas, fuertes, aldeas o ciudades.

Incluso volvieron al trabajo de la construcción de fuertes y, en el lugar en donde siempre habían tenido batallas, volvieron a construir su fuerte y defensa: en el cerro de Catiray.

Con este cuadro, creyó el gobernador que lo mejor era comenzar a atacarlos pronto y evitar así que se juntaran y pudieran avanzar y caer en gran número sobre Concepción. Ordenó a Velasco atacar a los grupos.

Los mapuches no le presentan batalla, sino que se retiran, haciendo que las fuerzas los persigan. Ellos se van retirando hacia su fuerte.

A medida que se acercan a Catiray, se comienzan a juntar con otros caciques, que unen para resistir. El primero que llega es el cacique de Arauco, Longonaval, y pronto, con sus coñas, llegó Millalelmo.

Bravo de Saravia reunió una junta para consultar y decidir si se ataca o se retira. Se decidió el ataque y, en vez de confiar la dirección a Bernal de Mercado, que ya tenía a su haber una importante victoria en ese mismo lugar, le entregó la dirección de este ataque a Velasco y Ruiz de Gamboa. El fuerte estaba construido en la cumbre de una empinada cuesta. Con piedras, flechas y lanzas se defendieron los indios y después los atacaron en la retirada.

El ataque comenzó el 7 de enero de 1569 en un actuar en que, para los mapuches, la victoria era clara desde el principio. Cuarenta y cuatro soldados españoles murieron, otros cuarenta quedaron heridos de gravedad: más de 80 bajas en una fuerza de ciento cuarenta combatientes.

La derrota produjo gran desaliento. La pacificación de Arauco llegó a parecerles imposible, a menos que el Rey tomara en sus manos esta guerra y se resolviera a enviar un gran ejército y recursos sin medida. Pareció incluso dudosa la posibilidad de conservar el territorio que estaba en paz.

Melchor Bravo de Saravia fue capaz de conservar la calma y su energía en medio de la derrota y de la desmoralización general.

Se dirigió a Angol, con los restos de su ejército; dejó a Bernal en Concepción, y a Martín Ruiz, con 110 hombres, lo envió a socorrer la guarnición de Cañete. Aquí se mantuvo este sin poder conectarse con nadie, pues en cada salida que hacía era atacado.

Bravo de Saravia, en Angol, también se encontraba incomunicado, tanto con Cañete como con Concepción.

Resolvió volver a Concepción; nueve días de viaje, a merced de los ataques. Llegó a su destino el 9 de marzo.

Los oidores se habían esforzado en socorrer los fuertes y villas, tratando de hacerles llegar víveres desde Valdivia y desde Concepción; pero no se veía manera de romper el aislamiento en que los tenían los mapuches.

Mantener Arauco y Cañete resultaba así un sacrificio estéril. El alivio que para Concepción representaba enclavar a los indios en el aislamiento y cerco, era incierto.

Era preferible despoblar estos fuertes y concentrar las fuerzas en Angol y Concepción y así se hizo. Bravo de Saravia ordenó a Martín Ruiz despoblar Cañete y a Gaspar de la Barrera abandonar Arauco; para el efecto les envió barcos, con los que salieron llevando provisiones, armas, municiones, mujeres, niños y soldados.

En estas circunstancias viajaba a España Miguel de Velasco. El gobernador aprovechó la oportunidad para enviar personalmente una carta al Rey, acerca de las incidencias de su gobierno y para pedirle refuerzos de tropas. Ruiz de Gamboa también escribe al Rey, desacreditando a Bravo de Saravia. Estas cartas y datos nos muestran otro aspecto de esta guerra: la falta de unión y el espíritu inquieto del soldado español, a pesar del peligro común que enfrentaban y del estrecho contacto en que vivían y, a lo mejor, como consecuencia de esto último. En mayo de 1569 Velasco se embarcó para el Perú, iniciando su viaje.

En su comunicación, Miguel de Velasco, además de las noticias, incluye una petición: que “le mande servir en otro lugar, con más quietud y descanso, donde pueda acabar los pocos días de vida que le quedan”.

Se dirigió el gobernador a Santiago para asumir su responsabilidad de gobernante; hasta aquí había actuado solo en la frontera de la guerra. Dejó el mando confiado al oidor licenciado Juan de Torres y Vera Aragón, que de magistrado se convierte en general.

Después de la derrota de Catiray y del abandono de Cañete y Arauco, a principios de 1569, el resto del año se desarrolló militarmente en calma. Saravia permaneció en la administración en Santiago; el licenciado Torres, con un refuerzo de 130 hombres y de 600 caballos, traídos de Santiago, logró contener a los mapuches en su tentativa de cercar a Concepción y a Angol.

Pero la calma de guerra se cambió por una vieja querrela religiosa sobre el trato que recibían los indígenas y sobre la licitud de la guerra de Arauco.

En 1561 Felipe II resolvió crear el Obispado de La Imperial, que había sido solicitado por Pedro de Valdivia, y el Rey propuso al Papa el nombre de fray Antonio de San Miguel. Por bula de marzo de 1568 fue creado y se designó su primer Obispo; este llegó a Santiago, junto con Bravo de Saravia, desde Perú, después de su consagración en Lima.

El Obispo San Miguel, en Concepción, obtuvo que la Real Audiencia fallara un problema de competencia entre el Obispado de Santiago y el de La Imperial; era preciso fijar el límite jurisdiccional de ambas Diócesis y, finalmente, después de larga competencia, se lo fija en el río Maule al norte el Obispado de Santiago, al sur del Maule el Obispado de Imperial.

Solucionado el aspecto de jurisdicción, el obispo San Miguel, ya en su sede, la ciudad de Imperial, inicia el desarrollo de su actividad: construye y reconstruye dos veces su Iglesia Catedral, primero una pobre construcción de palos y barro y lecho de paja, más tarde de maderas mejor trabajadas y la tercera construida en piedra. Su actividad de caridad y misericordia, lo lleva a la construcción y habilitamiento de un hospital.

Crecía con tanto vigor la ciudad de Imperial, que pronto se enriquece con un Seminario para la formación del Clero secular y regular de la provincia eclesiástica. Este Seminario es el antecedente del que años más tarde será el Seminario Conciliar de Concepción.

El ambiente de La Imperial impresiona de tal modo a su obispo que, después de algunos años, se dirige al Rey y al Papa, para que doten y creen una universidad en La Imperial, lo que no ocurrió por la rebelión general de 1598-1600.

En el desarrollo de su apostolado se convenció que toda la resistencia araucana provenía del maltrato que recibían de los españoles y, con esta convicción, se lanzó a defender con tesón y calor la causa de los indios y a atacar a los encomenderos, por la inobservancia de las ordenanzas vigentes sobre el trabajo y por la costumbre de reducir a la esclavitud a los indios prisioneros. De todos estos tópicos informaba al Rey.

El gobernador estaba por el sistema de la guerra y el terror. Se cometían sin duda abusos; tanto era así, que la Real Audiencia envió a uno de sus oidores para informarse del trato que recibían los indios en las reducciones y pudo constatar y corregir innumerables atropellos.

La Corte aceptó el modo de pensar del obispo y dictó medidas tendientes a reprimir la codicia de los encomenderos.

El obispo planteó así, desde el principio, la dignidad humana y divina del indígena, señaló la ilicitud de la guerra y llegó a amenazar con la condenación y excomunión al soldado que luchara contra el adversario.

Estas querellas dividían a los españoles, pero hay que saber quiénes dividían: los que perturbaban el ambiente colonial eran los “ricos homes”, los encomenderos, que no se resignaban a verse privados del trabajo obligado y gratuito del indígena y despotricaban contra el obispo de la Iglesia.

Para mayores males, en 1570, el 8 de febrero, una noche fatídica, la ciudad de Concepción con tanto esfuerzo levantada, fue destruida en segundos por un fuerte terremoto y luego una salida del mar, como para completar el cuadro de horror.

Miguel de Avendaño, en un viaje a España, se quedó en Perú. Ya era virrey una de las personalidades más meritorias en el gobierno virreynal, Francisco de Toledo. El Virrey se empeñó, venciendo toda clase de dificultades, en reunir gente para reforzar las fuerzas de Chile. Cuando estas fuerzas iban a partir, se suscitó en la Corte Virreynal la vieja disputa sobre la licitud de la guerra. Toledo reunió una junta de teólogos, prelados y oidores que analizaron el tenía y declararon lícita la guerra de Arauco y, con esta aprobación, envió las fuerzas auxiliares a Chile.

La expedición, al mando de Miguel de Velasco y del capitán Juan Ortiz de Zárate, llegó a Serena y de allí continuó a Valparaíso. Bravo de Saravia le esperaba en Santiago, con todo lo necesario para ir al sur. Venían en esta expedición 250 hombres equipados para la guerra.

A tiempo llegaba este refuerzo. En el invierno de este año 1570, los indios de Purén sorprendieron un destacamento de 37 hombres que mandaba el capitán Gregorio de Oña, padre del poeta Pedro de Oña, que iba de Angol a Imperial con un socorro de ropa. Ocho españoles entre ellos, Oña, perecieron y el resto, en huida, volvió a Angol.

El gobernador, desde Santiago, dispuso la salida inmediata de Miguel de Velasco con 100 hombres de los que él había traído del Perú y luego él mismo se dirigió al sur con el resto. En las cercanías de Angol se unieron a Velasco el capitán Ramiro Yáñez Saravia, hijo del gobernador, y el capitán Gaspar de la Barrera, que había venido de Valdivia con algunos hombres.

Ambas fuerzas, mapuches y españoles, se enfrentaron otra vez en los campos de Purén. Se encontraron en un llano donde iba a poder actuar la caballería sin obstáculos.

Se inició la pelea y cuando se preparaba la segunda carga, los soldados del Perú comenzaron a desorganizarse y a huir por el camino de Angol, a donde llegaron, esa misma noche, en confuso tropel.

La caballería, nervio y fuerza principal del ejército español hasta entonces, pasó por la vergüenza, en este día, de su derrota en campo raso. Hay que tener presente que los mapuches ya se presentaban también con caballería y que la manejaban con gran celeridad y eficacia.

Bravo de Saravia, frente a este fracaso, depuso a Velasco de la dirección del ejército en campaña y lo reemplazó por el afortunado, aunque terco, Bernal de Mercado.

Estos y otros fracasos en temas administrativos, como la disputa con el obispo San Miguel de Imperial, decidieron a Felipe II, por cédula del 31 de julio de 1573, a suprimir por ahora la Real Audiencia, aceptar la renuncia de Bravo de Saravia, y designar gobernador a Rodrigo de Quiroga. Además, el Rey ordenó que el capitán Juan de Losada formase en España y América un ejército con unos 400 hombres para la guerra de Arauco. Estas medidas, tomadas en conjunto en una Cédula Real, hacen de esta del 31 de julio una determinación de importancia en el desarrollo de la guerra de Arauco.

Rodrigo de Quiroga juró ante el Cabildo el 26 de enero de 1575.

25. SEGUNDO GOBIERNO DE QUIROGA (1575-1580)

Quiroga inicia un gobierno en circunstancias muy difíciles. Están en su contra todos los desaciertos de la Real Audiencia, la sublevación general de Arauco, la victoria de los mapuches en Purén, las dificultades suscitadas por las opiniones divergentes del obispo de La Imperial y del gobernador, acompañado en su opinión, este último, por los encomenderos, mientras el obispo era apoyado prácticamente por todo el clero. Para completar este cuadro, cargado de negro horizonte, en el mismo año 1575, el 17 de mayo, un terremoto demolió la ciudad de Santiago y el 16 de diciembre un nuevo terremoto, acompañado de la salida del mar, borra a las ciudades de Imperial, Villarrica, Osorno, Castro y Valdivia.

Aprovechándose de la catástrofe se sublevaron los indios del sur, hasta entonces tan pacíficos y resignados a servir a los españoles, tanto en sus trabajos, como en la guerra contra los araucanos. Desde Villarrica hasta Osorno se armaron para combatir a sus antiguos señores, a los cuales resistieron hasta 1576.

Quiroga tenía experiencia en la guerra de Arauco y comprendió que no debía emprender acciones sin antes recibir el refuerzo de los soldados que vendrían de España. Solo llegaron 334.

Entretanto pidió a Bernal de Mercado la defensa de Angol y a Martín Ruiz de Gamboa la defensa de las ciudades del sur. El socorro español llegó en julio de 1576. Llegaron desarmados y prácticamente desnudos. Quiroga, en 6 meses, los equipó, organizó, disciplinó, y armó con ellos y otros soldados y 1.500 indios auxiliares un ejército. En enero de 1577 partió al sur.

Debían encontrarse en Quinel, al poniente de Cabrero de hoy. Así lo hicieron, llegando con un cuerpo de 130 soldados que sacaron de las ciudades del sur.

El plan de Quiroga consistía en una enérgica campaña a través de Arauco, llevando el ejército concentrado. Se tomaría prisioneros a todos los principales caciques; de ellos, algunos serían ejecutados y otros trasladados a Coquimbo, para trabajar en los lavaderos.

Para tranquilizar las conciencias, principalmente contra las predicaciones y excomuniones del obispo San Miguel, desarrolló la tesis de la "condenación a muerte por los rebeldes" ya que se levantaban contra su Rey, faltando a los deberes del vasallo, y cometían crímenes, fechorías de todas clases. En esas condiciones la guerra era lícita.

Antes de encontrarse en Quinel, los mapuches atacaron a Bernal de Mercado en Angol y a Ruiz de Gamboa en la marcha. Ambos desbarataron los ataques y se unieron a Quiroga, que se encontró al frente de un ejército de 500 soldados y 2.000 indios amigos.

Ruiz de Gamboa tomó el mando como coronel, con Bernal de Mercado como maestre de campo.

El 8-III-1577. Bernal desalojó a los mapuches de Hualqui, donde se habían atrincherado y luego atravesó el Biobío y se internó en el territorio, llegando

hasta Arauco, donde reconstruyó el fuerte, construyó casas para los españoles, ranchos para los indios amigos y bodegas para provisiones.

El invierno de 1577 fue muy movido, por las continuas correrías de los indios a quienes dirigió el célebre mestizo Alonso Díaz y por las expediciones punitivas de los españoles.

Los mapuches, en esas correrías, se apropiaron de más de 2.000 caballos y dieron muerte a numerosos indios aliados. Bernal de Mercado capturó trescientos cincuenta prisioneros que fueron desarraigados de sus tierras y enviados a La Serena; Rodrigo de Quiroga, sobrino del gobernador y de su mismo nombre, capturó al cacique Juan León, de Lebu, y lo hizo morir. Siete caciques más perecieron en la horca.

El gobernador despachó a otro sobrino, Antonio de Quiroga, a reunirle más fuerzas en Santiago, La Serena. Mendoza y San Juan.

En la primavera de 1577, las operaciones se reiniciaron. A mediados de octubre, Quiroga partió de Arauco al frente de 360 soldados, y atravesó la cordillera de Nahuelbuta, camino del valle central. Los indios se habían atrincherado en el cerro de Catiray, donde años atrás habían derrotado a Pedro de Villagra, el joven, y al ejército de Bravo de Saravia, mandado por Miguel de Avendaño. Las opiniones sobre atacar a los indios ubicados en Catiray estaban divididas. Bernal creía que era la oportunidad de atacarlos directa y fieramente y que los vencerían. Martín Ruiz de Gamboa y Antonio Quiroga creían que era preferible atacarlos en forma indirecta, destruyendo sembrados, quemando casas y cosechas y apoderándose de los animales, lo que les obligaría a abandonar su fuerte.

Primó esta opinión, ya que Quiroga se inclinó a esta forma y así se procedió; pero los indios no abandonaron sus posiciones. Después de talar sus campos, Quiroga atravesó la cordillera hacia la costa y, en el verano de 1578, llegó a orillas del Biobío y torció de nuevo al sur hasta la cuesta de Marigüeñu. Los mapuches seguían sus movimientos.

Rodrigo de Quiroga, ya de ochenta años de edad, estaba imposibilitado para continuar en estas marchas y luchas. Su médico, Mendieta, aconsejó que volviera a Concepción, pero no aceptó esta recomendación estando en vísperas de una batalla.

Las fuerzas se dividieron en dos frentes, al mando de Bernal y al de Ruiz de Gamboa y, el 21-III-1578, rechazaron los repetidos ataques de los mapuches, hasta que estos se dispersaron dejando más de 200 cadáveres; en este encuentro los mapuches iniciaron el uso masivo de la caballería. Después de esta victoria, el ejército se instaló en lo que hoy es Cañete, donde Quiroga había dispuesto permanecer e invernar.

Se aprovechó esta tregua no convenida para negociar algunos canjes de prisioneros y desde esta época se va a generalizar la costumbre de respetar la vida de cierto número de prisioneros, españoles e indígenas, para obtener canjes.

Cerca de la región de Paicaví se preparó Quiroga para invernar, pero los indígenas no cesaron de atacar por sorpresa, por ejemplo, en el campo, a los trabajadores o cuidadores de ganado. En una de estas ocasiones, dos indios se disfrazaron de amigos y empezaron a arrear los caballos hacia donde estaban ocultos los demás; el capataz advirtió, por casualidad, la treta y evitó así el robo.

En la primavera de 1578, Quiroga avanza hasta Purén. Aquí llega Martín Ruiz, que viene de las ciudades del sur y trae la noticia de la sublevación de los huilliches y la necesidad de socorrer a Valdivia. Quiroga se desprende de 70 soldados para reforzar a Valdivia y envía al teniente Calderón a Santiago con el objeto de hacer, con nuevos hombres, un nuevo contingente.

Mientras se cumple su encargo, sale a campaña con 250 soldados; en noviembre de 1578 acampa en el valle Guadaba, cerca de Lumaco.

Descubren los indios el campamento y preparan un ataque al amanecer. En medio de la sorpresa y tinieblas, dos soldados, Gaona y Ortiz, confundiéndo-lo con algún indio, dispararon contra Rodrigo de Quiroga, el sobrino, causándole la muerte.

La sorpresa no dio los resultados esperados y volvieron a atacar en un lugar próximo al anterior, llamado Coyunco. Quiroga los aventó atacándolos en tres campos. La victoria fue completa y es posible que entre cadáveres quedados en el lugar y huidos que deben haber muerto en el bosque cercano, pasaron de 300 las pérdidas mapuches.

Dos días después de este combate volvía Calderón, desde Santiago, con 100 hombres más que se incorporan a la campaña. Además traía municiones,

viveres, ropas y pertrechos en general; pero también llegó la noticia de la presencia de Drake en las costas y el peligro para Valparaíso.

Quiroga no vaciló en partir al norte para defender a Valparaíso y confió las operaciones de conquista a tres grupos: Bernal proseguiría la guerra de Arauco; Ruiz de Gamboa sometería a los huilliches, socorriendo a Valdivia, y el Capitán Nicolás de Quiroga apaciguaría turbulencias producidas en La Serena.

En sus zonas, no se entendieron Bernal y Gamboa y el primero decidió renunciar. Fue reemplazado por el capitán Juan Álvarez de Luna.

Los indios no cejaban un punto en su porfía de resistir al español; esta actitud era la que vencía y desmoralizaba a las tropas españolas.

A fin del año 1579 Martín Ruiz fue a Santiago a acompañar a Quiroga, gravemente enfermo. Este al fin fallece el 25 de febrero de 1580.

Estaba facultado Quiroga para designar un sucesor interino, hasta que llegara uno nombrado por el virrey o por el Rey; haciendo uso de esta facultad designó para que lo reemplazara a Martín Ruiz de Gamboa, designación que hizo el 16 de febrero, 9 días antes de fallecer.

La muerte fue muy sentida; contaba con un número muy grande de amigos, consecuencia de 40 años de residencia en Chile y de su riqueza, pues a diferencia de los demás conquistadores, Quiroga dejó una cuantiosa fortuna.

Martín Ruiz de Gamboa, nombrado gobernador interino, parte a hacerse cargo de la gobernación de Santiago y recibir la obediencia del Cabildo y estamentos administrativos y, mientras va, queda con el mando del ejército el capitán Juan Álvarez de Luna.

Bernal de Mercado había pedido su retiro del servicio, dando como razón su avanzada edad y su mala salud. La verdad es que no tolera la falla de organización del ejército.

26. MARTÍN RUIZ DE GAMBOA (1580-1583)

Fue designado gobernador interino por Rodrigo de Quiroga, a quien, sabiéndolo enfermo de gravedad, vino a acompañar a Santiago, pero hubo de dejar para estar atento a un posible ataque a Chillán. Cuando llegaba a esta ciudad, recibió una comunicación del Cabildo de Santiago, en que le comunicaban el fallecimiento de Quiroga, y su designación.

Le ruegan se traslade a Santiago para jurar su cargo. No puede dejar abandonada Chillán, pues, si se retira, los indígenas comarcanos pueden pensar que abandona la ciudad por temor y esto podría precipitar el levantamiento. Decidió quedarse y envió a Santiago para cumplir con la ceremonia del juramento y un poder para jurar en su nombre a Santiago de Azócar y a Juan Hurtado, quienes debían hacerlo ante los Cabildos de las ciudades de Santiago, La Serena, Mendoza y San Juan. Ambos juraron en el Cabildo de Santiago el 8-III-1580. El virrey ratificó lo obrado por Quiroga, nombrándolo gobernador el 24 de abril de 1581.

Cuando se aclaró para Martín Ruiz la situación de Chillán partió a Santiago. Dejó como Jefe de Estado Mayor, maestre de campo, al capitán Juan Álvarez de Luna.

Con Gamboa vuelve a recrudecer la polémica entre la concepción mística del clero y del monarca y la concepción de la realidad local, inspirada por los encomenderos y soldados. Esta discusión por momentos se cargaba de un bando a otro, inclinándose tanto a favor de la tesis realista local, que era la que correspondía al hombre de estado, como a la posición mística, cuando esta recibía el apoyo de un religioso de especial influencia. En este momento de Ruiz de Gamboa, las influencias las hacían fray Gil González de San Nicolás y el obispo de Imperial fray Antonio de San Miguel.

Estas tendencias objetivamente determinaban, o el abandono de la conquista o el trabajo obligatorio del indígena.

Ya antes Hernando de Santillán, que compartía las ideas de fray Gil y del obispo de Imperial y que conoció la realidad chilena, trazó el único sistema que conciliaba la protección del aborígen con las exigencias de la sociedad nueva que nacía en Chile.

Su ordenanza se había cumplido en parte, con los abusos propios de la naturaleza humana y los de un país que vivía en continua guerra.

Es de advertir que tanto a fray Gil como al obispo de La Imperial Fray Antonio, no les interesaba tanto el trato de los indígenas, cuanto el problema religioso, la solución cristiana del conflicto, que exigía la supresión del servicio personal. Es posible que si el Rey hubiera estado en el terreno de los hechos su opinión hubiera sido distinta; pero a la distancia, se inclinó por la posición mística.

Reiteró el cumplimiento suprimiendo el trabajo de los indios y sustituyéndolo por una tasa o contribución que debían pagar en reemplazo del trabajo obligado. Esta nueva instancia fue aceptada, pero se acordó postergar su ejecución, aplazamiento que parece contó con la aquiescencia de Quiroga.

El obispo de Santiago, fray Diego de Medellín, y el de Imperial, fray Antonio de San Miguel, acordaron negar la absolucón a todo encomendero que usara el servicio personal o que no exigiera del gobernador la implantación de la tasa.

Estando en tal punto de este tema candente, Martín Ruiz apenas vio alejado el peligro de un ataque a Chillán, volvió a Santiago y escribió al Rey el 31-III-1580, solicitando el cargo de gobernador en propiedad y comenzó a redactar una nueva ordenanza con los antecedentes que hizo reunir Quiroga y los que él mismo tenía. Preparó así una ordenanza que sería conocida con el nombre de Tasa de Gamboa y que se promulgó en mayo de 1580.

LA TASA DE GAMBOA

Por esta reglamentación se suprimió el trabajo de los indios y cada indígena tributario del Obispado de Santiago, o sea, desde Copiapó hasta el Maule, debía pagar en dinero \$ 9. Los indígenas sujetos a estos pagos eran los mayores de 18 años y menores de 50, con excepción de los caciques. En el Obispado de Concepción, desde el río Maule al sur, la tasa se redujo a \$ 7. Los indígenas podían elegir entre pagar las tasas o prestar el servicio personal.

¿Cuál fue la repercusión de esta medida? Lo efectivo de ella fue que tres años más tarde la economía era una ruina. Los indígenas no pagaron ni trabajaron en el campo ni en las minas; se comieron sus recursos y se encontraron sin alimentos.

La ordenanza de Gamboa cayó en desuso y los indígenas debieron volver al trabajo forzado.

Si bien Martín Ruiz pudo evitar grandes enfrenamientos, no tuvo cómo comprometerse en la conquista. No quedaban soldados en el país para emprender la acción y no le mandaban del Perú, ni de España, soldados ni recursos.

27. GOBIERNO DE ALONSO DE SOTOMAYOR (1583 1592)

Mientras se realizaba el gobierno de Martín Ruiz de Gamboa, nombrado por el gobernador Rodrigo de Quiroga antes de fallecer y a quien el virrey del Perú confirmó en el cargo, en España ocurría que las críticas contra Quiroga determinaron a Felipe II a nombrar gobernador de Chile, el 19 de marzo de 1581, a Alonso de Sotomayor, quien va a llegar a hacerse cargo del gobierno colonial el 19 de noviembre de 1583.

Era Sotomayor un capitán de 35 años de edad, con una brillante hoja de servicio. Era “una de las grandes esperanzas del ejército español”.

Tomás Guevara, en su “Historia de la Civilización de la Araucanía”, dice, refiriéndose a Alonso de Sotomayor: “Creíase en la Corte que un militar valiente, aguerrido y de inteligencia como este, sabría dominar la resistencia de los araucanos, inexplicable y deshonrosa vista a la distancia”²⁴.

Sotomayor, nombrado gobernador, comenzó por formar un cuerpo de soldados con que venir, a fin de traer con él un refuerzo considerable. En una expedición, al mando de Diego Flores de Valdés, partió de España el 27-IX-1581, en 23 barcos y con 600 hombres. Una tempestad le hizo volver y recalar en Cádiz, donde desertaron 80 hombres.

Volvió a embarcarse. Su idea era partir con destino directo a Chile vía Magallanes, pero el cronista de este viaje dice que, no encontrando la entrada del estrecho, regresó al norte por la costa del Atlántico. Recaló en Buenos

24 Tomás Guevara. *Op. cit.*, pág. 49.

Aires donde, en la entrada del río de la Plata, perdió un navío con pertrechos y armamentos. Desembarcó y no le fue difícil adquirir caballos y carretas para transportar sus bagajes y provisiones.

El veedor de la Real Hacienda de Buenos Aires informó al Rey que la expedición había llegado reducida a 430 hombres.

Preparado todo para la travesía de la Pampa, le confió la conducción de su fuerza a su hermano Luis de Sotomayor, que le acompañaba y que también era Capitán en el ejército español. Mientras Luis caminaba con la lentitud propia de una expedición que se moviliza. Alonso se adelantó, con 8 compañeros, para tomar posesión del gobierno de Chile, donde se conoció su designación en junio de 1583.

Llegó Alonso a San Juan, el 12 de abril de 1583, mas, no pudiendo continuar su viaje por la cerrazón de la cordillera, aprovechó para recibirse del gobierno de Cuyo.

Desde Cuyo envió a Santiago dos mensajeros en el mes de julio, que conducían órdenes para el Cabildo y algunas designaciones mientras llegaba. Uno de estos mensajeros fue Diego García de Cáceres, quien debía prestar, en nombre de Alonso, el juramento de rigor; entre las designaciones le confiaba el cargo de corregidor y teniente gobernador a Lorenzo Bernal de Mercado.

Nombraba también a Pedro Lisperguer, a Gaspar de la Barrera y a Pedro Ordóñez Delgadillo como sus nuevos consejeros.

Alonso pudo llegar a Santiago el 19 de noviembre de 1583, y se recibió del gobierno.

Al pasar por Mendoza, ya se dio cuenta de lo difícil que era la situación, lo que confirmó con la impresión que le produce Santiago y la visión que va formándose de Chile. Por eso no es de extrañar que, 7 días después de arribar a Santiago, esté escribiendo al Rey y le da cuenta de la situación de Chile, su pobreza y escasez de recursos, situación que había empeorado debido a la Tasa de Gamboa. Con razón Francisco Encina en su "Historia de Chile" dice: "Sotomayor había sido nombrado gobernador de un pueblo en agonía"²⁵.

25 Francisco A. Encina: Historia de Chile, Segunda Edición, 1949, Tomo II, pág. 112.

Desde el primer momento reveló tino e instinto político; se dio cuenta del valor de Gamboa y trató de ayudarlo en todas sus dificultades y fue en muchas ocasiones su mejor consejero. Entre todos los gobernadores que hasta esa fecha han actuado, Sotomayor es el primero que se da cuenta de la verdadera situación militar y social de Chile. Ni los soldados que podía reunir, ni los soldados que le daban (de los 600 que traía solo entraron a Chile 430), ni los recursos, permitían intentar la pacificación de la Araucanía.

Desde Santiago envió a Lima a Pedro Lisperguer en busca de recursos. Esto lo hacía en virtud de la misión que le confió Felipe II, pues mediante ella podía solicitar gente, armas, vestuario y dinero.

El gobernador comprendió que estos auxilios y los que vinieran en pos, serían sacrificios inútiles; un nuevo grupo arrojado en el túnel sin fondo de la guerra de Arauco, si antes no se derogaba la Tasa de Gamboa.

Esta situación, que era real, empezaba a pesar en algunos eclesiásticos, que inician un cambio de opinión. Así, en la ausencia de los obispos Medellín y San Miguel, que se encontraban participando en el Concilio de Lima, contando además con los dominicos, que se opusieron a la Tasa desde el principio, ahora se sumaba el provincial de los franciscanos fray Cristóbal de Ravaneda, que también se pronuncia contra la tasa. Con estos antecedentes de opinión, el gobernador suprimió la tasa en Santiago y transformó la de Imperial. Vuelve a la tasa de Santillana, pero con algunas mejoras.

Buscó funcionarios rectos y probos, para que velaran por el trato humanitario que se le debía dar a los indígenas; mitigó los castigos.

Estas consideraciones lograron que el obispo San Miguel, a su regreso de Lima, si bien no dio su aceptación al sistema, decidiera no estorbar la labor inteligente y humanitaria del hábil mandatario.

La guerra de Arauco causó sacrificios muy duros y costó centenares de miles de vidas, pero sin duda va a influir y marcar poderosamente el carácter del chileno, su disciplina, dureza y coraje, lo que se manifestó muy bien en el siglo XIX.

Sotomayor se encontró ante una situación que imposibilitaba reabrir la campaña de Arauco. Los soldados no tenían armas ni ropas y las cajas reales estaban vacías y con deudas.

Envió, sin embargo, al sur a su hermano Luis, con 200 soldados arcabuceros. Junto con Bernal de Mercado hicieron algunas campeadas, por los alrededores de Angol, sin mayor importancia. En la primavera de 1584 él mismo se dirigió a Angol y desde esta ciudad abrió campaña.

Una columna al mando de Alonso García Ramón, compuesta de 150 soldados, recibió orden de salir a los campos de alrededor y hacer una "campeada". Llevaba instrucciones severísimas: no perdonar la vida a nadie, talar cuanto encontrarse en pie. Durante varios días recorrió los terrenos, encontró a las tribus descuidadas y volvió al cuartel sin otro fruto que la rapiña de la soldadesca y la matanza de unas 200 personas, entre las cuales se contaban mujeres y niños.

El mismo Sotomayor con 280 soldados cayó sobre los indios de Purén, atravesó la cordillera de Nahuelbuta y recorrió la zona de la costa desde Tucapel hasta Arauco. No halló resistencia e hizo matar o cortarle las manos a cuanto indígena encontró a su paso.

Su plan de guerra consistía en dos puntos capitales: reforzar la guarnición de los fuertes y ciudades y atemorizar a los araucanos con tremendos castigos, exterminándolos en cuanto fuese posible. Los indios mismos quemaban sus casas y huían a los montes a esperar que los españoles se alejasen del lugar, para volver al lugar de sus habitaciones reducidas a cenizas y allí mismo reconstruir otras.

En esta jornada cayó prisionero el mestizo Alonso Díaz, que habitaba entre los indios hacia unos diez años como jefe que "les daba muchas industrias para cómo debían hacer la guerra"²⁶.

En uno de los valles de Arauco, en uno de los encuentros, la banda que dirigía se dispersó y el mestizo cayó en poder de los españoles.

Se utilizó al prisionero para obtener de él noticias referentes al estado bélico de los araucanos. Entre otras informaciones dio a conocer que vivían en Talcamávida un español, Jerónimo Hernández, diestro arcabucero, y un mulato, quienes instruían a los indios en los secretos de la milicia. Con estos datos, fue enviada una partida para encontrar a estas personas y comprobar

26 Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Tomo XXIV, pág. 150.

así la veracidad de las informaciones. Fue capturado Hernández, mas no así el mulato que se escapó lanzándose a las aguas del Biobío. Pero de todos modos, convencidos de la peligrosidad y de la audacia de Alonso Díaz, fue condenado y terminó su vida en la horca.

En el mes de enero de 1585 Sotomayor está nuevamente en Angol.

28. EL PLAN DE SOTOMAYOR

Recién llegado a Santiago, Sotomayor configuró teóricamente, con los datos que le dieron, cuál debía ser el plan de guerra. Pero antes de ponerlo en práctica, como buen militar y con experiencia, le pareció indispensable conocer la realidad misma de Arauco, tener conocimiento de la del campo de la región conflictiva y en encuentros con los mapuches, para comenzar así su plan y la realidad.

Este contacto es el que obtiene en los encuentros señalados y ahora está en condiciones de plantearse la estrategia de su plan, que podría llegar a tener éxito.

Desde luego su primera conclusión fue que la forma de hacer la guerra jamás produciría la conquista. Tal vez, podría llegarse al exterminio, con un gran costo de hombres, recursos y dineros y con la pérdida total del mapuche, lo que está en contra de toda la política indiana de España en América, que busca el dominio y la cristianización, con la obra misional para el indígena; por tanto, el exterminio no es la solución. Además esta actitud, que él mismo practicó y ordenó a sus capitanes, le demostró que el exterminio significaba también una fuerte pérdida de soldados españoles.

Vio por sus ojos en las campañas, cómo los indios al paso y presencia del español se retiraban sin pelear, se emboscaban y, una vez pasado el español, volvían a sus lugares habituales de vida.

Era una guerra contra alguien que no hace la guerra, que no resiste la invasión, puesto que la fuerza pasa y no se queda. En la mente simple, pero objetiva del indio, está el dejarlos pasar y volver a lo propio.

De aquí saca una observación que va a ser muy valiosa y la única posible para obtener lo que se desea; tanto es así, que el que va a poner en práctica esta técnica en la segunda mitad del siglo XIX, Cornelio Saavedra Rodríguez, en 22 años realizará la ocupación definitiva de Arauco con el plan Sotomayor.

Este plan se proponía una acción en etapas, que fuera implantando el dominio definitivo y permanente del territorio, avanzando de norte a sur, sin dejar posibilidad alguna de levantamiento en las espaldas de su avance.

Era necesario ir ocupando el territorio, no al pasar, sino estableciéndose en él, con guarniciones permanentes que impidieran cualquier posible concentración indígena en lo ocupado. Estas guarniciones le debían dar seguridad en su vida, en sus trabajos y en sus bienes a los pobladores. Debían sentir garantidos sus casas, animales y siembras, y esta garantía no solo afectaría al poblado hispano, sino también al indio que, dándose en paz, conviviría con el español; solo así se irían pacificando.

No debía avanzar sin antes asegurar bien lo ocupado.

La realización de cada plan suponía la ocupación no con 1.000 soldados, que tampoco los tenía; debía llevarse a cabo con la participación de 5.000 a 6.000 soldados.

Sotomayor sabía que la Gobernación, incluida la totalidad de la cuota real que se recibía para la guerra de Chile, no entregaba los recursos necesarios.

Sin duda, como lo confirma la Historia de la Araucanía, este era el único sistema racional de producir la pacificación y ocupación. No la pudo poner en práctica Sotomayor por falta de recursos y porque cuando va para obtener comprensión para su plan, lo único que logrará será saber que el Rey ha puesto término a su Gobernación y está en camino su sucesor.

En los 200 años posteriores se irá experimentando todo lo ya probado: Ataque despiadado. LA GUERRA OFENSIVA.

Señalar mutuamente una línea de división que deben respetar ambos contendores, LA GUERRA DEFENSIVA.

Un tercer método que imperó en los últimos ciento cincuenta años coloniales, el trato de igual a igual en el sistema de PARLAMENTOS.

Las experiencias de la guerra tomaban alternativamente estos métodos, haciendo que fuera inútil todo esfuerzo por la pacificación.

Sotomayor, para poner en práctica su plan, despachó a Lima a Juan Álvarez de Luna, con el fin de apresurar los socorros pedidos de hombres, dinero y vestuario para atender la necesidad mínima y urgente de su ejército. Además escribió al Rey, pidiéndole un nuevo contingente, que debería llegar vía Buenos Aires.

Estimando que el auxilio del Perú llegaría pronto, comenzó a poner en práctica su proyectado plan.

En el lugar llamado Millapoa, a ambos lados del Biobío, construyó dos fuertes que llamó: La Trinidad y El Espíritu Santo (Millapoa-Diuquín) y dejando estos fuertes con una pequeña dotación, se internó al sur de Angol en la vertiente oriental de Nahuelbuta y fundó el fuerte de Purén; más bien habría que decir que lo refundó.

Tanto la vida en estos fuertes, como en las ciudades, fue muy dura. Los indios, lejos de someterse, hostilizaban a todas horas a sus defensores y cuando querían. Antes de la fundación de estos fuertes, los mapuches atacaron con violencia y por sorpresa a Angol. La ciudad fue defendida por García Ramón, pero hubo de pelear muy enérgica y violentamente antes de lograr rechazarlos.

Continuaron los indios robando caballos, asesinando a cuanto español encontraban en el campo, como también a los indios amigos de estos que se alejaban del recinto de la ciudad o de los fuertes y quedaban así sin defensa.

Prácticamente los españoles eran prisioneros sitiados en sus ciudades o fuertes.

Pasaba desesperadamente el tiempo y los socorros pedidos y apurados no llegaban. La miseria y el desaliento invadían la vida y el ánimo de los soldados. Hasta tal punto llegó la desilusión, que los soldados empezaron a pensar en conjurarse contra el gobernador. A fines de 1585, Sotomayor sofocó dos conspiraciones. La primera en Santiago, la segunda en el fuerte de Purén.

El proyecto era apoderarse de Angol, de los fuertes del Biobío, de Chillán y de Santiago, despoblar el país e irse a radicar en Argentina. Sotomayor castigó duramente a los culpables.

Las fuerzas de Sotomayor estaban agotadas, rendidas, desmoralizadas. En febrero de 1586 le escribe al Virrey y le da a conocer su situación. Tiene una dotación de 220 soldados y de estos, sobre setenta enfermos

El desaliento y la debilidad de estas fuerzas fueron advertidos por los araucanos que atacaban por todas partes con pequeños golpes inesperados, sorpresivos, rápidos y violentos y se dispersaban pareciendo individuos sumisos y sin dificultades para tratar con el español, ya que llegaban con plena tranquilidad como individuos hasta los fuertes y a las ciudades a vender sus productos y a adquirir otros.

Entre estos encuentros, de una guerra permanente, pero no declarada, se presentó en Purén la ocasión de encontrarse en una batalla en regla para quitarles el ganado que se llevaban robado.

Días después pusieron fuego a Angol, valiéndose de falsos indios de servicio.

Los defensores de Purén, agotados, a fines de 1586 abandonaron el fuerte y se replegaron a Angol.

De Perú y de España continuaba el silencio; no había respuesta a la petición de mayor y pronto socorro.

En estas circunstancias se conoció la presencia de la acción de Cavendish y Menick en el estrecho y costa del Pacífico, lo que hará que el Rey se preocupe y trate de enviar refuerzos.

Confirmada la presencia de estos corsarios, se va a pasar de la indolencia a la actividad desordenada, con diversas medidas para defender la costa, los puertos y los barcos del comercio. Entre las medidas tomadas, el Virrey envía ahora 300 hombres a Chile, al mando de Luis de Carvajal y Fernando de Córdova.

La ayuda recibida era insuficiente. Quedaba pendiente la esperanza de lo que enviaría España y Alonso espera la vuelta de su hermano Luis, que ha ido con la petición a España antes de saberse la presencia de los corsarios. Por tanto, era previsible una efectiva ayuda.

Efectivamente, el 13-III-1589 salió de Cádiz, vía Panamá, a Chile una fuerza de 700 hombres. Traía como jefe esta expedición al nuevo virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza. Pero García encontró en Panamá la flota que llevaría a

España los tributos del Perú, y de los 700 hombres que traía despachó a España bajo las órdenes de Luis Sotomayor a 500 hombres que protegerían el tesoro contra posibles ataques de piratas o corsarios en el Atlántico. Los 200 restantes los envió a Chile bajo las órdenes de los capitanes Pedro Páez de Castillejo y Diego Peñaloza Briceño.

Sotomayor preparó sus tropas en el invierno de 1590 y en noviembre revistaba en Angol su ejército: 500 soldados y 1.300 indios auxiliares.

Dividió sus tropas en secciones, entró por Talcamávida y Santa Juana al sur del Biobío y avanzó hacia la cuesta de Marigüeñu donde nuevamente se van a medir Arauco y España.

La capacidad militar de Sotomayor venció a los mapuches, desalojándolos de sus posiciones con fuertes pérdidas.

Luego de esta victoria, la va a coronar refundando el fuerte de Arauco en las orillas del río Carampangue. Cumple así la petición que le enviara desde Perú García y le da el nombre de San Ildefonso.

Reanuda las batallas o ataques contra los mapuches, pero estos le hacen el vacío: no le pelean, pero obligan a Alonso a un continuo movimiento, desplegándose a uno y otro lugar amagado y, cuando llega, el peligro ha pasado. La táctica mapuche era desorganizar y cansar a los españoles.

Nuevamente una peste de viruela que se desarrolla violentamente y que afecta primera y fundamentalmente al mapuche, produjo un alto en las hostilidades; en los indios hizo estragos, perdiéndose parte considerable de sus mocetones.

En el invierno de 1591, Sotomayor envía a Lima a García Ramón, para explicar la situación a García Hurtado de Mendoza, ahora virrey del Perú, y solicitar 300 hombres más y \$70.000 en ropa, navíos, municiones y armas. El Virrey atendió el pedido y envió 106 hombres. El refuerzo llegó en diciembre y con estos soldados pudo llenar los huecos que en sus filas dejó la peste.

En julio de 1592, Sotomayor en persona va al Perú para tratar de convencer al Virrey de las bondades de su plan y deja, en su ausencia, a Francisco del Campo al mando de las tropas de Valdivia y ciudades australes; las ciudades y fuertes del Biobío, se las confía a García Ramón; y Pedro de Viscarra asume el mando supremo del reino.

Al llegar a Lima, se impuso que el Rey le había relevado del cargo el 18-IX-1591 y que su sucesor era Martín García Oñez de Loyola. Regresó de inmediato a Chile para rendir cuenta de su gobierno. Liberado de todo cargo por su juicio de residencia, se embarcó para España, vía Perú-Panamá. A su paso por Perú, el Virrey le encomendó el gobierno de Panamá.

Sus éxitos le dieron merecida celebridad y Felipe II le nombrará por segunda vez gobernador de Chile en 1604. Declinó este cargo y, en 1610, falleció en España siendo miembro del Consejo de Indias.

29. MARTÍN GARCÍA OÑEZ DE LOYOLA (1592-1599)

La situación militar y económica de la colonia naciente no solo era incapaz de absorber al pueblo mapuche, sino aun de sostenerse frente a él sin el continuo socorro de soldados y recursos venidos desde el Perú y España.

Martín García Oñez de Loyola, al reemplazar a Sotomayor, era un joven noble guipuzcoano, a quien su tío, virrey del Perú Francisco de Toledo, destacó y elevó, hasta que el Rey lo designó en abril de 1592 gobernador de Chile.

Cuando este nombramiento llegó, hacía dos años que el Virreinato lo ejercía García Hurtado de Mendoza, quien estimó inconveniente el nombramiento por estimar a Martín sin las condiciones requeridas para el cargo. Felipe, en su autoritarismo característico, no se atuvo sino a su criterio y sin consultar a García nombró a Oñez de Loyola.

García hizo presente su opinión al Rey y trató de retener en Lima a Oñez de Loyola, mientras esperaba llegara alguna respuesta a su crítica. Felipe contestó: “Voy mirando lo que convendrá y de lo que pareciere proveer os avisaré”.

El nuevo gobernador prestó juramento ante el Cabildo de Santiago el 6 de octubre de 1592.

Los vecinos y el Cabildo reclamaron a la Real Audiencia y al Virrey, que se suprimieran las “derramas” y “el servicio personal” en la Guerra de Arauco.

Estos clamores fueron oídos y la Audiencia comunicó que solo se podía pedir a los vecinos encomenderos ayuda en alimentos, de los frutos de sus haciendas.

Oñez de Loyola envió desde Santiago a Lima al sargento mayor Miguel de Olavarría con el fin de imponer al Virrey, y por su intermedio al Rey, del estado del ejército y de las cajas reales y pedir 500 soldados y \$60.000 para pagar lo adeudado; y \$40.000 como auxilio para continuar el proceso de pacificación y conquista.

En febrero de 1593, se dirigió al sur del país y, posiblemente estando en Concepción, citó a una reunión con los distintos jefes militares, los más experimentados en la guerra.

El resultado de ese encuentro fue confirmar el conocimiento que ya se tenía y, por lo mismo, su resultado fue muy deprimente. “No tenían fuerza ni para mantenerse en las tierras que estaban ocupando”.

El maestre de campo Alonso García Ramón partió a Lima llevando el acta de la Junta al Virrey. Tanto este como la Real Audiencia de Lima consideraron la solicitud en sesión del 28-I-1594. El virrey, que conocía las cosas de Chile, hizo presente que no se podía formar en Perú un ejército para ir a la pelea en Arauco; que el soldado del Perú, ante esta posibilidad, prefería ir a “Galeras”.

En esta circunstancia, se acordó levantar un ejército de 300 hombres en Panamá y, hasta que este esfuerzo llegara, Oñez de Loyola debía mantenerse a la defensiva. Estos auxilios se reunían con pasmosa lentitud, pero la presencia de nuevos piratas en el Pacífico va a apresurar la ayuda.

Cansado de esperar, Oñez de Loyola decidió actuar con lo que había en Chile y emprendió una campaña con 174 soldados que logró reunir.

Comenzó por dispersar una concentración de fuerza mapuche en Lumaco; luego empezó a tomar contacto con grupos de indios y vino en creer que estaba logrando la pacificación y el sometimiento.

No comprendió que los indios aparentaban paz, y lo único que hacían era reponerse de sus pérdidas y prepararse para una nueva campaña que les permitiera caer sobre las débiles fuerzas españolas.

No podía dudarse que lo que se preparaba en el campo mapuche iba a producir la liquidación, por lo menos, de todo lo ganado en 30 años al sur del Biobío. Por eso, para Oñez de Loyola, el problema de los refuerzos era vital.

Volvió a solicitarlos a España. Para obtener una respuesta favorable, envió a su secretario, Domingo de Eraso, y pidió a través de él 600 hombres que debían venir rápidamente por vía Buenos Aires-La Pampa-Mendoza.

No creía en la eficacia del soldado venido del Perú. Sin embargo, frente a la urgencia y a la necesidad, se resolvió a pedir auxilio del Virrey.

A esta altura, García Hurtado de Mendoza había solicitado su retiro del mando virreinal y esperaba que su sucesor, ya nombrado, Luis de Velasco, llegara a hacerse cargo del gobierno del Virreinato del Perú.

Mientras espera, decide acceder a la petición y hacer un envío de 400 soldados armados "para concluir de una vez la guerra de Arauco". Pero pasó un año y nada envió a Chile.

Luis de Velasco se recibió del mando, comprendió la difícil situación de Oñez de Loyola y dispuso que se aprestara el contingente ofrecido, el que puso a las órdenes de un sobrino suyo, Gabriel de Castilla. Este logró reunir 215 hombres, la mitad al menos muchachos sin valor militar y sin armas, pero así este contingente desembarcó en Valparaíso en noviembre de 1596 y el 10 de enero de 1597 Oñez de Loyola revistaba esta fuerza y sus soldados, 300 hombres, y un grupo de indios amigos.

Dio el cargo de maestro de campo al mismo Gabriel de Castilla, mozo de 19 años, con el propósito de comprometer al virrey Velasco con la suerte de Chile, en la suerte personal de su sobrino.

Con estas fuerzas desbarató una nueva concentración de fuerzas mapuches en Lumaco y Purén. Envío nuevamente al Perú, ahora a Castilla, en busca de nuevas fuerzas y él se dirigió a Arauco, para tratar fingidas paces con los indios; pero no bien había atravesado la cordillera de Nahuelbuta, tuvo que regresar, debido a la noticia que recibió del ataque a Lumaco.

Es pleno invierno, barro y ríos desbordados, pero aún así logró llegar al fuerte justo en el momento en que los indios, habiendo desviado el curso de las aguas del río Lumaco, lo dejaron caer sobre el pueblo y fuerte. No

les quedó otro recurso que abandonar el lugar, ubicarse en otro cercano y construir en él ranchos en que guarecerse por el resto del invierno.

El tiempo mejoró y los caminos se hicieron transitables. Entonces Oñez de Loyola volvió a Angol, dejando a los indios ensorberbecidos por la victoria y dueño de toda la comarca conquistada en el verano.

El mayor error de Oñez de Loyola fue la credibilidad. Aceptada las ofertas de paz, y les regalaba la libertad y hasta armas a los indios, en la creencia sincera de que se estaban sometiendo.

Cuando Oñez de Loyola recibió el segundo refuerzo peruano e inició con él una nueva campaña, la rebelión mapuche estaba preparada y pronta a estallar.

Curalaba, en diciembre de 1598, será “el martillazo que hizo explotar el fulminante”.

Gabriel de Castilla regresó con el segundo refuerzo peruano, un contingente de 150 hombres y desembarcó en Valparaíso. Traía además la autorización para imponer “derramas” en Santiago y exigir la formación de un cuerpo de soldados. Así pudo agregar a su hueste 60 hombres más.

Cuando este refuerzo llegó a Chillán, supo lo que había ocurrido en Curalaba, y con ello la muerte del gobernador.

Oñez había pedido refuerzo a las ciudades del sur y para apresurar la presencia de esos soldados se trasladó con su familia desde Concepción a Valdivia y demás ciudades australes. A mediados de diciembre Oñez de Loyola está en Imperial. Aquí recibió una información que le hizo llegar Hernando Vallejos, corregidor de Angol. Le daba noticias e informaciones de lo que hacían los indígenas: habían abierto hostilidades, asesinando a dos soldados del Fortín Longotoro, ubicado en las inmediaciones de Purén y le pedía fuera en auxilio de Angol, que podía ser atacado de un momento a otro, bajo la dirección de Ancanamún y Pelantarú.

El corregidor presentía que se estaba preparando una sublevación general y de grave consecuencia para toda la zona. Oñez, en cambio, estaba ajeno al peligro que se avecinaba y que lo rodeaba.

Salió de Imperial a Angol, el 21 de diciembre de 1598, con 50 soldados y 300 indios auxiliares.

El capitán Pedro de Escobar Ibacache estaba informado de la rebelión por los caciques Igantaru y Naucopillán y trató de impedir la salida de Oñez; o, por lo menos, que aumentara las fuerzas que debían acompañarlo, sin obtener ni lo uno ni lo otro.

Oñez avanzó con descuido militar. Al segundo día alojó en Curalaba a orillas del río Lumaco, y allí se instaló sin siquiera inspeccionar los alrededores. Pelantarú, que lo venía siguiendo con 300 mocetones, se dispuso a atacarlo, se acercó cautelosamente y con las primeras luces del día, al alba del 23 de diciembre de 1598, cayó de sorpresa sobre la guardia, que a esa hora dormía todavía. Curalaba no fue una batalla, fue una matanza. Oñez se defendió valientemente con su guardia, con su espada y escudo; pero cayó vencido y muerto a lanzazos.

De los 50 soldados solo escaparon el clérigo Bartolomé Pérez, canjeado por los mapuches años más tarde, y el soldado Bernardo de Pereda, que quedó en el campo por muerto con 23 heridas. 70 días más tarde, como un espectro entraba a La Imperial. A Oñez de Loyola los indios lo decapitaron y prepararon su calavera mediante cocimiento para usarla en sus borracheras y ocasiones solemnes para beber en ella. Nueve años más tarde, unos indios entregaron al gobernador Alonso García Ramón, en prueba de su fidelidad, la cabeza de Martín García Oñez de Loyola.

30. GOBIERNOS INTERINOS (1599-1601)

PEDRO DE VISCARRA (1599)

La muerte de Martín García Oñez de Loyola fue el momento de partida de la más espantosa rebelión realizada por los mapuches. Al igual que como había ocurrido con Valdivia, corrió vertiginosa la noticia por los fuertes, ciudades y campos. Esa misma noche se conoció la noticia en Angol, llevada por algunos de los indios auxiliares que lograron escapar. En Chillán se supo el 25 de diciembre, en medio de la alegría de la Navidad; Santiago conocía el hecho al caer la noche del 28 de diciembre y se extendía su conocimiento en la mañana del 29.

Por otra parte, se asociaba a la muerte de Valdivia en el recuerdo, pues también había ocurrido en los mismos días del mes de diciembre.

La Colonia sorprendentemente quedaba acéfala, en un momento muy grave de su evolución y los acontecimientos posteriores lo van a demostrar.

En Santiago, ejercía como teniente del gobernador el licenciado Pedro de Viscarra; el Cabildo reunido, tomó conocimiento de la muerte de Martín García y confió la autoridad a Viscarra, con el título de gobernador interino.

Por profesión era un jurisperito letrado, pero en América manejó al mismo tiempo las condiciones de abogado y de militar, la pluma y la espada.

No era momento para acciones dilatorias. Los mapuches, que se habían preparado para esto a través de una paz simulada, estaban actuando, dispuestos a eliminar al español de sus tierras y, si las condiciones se daban, arrojarlos del país. No había tiempo que perder.

Viscarra puso en armas a Santiago a toda persona capaz de llevarlas, pero se puede medir la debilidad y el agotamiento del Reino cuando se piensa que, a pesar de las circunstancias, Santiago pudo reunir solo 70 hombres, los que se unirían a los 60 que iban en marcha al sur y que supieron en Chillán la triste noticia de la muerte del gobernador.

Despachó a Lima al capitán Luis Jofré el 10 de enero de 1599, para informar al Virrey, imponerle de la gravedad de lo ocurrido y solicitar el mayor y más pronto auxilio. Luego de despachar a Jofré, Pedro de Viscarra abandonó Santiago para dirigirse al sur al frente de una columna de fuerzas militares.

En el campo indígena, Curalaba encendió el fuego de la guerra, que se movía subterráneamente en el alma mapuche. El espíritu de rebelión pasó las fronteras de la Araucanía y se extendió desde el Maule a Osorno.

Los españoles muy pronto tuvieron la sensación de encontrarse como prisioneros en sus ciudades, sin poder defenderse ni auxiliarse unos a otros.

En el asalto a Longotoro, los mapuches dieron muerte al jefe español y a un soldado; el resto de la guarnición se replegó a Angol y a Mulchén. El capitán Miguel de Silva se vio en la obligación de abandonar el fuerte de Arauco. Las fuerzas españolas alcanzaban en total a más de 430 hombres que se encontraban enclavados en las ciudades.

Del sur no podían esperar ayuda, pues las ciudades de Osorno, Valdivia, Imperial y Villarrica se debatían con tenacidad en su mantenimiento y cuidado y vigilancia de los mapuches.

De los picunches y huilliches tampoco se podía esperar, pues se habían unido a los mapuches con la esperanza de salvarse de la dominación española.

Para el gobernador interino, lo más grave no era el número insignificante de soldados, sino la falta de preparación.

Era claro para el interino que tenía al frente a un gran enemigo y que, con los elementos que tenía, podía permitirse conservar las ciudades y fuertes, pero que le era imposible sofocar la rebelión sin el auxilio del Perú.

Por eso Viscarra estimó un milagro del cielo la llegada inesperada de soldados y armas desde el Perú.

Un barco le ha llegado a Concepción trayendo equipajes y elementos necesarios para la defensa; 100 botijas de pólvora, 50 quintales de plomo, ropas y herramientas.

La rebelión nacida en Curalaba, si bien era algo inevitable, no se esperaba en ese momento y, por lo mismo, los mapuches actuaron diseminados en grupos locales, que atacaron a la vez en todos los lugares dispersando sus fuerzas. El único que logró una unificación apreciable fue Pelantarú. Los españoles quedaron encerrados en sus fuertes y ciudades y cualquiera de ellos que salía de sus lugares, era casi sin excepción atacado y muerto.

Los campos fueron abandonados y entonces los indios destruyeron cuanto habían hecho y construido los españoles: casas y bodegas arrasadas, siembras y cosechas destruidas o robadas, igual que los animales.

Hacía 50 años que Valdivia iniciara la conquista, fundando Concepción y ahora todo lo hecho al sur del Biobío iba a ser destruido, arrasado, borrado; la consigna era que el español saliera del territorio.

¿Cuál era la situación española para encarar esta rebelión? En Chillán había 40 hombres, 2 cañones y 22 arcabuces; en Concepción, 80 hombres, 5 cañones y 72 armas de fuego del tipo arcabuces; en Angol, 109 hombres, 82 arcabuces, 2 cañones y 20 lanzas; en Arauco, 90 soldados, 13 cañones y 70 armas de fuego.

Así, de este tipo, es la defensa de las ciudades. El 16 de enero de 1599, se alzaron las tribus de la vertiente occidental de Nahuelbuta y sitiaron a Miguel Silva en Arauco. El 4 de febrero se levantó la zona de Angol hasta el Laja y el 6 del mismo mes están en armas los indígenas de ambas márgenes del Biobío.

Viscarra no pudo dar unidad a sus fuerzas y la defensa española se limitó a que cada uno hiciera en su lugar lo que pudiera. Cada capitán obró por su cuenta, presionando a los vecinos y los intereses de los encomenderos.

La guarnición de Santa Cruz de Coya (Millapoa) llamó en su auxilio a Francisco Jofré, que vivía en Chillán.

No estimó Jofré que la población estuviera ubicada en un punto fácil de defender, pues era indispensable atender simultáneamente la población y el embarcadero, que permitiera, en caso necesario, pasar a la orilla norte del Biobío. Por eso, temiendo un descalabro, prefirió desalojar la población, con gran pena por parte de los pobladores que presentían, como no podía ser de otra manera, la pérdida de todos sus bienes, casas y adelantos en labores agrícolas.

Pero la vida no se puede rehacer, en cambio las casas se pueden volver a tener y fue abandonada Santa Cruz de Coya (Millapoa); era el 7 de marzo de 1599.

Los indios que en todos los lugares observaban lo que pasaba y, además, tenían sus espías entre los indios auxiliares o amigos de los españoles, no bien supieron el abandono, cayeron sobre Santa Cruz y redujeron todo a escombros.

En Arauco la pelea era con tesón y valor por ambas partes. Los indios para defenderse de cañones y arcabuces, hicieron trincheras y palizadas.

Los españoles hacían frecuentes salidas, ya fuera para atacar a los sitiadores o para proveerse de forraje. En una de esas salidas, el capitán Luis de Urbaneja se apartó demasiado de Arauco, impulsado por la habilidad de los indios, y cuando estimaron que se encontraba en un lugar y distancia convenientes para ellos, le cerraron el paso y lo envolvieron. Urbaneja y los suyos se batieron admirablemente y lograron romper el cerco y huir hacia el fuerte. Empero, en la refriega, fueron muertos el capitán y ocho soldados.

En las afueras de Angol, Pelantarú, al frente de 1.000 indios, ataca la población y sus alrededores y se llevan a sus tierras 9.000 ovejas, 1.000 vacas y 100 yuntas de bueyes. El ataque de Angol fue rechazado por el capitán Juan Rodolfo Lisperguer, chileno, hijo del conquistador Pedro Lisperguer, de origen alemán.

El que se hizo sobre Concepción, fue rechazado por el alférez Real Luis de la Cueva, el 6 de abril de 1599. Al día siguiente salió de Concepción el gobernador interino Pedro Viscarra, acompañado por Pedro Cortés, que comandaba una partida de 80 soldados y 200 indios, dirigiéndose a Quilacoaya, en la orilla norte del Biobío.

Sorprendió una junta mapuche, a la que atacó dando muerte a, por lo menos, un centenar y tomando a cuarenta prisioneros, a los que, marcándolos con hierro, conservó como esclavos. A pesar de estas acciones, los indios de la comarca de Concepción destruían libre e impunemente cuanto hallaban en las estancias; y los vecinos de la ciudad, que temían un asalto, alojaban en los conventos.

“El territorio araucano se encontraba destrozado y ya habían perecido más de 200 soldados”²⁷.

De todas las ciudades, la Imperial era la más importante. Sede del Obispado, con un seminario formador del clero secular, en ese tiempo el único en Chile y por tanto, formando clero diocesano para toda la Colonia, poseía además una serie de actividades industriales, herrerías y forjas de armas y tenía una minería de oro abundante y fácil. La gobernaba Andrés Valiente, que le hacía honor a su apellido. Corregidor de la ciudad, contaba con 150 jinetes y 43 infantes. Ancanamún atacó a Imperial, comenzando por las regiones campesinas que bordeaban la ciudad.

A la población de mujeres, niños y enfermos, Valiente los ubicó en casas sólidas en su construcción, sobre todo en la episcopal, que era de piedra y, por muerte del obispo Cisneros, se hallaba inhabitada. Cerró las calles principales con trincheras, convirtió algunos edificios en fortines y acopió la mayor cantidad de abastecimiento que le fue posible.

27 Tomás Guevara. *Op. cit.*, pág. 314.

En estos encuentros, el rico y caracterizado encomendero Pedro Olmos de Aguilera, queriendo en el fondo ver manera de proteger su estancia o vengar su destrucción, obtuvo de Valiente autorización para hacer una salida con 40 jinetes. Se alejó de la ciudad más de lo conveniente, salieron a su encuentro los indios, rodearon su escuadrón, le mataron 7 soldados y el mismo Olmos cayó en el encuentro. Los demás, en loca carrera, huyeron precipitadamente y destrozados entraron a Imperial, aumentando el pánico de los defensores.

La misma suerte corría la zona sur del Cautín, entre este río y el Quepe, lo que entonces y hoy sigue conociéndose con el nombre de Maquehua; toda esta zona formó la merced y encomienda de Francisco de Villagra, que después pasó a ser la encomienda de Olmos de Aguilera.

En marzo la situación de Imperial es desesperada. Valiente pide con urgencia socorro a Viscarra pero el gobernador no tiene cómo enviar auxilio, pues él mismo se encuentra con poca gente. Nadie puede socorrer a nadie, cada uno debe hacer lo que es posible o bien ir retirándose de unos lugares para fortalecer otros, pero ni eso pueden hacer. Ancanamún, en tanto, recorre victorioso y destructor todo el campo al sur del Cautín y Quepe, y al sur del Imperial son los campos de Maquehua y Boroa.

Valiente no soporta más la insolencia del indígena ni la inactividad del campo español y sale con 40 soldados escogidos.

El 8 de abril, una gruesa junta araucana le sale al encuentro. Previamente le cortaron la retirada y destruyeron las embarcaciones que tenía en el río. Valiente no vaciló en aceptar el desigual desencuentro, en el que muere con 35 de los 40 soldados que trajo. Los 5 restantes lograron llegar, dos a Imperial y tres a Villarrica.

El terror fue mayor para los vecinos de la ciudad. Se refugiaron todos en la casa episcopal y la ciudad fue asaltada y destruida, saqueada y robada por los mapuches triunfantes.

Los diversos cronistas hacen especial mención de haber sacado los vecinos, de la Catedral, la imagen de "Nuestra Señora de las Nieves", que se llevaron a la casa episcopal y solo a su protección atribuyen el haber podido finalmente salir con vida del infierno que fue el final de esta ciudad.

Desde Valdivia, el corregidor envió una partida de 20 hombres para ayudar a Imperial, los únicos que logró reunir para esta verdadera aventura; y así

fue, pero aventura fatal. Se vinieron por la costa, pero en las inmediaciones del Toltén los atacaron y no quedó con vida ni uno solo: los aniquilaron totalmente.

El nuevo corregidor de Imperial que reemplazó a Valiente, capitán Hernando Ortiz, renovó su pedido de refuerzo al gobernador. Esta petición lograron dársela a Viscarra los enviados Baltasar de Villagrán y fray Juan de Lagunillas, recibiendo una nueva negativa, no había cómo atender lo solicitado.

La situación también golpea a Villarrica, muy floreciente por su agricultura, minería y ganadería, como también por el activo comercio de tránsito, que se hacía por su fácil paso cordillerano. La ciudad estaba sitiada por un ejército que cada día se ampliaba mientras disminuían sus defensores. La autoridad de esta plaza, el capitán Rodrigo de Bastidas, resistirá hasta el fin, en condiciones de una heroicidad digna de quedar incorporada a las más grandes hazañas de nuestra historia, el ataque de tres años, hasta que, en 1602, se adueñaron de la ciudad los araucanos.

En esta hora de prueba, el español abandonaba todo para ir a refugiarse en Santiago, renunciaba a las mercedes y a sus encomiendas para recibir, en el mejor de los casos, una pequeña propiedad en Santiago, muchas veces no más que un solar, un cuarto de manzana.

Los hombres estaban viejos, gastados por la ruda y permanente batalla contra los indígenas y la naturaleza, eran mendigos en una sociedad reducida a la última miseria y sin saber si existirían o no al amanecer del nuevo día.

Tanta desolación obligó a Viscarra a insistir en su petición al Virrey y envió, no una comunicación escrita al Perú, sino al capitán Luis Jofré.

Impuesto de los desastres, el virrey Francisco de Velasco decide enviar socorros y trata de formar una columna auxiliar de 300 hombres, que se compromete en espontáneo ofrecimiento a conducir el corregidor de Lima, Francisco Quiñones, a quien el virrey designa gobernador interino.

31. FRANCISCO QUIÑONES (1599-1600)

Quiñones era un hombre animoso y buen militar; cargado de méritos, pero también de años. Había peleado en la costa africana contra los turcos y tomado parte en las guerras de Italia y Flandes. En España se casó con la hermana del eclesiástico Toribio de Mogrovejo, que pasó al Perú en 1580 para desempeñarse como arzobispo de Lima. Con él vino de España Quiñones con su esposa y familia.

A su lado, y con su apoyo e influencia, desempeñará diversos cargos públicos, hasta ser corregidor de Lima, en el momento que el virrey Velasco lo designa gobernador interino de Chile.

Quiñones, de inmediato, mediante un bando, inicia la formación de una fuerza que le acompañe, pero como ha ocurrido muchas veces, nadie quiere enrolarse en los cuadros destinados a Chile, cuya fama era ser “un matadero de soldados”, opinión confirmada por los hechos últimos, que ya se conocían en Perú.

Después de tres meses de búsqueda y propaganda, para incorporarse al cuerpo que desea traer Quiñones se han alistado ciento treinta hombres. Con estos hombres, doce quintales de pólvora, otros tantos de plomo, ocho quintales de mechas para los arcabuces y cuatro piezas de artillería con las balas necesarias, se hizo a la vela del Callao, el 12 de mayo de 1599, con rumbo directo a Concepción. Navegó con huracanes y tempestades, pero logró llegar con toda su expedición el 28 del mismo mes.

Fue recibido con gran alegría, viéndose en él y en sus soldados y equipos una defensa en hora tan desesperada.

De inmediato se preocupó de perfeccionar la defensa de Concepción y enviar por más auxilio al fuerte de Arauco.

El gobernador, muy luego, con su visión de hombre de armas, comprendió que era una empresa imposible dominar la insurrección con tan poca gente y, por eso, se dirige al Rey con una carta documentada pidiendo socorro: 1.000 hombres para realizar el sometimiento de la rebelión y luego la pacificación de Arauco.

En España había muerto Felipe II y ascendía al trono su hijo Felipe III. El monarca fallecido había dejado vacías las Cajas Reales y por eso el nuevo Rey, en lugar de ayudar, pide a las colonias recursos pecuniarios que le permitan más holgura a la Monarquía.

Quiñones espera, de todas maneras, que llegaran refuerzos y, con esa idea, se limita a sostener la situación y apuntalar como puede a las defensas y a los fuertes y ciudades. Envió 200 hombres a Arauco, plaza que estaba a punto de caer, pero con este refuerzo queda en condiciones de resistir. En Chillán se tomaron algunas precauciones y se castigó a algunos indígenas, llegando a creerse que el peligro estaba dominado. Pero no era así; en la mañana del 9 de octubre de 1599 atacaron la ciudad más de dos mil indios que prendieron fuego a las casas, mataron algunos españoles y se llevaron unas 30 mujeres con sus niños. Esta banda siguió su obra de tala y robos en los campos cercanos a Chillán. Un rudo temporal favoreció la fuga de los indios, sin que pudiera darles alcance el general Jofré, que los persigue con soldados propios, más unos 20 llegados ese día de Santiago.

El gobernador depuso de su cargo a Jofré, por poco previsor, y lo reemplazó por el intrépido capitán Miguel de Silva, quien en sus correrías rescató el mayor número de prisioneros, especialmente mujeres y niños.

En una nueva sorpresa nocturna, Silva logró rechazar el ataque victoriosamente y les hizo muchas bajas, se estima más de ciento. Con estos hechos, por el momento quedaba asegurada la paz en la comarca de Chillán.

En el Perú ha ocurrido un cambio muy importante. Velasco ha sido reemplazado por el Virrey Toledo; quien se preocupa de enviar, cuanto antes, un refuerzo de 150 hombres, que vienen al mando del capitán Jusepe de la Rivera. La ciudad de Santiago reunió 130 más. Con estos refuerzos Quiñones sintió cierto alivio y seguridad para el territorio al norte del Biobío.

Pero al sur del río la situación era trágica y cada día más aflictiva, pues el mapuche logró conquistar la cooperación de los huilliches, que parecían sometidos y no lo estaban. Juntos combinaron sus fuerzas y decidieron atacar Valdivia y Osorno.

Además, algunos españoles habían desertado pasándose a luchar con los indios. Entre ellos fue especialmente notable el caso del clérigo de misa llamado Juan Barba, que se pasó a los indios en Imperial junto con uno llamado Jerónimo Bello. Casos como estos no solo representaban la pérdida

del hombre, sino que eran un efectivo aporte al ataque mapuche, pues estos les entregaban la información precisa y el consejo oportuno. Además, con el ánimo de ganarse al mapuche, exageraban su espíritu de resistencia al español infundiéndole más odio.

El desastre, el cansancio, la desmoralización española cayeron sobre Valdivia, plaza defendida por el capitán Gómez Romera, que tenía 150 soldados, pocos víveres y algunas municiones. La verdad es que la plaza estaba a merced de quien quisiera tomarla y Pelantarú, aconsejado por algunos españoles incorporados a sus huestes, concentró unos 4.000 indios en Purén e Imperial y asaltó al amanecer del 24 de noviembre, cerró las bocacalles, prendió fuego a la ciudad y la arrasó. Dejó en ellas unos 130 soldados muertos, tomó 400 prisioneros entre hombres, mujeres y niños y se retiró dejando tras de sí solo ruinas humeantes.

Con la destrucción de Valdivia caía una de las principales ciudades del Sur, llave de los establecimientos al sur del Toltén. Aniquilada Valdivia, parecía evidente la caída de Villarrica y de Osorno.

En efecto, con el consejo del cura Juan Barba, Pelantarú decidió llevar el ataque a Osorno.

Del Perú habían llegado algunos refuerzos, 106 hombres que se quedaron en Concepción y 280 que llegaron a Valdivia a las órdenes del coronel Francisco del Campo, hábil militar que ya había peleado en Chile. Estuvo con Alonso de Sotomayor, como sargento mayor de las tropas que el gobernador trajo y se había retirado al Perú al llegar Oñez de Loyola a Chile como gobernador.

Se eligió a Del Campo para que viniera por ser el más competente militar. Cuando este arribó a Valdivia hacía 11 días que se había producido el desastre. Cumplió una misión humanitaria y sanitaria, dejó su barco en el río, bajó con un pequeño grupo para dar sepultura a los cadáveres que se encontraban dispersos por la ciudad. Cumplida esta tarea se dirigió a Osorno, donde los mapuches estaban iniciando el ataque. La guarnición osornina, reforzada, los rechazó.

Del Campo regresó a Valdivia para desembarcar elementos para la guerra y los indios volvieron a atacar Osorno y le pusieron fuego a la ciudad. Del Campo volvió a Osorno y, tomando a los indios por sorpresa, les obligó a levantar el sitio. De inmediato partió a Villarrica, pero tuvo que dejarla a

su suerte, pues recibió noticias de ataque que en las costas realizaban los corsarios holandeses.

El virrey del Perú, siempre preocupado de la situación de Chile, ordenó juntar soldados de todas partes del virreinato para enviar a la guerra de Chile. Entre Cuzco, Arequipa, Huánuco, Huamanga, Trujillo, Quito, Paraguay, reunió un total de 800 soldados, que llegan a Chile del modo que se expone: 150 con Jusepe de Rivera, que ya habían llegado a Santiago, 280 que se embarcaron con Francisco del Campo, que los hemos visto en Valdivia y Osorno, 106 que se quedaron en Concepción con Martínez de Leiva y 100 que trajo personalmente Francisco Quiñones. En Lima quedaron 204 listos para embarcarse a Chile y sumarse a las fuerzas de Quiñones.

En estos preparativos llega también al Perú la noticia de la presencia de los holandeses en las costas de Chile y en el Pacífico. Por esta información, determinó el Virrey que don Gabriel de Castilla partiera con los navíos necesarios, hombres y pertrechos; atacara a los corsarios y luego uniera sus fuerzas a las de Quiñones, para ayudarle en la defensa de Arauco.

No encontró a los holandeses y supuso que habían partido rumbo al Asia. En consecuencia, desembarcó en Concepción, el 14 de febrero de 1600, con 200 hombres a las órdenes del gobernador. Este refuerzo permite a Quiñones formar un cuerpo de más de 400 soldados, sin tocar las guarniciones de Concepción ni de Chillán, para acudir de inmediato en socorro de Imperial y Angol.

Al llegar al Biobío, cerca de la confluencia con el Laja, en las lomas de Yumbel, se encontró con las fuerzas mapuches, a las que, con diversas estrategias, las trajo a un encuentro a campo abierto. Cayeron en la trampa y las destrozó completamente, quedando en el campo 500 cadáveres de indígenas y se calcula que por lo menos 100 murieron posteriormente a consecuencia de las heridas.

Esta victoria le abrió el camino del sur y, dirigiéndose a Imperial, socorrió de paso a Angol. Luego pasó por las cercanías de Lumaco y Purén. En las márgenes del Toltén se enfrenta con un nuevo grupo que está dirigido por algunos españoles que se han incorporado a los indios, algunos mestizos y un clérigo, posiblemente Barba. Los indios, muy bien equipados, con armas ofensivas y defensivas, incluso arcabuces, intentaron impedirle el paso.

Quiñones cargó contra ellos. Si bien hubo pequeña pérdida personal, en cambio les tomó caballos y abundante bagaje.

El 30 de marzo de 1600 estaba frente a Imperial, que había resistido el asedio. Sus pobladores habían sufrido privaciones inauditas, sostenidos por su corregidor Hernando Ortiz. Este, desesperado de recibir auxilio de Valdivia o Concepción, había pretendido llegar a Angol en busca de ayuda. Los indios lo tomaron y lo degollaron, junto con sus soldados, a la vista de los sitiados frente a Imperial, para así producir pánico y acabar con la resistencia. A Ortiz le sucedió como Corregidor Francisco Galdames de la Vega, cuando ya solo quedaban 26 hombres en condiciones de pelear. Las mujeres ayudaban a los soldados en los bastiones y en todos los trabajos.

Se alimentaban de yerbas o de lo que encontraban, animalejos silvestres, cueros, etc. Cuando Quiñones llegó quedaban además de los soldados, 60 personas, en su mayoría mujeres y niños.

La ciudad no podía mantenerse y reunidos le rogaban, por Dios, que los sacara de Imperial y despoblara el lugar. Quiñones aceptó.

Hizo enterrar las campanas de la Catedral y de las otras iglesias, cañones y diversas especies difíciles de transportar y, el 5 de abril de 1600, tomó el camino de Angol, junto con los pobladores. Llevó los archivos de la ciudad, las armas, vasos sagrados e imágenes pequeñas de las iglesias, entre ellas la imagen de Nuestra Señora de las Nieves, la misma que en la actualidad recibe veneración en Concepción²⁸.

La caravana llegó a Angol el 13 de abril. El caso de Angol era distinto, tenía una guarnición de unos 200 pobladores y entre ellos 63 jefes y soldados. Con un refuerzo de 100 hombres más, víveres y armas, podían pasar el invierno y defenderse evitando la complicación del despueble y la dificultad de instalar en otra parte a los que se fueran abandonándolo todo.

28 El 1 de mayo de 1976, al celebrarse el primer cincuentenario de la Diócesis de Temuco, el Sr. arzobispo de Concepción, monseñor Manuel Sánchez Beguiristain, trajo en peregrinación a Temuco esa imagen, para que ella presidiera las festividades y ceremonias del cincuentenario.

Quiñones, con buenas razones, pensó que en estas circunstancias más valía concentrar fuerzas que dispersarlas. Faltaban alimentos en Angol y en los campos no existían, habían sido destruidos por los mapuches.

El gobernador hizo extender un acta, en la que constara que el Cabildo pedía suplicante el despueblo y, antes que avanzara más el invierno, abandonó Angol camino a Concepción, llevando consigo a los 260 pobladores de La Imperial y de Angol.

La presencia en Concepción de estas 260 personas, más los 400 soldados creó un problema enorme de albergue y alimentos. No se habían acumulado víveres y los habitantes de Concepción se encontraban también en medio de gran escasez.

Más adelante estos despueblos de Imperial y de Angol van a ser fuente de injustas recriminaciones contra Quiñones, quien luchaba en Concepción con grandes complicaciones y dificultades para atender y alimentar a todos los refugiados parte de ellos, por estas mismas razones, se fueron a Santiago, donde, junto con su miseria, daban a conocer su terrible experiencia.

Para colmo de desgracias, Quiñones, de vuelta de una expedición, cae con una parálisis que le impide dar al gobierno la agilidad requerida en tan difícil emergencia.

Manda, en tres naves, refuerzos y socorros a Arauco. Dos de las naves deben regresar por las tormentas que casi las hacen naufragar, lo que le pasa a la tercera, que se despedaza en los roqueríos de Punta de Lavapié. La tripulación se salva, pero, compuesta de poco más de 30 personas, es atacada y muerta por los indios. Al fin un pequeño auxilio llega a Arauco, llevado por Antonio Quiñones, hijo del gobernador, quien logra llegar hasta la plaza sitiada.

Los soldados sueltos, hambrientos, sin disciplina posible, eran un elemento casi tan intranquilizador como los indios. Faltaba la autoridad en todo el país y eso lo sentían y comprendían los mapuches.

En estas circunstancias se produjo la llegada del nuevo gobernador Alonso García Ramón, que va a poder conjurar el peligro y producir un alivio breve en la vida colonial. Pero el sur, La Frontera, quedó definitivamente perdida para España y aún para Chile, por lo menos hasta fines del siglo XIX.

32. ALONSO GARCÍA RAMÓN (1600-1601)

El virrey Luis de Velasco oyó al fin las justas peticiones de Quiñones y decidió reemplazarlo por Alonso García Ramón, antiguo cuartel maestro de don Alonso de Sotomayor. García Ramón conocía a Chile y a los mapuches como a su mano, pues se había retirado de Chile al ser designado gobernador Martín García Oñez de Loyola.

El gobernador nombrado comprendió que el mayor sacrificio que podía pedirse a un hombre era hacerse cargo de la Gobernación de Chile en esos momentos, sin darle a su vez los recursos y refuerzos militares necesarios.

Militar, obedeció. El 12 de junio de 1600 partió del Callao con dos buques repletos de provisiones, ropas, abastecimientos y el 30 de julio entró a Santiago. Su sola presencia dio a los santiaguinos y a los chilenos en general una sensación óptima de seguridad y una fuerte reacción moral.

Ya en septiembre supo que el Rey había designado en propiedad como gobernador a don Alonso de Rivera, reputado militar en Europa. García Ramón, a pesar de todas las noticias, se preparó para ir de inmediato en ayuda de Concepción y Chillán y efectivamente destruyó en Quinel a una concentración de más de 4.000 indios.

Proyectó enseguida una excursión por Angol, Lumaco y Purén para socorrer a Villarrica y luego reunirse en Osorno con el comandante Francisco del Campo.

Supo la dura y afligida situación de Arauco y se decidió a apoyarlo; los pobladores y militares del fuerte tenían en tal extremo agotadas sus fuerzas y sus recursos que su resistencia no podía durar mucho más.

García volvía a Concepción para acudir en auxilio de Arauco, cuando, estando de camino a Hualqui, le llegó la noticia de la llegada de Alonso de Rivera, quien el 11 de febrero desembarcó en Concepción y empezó a tomar contacto con su antecesor.



Pedro de Valdivia, Fco. Villagra y Gmo. Alderete, Gobernador de Chile en "Histórica relación del Reino de Chile" de Alonso de Ovalle.

Fuente: www.memoriachilena.cl



Francisco de Villagra. Personaje importante de la Conquista. Gobernador de Chile entre los años 1561 y 1563. Óleo de Pedro León Carmona.

Fuente: www.memoriachilena.cl

CAPÍTULO SEGUNDO

La Araucanía en el siglo XVII

1. ALONSO DE RIBERA Y ZAMBRANO (1601-1605)

Ambos militares tenían sus rivalidades. Desde luego el Virrey había manifestado todo su apoyo a la designación en propiedad de García Ramón; hecho que Ribera comprendió por el trato y dilación con que se atendía a sus peticiones en Lima. Entre ambos se establece una armonía y cortesía de etiqueta, pues en el fondo de ambos había reservas y desconfianzas bien disimuladas en el primer momento de sus relaciones.

García Ramón resolvió quedarse en el país, porque el Virrey se lo pedía y le solicitaba en términos muy lisonjeros su valiosa cooperación en el ejército. La armonía primera se comprenderá que, siendo aparente, no podía durar.

Ciertamente Alonso Ribera era un militar de altísimo prestigio, bien ganado en todas las operaciones de guerra en las que participó en Europa: en Italia, Flandes y Francia. Pero también García Ramón tenía un bien ganado prestigio por su actividad en Chile en tiempo de Sotomayor.

Tomás Guevara, en su *Historia de la Civilización*, dice: "Al día siguiente de la entrevista, García Ramón entregó a Ribera un proyecto de campaña, que consistía en invadir el territorio araucano con tres cuerpos que debían maniobrar simultáneamente, uno por la costa, otro por el centro con destino a socorrer a Villarrica y Osorno, y el tercero por el mismo camino, pero destinado a repoblar Santa Cruz y Angol. Parecióle al gobernador inaceptable el plan de su predecesor, por cuanto fraccionaba su ejército debilitándolo y por encontrarlo semejante a los que se habían puesto en ejecución anteriormente sin ventajas decisivas. Pidió García Ramón que Ribera le diese una respuesta categórica sobre él y en su defecto, solicitaba su venia para "irse a su casa"; a lo que este le contestó que hiciera lo que fuese de su agrado"²⁹.

Después de esta entrevista Ribera citó sus capitanes a una junta, que se realizó el 16 de febrero, para poner en conocimiento de ellos su plan, que en buena parte coincidía con el de García. Lo primero que parecía debía hacerse, sin dilación, era socorrer la plaza de Arauco, pero en caso alguno debilitar la fuerza con fraccionamiento del ejército. Aceptaba el socorro de Villarrica y

29 Tomás Guevara, pág. 637.

Osorno, pero en vista de las dificultades insuperables del momento, difería esta operación para más tarde.

Los oficiales aprobaron el plan. García, al conocer el proyecto de Ribera, decidió trasladarse al Perú, deseo en que no lo contrarió su rival, interesado en suprimir cualquier obstáculo a sus planes y proyectos. Surgió así enemistad de recriminaciones sobre errores militares que llegaron al Virrey y al mismo Monarca.

Al momento de iniciarse como gobernador, Ribera contaba con 44 años de edad. Era el oficial con hoja de servicio más brillante del ejército español. Su nombre aparece llamando la atención del duque de Fuentes y del Archiduque Alberto. Este último le nombró sargento mayor, o sea, comandante en jefe de uno de los tercios de la Infantería Española. Hasta la fecha, ya un siglo, no había venido de España a América un soldado con mejor hoja de servicio y ninguno de los que vino mostró dotes de estrategia y táctico a su altura.

“España sacrificaba su más valiosa reserva de comando guerrero, para hacer frente al pueblo mapuche, que había concluido por acaparar la atención de América entera y por preocupar seriamente al Monarca y al Consejo de Indias”³⁰

Su designación se debió a la valiosa intervención del duque de Fuentes. Cuando el Rey se impuso de la gravedad de los hechos en Chile, con la muerte de Oñez de Loyola y la rebelión en marcha que siguió a su sacrificio, solicitó al Consejo de Indias que le propusiera un gobernador que realmente fuera capaz de dominar la rebelión y de poner término a la sangría que significaba la Guerra de Arauco. El consejo, a su vez, solicitó nombres al general duque de Fuentes, quien no dudó que la persona que reunía las condiciones que el Rey solicitaba era Alonso de Ribera, y así se desprendió del mejor de sus oficiales, ante los datos que se le dieron sobre Chile y su importancia para la conservación del Perú.

Ribera partió de Sevilla en abril de 1600, con 300 hombres y la promesa que muy pronto se le enviaría, por lo menos, otra partida igual.

30 Fco. A. Encina, *Op. cit.*, pág. 328.

Hizo su viaje vía Panamá, donde encontró al ex gobernador de Chile, don Alonso de Sotomayor, quien le dio los primeros informes válidos sobre Chile, la guerra de Arauco, el criterio y capacidad militar del mapuche y la indisciplina, desaliento, pobreza y fatiga del soldado español, que iba a encontrar en Chile.

Europa y España eran otra cosa. El hombre empieza a tomar contacto con otra realidad, y por lo mismo, comienza para Ribera tropiezos inesperados y que además no tienen la solución que él había encontrado con facilidad en España.

Así en Panamá se enfrenta al primer tropiezo; le han ofrecido entregar a su mando 300 soldados de primera clase, más las bajas que debían calcularse se producirían antes de llegar a Chile. El general que había de entregar este contingente, Marco de Aramburo, pone bajo el mando de Ribera un total de 437 hombres.

Este contingente era una burla para un militar como Ribera y así se lo manifiesta en carta al Rey, en que le describe la condición de estos hombres: "Ciento treinta y uno de ellos de Cádiz, veintiocho viejos, sesenta y dos bisoños, sesenta agregados, sesenta y dos sin espadas, y 94 que no han entrado de guarda en este pueblo (Panamá) por inútiles". Se encuentra así con un contingente, sobre el cual ejercer su mando, que constituía una burla para su calidad, sus méritos y la misión que se le confiaba. Nueva dificultad tendría en Lima, donde piensa poder hallar los hombres que no encontró en Panamá. Luego se da cuenta que en Lima la situación es peor.

Tuvo mejor suerte en el aspecto de recursos en dineros. El Rey había entregado orden para que, de las Cajas Reales del Virreinato, se le entregaran 60.000 ducados anuales. El virrey Velasco le anticipó un año de subsidio para que pudiera apertrecharse en Lima y, a fines de diciembre de 1600, salió del Callao en dos naves, para desembarcar en Concepción en febrero de 1601.

Llegó con un contingente compuesto por 260 hombres regularmente equipados; la desertión entre Panamá y Perú fue casi tanta como la que traía. No se podía esperar otra cosa, después de la descripción que él hace de sus hombres.

Se conocían en Concepción sus antecedentes y capacidad militar, pero su llegada desilusionó a los pobladores ya que se había pedido al Virrey y al Rey

en un “memorándum” que llevó el provincial de los Agustinos fray Juan de Bascones, otra cosa.

En este “memorándum” se exponía claramente el descontento por el envío de personas sin capacidad para enfrentar la guerra, como había sido el caso de Martín García Oñez de Loyola y solicitaban se enviara de nuevo a Alonso de Sotomayor o, en su lugar, a Alonso García Ramón.

Nada de esto se tuvo en cuenta y tanto el Consejo como el Rey pensaron, precisamente, satisfacer la demanda enviando, en lugar de los nombrados a Ribera debido a sus antecedentes.

Solicitaban un contingente de 2.000 soldados y el dinero para pagarlos, equiparlos y hacer frente a las adquisiciones para su vestido y alimento. Pedían además que se dotara a la Gobernación de dos barcos permanentes para combatir a corsario y piratas, con base, uno en Chiloé y otro en isla Mocha. La petición supone y expresa que a los corsarios, llegando por el estrecho del Pacífico y sin tener ocasión de realizar reparaciones, se les vencerá fácilmente.

Así, al recibir a Ribera, ven desoídas todas sus sugerencias y estiman su presencia casi como una burla. Conoce el gobernador, al desembarcar, el desagrado con que se le recibe. Además no trae 2.000 hombres, solo un poco más del 10% de lo solicitado.

Por la información recibida tanto en Panamá como en la entrevista en Concepción, a Ribera le queda claro que lo primero que debe hacer es salvar a los pobladores que, desesperados y moribundos, defendieron el nombre de España en Angol e Imperial y que se hallaban en Concepción después del despueblo de esas ciudades. Debe salvar Valdivia, Osorno, Villarrica y Arauco y no tiene personal con que realizar estos cometidos.

Francisco del Campo, que defendía Osorno, ya había muerto en la defensa de la ciudad. Al norte del Biobío, se mantenían Concepción, Chillán, Santiago y La Serena.

Ribera quedó en Concepción; salvó así esta ciudad y garantizó la permanencia del norte del Biobío. Osorno, Villarrica y Valdivia fueron destruidas y al Sur del Biobío mantuvo solo el fuerte de Arauco. Como consecuencia otra vez la Colonia queda de hecho reducida al territorio del centro y norte de Chile, donde seguirá desarrollándose modestamente el

Chile colonial; estableciendo la vida de las haciendas con sus cultivos: trigo, maíz, papas, viñedos, olivares y frutales; una chacarería abundante y variada para el consumo local y un amplio desarrollo de la ganadería que llegará a entregar durante este siglo XVII la mayor cantidad de los productos de exportación: sebo, charqui y cueros; crianza de animales que se hace en forma extensiva en las inmensas haciendas cuyo dominio está siendo establecido como una consecuencia del título de merced.

Francisco del Campo se mantuvo dos años entre Valdivia, Osorno y Chillán; en Castro, venció y expulsó a los holandeses que se habían instalado en la isla. Llegó de regreso a Valdivia, la que encontró destruida y se internó a Osorno con el ánimo de despoblarla y llevar a sus habitantes a Chiloé. Dejó Osorno y se dirigió a la isla para preparar su traslado. Cerca de Carelmapu estableció su alojamiento, sin mayor preocupación de vigilancia.

Entre los indios huilliches de la comarca vivía un mestizo natural de Quito, que se llamaba Lorenzo Baquero. Habíase fugado de Osorno por un castigo que le hizo aplicar Del Campo. Con el ánimo de vengarse le seguía los pasos y acechaba la oportunidad de dar un golpe de mano a su antiguo señor.

La oportunidad se le presenta al rayar el alba. Ocultando su presencia en un pelotón de indígenas, se acerca al campamento español y acomete con rapidez. El primero que sale al oír el estrépito de la embestida es Del Campo, sin armadura y a medio vestir. Con una lanza en mano, seguido de algunos soldados, corre al encuentro y cruza con los bárbaros su arma, que se quiebra. Con el pedazo que mantiene en manos continúa defendiéndose. Lo ubica Baquero, vuelve contra él y le atraviesa el pecho de una lanzada. En este momento el español Cristóbal de Morales le grita: "¡ah perro mestizo! Aquí estoy yo que castigaré tus maldades". Le apunta con el arcabuz y lo tiende de un balazo.

Francisco del Campo es otro hombre cuya presencia en la Conquista de Arauco merece un lugar de preeminencia en el recuerdo colonial.

Temiendo los capitanes que los indios pudieran ubicar el cadáver de Del Campo y destrozarle la cabeza para beber de ella en sus orgías, convinieron en arrojarlo al fondo de un río con piedras atadas al cuello. Inmerecida sepultura para tan insigne soldado.

Ribera envió a Francisco Hernández Ortiz, con 200 hombres que llegaron a Osorno y lograron salvar el resto de la guarnición. Se le ordenó que, si

Del Campo hubiera muerto, él tomara el mando del sur y prosiguiera a Villarrica, una vez que afianzara la situación de Osorno. En lugar de cumplir lo estipulado se dirigió a Chiloé, donde se entregó a perseguir y castigar a los indígenas.

Cuando en marzo de 1602 vuelve y se prepara para llegar a Villarrica toda protección es inútil; se va a encontrar con los triunfantes amos araucanos.

Tres años resistieron los abnegados defensores de Villarrica, sin recibir ningún refuerzo, con innumerables privaciones y librando continuos combates. Todo el conjunto de hechos en torno a la destrucción de Villarrica forma uno de los episodios más conmovedores de la Historia Nacional.

Este episodio es conocido por la interesante y bien fundada descripción que de él nos da el padre jesuita Diego de Rosales, en su obra "Historia General del Reyno de Chile", Tomo II, Libro V, Capítulo XXV. Creo que es de valor incorporar esta narración en forma íntegra, tal como está en su obra. El historiador Encina, en su Historia de Chile, al tratar este punto dice que parece ser que Rosales, que fue contemporáneo de estos hechos, ha tenido a la vista documentos hoy perdidos para nosotros, por la precisión y detalles que entrega sobre el tema, o bien, ha recibido la información personal de ese español, Marcos Chabari, que vivió y luchó y padeció los tres años del sitio y que, al caer finalmente la plaza, fue tomado prisionero, pero fue respetado por los indios que, en muchos casos, se portaron así con aquellos españoles en los que admiraron su valor y su heroísmo, como también el trato que les daban fuera de la guerra, o como prisioneros.

Chabari fue liberado y entregado por los indios, que lo retuvieron cautivo varios años, al gobernador Marqués de Baidés.

2. DESTRUCCIÓN DE VILLARRICA

Rosales nos cuenta así este episodio³¹ que copiamos tal como fue editado, conservando la ortografía original.

31 Diego Rosales. *Op.cit.*, Tomo II, pág. 382.

“Muchos fueron los deseos y grandes las diligencias con que solicitaron el socorro de la ciudad de Villarrica tres gobernadores³² que ubo desde el alzamiento general y desde que los indios la asaltaron y pegaron fuego, poniéndola estrecho cerco. Y el Coronel Francisco del Campo, que fué con doscientos hombres a Osorno, y el Capitán Ortiz con trescientos, lo desearon harto y lo intentaron, y siempre se desvanecieron las diligencias por grandes impedimentos, con que vino a parecer, al cabo de tres años de sufrir, la gente más valerosa y más constante que ha tenido Chile y que puede ser exemplo de tolerancia a muchos siglos y Reynos. Aviéndoles quemado el enemigo la ciudad, se estrecharon en un fuerte que hizieron, y para su defensa forxó piezas de artillería un soldado que allí se halló, llamado Tejeda, que sabía de arte, Fundiendo las campanas y todo el metal que se halló. Hizieron también un barquillo para pescar en la laguna (Lago Villarrica) y para ir a maloquear y quitar comida a fuerza de armas a los indios que estaban sitiados alrededor de la laguna, y duróles hasta que el enemigo se le ganó.

Teníalos el enemigo cercados y con tanto aprieto que aun yerbas no podían salir a coger sino con riesgo de la vida. El Capitán Marcos Chabari y Beltran, que de continuo peleaba con ellos, ya no tiraban a matar indios, sino a los caballos para tener que comer, y en matando un caballo avia fiesta y repartían entre todos, y como eran muchos les cabia poco. Y assi le dixo el Capitán Bastidas a Beltran que pues era tan ingenioso en trazas diesse alguna para que tubiesse a la gente que comer, que si él pudiera con sangre de sus brazos la sustentara. A lo cual le dixo Beltran: “Yo fingiré que me quiero ir al enemigo, y hablaré a los caciques diziéndoles que no puedo sufrir esta vida y que les entregaré el fuerte y todos los españoles y españolas; pero que primero traigan alguna comida a vender para asegurarlos y para aprovecharse ellos de los vestidos, xoyas, y riqueza que tienen los españoles, que todo se lo darán en trueque de comida. Y con esto les obligaré a que nos traigan de comer y luego les daremos un Santiago”. Assi lo hizo Beltran, y luego que embió el recado a los caciques se alegraron grandemente porque tenían de su parte un tan grande soldado, y con él juzgaron que se avian de hazer señores de los demás españoles. Trageron muchissima comida que vender y los vecinos se la pagaron muy a su gusto, con que se provayeron par muchos meses de bastimentos. Y cuando los caciques le dezian a Beltran que acabasse de salir de el fuerte y irse a vivir con ellos, los entretenía, ya con decirles: “aguardad un poco, que voy asegurando a los españoles para que los coxamos a todos descuidados”, ya con excusas de que el capitán avia sabido su intento y

le avia querido ahorcar y que le andaba desvelando, y con esto les dezia que no se cansassen en traer a vender comida, que presto se la pagaria. Y pegósela a los enemigos, porque un dia muchos dentro de el fuerte, dixo a los españoles: "De los enemigos los menos", y dando en los indios un repente, mató a muchos y los demás se escaparon huyendo, dexando en el fuerte todos los caballos y la comida que llevaban para vender, con que tuvieron probision para seis meses, haciendo zecina de los caballos.

Picados los indios con esto, trageron una grande junta determinados a ganar el fuerte y trageron consigo a don Gabriel de Villagra, vecino de aquella ciudad que avian captivado en Valdivia, y a doña Marcia Carillo, para que persuadiesen a los españoles a que se diesen, y pusiéronlos en parte donde pudiessen hablar y con otros indios de guardia. Más los dos se dieron tan buena maña que se huyeron de las guardas y se metieron en el fuerte, librándose de la dura esclavitud. Con esto dieron un fuerte assalto los indios y ubo una reñida pelea en que murieron muchos indios, y los demás, viendo la resistencia, lo dexaron; pero volvieron depues con mayor arresto y pegaron fuego al fuerte por tres partes, poniendo en grande aprieto a los españoles, que muchos con sus mujeres abrazados pedían confesión. El Capitan Marcos Chabari, que siempre era el alentado y el aliento para los demas, restauró un cubo matando por sus manos cuatro indios y apagando el fuego. Y faltos de comida y de ato se redugeron a mayor estrechura.

Con esto volvió la ambre a apurarlos, de suerte que si no es yerbas, romaza y yerba buena, no comian otra cosa, y al irlos a coger, el enemigo que estaba de emboscada, los cogía, y con todo eso no se podían contener las pobres señoras de salir, aunque poco a poco se las llebaba el enemigo, queriendo antes de morir a sus manos que a la rabia de el ambre. Señaláronse notablemente Pedro Saucedo y Gabriel Martin en el ánimo y atrebimiento en salir de noche del fuerte e ir al campo del enemigo y hurtarle los caballos para traer que comer a la gente. Y Saucedo por desverlarlos se iba las cuatro y las ocho leguas la tierra adentro, donde estaban mas seguros los indios y con menos cuidado, y allí les cogía los caballos y los traía, con via, haziéndose célebre. Encarecía el ambre el valor de la comida y hazia despreciar el oro y la plata, que nunca falta quien la codicie aunque sepa que la ha de perder. Valia una morcilla de sangre de caballo diez pesos de oro, un tasaxo catorce, un celemin de zebada cuarenta. Hombre ubo que durante la ambre se comio media cuera de ante de Castilla y dos panes de jabon. Una muger se comió, acabada de parir, la criatura de sus entrañas. Carne humana la comieron muchos, y de los indios que mataban hazian zecinas. Creció tanto la necesidad que los hombres querían echar suertes para comerse unos a

otros. Mas el esforzado Capitan Bastidas, con su ánimo y mucha prudencia, les disuadió de una cosa tan abominable, persuadiéndolos a lo que era menos mal, que comiesen la carne de los indios que se mataban, diziéndoles que con eso estarian mas valientes y mas gallardos para pelear, porque a la gallardia de su valor juntarian la valentia de los indios convirtiéndola en su sustancia.

La gente mas flaca, como las mugeres y los niños, se caian muertos de hambre, y ya las dexaban irse al enemigo por no verlas morir a sus ojos, y cada una se iba por donde queria, sin obediencia las hijas a las madres y las mugeres a los maridos, porque la ambre no guardaba respetos a la obediencia por conservar la vida, y porque el enemigo estaba siempre de emboscada cerca del fuerte, y para salir a coger yerbas era forzoso reconocer antes; no embiaban ya a los hombres porque se los llebaba el enemigo y hazian gran falta para la defensa de el fuerte, y dieron en embiar mugeres. Salió una a reconocer y llebósela el enemigo; salió otro dia otra y fue lo mismo: con que la gente, muertos y captivos, se iba disminuyendo.

Avia ya manzanitas verdes, y aunque agrias era gran regalo, y salian los hombres con sus armas y las mugeres a cogerlas, y en una salida de estas los aguaitó el enemigo y captivó a Doña Ana de Luna, Doña María de Figueroa y a Fray Martin de Rosas, de la Orden de San Francisco. No daba lugar el ambre al escarmiento, que era fuerza ir a buscar la vida aunque encontrassen la muerte, que de no buscarla la tenian mas cerca en casa y mas cruel. Y salieron los capitanes Marcos Chabari, Juan Beltran, Pedro Alcaide, Don Alonso de Cordova, Gabriel de Villagra y Fray Pablo de Bustamante con otros, y cuatro españolas y algunos niños. Fueron todos juntos a coger manzanas verdes de tras de San Francisco, sin dexar el Capitan Marcos Chabari que se dessordenasse ninguno. Pero como viessen allí cerca frutilla, el apetito de ella los desordenó, y aunque lo contradixo Beltran, fueron allá algunos a cogerla, diziéndole Don Gabriel a Beltran que no fuese timido, a lo qual respondió Beltran: "Recato sí, pero timido no lo he sido jamas; que para aventurarme tan buenos cascos tengo como qualquiera", No ubieron bien dividídose quando el enemigo, que estaba en dos emboscadas, salió de la una con la caballeria y los cortó y la infanteria y los cogió en medio. Y aunque mas hizieron por defenderse, como eran tantos, cargaron con gran furia y de una pedrada derribaron sin sentido al Capitan Marcos Chabari y le captivaron; mataron a Luis Rodriguez, a un cacique amigo y cercaron entre cien indios a Beltran, que hizo valentias extrañas, defendiéndose de todos y derribando indios. Pero, como eran tantos, le quitaron la vida: con que desmayó la gente con la muerte de tan grandes capitanes, y el fuerte quedó sin las dos columnas que le sustentaban. Y por aver salido al ruido del arma el

Capitan Bastidas, escaparon algunos, como fueron Don Alonso de Cárdoval, Don Gabriel y Juan de León, y quedaron captivos el Capitan Pedro Alcaide y Juan de Torres.

Salieron tambien a coger manzanas verdes, apretados de la necesidad en esta ocasión el Prior de Santo Domingo Fray Pablo de Bustamante y Alonso Nuñez, presbitero, y al Prior le mataron alli luego y al clérigo le llebaron captivo. Y como en esta ocasión ubiesse salido Pedro Saucedo con otro dos, como solia, a quitar caballos al enemigo para proveer el fuerte, que era el que mas continuos socorros le daba, cogió lengua el enemigo de como andaban fuera y echóles emboscadas y los cogió. Con estas presas quedó el enemigo muy victorioso y animado, y el dia siguiente vino a vista del fuerte con Marcos Chabari, atado, Pedro Saucedo y los demas captivos, diciendo a los cercados que qué esperaban a darse, que ya no tenían remedio aviéndoles quitado todas sus fuerzas y matándoles a Beltran; que se diessen. Mas, los de el fuerte respondieron con grande constancia que no era de españoles rendirse y que avian de pelear y defender su fuerte hasta morir. Pidió el Capitan Marcos Chabari a su mujer y a su suegra, y otro soldado también a su mujer, diciendo que ya su suerte y su desgracia los avia traido aquella miserable suerte del captiverio y que viéndolos los indios con sus mugeres le concervarian la vida y si no los matarian en la primera borrachera, que ese era su uso: con que se les dieron, y ellas salieron con gusto por librarse de la ambre y por acompañar a sus maridos en sus trabaxos y servirles.

Aviendo salido tambien con el ambre a buscar algun caballo que comer un clérigo llamado Andres de Viveros con un indio amigo, los cogió el enemigo una legua de el pueblo, y como el buen sacerdote ubiesse estado otras dos veces captivo y librándose de su poder por su buena diligencia, no quisieron esta tercera vez que se les escapasse ni darle la vida, porque luego que le cogieron le ataron fuertemente y le amarraron a un palo y le dieron terribles azotes, sufriendolos con gran constancia y paciencia. Despues de avérselos dado, le digeron que escogiesse el genero de muerte que quisiesse, a lo qual respondió que no avia que escoger en ningun genero de muerte, que qualquiera que le diessen sufriria por Dios: que solo les rogaba le dexassen encomendar un poco a Dios, lo qual le concedieron por ver lo que hazia, Y aviéndose incado de rodillas estuvo un rato los ojos clavados en el cielo, ofreciéndose a Dios y pidiéndole fortaleza y perdón de sus culpas y de las de aquellos barbaros, y levantándose con gran reportacion es dixo que alli estaba a su mandado, pero que mirassen que era sacerdote de Christo, que nunca les avia offendido ni derramado su sangre; que solo avia salido, apretado de la ambre, a buscar de comer y que eso no era crimen de muerte. Digéronle los indios a esto que por el mismo caso que era sacerdote

le avian de dar una muerte cruel y porque se habia huído otras dos veces de el cautiverio, y atándole otra vez a un palo le azotaron mas cruelmente que la primera, hasta que cansados le dexaron de azotar. Y trayendo un palo agudo le espetaron en él y le assaron, sufriendo este genero de muerte como otro San Lorenzo y ofreciéndole a Dios este olocausto de su cuerpo. Todo esto refirieron españoles captivos que se hallaron presentes, llorando de ver padezer tan terrible muerte y tan glorioso martirio a esta santo sacerdote, que sin duda fue martirio, pues le quitaron la vida por serlo, como ellos lo dixeron.

No perdió el ánimo la invencible constancia de el capitán Rodrigo Bastidas por ver tantos trabaxos sobre su fuerte y perdidos los hombres de mas importancia de él, y aunque los indios que avian sido antes amigos le vinieron varias vezes a dezir que se rendiesse y que le darian paso franco para Santiago o para Valdivia, siempre les respondió igual constancia que allí avia de morir defendiendo la plaza que su Rey avia encargado, y lo mismo exortaba siempre a la poca gente que tenia, que vino a quedar en tan poca, que de una ciudad tan populosa solos quedaron once hombres y diez mugeres, que fueron: el capitan y Corregidor Rodriga Bastidas, el capitan Alonso Becerra, Juan Sarmiento de Lean, don Gabriel de Villagra, don Alonso de Córdova, Domingo de Urasandi, Pedro Alonso, Andres de Riveros, Francisco Nuñez, Sedeno Vicario, Pablo Fernández de Córdova y don Juan de Maluenda de poca edad. Las españolas fueron: doña María Zapata, doña Lorenzo de la Calzada, doña Isabel de Luna, doña Anna de la Paz, doña Ines de la Paz, doña Aldonza, doña Beatriz Lozano, doña María de Placencia, doña Juana Chabari y doña Anna su hermana, muger del capitan Bastidas. Recogieronse todos en un reducto muy estrecho y pusieron en medio un altar con la imagen de Nuestra Señora de el Rosario y un Christo muy devoto, y encomendándose con muchas lagrimas a ellas, les suplicaban les embiasse socorro de el cielo ya que en la tierra no le avia para ellos. Tomaron por falta de hombres la muger, trocando el abito las armas y hizieron lo que varones no pudieron, haziendo de noche y de dio guardias y centinelas. Y aunque el enemigo las procuró abrasar y les dio humazo por algunos dias, lo sufrieron todo con gran valor defendiéndose de sus asaltos.

Viendo que no se rendian, se juntó toda la tierra a hazer el ultimo esfuerzo, y marchando a siete de febrero del año 1602 se anticipó un cacique de la cordillera llamado Cuminaguel, que quiere dezir Tigre Roxo, con un hijo del capitan Rodriga Bastidas, a quien llebaba por delante para que le sirviesse de page de armas y como su captivo, y hizole que hablasse a su Padre y le digiesse que se rendiesse antes que la multitud de los barbaros que venian llegasse, porque con el furor de la pelea a él ya todos los avian de matar, y que rindiéndose le darian la vida ya todos los que con él estaban. Y no haziendo caso, les dixo que

viniesen, que ya estaba hecho a pelear con ellos, y que tres años avia que estaba alli defendiéndose sin socorro ninguno y esperaba en Dios se defenderia, y que si no era con la muerte, no avia de aceptar partido con otro. A cometieron con esto los esquadrones, tocando sus cornetas y dando grandes alaridos, cercando el estrecho fuerte por todas partes, y poniendo escalas y tablones obligaron a algunos captivos ya un mestizo, poniéndoles las lanzas a los pechos, a que subiesen los primeros y pegassen fuego al fuerte, y hubiéronlo de hazer, aunque al mestizo le derribaron de un balazo los de adentro. Peleaban los españoles, las mugeres apagaban el fuego, unas daban polvora y otros echaban agua. Y como esta se acabasse, prevaleció la llama y abrasósse el fuerte y le entró el enemigo, y matando al capitan Becerra, a Domingo de Urasandi, a don Gabriel de Villagra y al Vicario los primeros, a los demos los llevaron captivos a los cuarteles con el capitan Bastidas y Juan Sarmiento de Lean, que les tocó por suerte ser ellos y sus mugeres presos de sus propios indios de encomienda, y a las pobres señoras servir a sus criados de mugeres y de cocinar y hazer chicha como las demos indias: que a esta desdichada suerte traxo la fortuna a todas las españolas de esta ciudad rica, y a que se viessen tan pobres y desnudas que apenas tenian una mala manta con que cubrir sus delicadas carnes, descalzas, maltratadas de las indias que antes las servian, y hechas mofa y escarnio de las demas.

Muy triunfantes y gozosos quedaron los caciques con aver conseguido lo que tanta sangre y desvelos les avia costado por tres años de cerco, y juntándose para ver si se avia de dar muerte o vida al capitan Rodriga Bastidas, porque los caciques de su encomienda dezian que se le diesse la vida por aver sido tan gran capitan y tan valeroso, pero los demas, que estaban lastimados por los muchos vasallos y caciques que por causa de su resistencia avian muerto en aquel cerco, dezian que muriesse. Y prevaleciendo estos, le cogió el cacique Cuminaguel y trayéndole con una soga al cuello y desnudo en medio de la junta, llegó su mujer llorando a abrazarse con él y a cubrirle por la decencia; mas un cacique imperioso y soberbio la cogió de los cabellos y la llebó arrastrando, maltratándola de obra y de palabras, porque siendo ella captiva se atrevia a ayudar a un captivo aunque fuesse su marido. Puesto en medio el capitán Bastidas, hizo el cacique Cuminaguel un parlamento engrandeciendo su valor por aver ganado el fuerte y captivado a tan grande capitan y dado tantos despojos a todos sus vasallos. Y díxoles que para solemnizar la fiesta y beber con gusto, era necesario dar de beber

de la sangre de aquel capitan a sus flechas ya sus lanzas, y diciendo esto, dieron al capitan con una porra en la cabeza y luego se la cortaron, y sacaron el corazon palpitando, y su sangre untaron las flechas y las puntas de las lanzas, y poniendo sobre una la cabeza cantaron victoria, repartiendo el corazon a pedacitos entre los caciques. Y este fue el fin que tuvo este valeroso y constante capitan y la famosa ciudad de la Villarrica”.

La Historia del Reyno de Chile del padre Diego de Rosales, permaneció inédita hasta su publicación en Chile, por obra del político, historiador, orador, hombre múltiple, que fue Benjamín Vicuña Mackenna.

Supo, en sus viajes por Europa, de la existencia en España de un manuscrito muy interesante para Chile y realizó cuanta gestión fue necesaria, hasta que adquirió, con su personal peculio, este importante manuscrito, que él mismo, personalmente, trajo de España a Chile en su propio camarote, cuidándolo con especial diligencia. Enorme esfuerzo significó para Vicuña Mackenna el trabajo para descifrar un manuscrito que, cuando él lo adquirió, tenía más de doscientos años de haber sido escrito. Luego en febril trabajo y con la cooperación de *El Mercurio* de Valparaíso, empieza a componerse la obra y, en poco más de un año, han quedado impresos los tres volúmenes que encierran esta extraordinaria Historia de Chile, dividida en nueve libros.

Qué importante sería que alguna institución reeditara esta obra tan difícil de encontrar. Ha tenido una sola edición, la que hizo Vicuña Mackenna en 1868.

3. POLÍTICA MILITAR DE RIBERA

Debido a sus dotes de gobernante y administrador se eleva Alonso de Ribera muy por encima de los mejores gobernantes coloniales de los siglos XVI y XVII. “Se destaca como un vigoroso y elevado árbol, en medio de la selva achaparrada que forman los virreyes del Perú y gobernantes de Chile del siglo XVII³³.”

33 Francisco A. Encina. *Op. cit.*, Tomo II, pág. 364.

Ribera era militar a la española, vale decir, a la europea. Pronto, con las advertencias de Sotomayor en Panamá, las conversaciones con los viejos soldados de Chile, con sus capitanes y los encomenderos, con la visión de la vida de los pueblos y campos, con el contacto de los indios amigos, con los primeros encuentros con los araucanos, su inteligencia militar le hizo comprender determinados principios para esta guerra de ocupación y de conquista.

Lo primero que comprendió es que no se podía pensar en ocupar la misma gente en el desarrollo de la vida de la población, en las actividades del trabajo, del campo, de la minería, para con ellos también hacer la guerra. Una era la población civil y otra la militar, que debía ser profesional y permanente; pagada y bien pagada con el tesoro de las Cajas Reales.

Lo segundo que era imprescindible emprender a fondo era dar seguridad en el territorio ubicado al norte del Biobío, lo que desarrollaría la riqueza y el trabajo sin inquietudes por la guerra, cuya línea estaría en el Biobío y en la costa de la provincia de Arauco, hasta el fuerte del mismo nombre.

Tercero, la ocupación debía hacerse con un ejército regular, pagado, armado, vestido y equipado por el tesorero real; lo que la Colonia no podía hacer, ni menos sostener, a la vez, la guerra.

Consecuente con estos puntos de vista, logró formar un ejército permanente, numeroso y bien disciplinado. Este ejército sería pagado por el Rey, con sueldos mensuales y regulares que él fijó: soldados, 10 ducados; sargentos, 15 ducados; alféreces de infantería, 23 ducados; alféreces de caballería, 60 ducados; sargento mayor, 65 ducados y el maestro de campo, un sueldo anual de 1.000 ducados.

Logró, de acuerdo con su plan, ser oído por el Rey Felipe III, quien aprobó la existencia de un ejército profesional permanente, ratificó la forma de remuneración y para ello elevó a la suma de 120.000 ducados el auxilio que debía enviar el Virrey, de las Cajas Reales del Perú.

El Virrey le envió además 370 hombres para este ejército y de España le enviaron 1.000 hombres más. Con estos auxilios, el gobernador se proponía suprimir el servicio personal de los vecinos y las donaciones en dinero.

Otro aspecto era abastecer el ejército; porque mientras el abastecimiento se hiciera pesar sobre los comerciantes, sobre las cosechas de los hacendados

y el intercambio con el Perú, el desarrollo local era inútil. Este abastecimiento además debía ser regular. Ribera comprendió esto muy bien, e ideó crear haciendas e industrias para abastecer al ejército de pan, carne, caballos, vestido, armas, monturas, riendas, mantas; en una palabra hacer todo lo que era posible hacer en Chile para las necesidades del ejército.

Si hubiera que indicar a alguien como el impulsor e iniciador de la actividad industrial en Chile no trepidaría en señalar que ese título le corresponde a este hombre genial.

El 4 de septiembre de 1604, Felipe III ordenaba suprimir en Chile el servicio personal y las derramas. Cuando estas instrucciones llegaron, ya había iniciado Ribera su aplicación en Chile.

Los productos del campo quedaron libres para ser comerciados y se vendieron principalmente al Perú, cuyos recursos servían para pagar las importaciones que venían de España. Esta actividad productora agrícola y exportadora le va a dar otra imagen al Chile conquistado del siglo XVII.

Ribera le pide al Rey que le envíe hombres jóvenes, aunque no tuvieran gran preparación militar; que esto lo aprenderían aquí; que los desechos de los tercios no eran los hombres que necesitaban esta guerra ni las condiciones de vida de estas campañas. Que envíe trabajadores y labradores y que estos, al venir, traigan sus herramientas de cultivo, que la tierra de aquí es fértil y los aficionará a quedarse en ella. La idea era que después de pelear algunos años, al licenciarse se establecieran en la tierra conquistada y aumentar así la población civil española.

Ofreció dar, a los soldados que se distinguieran, repartimientos de indios para el trabajo de la tierra que les concedería en propiedad a través del título de Merced, que podía otorgar válidamente en nombre del Rey.

Su plan de conquista fue partir del hecho real que a la fecha estaba totalmente perdido el territorio al sur del Biobío. La conquista había sido mal llevada y era preciso partir de cero; había que comenzar de nuevo.

Ribera no espera. Concebido el plan y vista su conveniencia, teniendo los elementos indispensables lo pone en marcha. Lo primero es salvar la zona comprendida entre el Maule y el Biobío. Para esto determinó fortificar la línea del Biobío, no como frontera definitiva, sino como una defensa provisional, como el peldaño necesario para iniciar la reconquista de lo perdido.

4. LA LÍNEA DEL BIOBÍO

En el verano de 1602 (enero-abril) fundó Ribera una serie de fuertes en las orillas del Biobío, dando así lo que él quería, seguridad a la región desde este río al extremo norte de su gobernación. Desde el valle de Copiapó hasta el Biobío la Colonia puede desarrollar su vida sin sobresaltos que pudieran tener por origen la rebelión de los naturales. Esto era principalmente válido, para el territorio comprendido entre el Maule y el Biobío.

Este solo hecho de la administración de Alonso Ribera sería suficiente para recordarlo entre los grandes gobernadores. En general la nación ha sido injusta con la memoria de este gobernador. Ya es hora de iniciar una serie de reparaciones que, aunque sea tarde, es de justicia hacer.

Con las medidas tomadas, el territorio al norte del Biobío estaba seguro. Era preciso ahora reafirmar esa seguridad, lo que se obtendría con la planificación de la acción que había que emprender para recuperar lo perdido.

Ribera pensó que el proyecto ideal era iniciar esta recuperación actuando simultáneamente en dos frentes: desde el Biobío hacia el sur y desde Valdivia hacia el norte.

Esto era lo ideal. Comprendió, sin embargo, que dos ejércitos separados por el enemigo, y que por lo mismo les es imposible auxiliarse mutuamente, representan militarmente una posición muy débil, a no ser que ambos ejércitos sean tan proporcionados a la acción que deben emprender, que tengan la capacidad no solo de defenderse, sino de tener una presencia activa, atacando los objetivos propuestos y venciendo al adversario.

Esto exigía unos 2.700 hombres para avanzar desde el Biobío y unos 4.000 para el avance desde Valdivia que, aislado en una zona boscosa, de lluvias abundantes y ríos caudalosos, no tenía auxilio alguno que lo ayudase en cualquier dificultad.

Ribera estaba consciente que no podía esperar de España ese número de soldados. Fijó, en carta al Rey, en 2.700 los soldados que necesitaba. El número de soldados con que cuenta no le permitía los dos frentes. A pesar de todo, para cumplir en parte la opinión del Virrey que le pedía apoyara y defendiera las ciudades del sur, Osorno y Villarrica, y reiniciara la vida en Valdivia, va a disponer de elementos limitados con este objeto; pero dispuso lo principal de sus fuerzas para avanzar desde el Biobío.

Su proyecto era ir formando poblados y fuertes entre poblado y poblado, dejando guarniciones que defiendan la vida y los trabajos, siembras y animales y que estas guarniciones estén en cierto modo unidas, de manera que puedan auxiliarse mutuamente. Este era el único plan real.

Conociendo el conjunto del cuadro de la época, de la actitud y rápida adaptación a la técnica militar del mapuche, ya la debilidad numérica del soldado español y la mala calidad del soldado que venía del Perú, como lo destacan los cronistas con un criterio absolutamente uniforme, resulta casi incomprensible, como pudo imponerse el criterio de ciertas personas, para apoyar el plan misionero del padre Luis de Valdivia. Es por esto que se ha afirmado que el único camino de ocupación y de pacificación que merece el nombre de plan, fue el de Alonso Ribera.

5. RIBERA INICIA LA REALIZACIÓN DE SU PLAN Y SE PONE EN CAMPAÑA

En 1601 se limitó a afirmar a Concepción y Chillán y salvar y abastecer el fuerte de Arauco. En noviembre de este año auxilió a Francisco del Campo en Osorno y en el verano de 1602, en el mes de febrero, se produjo la gran pérdida de Villarrica. En el resto del tiempo de 1601, decidió que no avanzaría hacia el sur, ni repoblaría fuertes o ciudades, sino sólo lo que afirmara la línea del Biobío y asegurara a los pobladores del norte de esta línea, principalmente a los de Concepción y Chillán, hasta el Maule, que no tenían nada que temer y por tanto podían iniciar otra vez sus construcciones y viviendas en sus estancias y campos, hacer sus siembras, multiplicar sus ganados y, solo en forma mínima, la búsqueda o laborío del oro.

Para afirmar la línea del Biobío, fundó entre otros, los fuertes de Guanaraqui (actual Buenuraqui, en la proximidad de San Rosendo) y el de Santa Fe, ambos en la orilla derecha del Biobío. Estos fuertes resistieron todos los ataques y, alentado por esta experiencia y por un refuerzo de 140 soldados que le trajo del Perú el general de Añasco (9-XI-1602), resolvió refundar la plaza fuerte de Santa Cruz (Millapoa) en una ubicación más adecuada. Ese lugar estimó que era en la confluencia del Biobío con el Laja y estero de Millapoa y llamó

a este fuerte “Nuestra Señora de Halle”³⁴ e incluso trasladó a este lugar la guarnición y fuerte de Guaranaqui. Durante el invierno de 1602 el fuerte de Santa Fe estuvo constantemente atacado por los indios y ya en la primavera, en el mes de octubre, renovaron los ataques, no ya los indios comarcanos, sino también los de Purén y otras tribus dirigidas por Pelantaru y Navalvuri. El jefe de la guarnición del fuerte era el capitán Alonso González de Nájera, cronista de este período de la historia colonial, que peleó durante todo el año 1602 con los indios; cuando Pelantaru ataca al fuerte, se estima que lo hace con una fuerza compuesta por unos 7.000 indios. La sorpresa que pretendían los mapuches no fue tal. Por ciertos indicios e informaciones no muy claras, estaba en ascuas González de Nájera, y preparado, de modo que ante el asalto que le producen el 29 de octubre, la reacción española fue inmediata y en lo que de otra manera hubiera podido ser una derrota, después de algunas horas de dura batalla rechazó a las bandas y el triunfo quedó para el fuerte que continuó en pie defendiendo la línea de frontera.

Ribera llegó a Santa Fe en 1603, ayudó en la reparación del fuerte y lo abasteció. Recorrió los campos vecinos al frente de sus tropas, unos 400 soldados, y fueron asolando los campos y siembras, recogiendo ganado, destruyendo rucas. En carta al Rey le dice: “Lo que siento, acerca de esta tierra; es que para que tenga vuestra majestad provecho de ella ha de estar primero bien poblada, y con algunos presidios de gente de guerra muy buenos; porque estos indios no son como los demás de las Indias, antes mucho más belicosos e inquietos y grandes sufridores de trabajos y deseosos de conservar su libertad y mueren de muy buena gana por defenderla”.

6. EL GOBERNADOR Y SU ACCIÓN EN FAVOR DE OSORNO Y VALDIVIA

Según instrucciones del Virrey, como lo informamos, debía preocuparse de estas ciudades. El se convenció que lo que debía hacer era despoblarlas,

34 Este nombre lo da en recuerdo de una imagen de la Virgen que se veneraba como milagrosa en la Iglesia de la ciudad de Halle en la Prov. de Bravante en Flandes, donde él había combatido.

pero no lo hizo, dejó en Osorno a una guarnición de 100 hombres y en Valdivia hizo construir un fuerte en el que dejó 220 hombres bajo la autoridad de Rodrigo Ortiz de Gatica. El mando superior de ambos fuertes quedó a cargo de Francisco Hernández Ortiz, que fijó su residencia en Osorno.

El socorro para estas ciudades, después del abandono de las del sur de Concepción, era difícil e inseguro, solo posible por mar y se carecía de naves y de gente de mar, y había que navegar sobre aguas normalmente tormentosas.

Para Valdivia, era relativamente fácil su abastecimiento desde Concepción; pero abastecer a Osorno era empresa difícil; había que llegar al canal de Chacao y en el lugar de Carelmapu, descargar y, dirigiéndose al norte, ir hacia Osorno.

El 14 de junio de 1602, el gobernador despachó desde Concepción una nave con víveres y pertrechos para ambos lugares. Se embarcó en esta nave el maestre de campo Antonio Leguía, que debía tomar el mando del sur, otros capitanes y 25 soldados. Un temporal de viento los arrastró hasta más al sur de Chiloé y estrelló la nave en los arrecifes de Huafo, donde pereció casi todo el personal, salvándose unos pocos que, por voluntad de la Providencia, fueron rescatados y llevados a Castro. Seis meses después, sin noticias, el Gobernador despachó desde Arauco, el 15-XII-1602, otra nave con víveres y abastecimiento al mando del capitán Arraes. Este se encontró en el camino con otro barco que venía de Castro, se le contó lo que había sucedido con el envío y Arraes, en lugar de continuar, se volvió a Concepción. El gobernador despachó de nuevo el barco (13-1-1603) y lo mismo hizo con el que venía de Castro, al que devolvió con un cargamento para Osorno y Valdivia.

Los padecimientos de los sobrevivientes de estas dos ciudades durante 1602 son como para no ser creídos.

El fuerte de Valdivia logró rechazar el asalto que le hicieron (24-IX-1602); pero su jefe Rodrigo Ortiz de Gatica pereció en la pelea.

Cuando estos recursos les llegan hacía un mes que se les habían agotado las provisiones. A Ortiz de Gatica lo reemplazó en la jefatura Gaspar Doncel. Entre sus documentos figura una lista formada por él (24-1-1603) en la que da cuenta de los muertos por hambre: "de los que han muerto de hambre desde el 20-VIII-1602 que faltó la ración" y sigue la lista, con el nombre de 60 españoles. Ribera eleva este número a 92 hombres. No hay cuenta de indígenas, amigos, mujeres ni niños; en Valdivia quedaban vivos, por

milagro, dos indígenas, el cacique Cristóbal, natural de Santiago, y el cacique Gaspar, natural de Valdivia.

Ribera, alarmado con la situación de Valdivia, despachó otro navío al mando de Juan de Añasco, con destino a Osorno y que pasó por Valdivia.

La guarnición estaba reducida a 36 hombres y de las mujeres quedaban 14; los que no habían muerto habían desertado. Llevaba Añasco la orden de dejar en Valdivia 40 ó 50 soldados, enviar las mujeres y niños a Castro y concentrar el resto de sus fuerzas en Osorno, donde la guarnición era bastante menor; pero, temeroso de ser juzgado como el despoblador de Osorno y Valdivia, no daba esas órdenes e intentó cubrir su debilidad responsabilizando al Virrey, porque no le mandaba tropa.

Los acontecimientos lo obligaron a tomar decisiones. Los pocos valdivianos se sublevaron, apresaron a Gaspar Doncel y convocaron un comicio en la plaza. Con un arcabuz, desde la ventanilla de su prisión, Doncel mató al jefe de los conjurados y saliendo por la misma ventanilla se impuso a los vecinos y recobró la autoridad. En un pequeño barco que estaba anclado en el río, envió aviso al Gobernador de lo sucedido.

Ribera reunió una Junta con los principales jefes de su ejército y les expuso que Francisco del Campo había tenido a sus órdenes más de 400 hombres y que él le había despachado después 250. Estas fuerzas resultaron importantes para vencer al indígena. Ahora se hallaba frente al dilema de mandar fuerzas mayores y desguarnecer la línea del Biobío y lo pacificado o retirar las guarniciones. Debía tenerse en cuenta, además, que en el sur no quedaban ciudades ni campos cultivados a disposición del español que, sitiado, era un prisionero en su fuerte.

La Junta acordó: "que los dichos fuertes Valdivia y Osorno se quiten y que la guerra vaya de aquí (Concepción) abajo, sin dejar cosa que no esté en paz".

El barco que llevaba la misión que debería cumplir el acuerdo, partió de Concepción (13-11-1604), llegó a Valdivia, recogió a 44 hombres que sobrevivían y prosiguió a Carelmapu. Hacía 11 meses que Osorno no existía.

Los combates y el hambre indujeron a los osorninos a abandonar la ciudad. Rosales da cuenta de esta salida y viaje a Carelmapu³⁵.

Francisco Hernández Ortiz, cuando ya perdió la esperanza de socorros, destruyó todo lo que pudo y se dirigió a Chiloé con los sobrevivientes. Llegó a Carelmapu y allí lo socorrieron desde Castro, descansó con su gente y se radicó en Calbuco, donde levantó un fuerte que debía afianzar la defensa definitiva de Chiloé.

Las religiosas de Santa Isabel siguieron la suerte de los osorninos. Los indios cautivaron algunas, otras murieron de hambre o de cansancio, y algunas llegaron a Castro. Desde Castro fueron trasladadas a Santiago, donde el Rey les dio recursos para formar su nuevo convento.

En la primavera de 1603 y verano de 1604, Ribera fundó, al sur del Biobío, un nuevo fuerte, al que dio por nombre San Pedro de la Paz, ubicado frente a la actual ciudad de Concepción y el 24 de diciembre de 1603 fundó a orillas del Vergara, en su margen izquierda, en la unión con el Biobío, otro fuerte al que denominó Nacimiento, en razón de la fecha de su fundación "Fiesta del Nacimiento de Jesús".

Al mismo tiempo llegaban desde el Perú nuevos recursos; a Concepción llegaron 65 hombres al mando de Francisco de Orellana. Acompañando a este refuerzo llegó Fernando de Talaverano Gallegos, nombrado teniente de gobernador en reemplazo de Pedro de Viscarra.

En febrero llegaba a Concepción el galeón "Nuestra Señora de las Mercedes", con recursos, soldados y dinero.

El gobernador reanudó la campaña, en el otoño, con 590 hombres. A esta campaña los indios le hicieron el vacío, en otras palabras, en su técnica militar no le hicieron caso, no se dieron por aludidos, no le hicieron resistencia. Se refugiaron en sus bosques en las ciénagas de Purén. Allí se introdujo Ribera, les quemó no menos de 600 rucas, libertó españoles, arrasó sementeras.

Regresó a Concepción por un camino distinto al de penetración, igualmente sin encontrar resistencia.

35 Diego de Rosales, Tomo II, pág. 378.

Ribera le escribe al Rey y le dice que de Biobío a Arauco la tierra se halla “yerma y despoblada”.

Mientras Ribera andaba en sus campañas sin encontrar resistencia, los indios en grupos maloqueaban en la comarca de Concepción, Hualqui y Quilacoya.

Volvió a pasar el invierno de 1604 a Santiago, preparándose para hacer la campaña de verano de 1605. La pacificación pensada o creída, frente a la pasividad con que el mapuche dejó actuar a Ribera, era la táctica de ellos; no comprometerse en encuentros, en que desde la partida, sabían o se percataban de su inevitable derrota. Pero esto no quiere decir que no actuaran; ellos a su vez, donde veían que podían hacer algún daño y sacar provecho, daban el golpe. Así fueron los encuentros mencionados y así ocurría a Pedro Cortés Monroy en el fuerte de Arauco que, durante todo el año 1604, tuvo que sostener 32 acciones de guerra entre correrías por la zona vecina y choques con grupos araucanos, lo que hace un promedio de casi tres encuentros por mes. En estas acciones Cortés resultó siempre triunfador. Logró arrebatarse a los araucanos unos 800 caballos y tomar prisioneros a unos 400 indios de guerra.

A mediados de septiembre de este año 1604, supo Ribera que el Rey había puesto fin a su mandato como gobernador de Chile y lo destinaba a la Administración de Tucumán, y nombrando gobernador de Chile nuevamente a Alonso de Sotomayor.

Antes de entregar el mando, apuró la acción en el sur. En la primavera y verano 1604-1605, aplastó una rebelión en la zona de Tucapel y, en la desembocadura del río Lebu, fundó el fuerte “Santa Margarita de Austria”, por el nombre de la reina de España.

En medio de todas estas ventajas y éxitos, Ribera pensó que no estaba lejos la total pacificación y, mientras acariciaba esta hermosa quimera, conoció que los indios de la zona del Biobío, en enero de 1605, lanzaban una empresa audaz, una amenaza a fondo para su celebrado plan estratégico. Los indios de Angol y Mulchén cruzaron el Biobío y fueron a atacar Yumbel. La guarnición del fuerte fue sorprendida fuera de sus defensas, 28 soldados murieron y los demás se retiraron en pésimas condiciones, desde luego en huida, lo que dio a los asaltantes la clara visión de su victoria. Cuando Ribera supo esto, se encontraba en la zona de la costa de Arauco, donde actuaba con mucha

seguridad, apoyado en la ventaja que le daba el número de sus tropas, su organización y recursos; él siguió actuando en esta región y envió a Yumbel a Pedro Cortés, que les dio fuerte castigo. El promotor de este ataque fue el cacique Nahuelvuri que, informado de la presencia de Cortés, huyó hacia Chillán, siempre en actitud hostil, Cortés limpió de enemigos los alrededores de Yumbel y enseguida salió en persecución de Nahuelvuri y sus huestes. El cacique esquivó todo encuentro. Supo Cortés que el cacique iba a celebrar una gran fiesta y sorpresivamente, con gran sigilo, cayó sobre la reunión y mató sesenta indios y caciques, pero se le escapó el principal.

Está terminando su administración Ribera. Su última acción fue la creación de un nuevo fuerte en la provincia de Arauco: Paicaví.

Aquí estaba, en marzo de 1605, cuando llegó a Concepción como gobernador nombrado por el virrey, Alonso García Ramón, debido a que Sotomayor no aceptó el cargo que le confiaba el Rey.

Así volvieron a encontrarse los dos rivales si bien ambos en papeles exactamente contrarios al que tuvieron en 1601. Pero no pasó nada especial, hubo un trato muy cordial de información, en Paicaví tomó el mando García Ramón y Ribera se organizó para partir a Tucumán.

7. LA POLÍTICA DE RIBERA EN EL TRATO CON EL MAPUCHE Y EL APROVISIONAMIENTO DEL EJÉRCITO

En los años de gobierno, Ribera fue un hombre de acciones muy variadas y notables, no solo en su concepción de los planes de pacificación y su actividad militar, también como gobernador. Supo manejar la autoridad y defender sus derechos, cumplir sus obligaciones, informar a las autoridades. Es el organizador de la vida colonial, la que recibió en el más completo desaliento.

Lo que había que defender, lo defendió con gran autoridad y lo que era preciso abandonar, lo ordenó abandonar, con gran pena, pero con el convencimiento que eso era lo único cuerdo que cabía hacer. Así ocurrió con Valdivia, Osorno y Villarrica; en cambio defendió la línea del Biobío y dio

así seguridad en todo el territorio al norte de este río. Volvieron a surgir poblaciones y los encomenderos se empeñaron en producir en sus campos.

Suprimió el servicio personal y las derramas, con lo que se distinguió lo que producía el civil y lo que debía hacer el militar; para esto logró un ejército profesional permanente.

Trazó una política que, como la que impuso Alonso Sotomayor durante su gobernación, pudo conducir a la conquista y ocupación en unos cincuenta años, pero si no se realizó fue porque no recibieron la ayuda oportunamente cuando estaban en condiciones de obtener los mejores frutos de sus trabajos. Peor que todos en el caso de Ribera, que será reemplazado por García Ramón y el padre Luis de Valdivia, con una política diametralmente opuesta a la política realista de Ribera.

El cambio se hará en el mejor momento para los mapuches, que prácticamente estaban vencidos. La Guerra Defensiva y el triunfo de una posición que con ribetes de justicia y humanidad es la culpable de 300 años de dificultades y quizá ... cuántos más ...

Ribera organizó, para abastecer el ejército sin molestar a los encomenderos, las "Estancias Reales", que debían producir lo que el soldado necesitaba.

Dedicó la isla Santa María y tres estancias: la de Loyola, entre Chillán y Concepción, la de Catentoa entre Chillán y el Maule y la de Quillota, a producir para el ejército: trigo, cebada, legumbres, papas y carne en abundancia y así no se debería gastar escasos recursos de dinero en adquirir estos bienes.

La estancia de Loyola tenía su principal centro de administración y actividad en las proximidades de Yumbel.

Además estableció en Santiago una industria del cuero: cordobanes, badanas, cueros que, a través del proceso de curtiembre, servirían de suela para la industria de calzado y aperos para la caballería en monturas y riendaje.

En Melipilla estableció una industria de tejidos, donde se confeccionaban frazadas, jergones y algunos paños que, aunque burdos, servían para el traje del soldado.

Hizo construir grandes cantidades de carretas que ayudaran al movimiento del ejército y a suprimir en lo posible los yanaconas o indios auxiliares de carga.

Deja Chile Alonso de Ribera, justo en el momento que más se le necesitaba y que más podía servir a la causa del Rey y de los indígenas, sobre quienes logró formarse ideas muy claras y precisas, que si no hubiera otro testimonio que el tiempo, bastarían para justificarlo.

En su política con el indígena comprendió, como Santillán, Sotomayor y otros, que sin el trabajo obligatorio del indígena, no había la más remota posibilidad de crear una civilización, dadas las exigencias de la Guerra de Arauco y la insuficiente población española. Además advirtió que jamás el indígena trabajaría voluntariamente, ni podría pagar tasa. Pero junto a este conocimiento señaló la necesidad de proteger al indio y hacer efectiva la reglamentación de su trabajo.

Comenzó por afianzar a los indígenas en la propiedad de las tierras que trabajaban. Si las disposiciones de Ribera no dieron todo el fruto que de ellas se esperaba, responsabilidad le cabe, en gran manera, al padre Luis de Valdivia y a aquellos que trataron de burlar la Reglamentación, con el ánimo de apoderarse de la tierra que a los indígenas se les aseguraba.

En España no dudaban de la capacidad y honradez de Ribera, pero el Consejo de Indias estaba lejos de comprender la Guerra de Arauco. Atribuyeron a falta de conocimiento la situación creada en el gobierno.

El 9 de enero de 1604, el Rey firmó dos nombramientos: a Alonso de Ribera como gobernador de Tucumán y a Alonso de Sotomayor, gobernador de Panamá, se le traslada a Chile para ejercer por segunda vez esta gobernación.

Sotomayor, como lo establecimos, no aceptó el cargo y el 22 de enero de 1605 el virrey del Perú designó de nuevo a Alonso García Ramón como gobernador.

En 1611 volverá el Rey a nombrar a Ribera gobernador de Chile.

Ribera fue contemporáneo de personajes curiosos y extraordinariamente importantes en la Historia de Chile, que no se pueden ignorar.

Aunque en el tema que nos propusimos al escribir no caben, no podríamos dejar de mencionarlos.

Actúa, y tiene íntima relación, con la familia Lisperguer; lo une durante un tiempo especial amistad con las hermanas María y Catalina Lisperguer

Flores, esta última casada con Gonzalo de los Ríos. Comprendo que estos nombres evocan de inmediato un aspecto de la vida social del siglo XVII.

Actúa también aquí un pintoresco personaje, un ermitaño que residía en Chile, desde 1600, dedicado a obras de caridad, particularmente a cuidar enfermos. Este personaje era conocido con diversos nombres: “gran pecador”, “el ermitaño”, o “el hermano Bernardo”. Gozaba de bastante influencia, no solo en la Colonia, sino también en España.

Por último, como parte de esta digresión, vale la pena recordar que se casó en Chile, provocando agrias disputas, ya que estaba prohibido por la legislación a los gobernadores contraer matrimonio en el lugar donde eran autoridad. Ribera se casó en Concepción, el 10 de marzo de 1603, con doña Inés de Córdova y Aguilera, hija de Pedro Fernández de Córdova y de doña Inés de Aguilera.

Sean lo que fueren los incidentes de su vida privada y pública, hacen de Ribera una personalidad imposible de pasar por alto, sin entusiasmarse con ella.

8. SEGUNDO GOBIERNO DE ALONSO GARCÍA RAMÓN (1605-1610)

A esta altura, comienzos del siglo XVII, nuevamente se abre el debate de un nuevo plan de conquista, inspirado en un ensayo del proyecto de la llamada concepción mística, que fuera encabezada y defendida ardientemente por el obispo Antonio de San Miguel y el obispo Medellín y ahora renovada por el P. Luis de Valdivia, que será personalmente su más activo defensor y ejecutor.

El padre Luis de Valdivia había estado en Chile por unos 10 años, que además de usarlos en actividad misionera hizo uso de ellos para aprender la lengua mapuche (el mapudungu) y no se contentó con hablarlo, lo teorizó y compuso la primera gramática, que fue impresa en Lima y después preparó un diccionario o vocabulario mapuche, que tiene vigencia y valor lingüístico hasta nuestros días.

Los superiores de la Compañía de Jesús lo retiraron de Chile y lo dejaron en el Perú; allí el virrey, conde de Monterrey, lo llamó como consejero para los temas mapuches de Chile.

Ahora que vuelve a actualizarse el tema, el Virrey le pide un informe sobre él, en su calidad de sacerdote y teólogo.

El informe pedido es rápidamente despachado por el religioso y se puede sintetizar en los siguientes puntos:

- a) Que el servicio personal es manifiestamente injusto y que atenta contra el derecho natural de la libertad;
- b) Que los indios de guerra lo rechazan y se defienden de él con títulos justos;
- c) Que su majestad ha dictado cédula en la que manda suprimir trabajo obligado en los indios.

Establecido que el servicio personal debía suprimirse, había que crear el sistema para terminar con esta calamidad y abuso.

Una junta propuso al Virrey abolir el servicio personal obligatorio pero que continuaran por dos años sirviendo a los actuales encomenderos y recibiendo un jornal fijado por la autoridad; esto durante los dos años estipulados. Durante dichos dos años irían los encomenderos tratando de conquistar personal que quisiera voluntariamente trabajar con el pago del jornal fijado. Una comisión iría recorriendo el país y señalando los valores que debían tener los jornales.

Abolía en forma inmediata el trabajo en las minas.

García Ramón viene a Chile desde el Perú, con nombramiento de gobernador, hecho por el Virrey. Más tarde lo va a confirmar el Rey, y permanece en la Gobernación hasta su muerte, en julio de 1610.

Viene con instrucciones del virrey, Gaspar de Acevedo y Zúñiga, conde de Monterrey. Se había convencido que la resistencia tenaz de los araucanos dependía de las crueldades a que los sometían los encomenderos. Creyó que no era indispensable el servicio personal de los indígenas y se podía reemplazar la guerra por la conversión evangélica, obra que deberían realizar las misiones.

Se habían adherido, en forma entusiasta, a esta idea Luis de la Torre, protector de los indios de Chile y el padre jesuita Luis de Valdivia. El Virrey convocó en Lima una junta de letrados y teólogos para proponerles la resolución de este negocio. Todos los miembros de esta Asamblea Consultiva estuvieron por la supresión inmediata del servicio personal.

García Ramón se trasladó a Chile en compañía del padre Luis de Valdivia para poner en práctica este nuevo sistema de reducción. De todos modos, el gobernador pidió un refuerzo de tropas que ascendió a 130 hombres.

Ya en Chile, en la zona de Paicaví, en la provincia de Arauco, recibido el gobierno de manos de Alonso Ribera, empezó a celebrar parlamentos con los indios de los alrededores, a los que concurrieron los caciques con grupos de sus mocetones.

Les dio a conocer las determinaciones del Rey y del Virrey, que ordenaban suprimir el servicio personal.

Los caciques manifestaron su conformidad y a cambio ofrecieron la paz.

En todas partes, Valdivia producía esta reacción, pero era aceptada muy condicionada por los españoles que, simplemente, pensaban que la paz que ellos abrazaban y ofrecían era, en gran parte, un simple compás de espera de los indios para organizarse y volver a caer sobre los españoles.

Así Alonso García estaba siempre precavido contra algún golpe repentino.

El padre Valdivia creía que su obra comenzaba a producir espléndidos resultados, pero desgraciadamente él mismo va a ser una gran víctima.

En cierta oportunidad que se separó bastante del fuerte, acompañado del joven Ortiz de Atenas, este se separó imprudente del padre, lo rodearon los indios y le cortaron las carnes de su cuerpo estando vivo, hasta morir y se las comieron. Supo el padre Valdivia que este suplicio y muerte estaba preparado para él.

Este incidente confirmó al gobernador y lo persuadió que no había otro medio de someterlos que el de las armas. Así se lo escribió al Rey.

En el invierno de 1605, primero de su segundo gobierno, se preparó para iniciar hostilidades en la primavera. Le llegó, entretanto, un gran refuerzo venido de España, 1.014 soldados, más 154 de México. Era el refuerzo más

numeroso que había arribado a Chile. Llegaron a Santiago, vía Buenos Aires-Mendoza, a través de la cordillera, reducidos a 952 hombres, comandados por el capitán Antonio Mosquera.

El Rey ordenó aumentar el valor del situado, que quedó fijado en 212.000 ducados, al terminar el año 1606. Esto se logró por la presión del gobernador, del virrey del Perú, de los oficiales reales, y del Cabildo de Santiago, representado en la Corte por “el gran pecador”, ese personaje del que dimos cuenta al finalizar el planteamiento de las actividades de Ribera en el país.

En diciembre-enero viene de Santiago para entrar a la zona. Actúa feliz, está realizando una administración válida, apoyado en su real nombramiento. Tiene como colaboradores, valiosos capitanes, con experiencia en la guerra: Pedro Cortés Monroy, Núñez de Pineda, González de Nájera y Diego Bravo de Saravia. El ejército había actuado por la costa y el interior, destruyendo, incendiando, robando y tomando algunos presos, a quienes se les reducía a la condición de esclavos y se les marcaba con hierro candente, en la cara o el cuerpo.

El gobernador que realizó todas estas campearadas en la región de Arauco, avanza hasta el Cautín y va a formar un fuerte y población en San Ignacio de Boroa (actual Misión de Boroa), una región muy poblada por los mapuches y estos, especialmente bravos. En este fuerte va a quedar como jefe Juan Rodolfo Lisperguer, hermano de Catalina Lisperguer, que va a pasar un año sin descanso por los ataques mapuches, en los que por lo general saldría victorioso. Los mapuches estaban mandados por un mestizo llamado Juan Sánchez y por los caciques Aillavilu y Paillamacu.

Un día salió, con 150 hombres, a recoger carbón que tenía preparado en el fondo de una quebrada. Trabajaban muy descuidados y los indios, en un momento dado, cargaron sobre ellos, con un chivateo largo. No pudieron salir de su sorpresa y todos se perdieron; la mayor parte cayó en la pelea, incluso el comandante Lisperguer. Dice Alonso de Nájera, que los españoles no habían tenido combate en que muriera tanta gente.

Por un prisionero que se les escapó a los indios, supieron lo ocurrido a Lisperguer los del fuerte, y de inmediato nombraron como jefe al capitán Francisco Gil Negrete, que tomó todas las precauciones necesarias para evitar cualquier otra sorpresa.

García Ramón, que pasó el período invernal en Concepción, salió hacia el sur en octubre. Desde Arauco a Purén sembró de destrucción, incendio y muerte a su paso; ni mujeres ni niños escaparon del exterminio. En Purén conoció la noticia de la derrota de Boroa, decidió hacerse presente y ver en el terreno qué era conveniente hacer. El 24 de noviembre llegaba a Boroa. Previo dictamen de sus oficiales acordó evacuar el fuerte por estimar que era insostenible, dadas las fuerzas que se tenía, la dispersión de ellas y la decisión y astucia con que procedía el mapuche.

Puede estimarse la diferencia de criterio que muestra García con Ribera; Ribera no avanzaba sin asegurar el dominio a sus espaldas, García había vuelto a dispersar sus tropas sin que pudieran unirse, ni defenderse mutuamente.

En los años 1607, 1608 y 1609 las operaciones tuvieron el carácter de correrías por aquí y allá, señaladas por la destrucción y los enfrentamientos parciales, con pequeñas pérdidas de vidas en ellos. Aparecerán, cada vez con mayor frecuencia, soldados que abandonan su cuartel y se pasan al frente mapuche. Esto ocurre en forma frecuente con soldados mestizos. Para los indios representan un buen aporte, pues con su conocimiento del español, saben sacar más provecho en sus acciones; además los mestizos actúan con un gran odio hacia el español, debido a que, con frecuencia, en ese campo se hace mofa de ellos. Si bien les sirve y actúan con frecuencia en acciones de gran mérito y son aplaudidas sus acciones en el momento en que pueden ser reconocidos mediante ascensos, en grado militar, esto no ocurre y, más aún, son menospreciados socialmente. Por eso se ve con frecuencia, como caudillos de los indios, a mestizos, a soldados descontentos, u otros que creen ver más segura su vida y alimentación entre los indios, que en el campo español. En otros casos, son españoles o criollos que, huyendo de castigos por faltas o crímenes, se refugian entre los araucanos y, a cambio de su protección y seguridad, les entregan su colaboración militar.

En estos años fue el caso de un español de apellido Negrete, que vivía entre los indios como consejero e intérprete. Cayó Negrete en poder de García, que ordenó su ejecución inmediata y cruel: sufrió la pena de ser colgado de un pie y arcabuceado. Así pagó su traición. En España, el Rey continuaba con una preocupación permanente sobre la guerra de Chile, que le era ininteligible. Con el ánimo de tener otra fuente de información ordenó la creación, nuevamente, de la Real Audiencia, que tendría como asiento Santiago.

A fines del año 1609 García entra al campo de las hostilidades, después de una gran derrota sufrida por su maestre de campo y comienza a arrasar campos y sementeras. De pronto se encuentra con una gran junta, dirigida por brillantes caciques: Aillavilu, Anganamón, Pelantaru y Loncoñanco, quienes, organizados en cinco cuerpos, van a enfrentarlo curiosamente, en una batalla campal, en lugar de su sistema de guerrillas y emboscadas.

La lucha fue encarnizada y estuvo por buen espacio de tiempo indecisa; pero García logró romper la línea del frente araucano y la victoria se inclinó de su parte. Los vencidos se retiraron desde la región purenina hacia la costa y allí sublevaron a las comunidades.

García partió con sus huestes para atajar este movimiento. Tranquilizáronse los caciques de Arauco y Tucapel y aun se dejaron arrastrar a un Parlamento que se verificó en Lebu.

Al comenzar el invierno de 1610, García está en Concepción. Las dolencias y trabajos materiales van doblegando su salud y en julio de este año va a fallecer en esta ciudad. Como gobernador que había sido ratificado por el Rey, tenía derecho a designar sucesor y, como presintiera su muerte, hizo uso de esta facultad y legó el mando en el oidor de la Real Audiencia don Luis Merlo de la Fuente, que lo reemplazará con título de interino.

Alonso García Ramón, si bien no estaba a la altura de Alonso Sotomayor, ni mucho menos de Alonso de Ribera, era hombre cuerdo e inteligente, conocía el medio de la guerra de Arauco y la pertinacia de los naturales. Con el ánimo de obtener la gobernación, simuló aceptar todo el planteamiento del padre Luis de Valdivia. Una vez obtenida la gobernación pidió al Rey 2.000 soldados españoles, 500 caballos del Paraguay y reunió todos los elementos para continuar una pacificación a sangre y fuego. No creía ni una sola palabra de los deseos de paz que manifestaban los indígenas; los que por su parte, tampoco creían en Valdivia y sus palabras, ni tomaron en serio los parlamentos. Más aún, creían que era manifestación de debilidad del español el aparecer ofreciendo una paz debida a la superioridad de ellos. Todo el sur del país estaba en sus manos; un poco más y sentían que llegarían incluso a Santiago. Aprovechaban esta paz que les ofrecían para reponerse, abastecerse, rearmarse y unirse.

Pedro Cortés Monroy, competente militar, veía perderse en un día los avances de Ribera.

Para atender las necesidades de la Conquista se fijó el Real Situado en 212.000 ducados en el año 1606.

Encina dice, en su historia de Chile: “Los historiadores se han desconcertado ante el fracaso de García Ramón. En Flandes se había mostrado excelente oficial subalterno; conocía la guerra de Arauco, pues había peleado en ella más de 9 años como cuartel maestro de Sotomayor, lo recibió todo hecho, en punto para cosechar lo que Alonso de Ribera había sembrado; y dispuso de más de 2.000 soldados de línea, pagados y vestidos por el Perú; fuerzas y recursos que no solo doblaban los de su predecesor, sino que excedían, en mucho, a los recursos que la República empleó en dominar a Arauco, 260 años más tarde. Y sin embargo, sufrió grandes derrotas; en vez de adelantar la pacificación, la hizo retroceder; y la muerte piadosa le ahorró la amargura de conocer su relevo del mando”³⁶.

¿A qué se debe este fracaso? Primero, le faltó un plan y, segundo, su edad no le permitió la agilidad de sus épocas pasadas.

Hizo un esfuerzo cambiante; decidía una cosa y luego hacía otra; en vez de asegurar la zona conquistada, avanzaba sin resguardar sus espaldas. Repitió experiencias fracasadas, como la fundación de ciudades sin pacificar los alrededores; otras veces no le importó la guerra, sino liberar a niños, mujeres y soldados prisioneros.

García Ramón murió sin haberse formado concepto definido de la guerra de Arauco, ni ideado plan alguno para resolverla. Caminó con su poderoso ejército de un lado a otro, sin ninguna finalidad inteligente y golpeado por sus propios errores. A su pesar, tuvo que asirse al Plan de Ribera, única tabla de salvación que sobrenadaba al alcance de su mano.

9. LUIS MERLO DE LA FUENTE (1610-1611)

Merlo de la Fuente, oidor de la Audiencia en Santiago, supo de su designación junto con conocer la noticia del fallecimiento, en Concepción,

36 Fco. A. Encina. *Op. cit.*, Tomo II, pág. 404.

del gobernador García Ramón. Como éste, antes de morir, firmó un auto reservado en que confiaba el mandato interino, después de sus días, al Dr. Luis Merla de la Fuente, este, ante la Real Audiencia y el Cabildo, tomó posesión de su cargo interinamente.

Reunió a todos los soldados y, con una energía desproporcionada para su edad, salió a combatir a los indios.

En octubre, estando en Concepción, supo de la intención de sublevación, tomó a varios caciques a quienes hizo colgar en la horca, les quemó casas y dirigió luego un ataque violento contra los purenes.

No fue querido y todos deseaban su cambio debido a la dureza y violencia de carácter para proceder. Por eso fue muy bien recibida la noticia de su reemplazo por el Virrey, quien designó como gobernador a Juan Jaraquemada, que a la fecha tenía 60 años. Lo va a acompañar, como cuartel maestro, Pedro Cortés Monroy. Jaraquemada se hace cargo de la gobernación el día que entra a Santiago, 15 de enero de 1611.

10. GOBIERNO DE JUAN JARAQUEMADA (1611-1612)

Cuando el virrey, marqués de Montes Claros, recibió la noticia de la muerte de García Ramón decidió nombrar gobernador interino al capitán Juan Jaraquemada, quien debería reemplazar a Merlo de la Fuente.

Jaraquemada llegó de Lima y entró a Santiago acompañado de unos 200 hombres.

Recibió al hacerse cargo de la gobernación, dos profundas impresiones: la primera, el valor guerrero de los araucanos y el prodigioso desarrollo de su imaginación militar, y la segunda, la gran decadencia del ejército español.

En los años de su gobierno, todo el año 1611 y principio de 1612, viaja y da vueltas por la región de Arauco y Concepción. No tiene condiciones para la empresa y si la acción mapuche, durante el año, no fue de grandes acciones, no es por su actuación, sino por la debilidad pasajera en que se encuentran como consecuencia de la gran peste de viruela que diezmó las fuerzas araucanas.

Pone fin a su gobierno la llegada, por segunda vez como gobernador de Chile de Alonso de Ribera, quien viene encargado de poner en práctica la guerra defensiva y que deberá actuar muy unido al padre Luis de Valdivia de acuerdo a sus planteamientos.

11. SEGUNDO GOBIERNO DE ALONSO DE RIBERA (1612-1617)

Alonso de Ribera viene para –como gobernador– ensayar el sistema de guerra defensiva que ha propuesto el padre jesuita Luis de Valdivia, tanto al virrey del Perú como al Rey de España y que fue aprobado por una Junta citada, al efecto, por Felipe III.

El nombramiento de gobernador fue extendido el 23 de febrero de 1611; pero Ribera asumió su cargo un año después, en febrero de 1612.

¿Por qué la guerra defensiva?

Examinemos a continuación las razones que tuvieron a la vista quienes resolvieron que, en la guerra de Arauco, había que hacer un plan totalmente distinto al que se había emprendido.

Por otra parte, parece un contrasentido que el mismo gobernador que ha tenido la visión exacta de cómo debe llevarse la pacificación y conquista, venga ahora a tratar de realizar un plan que contradice lo que él ha creado y afirmado.

Consideraciones:

1. Desde García de Mendoza hasta Alonso García Ramón (11 gobernadores propietarios) los gobernadores tuvieron la misma visión sobre la pacificación del territorio de Arauco. Hasta el gobierno de García Ramón incluido, España había sacrificado unos 7.000 soldados en esta guerra, entre españoles y otros venidos del Perú, Argentina y México; más unos 4.000 criollos y varios miles de indios auxiliares.

2. La Guerra de Arauco consumía todo lo que producía la capitanía, más 212.000 ducados anuales que enviaba el Virreinato del Perú.

3. Cada gobernador enviaba noticias, al llegar y hacerse cargo de la gobernación, dando las seguridades de una pronta y definitiva pacificación. Pero muy pronto comenzaba el pedido, la súplica de nuevas fuerzas se encontraba a la defensiva.

Chile costaba a España más soldados y dinero que la conquista de toda América. Más de 60 años habían pasado desde la fundación de la primera ciudad en la región de la guerra, Concepción, y no solo no había pacificación, sino que a la fecha, 1612, se encontraba todo en peores circunstancias, pues el territorio que parecía que se había conquistado al sur del Biobío, había vuelto al poder de los mapuches.

4. El desaliento se manifestaba en el mismo Virreinato del Perú; donde Luis de Velasco escribía en 1596: "Costumbre antigua es de los gobernadores de Chile, quejarse que no se les socorre con gente, dinero, ni ropa y cuando se les envía dicen que todo es malo y poco, y que los soldados van desarmados y rotos y si se hubiese de satisfacer todo lo que piden y dicen que han menester, no tendría su Majestad, hacienda con qué hacerlo" ... "aunque tengo afición e inclinación a aquella tierra, me desanima mucho ver esto".

El cansancio de esta guerra estaba en Chile, en el Perú, en los gobernantes, los soldados, los encomenderos y en España, de donde nadie quería venir a Chile. Sin embargo, la conservación de Chile y la continuación de la Guerra de Arauco era indispensable, incluso para la mantención del Virreinato, pues si el mapuche llegaba a Santiago, seguiría al Perú.

Los primeros españoles, fuertes y de guerra, ya no existían en el Perú de 1600, en que con los antiguos, solo tenían en común el nombre, el idioma, la fe y el Rey. El mestizo resultó débil y sin energía militar.

Los gobernadores piden soldados que vengan de España, soldados de Castilla; por favor, piden que no sean del Perú.

Perú exigía, para su seguridad, el dominio del Pacífico y esto solo era posible manteniendo un poder militar respetable que defendiera y conservara las costas de Chile.

La pérdida del Perú, si se perdía Chile, era una convicción indiscutida del Rey, del Consejo de Indias y de todos los funcionarios subalternos.

12. ALGUNA INFORMACIÓN SOBRE EL PADRE LUIS DE VALDIVIA

Nació en Granada en 1561, ingresó a la Compañía de Jesús a los 20 años.

En 1589 pasó a la Provincia del Perú y de allí vino a Chile, por primera vez, con el padre Baltasar de Piñas en 1593, para establecer la orden en el país. Reemplazó al padre Piñas cuando este volvió al Perú.

En la Junta celebrada en Santiago, en 1599, a raíz del desastre de Curalaba, junto con los superiores de las órdenes religiosas, las autoridades, letrados y teólogos, estuvo de acuerdo en recabar, del virrey y de la Audiencia de Lima, que decretaran la “esclavitud de los araucanos”. En esta materia Valdivia cooperó entusiastamente con la iniciativa del vicario Melchor Calderón y se encargó de la lectura del Memorándum en que se condensaron las razones que justificaban la esclavitud de los indios”.

Al cumplir 41 años (1602) le sobrevinieron graves trastornos mentales, manifestados primero en crisis de melancolías, y fue necesario relevarlo del cargo de rector.

Fue enviado al Perú, donde continuaron sus trastornos. Su agravamiento lo hizo solicitar en 1603 al padre general Claudio Aquaviva, permiso para regresar a Europa.

Se le han atribuido dos grandes iniciativas, que han sido como el pedestal de su renombre, pero ni una ni otra nacen en su inteligencia: la supresión del servicio personal del indígena y la idea de la guerra defensiva.

13. CONSIDERACIONES SOBRE LA SUPRESIÓN DEL SERVICIO PERSONAL DEL INDÍGENA

La supresión del servicio personal del indígena, prestado a los encomenderos obligatoriamente, era un anhelo tan antiguo como la conquista misma. El obispo de La Imperial, fray Antonio de San Miguel, no solo le había dado forma concreta, sino también la había impuesto a Felipe II, por lo que

atañía a Chile. La guerra defensiva fue proposición del oidor de la Audiencia de Lima, don Juan de Villela.

En 1604 entró el padre Valdivia en contacto con Luis de Torre el protector de indígenas de Chile, que debía tener a su cargo todo lo relacionado con los bienes de ellos si el Rey reemplazaba el servicio personal por una tasa. Este funcionario usó las ideas de "servicio personal" y "maltrato de los indios" como causas de la permanencia de la guerra, solo con el ánimo de beneficiarse personalmente, ya que se convertiría en árbitro supremo de los bienes de ellos. Torre logró interesar en su idea al padre Valdivia, quien se convirtió en campeón de la supresión del servicio personal y divulgó esta supresión como la panacea de todos los males de la conquista.

La decisión llegó hasta el virrey, conde de Monterrey, quien lo llamó para consultarlo sobre los asuntos de Chile, materia en la que intervino siendo no solo extraña a su orden sino también mal mirada.

En ese momento, fuera de la supresión del servicio personal, todo lo demás le era indiferente. Esto ocurría en los años de su primera estada en América y en Chile, en tiempo del gobierno de García Ramón.

Pasó un invierno entre los indios de paz, reuniendo datos para su gramática araucana y notificándoles la supresión del servicio personal, materia que le sirvió para estar en entendimiento y relación con el gobernador.

En octubre y luego en diciembre de 1607 pidió a su padre general permiso para volver a España.

14. LA IDEA DE LA GUERRA DEFENSIVA

Entre los funcionarios más preocupados por la duración y gastos de la guerra de Arauco, se contaba el oidor de la Real Audiencia de Lima don Juan Villela, quien descubrió una fórmula que le pareció infalible. Esta fórmula consistía en un compromiso español-mapuche, por el que el ejército español se comprometía a quedarse con los territorios del norte del Biobío, y a esa línea se debía retirar toda la fuerza que estaba ubicada en territorio de Arauco

e incluso abandonar y demoler todos los fuertes ubicados al sur de esta línea, dejándose en tranquila y total posesión a los mapuches, en el sur del Biobío.

Si los indios atacaran o desearan pasar, en son de guerra o conquista, al norte del Biobío, serían rechazados por los españoles; quienes en persecución no pasarían al sur del Biobío, que sería frontera inviolable para unos y otros. Con este sistema los mapuches se convencerían de la inutilidad de sus ataques y se les formaría el hábito de respetar la frontera.

Además, el trato pacífico con el español, la presencia del sacerdote y la iniciación de la educación, los irían civilizando y terminarían por incorporarse a la vida española y colonial.

Con fecha 3 de junio de 1607, Villela dirigió un Memorándum al Rey, señalando sus ideas y proposiciones. Un día después, 4 de junio, el padre Valdivia, sin conocimiento de su orden, escribió directamente al Rey sobre la misma materia, pidiéndole le confíe la "Pacificación de la Araucanía".

Tanto el Rey como sus ministros y los distintos consejeros, estaban dispuestos a todo con tal de poner término a la guerra de Chile y acogían cualquier idea que se les propusiera, si se les indicaba la validez del expediente que se emplearía.

El Memorándum de Villela pasó en informe a la Junta de Guerra del Consejo de Indias. Los miembros de esta Junta, de la que formaba parte Alonso de Sotomayor, el único que tenía conocimiento personal sobre el tema, estuvieron de acuerdo en proponer que: "Siendo su Majestad servido, se podría ordenar al gobernador de Chile, que hiciera frontera a las ciudades de Angol y Monterrey y el fuerte de Arauco... y que hasta que estuviesen los indios de los términos de aquellas fronteras asentados y poblados en los valles, que se les señalase, no pasase adelante con las poblaciones, si no fuese en caso que las cosas fuesen sucediendo, de manera que él viese convenir seguir la victoria y buenos sucesos ... advirtiendo que en ninguna manera dejase enemigos atrás, ni aventurarse el todo por la parte".

Como se puede ver por este acuerdo, la Junta recomendó el plan de Alonso de Ribera y no pronunciarse desde luego en favor de la adopción del proyecto de la guerra defensiva.

Sotomayor agregó otras ideas relativas al uso de los indios amigos. Al respecto afirmó que se podía obtener muy buen resultado con su auxilio y

dice: “con dos mil de estos amigos se hacía más guerra que con mil soldados, dándoles capitanes mestizos y mulatos”. Pero para obtener esto era preciso tener con ellos un muy buen trato y darles buen vestir y pago en ovejas y carneros. Los miembros de esta Junta: el conde de Lemas, el licenciado Baltodano, Juan de Villa Gutiérrez y Luis de Salceda, pidieron que con la anuencia de Sotomayor, se remitiera todo el contenido del Acta al Virrey, a fin de tener en cuenta estas opiniones al resolver cualquier asunto sobre esta materia y así se hizo, remitiéndosele, el 31 de marzo de 1608, al virrey, marqués de Montes Claros.

El Virrey deseaba ensayar el sistema en Chile, pero sin cargar con la responsabilidad, por si fallaba la concepción militar. Se propuso implantar la guerra defensiva, pero desviando la responsabilidad al Rey.

Por eso el Virrey, sin poner en práctica el Plan Ribera recomendado por la Junta, se concretó a considerar las ventajas del Plan Villela, como si el Consejo de Indias le hubiera recomendado este Plan. Se le pidió informe al gobernador García Ramón, quien respondió en 1609, manifestando su opinión contraria al Plan Villela.

Montes Claros devolvió todos los informes al Rey y le anunció que irían a defender los puntos de vista Lorenzo del Salto, opinión contraria a la guerra defensiva, y el padre Luis de Valdivia, que actuaría a su favor.

Mientras esta entrevista se demoraba, Valdivia escribió una larga exposición al Monarca, recomendando la guerra defensiva, aunque haciendo aparecer que defendía la idea del Plan Ribera.

En Chile no se tomó nunca en serio el Plan Villela y se pensó que el informe del gobernador García Ramón encarpentaría para siempre el proyecto de la guerra defensiva.

Luis de Valdivia hizo suyo el proyecto de Villela y se decidió a ser él la persona que lo ejecutara. Con este objeto partió, en abril de 1609, a Europa.

En las consultas del Consejo de Indias, de 2 de enero y 21 de febrero de 1610, Sotomayor estuvo ausente y se acordó la implantación de la Guerra Defensiva.

La verdad es que el padre Valdivia enredó la discusión en tal forma, que los consejeros tuvieron el convencimiento de haber aprobado las ideas y proyectos de Sotomayor.

El Rey, con muchas dudas, remitió al Virrey instrucciones en las que le permitía hacer uso de cualquiera de los dos sistemas.

El jesuita aspiraba ser el ejecutor del Plan, de modo que volvió a la carga, de ser él quien lo realizara. Hubo una nueva Junta el 2 de junio de 1610. Valdivia dio cuenta de haber asistido y de haber tenido una discusión con Sotomayor, quien habría aceptado sus ideas. La verdad es que la discusión solo existió en la fantasía imaginativa de Valdivia, ya que a la fecha de la reunión, hacía más de 30 días que Sotomayor había fallecido.

Podría ser, y sería conveniente pensarlo así, que la discusión la hayan tenido y que Valdivia diera cuenta de ella en la sesión de la Junta; incluso que Sotomayor aprobara alguna de las ideas, pues teóricamente el plan no era malo. Prácticamente, en cambio, era inaplicable, no por sus ideas, sino por la realidad araucana.

La Junta no insistió en la guerra defensiva, sino que resolvió expresamente: "Conforme a lo acordado por su Majestad, que el virrey del Perú debe atajar la guerra o hacerla con todo rigor, según viere convenir".

El ensayo de la guerra defensiva no fue impuesto, sino dejado al criterio del virrey. Se suponía como posible que el Virrey aconsejara la guerra defensiva, puesto que la defendía. Por eso el Consejo trató, a continuación, las peticiones del padre Valdivia.

Había solicitado se le confiriera el gobierno espiritual de los pueblos donde se iba a implantar el sistema y para ello pedía una carta de "ruego y encargo" para el obispo de Santiago. El Rey, en esta materia, le dio solo una carta de presentación y recomendación. Al no obtener lo solicitado, buscó otros apoyos: la petición del Virrey y la de su primo Pedro de Ledesma, secretario del Rey, lo que dio por resultado la implantación de la guerra defensiva en el Obispado de la Imperial.

Pide un Obispado y un gobernador de la tierra de guerra a quienes el Rey encargue que lo ayuden y que además sean afectos a la Compañía de Jesús. El Consejo de Indias observó una petición del Virrey y acordó que el padre Valdivia partiera enseguida y que se le haría obispo, llevando entendida

esta instrucción para que vaya, porque de otra manera parecía que rehusaría probar su sistema. El acuerdo de solicitar el Obispado para él se tomó por cuatro votos contra tres, pero se estrelló contra la terminante negativa del Rey.

Valdivia obtuvo el nombramiento de Alonso de Ribera como gobernador, a pesar de la resistencia y oposición del Virrey. El nombramiento fue cursado el 23 de febrero de 1611.

Es importante advertir que el padre Luis de Valdivia en esta actividad contrarió profundamente a sus superiores y, sobre todo, al padre general Claudio Aquaviva, quien era muy mal mirado por el Rey, ya que fue el primer general no español de la Compañía de Jesús. Debido a esta circunstancia no se opuso con tenacidad y toda su autoridad. La idea del general es que el padre Valdivia se redujera a la vida interna de la Compañía y enseñara teología, en vez de intervenir en asuntos de pacificación y conquista.

El padre Valdivia al actuar en estas materias infringía el decreto 49 de la Constitución de la Orden Jesuítica, que señala: "Que nadie, por cualquier razón que sea, se entrometa en negocios públicos o seculares de príncipes, concernientes al gobierno del Estado; y por más que sean rogados e instados por cualquier persona no se atrevan jamás a ocuparse en intereses o negocios políticos". Recomiéndase a los superiores el no permitir, "que ninguno de nuestros hermanos, se dedique a esta clase de negocios y si observan en algunos cierta propensión a ellos, deberán advertirlo al Provincial, para que los separe del lugar en que se hallen, si fuese para ellos ocasión de peligro".

La empresa iba a herir muchos intereses y provocar ataques de los encomenderos, de los militares y de otras órdenes, porque además todo inducía a pensar en un gran fracaso. Por otra parte, nadie inculparía al padre Valdivia, sino a la Compañía de Jesús, de las consecuencias que se seguirían.

Valdivia usó la influencia de Ledesma para obtener de la Compañía algunos privilegios. Si bien no logró que se le autorizara a ocupar la dignidad de obispo, alcanzó autorización para actuar, tanto él como los padres que le acompañaran, desligados de la autoridad provincial "porque en todo y por todo están a cargo del dicho padre Valdivia, y él dependerá inmediatamente de acá" (padre general, Aquaviva).

En resumen, este Plan partió de Villela, Montes Claros lo hizo suyo, y lo impuso, con su autoridad e influencia, el padre Valdivia.

Ni el Rey ni el Consejo se atrevieron a imponer el sistema y lo dejaron al criterio del Virrey. De modo que, cuando fracasa el sistema y el padre afirma que, al encargarse de la guerra defensiva solo obedeció a una imposición del Rey, incurre en una inexactitud más. El Rey accedió, al principio de malas ganas, a lo que el jesuita solicitó, y su orden, lejos de apoyarlo, se lamentó de la condescendencia real.

Valdivia llegó al Callao a mediados de 1611, trayendo los despachos del gobernador Alonso de Ribera y la Real Cédula del 8 de diciembre de 1610, que dejaba al criterio del Virrey ensayar por tres o cuatro años la guerra defensiva.

Traía además cartas del Rey dirigidas a caciques, toquis y otros, participándoles la misión que el Rey le confiaba.

El Virrey, tratando de salvar su responsabilidad en caso de fracaso, convocó una Junta de 20 personas notables “por el talento y posición social”. Después de dos sesiones, la unanimidad se pronunció por la guerra defensiva.

Celebraron una tercera reunión para oír al padre dominico fray Jerónimo Hinojosa, que vino de Chile para hacer presentes los peligros que el sistema encerraba; cuando supo que la decisión estaba tomada, no quiso tener la reunión, pero se le exigió una asamblea *ad hoc*. Se le oyó con atención y respeto, pero se mantuvo el acuerdo tomado por unanimidad.

Montes Claros dictó una serie de medidas, sin duda sugeridas por Valdivia.

Amnistía amplia a los indígenas por los crímenes pasados. La promesa de dejar tranquilos a los indios en sus tierras, inclusive a aquellos que no quisieran reducirse a dar la paz. La exención del servicio personal para los indios reducidos. La oferta de sacerdotes para los indios de guerra, para que los instruyesen y puedan pacificarse, siempre que lo deseen. Liberación de los indios ya reducidos a esclavitud. Prohibición de declarar esclavos a los indios que se tome con armas en mano o en guerra. Los indios de guerra y los reducidos no debían pasar la raya sin permiso. Los soldados españoles tampoco podían pasar, con pretexto alguno, la línea demarcatoria del Biobío. Se fijó la línea de fuertes: Callaguano, Yumbel y Santa Fe, en la ribera norte del Biobío y Nacimiento, San Jerónimo y Arauco en la ribera sur.

Ribera, en esta misma línea de consideraciones y reviviendo un bando de la Audiencia de Lima de 1602, prohibió a los soldados mantener mancebas en los fuertes. Valdivia, previendo que esta medida ponía en peligro la honestidad de las indias, obtuvo del Virrey la prohibición a los capitanes de autorizar visitas a las reducciones vecinas. La infracción se castigaba con pena de muerte.

La prohibición generó la sodomía. En 1611 Juan Jaraquemada hizo quemar vivos a varios soldados convictos de esta aberración. Según Rosales, en Paicaví se quemaron 13 sodomitas.

El 26 de marzo de 1612 el virrey extendió los poderes al padre Valdivia, nombrándolo visitador general de las Provincias del Reino de Chile. "Ordeno al padre Valdivia, vaya al Reyno de Chile... y le doy comisión para que haga de su parte, juntamente con el gobernador todo lo necesario para el cumplimiento de dichas órdenes.. y así mismo doy comisión al dicho padre para que en ausencia del gobernador y capitán general de aquel reyno haga ordenar y cumplir lo contenido en los dichos capítulos y condiciones ofrecidas a los indios."

"Encargo al gobernador se acompañe y aconseje con el padre Luis de Valdivia, de la Compañía de Jesús, que así lo quiere y manda su Majestad, por ser persona de cuya prudencia, celo y larga experiencia de las cosas de este reyno se tiene entera satisfacción. Ordeno a la Real Audiencia no se entrometa en caso, ni cosa a esto tocante".

Cuando ya todo está listo para poner en ejecución el plan, aparece el padre Luis de Valdivia pidiendo al gobernador que lo releve de la obligación de acometer él la empresa y al respecto dice: "debo representar a vuestra excelencia que la visita que se me encarga no es conforme a mi profesión, ni al fin espiritual a que soy enviado. Por lo cual suplico a vuestra excelencia me exonere y la encargue a otra persona que con más proporción y menos defectos pueda ocurrir a ella, en que recibiré gran merced".

El Virrey contestó esta presentación no dando lugar a la petición "sino que debe ocuparse de la misión establecida sin demora".

QUE SE OPINA ENTRETANTO EN CHILE

Causó verdadera alarma en Chile la noticia del próximo arribo del padre Luis de Valdivia y de Alonso de Ribera, que ensayarían poner en ejecución un nuevo sistema de pacificación y ocupación del territorio de la Araucanía: se iniciaría la experiencia de la guerra defensiva.

Las instituciones, desde los Cabildos, la Real Audiencia, los militares, los encomenderos, los pobladores de las ciudades, los trabajadores de los campos y, en cierto modo, un buen número de religiosos y sacerdotes, pensaban que era una aberración esta experiencia. Ella significaba: a) una humillación al pedir la paz al araucano; b) abandono de la mitad más fértil de lo conquistado por Valdivia; e) se estimaba iluso el efecto de la predicación entre los aborígenes, no en cuanto pudieran o no adherirse a la fe de la Iglesia, sino en que esta los llevaría a aceptar la ocupación de sus tierras y la pérdida de su libertad; d) con el sistema de la guerra defensiva pensaban, y con razón, que ni siquiera se garantizaba la seguridad y paz al norte del Biobío.

Se decía que, al amparo de la paz, los mapuches juntarían armas, se organizarían y, cuando estuvieran listos, buscarían el momento que más les conviniera y acomodara para asaltar al español. Así había ocurrido en los 60 años anteriores.

Por eso, es especialmente valiosa la opinión de ex gobernadores de Chile que hacen presentes sus críticas al Virrey, al Consejo de Indias y al Rey. Oigamos sus opiniones:

ALONSO GARCÍA RAMÓN: “Los indios jamás se someterán por medios pacíficos.” Además, en un largo documento rechazó la guerra defensiva y apoyó el Plan Sotomayor.

MERLO DE LA FUENTE: En todas sus cartas se pronuncia enérgicamente contra la guerra defensiva. Le escribe al Rey varias veces y en una de sus cartas le dice “... no haciéndose de esta parte guerra a los indios, nos la harán ellos tan cruel como se verá y los demás indios que tenemos ahora como amigos, no haciendo guerra nosotros a los rebeldes, mientras ellos nos la hacen, se pasarán todos a ellos”. “Demás desto, en desamparar los fuertes que tenemos al otro lado del río, se pierde mucha reputación”.

JUAN JARAQUEMADA: “No ha llegado (se refiere al padre Valdivia), que lo deseo para darle a entender que le hubiera estado más a cuenta estarse

en su celda que meterse a arbitrar casos de guerra y el error en que está, lo cual sienten todos los de este reino, sin que haya un parecer en contrario” .

Alonso de Ribera continuaba desempeñando el cargo de gobernador de Tucumán desde que se alejó de Chile. Allí recibió la cédula real que lo nombraba, nuevamente, gobernador en Chile y se viene, haciendo la travesía de la cordillera en una litera, tanto por su edad, como por el estado de su salud que no le acompañaba.

Llegó a Santiago el 27 de marzo de 1612 y juró como gobernador al día siguiente. Permaneció en Santiago hasta fines del mes de mayo. Valdivia, desde el Callao, se dirigió directamente a Concepción, lugar al que arribó el 13 de mayo de 1612. Los padres jesuitas que trajo de España para actuar con él, habían llegado a Chile. (Conviene tener presente que los primeros jesuitas que llegan a Chile vienen desde el Perú en 1593, siendo el superior padre Piñas y ocho padres más.)

De inmediato Valdivia ordena a los capitanes de los distintos fuertes en las avanzadas de la guerra que debe suspenderse toda hostilidad, y desde Concepción transmite a Santiago las instrucciones que traía. Se interna hacia el fuerte de Arauco, pero el jefe de plaza de Concepción lo convence que, para seguridad, no se interne solo. Va con él, como intérprete, el capitán Juan Bautista Pinto y un grupo de indios amigos, además de un pequeño destacamento de soldados. Era una precaución justa.

De Arauco envía delegados a todas partes, entregando información de paz. Es solicitada su presencia por los caciques que desean saber bien a qué atenerse. En el fondo no creen nada de lo que se les dice, pero como el vivir un tiempo en paz les da la posibilidad de aprovisionarse y rehacerse de las pérdidas sufridas en la guerra, les agrada la proposición en la medida que pueden sacar ventajas para sus propósitos.

El avanzó a tomar contacto con los caciques y entró a la región de Catiray en Arauco, donde tantas veces se encontraron araucanos y españoles.

Aquellos celebraron una Junta y en ella apareció Valdivia. Los caciques quisieron en el acto aprovechar las circunstancias y dar muerte al padre ya sus acompañantes. Informado Valdivia de lo que se fraguaba, entró en tratos, ofreció retirar y evacuar el fuerte de San Jerónimo y dar libertad a los prisioneros que se tenía en el fuerte de Talcamávida.

Al regresar hizo liberar a los prisioneros cuya libertad había prometido. El fracaso de esta primera acción de su plan lo ocultó, según algunos, comprando el silencio de los intérpretes e informando falsamente al padre provincial, Diego de Torres, señalando que su entrada a Catiray había sido beneficiosa a los fines que perseguía.

Conocida en Santiago la aventura de Catiray, en los términos informados, fue hora de júbilo que se celebró con repique de campanas, procesiones y sermones.

Estas manifestaciones son las que hacen pensar en una información torcida y falsa. No quisiera pensar en una información intencionadamente tendenciosa. El padre Valdivia estaba tan convencido de su plan y el éxito que tendría, que lo hizo actuar así, para confirmar la experiencia y confianza que se tenía en él; que si diera la información completa y correcta, simplemente habría terminado ahí la guerra defensiva.

En julio volvió a Concepción y aquí tuvo su primer encuentro con el Gobernador Ribera, quien le manifestó su gratitud por su intervención en su nombramiento como gobernador, y sus propósitos de secundarlo de corazón en su empresa.

Durante el invierno de 1612 llegaban a Concepción muchos indios con el propósito de obtener la libertad de parientes presos. Se les atendía y agasajaba con regalos. Las tribus más distantes daban la paz, pero con frecuencia asaltaban los campos y no daban muestra alguna de pretender someterse.

Los emisarios que enviaba el padre al interior no eran bien recibidos, sino miradas con desconfianza. Los mapuches no esperaban nada bueno de los españoles, a quienes sentían como usurpadores que querían adueñarse no solo de su tierra, sino de sus vidas. Otro aspecto notable es que el indio sintió todo este afecto y buen trato repentinos, como una clara muestra de debilidad y de temor, dictado todo por la sensación de impotencia en el enfrentamiento.

Lograron el gobernador Ribera y Valdivia atraer a Paicaví al célebre cacique Anganamón y a otros, a pretexto de canjear cautivos españoles por caciques prisioneros. Entre estos caciques tenía una especial significación la captura que había hecho poco antes del famoso Turenlipe. Hicieron muchas promesas de paz unos y otros, pero Valdivia supo, en el momento de estas mismas promesas, por un mestizo que vivía entre los araucanos, que todas

ellas eran falsas y que las seguridades dadas por los indígenas no eran sinceras.

Ribera se internó hacia Arauco para revisar la línea que sería la frontera y ver la situación de los fuertes que había de evacuar. Pero antes de hacer cualquier cosa, quiso oír a los capitanes y convocó una junta de guerra, a la que asistió Valdivia. Esta se verificó en noviembre.

Los capitanes se encontraban entre dos corrientes que perturbaban su criterio: la convicción que tenían de lo impracticable del criterio del padre y el temor de contrariar los deseos del Virrey. Hubo opiniones encontradas, pero estuvieron de acuerdo en despoblar el fuerte de Angol, no así el de Paicaví hasta no ver el resultado de las gestiones de paz.

El gobernador y Valdivia, acompañados de una división del ejército, se trasladaron a Paicaví a celebrar un Parlamento con los indios. Mientras iban de camino llegó hasta ellos un enviado de Anganamón, que comunicó al gobernador, a nombre del cacique, el incidente de habersele fugado a Paicaví dos de sus mujeres: una española y otra india con dos hijas. Exigía que se restituyera a su hogar a la mujer india y a sus dos hijas. No reclamaba lo mismo de la española.

Ribera contestó que viniera al Parlamento de Paicaví y que se le complacería. Pero al mismo tiempo las mujeres hicieron saber a Ribera que ellas habían huido del cacique y que por motivo alguno volverían a su tierra. Valdivia creía posible encontrar una solución.

Pasaron algunos días antes que se presentaran unos setenta indios, unos a pie y otros a caballo, con sus clásicas ramitas de canelo, símbolo de paz entre ellos. Ribera tuvo que abrazarlos a todos y luego principiar el Parlamento.

Se levantó a hablar el cacique Utablame y divagó sobre sus propósitos de paz y la conveniencia de ella, pero que para hacerla efectiva, era indispensable destruir y despoblar el fuerte de Paicaví.

Los capitanes comprendieron que la efectividad del parlamento era solo para ganar tiempo y efectuar sus cosechas. Los asistentes, por otra parte, no tenían ninguna autoridad ni representación para tomar acuerdo en nombre de otras tribus. Esperar de este Parlamento el comienzo de una paz general era una alucinación del autor de la guerra defensiva.

Después de dos días de festejos los indios regresaron, pero antes de que partieran Valdivia ordenó la demolición del fuerte de Paicaví.

Contra el parecer unánime de los militares, dispuso que los padres Martín de Aranda y Horacio Vechi y el hermano Diego Montalván se internasen en dirección al lado oriental de la cordillera de Nahuelbuta.

En los primeros días de su marcha todo iba bien y parecía que se cumplirían los deseos del padre y que los misioneros podrían cumplir sus propósitos. Así lo pensaron ellos mismos y así lo comunicaron por mensajero al padre Valdivia.

Al llegar al lago Lanalhue se encontraron con indios que venían del lado de Purén, dirigidos por los caciques Anganamón, Aillavilu y Turenlipe. Al encontrar a los padres sin defensa alguna, resolvieron sin vacilar darles muerte y procedieron sin mediar ni tiempo, ni palabras. Los desnudaron y, colocándolos en medio de un lugar sin árboles, limpio y despejado, los ultimaron a golpes de lanzas, ciegos de ira por la fuga de las mujeres de Anganamón.

La muerte de los padres y el hermano coadjutor jesuita ocurrió el 15 de noviembre de 1612. Al día siguiente, el padre Valdivia supo de la noticia del asesinato, que le fue comunicada por el indio Cayumari; hizo recoger los cuerpos de las víctimas y les dio sepultura, primero en Lebu y después en la iglesia de la Compañía en Concepción.

Ribera comprendió que lo sucedido era el principio de un levantamiento general y se dirigió a Concepción para tomar las medidas necesarias para la defensa de la línea del Biobío. Valdivia quiso que el gobernador, a pesar de lo ocurrido, debilitara y retirara algunas guarniciones, a lo que Ribera se negó. Esto marca el inicio de la trizadura de las relaciones con Valdivia.

Volvieron a encontrarse en una Conferencia en la Estancia del Rey "Buena Esperanza", cerca de Yumbel, el 13 de febrero de 1613.

En esta Conferencia, como una fórmula de no contrariar totalmente las órdenes del Virrey, se decidió autorizar a los indios amigos para que emprendieran excursiones a Purén ayudados por las fuerzas españolas.

Poco después se movió el ejército hacia Purén y actuó a sangre y fuego, como en los mejores tiempos de la antigua guerra. Huyeron los indios

y dejaron sus chozas y sembrados a merced de los españoles, quienes las arrasaron sin compasión y les quitaron niños, mujeres y animales.

Los indios de Tucapel, Tirúa e Ilicura se armaron y se dirigieron en guerra hacia el norte.

La guerra defensiva cayó en el más profundo desprestigio e incluso desde los púlpitos de las iglesias se criticó al padre Valdivia. Además, lo que era de esperar, las consecuencias de su porfiada aventura las sufrirían los miembros de la Compañía de Jesús.

El obispo Pérez Espinoza, el clero y las comunidades religiosas se declararon en contra del sistema, tanto por su inestabilidad, cuanto por el antagonismo que se estableció entre el clero y los jesuitas, que desacreditaban la obra evangélica de los demás sacerdotes para ponderar la propia.

En medio de estas acusaciones, el obispo escribe al Rey y le suplica le acepte la renuncia al cargo. Al mismo tiempo parten a España fray Pedro de Loza, guardián del Convento de San Francisco y el coronel Pedro Cortés, encargados por el Cabildo y órdenes religiosas para gestionar en la Corte la derogación de la Cédula que autorizaba la Guerra Defensiva.

Ribera, a principios de 1613 y ya en abierta oposición a Valdivia, escribe al Virrey dándole noticias de los sucesos en Chile y de los negativos resultados del sistema defensivo. El Virrey culpó a Ribera de torcida intención, para hacer fracasar los planes de Valdivia y así se lo manifestó en una muy terca y dura comunicación.

Rechazó Ribera el cargo, se dirigió al Rey para restablecer la verdad de las cosas y se propuso cambiar de conducta en sus relaciones con Valdivia, que habían sido deferentes y sumisas.

En 1614 la ruptura entre ambos era abierta. El Virrey seguía adherido a la política de Valdivia y ordenó al gobernador mantener una estricta actitud defensiva. Alentados los indios con la ineficacia española, comenzaron sus irrupciones por todos lados. Los catorce fuertes españoles se vieron asediados con frecuencia por partidas que, puestas en acecho, asaltaban a los destacamentos e indios amigos y robaban animales.

Las guarniciones solo podían perseguirlos hasta el límite de la línea. Llegaron, en su audacia, las huestes a pasar al norte del Biobío, en 1615 y atacar la plaza de Yumbel, donde fueron rechazados.

Desde 1613 se está realizando un juego absurdo ante el Rey en que tiene todas las de ganar el padre Valdivia con sus ideas, porque las influencias de quienes lo apoyan, encuentran más eco en la persona del Rey.

A la opinión favorable del Rey se une la opinión del Virrey, que está por la defensiva. Por otra parte, el Rey se encuentra sin recursos económicos y la guerra defensiva es la que le presenta, en lo inmediato, menos costo, lo que le hace mucha fuerza para ordenar al Virrey “que se guardara inviolablemente lo que tenía mandado sobre la Guerra Defensiva y sobre el servicio personal”.

El padre jesuita Gaspar Sobrino fue desde Chile a España a defender a Valdivia y a los jesuitas, que, naturalmente, tuvieron que tomar la defensa del sistema. Sus informes eran exactamente contrarios a los que presentaba, en nombre del gobernador, el capitán Pedro Cortés.

Cortés solo logró, con su actuación, una distinción real y una pensión. Era ya hombre de 84 años, había combatido durante 56 y tomado parte, en Europa y América, en 119 combates.

Regresó en 1615, acompañado de su hijo Juan, pero no volvió a ver a Chile, falleció en Panamá.

Así perdieron los tercios de Arauco a la reliquia de sus guerras heroicas, a la primera espada de esa legión de admirables capitanes, como Reinoso, Miguel de Velasco, Pedro de Villagra, Bernal de Mercado, Francisco del Campo y Miguel de Silva.

Ante el Rey era claro el apoyo a la guerra defensiva y así el padre Sobrino, al volver, trae carta para el padre Valdivia en que dice: “Todo va proveído como lo pedís, en los despachos que lleva el padre Gaspar Sobrino, a quien enviasteis a estos reinos en solicitud de estos puestos. Yo os encargo y mando que de mi parte vayáis ayudando esta resolución teniendo la conformidad y buena correspondencia en el mi Gobernador a quien ordeno y mando la tenga con vos, y a mi Virrey del Perú y Audiencia de ese reyno que os ampare en lo que está a vuestro cargo para que mejor podáis ayudar a las cosas de mi servicio como yo de vos lo fío”.

Pero mientras se discutía en la Corte, la realidad del problema estaba en Chile. La guerra defensiva cada día era más desastrosa. La inmovilidad del ejército hacía que fuera atacado a gusto por los mapuches.

En un año el ejército fue atacado 24 veces y siempre repelió el ataque. Los indios amigos eran degollados y los asaltantes se llevaban mujeres y niños.

Ribera decidió castigar estos ataques y salió contra ellos con indios amigos y 700 soldados, los atacó en Purén y en Arauco se apoderó de la persona del célebre cacique Pelantaru. Estas victorias no amilanaban a los indios; se rehacían y volvían a la carga.

El padre Valdivia, a estas alturas, seguía influyendo en la Corte con comunicaciones. Es así que en 1617 llegó a Chile la Cédula Real que ordenaba ceñirse estrictamente a la guerra defensiva. El gobernador debía: “defender la línea y defender el reyno” y correspondía “al padre Valdivia y religiosos de la Compañía de Jesús el tratar con los indios de guerra y declararles siempre la voluntad del Rey e interceder que se les cumpla”.

Un visitador designado por el virrey, príncipe de Esquilache, debía vigilar el cumplimiento de las disposiciones del Rey.

Ribera no alcanzó a conocer estas órdenes. Había asumido el gobierno, por segunda vez, con su salud quebrantada, pero supo ser un soldado cuando las circunstancias lo requirieron. Dirigió los negocios administrativos y la guerra defensiva, casi siempre desde Concepción, hasta marzo de 1617.

Por carta al Rey, del 10 de marzo, pide ser relevado del cargo. El 9 del mismo mes nombra sucesor al licenciado Fernando Talaverano Gallegos y fallece el mismo día.

Su muerte fue muy sentida por todos. Ovalle dice de Ribera: “Era un gran capitán, grande en todo, en su sangre, en su valentía, en su nombre adquirido con tan grandes hazañas en la tierra de Europa antes de pasar a Chile; y en la buena traza y disposición de su acertado Gobierno”.

Diego de Rosales dice: “Murió con sentimiento de todo el reino, por ser muy amado en todo él, confesando la voz general que más animoso General, ni más entendido en la guerra no había venido a Chile... En su muerte lució más el resplandor de su fama y se inmortalizaron sus hechos, alabando todos su prudencia, afabilidad, entereza, magnanimidad, justicia y clemencia; que de todas virtudes dio claros testimonios”³⁷.

37 Diego de Rosales. *Op. cit.*, Tomo II, págs. 617-618.

15. FERNANDO TALAVERANO GALLEGOS (1617-1618)

Talaverano llegó a Concepción cuando el padre Valdivia había recibido la Carta Real que le daba toda la autoridad para continuar la guerra defensiva y, durante los 10 meses que duró el gobierno interino, se limitó a ser un mero ejecutor de las providencias que dictaba el jesuita. Valdivia asumió personalmente la dirección de la guerra. Empezó por poner en libertad a los indios presos en los fuertes, incluso a Pelantaru, que no tardó en presentarse a pelear de nuevo contra los españoles al frente de las huestes mapuches.

Talaverano cumplió todo cuanto le ordenaba Valdivia, pero participó al Virrey sus temores. El Virrey le contestó en términos duros, amonestándole por no castigar severamente a los que no respetaban ni veneraban los mandatos del Rey.

Pero el Virrey fue más lejos, designó un sucesor de Ribera que debía gobernar en forma interina, don Lope Ulloa y Lemas, que desembarcó en Concepción el 12 de enero de 1618. Su llegada liberó a Talaverano de la responsabilidad que sentía al tener que cumplir muchas de las órdenes de Valdivia.

16. DON LOPE DE ULLOA y LEMOS (1618-1620)

Había llegado al Perú con el conde de Monterrey, en 1604 y se había casado en Lima con una dama principal, dueña de cuantiosa fortuna. En el momento de ser designado gobernador de Chile, era prefecto de una congregación de laicos de la Compañía de Jesús. Trajo consigo 160 soldados y en Chile encontró un ejército cuyos efectivos alcanzaban a 1.415 soldados. Estimando que estas fuerzas no eran suficientes en caso de un levantamiento, se apresuró a pedir refuerzos. El gobernador, como el Virrey, eran simples instrumentos del padre Luis de Valdivia y de la Compañía de Jesús.

El gobernador comenzó por recorrer los fuertes en compañía del padre, para así ponderar su celo al Rey, y asegurarle que le prestaría puntual ayuda.

Las relaciones de Ulloa con la Real Audiencia fueron malas desde el inicio de su gobierno; lo mismo ocurrió con casi todas las instituciones, que no compartían la idea de la guerra defensiva, ni la excesiva bondad con los indios.

Los indios seguían atacando sin cesar a los españoles y pasaban la raya (la línea) del Biobío al norte.

Valdivia ordenó destruir el fuerte que había al sur del Biobío, San Jerónimo de Catiray y retirar sus defensas a una línea a dos leguas al norte del Biobío.

Los indios decidieron seguir a los españoles, pasaron la línea y los malones continuaron. Cierta día, el capitán Andrés Jiménez de Lorca sorprendió al cacique Turenlipe en los momentos en que atravesaba el Biobío, por el paso de Negrete y, cumpliendo con la orden de Valdivia, pasó a cuchillo a todos los prisioneros.

En un memorial de 1621 el jesuita refiere que "Don Lope", uno de los indios convertidos por él... gran cristiano, degolló a Turenlipe, general de los indios, de los cuales recogieron muchas piezas y quedaron amedrentados.

En 1619 el padre general de los jesuitas se impuso que Luis de Valdivia había decidido volver a España, a pesar de la Real Cédula que le ordenaba seguir con la guerra defensiva y que le otorgaba mayor autoridad.

El padre se embarcó sin aguardar, con el pretexto de informar personalmente al Rey sobre el estado de la guerra.

El padre general, ahora Vitelleschi, que había sucedido a Aquaviva, manifestó a Valdivia que debía alejarse en forma discreta de la dirección de la guerra de Arauco que, a su juicio, era una empresa puramente política y militar y no podía ser dirigida por un miembro de la Compañía de Jesús.

Vitelleschi comprendió que no iba a ser obedecido y el 30 de abril de 1616 le quitó la independencia que le concedió Aquaviva y lo sometió en todo al Provincial del Paraguay.

El conflicto del padre Valdivia, reacio a la obediencia a sus superiores, prefiriendo la autoridad que le daba el rey Felipe III, iba a chocar con la severa rigidez de la autoridad del Provincial, padre Oñate.

Desgraciadamente el conflicto se produjo sobre una materia en extremo delicada, que obligaba a guardar silencio, además de lo incierto de las acusaciones.

Se acusó a Valdivia de toda clase de irregularidades, incluso de extravíos sexuales. Se acumularon en Chile nuevos y variados cargos. La Compañía era, en esta materia, más estricta que las demás órdenes y los interesados en hundir al padre eran tantos casi como los españoles residentes en Chile.

El escándalo alcanzó tales proporciones que el padre Oñate intervino, e impuesto de los antecedentes, trató con extrema dureza a Valdivia. Sin embargo, convencido que cualquier medida que se tomara repercutiría, más que sobre el padre, sobre la Compañía, sobre la guerra defensiva y sobre la confianza del Rey, prefirió callar, y se limitó a imponerle censuras eclesiásticas.

Esta medida de Oñate, dice el historiador jesuita padre Astraín, “fue un golpe terrible para el padre Valdivia, quien al instante resolvió alejarse de Chile”.

De acuerdo con el Provincial de la Orden, Valdivia desvió toda la atención de su partida de cualquier otra consideración que no fuera dar cuenta personal al Rey de la marcha de la guerra defensiva y de la necesidad de apresurar el envío de socorros. Se embarcó, en noviembre de 1619, llevándose como compañero de viaje y testigo a Iñigo de Ayala. Antes de partir delegó sus poderes en el padre Gaspar Sobrino y pactó con el gobernador Ulloa y Lemas; este se obligaba a mantener la guerra defensiva, a quitar el servicio personal; y el padre Valdivia a enviar 800 soldados, a traer ocho jesuitas más y a obtener el traslado de la Audiencia de Santiago a Concepción. En Lima se detuvo seis meses; el Virrey le insistía en que debía regresar a Chile y continuar la obra iniciada.

En Perú, durante esta permanencia, ayudó al príncipe de Esquilache a redactar un Código sobre el servicio personal e impuesto a los indios, que se conoce con el nombre de “Tasa de Esquilache”. El proyecto fue llevado por Valdivia a España, para la aprobación real. Abandonó Callao el 24 de septiembre de 1620 y a fines de año estaba en España.

Llegó provisto de cartas de presentación y alabanza de su trabajo de pacificación y la verdad es que su propósito era regresar a Chile con facultades mayores, independiente de toda autoridad civil o eclesiástica.

El padre Vitelleschi se encontraba en una difícil situación. Estaba dispuesto a impedir el regreso del padre al Perú y a Chile y por otra parte no quería ponerse contra el Rey. En enero de 1621 le escribió al propio Valdivia, que evitara por todos los medios volver al Perú.

Así las cosas, falleció Felipe III el 31 de marzo de 1621. Valdivia perdió con el Rey su más firme apoyo y la actitud del padre general de la Compañía se tornó muy firme.

En abril Vitelleschi escribió al Provincial de Toledo: "Lo que vuestra reverencia me escribe del padre Luis de Valdivia me ha dado cuidado, porque no conviene de ninguna manera se quede en esa Corte, porque, por haberse entrometido en esos negocios ha padecido mucho la Compañía en todo el Reino de Chile y estamos allá odiados y se ha impedido el fruto de nuestros ministerios, y si allá supiesen que vivía en la Corte, le atribuirían todas las órdenes que el Consejo enviara contra los españoles y se volverían contra la Compañía, y así deseo que este negocio lo tome vuestra reverencia con mucho brío, y, si fuese menester hable a S.M. y al Señor Presidente del Consejo de Indias y les informa de los inconvenientes que se seguirían y le suplique de mi parte dar licencia para que el Padre Valdivia se vaya a Castilla, y, en orden a esto, vuestra reverencia se valga de las personas que le pudieren favorecer, que esto conviene al servicio de Dios y del Rey"³⁸.

Valdivia trató, por todos los medios, de rehuir la orden de volver a uno de los conventos de la Orden en Castilla. Hizo que el nuevo rey Felipe IV escribiera al general pidiéndole que le permitiera quedarse en Madrid. Vitelleschi se mostró inflexible en su determinación.

El 30 de agosto de 1621 partió Valdivia a la casa de la Orden en Valladolid, donde fue afectuosamente recibido y tratado por sus hermanos. Se le confió el cargo de prefecto de Estudios Mayores. En este, su retiro, supo con honda impresión la suspensión de la guerra defensiva, acordada por la Real Cédula del 13 de abril de 1625 y su reemplazo por la guerra activa, ofensiva y sin tregua, en la que se restablecía la esclavitud de los indios prisioneros.

En 1642 falleció Valdivia en Valladolid, a los ochenta y un años de edad.

38 Francisco A. Encina. *Op. cit.*, Tomo III, pág. 127.

Conviene tener presente que a Felipe IV le hicieron impresión los informes tan unánimes que recibió de Chile, manifestándole los desastrosos efectos del sistema defensivo. Valdivia ya no encontró en el Monarca el mismo apoyo que tuvo en Felipe III.

Tomás Guevara en su “Historia de la Civilización Araucana”, haciendo una consideración final sobre el proyecto de Valdivia, dice que fue

“el autor del proyecto de dominación más erróneo de esos tiempos. Sin duda que tuvo su origen en los sentimientos humanitarios de un sacerdote bien intencionado, pero que no comprendió la índole de los bárbaros que pretendía salvar del exterminio, negativa a toda inculcación religiosa y desconfiada, por los sucesos del pasado, a las promesas de los españoles.

Tampoco el Padre Valdivia se percató de las dificultades que había, en vencer en pocos años, de repente, puede decirse, ideas dominantes en sus compatriotas; sostenidas por tradición y conveniencia. Rara tenacidad era, sin embargo, querer imponer su voluntad ante dificultades que palpaba, bien que no se explicara”³⁹.

Después de esta mirada a la obra del padre Luis de Valdivia hay que dejar constancia que su nombre, a pesar de todo, siempre ocupará un lugar destacado en la historia colonial de la Guerra de Arauco, ya sea porque se le ataque o se comparta su punto de vista. En todo caso nadie podrá dejar de reconocer que se movía tras la satisfacción de altos principios humanos y cristianos y que actuó lleno de caridad e impresionado en la defensa de sus hermanos, los indios mapuches.

El padre Luis de Valdivia, en la proyección del tiempo puede ya ser juzgado, lejos de las pasiones del momento que vivió. Sin duda que hoy el juicio debe ser otro: circunstancias imprevistas impidieron que toda una experiencia humanitaria pudiera dar los frutos que el jesuita vislumbró y que pudieron haberse dado.

Un incidente, sin responsabilidad ni de los indios ni de Valdivia, produjo la catástrofe. Sin la huida de esas dos mujeres y dos hijas de Anganamón, otra habría sido la secuencia de esta guerra defensiva.

39 Tomás Guevara. *Op. cit.*, pág. 1087.

Volvamos a encontrarnos con Lope de Ulloa y Lernos. Si bien su título de gobernador fue interino, otorgado por el Virrey, fue confirmado por el Rey como gobernador, pero se guardó los despachos que le designaban como tal y siguió actuando como si fuera interino. La situación con los mapuches era pésima, pues ellos mantenían la línea al norte del Biobío y los indios los atacaban impunemente. El español solo se defendía.

Hechos absolutamente incontrolados van a disminuir momentáneamente la presión mapuche. En su gobierno se produjo una nueva epidemia de viruela y sarampión, que apareció en 1619 y cobró gran violencia en 1620. Los documentos de la época hablan de más de 50.000 víctimas de esta epidemia.

La peste anuló en un año la recuperación militar que el sistema defensivo había permitido alcanzar al pueblo mapuche.

También enfermó repentinamente el gobernador: no de la peste y, sintiendo la proximidad de su fin, designó sucesor a don Cristóbal de la Cerda y Sotomayor, que en esos momentos era el único Oidor de la Real Audiencia y tenía 35 años.

El gobernador Lope de Ulloa y Lemos falleció en Concepción el 8 de diciembre de 1620.

17. GOBIERNO DE CRISTÓBAL DE LA CERDA Y SOTOMAYOR (1620-1621)

En el gobierno brevísimo del gobernador de la Cerda, poco más de cuatro meses, se promulgó la tasa de Esquilache, que reemplazaba una vez más el servicio personal de los indios. Esta ordenanza fue publicada en Concepción el 14 de febrero de 1621 y contaba de 67 artículos en 10 títulos.

Prohibía el servicio de los indios menores de 18 años y solo podía obligarse a aquellos, mayores de esa edad, que fueran sorprendidos atacando.

Los indios mayores de 18 años y menores de 50 años que se liberaban del servicio, debían pagar una cuota distinta en las jurisdicciones de La Serena, Santiago, Chillán y Concepción. En esta última jurisdicción pagaban

\$ 10,50 (diez pesos cincuenta) al año; que se descomponía en los siguientes rubros: \$ 8 para el encomendero; \$ 1,50 para el servicio religioso; \$ 0,50 para el Corregidor del Partido; y \$ 0,50 para el protector.

Los encomenderos se negaron a aceptar esta legislación y respondieron a su implantación con la negativa a prestar servicios militares.

En la acción militar, su empeño fue contener a los mapuches que se levantaron y arrasaron con el fuerte de Yumbel, a pesar de los estragos de la peste. De la Cerda salió a castigar esta acción y asoló la tierra hasta Purén.

Hacía méritos para obtener la Gobernación, pero Esquilache comprendió que en Chile nadie quería la guerra defensiva y cambió al gobernador, nombrando como interino a Pedro Osores de Ulloa, el 25 de abril de 1621, a quien el Rey ratificó el 17 de febrero de 1622.

18. GOBIERNO DE PEDRO OSORES DE ULLOA (1621-1624)

Pedro Osores de Ulloa era un antiguo vecino y funcionario civil y militar del Perú, hombre independiente, alentado a pesar de su edad, 80 años. Llegó directamente a Concepción, traía consigo 311 hombres, regularmente equipados, en tres buques.

Hombre de criterio y visión, se dio cuenta que los medios persuasivos de la dominación y las contemplaciones usadas con los indios, eran medios inadecuados para lo que se pretendía. Con esta convicción, escribe al Rey y le señala que, desde 1613, los araucanos habían ejecutado 187 entradas al territorio resguardado por el ejército y que, desde entonces, habían sucumbido 400 españoles y 1.500 indios amigos y que los indios se habían apoderado de 1.500 caballos y que más de 46 eran los soldados que se habían pasado al bando mapuche para vivir entre ellos y que serían más cada día.

Impuso al Rey y al Virrey de estos datos, agregó su opinión sobre lo que él estimaba el rotundo fracaso de la evangelización y su convicción de que era imposible transformar al indio en hombre civilizado con ese sistema.

Al informarlos de su convicción, sabe que va en contra de las ideas del Rey y del Virrey y por eso les advierte que les habla con claridad. Si no les parecen justas sus apreciaciones, se envíe a otro que sustente las ideas que él no comparte.

A Osores de Ulloa le pareció indispensable restablecer la disciplina en el ejército. Separó a algunos oficiales e hizo ejecutar a algunos desertores que logró capturar. Cuando creyó estar preparado, pasando por sobre las órdenes reales dispuso una expedición, cuyo mando confió al maestre de campo Álvaro Núñez de Pineda, que debía castigar y sorprender a las indiadas de Purén. Este se acercó a las ciénagas y ocupó lugares que estimó estratégicos, creyendo no haber sido observado por los indios, a quienes esperaba sorprender. El sorprendido fue él al darse cuenta que los indios se habían retirado con anticipación, perfectamente informados de la marcha de los soldados. Dio la vuelta hacia el fuerte de Arauco y el sargento mayor Juan Fernández de Rebolledo se dirigió a Yumbel; pueblo y fortaleza que, después del ataque que sufriera el gobernador de la Cerda, había repoblado y reedificado.

Pero, ya hemos señalado, Osores de Ulloa era anciano y sus fuerzas vitales tocaban a su término. Presintiendo su fin designó como sucesor al maestre de campo Francisco de Alaba y Norueña y falleció, a los 84 años de edad, el 18 de septiembre de 1624.

GOBIERNO INTERINO DE FRANCISCO DE ALABA Y NURUEÑA (1624-1625)

Gobernó durante ocho meses y pasó su tiempo en la vigilancia de las costas por anuncio de la presencia de corsarios en la costa del Pacífico.

Trabajó en dotar y mejorar los fuertes de Concepción.

Cuando el Virrey supo la muerte de Pedro Osores de Ulloa, designó como gobernador a su sobrino don Luis Fernández de Córdoba, de brillante hoja de servicios militares y experiencia en la administración y vida de América.

19. GOBIERNO DE LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y ARCE (1625-1629)

Miembro de la aristocracia andaluza, tenía excelentes antecedentes militares. Había sido gobernador en Tlaxcala (México) y general de la flota que, en el Pacífico, protegía el comercio con las islas Filipinas.

Su nombramiento se extendió el 4 de enero de 1625 por el Rey; el 24 de abril se embarcó en el Callao y arribó a Concepción el 28 de mayo de 1625. De inmediato comenzó su tarea de la guerra. Lo primero que hizo fue visitar los fuertes de la Frontera y, de su primera visión, quedó para él claro que la guerra defensiva era un estorbo para lo que se pretendía, que ella no produciría la pacificación y que si, en definitiva, la pudiera producir, sería después de varios siglos, señalando así su inaplicabilidad.

Le va a tocar poner en ejecución la Real Cédula que puso fin a la guerra defensiva, la que fue dictada por el rey Felipe IV, el 13 de abril de 1625. Obedeciendo instrucciones del Virrey, hizo publicar esta cédula por bando en la plaza, el domingo 25 de enero de 1626, en Santiago. Fue recibida esta determinación con gran regocijo de la población como también de los militares y encomenderos.

Curiosamente, el Rey precisaba ciertas condiciones y ordenó que a los indios se les hiciera un llamado a la paz y que, si en el término de dos meses no la aceptaban, se terminara con las hostilidades con toda energía.

La Cédula Real indicaba otras prescripciones. Así estableció que a los indios que cayeran prisioneros se les sometería a la esclavitud y sus dueños podrían venderlos y marcarlos. Esto, naturalmente, dio paso al abuso. No faltaron quienes hicieron marcar y vender a indios que no eran tomados como prisioneros en guerra, pues salían a “cazar” indios pacíficos, para someterlos como esclavos. Se abrió así un mercado humano vergonzoso; se vendían en Coquimbo y, en general, en el norte y en el Perú, no solo indios adultos sino aun niños. Esto como otras actitudes fueron las que produjeron el estado de rebelión permanente de los indios y la fiereza con que lucharon.

Naturalmente, en la disyuntiva de ser sometidos a estos tratos o tener la posibilidad de liberarse, la guerra, con todas sus consecuencias, era mejor que el sometimiento. Era preferible la muerte en el campo de batalla, con la

posibilidad de cambiar su suerte, que la muerte y la ignominia lentas de la esclavitud.

Para entender estos abusos, hay que tener presente que no están en el espíritu ni en la letra de la Legislación de Indias, sino que son fruto de la pasión por la riqueza y la ambición, y se llevan adelante, en la distancia de América y como fruto natural de las venganzas. Es fácil comprender la parte de justicia en el indio; es bastante más difícil perdonar estos crímenes en los que usurpan y conquistan lo que no les pertenece.

Para evitar en parte dichos abusos, el gobernador dictó una ordenanza que se pregonoó con el mismo honor y boato que el término de la guerra defensiva. Esta ordenanza estableció los pormenores relativos al permiso de esclavizar.

En el plazo de los tres primeros meses de tomado prisionero un indio, su aprehensor tenía la obligación de inscribirlo en un registro que, para el objeto, se llevaba en la secretaría de gobierno; se prohibía enviar al Perú a los que no estuvieran inscritos y a los bárbaros que no eran reconocidamente esclavos, solo podían marcarlos en brazos y piernas.

Se discutía si se tenía derecho a marcarlos en el rostro; los teólogos negaban ese derecho por cuanto el rostro era en lo que más se asemejaba el hombre a Dios. Cuando, por estos tratos, los indios empezaron a responder con semejantes crueldades con sus prisioneros, los españoles fueron dejando el uso de la marca. Esto nos lo afirma el padre Rosales, que fue contemporáneo de estos hechos.

A raíz de estos permisos se van a generalizar las llamadas "campeadas" de los españoles, que salen a coger indios en sus tierras para esclavizarlos. A las "campeadas" los indios respondieron con más frecuentes y rápidos "malones", en que asaltaban un campo, las casas de las haciendas y mataban o robaban hombres, mujeres y niños.

A los hombres con frecuencia los martirizaban, pero normalmente a las mujeres las introducían al grupo de las suyas y a los niños poco a poco los iban incorporando a sus costumbres. De esta convivencia va a nacer un fuerte mestizaje, que ayudará mucho a la resistencia del araucano. Además, estos mestizos van a ser más audaces y crueles y mejores conductores de los araucanos en sus malones y reacciones de guerra.

Otra materia que tuvo que resolver Fernández de Córdoba fue la orden real que aprobó la Tasa de Esquilache y él, como gobernador, recibió orden de ponerla en ejecución.

Fernández, después de estudiar acuciosamente esa legislación, decidió no promulgarla, sino suspenderla y abolirla, por perjudicial para España y para los indios. De todas maneras, para evitar suspicacias por esta medida, convocó a una reunión al obispo, a los superiores de Comunidades y a las personas concedoras del tema.

Los pareceres fueron unánimes con el juicio del gobernador. Suspendió así la aplicación de la "tasa" y dio cuenta al Rey de sus razones y de la opinión favorable de los invitados por él a pronunciarse.

Las "campeadas" irritaron a los indios en alto grado y llegaron a contagiar a las tribus distantes y lejanas que solidarizaron con los más fácilmente atacados y así los malones se multiplicaron en número y se hicieron más sangrientos y crueles en los castigos.

Va a encabezar un movimiento de resistencia el cacique Lientur que, acaudillando a los indios de la comarca del Imperial, hará que sean los primeros en tomar las armas.

En el último mes del año 1627, salió a batirlos el sargento mayor Juan Fernández Rebolledo, con 300 españoles y 400 indios auxiliares.

A Fernández pareció irle bien; por lo menos así fue en las primeras jornadas, en que logró tomar muchos prisioneros, libertar a algunos cautivos españoles, demoler rucas y destruir sembrados.

Un buen día se lanzó Lientur contra los españoles, a los que pilló desprevenidos, los lanceó y los hizo emprender la retirada, con varios muertos y otros prisioneros. Cortó la cabeza de muchos e hizo que comisiones de indios las llevaran a distintos grupos de la región para invitarlos a la guerra.

Se movilizaban con suma rapidez. Partidas llegaron hasta Chillán, mientras, como sorpresa, Lientur caía en Nacimiento el 6 de febrero de 1628. Los españoles, a última hora, cuando se vislumbraba un triunfo total para Lientur, recibieron el auxilio del gobernador, que se encontraba en una zona vecina, y que avisado por un indio llegó en el momento preciso. Atacado por esta nueva fuerza, Lientur abandonó Nacimiento. Este encuentro le

significó dejar unos doscientos muertos, víctimas de las balas de mosquetes y arcabuces.

Saliendo de este encuentro, se levantan en Talcamávida, y Lientur aparece nuevamente en los campos de Chillán. Se mueve a atacarlo Fernández Rebolledo, pero lo burla Lientur, que se le escapa.

En mayo de 1629, cerca de Yumbel, se van a enfrentar, en un día lluvioso, en el lugar recordado con el nombre de "Las Cangrejeras". Las huestes de uno y otro se ubican para la pelea y el fuego de los mosquetes detiene por un momento a los indios, pero luego, mojadas las mechas, los mosquetes no funcionan y el encuentro se transforma en un cuerpo a cuerpo al que se suma la acción de la caballería ligerísima de los araucanos.

Fernández mantiene la defensa por más de hora y media, pero no le queda sino emprender la retirada. La victoria es de Lientur y de su indiada; causan 106 bajas: 70 muertos y 36 prisioneros. Entre los prisioneros está Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, quien tiene la suerte de quedar prisionero de un cacique que sentía una gran admiración por el padre de Francisco, Álvaro Núñez de Pineda, quien fue un gran militar y que, a pesar de su dureza en la guerra, era muy justo y humano con los indios, que por eso lo respetaron. Esto le dio a Francisco una oportunidad única. Su permanencia como prisionero varios años le permitió conocer muy bien la intimidad de la vida mapuche, la que nos ha dejado en la obra poética que escribió contando esta etapa de su vida, "El Cautiverio Feliz".

Con esta victoria, Lientur, recorre los campos saqueando y tomando prisioneros y antes que la fuerza española se rehaga, se encamina a sus campos de Imperial, cargado de botín.

Así termina el gobierno de Luis Fernández de Córdoba, que, al finalizar el año 1629, solo quiere entregarlo cuanto antes a su sucesor que, nombrado por el Rey, está por llegar.

20. GOBIERNO DE FRANCISCO LAZO DE LA VEGA (1629-1639)

Cuando Felipe IV supo en España la muerte de Pedro Osoreo de Ulloa a fines de 1625, creyó que debería nombrar como gobernador a un militar que, en uno o dos años, pudiera terminar la guerra. Para eso nombró, el 16 de marzo de 1628, a Francisco Lazo de la Vega, noble caballero, oriundo de Santander.

Era un buen soldado, pero no tenía idea de Arauco ni de la guerra de Arauco. Con buen criterio, desde el instante de su designación buscó informaciones de personas que tuvieran, en lo posible, conocimiento personal del país, de sus costumbres, de la guerra y de los indios; de los recursos con que se contaba en el país y cómo se adquirirían. Con estos antecedentes estudió y planeó los recursos que la empresa exigía.

Lazo de la Vega estimó como cosa principal traer de España armamentos que sabía que aquí no encontraría; por eso se preparó adquiriendo 300 mosquetes, 200 arcabuces, 200 picas, 200 coseletes; todo esto pagado con la cuota del Real situado. Traía además una recomendación para el virrey conde de Chinchón, quien debería reunirle el mayor número de soldados que fuera posible.

Al paso por el Perú consiguió reunir un refuerzo de 500 hombres. Desembarcó en Concepción el 22 de diciembre de 1629 y recibió el gobierno de manos de Fernández de Córdoba.

Recibido del gobierno e informado de la situación, lo primero que ordena es hacer un esfuerzo para poblar de animales las "Estancias del Rey", fundadas por Ribera. Ha recibido en Perú las noticias de los últimos desastres de su antecesor, "Las Cangrejeras", como también de una supuesta alianza entre los indios de Valdivia y los corsarios holandeses.

Sus actividades militares comenzaron con encuentros cerca de Arauco. Los indios, soberbios con sus triunfos y repuestos por los años de tregua que para ellos significó la guerra defensiva, se presentaron con un cuerpo de ejército de 3.000 hombres. Los mandaba el cacique Vutapichón, de fama bien cimentada.

En enero de 1630 salió el maestre de campo Alonso de Figueroa al encuentro de esta fuerza. En el valle de Picolhué, al suroeste de Arauco, las

fuerzas de Vutapichón envolvieron a esa tropa y le ocasionaron espantosa derrota.

Ante este fracaso entró en acción el mismo gobernador, que escogió la comarca de Purén, donde no encontró resistencia ni indios, ocultos en el bosque; talaron de todos modos los sembrados, destruyeron las viviendas y se volvieron a las estancias de Yumbel.

En el mes de mayo aparece Vutapichón en el distrito de Coyanco. Lazo de la Vega, con su tropa, se ubica para descansar y pernoctar en el lugar "Los Robles" y, cuando están totalmente desprevenidos, se produce el asalto. Con dificultad logra organizar su defensa y derrotar a los indios, que se retiran llevándose unos cuantos prisioneros y botín de guerra.

Al día siguiente, con la luz de la mañana, el gobernador aprecia las consecuencias: tiene 20 muertos, cuarenta heridos y otros han sido llevados prisioneros. Los indios tienen pérdidas mayores.

Estos encuentros siguen despertando el sentido de triunfo en los mapuches, lo que les hace formar un juicio equivocado de la situación y, por tanto, van arriesgando más cada vez y haciendo lo que nunca fue su sistema.

Esto los va a perder como veremos en el episodio siguiente: En el invierno de este año de 1630, Lazo de la Vega va por primera vez a Santiago y allí jurará ante el Cabildo y la Real Audiencia cumplir fielmente sus deberes de gobernante.

Próximo al término del año vuelve a Concepción y a la Araucanía. Se ha preparado para ir en busca del cacique Vutapichón y ahora la suerte y la eficacia de su fuerza le darán una victoria contundente.

Se han unido para atacar al gobernador los caciques Quempuante, Lientur y el ya designado. Sin embargo, en último momento, Lientur estimó que este enfrentamiento era un sacrificio inútil y retiró a su gente Quempuante y Vutapichón decidieron estar listos y llegar al encuentro.

Lazo de la Vega concentró en Arauco 800 españoles y 700 auxiliares y tomó personalmente el mando.

No había amanecido aún el 13 de enero cuando el gobernador sacó a campo abierto sus tercios y formó línea en unas lomas llamadas Petaco, paraje del Departamento de Arauco cercano a Quiapo.

Cuando la luz del día iluminó el campo, en un escenario magnífico, se vieron perfectamente ubicados los dos ejércitos. Se iba a dar al fin una batalla a campo abierto, frente a frente.

Lazo de la Vega toma la iniciativa en el ataque. Los arcabuces rompen el fuego y el maestre de campo Cea carga con la caballería contra los escuadrones indígenas que, por ser tan compactos, resisten el choque sin mucho esfuerzo.

Los jinetes se desorganizan, pierden su cohesión, giran a los costados y se retiran. Casi es una derrota.

El gobernador, que sigue las incidencias del combate, se coloca al frente de ciento cincuenta jinetes de reserva y cae impetuosamente sobre los araucanos, que resisten sin desbandarse.

De nuevo ordena sus filas y da una segunda carga. Esta vez los indios retroceden y los primeros grupos van a dar a unos pantanos que los españoles llamaban de la "Abarrada", de esos que tan comunes son en la Araucanía, nuestros "hualves" y "pitrantos". Muchos indios se atollan y empantanan y los demás, por esquivar el obstáculo, buscan salidas por los lados, sin orden y por cierto que sin mando.

A este incidente siguió la derrota de los araucanos, quienes, perseguidos por la espalda, iban cayendo muertos, heridos o prisioneros. Cerca de 800 indios murieron en la pelea y 580 quedaron prisioneros en poder de sus vencedores, que no tuvieron más bajas que algunos heridos.

Todos los cronistas e historiadores posteriores han señalado que esta fue la acción de armas más afortunada e importante de cuantas ganaron los españoles en territorio de Arauco.

Concluida la batalla, volvió a sus cuarteles de Arauco la victoriosa tropa de Lazo de la Vega y, siendo aún la mañana, oyó misa y asistió a una procesión y a un Tedéum que se cantó en gratitud de tan señalado favor del cielo.

Corrió la noticia de esta victoria hacia el norte. Al conocerla en Santiago, el Cabildo se regocijó, compró al mejor caballo de la ciudad y se lo envió de regalo al gobernador.

A Perú llegó la noticia, junto con 60 prisioneros de la Albarrada. Hubo fiestas y regocijos públicos, ceremonias religiosas por la victoria y los indios prisioneros fueron exhibidos con gran ostentación en la plaza de Lima.

Pero no estaban los mapuches vencidos como pensaba la mayoría.

Repuestos de la derrota, principiaron a prepararse para seguir su defensa.

Lazo de la Vega con su gente, una división de soldados, se organizó en Negrete y emprendió marcha al sur.

Llegó hasta Purén, Lumaco y Colpi sin encontrar resistencia formal, solo acciones mínimas y esporádicas: "la guerrilla araucana". Desde Colpi desprendió una fracción de su fuerza, que hizo una entrada hasta las ruinas de La Imperial, pero tampoco encontró con quien pelear y solo tomó algunos prisioneros.

Después de esta campaña cansadora e inútil regresó a los cuarteles de la línea del Biobío en el mes de marzo.

Salió en noviembre de 1631 en dirección al sur. A Concepción habían llegado, del Perú, 240 hombres. Por su parte, el maestre de campo Cea, en sus correrías hechas por Ilicura, había dado muerte al cacique Quempuante.

Así, en los años 1632, 1633 y 1634, el gobernador renovaba sus entradas, pues los indios huían a su aproximación y entonces sus tropas arruinaban las siembras, destruían las rucas, se apoderaban de cuanto persona encontraban y de cuanto animal quedaba a sus manos.

Esta severidad contuvo las intentonas de algunos caciques que pensaron: "si Lazo de la Vega se moviliza al sur, nosotros iremos al norte", pero esta idea no se realizó.

El gobernador pasó a gozar de una fama ilimitada y sometió a la consideración del Rey un plan de pacificación que consistía en fundar poblaciones en el territorio indígena, protegidas con un buen ejército que impidiera que se reunieran los araucanos y que formaran cuerpos respetables.

Estas proposiciones no son otras que las de Ribera.

Pero, en España, el erario no permitía a Felipe IV hacer más gastos, aunque el proyecto agradaba al Soberano y lo encontraba lógico.

El éxito de "Albarrada" no bastó para calmar la guerra. Así, a la salida del invierno de 1631, españoles e indios auxiliares tienen éxito en el valle de Elicura, donde en un encuentro sorpresivo dan muerte a Quempuante.

En esta correría dan muerte a gran número de indios reunidos en una borrachera, inclusive a Loncomilla que había sido elegido para reemplazar a Quempuante.

Se calcula en 600 el número de indios muertos y cautivos en el curso del invierno.

A pesar de estos triunfos, por otro sector de la Araucanía, Vutapichón logró reunir un crecido número de lanzas en el valle central. Lazo de la Vega, al conocer este hecho, salió de inmediato contra él desde Yumbel, al frente de 1.800 hombres, y alcanzó hasta Curalaba. Vutapichón rehuyó el combate y los indios desaparecían al paso del ejército.

Acampó en Curalaba, desde donde envió una expedición al mando del maestre de campo Fernández Rebolledo. Volvieron a encontrarse en Quillén, trayendo Fernández Rebolledo 260 cautivos y 6.000 cabezas de ganado. En vísperas de la Pascua de 1631, el ejército se encuentra en las ruinas de Imperial.

El número total de cautivos ascendió durante esta campaña a 500, los muertos a más de 160, caballos recuperados, más de 1.000, y sobre 120 cabezas de ganado. Rescataron, además, muchos cautivos españoles.

Después de las correrías de 1633 y 34 sin encontrar resistencia en el territorio araucano, se notó y apreció el quebramiento material del mapuche.

Las energías que lograron acumular en los años de la guerra defensiva se debilitaron, el número de guerreros muertos era muy crecido y los cautivos eran también numerosos. Estos pasaban a la condición de esclavos y eran vendidos en el norte de Chile. A tales hechos hay que agregar las pérdidas producidas por efectos de la peste.

Este quebrantamiento mapuche se alcanzó por todas las razones ya señaladas, pero, en forma muy principal, como consecuencia de las numerosas expediciones punitivas.

Además, Lazo de la Vega comprendió que era inútil esperar que llegaran refuerzos y recursos de España o del Perú y, en consecuencia, redujo su plan a solo afianzar en Arauco la defensa de Concepción por la costa y, reconstruyendo el fuerte de Angol, al que llamó "San Francisco de la Vega de Angol", sintió que defendía la entrada al valle central. Decidió entonces obrar

concorde a esta última estrategia y repobló el fuerte de Angol, adelantando la frontera hasta el Malleco.

Al inicio del año 1637 comenzaba Lazo de la Vega otra campaña por el valle central, pero antes de partir a ella conoció el éxito obtenido por uno de sus capitanes, Domingo de la Parra, con un triunfo muy importante que tuvo lugar el 12 de diciembre de 1636 en un lugar, "Angostura", a orillas del Biobío, en el que murieron no menos de unos 80 indígenas y se produjo el apresamiento de 23, entre los cuales se encontraba el notable cacique Nancopillán.

Al avanzar hacia el sur, pasó por San Francisco de la Vega de Angol, donde se había iniciado la reconstrucción de este fuerte. Aquí encargó al capitán Santiago de Tesillo que trasladara a la nueva fundación de Angol a las familias que, siendo de este lugar, al despoblarlo se ubicaron provisoriamente en Yumbel. De aquí volvió a Concepción, aquejado por el mal estado de su salud y dejó a cargo de los trabajos en Angol al sargento mayor Alfonso de Villanueva Soberal.

En 1638, a pesar de sus condiciones, organizó la última campaña que hará en su gobierno: distribuyó su ejército por distintas regiones, de tal manera que obligó a las tribus a pasar el Cautín hacia el sur.

El Rey había designado a Francisco Lazo de la Vega para que ejerciera la Gobernación de la Capitanía General del reinado de Chile por un período de 8 años, contados desde el momento en que asumiera el mando. El plazo se había cumplido, pues él juró como gobernador en noviembre de 1629. Por esto el Rey nombró oportunamente al Marqués de Baidés, Francisco López de Zúñiga, como gobernador.

Conocida por Lazo de la Vega esta designación, se trasladó a Concepción para recibir a su reemplazante y hacerle entrega del mando.

Cumplida su administración, se sujetó a la formulación de su juicio de residencia y, aunque se le formularon algunas acusaciones, el fallo del juicio fue la mayor justificación de su gobierno y de su conducta.

Permaneció en Santiago tratando de obtener alguna mejoría en sus achaques para embarcarse al Perú, lo que logró y partió por mar a Lima, pero llegó a la ciudad en condiciones de salud deplorables, tanto que el 15 de julio de 1640 falleció.

21. GOBIERNO DEL MARQUÉS DE BAIDES FRANCISCO LÓPEZ DE ZÚÑIGA (1639-1646)

No cumplía aún los 40 años cuando el rey Felipe IV lo designó para el cargo de gobernador de Chile, en reemplazo de Francisco Lazo de la Vega. Era el marqués, caballero de la Orden de Santiago y militar que había servido 15 años en las guerras de Flandes.

La Real Cédula que lo designó está fechada el 30 de marzo de 1638, para que se desempeñe por un período de 8 años.

El 1 de mayo de 1639, anclaba en Concepción la nave que traía al nuevo gobernador y ese mismo día, ya de noche y en la sala del Cabildo, los miembros de este recibieron su juramento.

Estaba presente Lazo de la Vega, que dejaba el cargo y las autoridades eclesiásticas: Obispo, canónigos, superiores de órdenes religiosas, los jefes militares, encomenderos de Concepción y vecinos importantes.

Pensó expedicionar de inmediato hacia el sur para tomar contacto con el problema número uno de su gobierno y del gobierno colonial, que era la guerra de Arauco. Es esta razón por la que vemos que prácticamente todos los gobernadores, con raras excepciones, llegan directamente a Concepción. Aquí comienzan sus gobiernos, permanecerán la mayor parte del tiempo en esa ciudad y solo se trasladarán a Santiago cuando la acción militar y el trato con el indígena lo permiten.

El marqués de Baidés estaba en el Perú, en la ciudad de Lima; allí recibió la comunicación de su designación. Aceptó el cargo y desde el primer momento se comenzó a preparar y a reunir soldados con que venir. Logró reunir 326 hombres y, con las armas que pudo comprar, se vino a asumir sus funciones.

Los recursos que encontró en Chile para el objetivo central de su gobierno fueron 1.738 hombres, distribuidos en cuerpos que debían constar de 2.000 plazas. Va a completar las deficiencias con los hombres que él trae, pero además se encuentra con que el armamento es poco y sin reserva.

Esta realidad le permitió formarse una idea de lo que debía hacer.

Comprendió que la guerra en forma activa, como la llevó su antecesor, no era lo que él podría hacer y que además, no le convenía ni cuadraba con su

espíritu que, por otra parte, en esta postura recibía el aliento de los padres jesuitas, que creían que era posible ir estableciendo una forma pacífica de sometimiento y dominación.

“Creía paliar su modo de pensar alegando que no existían las tropas y los elementos necesarios para dominar a los araucanos”⁴⁰.

Al hacerse cargo del gobierno colonial tiene presentes algunos asuntos que van a ocupar su atención.

El primer tema, ya lo indicamos, era expedicionar en la Araucanía; pero antes quiere aclarar los nombramientos que él ha de hacer para poner en marcha la administración.

Debe tomar las medidas para el establecimiento de ciertas contribuciones e impuestos sobre las transferencias de las propiedades raíces.

Necesita preocuparse de la repoblación de Valdivia y de la antigua cuestión de obligar a los vecinos de Santiago a prestar servicios en el ejército del sur.

Cuando ordenó y aclaró lo que debía hacer, en orden a los puntos señalados, dispuso su salida desde Concepción. Concentró en Nacimiento una fuerte división de 1.700 hombres y con ellos avanzó. Era el mes de enero de 1640.

Su ánimo era, en lo posible, no tener que batallar, sino impresionar a los mapuches y decidirlos a pedir la paz. Los naturales necesitaban la paz, pues estaban muy debilitados, tanto por la peste como por la violenta campaña de Lazo de la Vega.

Los indios tenían ahora un nuevo caudillo, Lincopichón, quien tuvo una entrevista con el marqués. Este había alcanzado hasta los indios del Cautín, pero en todo el trayecto nadie salió a molestarlo; al contrario, entraron en conversaciones amistosas que el mismo marqués iniciaba.

Así después de la entrevista con Lincopichón, se entusiasmó al conocer las buenas disposiciones en que se encontraban y se volvió desde las riberas del Cautín a Concepción. Se consagró por entero a preparar la celebración

40 Tomás Guevara. *Op. cit.*, pág. 128.

de la paz, enviando una serie de emisarios con invitaciones a los caciques vecinos, para ir a Concepción, donde los atenderá el mismo gobernador, los invitará a su mesa y luego les obsequiará con objetos de su agrado.

Se les trataba con esmero, comida y bebida abundante, regalos variados y se volvían a sus regiones provocando la envidia de los demás, que también partían a Concepción para recibir el mismo trato.

Al Gobernador lo estimula en esta conducta su confesor y consejero el padre jesuita Francisco de Vargas.

Los capitanes eran de opinión contraria. Creían que el sometimiento debía ser impuesto por la aniquilación y no podía nacer de un acto voluntario en que se diera la paz; por la experiencia no creían en ella. Por otra parte, hacían ver que cada cacique a lo más comprometía los hombres de su reducción o grupo familiar, ya que nunca tuvo el mapuche la concepción de una autoridad que comprometiera a todos los miembros del pueblo. Hacían ver que en todos estos tratos ellos veían más bien la debilidad y el temor del español que un verdadero ánimo de paz y si aceptaban era solo para darse el tiempo necesario para reorganizar sus fuerzas, fabricar sus nuevas armas y reponer las pérdidas que habían tenido.

A todas estas razones, todas valederas y afirmadas en una experiencia tantas veces repetida, el gobernador respondió con dos argumentos: uno, no podemos, con los recursos que tenemos, abordar por el camino de la guerra una solución aceptable, y dos, hay que probar otra vez más la experiencia pacífica, pero haciendo que efectivamente sea pacífica no solo por el lado mapuche, sino también por el lado español, que a su juicio fue por donde más falló.

Sin duda que este último camino había que intentarlo lealmente y a eso se entregó López de Zúñiga con la confianza y consejo de sus consejeros jesuitas y con la palabra de los obispos.

¿Cómo hacer realidad su proyecto que compromete a los mapuches, al menos, sino a todos, a la mayor parte?

El gobernador decide hacer una nueva entrada al territorio indígena, a la Araucanía, con gran aparato, banda, despliegue de banderas, lucidos y brillantes uniformes, caballos enjaezados y un ejército de alrededor de 2.000 hombres, entre españoles e indios amigos.

Citó por bando a todos los vecinos encomenderos de cualquier punto del país para presentarse en Concepción el 15 de diciembre de 1641, para asistir, en su compañía, al Parlamento que va a celebrar. Las tropas empezaron a marchar hacia Nacimiento, en pequeñas divisiones y allí se reunieron. El mismo marqués hizo oración en la Catedral de Concepción Y en la capilla jesuita de Nuestra Señora de las Nieves antes de partir, y salió de Concepción el 18 de diciembre, camino de Nacimiento.

El gobernador aquí disponía de 1.376 soldados españoles y 940 indios auxiliares. Con este ejército se trasladó a Angol y de aquí siguió camino al sur por el camino del oriente de la cordillera de Nahuelbuta. Cuando, cerca del actual Lumaco, llegó el ejército a Curalaba, donde había muerto el gobernador Oñez de Loyola, se celebraron solemnes exequias en su memoria y por las almas de todos los españoles caídos en esa fatal sorpresa.

Estaba convenido entre los caciques y el gobernador que las paces que iban a celebrar tuvieran lugar en el punto descampado y céntrico de la frontera, que los españoles llamaron Quillín y que hoy se denomina Quillen, lugar encerrado por los ríos (esteras) Perquenco y Quillen. Esta región hoy está dividida en un buen número de fundos de gran producción.

El 6 de enero de 1642 uno y otro pactante se encontraba en el lugar señalado. Ambos manifestaban recelos de la seguridad que podía encontrar en la otra parte. Cuatro araucanos se movieron por el campo mapuche diciendo que los españoles preparaban una sorpresa. Fue necesario que el mismo gobernador disuadiera a los caciques de la falsedad de tal aseveración. Otra vez se llegó al gobernador un indio que le reveló que hay un plan de asechanza para el día del Parlamento, a lo que el gobernador no dio crédito. Antes de comenzar la ceremonia, como medida de precaución, el gobernador hizo ocupar algunas posiciones estratégicas que cortaban la retirada a los araucanos. Se levantó un murmullo entre los soldados españoles que deseaban atacarlos. Unos decían: "estos indios son gentes sin palabras ni fe, ni de ellos se puede esperar permanencia en lo que prometen: Demos en ellos, decían otros, de los enemigos, los menos. Otros, pese la palabra a los indios amigos para que les ambienten, y otras cosas semejantes, que no dieron poca pena y cuidado al Marqués".

"Todos los sacerdotes que acompañaban en esta ocasión celebraron la santa misa teniendo como intención especial suplicar a Dios por el éxito de estas paces".

El gobernador se adelantó con 150 capitanes, brillantemente uniformados, en sus cabalguras hasta una gran ramada preparada para el efecto. Formaban 65 caciques entre los que figuraban, con especial nombradía Lincopichón, Antehuenu, Liencura, Antonio Chichahuala, hijo de española, y Guaquillauquen.

Ocupó el marqués el lugar de preferencia y habló al concurso de indígenas por el intérprete general y capitán don Miguel de Ibancos. Se adelantó el cacique Antehuenu, con una rama de canelo y pronunció algunas frases alusivas a la ceremonia. Hizo traer 20 chilihueques, que mataban de un golpe de macana y luego les abrían y sacaban el corazón y con la sangre rociaban la rama de canelo que portaba Antehuenu. Luego se sentaron alrededor de los animales muertos y varios caciques pronunciaron largos discursos.

Las bases de estas paces consistieron en que los indios conservaban una independencia completa y no podían ser atacados en sus domicilios ni reducidos a esclavitud. En cambio quedaban obligados a devolver los cautivos españoles que retenían en su poder y a permitir la entrada a sus tierras de los misioneros. Por último reconocían, en abstracto, la soberanía del rey de España y se obligaban a combatir, a su favor, cuando se tratase de una invasión del territorio por extranjeros.

Al terminar estas ceremonias enterraron juntas algunas armas mapuches y españolas. Siguió el trueque de objetos. Los indios regalaron a los españoles aves, corderos y frutas, en cambio de ropa, chaquiras, cintas de colores y otras bagatelas.

Admirable constancia de los araucanos para defender su suelo y con seguir su independencia después de un siglo de rudo batallar.

Ejemplo igual no presenta ninguna otra de las ramas de la raza americana.

En el compromiso se obligó al Marqués a despoblar Angol y retroceder la frontera a la línea del Biobío, conservando solo en la comarca costera el fuerte de Arauco.

Terminadas estas ceremonias, el gobernador siguió al interior y fue a detenerse a las ruinas de La Imperial, actual Carahue. Aquí ordenó exequias por los que murieron en este lugar y exhumó los restos mortales del obispo Cisneros, que los llevó para darles descanso en la Catedral de Concepción.

Tanto el gobernador como los jesuitas escribieron al Rey acerca de las paces de Quillín. En España, el Rey ratificó lo obrado por cédula del 29 abril de 1643.

Estas paces fueron recibidas con escepticismo general. El mismo marqués de Baides no deseaba tampoco vivir en la inacción y perder el tiempo sin empezar a ganar. No olvidaba que vino a América y a Chile para formar una fortuna. Se dio cuenta que los indios, después de un año, se habían repuesto de sus pérdidas y habían empezado a organizarse de nuevo.

Ordenó la prisión de algunos caciques promotores de este nuevo movimiento y que se acercaban a los fuertes como amigos. Cayeron en manos de los españoles el famoso cabecilla Vutapichón y el cacique que hizo posible las paces de Quillen, Lincopichón. Las investigaciones dejaron en descubierto la complicidad de estos caciques. Los capitanes opinaron que se les condenara a muerte y los jesuitas que se les perdonara y se les tratara con benignidad. López de Zúñiga optó por lo último.

Para alejar todo peligro efectuó otra entrada a la tierra. Movié un ejército desde Yumbel y llegó hasta cerca de Imperial. Esto era en enero, los indios estaban en sus cosechas y salieron en son de paz al encuentro del gobernador, no así los montañeses de las faldas de Nahuelbuta. Dispuso correrías contra ellos, rescató algunos prisioneros y regresó a Concepción, dando a esta excursión las proporciones de un éxito, que celebraron con fiestas religiosas.

Otras preocupaciones van a centrar la atención del gobernador: la presencia de una escuadra holandesa en el Pacífico, mandada por el experto marino Enrique Brower.

Esta expedición permaneció en las costas de Chile; se apoderaron de Carelmapu, luego, en la isla de Chiloé, de Castro y, del mismo modo, iniciaron la ocupación de Valdivia, donde murió Brower.

El gobernador preparó una expedición que ocupó Valdivia, mandada por Alonso de Mujica; pero los holandeses ya se habían retirado del Pacífico. En todo caso fue una advertencia y así lo entendió el Virrey del Perú, Pedro de Toledo y Leiva, Marqués de Mancera, quien decidió repoblar la plaza de Valdivia y preparó una expedición que tripuló con 1.800 hombres y que traía 188 piezas de artillería para fortificar el fuerte del río. La expedición la colocó bajo la acción de don Sebastián de Toledo y Leiva, su hijo, que llegó a Valdivia en febrero de 1645.

Don Sebastián designó gobernador de Valdivia al maestre de campo Alonso de Villanueva Soberal, lo dejó con 900 hombres, armas y recursos y él se volvió al Perú.

Todavía tuvo que sufrir el marqués la desagradable epidemia de viruela que asoló Santiago en otoño de 1645. Pero sus penurias tendrían término porque el 8 de mayo de 1646 llegó a Concepción el maestre de campo Martín de Mujica que venía a suceder a López de Zúñiga. Este después de abandonar el gobierno fue sometido al juicio de residencia y en seguida se retiró a vivir en Lima, donde permaneció unos 10 años. De ahí volvió con su familia a España, pero, en el viaje fue atacado por una flota inglesa y el marqués de Baldes pereció en el combate. López de Zúñiga había solicitado al Rey en 1641 que le licenciara del cargo, lo que efectivamente hizo el Rey designando a Martín de Mujica.

22. GOBIERNO DE MARTÍN DE MUJICA (1646-1649)

Desde el comienzo de su gobierno, en Concepción, inició tratos con los indios que permitieran ratificar la paz; medida que era de toda justicia, ya que a pesar del Parlamento y paz de Quillen, los mapuches siguieron realizando algunas correrías, robando, matando y celebrando juntas entre ellos, que le servían para planear acciones bélicas.

Con el objeto de mantener la paz el gobernador despacha, tierra adentro de Arauco, al veedor general, don Francisco de la Fuente Villalobos, hombre ya de edad y que gozaba de popularidad entre los indios.

El enviado llegó hasta Valdivia, que había sido destruida por los indios y que se empezó a reedificar en el tiempo del anterior gobierno del marqués de Baldes. Mediante las diligencias del veedor, los bárbaros de esa comarca consintieron en que el capitán Negrete pasara de la isla Mancera a repoblar la ciudad.

Del mismo modo, otra expedición salió de Arauco hacia el sur. En el lugar donde estuvo el fuerte de Tucapel, en una loma que se encuentra al noreste de la confluencia de los riachuelos Tucapel y Leiva que forman el Peleco, y

próxima al lugar en que fue vencido Pedro de Valdivia se trazó una nueva población con el nombre de Tucapel.

Fruto de la misión de Francisco de la Fuente fue la realización del segundo Parlamento de Quillín.

El gobernador Mujica partió de Concepción en febrero y el 24 del mes se va a encontrar en Quillín con la concurrencia de muchos caciques.

Con el mismo ceremonial que el parlamento celebrado por el marqués de Baides: celebración de misas, discursos, promesas, cambios de presentes, almuerzos y bebidas, sacrificios de animales y entierro de armas, se lleva a efecto la promesa de respetar ciertas condiciones.

La primera condición nueva, no tratada anteriormente, era que los indios deberían permitir el libre tránsito entre Concepción y Valdivia; segunda condición: debían permitir, en cada tribu, la residencia de un capitán que vigilase sus 'juntas y borracheras; debían permitir la entrada de misioneros y la construcción de las poblaciones y los fuertes que fueran necesarios.

Los indios quedaban en completa independencia y sin sujeción a ningún trabajo personal, sino solo al que por su voluntad quisieran hacer y, en todo caso, mediante una remuneración.

Este tratado no podía ser sincero ni durable; sería respetado por los indios mientras les conviniera, pero cuando estimaran que debían olvidarlo, lo tendrían como letra muerta.

Sin respetar lo convenido, los indios continuaron sus correrías y depredaciones acostumbradas, pero agregaron ahora los ataques sorpresivos a los españoles que transitaban de Concepción a Valdivia y viceversa.

Después de atender, durante 1647, las necesidades de reconstruir Santiago, que fue demolido por el terremoto de ese año, preparó en 1648 otra expedición militar de intimidación por su poderío. Esta expedición no la pudo conducir, porque enfermó y se la encargó a Juan Fernández Rebolledo, quien llegó con sus tropas hasta Boroa, donde reedificó cuarteles y graneros. Dotó a esta fortificación de un destacamento de 80 soldados de caballería, armas y víveres, dejó para la atención espiritual dos capellanes y regresó al fuerte de "Nacimiento".

Los indios mantenían cierta tranquilidad mientras estaban con el ejército español en sus proximidades o a la vista; pero si este se alejaba, ellos iniciaban el robo, el atraco y el salteo.

En gran parte, hay que reconocerlo, se mantenía vivo este ánimo de rebelión, por la guerra de exterminio que los españoles les hacían. Los capitanes provocaban estos ataques con el propósito de presentar a los prisioneros que lograban tomar, como si fueran cautivos destinados a la esclavitud por ser tomados en actos de guerra, lo que les permitía venderlos y hacer un buen negocio.

Esto, como se comprenderá, engendró abusos incalificables y, como respuesta natural, indujo a los araucanos a la rebelión y a un odio sin límites hacia el español. ¿Quién podría condenarlos?

En 1649, el 24 de diciembre, los araucanos se unieron a los huilliches de la zona de Valdivia, atacaron un fuerte entre Valdivia y Mariquina, lo incendiaron y mataron a toda la dotación.

En febrero de ese año, Mujica había enfermado repentinamente y, en horas, fallecido. Entró a reemplazarlo, con el cargo de interino, Alonso de Figueroa y Córdoba.

23. GOBIERNO DE ALONSO DE FIGUEROA Y CÓRDOBA (1649-1650)

El gobernador interino, al ver la efervescencia creciente de una rebelión, se dirigió al teatro mismo de los hechos en medio de la Araucanía, mientras por el sur el gobernador de Chiloé, capitán Ignacio de la Carrera Iturgoyen, secundaba la acción de Figueroa y Córdoba. Así, en una efervescencia que anunciaba una nueva rebelión, llegó a hacerse cargo de la Gobernación Antonio de Acuña y Cabrera.

24. GOBIERNO DE ANTONIO DE ACUÑA Y CABRERA (1650-1656)

El virrey del Perú, conde de Salvatierra, cuando conoció la información de la muerte de Martín de Mujica, designó para desempeñar el cargo de Gobernador a Antonio de Acuña y Cabrera, hacia quien sentían una especial adhesión los jesuitas y que, personalmente, gozaba de muy buenos contactos en la Corte de Felipe IV. De aquí que el Rey confirmó su designación, dándole el cargo en propiedad, por cédula del 18 de mayo de 1652. Su nombramiento interino le había sido otorgado en julio de 1649, pero solo desembarcó en Concepción e inició su gobierno el 4 de mayo de 1650.

Acuña y Cabrera llega a Chile en un momento muy especial y crítico; varias circunstancias van a llevar a los mapuches a superar las dificultades que habían vivido y provocarán la gran insurrección de 1655.

A la fecha hacía 20 años de la gran derrota mapuche de Albarrada, que les infligiera el gobernador Lazo de la Vega y de la que ya se sentían repuestos; las pestes que les habían diezclado habían pasado, los indios que habían sido apresados como esclavos habían detenido la actividad mapuche y habían, incluso, manifestado cierto principio de sometimiento, con la concurrencia a los Parlamentos. Pero otras circunstancias van a hacer que vuelva a aparecer la resistencia.

Felipe IV había decretado la esclavitud para aquellos indios que se cogieran en armas contra España. Un número crecido había sido tomado y enviado al Perú; otros a Coquimbo y, no pocos, quedaron en la zona Maule-Biobío, con lo que los españoles colocaron a su enemigo en el centro del territorio que podía estimarse pacificado.

Los mapuches, en esta zona, pudieron mantener contacto con los suyos y estaban listos para actuar en el momento que se lo indicaran los que quedaban y que se mantenían en resistencia pasiva.

Los Gobernadores: Baidés, Mujica y Cabrera, bajo el influyente criterio y consejo de eclesiásticos, especialmente de la Compañía de Jesús, pensaron que la pacificación era obtenible con la actitud defensiva que implantara Luis de Valdivia 40 años atrás. Ahora entraban en una política militar-religiosa-pasiva, basada en pactos con los mapuches.

Los indígenas, ya repuestos, empezaron a sentir de nuevo su capacidad para enfrentar al conquistador y miraban los parlamentos, las misiones, los halagos, las comidas y los regalos como síntomas de temor.

Acuña pensó, como casi todos los gobernadores, que él iba, al fin, a lograr lo que no pudieron sus antecesores y que le correspondería la hora de llevar a cabo la pacificación general. Además, sus consejeros le insinuaron poner en libertad a los indios prisioneros y prohibir las malocas o entradas a las tierras. Más se convenció cuando supo que los indígenas de Callecalle, Osorno, y aun los de Chiloé, practicaban algunas gestiones de paz.

Impulsado por estas ideas despachó sin dilación al veedor Francisco de la Fuente y Villalobos, al interior de Arauco, para convocar a todas las tribus a un tercer parlamento.

De la Fuente era un ferviente partidario del sistema del padre Valdivia y, por lo mismo, gozaba entre los indios de una especial consideración.

En su contacto con los caciques los invita y convoca a reunirse en Boroa con el gobernador.

En conformidad con estas ideas, el gobernador desaprobó una correría que hizo el capitán Luis Ponce de León, al otro lado de la cordillera, a las tribus de los puelches y comisionó al padre Diego de Rosales para que se presentara a esos indígenas y restituyera, a sus hogares, a 44 de ellos que Ponce de León había cautivado para venderlos como esclavos.

Rosales cumplió este encargo, partiendo desde Boroa en el verano de 1650 y regresando en enero de 1651.

El Parlamento que se está convocando debe tener lugar en Boroa y, en enero, estaba todo listo para su celebración. El gobernador, como en las otras veces, señala como punto de partida a Nacimiento. Es aquí donde se junta el ejército y todos los que tomarán parte.

Desde Nacimiento comenzó a movilizarse el conjunto de las divisiones hacia el sur. El gobernador se vistió de incógnito y con seis de sus oficiales de confianza y poniendo previamente caballos de remuda en lugar conveniente, partió hacia Boroa al galope. Sin accidentes en el camino, llegó inesperadamente al sitio de la reunión.

El 24 de enero se verificó el Parlamento. Se usó el mismo ceremonial ya conocido. En este Parlamento el gobernador trató de sacar mayores ventajas, como lo de comprometer a los indios a trabajar en las fortificaciones, renunciar al uso de las armas y vivir pacífica y cristianamente con sus familias. Los araucanos, que deseaban ganar tiempo, no pusieron reparo a cuanto se les pedía.

El padre Diego de Rosales, que asistió al Parlamento en calidad de consejero del gobernador, resume así los resultados de la Asamblea: "Acabóse con gran regocijo de todos el juramento de las paces y fue este día el más festivo que se ha visto en Chile, por no haberse visto jamás, sino es hoy, todo Chile de paz desde Copiapó a Chiloé, sin que hubiese en todo el reino indio, ni provincia de guerra; que si bien muchas veces y en tiempos de estos gobernadores se han celebrado paces, siempre ha quedado alguna provincia de guerra, pero ahora no quedó provincia que no se hallase en este Parlamento y diese la paz a Dios y al Rey".

Al día siguiente del Parlamento, el gobernador llegó hasta Valdivia y desde allí recorrió los distintos fuertes con una escolta de solo 10 hombres.

Terminada la visita volvió a Boroa y de aquí, con sus tropas, marchó a Concepción.

Va en marzo a Santiago, ocasión en que el pueblo de la capital de la Colonia lo recibe con gran regocijo y pompa, pues se han conocido, en forma exagerada, los efectos del Parlamento de Boroa.

El regocijo duró muy poco, pues llegó a conocerse en Santiago la noticia de lo ocurrido en la zona de los indios cuncos, al sur de Valdivia.

El gobernador antes de partir a Santiago despachó de Concepción a Valdivia una nave que conducía tripulantes y 70.000 pesos del "situado" en ropa, mercaderías y monedas. Vientos del norte, violentos y huracanados, arrastraron la nave hasta las costas de la actual provincia de Osorno, donde, estrellándose con los arrecifes, se destrozó. Algunas personas murieron en el naufragio y los más salieron a la playa. Se ocuparon en salvar las mercaderías y de pronto se vieron rodeados por un grupo numeroso de indios cuncos, con intenciones pacíficas. Primero se ofrecieron a ayudarles en sus tareas y aun conducirlos a Valdivia, pero, entusiasmados acaso por el botín, los acometieron cuando menos lo esperaban, los asesinaron a todos, robaron

cuanto pudieron y fueron a ocultarse a sus chozas, para no llamar la atención, lo que no impidió que llegara a los fuertes españoles la noticia de lo sucedido.

Dieciocho soldados españoles, un clérigo, dos mujeres, cuatro negros y siete indios que se habían salvado del naufragio, fueron bárbaramente asesinados. Esta noticia produjo en toda la colonia gran indignación.

El gobernador se dispuso a castigar de un modo sangriento y ejemplar y mandó preparar, a la guarnición de Boroa, una “maloca” contra los indios cuncos, pero los padres Rosales y Moscoso lo calmaron, en tanto, haciéndole ver la conveniencia de no provocar una revuelta general, con el castigo de un hecho aislado.

Consultó el gobernador el criterio de la Real Audiencia. Los oidores, aunque no eran partidarios de las malocas, que no tenían otro fin que cautivar indios y venderlos como esclavos, estuvieron esta vez por el castigo a los indios cuncos. Afirmado en esta opinión, pidió a los gobernadores de Chiloé, Ignacio de la Carrera Iturgoyen, y de Valdivia, Diego González Montero, que avanzaran a juntarse y castigar de camino a los indios de la región de Osorno.

En Osorno los indios entregaron tres caciques, a los que responsabilizaron de los hechos de la costa y fueron ajusticiados. De regreso en Valdivia, González Montero sabe que, en su ausencia, los indios habían asesinado en la costa a doce soldados, cuyas cabezas fueron enviadas a diversas tribus para incitarlas a tomar las armas.

Se acumulaban así hechos que podían producir un formidable estallido.

El gobernador, en esta situación, se encuentra en una gran perplejidad. Dos opiniones chocan en su mente; su espíritu se ve obligado a resolver. Por un lado, la fuerte influencia del consejo de los jesuitas que le acompañan, para que mantenga la paz y, por otro, miembros de su familia que lo impulsan a una guerra activa y lucrativa. Entre estas personas están su propia esposa, Juana de Salazar y sus dos hermanos Juan y José de Salazar. A estos cuñados los había nombrado sargento mayor y maestro de campo, respectivamente, y ambos tenían el propósito de enriquecerse cuanto antes, a la sombra del prestigio del gobernador y, sobre todo, con la venta de indios esclavos. Este era un trabajo que debían realizar contra el tiempo, rápidamente, pues sería eficaz en la medida que contaran con la protección del gobernador,

Acuña resolvió una campaña eficaz. Equipó una división de novecientos españoles y de mil quinientos indios auxiliares y la puso bajo las órdenes de su cuñado Juan de Salazar. Los indios cuncos eran el objetivo.

Juan de Salazar partió de Nacimiento camino al sur, atravesó todo el territorio de la Araucanía sin inconveniente alguno y pasó hasta las tierras de Osorno, llegando a las márgenes del río Bueno en enero de 1654. Desde la ribera sur comenzaba la tierra de los indios cuncos, que se extendían desde el Bueno hasta el canal de Chacao.

Un hecho curioso, que debía hacer pensar a un soldado, le ocurre a Juan Salazar cuando está con su ejército en la orilla norte del río. Los indios, en un grupo no muy grande, observan las tareas desde el lado sur y, como le provocan a atacar, dispone la pasada del río convencido que la fuerza indígena que se le opone es la que está a la vista. Pero es solo una ínfima fracción, ya que la mayor parte está estratégicamente oculta.

Un puente de balsas sobre el río sirvió para hacer el paso. Unos 200 hombres habían pasado cuando los rodearon y los hicieron pedazos; los que no morían peleando, se ahogaban en las rápidas y profundas aguas del Bueno. Salazar, en vez de detener el paso, lo apuró con mayor refuerzo; el puente de balsas se rompió y un gran número sería tragado por el río, mientras los cuncos daban cuenta de los que lo habían cruzado.

El ejército perdió un sargento mayor, cuatro capitanes, varios oficiales, 100 soldados y cerca de 200 indios amigos.

Salazar, hondamente impresionado con este desastre, dio la vuelta a la línea del Biobío, sin prestigio y con su tropa desmoralizada por el pánico.

El gobernador, para acallar las críticas, ordenó procesarlo. La esposa del Gobernador y hermana de Juan Salazar, Juana Salazar, presionó al tribunal, que lo salvó de toda responsabilidad.

La familia Salazar no desiste de su propósito de obtener luego una rápida fortuna y, olvidando el desastre, mueve al gobernador a emprender una nueva campaña contra los cuncos. Así, otra vez, se realiza la concentración de fuerza en Nacimiento.

En febrero de 1655 hay ya un cuerpo reunido de dos mil cuatrocientos hombres, un tercio españoles, y comanda este ejército, otra vez, Juan de Salazar.

Antes de iniciarse la campaña, le comenzaron a llevar al gobernador advertencias y noticias como para alarmar. Los indios amigos se manifestaban quejosos de la frecuencia con que se les obligaba a servir y a ser la base de las operaciones militares. El jefe del fuerte de Boroa, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, le comunicó que los indios de su jurisdicción se sublevarían si se llevaba a cabo esta expedición; de Chiloé y de Valdivia le llegaban los mismos anuncios.

A estas voces no les dio oído y, el 6 de febrero, Salazar con su ejército se movió al sur y llegó a Boroa, donde se incorporó a la fuerza Núñez de Pineda. Ocho días más tarde estaba en Mariquina.

Esta marcha fue la partida de una conflagración formidable, fraguada de antemano y sigilosamente. La disminución de las guarniciones para tonificar la expedición, favoreció el plan de la revuelta que se extendió a todas las tribus desde el Maule al sur.

Los indios de servicio que habitaban la región entre el Maule y el Biobío, se sublevaron todos simultáneamente, el 14 de febrero, y cayeron en todos los lugares contra las casas, bodegas e iglesias de las estancias.

Matan, roban, incendian, destruyen, toman cautivos a mujeres y niños que se llevan consigo. Arrean los ganados y, después de asolar la comarca, se van con todo el estupendo botín hacia el sur, para unirse con las tribus de ese lado del Biobío. En esta sola acción fueron materialmente estimadas en ocho millones de pesos las pérdidas por destrucción, incendio, animales y cosechas. Además, no fue posible confirmar las pérdidas exactas de vidas.

Informado el gobernador de lo que ocurría, se dirigió desde Concepción al valle central, a la plaza "Buena Esperanza", actual Rere en la provincia de Concepción. Presenció la llegada de los que huían de los campos; salieron grupos de soldados y atacaron, dando muerte a todo indígena que encontraron. Pero tan grande temor se apoderó de las gentes que decidieron abandonar todo y buscar refugio en Concepción. Después de dos días de viaje, llegaron a esa ciudad.

La rapacidad del asalto y el robo mapuche cayó sobre Rere. Saquearon el fuerte, las casas, bodegas e iglesia.

Los ornamentos del culto, los vasos sagrados y las imágenes no se escaparon. El padre Olivares, en "Historia de los Jesuitas", da cuenta de hechos extraordinarios ocurridos en este lugar.

Dice: "se creía que un indio había herido con su lanza un crucifijo y que de la herida había brotado sangre como si fuera de un vivo; la Virgen reprendió a otro que intentaba sacarla del altar y como un tercero diera una bofetada a la misma imagen, el brazo se le secó instantáneamente".

José Salazar, que era el jefe del fuerte de Nacimiento, vio como se rodeaba el fuerte y, no atreviéndose a afrontar un asedio, resolvió emprender la retirada por el río. Para ello contó con una balsa grande y dos lanchones y se lanzó con la corriente hacia el norte mientras era seguido por los indios desde las orillas. Cerca de cuatro mil indios lo acompañaban por ambas riberas, en una retirada que se convirtió en verdadera fuga.

Las embarcaciones iban pesadas y era necesario aligerarlas, pues el río llevaba poca agua. Salazar cometió una felonía solo posible en individuos de su catadura moral: hizo abandonar, en una orilla del río, a las mujeres y niños, que fueron víctimas de los bárbaros. Mas luego la balsa y lanchones se encallaron en un bajo y no fue posible seguir; los indios llegaron desde la orilla y trabaron un combate desigual y activo.

La derrota fue completa; los que no murieron fueron conducidos prisioneros. Salazar, cubierto de heridas y sintiéndose morir, se arrojó a las aguas y pereció ahogado. De los 240 españoles que partieron de Nacimiento, no se salvó ni siquiera uno.

Hemos dejado a Juan Salazar en Mariquina, pero, al conocer lo que ocurría en Rere y en Nacimiento, presa de pánico decidió volver a Concepción, embarcándose en Valdivia. Regresó con 360 soldados y el resto quedó en Valdivia.

Los éxitos obtenidos por los mapuches, los alentaron a acciones de mayor envergadura. Es así como decidieron poner sitio a Concepción, la que quedó separada y cortada en sus comunicaciones con el norte y el sur.

La indignación contra el gobernador era incontenible y achacaban toda la responsabilidad a Acuña y sus cuñados, los Salazar. Fruto de este

descontento y de la indignación, el pueblo de Concepción, dirigido por el corregidor Francisco de Gaete, llegó hasta la casa del gobernador exigiéndole la renuncia. Escapó este de su casa y, saliendo en forma precipitada, fue a refugiarse al templo de la ompañía de Jesús. Desde allí envió la renuncia de su cargo.

La población, bajo la inspiración del corregidor Gaete y de don Juan Bravo, designó en reemplazo de Acuña al veedor Francisco de la Fuente Villalobos, quien se resistió primero a aceptar y ocupar el cargo, pero luego se avino a asumirlo y comunicó a la Audiencia de Santiago las circunstancias de su designación y aceptación.

La noticia de la rebelión llegó a Santiago el 20 de febrero y el 2 de marzo, la noticia de la deposición del gobernador Acuña. El acto era insólito y el Cabildo y la Real Audiencia se apresuraron a condenar el motín de Concepción.

Lo primero que determinó la Audiencia fue reponer a Acuña y, para evitar problemas, propuso al Cabildo que en Concepción restituyeran a Acuña en su cargo.

Entretanto, la sublevación indígena que se había generalizado, pareció detenerse. Los indios volvieron a sus campos y sólo esporádicamente atacaban bienes y personas.

Acuña y Cabrera no se dio cuenta, debido a su incapacidad, de que su conducta como gobernante no tenía prestigio alguno.

En el virreinato, entretanto, sucedieron hechos que produjeron cambios que influirán en la condición del gobernador.

Se ha hecho cargo del Virreinato Luis Enrique de Guzmán, conde de Alba de Liste. Con las pocas informaciones que recibió se dio cuenta de la urgencia con que era preciso atender lo que ocurría en la Gobernación de Chile. Ordenó, por eso, a Acuña y Cabrera hacer dejación del gobierno y trasladarse al Perú.

Las órdenes del Virrey imperaban a la Real Audiencia a hacer cumplir el traslado de Acuña y Cabrera a Lima, con sus familiares. Este se negó a acatar la orden, señalando que el Virrey no podía mandarlo, ya que su nombramiento no procedía del Virrey, sino del Rey; y, firme en su decisión de desconocer la autoridad virreinal, dejó Santiago y volvió a Concepción para continuar personalmente la dirección de la guerra.

El conde de Alba de Liste informó al Rey de la conducta de Acuña, sin esperar respuesta real, envió a Chile al almirante don Pedro Porter Casanate, con la orden de remitir a Acuña a Lima, y asumir el mando de la colonia.

Porter venía con 376 soldados, subsidio en dinero, víveres, armas, municiones, etc. Con él llegó el oidor de la Audiencia de Lima, Alvaro de Ibarra, que debía informarse personalmente de la conducta del gobernador y esclarecer la culpabilidad que le cupiera. Porter llegó a Concepción el 10 de enero de 1656. Acuña no tenía fuerza para resistir la orden recibida y entregó el mando, Porter le trató con plena consideración, si bien lo obligó a embarcarse al Perú para hacer sus descargos. Álvaro de Ibarra inició el expediente contra Acuña y sus familiares, que llegó a enterar 13.373 hojas. Los efectos de ese proceso fueron prácticamente inútiles, ya que, debido a su larga tramitación, la mayor parte de los implicados fallecieron antes de su término; por lo que el Rey cortó el juicio y pronunció sentencia de indulto a los culpables.

El Rey envió al conde de Alba de Liste cédula firmada para la designación del nuevo gobernador, para que así, escogido por el Virrey, tuviera nombramiento real.

25. GOBIERNO DE PEDRO PORTER CASANATE (1656-1662)

El gobernador Porter, cuando vino a hacerse cargo de la gobernación, con nombramiento fechado el 30 de octubre de 1655, era un individuo de 47 años.

El virrey del Perú, conde de Alba de Liste, lo conocía muy bien. Tuvo trato con él cuando, antes de venir al Perú como Virrey, lo fue en México. En aquel tiempo Porter tenía la reputación de un marino inteligente e instruido. Realizó en México una expedición de reconocimiento en las costas del golfo de California.

Trasladado al Perú, el Virrey trajo consigo a Porter, entusiasmado con sus aptitudes de marino, útil en un país como Chile, con una costa inmensa y siempre fácil al ataque de corsarios y piratas. Conocía muy bien sus condiciones de carácter y su honorabilidad.

Cuando tiene que nombrar gobernador para Chile, no duda en designar a don Pedro Porter, a quien además lo puede nombrar en propiedad, pues el Rey le ha enviado con anticipación cédula de nombramiento, en la que el Virrey debe hacer colocar el nombre de la persona que él escoja.

Así, con honrosos antecedentes, llega a Concepción y allí inicia su gobernación el 1.º de enero de 1656.

Al asumir se encontró con que entre Biobío y el Maule solo se conservaba la plaza de Concepción y, al sur del Biobío, resistían el levantamiento general las plazas de Boroa y de Valdivia. Los de esta última ciudad recibieron refuerzos y vituallas por mar. Esto alejó cualquier peligro pues, además, los indios cuncos se retiraron lejos de esta plaza. Los cuncos se hallaban principalmente entre el río Bueno y el canal de Chacao.

En cambio, la plaza de Boroa era una gran preocupación, pues su abastecimiento desde Concepción significaba atravesar la plena Araucanía para llegar a ella, sin tener en el camino ni un solo punto de apoyo.

En Boroa se encontraban sitiados unos 200 españoles, que resistían con una heroicidad solo similar a la de Villarrica. Llevaban ya diez meses y medio de asedio, mantenido sin dar respiro, por fuerzas numerosas.

El capitán de esta resistencia era Miguel de Aguiar, quien, con el ánimo de aliviar la situación, licenció a todos los indios amigos, tanto por precaución como por asegurar su defensa, temeroso de una posible traición.

Atacaba y sitiaba a Boroa el cacique de Maquehua, Antonio Chicaguala, quien intimó la rendición; como Aguiar se negara, inició el ataque.

Fue rechazado con grandes pérdidas; volvió a ofrecer la paz y a garantizar que no serían incomodados si querían irse a Concepción.

Rechazó nuevamente Aguiar, aconsejado por los padres jesuitas que lo acompañaban en este sitio, los padres Diego de Rosales y Francisco de Astorga. Rosales supo lo que el asedio significó para los sitiados de Villarrica, 50 años antes, por las referencias personales que recogió. Por eso, su narración del sitio de Villarrica es una de las páginas más realistas de su *Historia General*; él ahora veía repetirse esos terribles días.

Los que acompañaban a Aguiar en Boroa estaban resueltos a resistir y a luchar hasta morir. Para esto redujeron al mínimo la superficie en que se

encerraban y cubrieron con cueros los edificios para evitar los incendios en sus residencias. Cuando ya parecían agotadas sus reservas de pólvora y municiones encontraron, en una de las bodegas del fuerte, pólvora y plomo y, con el auxilio del cacique Ainavilu, lograron entrar otras 300 libras de pólvora. Chicaguala, en vista del resultado, suspendió el atacar y decidió mantener solo el sitio, con la vista puesta en la posible rendición por hambre.

En Concepción no se sabía nada de lo que pasaba en Boroa, desde el pleno verano de 1656. Porter después de pesar muy bien razones en pro y en contra sobre Boroa, viendo los peligros que significaba aventurarse al interior para llegar a Boroa, pero viendo su necesidad, decidió favorablemente el dilema, decidió atacar y en otro informe señaló “los recursos necesarios para la expedición”.

Salió de Concepción en dirección a Yumbel, atacó a los mapuches en Conuco, cerca de Concepción, y los venció. Asegurada la defensa de la ciudad, organiza la expedición. La forman 700 infantes y soldados de caballería, cuyo mando confió al maestre de campo Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, llevando como segundo a Ignacio de la Carrera Iturgoyen.

La columna salió de Concepción a fines de febrero de 1656. Núñez de Pineda no era un buen soldado, ni un estratega, pero era cuerdo y valiente.

Condujo a su gente con firmeza y prudencia, desbarató a los bárbaros que salieron a detenerlo al paso de Los Sauces y el 18 de marzo llegaba a Boroa.

Tres días después estuvo en el lugar, destruyendo y quemando rucas y todo lo edificado por los españoles, para que no pudiera ser utilizado por los indios y volvió a Concepción, llevándose la guarnición y a toda la gente, armas y municiones de la plaza. Entró de regreso a Concepción el 29 de marzo de 1656.

El gobernador Porter Casanate aprovechó la calma que originó la liberación de Boroa y se dirigió en el otoño a Santiago para jurar ante el Cabildo y Real Audiencia, lo que hizo el 13 de mayo de 1656.

En la primavera volvió a Concepción, donde se ha producido un nuevo levantamiento, por la incorporación del “Mestizo Alejo” a las fuerzas mapuches, quien logró captar su confianza y fue el conductor de esta nueva etapa.

Sabe muy bien el Mestizo Alejo que no debe enfrentar a las fuerzas españolas en grandes encuentros; es más provechoso y seguro solo en ataques parciales, en los que aplica un auténtico genio estratégico.

Tiene un primer encuentro en Molina del Ciego (actual Rafael, en la comuna de Coelemu) con una división de 200 españoles, al mando del capitán Pedro Gallegos, que se dirigía a reforzar las filas de Conuco. Aprovecha toda su experiencia de la vida española y ataca venciendo de tal manera que quedan casi 200 hombres españoles entre muertos y prisioneros (14 de enero de 1657).

Días más tarde vuelve a encontrarse con otra unidad al mando de Bartolomé Pérez de Villagrán, en Los Perales. Son 250 hombres a quienes derrota.

Pero en Lonquén, con 280 soldados, el capitán Bartolomé Gómez Bravo lo vence. Gómez muere en la batalla, pero su fuerza derrota al mestizo, quien se retira momentáneamente de las acciones de guerra.

Las dificultades para reorganizar los cuadros y volver a penetrar el territorio, establecer fuertes, etc., se vieron violentamente aumentadas ahora por los efectos del terremoto que destruyó la región de Concepción, el 15 de marzo de 1657.

La costa sufrió primero un gran terremoto y horas más tarde, con dos horribles salidas de mar, un maremoto que terminó por destruir lo poco que quedó en pie.

El gobernador era recio y duro en su espíritu y sabía sufrir los contratiempos sin abatirse. Pero si todo lo sufrido había sido soportado, iba a tener que soportar un golpe muy rudo, el más violento de cuantos hasta entonces había experimentado.

El Mestizo Alejo concibió el atrevido plan de llevar una sorpresa a Concepción y se puso en marcha con trescientos guerreros indígenas.

Ocultando cuanto pudo su presencia, atravesó el Biobío frente a Hualqui y se fue acercando a Concepción, pero por muy secreta que fue su marcha, no logró sustraerse a la atención perspicaz de los indios amigos y de los españoles del fuerte de Chepe, próximo a la orilla norte del Biobío.

En esta fortificación había cuatrocientos hombres bajo las órdenes del capitán Juan de Zúñiga, quien apartó con presteza doscientos hombres y corrió al encuentro de Alejo.

Se había situado Alejo en la cima de un cerro al Este de Concepción. Zúñiga se dejó arrastrar por las provocaciones de Alejo, que le gritaba fuera a atacarlo. Zúñiga mandó hacer alto a su gente, que se apercebiera para combatir y comenzara la ascensión del cerro. Los guerreros de Alejo permanecieron inmóviles, mas, cuando los españoles iban a media falda, bajaron a la carrera y en apretados grupos; fue una avalancha que lo barrió todo a su paso. Siguió únicamente la matanza a esta primera acometida. Derrotados, diezmados y en el mayor desorden la gente de Zúñiga huyó hacia el fuerte de Chepe. Tanto Zúñiga como setenta de sus hombres perdieron la vida en la lucha.

Con la gloria de sus triunfos militares, Alejo había pasado a ser un jefe eminente entre los araucanos, de cuya estimación y respeto gozaba con entera amplitud y confianza. Vivía entregado a las costumbres de los bárbaros, en particular a la embriaguez y a la pluralidad de mujeres. Esto último será la causa de su pérdida.

A menudo traía a su ruca a unas mujeres, para repudiar a otras. Un día se durmió profundamente, repleto de licor. Dos de sus antiguas mujeres, celosas de otra y resentidas del maltrato que les daba su amo, lo asesinaron con un tupo, o prendedor de plata, y se fugaron al campo español: el gobernador les aseguró una pensión vitalicia⁴¹.

La noticia de la muerte de Alejo produjo gran regocijo, y dejó a los indios sin dirección. Sin embargo, un antiguo yanacona llamado Misqui (miel) sucedió a Alejo, pero muy lejos de su prestigio en talento militar.

Acaudillando cerca de mil quinientos guerreros se movió ahora Misqui por el valle central en la primavera de 1661 y fue a establecerse en un lugar no distante del salto del Laja.

Porter no pudo salir personalmente en campaña y puso una división de 600 hombres y un cuerpo auxiliar de indios a las órdenes del aguerrido maestre de campo Jerónimo de Molina, quien salió en su busca. Por un yanacona

41 Pedro de Córdoba y Figueroa: "Historia" Libro VI, Cap. I. José Pérez García: "Historia", Tomo II, pág. 264.

conoció la posición de Misqui, atravesó el Laja y a unos 8 kilómetros al norte de la catarata dividió su tropa en dos campos: uno a las órdenes del Sargento mayor Martín de Erizar (Erices) y el otro a las órdenes del comisario Luis de Lara.

Erizar debía atacar por la retaguardia y Lara por el frente. Al venir el día se verificó una acometida sobre el descuidado campamento indígena.

Trabóse una lucha rápida y sangrienta en la que unos indios buscaron salvación en la fuga y otros se arrojaron al río.

Molina consiguió así una memorable victoria. Seiscientos indios murieron en la sorpresa, cerca de doscientos se ahogaron y muchos quedaron prisioneros. Perseguidos tenazmente siguieron cayendo y el mismo Misqui fue tomado, en un cerro, por una partida de soldados españoles, vestidos a la usanza de los indios. Condenaron a Misqui a la pena de muerte en Yumbel.

Estas derrotas indujeron a los indígenas de la zona de la costa a solicitar la paz. Porter de Casanate esperaba que se adhirieran las demás tribus para proceder en definitiva a una paz, pero su enfermedad de hidropesía se agravó de tal manera que vino a fallecer el 27 de febrero de 1662, en la ciudad de Concepción.

Mientras Molina vencía, Porter fallecía. Enfermo grave, recibió dos noticias; la una, los caciques se le rendían; y la otra una orden de destitución por "sus fracasos", según la opinión de Felipe IV.

26. GOBIERNO DE DIEGO GONZÁLEZ MONTERO (1662-1662)

González Montero será el primer nacido en Chile que ocupe la gobernación. Nació en Santiago, el año 1578.

Fue designado por el virrey del Perú; tenía una buena hoja de servicios militares y aun administrativos.

Había sido corregidor de Concepción, de Santiago, de Serena y, en el Perú, de Cañete; había desempeñado el cargo de gobernador de la Plaza de Valdivia.

Todos lo reconocieron, inclusive la Real Audiencia, que lo reconoció como gobernador interino, pero que se negó a reconocerlo como presidente del Tribunal. Su gobierno duró unos tres meses, pues en España, Felipe que había destituido a Porter el 2 de diciembre de 1661, había designado a don Angel de Peredo.

27. GOBIERNO DE ÁNGEL DE PEREDO (1662-1664)

El conde de Santisteban partió al Virreinato del Perú con el encargo de reemplazar a Porter Casanate por alguien que fuera capaz de poner término a la guerra de Chile.

El Virrey conoció en el viaje a Ángel de Peredo, militar de unos 37 años, oriundo de Santander. El Rey lo había nombrado gobernador de Jaén de Bracamoros, en el reino de Quito.

Como no encontrara en Lima a la persona de su gusto, designó a Peredo para encargarle la pacificación de Chile.

Nombrado gobernador el 2 de diciembre de 1661, llegó a Concepción, a hacerse cargo de la gobernación, el 22 de mayo de 1662.

Venía con 350 soldados del Perú y el Virrey le envió luego 400 soldados más.

Peredo fue un buen gobernador. Además le tocó en suerte recibir el gobierno después de los triunfos de Porter Casanate y de una situación de pacificación, como consecuencia de las derrotas de los mapuches.

Peredo se dedicó a la organización de la agricultura al norte del Biobío, que había sido arrasada en el levantamiento de 1655-1661.

Recorrió los territorios del sur del Biobío en las provincias de Concepción y Arauco y refundó fuertes. El Rey, el 4 de febrero de 1663, designó gobernador a don Francisco Meneses.

28. GOBIERNO DE FRANCISCO MENESES (1664-1668)

Felipe IV va a cometer una gran injusticia y un error mayor aún, ciertamente por mala información, intencionada o de buena fe, no lo sabemos; no lo dicen las crónicas de la época. Comete la injusticia de la destitución de Pedro Porter Casanate, a quien hemos visto morir y ser reemplazado por Ángel de Peredo. Pero el error mayor del monarca fue el designar gobernador de Chile a Francisco de Meneses. Según muchas opiniones, el Rey procedió a su nombramiento a petición de su hijo Juan de Austria.

Felipe IV procedió a este nombramiento antes de conocer el fallecimiento de Pedro Porter, y sin noticia de la designación interina hecha en la persona de Ángel Peredo por el Virrey. La designación está afirmada sólo en haber recibido malos informes, sin detenerse a su examen, ni pedir información a quienes debieron dársela.

Queriendo resolver en forma pronta la sucesión, hará varias proposiciones que muestran la ligereza con que actuó el monarca. Primero nombró gobernador al anciano obispo de Concepción, fray Dionisio Cimbrón, pero la Real Cédula llegó a Chile cuando este prelado había fallecido. Ofreció sucesivamente el cargo a Juan de Balboa Mogrovejo, que estaba en la isla de Santo Domingo; al General de artillería, Francisco de Castro; a Gaspar Bonifaz; a Juan Zúñiga; y a Juan de Salamanques, que no lo aceptaron.

Finalmente, por recomendación de su hijo Juan de Austria, designó el 4 de febrero de 1663 a Francisco de Meneses, a quien merecidamente, por sus bellaquerías y maldades, por sus frialdades y falta de seriedad en sus funciones, le llamaron sus propios compañeros de armas en Europa "Barrabás".

Sus méritos no pasaron más allá de la pasión por los perros, los caballos y los juegos caballerescos de la época. Su destreza de jinete y su maestría en las lides de toro le habían conquistado lo que no le daba su honor.

Para prestigiar al gobernador, el Rey le nombró general de Artillería y le prometió dotarlo de un ejército de 1.000 hombres.

Después de varias dificultades en Cádiz al embarcar, otras dificultades en el viaje y en Buenos Aires, llegó a Santiago a fines de enero de 1664, vía Cordillera desde Mendoza, con poco más de 200 soldados.

La situación mapuche era en general a estas alturas, después de la efervescencia de la década de 1650-60, más bien de calma y retroceso. Desde la derrota sufrida en Curanilahue, que les proporcionó Jerónimo de Molina en tiempo de Pedro Porter, no habían vuelto a levantarse.

En abril de 1664 se encontró un grupo de mocetones, en número de 600, con la intención de atacar el fuerte de Lota.

El maestre de campo Ignacio de la Carrera Iturgoyen, que asumió el mando del ejército mientras Meneses estaba en Santiago, salió a atacarlos con 250 hombres y 300 jinetes. Los indios tuvieron ventaja porque lo sorprendieron. La defensa española se desordenó, pero al fin logró reorganizar su fuerza y destrozó al cuerpo mapuche.

Meneses cambió a De la Carrera por Tomás Calderón, quien realizó una correría por tierra de Arauco, llegó hasta Llicura y Cayucupil y regresó con 300 cautivos, que fueron vendidos como esclavos.

En los primeros días de diciembre de 1664, el gobernador abandona Santiago y marcha a Concepción. Desde aquí sale al sur, los mapuches rehúyen presentar batalla. El viaje fue un paseo por la Araucanía, pero un paseo de destrucción, fuego, saqueo y toma de cautivos.

En este internarse restableció algunos fuertes, despobló a Lota y se llevó los recursos, armas y soldados al viejo y heroico fuerte de Arauco, para volver a adelantar así la línea de la Frontera hacia el sur.

Reconstruyó los fuertes de Santa Juana, Santa Fe y Nacimiento. Los indios dieron una vez más la paz.

En 1666 realizó una correría hasta Purén. Restableció el fuerte y lo confió a la dirección del Capitán don Luis de Lara, con 700 hombres y víveres.

Meneses fue el peor gobernador. Si deja la impresión que logra la pacificación, esto no es producto de su gobierno, sino el feliz resultado de la enorme y alta misión cumplida por Porter Casanate.

Las quejas contra la disoluta conducta del gobernador llegaron al Perú y de ahí a España. Felipe IV había muerto. Su hijo, heredero y sucesor, era muy niño, y se inició el gobierno bajo la regencia de su viuda doña Mariana de Austria, durante la menor edad de Carlos II, que será el último gobernante de España de la dinastía de los Austria.

La Reina regente ordenó al nuevo virrey, Conde de Lemos, investigara y juzgara al Gobernador, que lo trasladara a Lima y nombrara a un gobernador interino.

El Virrey llegó a Lima en noviembre de 1667. Confió la visita e inspección de Chile al oidor de la Real Audiencia de Lima, don Antonio de Munive y nombró gobernador interino al Marqués de Navamorquende.

29. GOBIERNO DE DIEGO DE DÁVILA COELLO y PACHECO, MARQUÉS DE NAVAMORQUENDE (1668-1670)

El marqués, nuevo gobernador de Chile, desempeñaba en el Perú el cargo de general de la Plaza del Callao; cuando el virrey Conde de Lemas le envió a Chile, no era militar, aunque estuvo al frente del ejército. Se hizo acompañar por el activo militar que conocía muy bien todo lo relacionado con la guerra de Chile, se había retirado del país y había sentado sus actividades en Perú: Ignacio de la Carrera Iturgoyen.

Se embarcó en el Callao, trayendo a Ignacio de la Carrera. Desde Valparaíso envió a Santiago, a tomar posesión del gobierno en su nombre, a Miguel Gómez de Silva, lo que quedó ratificado el 21 de marzo de 1668. Meneses, que iba en viaje a Concepción, fue apresado y enviado a Lima.

En el mismo mes de marzo, el día 27, el marqués entraba a Santiago, con todos los honores del caso y en medio del más espontáneo júbilo de la población.

Designó a su amigo y consejero Ignacio de la Carrera Iturgoyen, maestro de campo y le dio el mando de la plaza de Concepción; cargo que ocupó con complacencia y sin oposición alguna.

Meneses entró a un juicio largo, en Lima primero, luego estuvo preso en Tucumán, se le devolvió a Valparaíso y después a Arica. En agosto de 1668 la Reina dictó cédula de destitución. En 1670, el juicio que seguía el oidor Minuve se convirtió en juicio de residencia. Meneses falleció en Lima en 1679, tan pobre que, para los gastos de su funeral, se recurrió a los deudos de su mujer.

Al marqués Navamorquende le fue muy difícil su corto gobierno, debido a las dificultades que le suscitaba el oidor Minuve, provocadas muchas veces por la necesidad de no innovar mientras investigaba materias en relación con el juicio de Meneses.

Solo tomó medidas administrativas relacionadas con las viñas y el trabajo.

No era militar, como ya lo afirmamos, de modo que, con muy buen criterio, confió las operaciones militares al maestro de campo Ignacio de la Carrera; este creía que era de toda conveniencia eliminar dos de los fuertes que había establecido Meneses en territorio de Arauco, los de Imperial y Boroa.

El marqués quiso convencerse personalmente de esta eliminación y marchó al sur, a la zona. No estaba preparado el terreno para llevar la extensión de la línea del Biobío al Cautín; eso significaba los fuertes de Boroa e Imperial. Convencido el gobernador de la razón de la medida, así se hizo.

En enero de 1670 la Reina doña Mariana puso término al gobierno interino designando en propiedad a don Juan Henríquez.

El gobernador fue llamado de inmediato al Perú por el virrey conde de Lemos y dejó el gobierno en manos del experto militar, ex gobernador de Valdivia, Diego González Montero, quien había servido el cargo durante tres meses, el año 1662, entre el gobierno de Pedro Porter y el de Ángel de Peredo.

González contaba a la fecha 90 años y gobernó desde el 14 de febrero al 30 de octubre de 1670. Su salud no le permitió salir de Santiago y el mando del ejército lo confió a su hijo Antonio Montero. Durante su gobierno no hay otro acontecer de importancia que el desarrollo de una nueva epidemia de tifus y, en el adelanto material, el término de los trabajos de la construcción de la Catedral de Santiago.

30. GOBIERNO DE JUAN HENRÍQUEZ (1670-1682)

La Reina, junto con nombrarlo gobernador, le concedió el título de caballero de Santiago, el 21 de agosto de 1668. Tenía a la fecha poco más de 38 años y había nacido en Lima.

Llegó a Concepción el 30 de octubre de 1670. Al tomar conocimiento de los asuntos de la gobernación, comprendió la importancia que tenía para el gobernador todo lo que se relacionaba con la guerra de Arauco, pero conociendo en detalle este tema, se formó una desastrosa idea de la situación del ejército de 2.500 hombres que actuaba en la frontera.

Era Juan Henríquez un militar meritorio que había ilustrado su nombre con diecinueve años de servicios en la armada y en el ejército de España.

En diciembre había terminado los aprestos militares y tenía reunidos 800 españoles, infantes y de caballería y 1.500 indios amigos, para con ellos entrar en campaña. Había formado este ejército con una parte de las guarniciones de la frontera, distribuidas de esta manera.

En Concepción había 165 españoles de infantería.

En el fuerte de San Pedro había, de infantería, 25 españoles.

En el fuerte de Colcura había, de infantería, 20 españoles y 40 indios amigos al abrigo de esta plaza.

En el tercio de Arauco, en cuatro compañías de infantería, 259 y en tres de caballería, 276; total 535 españoles.

En el fuerte de San Ildefonso de Arauco, 69 españoles.

En la plaza de San Diego de Tucapel, 22 infantes y 73 de a caballo; total 95 españoles.

En el tercio de San Carlos de Austria-Yumbel, en cuatro compañías de infantería, 262; y en cinco de a caballo, 365; total 627 españoles.

En la ciudad de Chillán, 43 infantes y 66 de a caballo; total 109 españoles.

En el fuerte de San Cristóbal, 31 españoles de infantería y 139 indios amigos en esta plaza.

En el fuerte de San Antonio de Talcamahuida, 41 españoles de infantería.

En la plaza de Santa Juana, 18 españoles de infantería y 146 indios amigos a su abrigo, con sus familias.

En el fuerte de Santa Fe, 10 infantes españoles.

La plaza de Nacimiento, 29 infantes españoles.

El fuerte de Purén, 52 infantes y 130 de a caballo; total 182 españoles.

La plaza de la Encarnación en Repocura, con 52 infantes y 22 de a caballo, 74 españoles.

En la isla de Chiloé, su ciudad y puerto, 52 infantes y 131 soldados de a caballo, total 190 españoles.

Españoles 2.270; indios amigos 429⁴².

Además de estos elementos estables en los fuertes y plazas, Henríquez logró reunir un ejército que se moverá a actuar con él, compuesto de unos 120 hombres elegidos y hasta unos 300 indios auxiliares.

Penetró por la costa de Arauco sin encontrar resistencia. Los indios estaban realizando sus cosechas y se acercaban en tono de amistad a solicitar la paz, que Henríquez aceptó sin vacilación. Atravesó hacia el oriente la cordillera de Nahuelbuta y se ubicó, por el momento, en Angol, donde ajustó un convenio de tregua con los caciques de Repocura, Quilacura, Allipén y Malleco. La razón de la premura en tomar esta decisión estaba basada en una falsa alarma dada por el gobernador de Valdivia, que anunciaba la presencia de doce naves enemigas en la costa del Pacífico. Esto hizo que Henríquez no solo aceptara la paz, sino que también enviara refuerzos, debilitando su ejército, a Valdivia.

Por suerte todo fue falsa alarma.

Se trataba de una comisión científica y mercantil inglesa, que recorría la costa: la expedición de John Narborough.

En 1672 tuvo Henríquez que hacer frente a un pequeño alzamiento que, al atajarse a tiempo, como efectivamente lo hizo, no ponía en peligro la situación general de paz que se estaba viviendo.

El cacique Aillacuriche de la tribu de Viluco en Purén, hijo de indio y de mulata, convocó a su gente para entrar en acción. Henríquez, conocido

42 Datos entresacados de la Obra de Pedro de Córdoba y Figueroa: "Historia de Chile", 1536-1717.

este intento, abrió hostilidades teniendo como centro de partida el fuerte de Repocura, guarnecido con su presencia y con 600 hombres que los mandaba el teniente de caballería don Alonso de Córdoba y Figueroa, padre del historiador del mismo apellido, cuya Historia es la mejor fuente para el período del fin del siglo XVII y primera parte del XVIII, ya que es testigo personal de lo que narra.

Esta plaza de Repocura se encontraba en la zona que actualmente tiene este nombre, al norponiente de Cholchol, en la falda oriente de la cordillera de Nahuelbuta, que era una zona bastante habitada y en la cual se desarrolló buena parte del cautiverio de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán.

Se organizaron diversas partidas destinadas a recorrer este territorio, producir el sometimiento de los mapuches. Y “maloquear” las tribus cercanas. Una de estas partidas fue confiada a los capitanes Fabián de Vega y Juan Ansotegui, que actuarán contra las reducciones de Maquehua. Llamen los cronistas Maquehua a una extensión de más de treinta leguas, muy poblada y montañosa y de las más rebeldes del reino, que se extiende al sur del Cautín y ocupa el territorio comprendido entre el Quepe por el sur y el Cautín por el norte y se prolonga hacia el poniente hasta casi llegar frente al actual Carahue.

Al conocerse que se producirá el ataque, los naturales cegaron las sendas que conducían a donde ellos se ocultaron, pero como los españoles llevaban buenos prácticos, dieron con ellos. Era la medianoche, de luna llena y así, corriendo los valles y con perros rastros, los dominaron.

Regresaron con unos 200 prisioneros, caballos y vacas y destruyeron sus casas, cosechas y sementeras.

Para escapar de estas persecuciones, los indios de Boroa y Maquehua y de otras comarcas vecinas, retirándose hacia el oriente pasaban la cordillera y llegaban a unirse con las tribus pehuenches del otro lado.

De esta emigración se deriva el continuo contacto y unión que se irá produciendo entre los araucanos de las pampas argentinas y los que viven en Chile, principalmente entre el Cautín y el Toltén. Tenían como paso natural y frecuente el camino por Pino Hachado de Lonquimay y el de Mamuilmalal, que les traía a Pucón y Villarrica.

El más formal de estos alzamientos que tuvo que sofocar la guarnición de Repocura, fue el provocado por el cacique Rapimán, ayudado por un mestizo

llamado Miguel Garrido, que mantenía relaciones con una india y cuidaba una hacienda que poseían los jesuitas en Purén.

Los indios alzados recorrieron las proximidades del fuerte de Purén y de la plaza de Repocura; cuarenta españoles murieron en estas sorpresas.

Alonso de Córdoba y Figueroa, con 200 soldados, marchó a la defensa de Repocura. Rapimán y Garrido lo esperaban con un cuerpo de casi 2.000 en posición ventajosa. El ataque era imprudente, pero así y todo lo decidió Córdoba y Figueroa, y al acercarse vio con asombro que las huestes se retiraban y abandonaban el campo, dejando hasta la carne que tenían lista para comer.

Atribuyeron los españoles a un milagro esta retirada inexplicable. Al respecto el historiador Pedro Córdoba y Figueroa cuenta que un indio, montado en un brioso caballo y perfectamente armado, se presentó a los araucanos y les habló señalándoles lo inútil de su guerra, la derrota y que el “único logro será muerte y heridas, y por fin un estrago”.

Oídas estas y otras expresiones, los indios levantaron campamento y desaparecieron.

El gobernador, con el objeto de poner término a estos levantamientos, se preparó para llevar adelante un gran ataque. Conocedores de esto, los indios solicitaron la paz. La otorgó Henríquez a condición de que los caciques fueran a celebrarla a Concepción y entregasen al traidor Miguel Garrido. Asimismo pidió que entregaran a los caciques Aillacuriche y Rapimán.

Todo salió como el gobernador lo pidió. Entregado Garrido, pagó sus crímenes en la horca; lo mismo ocurrió con Aillacuriche y Rapimán.

En marzo de 1674 quedó ajustada la paz con las tribus de las márgenes del Lumaco y del Cholchol.

El resto del importante período del gobierno de Henríquez pasó sin mayores problemas en la Araucanía, lo que le otorga un lugar de gran consideración al gobernador Juan Henríquez en la Historia Colonial.

El Rey Carlos II designó en 1682 a José de Garro, que se desempeñaba como gobernador en Buenos Aires, para que asumiera el cargo en Chile.

31. GOBIERNO DE JOSÉ DE GARRO (1682-1692)

La primera preocupación del nuevo mandatario fue informarse de la guerra de Arauco. Con calma recogió cuanto informe pudo sobre esa guerra y, en la primavera de 1682 y el verano de 1683, hizo una expedición por el territorio con un buen ejército, pero en son de paz.

Celebró en 1683 un Parlamento en Imperial para poner las bases de la paz que caracterizó a este gobierno.

Garro procedió en todo con los indios con gran rectitud y justicia, tanto que su recuerdo llega hasta el final de la Colonia.

32. GOBIERNO DE TOMÁS MARÍN DE POVEDA (1692-1700)

Llegó a Santiago el 5 de enero de 1692 y fue recibido con los honores de costumbre. Traía una escolta de 36 hombres y juró el cumplimiento de su cargo ante el Cabildo de Santiago. En febrero se dirigió a Concepción donde debía desposarse con doña Juana de Urdanegui, limeña, hija del marqués de Villafuerte, con quien había concertado matrimonio en el Perú y que venía por mar desde el Callao.

Después de estas diligencias administrativas y personales, se dedicó con gran preferencia a revisar el estado de los asuntos araucanos, que conocía bastante, pues en el gobierno de Henríquez había actuado en la Guerra de Arauco.

Muy influenciado por los ideales místicos, tenía su visión personal y su propio proyecto de reducción. Creía que era factible obtener la definitiva pacificación y conquista con la conversión de los indios, mediante la acción de las misiones religiosas en medio de los araucanos y, para ello, debería fundar los establecimientos misionales que fueran necesarios.

Con este fin reunió en Parlamento a los indios, en diciembre de 1692, en la plaza de Yumbel.

Asistieron numerosos grupos de indios con sus caciques y al gobernador lo acompañaron, en reemplazo del obispo de Concepción, el gobernador del Obispado, los superiores de las órdenes religiosas, misioneros, clérigos y miembros canónicos del Cabildo de la Catedral de Concepción.

El gobernador les propuso multiplicar las misiones para su enseñanza católica y ellos lo aceptaron sin dificultad.

Los caciques y mocetones que se reunieron y aceptaron las proposiciones eran miembros de variados grupos, cuya procedencia se extendía desde el río Maule al Reloncaví y prometieron recibir a los misioneros, reducirse a vivir en poblados y civilizarse.

Para cumplir lo establecido se fundaron las siguientes misiones: la de Imperial, con dos padres jesuitas, la de Boroa, con dos jesuitas, Repocura, igual; Tucapel, con dos franciscanos; Viquen, con un clérigo secular; Mulchén y Renaico, un clérigo secular en cada una; Quechereguas, un clérigo secular; y Maquehua con dos franciscanos.

Los sacerdotes al frente de las misiones daban al gobernador informes muy halagüeños del resultado que obtenían y este los transmitía a la Corte.

Según las estadísticas, en dos años se habían bautizado cerca de 12.000 indios y contraído matrimonio por la Iglesia más de mil. Algunos caciques habían dado el paso de conformarse con vivir con una sola mujer.

Concurrían los indígenas a las ceremonias y al culto; cantaban, recitaban, rezaban la doctrina cristiana. Muchos de estos cultos los realizaban atraídos por los obsequios y las oraciones que recitaban, maquinalmente, sin entender su significado.

La acción de los misioneros, en vista de experiencias pasadas, no se extendía más allá del radio limitado de los alrededores de su iglesia y residencia.

Todo este esfuerzo no puede pensarse que fuera totalmente inútil.

No, de todas maneras algún efecto tenía, pero no en proporción al esfuerzo que se hacía.

Es necesario tener presente que los grupos que no participaban de la idea de estas misiones, señalaban como traidores a los que las aceptaban y con frecuencia estas desavenencias terminaban en conflictos.

El gobernador provocó un nuevo Parlamento en 1693 en Concepción, donde se renovaron las ideas del Parlamento anterior. No obstante, los de Maquehua asesinaron al capitán español, Miguel de Quiroga.

El comisario Pedreros salió contra los indios dirigidos por el cacique Millapán y tuvieron un encuentro en las orillas del Quepe. Los españoles rechazaron a los indios, que abandonaron el campo.

Marín de Poveda veía, con preocupación y pena, desvanecerse su sistema y se preparó para una campaña.

En 1694 entraba con 1.600 soldados por el valle central, llegando hasta el lugar Choque-Choque, al sur de Angol. Los araucanos, ante la fuerza del ejército, no resistieron y volvieron a hacer proposiciones de paz. Las aceptó el Gobernador y en 1695 celebraron un nuevo Parlamento, al que concurrió el mismo Millapán, que dio explicaciones de su conducta.

Después de este compromiso, tantas veces repetido, Marín se volvió a Concepción. Tenía que atender otro de los constantes peligros: los piratas del Pacífico.

Tomás Marín de Poveda va a ser reemplazado en el gobierno Colonial por don Francisco Ibáñez de Peralta, que asumirá funciones en diciembre de 1700.

Por Cédula Real del 24 de agosto de 1702, Felipe V concedió a Tomás Marín de Poveda el título nobiliario de marqués de Cañada Hermosa. Marín se radicó con su familia en Santiago, donde falleció en octubre de 1703.



Gabriel Cano de Aponte, Gobernador de Chile entre los años 1717 y 1733. Óleo del Museo Histórico Nacional. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



Tomás Martín de Poveda, Gobernador de Chile entre los años 1692 y 1700. Óleo Museo Histórico Nacional. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



Alonso de Ribera, Gobernador de Chile entre los años 1601 y 1605, 1612 y 1617. Óleo Museo Histórico Nacional. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



José Antonio Manso de Velasco. Gobernador de Chile entre los años 1737 y 1745. Óleo Museo Histórico Nacional. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



Luis Muñoz de Guzmán. Gobernador de Chile entre los años 1802 y 1808. Óleo Museo Histórico Nacional. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



Ambrosio O'Higgins. Gobernador de Chile entre los años 1788 y 1796. Óleo Museo Histórico Nacional. Fuente: www.memoriachilena.cl

CAPÍTULO TERCERO

La Araucanía en el siglo XVIII.
Época de paz y parlamentos

1. GOBIERNO DE FRANCISCO IBÁÑEZ DE PERALTA (1700-1709)

Natural de la ciudad de Madrid, donde nació en 1644, llegó a asumir la gobernación a los 56 años. Venía con el ánimo dispuesto a enriquecerse, a cualquier precio, más que a gobernar.

Mantuvo una dificultad permanente con el Cabildo, pues se negó a jurar su alto cargo ante él, habiéndolo hecho antes en la Real Audiencia.

Dispuso del Real Situado con gran libertad a su favor y con perjuicio de las unidades militares, que llegaron a rebelarse y se levantaron en armas contra el gobernador.

Lo primero que hizo fue pagarse de una deuda, que él señaló en \$ 120.000, por los gastos hechos para venir a Chile.

A aquellos funcionarios que podían entorpecer sus desmanes, los puso en su favor, no solo tolerándoles abusos, sino estimulándoles a hacerlos.

A pesar de la prohibición que tenían los gobernadores de tener negocios y comercio, los tuvo.

Estableció en Santiago una carnicería y una tienda y dio comienzo a un comercio activo y en grande con Perú y Cuyo. Compró propiedades y vendió cargos públicos, que eran de su dependencia.

Quejas sobre su administración llegaron a España y el Rey, en 1709, designó nuevo gobernador en la persona de don Juan Andrés de Ustáriz.

2. GOBIERNO DE JUAN ANDRÉS USTÁRIZ (1709-1717)

Nacido en Vizcaya, era comerciante. Con él empieza a formarse una nueva tradición, un nuevo espíritu en la administración; es el sentido del alma vasca que va a canalizar y marcar tan profundamente la vida de Chile en los siglos XVIII y XIX.

Ustáriz obtuvo el nombramiento de gobernador de Chile el 31 de enero de 1705, mientras ejercía Ibáñez de Peralta. Llegó a Lima en abril de 1707, trayendo con él al personal de su antigua casa de comercio. Cumpliendo órdenes del Rey, permaneció en Lima esperando el fin del período de gobierno de Ibáñez, que debía terminar el 23 de octubre de 1708. Solo pudo partir de Lima en enero de 1709 y después de arribar a Valparaíso y Santiago, el 27 de febrero asumía el cargo ante el Cabildo y la Audiencia sin jurarlo, pues él alegaba que el juramento lo había hecho en España, ante el Consejo de Indias, en la forma que hasta la fecha con variantes lo repiten los Presidentes de la República: “y si así lo hiciera Dios Nuestro Señor me ayude; y si no, me lo demande en este mundo al cuerpo y en otro al alma, mal y caramente...”

Tenía Ustáriz 53 años cuando se posesionó del cargo. La querrela con el Cabildo terminó en 1713 por fallo del Consejo de Indias, que aprobó la conducta de Ustáriz.

Durante su gobierno se realiza esa extraordinaria aventura del marino Alejandro Selkirk, que dio motivo a la preciosa obra de Daniel Defoe: “Robinson Crusoe”.

El gobernador al compenetrarse del estado del país que va a gobernar, tuvo la ingrata sorpresa de darse cuenta que el ejército de Arauco se encontraba casi disuelto por la falta del Real Situado y, además, arruinado con el sistema de concesión y venta de los grados militares.

Según carta del veedor general Del Pozo y Silva, del 10 de enero de 1713, en las listas figuraban 650 capitanes, 350 tenientes y alféreces graduados y reformados y 150 soldados.

Este ejército no contaba con los recursos del Real Situado y adquirió alimentos, obligándose a pagar cuando llegare el “Situado”.

Ustáriz puso en conocimiento del Rey la impresión que se formó del ejército. El Rey se impuso, tendió el tema y ordenó al Virrey “que sin la menor dilación remita la mayor parle del caudal que pueda, perteneciente al Situado del ejército”. El gobernador envió a Lima al tesorero don Mateo Cagigal del Solar, que permaneció nueve meses en Lima sin obtener ni una mísera ayuda.

El Consejo de Indias ordenó, el 4 de abril de 1714, reprender al Virrey, y el 22 de junio de 1714 Felipe V le dirige al Virrey una carta muy dura. Pero a

pesar de todas estas instancias, las órdenes reales no tuvieron éxito, debido al desquiciamiento de la Administración del Reino y del Virreinato.

Ante estas circunstancias Ustáriz mostró una gran cordura para obviar los problemas con los indígenas, lo que marcará las relaciones coloniales del siglo XVIII entre España y Arauco.

Un primer conflicto se le produjo a Ustáriz con un levantamiento de los indios de Calbuco, provocado por la imprudencia de uno de sus dependientes de comercio que trajo de España, Alejandro Garzón de Garricochea, pero no entra en el cuadro de la Historia que nos preocupa, sino accidentalmente, por cuanto el hecho de ser empleado del gobernador en actividad privada, va a figurar entre las quejas que en definitiva provocarán su destitución.

Lo importante es que, a la fecha del gobierno de Ustáriz, han corrido más de veinte años sin grandes problemas con los araucanos y se han respetado en general los acuerdos de los Parlamentos de Yumbel, Imperial y Concepción.

Mientras el gobernador Ustáriz se trasladó a Santiago, dejó como corregidor en Concepción a su hijo Francisco Fermín de Ustáriz, de 21 años. A este joven le dio primero el título de capitán de guardias y comisario general de Ejército y luego lo ascendió a maestre de campo general del Reino, gobernador de las Armas del Real Ejército y corregidor de la ciudad de Concepción. La falta de experiencia de este joven y la rapacidad que predominaba en sus relaciones comerciales con los indios; como también la inescrupulosidad de los traficantes que entraban al interior del territorio, apoyados por las autoridades, habían exaltado a los bárbaros. Incluso quisieron, en 1712, apoderarse de la persona del obispo de Concepción, monseñor Diego González Montero, que regresaba de Valdivia, donde efectuó una visita, a las misiones que los jesuitas tenían en esa región y en Arauco. Fue preciso defenderlo y escoltarlo hasta Concepción.

En 1715 los mapuches prepararon un levantamiento general que debía estallar el 6 de marzo del año siguiente. Ustáriz, informado de esto, apresuró su regreso y entró en negociaciones con los caciques en el conocido Parlamento de Tapihue que verificaría el 1 de enero de 1716.

Intercambiados los saludos y presentes de rigor, comenzaba propiamente lo interesante: los acuerdos, las reclamaciones, las explicaciones, que no siempre eran razonables. Hay que tener presente que, al menos, en este gesto Ustáriz hubiera tenido alguna recompensa.

El gobernador se manifestó muy complaciente y fue amistosa la conversación con los mapuches.

A fin de sacar partido de este parlamento, hizo venir a participar, a guarniciones y soldados de más de medio país, desde el Maule; y así, se presentó acompañado de más de 3.000 hombres de caballería. Para dejarlos contentos les regaló, libre de toda responsabilidad, buena suma de dinero.

Pero mientras con estos artificios permanecieran sin levantamiento era tiempo ganado.

Aquí en Tapihue se comprometió gastando, con largueza para los gobernadores, \$ 12.379 de las Cajas Reales de Santiago y les reiteró la seguridad de que no se les reduciría el número de esposas, ni se les prohibirían sus actuaciones y fiestas.

Ustáriz fue un gran gobernador en obras administrativas y no lo hizo mal en las lucrativas a su favor. Tuvo los pecados propios del que se dedica al Comercio y usa, en beneficio de su actividad privada, las ventajas dadas por su condición pública.

El 7 de octubre de 1715, el Consejo de Indias decidió enviar un fiscal que estudiara las actuaciones e investigara los cargos que se le formulaban. El Rey nombró gobernador al mariscal Gabriel Cano y Aponte e instruyó al Virrey para que, en la medida que le pareciera conveniente, depusiera a Ustáriz, mientras llegaba a tomar su cargo Cano y Aponte.

El Virrey recogió informes y decidió la separación de Ustáriz y su sometimiento a juicio y designó interino al oidor de la Audiencia de Lima, José de Santiago Concha, quien juró como tal el 19 de marzo de 1717.

El juicio de residencia se llevó adelante con premura y hubo sentencia el 30 de septiembre de 1717. Admitió gran parte de los cargos que se le formularon y hubo de pagar una multa de \$ 54.000.

El gobernador interino que gobernó desde el 19 de marzo de 1717, entregó a Cano y Aponte el gobierno el 17 de diciembre del mismo año.

Ustáriz, abandonado de todos, murió de amargura en mayo de 1718.

3. GOBIERNO DE GABRIEL CANO Y APONTE (1717-1733)

Nació en Mora (Toledo), en 1665, de padres nobles y abrazó la carreta de las armas desde muy joven. Peleó en Flandes, Italia, Florencia. Su valor y audacia le conquistaron valiosos ascensos en el ejército; así, por cédula real del 28 de octubre de 1715, es distinguido con el grado de teniente general y el 30 de octubre del mismo año fue designado por el Rey, gobernador de Chile en reemplazo de Juan Andrés de Ustáriz.

Viudo de María Campos, rica dama de la alta burguesía de Bruselas, se casó en segundas nupcias, en 1717, con Francisca Javiera Vélez de Medrano, con quien se embarcó en Cádiz con rumbo a Buenos Aires, en los primeros días de 1717.

Traía para el ejército 2.000 fusiles de tipo francés con bayoneta y cartucheras; y para su casa traía un cargamento de muebles, vajilla y ropa, cuya fastuosidad perduró por más de un siglo en el recuerdo de los chilenos, principalmente en Santiago y Concepción.

Llegó a Santiago el 16 de diciembre y el 17 juró ante la Real Audiencia, como presidente de ese Tribunal.

Después de siglo y medio de contacto bélico, pacífico, comercial, religioso, de mezcla de sangre y mestizaje (1550-1700) se han producido, naturalmente, cambios profundos en el mapuche, que deberían, en primer lugar, ir debilitando la bravura de su condición, para ir suavizándose por estos contactos que serán los que irán modificando su vida, para llegar finalmente a una pacificación que va a caracterizar al siglo XVIII y seguirá manifestándose y transformándose en el siglo XIX, terminando con su dominación e incorporación a la nación y al imperio de la vida chilena.

Estos cambios se vieron favorecidos por los períodos de paz que se vivieron entre las diversas sublevaciones, principalmente en los 30 años de paz que hubo desde fines de siglo XVII a la fecha del gobierno de Cano y Aponte.

Estos períodos de paz surgidos de los Parlamentos y la presencia de los misioneros, principalmente jesuitas en los siglos XVII y XVIII, hasta su expulsión de Chile, son hechos importantes en la modificación de costumbres en las que van desapareciendo los rasgos del hombre primitivo.

El hecho de no insistir en la monogamia, permitirles sus fiestas y borracheras, más aún, provocárselas con la venta de vino y aguardiente, fueron haciéndolos más tolerantes, imitadores de ciertas costumbres y adquirentes de instrumentos que reemplazarán a los primitivos utensilios de sus trabajos.

Se aprecia el respeto con que fueron distinguiendo a los misioneros, a los que recibían en sus casas y cuidaban. Estos en las llamadas misiones, tenían construidas su capilla y casa habitación, donde los reunían para el culto y visitas, así como para la enseñanza y administración de la vida sacramental.

Este contacto fue de gran trascendencia, si bien no tanto en la adhesión a la fe, difícil de aceptar en su ignorancia, cuanto en el respeto, que aumentó con el cariño personal con que fueron tratados y defendidos por los misioneros, quienes en más de alguna vez, llegaron a ser sus representantes para exponer sus puntos de vista, o de crítica, contra algunos actos de la administración española.

De gran eficacia en este orden de cosas fue también el contacto del mapuche con los españoles en los fuertes que se fundaron en su territorio: Purén, Angol, Arauco, Tucapel, etc. Los mapuches llegaban hasta los fuertes para realizar ya sea el comercio, ya sea el trueque de sus productos. Esta presencia del soldado español fue un medio eficaz de producir el mestizaje entre el soldado y la joven mapuche, proyectándose no solo el cambio de criterio, sino el fusiónamiento de las razas.

Comerciaron con españoles y con franceses, que entraron a tener privilegio de comercio, debido a la influencia francesa que sufrió España con la dinastía de los Borbones, en el siglo XVIII.

Los comerciantes empezaron, en estos interregnos de paz, a tomar contacto directo con caciques que los protegían y les garantizaban su comercio. El pago el indio lo hacía normalmente en especies: ovejas, caballos, vacas, lana, tejidos, etc.

Solían a veces aprovechar para asaltar al comerciante, aunque no tan frecuentemente como algunos creen. Si así hubiera sido, no habría habido comercio. El comercio es capaz de aventurarse en busca del éxito, pero no puede vivir en la inseguridad. Se verificaron algunos asaltos aislados y ataques a comerciantes. Quizás si pudieran tenerse los datos precisos de estos hechos, llegaríamos a la conclusión que fueron provocados en gran parte por abusos

de los comerciantes, que son frecuentes con las poblaciones primitivas. En todo caso, conviene saber que siempre estos actos de ataque fueron origen de castigo y que, por estos casos, no se produjo jamás acción generalizada, ni mucho menos provocaron la unidad de los mapuches. Siempre fueron, los pocos casos que se presentaron, hechos singulares de alcance solo local.

Además se creó en este siglo una institución que va a durar hasta fines del siglo pasado, los “capitanes amigos” que vivían entre las comunidades que se daban en paz, personas que si actuaban en forma justa, merecían todo el aprecio y respeto de los indios. Más aún, fue frecuente que al dejar algunos sus cargos, se retiraran a la vida privada habiendo formado una apreciable masa de bienes. Cuando, como ocurrió más de alguna vez, este capitán amigo abusaba de su poder, perdía el aprecio y el respeto de la comunidad y los miembros de ella se coaligaban para deshacerse de él mediante el asesinato, lo que solían hacer en alguna borrachera preparada *ex professo* y el crimen quedaba así fuera de castigo.

Estas y muchas otras razones, más pequeñas en su alcance, o a veces de mayor importancia individual, son hechos que van lentamente limando las aristas de la barbarie y en un proceso de tiempo van creando, en este belicoso Arauco, un hombre que se incorpora a las normas de la convivencia humana, va perdiendo su fiereza primitiva y va camino a un sometimiento que siempre fue más posible, en la medida que el trato también era justo y humano.

Desde esa época y hasta hoy, no dudo en afirmar que el proceso que, consciente o inconscientemente, se ha llevado con el mapuche es el de su incorporación a una vida propia de hombre occidental. Se ha realizado y se realiza, paulatinamente, en el contacto con un vivir que, a su vez, él va comprendiendo como más valioso.

Pasará todavía algún tiempo antes de producirse la total incorporación; permanecerá, como recuerdo de su vivencia, lo escrito de su historia y de su resistencia; una tradición muy discutida sobre el origen del pueblo chileno como producto del mestizaje mapuche-español, quedarán los nombres y apellidos, vocablos y palabras incorporados a la lengua castellana como chilenismos o araucanismos, pero de Arauco y del hombre que escribió tres siglos de Historia en la Araucanía no quedará sino el recuerdo. Será todo el pueblo uno solo. Chile y los chilenos.

Así es posible comprender el paso de una actitud belicosa activa a una actitud cada vez más pacífica y tolerante, que termina integrándose en la nación.

Cuando el hombre de apellido mapuche lleva sus hijos a la escuela, al liceo, a la universidad, no va como un individuo de curiosidad, va como un chileno más. Cuando se integra como profesional en los registros de los colegios profesionales es un chileno más. Cuando se incorpora por el bautismo a la fe y se integra como miembro de la comunidad cristiana es un chileno que junto con otros forman su Iglesia.

Recorre a la farmacia, ya va quedando en la reminiscencia la machi; acude al médico, al hospital.

Recorre al comercio, no de trueque sino del dinero, para comprar y vender; participa en actividades bancarias y crediticias, etc. ¿Es el mapuche, como tal, con lo que de primitivo se encierra en su designación el que actúa? Ciertamente el hombre primitivo de esta región se ha incorporado a la nación y a la chilenidad. Volveremos a este tema más adelante, cuando caminemos por la Araucanía de 1860 a 1880.

Es hora que volvamos a encontrarnos con Gabriel Cano y Aponte. Con él llegó a Chile su sobrino, Manuel de Salamanca, teniente de un regimiento de caballería, que venía con el ánimo de convertirse en instructor de las tropas de Chile.

Sucesivamente va a alcanzar diversos grados militares: comisario general de Caballería, inspector del ejército y maestro de campo. Llegó a ser de esta manera la figura más sobresaliente de los tercios de la frontera.

Hay que confesar que Salamanca sacó provecho del más alto puesto de la jerarquía militar para dedicarse a bajas especulaciones y, por lo tanto, impropias de un jefe de graduación superior. Tenía tiendas y estancias, para negociar en las primeras con los individuos de la tropa y para hacerlos trabajar en las segundas. Vendía los empleos de “capitanes de amigos” o de “inspectores”, que vivían en las distintas parcialidades que se entregaban en pacífica convivencia con el español, por dinero, animales, tejidos, etc. Naturalmente que algunos de estos agentes que compraban tales cargos, buscaban la manera de resarcirse de lo gastado estrujando a los sometidos a su voluntad con especulaciones y negocios vergonzosos.

Hubo quienes, aprovechando las consecuencias de las borracheras, se apoderaban de niños mapuches que ocultamente llevaban a Concepción para su venta como sirvientes.

Estos abusos y las trabas que impedían el libre establecimiento y trueque con los comerciantes, produjeron en los mapuches un gran descontento y se dispusieron a llegar aun a medidas violentas. De esta circunstancia llegó a imponerse el gobernador en 1723. Tanto que en ciertos trabajos que debía realizar en algunas fortificaciones, se vio en la necesidad de no contar con los indígenas, que en protesta por abusos se negaban a aportar su trabajo.

Por otra parte, el superior de los jesuitas misioneros, que tenía su sede en Purén, denunció al obispo de Concepción las maquinaciones que los araucanos principiaban a fraguar.

Pudieron confirmar que desde 1723 existía entre los araucanos el acuerdo de un levantamiento general que se llevaría a efecto el Domingo de Ramos, 21 de marzo.

Por falla de previsión, los indios de Quechereguas se anticiparon y frustraron el alcance del golpe que debían dar.

Desempeñaba el cargo de capitán de amigos, en la reducción de Quechereguas, Pascual Delgado, a quien detestaban los mapuches por los atropellos y robos que cometía con ellos.

En la mañana del 9 de marzo, Delgado se encontraba en su habitación, con otros dos soldados españoles, preparándose para partir a Concepción. Una borrachera que tuvieron los mapuches en la reducción hizo que se olvidaran del convenio que tenían con los otros indios y, bajo los efectos del alcohol, reapareció en ellos el ánimo de venganza. Pareciéndoles propicia la circunstancia cayeron sobre Delgado y sus compañeros, a los que dieron muerte y destrozaron, con toda la furia que contenían y que ya no podían soportar.

Estos mismos, luego de lo ejecutado, se dirigieron al lugar que hoy es Traiguén, en donde funcionaba un establecimiento español, pero sus moradores, avisados de lo que había ocurrido a Delgado, huyeron oportunamente. Los indios redujeron a cenizas las habitaciones vacías.

En la tarde del mismo día se supo en Purén lo sucedido por algunos indios que llegaron a esa plaza a ofrecer su auxilio al capitán de ella, don Mateo Gallegos. Sin dar crédito a la noticia y sobre todo a la adhesión no solicitada, hizo tomar presos a estos indios, pero por si fuera necesario, inició la defensa.

Pasaron pocos días y el 16 de marzo se presentó ante el fuerte la aguerrida hueste del cacique Vilumilla de Maquehua. Aunque escaso el destacamento de Purén, 60 hombres pusieron a raya a los indios, pero estos no se retiraron, sino que pusieron sitio a la plaza, tratando de rendirla. Propusieron a Gallegos que se retirarían si les devolvía a los indios que habían tomado prisioneros. Accedió a lo pedido, lo que Vilumilla tomó como prueba de debilidad y, ensoberbecido, acometió el 19 de marzo la plaza. Había perdido ya más de cincuenta de sus hombres, muertos en los fosos que rodeaban el fuerte, pero estaba dispuesto a seguir peleando, confiado en el número.

En esto llegó, de los fuertes del Biobío, un refuerzo y el mismo Manuel de Salamanca arribó el 30 de marzo.

No se puede omitir el considerar que, si bien en sus negocios estaba dominado por la ambición y la inescrupulosidad, no carecía de aptitudes militares. Sabía tomar determinaciones justas y oportunas. Reunió fuerzas de todos los lugares próximos a Concepción y marchó a Purén. Su llegada cambió los acontecimientos; los indios levantaron el sitio y huyeron a sus tierras.

Recorrió los campos en campaña de sanción y castigo. Los indios se escondieron en sus bosques y vieron cómo destruían sus sembrados y quemaban sus ranchos.

Hizo unos pocos prisioneros, se apoderó de algunas cosechas, reparó las paredes de la plaza, organizó una guarnición de 200 hombres bajo el mando del capitán Antonio de Urra y un mes más tarde, a fines de abril, volvía a Yumbel donde se encontraba ya el gobernador Cano y Aponte.

Una vez en Yumbel y enterado de lo que acontecía, el gobernador toma el asunto en sus manos y, asumiendo la responsabilidad, comienza los preparativos bélicos porque no quiere sorpresas.

La alarma entre los habitantes del sur era incontenible, lo que prueba que el poder del enemigo y el número de los araucanos, con los años de paz, había crecido e impresionaba a los españoles.

Incluso Cano y Aponte se dio cuenta del efecto que este hecho producía en los mismos soldados, ya que muchos de ellos desertaban y era bastante difícil encontrar quienes quisieran enrolarse en las filas.

Los españoles dispersos en sus campos abandonaron todo y se fueron a refugiarse a las ciudades y a ponerse a salvo en los fuertes de la zona, especialmente en Concepción.

Visitó y reforzó los diversos fuertes del Biobío y pidió a Santiago hombres, dinero, armas y caballos.

La corporación le envió armas, 400 fusiles, 3.000 caballos y dinero. Los oficiales reales le remitieron 10.000 pesos para los urgentes gastos de la defensa.

En cuanto a hombres, o sea, tropa, soldados, nada. Hubo resistencia a participar por el temor que infundía la actividad y prepotencia del mapuche.

El gobernador dejó en Yumbel a Salamanca y se volvió a Concepción para ampliar los preparativos.

No faltó quien pensara que el invierno enfriaría el ánimo mapuche. Equivocación; los indios estaban realizando un plan de alzamiento general. También ellos se preparaban para actuar en la primavera y últimos meses del año 1723 y no estaban inactivos. Así acometieron todos los establecimientos misionales que creó la iniciativa de Marín de Poveda. Estos establecimientos constaban de una capilla y una pequeña casa anexa, al cuidado de dos o tres padres; todos fueron destruidos y robados, pero respetaron la vida de los padres e incluso los ayudaron a retirarse.

Las indiadas del cacique Vilumilla invadieron la zona de la Isla del Laja y allí se instaló Vilumilla con unos 1.600 coñas.

Salamanca avanzó con 200 soldados en agosto, y fue a defenderse en la zona de Duqueco, guiado por algunos que habían vivido en esa comarca y la conocían muy bien. El fin de agosto se presentó lluvioso y frío, lo que hizo pensar a Vilumilla que los españoles permanecerían inmóviles.

Salamanca, ubicados los indios, dividió su fuerza en dos cuerpos. Uno, al mando del capitán Juan Ángel de la Vega, atacaría por un flanco a los indios y él atacaría de frente.

Bastó la presencia de esta fuerza para que los indígenas rehuyeran la batalla y se dispersaran, precipitándose al río, que venía de crecida con gran caudal.

Todo fue cosa de pocos minutos; la victoria estaba conseguida, sin la pérdida ni siquiera de un solo hombre.

Salamanca daba estos pasos y el gobernador, por su lado, preparaba una expedición que debía garantizar la paz.

Tenía, a fines de 1723, listas las fuerzas con que avanzaría hacia la Frontera: 500 milicianos del distrito de Santiago y 600 milicianos de Colchagua, Maule, Itata y Chillán.

Hay un dato curioso que muy poco se ha hecho notar: Cano y Aponte al preparar esta unidad, este ejército, llamó a formar parte de él y tomar las armas a los primeros extranjeros avecindados en el país, como grupo. Estos son franceses, los que a causa de la unión, en el siglo XVIII, de España y Francia, como consecuencia de la Monarquía borbónica de origen francés que se inició con Felipe V, se avecindaron en América.

Esta es una digresión en nuestro tema que me parece útil destacar y nos explicará el origen de muchos miembros y familias de nuestra aristocracia criolla y de la clase media alta profesional, con un vínculo a lo francés que tiene origen en la sangre.

Menciono como dato curioso, nombres de familias que se incorporaron a nuestra convivencia social, de tal manera, que ni siquiera se piensa en su verdadero origen. Se comprende que la mención que hago no es exhaustiva, sino a vía de ejemplo y, además, para pensar que ya están en Chile en el siglo XVIII y que a través del tiempo estos apellidos, algunos especialmente, se han chilenuzudo: Pradel, Morandé, Coe, Letelier, Subercaseaux, Onfray, Pinochet, Bretón, Bascur, Ravest, Lefebre, Droguet, Vilugron, Le Brun, Bergaret, Berney, Rossel, Langlois, Ruminot. Estos y muchos más, ejercieron sobre el carácter chilenu una influencia desproporcionada al volumen de sangre que aportaron.

Así pues, en esta tropa que avanza con el gobernador, viene también un grupo de hombres de Francia que aportan su esfuerzo en la guerra de Arauco. De este ejército el gobernador excluyó a los indios auxiliares y logró entrar a la Araucanía con tropas que sobrepasaban los cuatro mil hombres.

Cano y Aponte celebró en Concepción una junta de guerra. En ella expuso algunas de sus ideas, una de las cuales se refiere a los fuertes diseminados en territorio enemigo, señalando que ellos imponían un gasto grande a las Arcas Reales y que no prestaban una utilidad manifiesta, mucho menos definitiva y, por tanto, creía oportuno abandonar y demoler los fuertes al sur del Biobío. Creía más útil reforzar la línea al norte del Biobío.

La mayoría de la junta estimó una vergüenza para el ejército español este proceso, pero el gobernador impuso su criterio.

Para poner en ejecución su determinación, el gobernador envió, en octubre de 1723, al coronel Rafael Eslava con una división de 600 hombres, por la costa y con encargo de evacuar y demoler los fuertes de Colcura, San Pedro y Tucapel. En el mes de diciembre, el mismo gobernador presenció la demolición y evacuación de Purén, Nacimiento y Santa Juana.

Con los mismos nombres fundó otros fuertes al norte del Biobío: el de Purén lo reemplazó por el que se recuerda hoy al sur de Los Ángeles con el nombre de San Carlos de Purén; Nacimiento en su actual ubicación, es el lugar en que fundó antes el fuerte que estaba unos 10 km más al sur; cerca de la desembocadura del Biobío levantó un fuerte, que llamó Arauco, en los cerros de Hualpén, y en un llano a la orilla derecha del Laja estableció el fuerte de Tucapel, el actual pueblo de la provincia de Biobío.

Con estas medidas y sin necesidad de combatir, la sublevación, que se veía venir, se fue acallando y por último se reemplazó por un pedido de paz.

Se pudo comprobar además otro elemento, que es conveniente tener presente para juzgar la actitud diferente que se observa en el mapuche a estas alturas. Los araucanos habían adquirido ciertos hábitos, que los iban apartando del hombre bárbaro y entraban por la senda de la civilización cristiana occidental. Empezaban a apreciar las obras de sus manos, el pastoreo y la domesticación de sus animales. Se habían acostumbrado a proveerse en los mercados que se establecieron en los fuertes. Ellos concurrían allí a comprar o trocar productos, pues había ciertas cosas de las que ya no podrían prescindir: sal, géneros, vino, yerbas, etc.

Si les falta esta posibilidad, nueva necesidad creada por la evolución de sus costumbres, sentirán la necesidad de acercarse otra vez al español y buscar una forma de convivencia. Por eso, antes de terminar el año 1725, hacen saber al gobernador sus deseos de entablar negociaciones de paz.

Es así como surge la realización del nuevo Parlamento de Negrete.

Al Rey le llegaron informes contradictorios sobre el gobierno de Cano y Aponte; el virrey-arzobispo fray Diego de Morcillo, desde Lima, recibía y enviaba al Rey todos los decires y calumnias contra el gobernador, pero, a su vez, los superiores de las órdenes religiosas de Chile, el gobernador de Valdivia Rafael Eslava y el Cabildo de Santiago informaban con más ecuanimidad.

El Consejo de Indias desechó el informe virreinal y se atuvo a lo que le decían las autoridades de Chile.

El Consejo adoptó algunas medidas que encajaban bien con las del gobernador y que pueden reducirse a: 1) evitar todo motivo de choque con los mapuches; 2) mantener precaución y un ejército de 2.000 hombres listos para cualquier emergencia que pudiera sobrevenir; 3) regularizar el envío del "Real Situado", no se enviaba en dinero, sino que el gobernador manifestaba lo que necesitaba, se compraba en Lima y el saldo se enviaba en dinero; 4) reiterar en diciembre de 1724, la planta del ejército; 5) disponer el envío de 3.000 carabinas y 2.000 fusiles; 6) decretar el perdón de los delitos cometidos por los indios; que se les tratara en paz y se evitara toda causa de agravio.

Los indios, entretanto, están en paz y desean que vuelvan cuanto antes los "capitanes de amigos". El odio al español se había suavizado mucho y, por otra parte, la autoridad de los caciques, que nunca fue mucha, no servía para mantener la paz sin la tutela española.

En el mes de enero de 1726 el gobernador, que deseaba el entendimiento pacífico, reunió otra junta de guerra con asistencia del obispo de Concepción, Francisco Antonio de Escandón, los superiores de comunidades religiosas, los padres que habían misionado entre los mapuches, los jefes del ejército, oidores de la Real Audiencia y otros a quienes en forma especial convidó el gobernador.

Hizo una relación de hechos ocurridos en este levantamiento fracasado y propuso a los concurrentes las cláusulas que, a su juicio, podrían quedar comprendidas en los acuerdos de un nuevo Parlamento.

El trabajo quedó reducido a doce puntos que se resumen a continuación.

En febrero de 1727 se encontraban reunidos en los llanos de Negrete, Cano y Aponte, el obispo de Concepción, los oficiales y empleados superiores,

algunos religiosos y todo el ejército. Ciento treinta caciques y sus mocetones habían concurrido también, acompañados por el antiguo misionero jesuita Diego de Moya.

El 13 de febrero, por la mañana, comenzó la celebración de esta conferencia o Parlamento.

De los cuatro caciques principales presentes y que uno en pos de otro pronunciaron sendos discursos, se nos conservan sus nombres: Miguel Melitacun, Juan Millalleuvu, Tureunau y Levoepillán. En sus discursos manifestaron que las extorsiones de los capitanes de amigos los habían obligado a tomar las armas, de lo que estaban arrepentidos, y pedían, tal vez por insinuación de los mismos aludidos, que se les mantuviera en sus puestos y empleos al maestre Salamanca y al comisario Ambrosio Lobillo.

El sargento mayor José Fontalba leyó en lengua araucana las bases del tratado, después de lo cual los caciques, haciendo señal de la cruz, juraron observarlos con lealtad. Intercambiados los regalos de costumbre, las tropas regresaron a sus fuertes y los indios a sus tribus.

Las bases de la paz eran de dos órdenes: unas destinadas a establecer los deberes de los indígenas y otras a extirpar los abusos cuyos reclamos presentaron los caciques.

OBLIGACIONES DE LOS INDÍGENAS:

- A) Reconocerse vasallos del Rey de España;
- B) No estorbar el restablecimiento de los fuertes al sur del Biobío, si algún gobernador quisiera reconstruirlos (Colcura, Tucapel, Arauco, Nacimiento, Purén).
- C) Recibir a los misioneros que entraran a sus tierras, asistir a la Iglesia, si eran bautizados;
- D) Combatir a los enemigos del Rey, avisar su arribo y retirar su ganado de la costa;
- E) Dar la mitad para las obras del Rey;
- F) Acudir cada vez que los llamara el gobernador;
- G) Además, otras advertencias en contra de la poligamia y rezos y ritos mágicos.

EN RELACIÓN CON LOS RECLAMOS:

El gobernador intentó ensayar un cambio en el comercio, contra las prácticas tradicionales. Se celebrarían 3 o más ferias al año, supervisadas por una comisión paritaria de españoles e indios, llevando todos los artículos que deseaban trocar.

La comisión debía fijar los precios y presenciar la entrega de las mercaderías. Se prohibieron los conchabos clandestinos y las ventas al fiado.

Tanto españoles como mestizos, negros o mulatos, no podían ingresar a hacer comercio en territorio araucano sin permiso especial.

Se prohibía sacar indios de sus tierras con cualquier pretexto.

Las autoridades no podían negar el permiso para que indios reclamaran ante la autoridad o ante el obispo. Tampoco se les podía negar a quienes quisieran trabajar por un salario a un español.

El gobernador sometió a la consideración del Rey estas paces de Negrete y este las aprobó el 10 de diciembre de 1727.

Después de este Parlamento se inició un período de paz, de comprensión y de mejor administración. Desaparecerá en forma notable la corrupción administrativa y, más aún, se va a prolongar por el resto del siglo XVIII una serie de eminentes gobernadores que irán, con su prestigio y administración, suavizando cada vez las razones de la guerra.

Será un período muy apreciable para la civilización araucana, en el que, por el contacto humano, por el trabajo, por el comercio, por la acción misionera que actúa tanto en la fe como en la educación, se irá transformando el alma araucana y alcanzando una nueva etapa que le irá liberando de sus costumbres ancestrales, se incorporará a la vida cultural chilena.

La paz que siguió al Parlamento le dio tiempo a Gabriel Cano y Aponte para preocuparse de la administración general y pública de la colonia, que quedaba siempre postergada en segundas manos.

Los últimos años de su administración, precisamente en 1730, el 8 de julio, un terremoto dañó Santiago, Chillán y Concepción, esta con una doble desgracia: terremoto y maremoto.

El mar salió de su límite cinco veces, destruyendo lo que el terremoto dejó en pie.

El obispo don Francisco Antonio de Escandón predicó a los aterrados vecinos, que pidieron perdón a Dios por sus culpas. Todos rompieron en lágrimas y gemidos de arrepentimiento.

Desde el día siguiente al temblor, el obispo principió “una novena de rogativa” a la Madre Señora Santísima de las Nieves, la imagen de La Imperial.

En el invierno de 1733, Cano y Aponte, que se encontraba en Santiago, conoció la decisión del Rey de poner término a su ya largo y fatigoso gobierno y de designarle un sucesor, al cual debería esperar y, entretanto, seguir ejerciendo la triple autoridad: gobernador de la Colonia, presidente de la Real Audiencia y capitán general del ejército colonial.

En julio se celebra la festividad de Santiago Apóstol, patrono de España y protector especial de la Capital de Chile.

A pesar de sus años, Cano y Aponte participó en la celebración y tomó parte, dentro de las pruebas de “destreza de jinete”, en la llamada “pie en pared”. El animal cayó de espalda y aplastó al gobernador, que vino a fallecer el 11 de noviembre de 1733.

Sintiendo que su mal era irreparable, el 9 de octubre de 1733 delegó su autoridad en el oidor más antiguo, don Francisco Sánchez de la Barreda y Vera.

4. INTERINATOS DE SÁNCHEZ DE LA BARREDA (1733-1734) Y DE MANUEL DE SALAMANCA (1734-1737)

La muerte de Cano y Aponte y el haberse preocupado de designar previamente a un sucesor, hizo posible que de inmediato asumiera sus cargos de gobernador, ante el Cabildo, de presidente, ante la Real Audiencia; y de capitán general del ejército, al licenciado y oidor de la Real Audiencia de Chile don Francisco Sánchez de la Barreda y Vera.

El Cabildo, incluso, se permitió la libertad de dirigirse al Rey y solicitar esta designación, lo que no prosperó, pues el Rey designó como gobernador a Bruno Mauricio de Zavala, quien no habría de llegar a ocupar el cargo, pues enfermó en el viaje y falleció sin llegar a Chile. Su muerte prolongó el interinato.

El virrey del Perú no acogió la petición del Cabildo, y, en reemplazo del interino Sánchez de la Barreda, designó al maestro de campo Manuel de Salamanca, a quien conocemos y que fue un leal servidor del fallecido Cano y Aponte.

Salamanca juró el 9 de marzo de 1734, en Concepción, y gobernó como interino hasta el arribo del titular José Antonio Manso de Velasco, que asumió el cargo el 15 de noviembre de 1737.

Salamanca, con la esperanza de obtener el nombramiento en propiedad, hizo una administración ejemplar. Celebró un nuevo Parlamento en Tapihue, sin mayor novedad que recalcar lo obrado en los anteriores.

Fueron los años de este interinato tiempos pacíficos y fecundos, no en obras materiales, que también las hubo, sino en algo muy propio del pueblo chileno. Es en la calma y en el silencio colonial donde, en forma imperceptible, se fue creando en el criollo el alma chilena, con un gran apego a la modestia, al tesón en el trabajo, en una inconsciente conciencia de seguridad y capacidad; un tipo ingenioso, modesto, pero con una gran seguridad en sí mismo, con altivez para enfrentar a los percances de la vida; siempre dispuesto a comenzar nuevamente la tarea que la naturaleza, con crueldad irresistible, destruye.

Estas condiciones morales no se adquieren de un día para otro, son producto de una larga y paciente tarea para enfrentar los avatares de la vida. El hombre no se amilana, ni se hunde frente a las adversidades, sino que parece incluso que le fueran necesarios ciertos obstáculos para abordarlos, vencerlos y avanzar.

5. GOBIERNO DE JOSÉ ANTONIO MANSO DE VELASCO (1737-1745)

Nació en Logroño el 10 de mayo de 1684. El Rey lo designó gobernador del Reino de Chile por Real Cédula del 18 de octubre de 1736; antes había sido designado gobernador de Filipinas, nombramiento que fue anulado para dar curso al que lo destinaba a Chile.

El 1 de febrero de 1737 salía de Cádiz rumbo a Panamá, el 15 de noviembre del mismo año juraba ante el Cabildo de Santiago.

Manso debió consagrar su primer tiempo casi con preferencia al conocimiento del Juicio de Residencia que se llevó adelante, por el Tribunal de la Audiencia, en contra de Manuel Salamanca. El Tribunal, mediante fallo del fiscal, lo condenó al pago de una multa de cerca de 7.000 pesos.

El Consejo de Indias, en última instancia, lo absolvió, a pesar del empeño que puso Manso de Velasco en que fuera condenado.

Terminado este odioso proceso, Manso de Velasco se dirigió al sur con el propósito de conocer la situación de la frontera de Arauco y resolver problemas de Valdivia, que había sido destruida en gran parte por el terremoto del 24 de diciembre de 1737, posiblemente debido a una gran erupción del volcán Osorno.

A fines de 1738 estaba en Concepción. Desde aquí se dispuso: a) la reconstrucción de Valdivia y b) la convocatoria a los indígenas para la celebración de un nuevo Parlamento en Tapihue. El 5 de diciembre de 1738 se reunían, en este llano cercano a Yumbel actual, 368 caciques y alrededor de 6.000 indios, atraídos por los regalos que solía donar el gobernador.

Acudió el gobernador acompañado del obispo de Concepción, del provincial de los jesuitas, del oidor Recabarren y otros funcionarios. Se repitieron las cláusulas de los Parlamentos anteriores, sin cambios importantes.

El tema le pareció a Manso impropio y vergonzoso para España y, en carta de febrero de 1739, le propuso al Rey reanudar la conquista sobre la base del plan Ribera.

Este anhelo no se cumpliría tan pronto; será el plan que, 130 años más tarde, pondrá en acción Cornelio Saavedra y, en 20 años, hará lo que no se hizo en 330 años.

Felipe V se dio cuenta de las condiciones sobresalientes de Manso de Velasco y lo fue premiando. En 1741 le remitió el título de mariscal de campo, en 1744 recibió los despachos de teniente general y el 24 de diciembre del mismo año 44, le ordenó asumir de inmediato el Virreinato del Perú y le pidió, asimismo, que designara sucesor mientras resolvía personalmente el Rey.

Manso puso sus ojos en el mariscal de campo don Francisco José de Ovando y partió de Valparaíso, a cumplir el mandato real, en julio de 1745. El interinato se extendió desde el 9 de julio de 1745 al 25 de marzo de 1746.

Ovando va a entregar el gobierno a Domingo Ortiz de Rozas, que fue ascendido de la Gobernación de Buenos Aires a la Gobernación del Reino de Chile.

6. INTERINATO DE OVANDO (1745 1746) Y GOBIERNO DE DOMINGO ORTIZ DE ROZAS (1746 1755)

Llegó a Santiago el 23 de marzo de 1746 y ese mismo día solemnizó su presencia en Chile, jurando ante el Cabildo el recto desempeño de su cargo e iniciando una administración fecunda en obras, por la ejecución de ellas y la eficiencia de su importante trabajo.

Admirado del trabajo que realizó Manso, pudo escribir al Rey el 30 de septiembre de 1746: "Procuraré con el mayor anhelo, contribuir a su aumento con las diligencias que sean más aptas y aceptables, siguiendo en todo el acertado método de mi antecesor José Domingo Manso de Velasco".

Manso de Velasco reconstruyó diversas ciudades que hubo en la Araucanía y Ortiz de Rozas igual; ambos reiniciaron la construcción de algunos fuertes que habían sido demolidos.

Así, bajo la acción de Velasco no se pueden olvidar la refundación de Santa Juana y la de Los Ángeles, ciudad que cupo realizar al maestro de campo don Pedro de Córdova y Figueroa y a la que llamó "Santa María de Los Ángeles".

Una vez tomada la posesión del cargo, Ortiz de Rozas comenzó por recorrer el territorio y especialmente el sur, a fin de imponerse personalmente de las necesidades y, además, realizar una minuciosa inspección de los fuertes a ambas orillas del Biobío.

El viaje obedecía a un objetivo muypreciado y que encerraba un peligro no previsto. Los mapuches habían comenzado a trabar alianza con los pehuenches y otras tribus cordilleranas y con los indios pampas de la llanura Argentina. Utilizando el caballo, se movilizaban en grandes grupos y con notable velocidad. Así asaltaban los pueblos, los campos, las haciendas, las caravanas, mataban y robaban a destajo, situación que conocía muy bien el gobernador, que llegaba a Chile después de desempeñarse en la Gobernación de Buenos Aires.

Si bien estas correrías daban paz en Chile, tanto al norte del Biobío, como en sus proximidades en el sur, era necesario buscar la manera de impedir esta alianza y participación, y Ortiz de Rozas decidió poner término a ella cortando el concurso que los mapuches prestaban a las tribus andinas.

En efecto, desde que la paz se había establecido firme, los indígenas de Chile, particularmente los del sur del río Traiguén, cruzaban los Andes por los muchos y accesibles pasos que en esta latitud ofrece la cordillera, y se juntaban a las tribus afines, de las faldas orientales, para asaltar los establecimientos españoles de las provincias de Buenos Aires y Cuyo y a los que traficaban por ellas. Cargados de botín y, por lo común con prisioneros, repasaban los boquetes para regresar a sus reducciones de Curacautín, Llaima, Truftruf, Aillipen, Maquehua, Quepe, Boroa y Pitrufquén.

Decidido a poner término a esta situación, Ortiz de Rozas convocó a un Parlamento, uno más, en los Llanos de Tapihue, que se efectuó el 22 de diciembre de 1746 y en el que participaron 138 caciques y más de 2.000 capitanejos y mocetones. Acompañaban al gobernador y capitán del Reino, los obispos de Santiago y de Concepción, el auditor de guerra don José Clemente Traslaviña, oidores, alcaldes, y diecinueve personas de las más caracterizadas del reino.

Los acuerdos se tomaron previamente en una junta que el gobernador celebró en Concepción con la asistencia del obispo, del oidor, del auditor José Clemente Traslaviña, militares y miembros de órdenes religiosas, principalmente jesuitas. Además acompañaban al gobernador unos 800 milicianos y una compañía de infantes.

Se repitieron las cláusulas de las reuniones anteriores, añadiendo la exigencia que se señala, la que determinaba que los mapuches: “no acompañasen a los indios pampas, ni a otros cualquiera de la otra banda, en las correrías con que ofenden y destruyen a los habitantes y residentes de las inmediaciones de Buenos Aires, como tampoco podían atacar a los que traficaban en esos lugares, o habiten en nuestras poblaciones de la provincia de Cuyo”. No podemos olvidar que hasta 1787, la provincia de Cuyo formaba parte de la jurisdicción de la Capitanía General de Chile.

Los indios, como de costumbre, aceptaron cuanto se les exigió, pero sus provechosas y poco expuestas correrías por la Patagonia, Buenos Aires y Cuyo continuaron realizándose como si no hubiera habido acuerdo alguno.

El Rey concedió a Ortiz de Rozas el título de conde de Poblaciones y accedió, después de repetidas insistencias, a su petición de volver a España. Designó para reemplazarlo al mariscal de campo don Manuel de Amat y Juniet, quien se recibió de la gobernación el 28 de diciembre de 1755.

Ortiz se embarcó en Valparaíso en el navío “El León”, con toda su familia, el 30 de abril de 1756. Desgraciadamente falleció en la travesía, el 28 de junio y su cadáver fue entregado al océano Atlántico.

Dejó un recuerdo que le mereció respeto y legó a la posteridad la tradición de rectitud, laboriosidad y honradez administrativa, iniciada por Manso de Velasco. Esta escuela hará camino en Chile y la aristocracia criolla del siglo XVIII se prolongará durante la mayor parte del siglo XIX, dando los rumbos por los que deberían caminar el gobierno, el pueblo y las instituciones.

7. GOBIERNO DE MANUEL DE AMAT Y JUNIET (1755-1761)

Desde el comienzo de su gobierno, Manuel de Amat y Juniet no fue hombre del gusto de los criollos, donde la aristocracia castellano-vasca había logrado definir la línea de acción que marcaría su vida en el final del siglo XVIII y buena parte del XIX.

Entre los primeros actos de su gobierno estuvo el nombrar profesores para las cátedras de la recientemente fundada Universidad de San Felipe.

Continuó con la visita a la Frontera.

El 13 de diciembre celebra con los mapuches un nuevo Parlamento, conocido con el nombre de Parlamento del Salto del Laja, tan inútil como los anteriores. Lo celebró con la pompa y usanza ya conocida y en él participaron ciento tres caciques. El acta la firmaron, por los españoles: el gobernador y capitán general Manuel de Amat y Juniet, Juan Verdugo, auditor general de guerra, el maestre de campo Salvador Cabrito y otras veinte personas de distinción del cortejo oficial.

Inspeccionó las tropas y los fuertes y dispuso la creación de un nuevo fuerte, que llamó Santa Bárbara. Esta fundación y otras nacieron del acuerdo firmado que resolvió dar nuevos impulsos a la idea de fundar fuertes en la Frontera. Trazaron, en consecuencia, los de Nacimiento, de Santa Bárbara, San Rafael de Talcamávida y San Juan Bautista de Hualqui. El de Santa Bárbara estaba especialmente dotado para dominar el camino más frecuentado por los mapuches e indios cordilleranos en sus correrías al norte y al sur del Biobío.

Cumpliendo las órdenes del Rey fundó, alrededor de los fuertes, las villas correspondientes: Santa Bárbara, Talcamávida, Hualqui y Nacimiento, que servirían para los vecinos de los campos cercanos y familiares de los soldados de los fuertes.

El Rey había abandonado totalmente la idea de la conquista militar de Arauco. Se pensaba que los indios confinados al sur del Biobío ya no constituían peligro para el desarrollo de la Colonia. Pero el espíritu emprendedor de Amat intentó establecer comunicación terrestre desde Concepción a Chiloé.

Con el ánimo de llevar adelante este propósito, Amat hizo salir de Valdivia, hacia Río Bueno, al teniente coronel Juan Antonio Garretón, al mando de cien

soldados. Desde Chiloé debía dirigirse al norte, para encontrarlo, el teniente coronel Antonio Narciso de Santa María, quien no lo hizo, pues no recibió la información del Gobernador que le ordenaba hacer ese movimiento.

Esta circunstancia hizo posible que los indígenas de la comarca del Río Bueno, en número superior a 4.000, atacaran a Garretón, quien a duras penas salvó con vida, y si bien con fuertes pérdidas, quedó dueño del campo.

Con el objeto de llegar a un acuerdo, Amat citó a un nuevo Parlamento en Concepción, que se celebró el 18 de enero de 1759. Los indios accedieron a la totalidad de las peticiones de Amat, lo que equivale a nada, pues de inmediato volvió a quedar interrumpida la comunicación con Chiloé.

Creando posible obtener lo no alcanzado, en un nuevo Parlamento, lo cita ahora no ya en la zona de Arauco, sino para celebrarlo en Santiago, el 14 de febrero de 1760.

La idea del gobernador era deslumbrar al mapuche con lo que viera en la capital y la atención que recibiera. El mismo gobernador los hizo invitar y participar en su mesa y casa de Gobierno y los rodeó de innumerables atenciones. Los recibió acompañado de monseñor Alday y otras dignidades civiles y militares.

Los parlamentos no tenían la eficacia que se imaginaban los gobernadores, porque los indios no estaban en condiciones morales de respetar siempre su palabra empeñada. Cada vez que pudieran, faltarían a ella sin el menor escrúpulo. Los mismos españoles aceptaban este procedimiento como mero recurso para ganar tiempo y contener el indisputable poder que habían reconquistado los araucanos.

Carlos III elevó a Amat y Juniet al Virreinato del Perú, y este se embarcó al Callao el 26 de septiembre de 1761.

8. GOBIERNO INTERINO DE FÉLIX BERROETA (1761-1762)

Antes de partir a Lima el gobernador Amat, haciendo uso de la autorización real, el 9 de septiembre de 1761 dejó como gobernador interino al de la plaza

de Valdivia, teniente coronel Félix Berroeta, quien juró su cargo, en esa calidad y en Santiago, el 21 de octubre, cuando Amat viajaba ya al Perú.

En octubre el Consejo de Indias prevenía a los gobernadores de la inminencia de un conflicto con Inglaterra y el 10 de diciembre, por Cédula Real, se comunicó la declaración de guerra.

Berroeta de inmediato comenzó un importante trabajo: fortificar los fuertes de la costa, especialmente el de Valdivia.

Tenía Berroeta listos para embarcar en Valparaíso a 300 hombres, cuando llegó a puerto el gobernador propietario, don Antonio Guill y Gonzaga, que había sido nombrado en propiedad el 13 de octubre de 1761, en España.

9. GOBIERNO DE ANTONIO GUILL Y GONZAGA (1762-1768)

Pertenecía a la familia de los duques de Mantua, si bien había nacido en Valencia (España) en 1715.

Inspirado por los misioneros jesuitas más jóvenes, se convenció que una buena solución para la pacificación, conquista y dominación de Arauco, era la que le proponían y que, además, coincidía con la opinión del Rey. Consistía esta innovación en obligar a los mapuches a vivir en poblados o agrupaciones, donde la acción misionera y evangélica podía ser constante, continuada y en ningún caso esporádica.

Aceptando la idea, que no era compartida por los misioneros con experiencia en esta actividad, ni por los militares, ni por el obispo de Concepción, convocó a un Parlamento que debía celebrarse en Nacimiento el 8 de diciembre de 1764.

A este Parlamento concurren por parte de los españoles: el gobernador, el maestre de Campo Salvador Cabrito, el obispo de Concepción Ángel Espiñeira, el oidor Martínez de Aldunate, y unas veinte personas más entre religiosas, civiles y militares con especial jerarquía. Por el lado mapuche asistieron 196 caciques y 2.400 mocetones, atraídos por los frecuentes regalos que los españoles obsequiaban a los mapuches presentes.

Sirvió de intérprete Martín Soto y hablaron por sus butalmapus: Pedro Ancatemu, Juan Ancalevi y Juan Catricura. Ratificáronse los parlamentos de los Excmos. Sres. Cano, Manso, Rozas y Amat y se firmaron nueve convenciones referentes a ellos, añadiendo que los butalmapus se reducirían a pueblos. Repartiéronse los agasajos y se disolvió el Congreso⁴³.

En virtud de este acuerdo y creyendo en su buena aceptación por los indios, se dispuso llevar a cabo la fundación de algunas villas y se dio principio a los trabajos de las siguientes, en las orillas del Biobío: la plaza de Santa Juana y la de Rere, denominada "San Luis Gonzaga" y establecida por auto de 4 de octubre de 1765; Yumbel, con el nombre de San Carlos de Austria, en 1766; Tucapel el Nuevo, al norte del Laja, 1765. Estas poblaciones se levantaron en los lugares en que hubo antes fuertes.

Los indios no estaban de acuerdo con estas fundaciones y, si bien aparecieron como satisfechos, principalmente por no perder la oportunidad de los obsequios y regalos, manifestaron que antes de ratificar lo acordado debían consultar con los caciques ausentes.

Nunca tuvieron intención de cumplir esta disposición, pero como quisieran los españoles imponerla, precipitaron una de las últimas rebeliones generales provocadas en el período colonial.

Guill y Gonzaga volvió al norte feliz por la paz obtenida y convencido de su aceptación.

Por exigencia de algunos misioneros que urgían su cumplimiento, afirmados en lo que les parecía natural y que era lo acordado, pero con la ignorancia más completa de la idiosincrasia mapuche, en gran parte vivida hasta la época presente, se ordenó apresar a dos caciques que hacían cabeza pública de la resistencia, Curiñancu y Duquihuala, a quienes se les llevó encadenados a Concepción.

A pesar de estas sanciones y por la misma razón, hicieron mayor resistencia y aun prepararon un levantamiento que pudo ser de gravísimas consecuencias.

43 José Pérez García. *Op. cit.*, Tomo II, pág. 386

Los indígenas recuperaron a sus presos, pero, viéndose desoídos, decidieron acudir al gobernador y enviaron a cuatro caciques que fueron a Santiago. Desgraciadamente fueron atacados en el camino por los bandoleros que infestaban los campos del sur del Maule y que les dieron muerte.

Viendo Guill y Gonzaga que su plan no progresaba, decidió trasladarse a Concepción para dirigir él mismo la operación, pero un segundo ataque de parálisis lo postró y lo dejó a las puertas de la muerte, el 12 de septiembre de 1766. Tuvo que regresar a Santiago.

Cuando decidió partir a Concepción, antes de reemprender su interrumpido viaje, dispuso que entraran en territorio de Arauco tres cuerpos militares a dar cumplimiento a sus órdenes.

Uno iría al mando de Salvador Cabrito, para refundar Angol, otro al mando de Ribera, para fundar Mininco, y otro al mando del capitán Burboa, para fundar Huequén.

El comisario Juan Rey debía levantar Arauco y Tucapel.

Los capitanes de amigos, con la dirección de los jesuitas, fundarían las restantes poblaciones hasta enterar cincuenta.

La suerte de este acuerdo fracasó totalmente, pues los indígenas atacaron a los cuerpos en Arauco, en Angol, en Huequén, en todas partes, con tal empeño, que la empresa retrocedió hasta Concepción, sin descanso.

Los pehuenches les ofrecieron su alianza, pero fue rechazada.

El gobernador, siempre grave y enfermo, se entregó en esta materia al criterio del obispo de Concepción, quien deseaba la paz a toda costa, pues veía el grave daño que podía producirse si continuaba la guerra. Guill y Gonzaga envió plenos poderes al obispo Espiñeira. Los jesuitas también se unieron al parecer del obispo y se les prometió a los indígenas no continuar el proyecto de poblaciones y retirar a los españoles de sus tierras. Estas promesas los decidieron a aceptar la paz.

Los mapuches volvieron a quedar dueños de los terrenos al Sur del Biobío y prometieron no entrar a las tierras del norte de este río.

Los pehuenches, solos, se lanzaron contra los mapuches. Los españoles no intervinieron.

El gobernador, enfermo e incapaz, decidió restablecer en Concepción a la antigua junta de guerra, formada por jefes militares, oficiales reales, el obispo de Concepción y misioneros de las distintas órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios y jesuitas.

Aconsejado por los miembros de esta junta, escribe al Rey el 1 de mayo de 1767, recomendándole todo lo contrario de su primera petición, ya que la experiencia le demostró su inutilidad. Ahora pide realizar la guerra sin cuartel, la destrucción de los mapuches y de su pueblo, tomar presos a los hombres y trasladarlos en masa a Copiapó, Huasco y Coquimbo, y a las mujeres y niños trasladarlos a las encomiendas ubicadas al norte del Maule.

Este plan debía llevarse a cabo simultáneamente con otro igual en combinación con el gobierno de Buenos Aires.

Además señalaba la inutilidad de los Parlamentos.

Mas el resultado de todo esto no lo vería Guill y Gonzaga, pues murió en Santiago el 24 de agosto de 1768.

Entretanto no podemos dejar de mencionar la dura prueba que le tocó hacer cumplir, cual fue, la Real Cédula que ordenó la expulsión de los jesuitas, dictada por Carlos III y que debió cumplirse simultáneamente en Chile y en América española en el mismo día y en la misma sorpresiva forma, el 26 de agosto de 1767.

Expulsados los jesuitas, Guill y Gonzaga entregó a los franciscanos de Chillán la misión del trabajo con los indígenas que cumplían los jesuitas, los que además contaban con el beneplácito del obispo de Concepción Pedro Ángel de Espiñeira.

Los franciscanos no tuvieron mejor éxito que los jesuitas en su afán evangelizador.

Hasta el gobierno de Antonio Guill y Gonzaga, la ciudad de Concepción siguió ocupando el lugar "deleitoso" en que la ubicó el fundador Pedro de Valdivia. Una vez abandonada como consecuencia del levantamiento general de Arauco y la muerte de Valdivia cuando Francisco de Villagra ordena despoblarla, se la vuelve a levantar siempre en la bahía de Talcahuano, en el lugar que ocupa la actual Penco o en la comarca circundante; la destruyen dos terremotos con salida posterior de mar, maremotos que terminan y

destruyen lo que el temblor de tierra dejó. Ortiz de Rozas y Amat y Juniet intentaron su traslado al lugar que hoy ocupa, pero no fueron obedecidos. Al fin Guill y Gonzaga, ayudado por el nuevo obispo de Concepción, Ángel de Espiñeira, va a lograr, por decreto de 4 de noviembre de 1764, la fundación de Concepción en la orilla norte del Biobío. No hubo más que obedecer y se celebró la fundación de la nueva Concepción con grandes y solemnes fiestas religiosas.

La ciudad que fue como el centro de toda la actividad colonial, en la que residían los gobernadores y, en general, la ciudad a la que llegaban desde Perú por mar o tierra deja su anterior existencia para continuar siendo el punto central de acción de Arauco desde la orilla norte del Biobío.

Concepción no puede ser ignorada cuando se trata de la ocupación de la Araucanía, ya sea en la Colonia, ya en el duro período de la Independencia y guerra a muerte, ya en la ocupación definitiva que media entre 1861 y 1883 y en su desarrollo posterior.

10. GOBIERNO DE JUAN BALMACEDA CENSANO (1768-1770)

Fallecido Antonio Guill y Gonzaga, el Cabildo de Santiago actuó de acuerdo a la Ley vigente y reconoció al oidor más antiguo de la Audiencia, Juan Balmaceda Censano, el 24 de agosto de 1768. Por su edad no estaba en condiciones de hacer frente a la sublevación iniciada y la visión del obispo Espiñeira era de una credulidad enfermiza en la fe y en la lealtad del indígena, valores morales que no entraban en su cultura.

Los mapuches actuaban dirigidos por el cacique Lebián de la Isla de La Laja, arrasando las estancias. Salvador Cabrito tuvo noticias de la preparación del ataque de Santa Bárbara y se preparó para repelerlo, contra la voluntad de Espiñeira. Se situó en Los Ángeles con 80 soldados y mil milicianos españoles.

El 3 de diciembre, 4.000 indios lo atacaron, dieron muerte a 36 españoles y a 46 indios amigos y regresaron dirigiéndose a Santa Bárbara. El 7 de diciembre atacaron el pueblo, que quedó reducido a cenizas y se llevaron todo el ganado de la región. El 11 de diciembre, cortadas las comunicaciones

con Nacimiento y sitiado Purén, la rebelión se había extendido a todo el sur del Biobío.

Balmaceda, a pesar de su edad, decidió partir al campo de operaciones y se dirigió a Concepción llevando cuantos soldados pudo, armas, municiones y una compañía formada por portugueses, italianos, franceses y holandeses, bajo el mando de Reinaldo Bretón, que se decía oficial del ejército francés.

En Valdivia el gobernador de la plaza, el ingeniero y teniente coronel, Juan Garland, contenía a duras penas a las tribus comarcanas. El cacique Cacitura se dirigió contra Arauco en enero de 1770. Balmaceda destacó dos columnas contra los mapuches, a las órdenes del irlandés Ambrosio O'Higgins y del capitán Diego Freire Andrade.

O'Higgins quedó cercado en Antuco el 18 de enero, y solo con grandes dificultades logró levantar el cerco.

Otra expedición, al mando del teniente coronel Antonio Narciso de Santa María, partió en socorro de Arauco. Venció en violento combate a los mapuches y así pudo salvar la dura presión que se ejercía sobre la plaza de Arauco.

La necesidad de atender la recolección de cosechas puso suspensión a las hostilidades. En estas circunstancias, una orden del Virrey relevaba del cargo de gobernador interino a Balmaceda, junto con la llegada de un refuerzo de milicias venidas de España.

El Virrey designó gobernador interino al capitán general Francisco Javier Morales Castejón.

11. GOBIERNO INTERINO DE FRANCISCO JAVIER MORALES CASTEJÓN (1770-1773)

Morales venía desde España con un ejército de 600 hombres de infantería, una compañía de artilleros y 30 veteranos de caballería. Estas fuerzas venían a las órdenes de Baltasar de Semanat, quien acompañaba a Morales y fue designado para reemplazar a Cabrito, que debía ser separado del ejército

y sometido a juicio de residencia. En virtud de esta orden, el ex maestro de campo salió desterrado a Quillota y, al cabo de un largo proceso, resultó absuelto.

Las fuerzas que traía Semanat habían sido enviadas por el conde de Aranda para reforzar el ejército de Chile.

Morales, el 3 de marzo, juró el cargo de gobernador interino ante el Cabildo. Pensó, en el primer instante, iniciar una campaña de persecución y escarmiento, pero licenció a las tropas milicianas para que pudieran volver a trabajar en sus labores, sin pérdida para la Colonia. Se consagró, en cambio, a aumentar el ejército de línea, que se vio fortalecido por una unidad de 600 soldados portugueses; pero luego sufrió los primeros sinsabores, pues los portugueses se rebelaron solicitando su sueldo. Después de conferenciar con ellos y hacerles un adelanto a cuenta de los sueldos adeudados, de un 20%, se decidieron a actuar.

Pero toda esta preparación fue momentáneo entusiasmo, pues no tenían elementos ni los podían esperar de España, pues la idea de Carlos III era no continuar, sino dejar el asunto al tiempo.

Además, pehuenches, huilliches y mapuches formaban un solo frente. A esta consideración se unió o agregó un revés parcial de los españoles. En septiembre de 1770 los toquis Curiñancu y Taipilafquén, con 800 hombres, atacaron el fuerte de Colcura. Morales logró salvar el fuerte mediante un refuerzo que envió con el teniente coronel Antonio Bocardo; O'Higgins con 800 hombres les cerraba el paso de regreso; Santa María les cerraba el camino de la costa y, en la cuesta de Marihueñu, se fortificó el teniente de caballería Rafael Izquierdo.

La inexperiencia, en la guerra de Arauco, de Izquierdo, recién llegado de España, produjo el desastre. Su ubicación era solo de presencia defensiva, pero, viendo a los indios sin armas de fuego, los despreció y con sus 200 hombres cargó contra ellos. El encuentro fue terrible y el mismo Izquierdo quedó en el campo de batalla. Los pocos sanos y heridos encontraron su salvación en la fuga.

Con esta experiencia, Morales buscó la paz a toda costa. En vez de castigo, entró en trato con ellos y decidió celebrar un nuevo Parlamento en Negrete, en febrero de 1771.

Los indios concurrieron con 1.083 hombres, de los cuales 164 eran caciques y 40, capitanes.

El Parlamento se celebró el 25 de febrero de 1771 con aparatos y ceremonias no vistas en eventos anteriores. Concurrieron el capitán general y gobernador interino, Francisco José Morales, el ilustrísimo obispo de Concepción, fray Pedro Ángel Espiñeira, el Dr. José Clemente Traslaviña, oidor y auditor general de Guerra, el teniente coronel Baltasar Semanat, comandante de la Frontera, y otros 28 personajes de carácter y distinción.

Como no pudieron asistir todos los caciques, se acordó hacer reuniones especiales en Nacimiento, Repocura y Maquehua; con 24, 230 y más de 200 caciques respectivamente para, con ellos, ratificar lo acordado.

La realización de Parlamento de Negrete significó un gasto de dinero de \$ 8.228 y de 5 a 6 mil vacas que se tomaron de los campos vecinos para las fiestas, comilonas y regalos. Con el objeto de dar mayor realce y resonancia al Parlamento, Morales propuso que viajara a Santiago un número de caciques y mocetones.

El 28 de enero de 1772 partieron, de la reducción de San Cristóbal, 42 caciques, 14 capitanes y 180 mocetones. Entre las personas más destacadas, iba el cacique Levián, jefe de los pehuenches. El 11 de febrero, después de 15 días de marcha, llegó la comitiva a Santiago. Se hospedaron en la Chacra de la Ollería, que había sido de los jesuitas.

La presencia de estos mapuches en Santiago dio lugar a una gran farsa por lado y lado. El gobernador los recibió en la casa de gobierno, preguntando a qué habían venido. Respuesta: "a rendir homenaje al Rey, en la persona del gobernador, y ratificar lo acordado en Negrete".

Dijeron, además, que la efervescencia notada al sur del Biobío, era la resultante de dificultades entre tribus y no con los españoles.

Regresaron a sus tierras. Los malones continuaron como siempre. El maestre de campo Semanat comunicó la pena de muerte a quien sorprendiera robando en tierra española, pero sus amenazas no tuvieron significación alguna. Los mapuches siguieron siendo dueños y señores de la Araucanía.

Morales gobernó como interino desde el 3 de marzo de 1770 al 6 de marzo de 1773.

Carlos III nombró gobernador por Real Cédula de 25 de julio de 1772 a Agustín de Jáuregui, quien recibió su cargo de manos de Morales y juró en el Cabildo del 6 de marzo de 1773.

12. GOBIERNO DE AGUSTÍN DE JÁUREGUI (1773-1780)

En relación con el problema indígena, hasta mediados del siglo XVIII se habían enfrentado dos tendencias. Una, la de los militares y población civil partidaria de terminar con el problema indígena por la absorción y el mestizaje a cualquier precio.

La otra, una teoría eclesiástica de algunos obispos y religiosos, principalmente jesuitas, llamada posición mística, que creía posible llegar a la conversión de los araucanos y civilizarlos en un proceso lento, con la ayuda de Dios. A estas teorías se suma una tercera, que está inspirada en la filosofía de la igualdad humana y en los poderosos efectos de la enseñanza.

Jáuregui se recibe de la Gobernación con alarmantes noticias sobre la agitación indígena. A pesar de ello, nunca pensó en fortalecer las defensas del Biobío ni en llevar a la guerra a Arauco. El motivo de la agitación, dice, es consecuencia de malos tratos y de la postergación de un nuevo Parlamento.

Estos pensamientos lo llevaron a ensayar un nuevo expediente. Cada butalmapu designaría un embajador con residencia permanente en Santiago. La Caja Real correría con sus gastos de traslado, alimentación, vestido y hospedaje, inclusive el de sus parientes o familiares.

La idea de Jáuregui fue aceptada y aplaudida por el virrey Amat e incluso por Carlos III.

“Los últimos Parlamentos no habían modificado el modo de ser de los araucanos; seguían siendo ladrones de animales, turbulentos y enemigos de los españoles y de la vida civilizada... Jáuregui se convenció de que el reino carecía por el momento de elementos bélicos para avanzar por las armas la obra del sometimiento de Arauco y que era necesario continuar con el medio conciliador de los Parlamentos. Pero en su deseo de innovar al respecto, ideó

el estrafalario proyecto de obligar a los indios que constituyeran en Santiago representantes a firme ampliamente facultados por los cuatro butalmapus⁴⁴

En marzo de 1774 partió a Santiago un grupo de araucanos escoltados por tropas de línea.

Los caciques que se prestaron para desempeñar este papel fueron: Pascual Hueñuman, por la representación de la zona costera; Francisco Marilevu, por la zona de los llanos; Juan Francisco Carilevu por la falda o vertiente de la cordillera y Santiago Pichunmanque por los pehuenches. Llegaron a Santiago el 2 de abril y se hospedaron en la "Hospedería de San Pablo".

El gobernador los recibió en el patio de gobierno en Santiago y allí, con ellos y todas las autoridades, en solemne presentación, tuvo lugar un Parlamento. El presidente gobernador reprochó a los indios su conducta pasada y les señaló las ventajas del nuevo sistema de relaciones adoptado por él. Pidieron excusas por sus faltas, juraron ser leales al Rey y, en prueba a ello, "se hincaron ante el retrato del Rey"⁴⁵.

Jáuregui les colgó, a cada uno de ellos, una medalla con la efigie real. Uno de ellos manifestó que le habría agradado más el regalo de un caballo.

Los caciques visitaban la ciudad y eran recibidos en casas particulares, donde se les atendía y lo que más solían agradecer era el poder beber un gran vaso de vino.

La gente se burlaba de ellos y los niños los seguían en las calles y plazas con todas las picardías propias de su edad.

En reunión en palacio se confirmó todo lo establecido en reuniones anteriores, con mutuas promesas que no se cumplieron y, así, al sur del Biobío seguían los malones y robos.

Se les pidió a los caciques que dictaran cartas, que serían llevadas en su nombre al Sur, pidiendo la supresión de robos y malones, pero fue lo mismo que nada.

44 Tomás Guevara. *Op. cit.*

45 Carta de Agustín Jáuregui al ministro de Indias.

Como la movilización mapuche continuara y se agravara, Jáuregui decidió partir a Concepción en la primavera de 1774. Lo acompañaban los caciques embajadores y se enviaron delegados a las distintas comarcas y reducciones araucanas, citando a sus representantes a una reunión general para un nuevo Parlamento, en Tapihue, en las proximidades de Yumbel.

El 21 de diciembre se reunían en el lugar, en general las mismas autoridades de los Parlamentos anteriores, pero aparecen ya en esta reunión el auditor de guerra Dr. Francisco López, el coronel Semanat, el teniente coronel Ambrosio O'Higgins y los padres franciscanos, encargados ahora de las misiones en lugar de los jesuitas que habían sido expulsados de Chile. Por parte de los araucanos asistían: 41 capitanes, 26 tenientes de amigos, 261 caciques, 39 capitanejos y 1.736 mocetones, todos en representación de 77 reducciones.

Se renovaron las cláusulas del último Parlamento y se agregaron otras, como la permanencia a firme de embajadores indígenas en Santiago, la prohibición absoluta a los malones y de las luchas entre las tribus y el compromiso de los caciques de hacer entrar a sus hijos en un colegio que se fundaría al efecto en Santiago.

Después de visitar las plazas de la frontera, Jáuregui, en 1775, volvió a Santiago con el firme propósito de dar vida al pensamiento de reabrir el colegio de naturales que antes había funcionado bajo el amparo de la Compañía de Jesús.

En 1700, en el gobierno de Marín de Poveda, se había fundado en Chillán un colegio para iniciar en la religión y civilizar a los niños araucanos. La regencia de este colegio se había entregado a los jesuitas.

Algún fruto se obtuvo en aquellos que, después de permanecer en el colegio, siguieron viviendo entre los españoles; pero los que volvían a las reducciones, muy pronto volvían a sus ancestrales costumbres.

Funcionó con el patrocinio real el colegio en Santiago, desde 1775 hasta 1786 en que se trasladó a Chillán. Era frecuente que alumnos se arrancaran del colegio para volver a su vida natural de la ruca, desesperados acaso por el régimen del internado y por el cansancio de estudios tan estériles e inútiles para ellos como el latín.

Este colegio, bajo la dirección de los padres franciscanos en Chillán, terminó por no producir los efectos esperados y se extinguió, ya en el siglo

XIX, pues en él cursó, según muchas probabilidades, parte de su primera educación Bernardo O'Higgins.

Es útil dejar constancia que, en todo caso, aquellos araucanos que pasaron por el colegio de naturales, ya sea de Santiago como de Chillán, fueron los que en gran parte dirigieron como jefes y capitanearon las huestes a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX y en la guerra a muerte entre los años 1825-1835.

Baltasar Semanat partió al Perú agriado y disgustado con Jáuregui, que confió la dirección del ejército de la frontera a Ambrosio O'Higgins, que se había revelado como un eficiente y hábil militar.

En su trato con los araucanos Jáuregui utilizó una forma nueva. La primera fue no arriesgarse en operaciones dudosas. En cambio, usó dos medios positivos: uno, fortalecer la línea de fuertes y producir una notable mejoría en el trato y la preparación de los cuerpos del ejército y un segundo, muy útil para su punto de vista y objetivo, consistió en provocar dificultades entre miembros de las tribus, que guerreaban entre sí, se debilitaban y él no tomaba parte sino en sembrar más y más discordia entre ellos.

Aumentó el ejército, que llegó a contar con 15.856 hombres. Esta organización hizo incluso que se interesaran por el ejército los miembros de la aristocracia criolla, y vecinos notables solicitaran para sus hijos menores el título honorario de cadetes.

Formuló un sistema de sueldos para el ejército, que el rey Carlos III aprobó por cédula de 4 de enero de 1778.

Se incorporó el sistema de remunerar a varios caciques para que impidieran revueltas de las tribus y dieran aviso de ellas a los comandantes de plaza. Este gasto que subsistió hasta la total pacificación de la Araucanía chilena, no significaba otra cosa que pagar la adhesión de algunos jefes indígenas de influencia. En el fondo, eran el espionaje y la traición remunerados.

En 1780, Jáuregui fue ascendido al cargo de Virrey del Perú.

13. GOBIERNO INTERINO DE TOMÁS ÁLVAREZ DE ACEVEDO (1780-1780)

La Audiencia de Santiago tomó conocimiento del nombramiento como virrey del Perú de Agustín de Jáuregui, el 6 de julio de 1780 y el mismo día tomó juramento ante el Tribunal al regente de este, Tomás Álvarez de Acevedo, como gobernador interino.

Se deja constancia, por muchos documentos de la época, de haber sido este funcionario: “inteligente, recto, enérgico, sensato, sumamente laborioso, llamó la atención de la corte por sus relevantes cualidades”.

Cinco meses duró su interinato y, no obstante lo transitorio de su mando, desplegó iniciativas que siempre se recordarán en el acontecer colonial; si bien, en materia del tema que nos preocupa, todo descansó en lo que continuó realizando Ambrosio O’Higgins.

14. GOBIERNO DE AMBROSIO DE BENAVIDES MEDINA LIÑAN Y TORRE (1780-1787)

Nacido en Granada (España) en 1718, había hecho una carrera militar sin mayor brillo, si bien logró mostrar cierta habilidad administrativa que lo llevó al cargo de gobernador de Puerto Rico y presidente de la Audiencia de Charcas. Pero, aunque llega a Chile a ocupar el más alto cargo colonial con 62 años, al designársele gobernador era un hombre inválido y en un estado deplorable de salud.

Se podría afirmar, con Encina, que su período fue la acefalía de gobierno y si el país caminó fue gracias al prestigio, organización y capacidad de sus antecesores y al asesoramiento de funcionarios de verdadero valer. Entre ellos hay que destacar al regente y antecesor interino Tomás Álvarez de Acevedo, al asesor Alonso de Guzmán, al joven secretario de la gobernación Judas Tadeo Reyes y por sobre todos, desde luego en relación con nuestro tema, el maestro de campo Ambrosio O’Higgins.

El gobernador entregó la administración a los funcionarios que le acompañaban. Este hecho, si bien se piensa, tiene una relevancia especial, está mostrando que Chile se había conformado en un Estado animado por una tradición que lo hacía capaz de proseguir por impulso propio su vida normal.

Pero un hombre en las condiciones de Benavides va a tener que resolver problemas coloniales de trascendencia; él tendrá que enfrentar el llamado “Complot de los tres Antonios”, un hecho que siempre ocupará una página de la historia de Chile en el acontecer precursor de su Independencia.

En su administración se pone en práctica la nueva ordenanza que divide el Virreinato en Intendencias, de las cuales dos se crean en Chile: la Intendencia de Santiago, desde el Maule al norte, cuyo cargo quedó confiado al capitán general de Chile, Brigadier Ambrosio Benavides, que nombró como su asesor a Alonso Guzmán y Peralta, y la Intendencia de Concepción, que se extendía desde el Maule al Cautín y cuya capital sería Concepción, cuyo primer intendente fue Ambrosio O’Higgins, que nombró como asesor de la Intendencia a Juan Martínez de Rozas.

La salud de Benavides iba de mal en peor y no sorprendió la noticia de su fallecimiento, el 27 de abril de 1787.

En realidad no había gobernado, pero había tenido la cordura de entregar el gobierno a las hábiles manos ya consignadas.

15. SEGUNDO INTERINATO DE TOMÁS ÁLVAREZ DE ACEVEDO (1787-1788)

Conocido el fallecimiento de Benavides, a la Real Audiencia y autoridades no les mereció reparo designar como gobernador interino e intendente de Santiago al asesor de Benavides, y que ya había desempeñado con acierto el cargo como interino.

A Álvarez de Acevedo le tocó, en su interinato, hacer frente al hecho, de resonancia histórica nacional, que le ocurrió en su visita pastoral al obispo de Concepción, don Francisco de Borja José de Maran, en el año 1787.

Deseando visitar la parte austral de su diócesis, se propuso llegar por tierra a Valdivia para seguir después a Chiloé.

O'Higgins y el gobernador interino Tomás Álvarez de Acevedo no le opusieron objeción y le ofrecieron toda clase de facilidades para llevar a cabo su propósito. Agregaron a su comitiva de varios sacerdotes, algunos oficiales, capitanes de amigos, lenguaraces y al teniente coronel de Artillería Juan Zapatero.

El 28 de octubre el ilustre prelado inició su marcha; en una recua de mulas llevaba su equipaje y los regalos que, por el camino, iría haciendo a los indios, especialmente a aquellos en cuyas rucas se albergara. El viaje no era contra el tiempo; quería conocer y convivir con los habitantes de su jurisdicción. Pasando al Biobío, se detuvo en San Pedro, en Colcura, en Arauco.

Según las instrucciones que O'Higgins impartió, cada cacique recibiría al obispo en su reducción y lo acompañaría hasta la reducción próxima, donde debería dejarlo confiado al cacique, quien escoltándolo con sus mocetones haría lo mismo y, así sucesivamente, de ida y regreso estaba asegurado el éxito y la realización del viaje. Así se hizo, en forma cuidadosa y respetuosa, hasta llegar a Tirúa.

El obispo, pagado por las atenciones y por el afecto y docilidad que le mostraban, se preocupaba él mismo de adoctrinar y hacer personalmente algunos regalos. Aquí en Tirúa lo recibió el cacique Huentemu, con una brillante presentación de sus cofias y toques de clarines y el mismo cacique hizo entrega del obispo y de su comitiva a un hermano suyo que los encaminó para entregarlos al cacique Juan de Imperial.

Un mes llevaban de recorrido cuando se detuvieron, el 28 de noviembre, en el paso de Los Pinares. Vieron, no sin preocupación, que comenzaba a desfilar en torno a la comitiva un escuadrón de caballería indígena.

El primer pensamiento fue de impresión favorable: serían gente del cacique Juan que lo recibían.

Empero, de súbito este escuadrón carga contra el grupo al grito fatídico de "Malón-Malón". Uno de los caciques amigos de la escolta grita: "Revolvámonos, señores, somos perdidos si no logramos salvarnos con la Fuga". El obispo Maran piensa que está perdida su vida y así se lo manifiesta al clérigo Núñez: "Padre, nos matan", a lo que este responde: "No, señor de

mi corazón, todavía tenemos vida. Revuelva US. la mula y vámonos corriendo para atrás, que espero en Dios y en María Santísima nos han de libertar de este paso". Huyeron perseguidos por los indios y, debido a que a muchos les interesó más saquear las cargas, se libraron algunos de caer prisioneros.

Los asaltantes habían sido indios de Boroa, Repocura y Alto Imperial, bajo el mando del cacique Analicán (Cuero de piedra).

El asalto tenía por objetivo el robo de las cargas o equipaje y como pretexto, el no haberseles pedido permiso para penetrar a sus tierras.

Murieron dos dragones que intentaron resistir, mientras el obispo trataba de llegar al distrito de Imperial. Revolviendo por estos lugares, huyendo de unos y otros, el 2 de diciembre se encontraba en el lugar que aún hoy se denomina Yupehue, al norponiente de Carahue.

El prelado, que envió un emisario para saber por el cacique Curamilla (Piedra de oro) si podría seguir al norte y volver así a Concepción, recibió una respuesta desconcertante y de sorpresa. Las tribus del norte, que él representaba, jugarían con los del sur, que representaba el cacique Neculqual (Travesía ligera), un partido de chueca en el que se resolvería su suerte.

Por suerte para el obispo la victoria favoreció a las tribus de Curamilla, que quería ayudar al obispo y este pudo interrumpir su visita y volver a Concepción. El 9 de diciembre en la tarde, era recibido por autoridades y pueblo, salvado de peligro tan inminente de morir. En todo el país causó sensación este hecho. O'Higgins corrió a ponerse al frente del ejército, pensando en un principio de rebelión, que era preciso detener en sus inicios. Para él fue una tranquilidad el saber que todo lo perdido por el obispo, su equipaje y en él todos los elementos del culto, habían sido retenidos por los bárbaros para sus usos domésticos. Los agentes enviados por O'Higgins lograron rescatar algunas cosas como el pectoral, vinajeras, patena y cáliz.

Los indios ocultaron los ornamentos y los usaron en sus borracheras como disfraces y como adornos en sus cabalgaduras⁴⁶. Hubo quienes hicieron cargo a O'Higgins por su participación tan poco de castigo. Así lo hizo conscientemente: más valía pensar en un percance desgraciado, en el que

46 Notables descripciones de este hecho han dejado tanto Carvallo Goyeneche como José Pérez García.

se tenía parte de culpa por falta de previsión y exceso de confianza, lo que convenía tener en cuenta, que castigar y a lo mejor provocar una rebelión que, en general, se vio no era la intención de los aborígenes.

Los comerciantes, amantes de una gran seguridad en su actividad, dejaron por un buen tiempo de hacer sus entradas comerciales a tierras indígenas con consecuencias para ambas partes.

Cuando Ambrosio O'Higgins está en estos trámites de tranquilizar los ánimos, vino a favorecer la pacificación la noticia de su designación como gobernador y capitán general de Chile, nombramiento que se había ganado con creces, dadas sus cualidades personales, su inteligencia superior, su honradez y servicio a la corona.

16. GOBIERNO DE AMBROSIO O'HIGGINS (1788-1796)

Ambrosio recibió el decreto que lo designaba gobernador y capitán general mientras se desempeñaba como intendente de Concepción, cargo que asumió en Concepción reemplazando al interino Tomás Álvarez de Acevedo. Luego de ciertas disposiciones administrativas se va a dirigir a Santiago, dejando en la Frontera, a cargo del ejército, al coronel Pedro Quijada.

Dio las instrucciones que estimó pertinentes para el trato con los indígenas, las mismas que él siguió: agasajar a los indios y siempre estar atentos a medidas preventivas que aseguraran la tranquilidad de las tribus.

La mayor preocupación de las tropas españolas está vinculada ahora al cuidado de los pasos cordilleranos, desde donde, con alguna frecuencia, pasaban a Chile, a la región de la Laja y Los Ángeles, tribus cordilleranas y de la pampa. En el momento que esto sucede y Quijada asume el cargo del ejército, ha adquirido fama en las pampas, como jefe de mucho coraje, el cacique Llanquitor, que va a terminar sus días en 1790. Para este fin usó la misma táctica que él empleó años antes: hacer que grupos de indígenas pelearan entre sí, y él apoyar al grupo que le interesaba ver vencedor.

Llanquitor, en 1784, había venido a la misma ciudad de Los Ángeles, a tomar contacto y tratar de obtener la protección de Ambrosio O'Higgins;

mas pronto empezó a atacar y desconocer la autoridad española en Chile. Ambrosio no se lanzó en busca de un enfrentamiento directo, sino que empezó por indisponerlo con los indios pehuenches, a los que ayudó con veinte dragones y algunos milicianos, puestos a las órdenes del sargento Francisco Vivanco, para actuar de acuerdo con los pehuenches. Estos, en 1787, realizan una campaña en busca y ataque de Llanquítur y, tras una campaña difícil en los valles y serranías cordilleranos, consiguen dispersar a los enemigos y detener a este cacique.

Los pehuenches, sin embargo, capitaneados por el cacique Curilipe (Pluma negra) siguen maniobrando contra Llanquítur.

En el verano siguiente, 1789, persiguiéndolo llegaron hasta las cordilleras de Villarrica y en un ataque, de una operación rápida y feliz, las lanzas pehuenches dieron muerte a muchos enemigos y entre ellos al mismo Llanquítur. Con lo que todo el territorio va a recobrar su calma. El 10 de enero de 1790, Curilipe se presentó, en Los Ángeles, al comandante de la Frontera, coronel Pedro Quijada, con la cabeza de su adversario. Había decaído el espíritu, pero no del todo y así lo pensaba el gobernador, que deseaba celebrar un Parlamento con los caciques, lo que solo va a ser posible en los primeros meses de 1793.

Dejamos a Ambrosio O'Higgins en su viaje a Santiago. Seguramente se detuvo en Talca, en casa de su amigo Juan Albano Pereira, en donde vivía su hijo Bernardo, que debía tener a la fecha unos 10 años de edad. Según todos los antecedentes, esta habría sido la única vez que Bernardo tuvo la oportunidad de conocer a su padre, saludarlo y a lo mejor cambiar con él algunas palabras.

Ambrosio siguió su viaje a Santiago y allí, el 28 de mayo, juró ante la Real Audiencia el cargo de presidente de ese tribunal.

El Parlamento que deseaba Ambrosio se verificó en Negrete el 4 de marzo de 1793. Es explicable que el obispo de Concepción, monseñor Maran, dada su experiencia, excusara su inasistencia y se hiciera representar por el deán de la Catedral de Concepción, José Tomás de Roa y Alarcón. Llegó también, acompañando al gobernador, el intendente de Concepción, brigadier Francisco de la Matta Linares, además, oficiales efectivos y 1.500 soldados de línea.

Se presentaron 171 caciques y 2.380 mocetones. La ceremonia duró 3 días. Inició la ceremonia el gobernador y nos guardan, como sus primeras palabras de este acto tan importante, el siguiente saludo: "Caciques, mis antiguos amigos, estoy lleno de gozo por la satisfacción que hoy tengo en veros en mi presencia, sobre este campo hermoso de Negrete, como os vi otra vez en el de Lonquilmo"⁴⁷.

Fueron aceptados los artículos de la convención que podríamos resumir en:

- A) El tránsito de los españoles por los 4 butalmapus no necesitaría de licencia;
- B) Paz entre pehuenches y huilliches;
- C) El perdón de los españoles a las tribus;
- D) Entrega de los reos españoles prófugos del presidio de Valdivia.

Se reanuda el comercio entre españoles y mapuches, sin más restricción ni formalidad que las que dictará un Reglamento del presidente-gobernador.

El gobernador tenía el convencimiento que el trato directo, por el comercio, entre españoles y aborígenes, sin que desmerezcan otros medios, sería un aporte muy eficaz en el proceso de civilización. Además creía que, fomentando las querellas entre ellos, con campañas de exterminio y aguardiente, desaparecería poco a poco lo rebelde que fuera quedando.

Terminado el Parlamento, el gobernador inició la inspección de los fuertes comenzando por el de Los Ángeles. Luego, por la orilla sur del Biobío, estuvo en Santa Juana y de allí llegó a Arauco, desde donde volvió a Concepción pasando por Colcura y San Pedro.

De Concepción se embarcó a Talcahuano, con el ánimo de seguir a Juan Fernández, donde no pudo desembarcar por efectos de una fuerte tempestad, que hizo prudente navegar hasta Valparaíso y de allí seguir por tierra a Santiago.

47 José Pérez García. *Op. cit.*, Tomo II, pág. 427

El gobernador O'Higgins tiene un lugar muy destacado en la administración de Chile. Visita personalmente toda la Gobernación, desde Copiapó hasta Chiloé y Castro, sin dejar lugar, por insignificante o importante que fuera, sin su visita. Vale la pena recordar que en su regreso, al sur del río Bueno se encontró con el sitio de la destruida ciudad de Osorno, lugar que estimó como bueno y apropiado para una ciudad y, recorriendo las ruinas, entre los escombros de la Iglesia encontró una lápida que decía: "Gregorio decimotercio, Summo Pontífice, Philippo Secundo, Indiarum Rege Católico. + + + Frater. Antonius de San Miguel, primus episcopus Imperialis, hanc benedéxit Ecclesiam Divo Mateo Apostólo anno Domini 1577, vigesimacuarta die mensis novembris".

Determinó, sobre estos cimientos y con el mismo nombre, refundar la ciudad con las familias que llevó y las que llegaron a Chiloé. Publicó por bando, el 13 de enero de 1796, el auto de repoblación, señalando sus antiguos límites de mar a cordillera. Este viaje por el sur del país lo hacía acompañado del obispo de Concepción, que acababa de ser consagrado en reemplazo de Maran, el doctor Tomás de Roa.

Ambrosio O'Higgins dio otro paso importante en la vida y organización chilenas: mediante una resolución dictada por él y más tarde confirmada por el Rey, abolió definitivamente el régimen de las encomiendas en todo tipo de trabajo, que había afectado principalmente al sistema campesino, dando paso al inquilinaje que representó un especial progreso. El trabajo campesino empezó a ser pagado, aunque el hombre del campo quedara adherido a la propiedad agrícola en la que vivía. Durante mucho tiempo de la vida republicana y aun hasta fines del siglo pasado, se encuentran escrituras de venta de propiedades en las que consta que se traspasa la propiedad con tantos inquilinos que pasan a depender y a ser como propiedad del adquirente de la tierra.

La supresión del sistema de trabajo de la encomienda hay que tenerla presente para ubicarla, también, entre las causas que poco a poco determinarán el proceso de pacificación del espíritu mapuche y serán un elemento importante en su civilización.

Ambrosio O'Higgins, marqués de Osorno, barón de Vallenar, natural de Irlanda, fue el primer extranjero que llegó a ocupar tan altos cargos en Chile y en América al servicio de la Monarquía.

Al regresar de su viaje del sur y ser recibido en Santiago, conoció un nuevo paso de su brillante carrera: había sido elevado al cargo de Virrey del Perú.

A asumir tal cargo se puso en camino el 16 de mayo de 1796, recibíendose en Lima de esa responsabilidad, el 6 de junio. Ejercía el cargo de Virrey cuando falleció en Lima, en el año 1801.

17. GOBIERNO INTERINO DE JOSÉ DE REZABAL Y UGARTE (1796-1796)

Al ausentarse Ambrosio O'Higgins de Chile para asumir su cargo de Virrey del Perú, asumió el gobierno, de acuerdo a las disposiciones vigentes, el regente de la Real Audiencia José de Rezabal y Ugarte, autoridad que desempeñó por un corto período de cuatro meses, hasta que la asume en propiedad el nuevo gobernador, Marqués de Avilés.

Conociendo la brevedad natural de su período de gobierno no comprometió su acción a nada nuevo y especial. Continuó en su actividad jurídica, pues era un juriconsulto y erudito que escribió y publicó algunos de sus escritos.

O'Higgins había hecho construir los tajamares del Mapocho y una avenida a ambos lados. Se recuerda que Rezabal se preocupó, por ser su gobierno en la época precisa, de plantar álamos que dieron forma a la Alameda de los Tajamares.

La vida en la Frontera se desarrollaba en forma tranquila, sin interrupciones, bajo la autoridad de los jefes militares de la zona y del intendente de Concepción.

18. GOBIERNO DEL TENIENTE GENERAL GABRIEL DE AVILÉS Y DEL FIERRO (1796-1799)

Avilés no era un neófito en las cosas de Chile. Había estado aquí en 1768, cuando solo era capitán de caballería, bajo las órdenes del coronel don Baltasar de Semanat y en el gobierno de Jáuregui, cuando se inició el sistema

de caciques embajadores en Santiago. Cuando Jáuregui fue ascendido a Virrey del Perú, Avilés también le siguió y allí hizo todos sus éxitos y pasos en la carrera de las armas. En septiembre de 1795 recibía el grado de teniente general de los reales ejércitos y el 10 de noviembre del mismo año era nombrado para asumir la responsabilidad de gobierno de la Capitanía General de Chile.

En septiembre de 1796 se recibió del gobierno, que le traspasó quien lo desempeñaba interinamente, el regente Rezabal.

Su gobierno coincide con los años en que se están produciendo los conflictos de las guerras napoleónicas y conflictos con Gran Bretaña, guerra esta última que se inicia en 1797.

Estos hechos obligaron a Avilés a dedicar la mayor parte de su actividad a precaver la vida de la Colonia ante un posible ataque que se suponía haría la escuadra inglesa a los puertos del Pacífico.

Confió la defensa del Reino, en la zona de Arauco, el ejército de la Frontera y él se especializó en preparar la defensa en Valdivia, Valparaíso y La Serena.

Felizmente, todo lo pensado como posible guerra de Inglaterra y España no tuvo desarrollo, sino más bien luego serán aliados para luchar contra Napoleón.

El gobierno de Avilés fue una continuación del impulso que a la administración le había dado O'Higgins. Prosiguió la obra de los tajamares del Mapocho y, con el concurso de su secretario Miguel de Lastarria y de su asesor Juan Martínez de Rozas, continuó con tacto, firmeza y tenacidad la lucha por mejorar la administración colonial.

En el campo de Arauco la vida fue pacífica, sin mayores contratiempos, lo que era muy importante, más que un período de guerra y victorias, pues estas últimas enconan y hacen más rebelde el espíritu. En cambio, meses y años sin perturbación hacen crecer la armonía y, poco a poco, se mina la resistencia del bárbaro que más bien se somete y civiliza con el contacto que con la fuerza. Esta, además, será la relación de Arauco con España hasta 1810; sin mayor novedad, como lo veremos al mencionar el resto de la administración colonial.

19. GOBIERNO DEL MARISCAL JOAQUÍN DEL PINO (1799-1801)

Dos años en que la administración queda detenida a la iniciativa local, mientras gobernador y Cabildo de Santiago están ocupados en gastos que significan transformar socialmente a Santiago y, en forma especial, otorgar brillo y gracia a la Casa de Gobierno y residencia del gobernador.

En marzo de 1801 Joaquín del Pino recibió la comunicación que lo nombraba Virrey de Buenos Aires. Partió a tomar su nuevo puesto y así lo comunicó la Real Audiencia. Dejó Chile el 4 de abril de 1801.

20. GOBIERNO INTERINO DE JOSÉ DE SANTIAGO CONCHA (1801-1801)

GOBIERNO INTERINO DE FRANCISCO TADEO DIEZ DE MEDINA (1801-1802)

GOBIERNO DEL TENIENTE GENERAL DE LA ARMADA ESPAÑOLA LUIS MUÑOZ DE GUZMÁN (1802-1808)

Muñoz de Guzmán ocupó la Presidencia de Quito, desde 1791 hasta 1796. Renunció a ella y se instaló en Lima. Nombrado gobernador de Chile, se embarcó en el Callao, en diciembre de 1801, con rumbo a Valparaíso y asumió su cargo el 11 de febrero de 1802.

Su gobierno está especialmente marcado porque logró, con su genio y su gracia humana, romper las diferencias entre españoles y criollos, a quienes unió en su convivencia social en forma admirable, con la especialísima participación de su esposa, Luisa Esterripa.

Realizó un gobierno de gran progreso colonial. Continuó los principales trabajos que habían iniciado gobernadores anteriores, como el canal del Maipo, mejoró las comunicaciones viales entre Santiago y Mendoza e introdujo en Chile la vacuna, dando con ello un gran paso para la atención de la población chilena.

Siendo gobernador, llegó la Cédula Real de 1806, en la que quedará establecido que, cuando un gobernador muere en el desempeño de su cargo, se entenderá como gobernador nombrado por el Rey en propiedad, al militar de más alto grado que se encuentre en el país.

Le tocó la desgracia de ser no solo el que recibiera las instrucciones para el reemplazo, sino que a su muerte se pusieran en práctica.

Luis Muñoz de Guzmán fallece repentinamente, de la noche a la mañana. Así fue como, en la mañana del 11 de febrero de 1808, circuló rápidamente la triste noticia: “el gobernador ha muerto”.

Fue sin duda una gran pérdida y muy lamentable para España. Todos los que han opinado sobre este suceso son unánimes en pensar que difícilmente se hubiera desarrollado en su gobierno, debido a la armonía social que habían logrado crear en su alrededor tanto el gobernador como su esposa, el ambiente de disgusto y protesta que su sucesor logrará en tan poco tiempo, por su absoluta falta de tino, sentido de responsabilidad y comprensión de los hechos que ocurrieron.

No podemos olvidar que 1808 es el año en que Napoleón, a través de su hermano José, se apodera de España, toma preso al ex Rey Carlos IV, a quien hace renunciar al trono, entregándolo a Fernando VII y este abdica en favor de su amigo el emperador de los franceses, Napoleón Bonaparte.

Napoleón introduciría como Rey a su hermano José.

Son estos acontecimientos europeos los que abrieron la senda por donde comenzó a caminar todo un proceso improvisado, que llevará a la América española a su Independencia.

21. GOBIERNO DE FRANCISCO ANTONIO GARCÍA CARRASCO (1808-1810)

Conoció la Real Audiencia la triste e inesperada noticia del fallecimiento del Gobernador don Luis Muñoz de Guzmán y, reunida en las primeras horas del 11 de febrero, acordó que tomara el mando del reino el regente del

tribunal, Juan Rodríguez Ballesteros, quien juró desempeñar el puesto en la misma tarde de ese día.

La Real Audiencia había atropellado la Real Orden de 1806 a que hemos hecho referencia y que, en la materia, establece: “en todos los virreinos y gobiernos de Indias en que haya audiencia, recaiga el mando político, militar y presidencia, en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del propietario, en el oficial de mayor graduación que no baje de coronel efectivo del ejército, no habiendo nombrado S.M. por pliego de providencia”, y que “en los casos de no haber dicho oficial de dicha clase o mayor, recaiga en el oidor decano y no en el acuerdo”.

La designación hecha en la persona de Rodríguez Ballesteros había desoído formalmente la Real Cédula.

Se justificaba esa actuación dando una interpretación antojadiza que buscara una satisfacción a lo obrado. Quisieron suponer que la cédula exigía que ese militar debía residir en la ciudad asiento de gobierno, y los brigadieres y coroneles que había en Chile residían en Concepción. Como se podrá suponer, la razón de esta residencia estaba en que las dotaciones militares de Chile debían ubicarse allí donde se las necesitaba y este campo de acción, para el ejército colonial, era la Araucanía, o bien, de tiempo en tiempo, la defensa de la costa, cuando crecía la acción de los corsarios o piratas.

Esto produce en nuestra historia una distorsión muy característica. Santiago formó una aristocracia civil y Concepción una aristocracia militar, que contrapusieron durante mucho tiempo a estas dos ciudades y sociedades como adversarias y rivales.

Conocida esta decisión, el brigadier García Carrasco reclamó su derecho y pidió se le reconociera como presidente interino de Chile, por un corto oficio datado en Concepción el 20 de febrero de 1808 y que se fundaba en la Cédula Real de 1806.

Para ratificar lo solicitado, a instancia de Juan Martínez de Rozas, se convocó a una junta a los militares de mayor graduación. Esta se realizó en Concepción el 4 de marzo y asistieron 21 jefes militares, quienes acordaron por unanimidad reconocerlo desde luego, por sí y a nombre de los cuerpos de veteranos y de milicias de su mando, como a tal gobernador, capitán general y presidente de la Real Audiencia hasta que S.M. resolviera lo que juzgare por conveniente.

No era posible desconocer el acuerdo de Concepción y así asumió el cargo, en Santiago, Francisco Antonio García Carrasco.

Como se comprenderá, su nombramiento partió con una dificultad seria con la Real Audiencia, que siempre estará pronta a encontrar malo lo que el gobernador disponga. La aristocracia santiaguina sin duda que prefería a cualquier persona que se vinculara más con su medio y, además, a este grupo le molestaba la influencia que ejercía sobre el gobernador y la vida de la Colonia el amigo de este, Juan Martínez de Rozas.

Por otra parte, como lo demostró, García no tenía aptitud alguna para la responsabilidad que asumió y, así, el descontento que en su torno fue formándose colmó la resistencia de la Colonia en su mayoría. Se le depuso del cargo en una reunión del Cabildo de Santiago, con la asistencia de todos los militares de mayor graduación, el 16 de julio de 1810, y se confió esa responsabilidad a Mateo de Toro Zambrano y Ureta, conde de la Conquista.

Con estos hechos hemos llegado a un momento en que es preciso detenerse para pensar en lo que estaba ocurriendo en la aparentemente tranquila Araucanía y conocer cómo concurren esta tierra y sus hombres en la gesta emancipadora.

CAPÍTULO CUARTO

El mapuche al término de la Colonia y
comienzos de la Independencia

1. SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN MAPUCHE AL TÉRMINO DEL SIGLO XVIII

En forma curiosa, pero explicable, casi todos los cronistas, principalmente los que vivieron el fin del siglo y aun el principio del XIX, como en los casos de José Pérez García, Felipe Gómez de Vidaurre y otros informes, hacen, después del gobierno de Ambrosio O'Higgins, un muy pequeño y a veces insulso comentario sobre lo que ocurre en la Araucanía.

Pareciera, aún más, que no ocurriera nada, que se hubiera establecido a través del sistema de Parlamentos, al fin, una forma de convivencia que dejó el tema de Arauco estático, reservándose al tiempo una solución como la que en definitiva va a conocer el período de 1861-1883.

Con respecto al número de indígenas del siglo XVIII hay algunos datos.

El gobernador Ibáñez de Peralta en carta al Rey, el 9 de julio de 1703, le dice: "Han crecido en tal número los indios con la ociosidad y la paz que no caben en los límites de sus tierras y se puede atribuir a especie de milagro el que se mantengan en quietud".

Si esta afirmación de Ibáñez de Peralta es válida al comienzo del siglo XVIII, es evidente que en el curso del siglo se produjo un descenso vertiginoso. Una de las causas, la principal, fue la sífilis, introducida en Chile por los españoles; otra causa la constituían las machis que señalaban como causa de enfermedades o de muerte de algunas personas, a niños de tierna edad, a los que castigaban, incluso con la muerte, los familiares del enfermo.

La muerte natural de un cacique costó la vida a 12 párvulos que las machis señalaron como responsables.

Los informes de los misioneros coinciden en señalar y estimar en 65% el número de niños que morían sin llegar a la edad adulta.

Hemos visto cómo O'Higgins alentó y usó, para obtener la paz con España, el provocar las guerras internas entre tribus y familiares.

Las estimaciones numéricas son muy variadas y casi todas basadas en una apreciación. Los misioneros y los funcionarios señalan que, a fines del siglo XVII, la población huilliche, al sur del Toltén y la mapuche, entre el Toltén y Biobío queda estimada en 130.000 almas.

En cambio, el censo de 1812 da a Chile una población superior a 900.000. (Copiapó a Castro.)

La apreciable reducción en número ha de comprenderse por muchas razones: enfermedades y pestes hicieron estragos en los indios en los siglos XVI, XVII y XVIII. Los muertos en combates, contados al menos por los cuerpos a que dan sepultura, o de los que reseñan los cronistas son, en cada encuentro, varios cientos.

Los prisioneros reducidos a esclavitud y llevados al norte del país e incluso al Perú encierran una gran incógnita, pero en todo caso han sido varios miles.

Es posible que, al término de la época de la Colonia, el total del pueblo mapuche, entre el Biobío y Toltén, fuera un poco superior a 100.000 personas. Si suponemos un número igual de hombres y mujeres, tendríamos 50.000 mujeres. Unos 20.000, entre niños y ancianos, dejarían una cantidad total de hombres, para formar los grupos de guerra, de 10.000 mocetones repartidos entre los 4 butalmapus. A estos hay que restar los que efectivamente se dieron en paz, sobre todo en los mapus costeros y la ausencia, en los mapus andinos, de los pehuenches, con sus continuas expediciones por la Pampa de sus numerosas tribus sobre el río Negro, principalmente en la comarca del Choele Choel.

Sin duda que esta es una razón valedera para atenernos a la paz en que viven.

Pero la condición de paz no es la de pueblo vencido, ni rendido, ni dominado. Ahí está en su tierra y a su modo y en su costumbre. Se va modificando lentamente por la influencia del comercio, de la guerra, de la religión, del trabajo del campo, de nuevos cultivos y de nuevas crianzas.

Es el hombre que, del estado salvaje primitivo, pasa al estado de barbarie para incorporarse lentamente a un submundo en que se inicia una civilización y luego pasará a sumirse en los grandes valores de la cultura. Esta etapa última es en la que vive la mayor parte de nuestro pueblo actual.

El comercio modifica sus hábitos de vestido, de alimentación, de herramientas de trabajo, de útiles caseros; además empieza a aportarles la idea del uso de un elemento común que sirve para valorar lo que compra y vende. El dinero irá en gran parte eliminando el trueque o el "conchayo".

La guerra le da el sentido de responsabilidad al organizarse en cuerpos con disciplina, y le hace reemplazar sus armas perecederas por otras de mayor duración. Cuando entra en batalla con sus flechas y picas de colihue; se terminan las flechas, se quiebran las lanzas o se pierden. ¿Cómo pelean? Van a incorporar organización y armas con puntas de hierro, tanto en sus flechas como en sus lanzas. Pero esta gente, en definitiva, gana o pierde la guerra o la batalla en el encuentro cuerpo a cuerpo. Primero, contra la cota y la cimera metálica española, presenta solo su cuerpo, en que la lanza o la espada entra y produce la herida mortal sin dificultad alguna. Su gran arma es el número, pero a su vez es su enemigo, porque, en definitiva, ¿cómo pelea un grupo de 8.000 ó 10.000 hombres contra ciento o doscientos?

Los rodea y se pone a su alcance, pero, ¿cuántos? Un pequeño grupo es el que actúa, el otro espera su turno.

Fue la técnica de Lautaro, pero a medida que ve cómo caen, cómo mueren, el indio prefiere retirarse y buscar otra oportunidad. Comprendió muy pronto que su éxito no estaba en la gran batalla campal; el éxito, el tiempo estaba en ganar, Y ganar, para él, no era tanto matar al español, era primeramente arrojarlo de su tierra y volver al desarrollo pacífico, puro y simple de su vida. Para el araucano, retirarse del campo de batalla ante una derrota inevitable no era deshonor ni cobardía, era lo prudente. Había que conservar la vida, para otra vez hacer frente en mejor condición al enemigo.

Atacar por sorpresa a un pequeño grupo, oculto entre la maraña del bosque, observar al enemigo; dar muerte al que se quedó atrás, o al que no está en condición de defenderse, sin que se den cuenta los demás, es un enemigo menos.

Esta fue su única técnica y la aprendió y la dedujo de sus primeras experiencias, de sus primeros encuentros con el español.

Trató de conocerlo y por eso lo sirvió. Esa servidumbre primera le va a permitir darse cuenta que es tan ser humano como él. Conocerá sus armas, lo que pueda adoptar lo hará; lo que pueda robar y llevárselo, lo llevará. Conocerá el valor que para él tiene el caballo y se hará jinete, e incluso irá obteniendo un tipo, que llamará el caballo indiano, resistente, rápido, fuerte.

La guerra le va a entregar una gran confianza y seguridad, además, le va a permitir una actitud distinta en la pelea, en el peligro, ante la muerte. El mapuche lucha por su tierra, por su libertad, por sus mujeres, por sus

hijos, por seguir viviendo en la plena libertad, que para él significaba no estar sometido a nadie, sino solo a su capricho y gusto. Nunca sometido: "No fue por Rey jamás regido, ni a extranjero dominio sometido". Así lo vio Ercilla y nos lo transmite en los versos de "La Araucana".

Estos son temas imposibles de olvidar si se quiere comprender la heroica y fenomenal resistencia de 330 años de lucha. Lucha que será cambiante porque, con el tiempo y el contacto, también van a ir cambiando, junto al hombre, los elementos de que dispone para su vivir, tanto en lo material como en valores morales que también va adquiriendo.

Ha tomado, desde el principio, contacto con un valor moral muy especial, la presencia de la religión, la fe, la Iglesia, el sacerdote, el padre, el "Patiru".

Cualquiera que sea o sean las excepciones, lo regular, lo normal fue que el araucano, como el indio en América, encontró en el religioso y en él a la Iglesia, como un protector que lo quiere, que lo defiende, que está pronto a jugarse por él.

Todas las fórmulas que se emplean para suavizar el trato con el mapuche, siempre encuentran a la Iglesia, por sus representantes, alentando esos métodos.

Nosotros conocemos todo el acontecer de la conquista y de la guerra de Arauco en una sola versión, la del cronista, del poeta, del historiador español. ¿Qué podrían decirnos, o habernos dicho los mapuches si ellos hubieran estado en condición de escribir?

Nos exaltan los malos tratos a los prisioneros. No hay cronista que no diga, más de una vez en sus obras, cómo el mapuche se regocija cayendo sobre su víctima, abriéndole el pecho para sacar el corazón del enemigo, ya sea para comérselo en pedacitos, ya para ensangrentar sus armas, como elemento de convocatoria para iniciar una nueva campaña.

Nos dicen que despedazaban los cuerpos de los soldados que caían en su poder y los colgaban por partes, en los árboles del camino, por donde pasarían otros soldados, como advertencia de lo que les esperaba.

Me he preguntado muchas veces ¿que podrían decir los cronistas si hubieran sido mapuches? Les quitaban sus mujeres que pasaban a ser servidoras del español, en todo servicio, empleada de casa, sirvienta, mujer

en la que saciaban sus instintos... ante esto, ¿iba a permanecer impávido el mapuche? En el campo del encomendero agrícola, o en las minas, el trabajo forzado y castigado. ¡Con qué rabia y desesperación de impotencia lo realizaban! Pero de estos aspectos apenas si hay mención; más en documentos privados que en crónicas y obras.

Nadie reflexiona sobre el indio. Piensan en el español, justifican al invasor y critican y castigan al invadido.

La Iglesia levantó su voz, su acción, su palabra para ellos y como era oída y podía llegar hasta el Rey de España, logró una legislación llamada de Indias que favorece al aborígen... pero una era la Ley y otra la realidad a miles de kilómetros de distancia.

Siempre la disculpa: ellos dictan así la Ley porque están lejos, porque no viven la realidad. ¿Cuál realidad? Hay por lo menos, para ser justo, dos realidades: la del español que quiere y está decidido a conquistar, a someter por la fuerza, por la sangre, por el poder de las armas y de la superioridad al aborígen; y otra realidad, la del aborígen que defiende como puede lo que es suyo, lo que le pertenece, lo que se le quiere violentamente quitar.

Muchas veces se habla, se dice del padre Luis de Valdivia que poco menos era un extraviado mental y así se le culpa incluso de la primera responsabilidad del martirio de los padres Vecchi, Aranda y Montalbán en Ilicura. El hecho es cierto; pero también es cierto que los caudillos y caciques estaban dando la paz y presentándose ante la autoridad española para vivir en paz; incluso esa era la opinión expresada por el mismo Anganamón, que será el responsable de la muerte de los misioneros. Pero, qué poco se dice de los reclamos que hace, porque se han arrancado de su vivienda dos de sus mujeres y sus hijos, que él reclama le devuelvan. Una era española, pareciera desprenderse que aceptaba que ella se quedara con los españoles, pues la otra y sus hijos eran de él. En ese momento le hablan de esos misioneros que dicen no más guerra; ahora vamos a buscar otro camino, entramos a vivir con ustedes, les enseñamos otra forma de vida, otros valores, etc. Magníficos procedimientos, pero en el mismo instante en que un jefe mapuche es ofendido en lo más íntimo de su personalidad. ¿Podía pensar que lo ocurrido era un hecho casual, que podía tener arreglo?

Estas reflexiones y muchas otras serán necesarias para entender esta resistencia, realmente incomprensible para el Rey de España, para su Consejo de Indias, para sus virreyes y para los mismos gobernadores.

No hay casi excepción, gobernador que llegaba, en sus primeras comunicaciones al Virrey del Perú o al Rey de España, mirándose a sí mismo, a sus soldados, a sus armas, a su vida, pero también mirando a los indios y al primitivismo con que los ven, escriben comprometiéndose a lograr el sometimiento y la dominación muy rápidamente. Hay algunos que afirman no durará esta situación más allá de dos años.

Comienza a correr el tiempo y va produciéndose un cambio: no es tan fácil como parece. Se necesitan más hombres, más armas, más dinero y, así y todo, terminan vencidos, destituidos por incapaces, muertos de muerte violenta en la guerra: Valdivia, el gran capitán, y Oñez de Loyola, el gran confiado; otros de muerte natural y de cansancio.

Pero, de todo esto, una cosa queda en pie y es cierto: el mapuche tuvo comprensión con los cautivos, con los religiosos, con las mujeres; les dio el mejor trato que pudo, de acuerdo con su situación.

No faltaron mujeres españolas que, pudiendo obtener la libertad, se negaron a recuperar su estado anterior y prefirieron la vida del campamento araucano, de la ruca y compartir con otras mujeres la vida doméstica de su dueño.

La acción del misionero franciscano, agustino, mercedario en el primer período del siglo XVI y de los jesuitas desde fines de este siglo, hasta 1767, segunda mitad del siglo XVIII, fecha de su expulsión, fueron el principal elemento civilizador a pesar de la dificultad que siempre debían vencer, el ser mirados como las avanzadas del poder conquistador. Pero aún así, ellos lograron ir sometiendo el instinto a la razón y a la fe, para ir formando otro hombre.

Andando el siglo XVIII, como lo hemos visto, el indígena en general se negó a aceptar en su tierra la instalación permanente del español en pueblos o fuertes; en cambio, permitió la instalación de misioneros. Las misiones de los jesuitas, en el siglo XVIII, fueron especialmente importantes en el territorio de Arauco, al sur del Biobío; como las de Purén, Repocura, Boroa, Tucapel de Arauco, Maquehua y otras. Cuando fueron expulsados los jesuitas, estas

misiones pasaron a depender de la Orden Franciscana, la que tuvo como centro de operación misional en la Araucanía, al Colegio de Chillán.

La acción misionera franciscana se extendió hasta bastantes años después de ocupada definitivamente la Araucanía y, en casi todos los pueblos actuales, las misiones franciscanas fueron los antecedentes de las creaciones de las futuras parroquias, tema del que nos ocuparemos más adelante en forma especial.

A todos estos elementos no es posible ignorarlos o no tenerlos presentes al juzgar el cambio que el tiempo irá operando, con más lentitud o mayor rapidez, según las circunstancias.

Al iniciarse, con el siglo XIX, el conflicto criollo-español que conducirá a la Independencia, el territorio que luego formará la República de Chile estaba bajo el pacífico dominio español desde el desierto de Atacama hasta el Maule, en una situación de dominio y sometimiento, del Maule al Biobío, pero siempre con cierto especial cuidado en la medida que se aproximaba a la frontera del Biobío, territorio teóricamente español y, por tanto, parte integrante de la República, del Biobío al Toltén y, al sur del Toltén, nuevamente un territorio de derecho y de hecho sometido a España y traspasado a la República después de sus parciales ocupaciones: Valdivia en 1821 y Chiloé en 1826, hasta llegar al territorio Austral, dominio de España y después de Chile, que lo ocupará definitivamente en 1843, con el Fuerte Bulnes y en 1847 con la fundación de Punta Arenas.

Podemos inferir de estos datos un hecho del que poco se piensa y que tiene una significación por demás importante en nuestra vida del siglo XIX.

Chile teóricamente era un país con una continuidad territorial sin discusión de norte a sur, pero prácticamente eran dos territorios separados por la Araucanía, que permanecía libre y soberana entre el Biobío y el Toltén, al margen de la autoridad central y de la ley.

En el siglo XIX, las ciudades límites en su avance hacia el sur eran, en la zona de la costa: Arauco, Lota y Coronel, San Pedro, frente a Concepción al sur del Biobío; Santa Juana, frente a Talcamávida separados por el Biobío, San Rosendo y La Laja en la unión del Biobío y río Laja; frente a Diquín, la villa de Millapoa, Nacimiento en la unión del río Vergara y el Biobío; luego al oriente del Biobío, siempre en su margen norte, Los Ángeles y Santa Bárbara

y, en el cruce del actual camino longitudinal con el Biobío en su orilla norte, San Carlos de Purén.

Al sur de la Araucanía, lo más próximo al Toltén era San José de la Mariquina, luego Valdivia y Osorno. Entre 1847 y 1860 se realiza el primer esfuerzo colonizador, con alemanes, del sur de Chile, mediante la acción organizada del agente de colonización Bernardo Philippi (1847) y de Vicente Pérez Rosales, el ubicador de los colonos en el sur. Primero en Valdivia y luego en la fundación de la colonia de Melipulli (hoy Puerto Montt). Desde aquí se fueron extendiendo hacia el norte los colonizadores alemanes, rodeando el lago Llanquihue y la región de Osorno y Valdivia y dando origen a Puerto Octay, Puerto Varas, Frutillar, Flesia, La Unión, Río Bueno, etc.

Solo a partir de 1862 se reiniciará el esfuerzo por la ocupación definitiva de la Araucanía, con el plan que presentará al Gobierno don Cornelio Saavedra, ocupación que se realizará en 20 años, desde 1862 a 1883.

2. LA ARAUCANÍA AL INICIARSE LA INDEPENDENCIA (1810-1818)

España, después de 250 años de guerra, renunció a la conquista militar de Arauco. Esta actitud se inició de hecho al aceptar el Rey "la guerra defensiva" que propuso el padre Luis de Valdivia y del mismo carácter puede estimarse la resolución tomada que significó el sistema de hacer esporádicamente la guerra, a raíz de grandes humillaciones o descalabros, para luego volver a imponerse, desde la Corona, la orden de suspender hostilidades y buscar la paz, lo que en el fondo robustecía la rebelión indígena.

Desde el lado aborigen, sin duda, después de Lautaro se produjo en ellos un avance espectacular en la unidad de las tribus para su defensa; además, un progreso estratégico para enfrentar la guerra y las armas españolas, lo que nos muestra la viveza y capacidad de este pueblo.

Pero, a la larga, el pueblo mapuche fue paulatinamente bajando su resistencia; primero, porque poco a poco, el contacto con el español y los elementos culturales que este contacto les proporcionó, minaron su dureza,

domaron su barbarie, hasta que se impuso por sí sola una tregua duradera; que era la que caciques y gobernadores celebraban en los Parlamentos como compromisos solemnes de paz.

Sin embargo, se engañaban los que pensaban que el no producirse enfrentamientos o guerra significaba que el dominio se había producido. Bastaba que cualquiera sintiera que había sido tocado en lo suyo, para que aflorara todo el espíritu de resistencia y luchara por obtener la certeza de su libertad y de su derecho a la vida, de acuerdo a sus costumbres.

Sería tal vez conveniente incorporar, en esta materia, un tema poco manejado y muy poco analizado. Es frecuente cargar con tintas muy negras algunas acciones de la vida mapuche y justificar en consecuencia lo que, como reacción, se hacía contra ellos. Es un hecho cierto que en toda sociedad se presentan, por desgracia, personas con perturbaciones tan hondas en sus condiciones morales que más parecen bestias feroces que seres humanos. Llámeseles como se quiera: criminales, ladrones, bandoleros, asesinos, bandidos, etc. Nosotros no hicimos el milagro de liberarnos de estas plagas y desgracias humanas; pero, ciertamente, como un refugio de nuestra vergüenza lo callamos y solo lo recordamos de paso. Y si podemos ocultarlo, tampoco trepidamos en hacerlo.

Era frecuente que personas con estas lacras morales, huyendo de la justicia, ya sea de la española, durante el período colonial, ya sea de la República, fueran a ocultarse y encontrar refugio en medio de las tribus araucanas: lograban con facilidad su amistad y protección y se llegaban a convertir en caudillos, dignos de toda su confianza y a quienes seguían con fe ciega en sus consejos y aventuras.

Por esto siempre, en los Parlamentos entre españoles y mapuches, una de las cláusulas de petición al mapuche era entregar al gobernador aquellos españoles, o soldados, porque los había también criollos: chilenos, peruanos, quiteños que, fugados de la justicia, eran los que los alentaban en los crímenes, asaltos, malones y robos.

En otros casos eran mestizos de español y aborigen, que por su condición eran despreciados por los españoles o los chilenos y a quienes se ofendía con los insultos de "guacho", "mestizo", "indio mal nacido" u otros. Por estas mismas razones de su origen, en el que ellos no tenían responsabilidad, se

les negaban derechos legítimos en la vida social o en la responsabilidad de desempeñar determinados cargos.

Miremos el caso del conocido nombre del Mestizo Alejo. A mediados del siglo XVII, de madre española que fue cautiva de algún indio, nació este hijo que ella nunca negó. Liberado y vuelto a la vida de la sociedad de su madre, por su valor y su ingenio, por el conocimiento de la lengua indígena en forma perfecta, ya que fue su primer idioma, por su inteligencia y su espíritu militar, fue reconocido como un habilísimo soldado en el campo de las armas. Sus hazañas contra los araucanos le habían granjeado, entre sus compañeros de armas y jefes, especial reputación. Alejo creyó que era razón el obtener por sus acciones un ascenso en la carrera de las armas, como lo recibían muchos otros por acciones sin comparación a las suyas. Su petición fue recibida con el más profundo desprecio. Incluso se le trató de "indio", como mote de desprecio.

"Y, bien, soy indio y con los míos me voy". Abandonó el campo español, volvió a la tribu de su padre, ganó la confianza de la indiada mapuche y fue, sin lugar a dudas, el caudillo que dirigió con gran éxito la rebelión en tiempo de Porter Casanate.

De estos hombres, hay algunos cuya acción es explicable, como es el caso de Alejo, pero otros están muy lejos de perdón, como los que alentaron y usaron al mapuche durante todo el siglo XIX. Algunos nombres: los hermanos Pincheira, Vicente Benavides, los montoneros de Juan María Zapata, en Ñuble los guerrilleros Contreras y Fuentes, Juan y Eusebio Ruiz, de Nacimiento, Juan de Dios y su hermano Dionisio Seguel, en Yumbel; Gervasio Alarcón, Clemente Lantaño, Vicente Elizondo, Vicente Antonio Bocardo, etc. La acción de estos tristemente célebres personajes del crimen y de la traición va a ocupar el primer tercio del siglo XIX, ya que solo terminarán con la victoria final de Bulnes sobre el último de los cuatro hermanos Pincheira, en 1832.

En fin, Arauco es Arauco y sigue siéndolo a pesar de su aparente calma. Será suficiente que encuentre quien lo una, lo aliente y lo lance a la guerra, a la conquista, al robo, al malón y que le otorgue alguna posibilidad de tiempo para que despierte, sacuda su inercia, revuelva su sangre y salga a flor el guerrero que dormita en él.

El proceso no se ha terminado, va entrando en su transformación. Deberá ser como una metamorfosis que, transformando, borre ciertos elementos humanos y preserve lo útil que en ellos existe.

Ahora, cuando estamos conmemorando el primer siglo de su dominación e incorporación como pueblo y territorio a la chilenidad; ahora, en esta hora del siglo XX que ya se nos va, todavía en nuestro medio está presente, no incorporado, pero sí incorporándose casi sin pensarlo y aun en muchos sin desearlo ni quererlo, al mundo en que se desarrolla nuestra unidad nacional.

El desarrollo del capítulo militar de la guerra de la Independencia dejó al margen a la Frontera. El conflicto era con España, no con Arauco; de allí que la actividad militar se realizara del Biobío al norte y de Valdivia al sur.

Solo después de la victoria decisiva de la Independencia, 5 de abril de 1818, en que, en los campos de Maipú, se sella la Independencia de Chile, va a volver a tomar actuación y cruelísima, la Frontera. Los restos rebeldes a la Independencia, elementos españoles militares, en otros casos aventureros que no pretenden su libertad, sino que los aprovechan en un conflicto para justificar y realizar planes que les permitan enriquecerse en la aventura del salteo, del malón, del asesinato, protagonizan el capítulo de nuestra Historia que conocemos con el tétrico, fatídico nombre de "La Guerra a Muerte" (1818-1832).

Este particular capítulo y aspecto de nuestra historia nacional ha sido estudiado en forma acuciosa por Barros Arana en el capítulo correspondiente de su Historia General de Chile. Francisco Encina le dedica una atención muy especial, con el mérito, además, de haber contado con la documentación que sobre la materia se ha acumulado hasta mediados de este siglo, ya que la edición y publicación de su obra se ha desarrollado entre los años 1940 y 1952. Sin embargo, la obra de Benjamín Vicuña Mackenna "La Guerra a Muerte", publicada a principios de la segunda mitad del siglo XIX, sigue teniendo su primacía, al ser la primera fuente sobre la materia y tener el mérito de que en buena parte de ella el autor tuvo la oportunidad de lograr el conocimiento, de gran parte de lo que escribe en el contacto personal de quienes fueron actores de lo que se narra.

El tema también es tratado con bastante interés, por Tomás Guevara en su Obra "Historia sobre la Civilización de la Araucanía", publicada entre los años 1898 y 1903 en Anales de la Universidad de Chile.

En su "Crónica de la Araucanía" publicada en 1889, Horacio Lara Marchant le consagra extensos capítulos, imposibles de evitar para quien estudia el tema que Lara nos entrega.

Con estas fuentes, entre muchas otras, me ha parecido que no es necesario volver a repetir en detalle este período, duro, odioso, cruel, de nuestra historia, pero que no conviene olvidar, pues siempre será útil recordar hasta dónde pueden llevar las exageraciones de las acciones humanas y cuán fácil resulta, a veces, que el hombre borre su racionalidad y prime su animalidad si no lo guía, en su acción, el verdadero concepto de la sociedad humana.

3. ¿QUÉ ES ESTA GUERRA A MUERTE?

Después de la Batalla de Maipú, Osorio y parte del ejército español derrotado el 5 de abril, lograron salir del campo de batalla. Algunas unidades llegaron a Valparaíso a embarcarse al Perú; Osorio y parte del ejército se embarcó en San Antonio y se dirigió a Talcahuano. Juan Francisco Sánchez, con otros, por tierra llegó a Concepción.

Las fuerzas españolas se refugiaron en Talcahuano, con el propósito de ver la posibilidad de apoderarse de Concepción y dejar abierta otra vez esta puerta para una futura invasión, que veían como posible.

El Director Supremo, O'Higgins, comprendió la necesidad de impedir esta permanencia del poder español, en ese centro y confió al brigadier argentino, Antonio González Balcarce, encargarse de la acción militar que terminará con la fuerza española que se había refugiado en Talcahuano. Nombró además a Ramón Freire Serrano como intendente de la provincia.

El virrey Pezuela, en el Perú, estaba preparando la defensa del virreinato, pero, pensando que también le correspondería recuperar lo perdido en Chile, creyó que era prudente concentrar toda la fuerza en Perú y de allí planificar la campaña recuperadora. Lo animaba en este pensamiento el cambio producido en Europa. Napoleón había sido vencido y era un prisionero solitario en un islote del Atlántico, Santa Elena, bien custodiado por los ingleses.

El Congreso de Viena de 1815 había vuelto a dejar en sus tronos a los monarcas que la Revolución y el Imperio habían destronado, y las potencias vencedoras se habían comprometido a ayudar a los monarcas para detener todos los movimientos libertarios que se produjeran y condujeran a debilitar el poder de los reyes.

En esta línea de acción, Fernando VII había vuelto a ocupar el trono de España y restauraba el absolutismo monárquico. Era evidente que los acontecimientos europeos jugarían mejor en defensa de los intereses de España y era preciso tener los puntos de apoyo para reiniciar el proceso de la reconquista.

Osorio, con la mayor parte del ejército, se embarcó en Talcahuano rumbo al Perú, el 8 de septiembre de 1818 y dejó al oficial realista Juan Francisco Sánchez, con la misión de mantener la autoridad de España en Chile y principalmente en la provincia de Concepción.

Juan Francisco Sánchez pudo resistir en Concepción a González, pero prefirió abandonarla y dirigirse a Valdivia, que continuaba bajo la autoridad española. Contó con el poderoso auxilio de las tribus araucanas, las que, por una anomalía propia de su condición de barbarie, prefirieron, en gran mayoría, sumarse a la causa del Rey en esta sangrienta e increíble resistencia que hicieron al Gobierno de la República.

El 14 de noviembre de 1818 abandonó Concepción y se dirigió con toda la población: niños, ancianos, mujeres, religiosos, religiosas (entre estas últimas fue especialmente recordada la situación de las monjas trinitarias), primero a Los Ángeles y de allí, por el llano central, a Valdivia.

De Valdivia Sánchez se volvió al Perú, llamado por el Virrey “con el objeto, o pretexto de combinar nuevos planes militares”. Sánchez murió en Lima en los últimos días de julio o principios de agosto de 1819.

Antes de partir del territorio de la Araucanía se había entendido con el siniestro individuo Vicente Benavides, quien asumió el mando realista y fue el representante de España en la continuación de la guerra. Benavides compartía responsabilidad con Juan Manuel de Picó, comandante en jefe realista en la guerra de la Frontera.

Durante cuatro años, 1818 a 1822, esta parte del país fue un infierno; nadie tenía seguridad de nada. Las personas abandonaban sus bienes, sus casas, sus

tierras y sus pertenencias y huían al norte en busca de mayor tranquilidad, aunque lo perdieran todo.

El país, en este sector quedó abandonado en el camino del progreso y de la producción. Predominaba la ley de la selva; el más audaz, el más cruel se imponía; pero a su vez estaba expuesto a la desesperación de los demás. Si caía en manos de la red de la venganza, no había súplica ni razón que lo librara de la muerte, la que se procuraba fuera la más dolorosa y repugnante posible. Fueron años que nadie quería recordar.

La nobleza del alma no existía, la palabra empeñada tenía solo un valor momentáneo para obtener la rendición o sumisión.

El asalto en pequeños grupos en los campos y villorrios unía a los criminales más diversos, y a estos criminales y bandidos, criollos o españoles, se unía la barbarie del mapuche, que se sintió liberado de toda traba con el ejemplo y asaltaba, robaba y cautivaba mujeres y niños que se llevaba a sus rucas y refugios. Muchas veces las víctimas dieron gracias de caer en manos de los indios antes que en las de los realistas y bandidos.

Freire tenía a su cargo la defensa de la ciudad de Concepción y Benavides la asaltó con las huestes que lo seguían. No logró someterla; pero solo se libró después de penosas horas de inseguridad. Atacaron a Chillán, a Yumbel, a Los Ángeles. En este encuentro de Los Ángeles es especialmente torpe y cruel el encuentro de Tarpellanca, donde Andrés de Alcázar, traicionado, tendrá su fin, como sus soldados y como la población de Los Ángeles, que con él se movía hacia Chillán.

Terrible el drama de Tarpellanca.

Freire se ve solo, incapaz de mantenerse frente a las hordas victoriosas. Abandona Concepción y se refugia en Talcahuano. El 12 de octubre de 1820, Benavides se apodera de Concepción, con lo que todo el sur, desde el Maule al Cautín, está en su poder y la Araucanía en masa le obedece. "Aquella Araucanía que no se rindiera en tres siglos de honrosa pelea, obedecía humildemente a un cínico bandido"⁴⁸.

48 Horacio Lara "Crónica de la Araucanía", Tomo II, pág. 158. Santiago. Imprenta El Progreso, 1889.

En Chillán y San Carlos se habían sumado a las desgracias los hermanos Pincheira, que serán luego sus sucesores y continuadores de esta guerra.

Pero Freire no era hombre para quedarse encerrado en un lugar, inactivo, rodeado por el enemigo. Decidió romper el cerco de Talcahuano y ver si era posible dirigirse al norte en busca de mayores recursos.

Resolvió abrirse paso a sangre y fuego por entre las tropas de Benavides.

El 25 de noviembre mandaba a la caballería que, a través de La Vega de Talcahuano, presentara combate. Acompañaba a estas tropas el cacique Quillapi con su escuadrón araucano. Cuando se produjo el enfrentamiento Freire ordenó cargar, en un encuentro súbito y terrible, desesperado. Con tal empuje se actuó que en pocos minutos quedó deshecha la caballería de Benavides, que se vio obligado a refugiarse en Concepción, dejando en La Vega por lo menos unos 150 cadáveres.

Freire no tuvo pérdidas apreciadas en número, pero sí, un oficial y, además, el teniente coronel Enrique Larenas, que era gobernador de Talcahuano.

Esta victoria animó a Freire y a sus soldados a decidir el ataque y recuperar a Concepción. Dos días después del encuentro en La Vega, avanzó Freire hasta Concepción y tomaron ubicación las fuerzas de uno y otro; pero la decisión de los hombres de Freire era morir o vencer en la pelea; no morir en la inacción y en el hambre.

Esto hizo de ellos leones en la batalla, con un arrojo sin límites. Lo acompañaban en la responsabilidad militar José María de la Cruz y el coronel Manzano, ambos dignos de recuerdo. El ataque por su decisión y violencia, desconcertó a Benavides, quien dio órdenes descabelladas y contradictorias que hicieron más fácil el avance de Freire, el cual llegó con sus hombres hasta la plaza de Concepción, mientras el cacique Quillapi cargaba como un rayo sobre Benavides, que solo atinó, al verse derrotado, a huir. Corrió hacia el oriente hasta Hualqui, por la orilla del Biobío. Su fuga tenía como destino atravesar el río y encerrarse nuevamente en su refugio de Arauco.

Este encuentro glorioso en sí y por sus consecuencias, es la llamada "Batalla de la Alameda de Concepción".

En adelante, si bien seguiría resistiendo por un tiempo, Benavides ya no volverá a presentar combate con fuerzas considerables y en forma desplegada.

Está apagándose su prestigio y pronto tendrá su fin. Pero su fin no sería fácil y sin dolor. Ordenó a José Manuel Picó atacar e incendiar cuanto pueblo o lugar encontrara en su camino, otorgando a sus hombres el pago del saqueo. Incendiaron San Pedro, Santa Juana, Nacimiento, Talcamávida, Carlos de Purén, Santa Bárbara y Yumbel. Chillán se escapó por la intervención del guerrillero Zapata, chillanejo.

Después de una serie de aventuras y robos, intentó probar suerte de nuevo y atacar Concepción; atravesó el Biobío con unos 1.500 hombres y pretendió antes el ataque a Chillán, donde comenzaron sus infortunios. Había sido designado jefe de la Segunda División del Ejército del sur, el coronel Joaquín Prieto, quien, el 10 de octubre de 1821, lo venció en La Vega de Saldía. Huyó cobardemente en este encuentro, mereciendo ser tildado de cobarde por el mismo Picó y sus lugartenientes, sublevándosele parte de sus tropas.

Esto le hizo creerse perdido y huyó a su guarida de Arauco. Lo fueron abandonando poco a poco y, sin esperanza de recuperar su poder, pensó embarcarse e irse al Perú. El 21 de enero de 1822, con su mujer, su secretario Artigas y algunos marineros, en una mala balandra, se dio a la vela, hacia el norte.

Lo traicionaron sus mismos hombres. Bajaron a las costas en Topacalma, frente a San Fernando, pues querían víveres y agua. Allí fue entregado por sus marineros a las autoridades y llevado a Santiago preso.

El 23 de febrero de 1822 fue ahorcado. Se puede decir que la llamada "guerra a muerte" ha terminado, pero no es así; quedaron algunos dispuestos a seguir el camino trazado. Solo se pondría paz con el exterminio de los bandidos y elementos que se aprovechaban de los mapuches para resistir.

En octubre de 1824 fue sorprendido, en un encuentro cerca de Mulchén, el segundo de Benavides, Juan Manuel Picó. Muerto, le degollaron y llevaron su cabeza a Nacimiento, donde se celebró con júbilo el desaparecimiento de quien era cabeza del vandalismo en la zona.

Otro de los cabezas de esta guerra a muerte en el grupo español fue Juan Antonio Ferrebú, cura de Rere, que sobresalió por su crueldad. Cayó en poder de los patriotas en una emboscada, lo condujeron a Colcura y el 2 de noviembre de 1824 se le fusiló por orden del intendente de Concepción, general Juan de Dios Rivera.

A raíz de estos hechos quedó la zona de la costa, de Arauco a Imperial, despejada de guerrillas. La tranquilidad y el trabajo comenzaron a renacer. Los indios guardaron sus armas por un corto tiempo. Cuando pensaron levantar otra vez la guerra, el gobernador militar de Arauco, Luis de los Ríos, atrajo a un Parlamento a los caciques principales y los hizo sablear a todos, acto de crueldad innecesario e inaudito.

La muerte de Picó trajo la quietud a la Frontera y el principal cacique que acompañaba a los españoles, Mariluán, estaba cansado de tanto batallar. El comandante de armas de Concepción, Pedro Barnachea, impulsó gestiones de paz que había iniciado con Mariluán y logró atraerlo a un Parlamento. Se reunieron en enero de 1825 en Tapihue. Mariluán aceptaba la tregua y reconocía el nuevo sistema de gobierno y Barnachea reconocía a los araucanos, a nombre del gobierno de Chile, los mismos derechos que a los chilenos.

Muchos chilenos que vivían presos entre los indios recobraron su libertad. Las armas se guardaron por un buen tiempo y prácticamente aquí termina este capítulo terrible de “la guerra a muerte”.

Subsisten como fuente de temor en la zona y en el centro del país las bandas de los cuatro hermanos, Antonio, Pablo, Santos y José Antonio Pincheira, como también las bandas que capitaneaba Miguel Senosiaín.

La paz prometida por Mariluán en Tapihue, el 1 de enero de 1825, duró poco. En el mismo año se levantó con sus mocetones, se unió a Senosiaín y a los Pincheira y comenzó nuevamente el terror y el vandalismo en los campos, principalmente en la comarca comprendida entre el Bureo y el Laja.

En septiembre de 1825 el coronel Barnachea envió desde Yumbel un destacamento que se enfrentó a Mariluán y a Senosiaín, quien fue a unirse a los Pincheira.

En el ataque que hicieron a Linares, al ser perseguidos, una bala alcanzó a Antonio Pincheira, que expiró instantáneamente. Desde ese momento asume la dirección del grupo el peor y más deshumanizado de los hermanos, Pablo.

Este grupo atacó en noviembre a Parral, pero fue rechazado con grandes pérdidas. Cuando huían les salió al encuentro, desde Longaví, el comandante Manuel Jordán con un pequeño grupo de soldados, alrededor de 60. Al darse cuenta del pequeño número, le hicieron frente con éxito, pues murieron en el

campo de combate 52 hombres, entre los que se encontraba el mismo comandante Jordán.

Los Pincheira, sus bandas y Senosiaín, luego de lo ocurrido y pensando en la reacción, decidieron internarse en la cordillera y ocultarse en la pampa de Neuquén. A su vez, el comandante Domingo Torres, teniente coronel y jefe militar del cantón, decidió perseguirlos y, junto con Barnachea, organizaron sus tropas y pasaron a Neuquén por diversos puntos, con el ánimo de juntarse y batirlos. Además, tenían el propósito de debilitarlos mediante el ofrecimiento que pensaban hacer a Senosiaín, que consistía en que pudiera incorporarse con los suyos al ejército chileno y abandonar las fuerzas y bandas de los Pincheira.

En octubre de 1826, el gobierno nombró al general José Manuel Borgoño, con jurisdicción militar desde el Maule a la Araucanía. Borgoño declaró a toda la zona en estado de Asamblea, lo que era igual a ponerla bajo la ley marcial y preparó su plan de campaña contra los Pincheira. Envió espías a la zona de Neuquén y organizó tres divisiones, que cruzaron por diversos puntos la cordillera para atacar a los bandidos.

La primera división iba a las órdenes del coronel Jorge Beaucheff, la segunda a cargo del teniente coronel Manuel Bulnes y la tercera bajo el mando del teniente coronel Antonio Canero.

Estas divisiones recorrieron la pampa, en todas direcciones, en los meses de diciembre de 1826, enero y febrero de 1827, con varios encuentros, pero pequeños. Siempre pudieron salir ilesos y libres los hermanos Pincheira y así escapar.

Estas fuerzas lograron otro objetivo, no menos importante, al recuperar muchos prisioneros, sobre todo mujeres y niños que fueron devueltos a sus pueblos y familias. Las divisiones volvieron a Chillán a fines de marzo.

Me permito aquí un dato al margen de nuestro tema principal. Alguien, al leer lo que precede, podría preguntarse: ¿estas fuerzas que persiguen a los Pincheira en Neuquén, con qué derecho lo hacen? No se debe olvidar, para esta pregunta, que la pampa, hoy de Argentina, desde los tiempos coloniales fue parte integrante de la jurisdicción territorial del gobierno de la Capitanía General de Chile. Por tanto no actúan fuera del territorio nacional. Todo este extenso territorio lo cedió Chile a la República Argentina justo hace 100 años,

en 1881, por un tratado de paz, de fraternidad y de fronteras, que se conoce con el nombre de tratado de Límites con Argentina de 1881.

Este año 1981, en que escribo, es un año de centenarios muy importantes en nuestra historia.

En enero de 1881, las batallas de Chorrillos (13 enero) y Miraflores (15 enero) y la ocupación de Lima (17 enero) ponían prácticamente término a la Guerra del Pacífico, aunque se continúe en estado de guerra hasta la firma de los tratados de Ancón con el Perú (30 octubre 1883) y el de Tregua con Bolivia (4 abril 1884).

En febrero de 1881, se produce el avance de la Frontera en la Araucanía, hasta el Cautín, con la fundación de Quino, Quillén, Lautaro, Pillanlelbún y Temuco, hechos estos que van a determinar, al fin, la ocupación definitiva de la Araucanía y la incorporación del mapuche efectivamente a la ley chilena. Este es el tema que estamos estudiando.

Terminaba el gobierno de Aníbal Pinto, pero poco antes, el 28 de julio de 1881, se firma el tratado de límites con Argentina, por el cual renuncia Chile a sus derechos históricos sobre la Patagonia.

Volvamos a nuestro tema.

Borgoño, mientras estas fuerzas se movían en Neuquén, tomó ubicación para defender la línea del Biobío. En Los Ángeles, a Barnachea lo había reemplazado, como jefe militar de la Frontera, el comandante Juan Luna, que inició una persecución cerrada y sin descanso contra Senosiaín. Lo encontró, cerca de Nacimiento, el 27 de noviembre de 1826, y lo persiguió, para al fin derrotarlo, hasta las orillas del Malleco, cerca de las tierras de Mariluán, en enero de 1827.

Intervino en este incidente un comerciante de origen francés que estaba radicado en Yumbel, monsieur Bertrand Mathieu, antiguo oficial de Napoleón que se radicó en Chile en esos años dando origen a la familia de ese apellido, incorporada en plenitud a la tradición de Concepción y con hombres que han tenido actuación nacional. Más adelante, nos encontraremos con descendientes de este ilustre oficial, interviniendo en nuestra historia militar de la ocupación definitiva de Arauco y de otros, en la vida de la ciudad de Temuco.

Mathieu le escribió a Senosiaín, señalándole la conveniencia de deponer las armas y ofreciéndole, en nombre del comandante Luna, indulto general para él y sus soldados o seguidores, como asimismo, libertad para salir o quedarse en Chile. El 22 de abril de 1827 se presentó Senosiaín en Yumbel, acompañado de 40 militares que se sometieron.

Senosiaín pasó a Chillán, luego a Santiago y regresó después a España en un buque francés.

El cacique Mariluán resolvió también someterse. Luna y Borgoño aceptaron la rendición y Mariluán volvió a su tierra entre Angol y Collipulli, donde murió como cacique de la región, muy respetado de los suyos, en 1836.

Continuaban los Pincheira cada vez con menos gente, pues le iban abandonando cada vez más grupos, después de cada encuentro. Bulnes los ataca en enero de 1828. No logra atraparlos, pero los persigue y los debilita en numerosos encuentros y ataques. Se apodera de gran botín que les va quitando: 300 cautivos de ambos sexos, 900 caballos, 500 vacas y 6.000 cabezas de ganado lanar. Nueve caciques pehuenches bajan de la cordillera a Chillán a solicitar la paz, los abandonan algunos capitanes que los acompañaban, entre ellos el más conocido, Pedro Lavanderos.

Muy disminuidos los hermanos pasaron la cordillera y se establecieron por el sector de la provincia de Mendoza.

Parecía que podía volver a empezar la seguridad en el vivir de la Frontera y comenzó a repoblarse, lentamente, toda la región próxima al Biobío, sobre todo en su margen norte; pero no fallaron quienes se internaban, no sin temor y cuidado en las tierras al sur de este río, principalmente en la región al sur de Los Ángeles, donde Negrete será como el punto de apoyo en esta penetración.

La calma no duró mucho. La provincia de Concepción se verá alterada por la revolución interna nacional de 1829, que encontrará su fin en Lircay, el 17 de abril de 1830; triunfo militar de Joaquín Prieto y triunfo político de Diego Portales, que harán posible el inicio del maravilloso período republicano de nuestra historia.

Esta revolución en la provincia llevó a interesados, de uno y otro bando en lucha, a buscar apoyo en los mapuches, que se sumaron, por adhesión personal y de botín, a uno y otro bando, con los perjuicios y daños que es

posible imaginar. El término de esta revuelta y la paz nacional en el territorio van a traer nuevamente la tranquilidad en la Araucanía.

Prieto fue elegido Presidente y pidió a su pariente Manuel Bulnes y a José María de la Cruz se instalaran en Concepción y en Chillán respectivamente.

Bulnes, en 1832, fue elevado al grado de general y decidió poner término a las repentinas apariciones en la zona de los hermanos Pablo y José Antonio Pincheira con sus bandas, cuyos salteos y robos dejan un saldo de muerte, robo de mujeres, incendio de viviendas campesinas y por tanto no solo destruyen la seguridad indispensable para la vida rural y la de los modestos poblados de la época.

Primero intentó ganarse a Pablo mediante un arreglo que este no aceptó. El 13 de enero de 1833, una avanzada que mandaba Pedro Lavanderos y dirigía Rojas, ambos ex capitanes de los Pincheira, sorprende a Pablo y cinco de sus hombres en el lugar Roble Huacho. Sin contemplación, fueron fusilados inmediatamente. Antes había muerto, posiblemente en la zona de Mendoza, Santos Pincheira; quedaba solo José Antonio.

Bulnes insiste en el exterminio, ya no tanto de los Pincheira, o sea, de José Antonio, sino de lo que representan, el bandidaje, el salteo, el robo, la matanza, la inseguridad y el crimen impune.

Hay que terminar con el bandidaje. José Antonio se le escabulle por los campos, por los valles cordilleranos, por las pampas de Neuquén. Salen distintas partidas en su búsqueda y persecución; el tigre tenía que caer. José Antonio Zúñiga, al frente de una unidad, es uno de los que están en la cacería y quien al fin lo encuentra. Pincheira decide rendirse y pide ser conducido a Chillán para hacer efectiva su rendición ante Bulnes y ser conducido, no por Zúñiga, sino por su compañero Pedro Lavanderos. Accedió a su petición el general Bulnes, lo recibió en Chillán, lo indultó y le fijó residencia en el mismo Chillán, el 11 de marzo de 1833.

Al fin, la paz. Se cierra este tétrico capítulo de la Guerra a Muerte (Chile-España) y luego la lucha contra el bandidaje. Ahora el país entero comenzaría a caminar. La senda del progreso se abre a las ansias del pueblo chileno, que avanzará por esta senda con justicia, con paz, con esfuerzo, con libertad y con respeto, construyendo esta nación que nos permite mirar con tanto orgullo nuestro pasado y sentir que su futuro no puede desdecir lo que Chile ha hecho y ha escrito en su historia.

Este período de paz va a permitir que se inicie el proceso de ir adelantando, a lo largo de toda la línea del Biobío, un movimiento inmigratorio de los pueblos del norte, de Concepción y de Chillán, que servirían como los centros comerciales y surtidores de líneas y habitantes para el territorio de la Araucanía.

Antes de comenzar el conocimiento del capítulo siguiente, que comprenderá el período 1833-1860, creemos conveniente reponer a la vista una determinación del Chile naciente.

El 4 de marzo de 1819, un Senado Consulto declara que los naturales que habitan el territorio se incorporan a la nacionalidad chilena y adquieren la misma condición jurídica que los demás chilenos; que, por tanto, incorporados a la misma legalidad y a los mismos derechos, no necesitan el “protector general de naturales”, institución colonial que venía de las primeras tasas, desde Santillana, y que, con diversas modificaciones, llegó hasta el segundo decenio del siglo XIX.

El “Senado Consulto” del caso es el siguiente:

“EL DIRECTOR SUPREMO DEL ESTADO DE CHILE DE ACUERDO CON EL EXCMO. SENADO”.

“El gobierno español, siguiendo las máximas de su inhumana política, conservó a los antiguos habitantes de la América bajo la dominación degradante de Naturales. Era ésta una raza abyecta, que pagando un tributo anual, estaba privada de toda representación política, y de todo recurso para salir de su condición servil. Las leyes indias colorían estos abusos, disponiendo que viviesen siempre en clase de menores bajo tutela de un funcionario titulado Protector general de naturales. En una palabra nacían esclavos vivían sin participar de los beneficios de la sociedad y morían cubiertos de oprobio y miseria. El sistema laboral que ha adoptado Chile no puede permitir que esa porción preciosa de nuestra especie continúe en tal estado de abatimiento. Por tanto declaro que para lo sucesivo deben ser llamados ciudadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado con quienes tendrán igual voz y representación, concurriendo por sí mismos a celebrar toda clase de contratos, a la defensa de sus causas, a contraer matrimonio, a comerciar, a elegir las artes a que tengan inclinación, y a ejercer las carreras de las letras, y de las armas, para obtener los empleos políticos y militares correspondientes a su aptitud”. “Quedan libres desde esta fecha de la contribución de tributos. Por consecuencia de su igualdad

con todo ciudadano, aun en lo que no se exprese en este Decreto deben tener parte en las pensiones de todos los individuos de la sociedad para el sostén y defensa de la Madre Patria. Queda suprimido el empleo de protector general de naturales como innecesario. Tómesese razón de este decreto en las oficinas respectivas. Publíquese, imprímase y circúlese. Palacio Directorial de Santiago de Chile, 4 de marzo de 1819. O'Higgins-Echeverría"⁴⁹.

49 Gaceta Ministerial, N° 82 del 6 de marzo de 1819; publicada en el "Archivo O'Higgins", Tomo XII, pág. 109. Imprenta Universitaria, Santiago, 1953.

CAPÍTULO QUINTO

La Frontera en el Chile independiente
1831-1861

1. TERRITORIO ADMINISTRATIVO

Administrativamente, en 1832, el territorio chileno comprendido entre los ríos Itata y Ñuble por el norte y Toltén por el sur, entre la cordillera y el mar era la provincia de Concepción, en la que se ve está incluido todo lo que es el territorio de la Araucanía, limitando en el Toltén con la provincia de Valdivia.

Por Ley de julio de 1852 se creó la provincia de Arauco, que comprendía el territorio situado al sur del Biobío y al norte de la provincia de Valdivia y cuya capital fue Los Ángeles.

Posteriormente en 1875, por Ley del 13 de octubre, se dividió la provincia de Arauco en dos provincias, la de Arauco que se extendía desde Nahuelbuta al mar y en el interior, como provincia mediterránea, Biobío.

El 12 de marzo de 1887, el territorio del Malleco al Toltén, que desde la creación de la provincia de Biobío se llamó territorio de Arauco y será propiamente la Frontera, fue dividido en dos jurisdicciones territoriales: las provincias de Malleco, capital Angol y de Cautín, capital Temuco. Con algunas variaciones y leyes posteriores, que fueron creando nuevos departamentos y comunas, estas dos provincias llegan hasta hoy, habiéndose extendido la de Cautín hacia el sur, a costa de Valdivia, incorporando en su jurisdicción los Departamentos de Pitrufuquén y Villarrica.

Así se comprenderá que en la historia de la Frontera en la vida independiente, siempre Concepción tendrá una especial actuación, por ser la ciudad más importante en su proximidad. Sin embargo, será Los Ángeles, hasta 1875, la capital administrativa de estas provincias.

Más aún, como hemos dicho, el territorio al sur del Biobío, especialmente del Malleco al Toltén, con el nombre de territorio de Arauco o la Frontera, tendrá una administración muy especial. Será una jurisdicción militar de Asamblea, o de tiempo de guerra, en la que la Ley del país no tiene total vigencia, sino una zona de excepción. La autoridad ejecutiva, administrativa e incluso judicial, la tiene el jefe del ejército de la División de la Frontera.

Aquí encontramos otro elemento que tendrá especial carácter, el ejército de Chile estará dividido en dos entidades: el ejército de Chile y el ejército del sur, o de la Frontera, situación que terminará en 1887, al crearse las provincias

de Malleco y de Cautín, incorporando su administración a la establecida en las leyes para todo el país.

2. DESDE 1832 HASTA LA REVOLUCIÓN DE 1851

Producida en la zona de Concepción la paz que trajo el término de la guerra a muerte y luego el exterminio del bandidaje de los hermanos Pincheira y de sus amigos y adherentes en 1832, vuelve a adquirir relativa seguridad la vida en la región fronteriza del Biobío y en la parte del actual Arauco, al sur de Carampangue.

No se producen ataques ni invasiones militares y los asaltos indígenas se calman. Ambos hechos van a determinar el inicio de la constitución de la propiedad, que va tomando una forma concreta y con cierta legalidad, la que se funda, por lo menos, en que aparecen documentos escritos en que se establece que alguien vende y otro compra.

Es importante notar que, desde fines del siglo XVIII, los caciques empezaron a enajenar sus tierras, para lo cual se extendían títulos de venia o donaciones ante los jefes militares y civiles de las plazas fronterizas.

Así, en 1794, el cacique Alonso Callaucura vendió sus tierras de Curaquilla, inmediatas a la plaza de Arauco, a Nicolás del Río. En 1797 compró Eusebio Martínez, al cacique Neculbual, una gran extensión de tierras en ese distrito de Arauco, por la suma de 120 pesos. En los primeros años del siglo XIX prosiguió este tipo de ventas, en la zona de la costa de Arauco principalmente, pero todo este sistema terminó, primero, por el período de Guerra de Independencia y, luego, por los catastróficos hechos de la guerra a muerte y de los bandidos.

Pero desde que las autoridades de la República se establecen en la zona de la Frontera, continúa el sistema de ventas, que se amplía por la ambición de los particulares que desean comprar, valiéndose de la ignorancia de los indígenas, tierras a precios ínfimos. Amparados en los engorrosos trámites y procedimientos judiciales, simulaban contratos, captaban herencias y cometían toda clase de abusos.

En 1825, Luis del Río, militar de la Independencia, compra al cacique Nolasco Millaguir sus terrenos de Arauco, y el mismo Luis del Río compra al cacique Pichinhuala, en 1827, tierras de Carampangue que medían 10 leguas de largo por tres de ancho (más de 60.000 ha), en \$ 100.

“A medida que avanzaba la conquista de Arauco y el consiguiente desalojo de las tierras, estos instrumentos seguían otorgándose con más frecuencia y siempre en su forma abusiva. Había compradores que obtenían dilatados terrenos por sumas irrisorias, como diez pesos, o por artículos gratos al gusto de los indios, como baratijas, vino o aguardiente”⁵⁰.

Seguramente en la década de 1830, los generales Manuel Bulnes y José María de la Cruz adquirieron dilatadas propiedades en la región de Nacimiento. En 1846, Cruz vendió la suya a Rosauro Díaz y, más tarde, Bulnes también le vendió su propiedad.

En 1849, una buena parte de la reducción del belicoso cacique Mariluán la adquirió por compra Domingo de la Maza, en la suma de 150 pesos.

Los descendientes de Mariluán completaron, en 1855, la venta de sus heredades a Domingo de la Maza.

Los indígenas Hueraman y otros vendieron, en 1856, a Tomás Rebolledo, una propiedad de 600 cuadras en el departamento de Nacimiento, en la cantidad de 150 pesos. En la misma región, el indígena Curihueque y otros vendieron una propiedad de 2.000 cuadras a Joaquín Fuentealba, en la suma de 500 pesos.

El territorio que abandonaba el indígena, ya sea porque huía de él vencido, ya sea porque lo vendía, fue pasando poco a poco a manos de particulares, sin beneficio para el Estado y sin obligaciones para los ocupantes.

A fin de corregir los abusos que este sistema producía, se dictó, en 1853, un Decreto Supremo que prescribió la formalidad necesaria para la celebración de estos contratos de ventas de terrenos de indígenas.

El intendente de Arauco personalmente, o su representante en esta materia, debían, intervenir en estos contratos y dar fe que, en la venta, el

50 Tomás Guevara. *Op. cit.*, Tomo III, pág. 141

indígena vendedor lo hacía libremente, vendía lo que le pertenecía y se efectuaba el pago convenido.

Estos contratos se inscribían y registraban en libros especialmente destinados a este uso, que manejaban los secretarios de intendencia, quienes hacían las veces de notarios.

El autor de la Historia de la Civilización de la Araucanía, Tomás Guevara, en una nota de su obra, en el tomo III, pág. 143, dice al respecto:

“Notaría de Angol. En esta oficina existen cuatro libros en que se hallan anotados los títulos de propiedades en territorio de indígenas. El primero contiene 154 títulos en 170 folios; el segundo, 227 títulos en 232 folios; el tercero, 64 en 94 folios, y el cuarto, 137 en 185 folios. Se encontraban en el archivo de la Intendencia de Malleco y por Decreto Supremo N°1165 del año 1896 se mandaron entregar al notario de aquella ciudad.”

He consultado con el notario de Angol, quien me ha informado que esos libros no existían en el archivo de la Notaría en el momento de hacerse cargo de ella. Que solo ha sabido de su posible existencia porque también otros, como el que escribe, han querido consultarlos y han llegado con estos datos de Guevara a consultar. Preguntado si supone cuál ha sido la suerte de estos libros, me ha indicado que él no puede suponer nada, sino constatar el hecho; no figuraban en el Inventario del archivo al recibirse del cargo y en esa Notaría no existen.

El Decreto del año 1853, con fecha 10 de marzo de 1854 extendió la formalidad a todo terreno situado en territorio indígena, cualesquiera que fueran los contratantes.

Este fue el origen de las grandes propiedades que se formaron en la Frontera. Algunas conservaban su primitiva extensión a principios de este siglo y fueron, poco a poco, dividiéndose por causa de partición de herencia o por fructíferas ventas hechas por sus dueños, cuando la seguridad se obtuvo, cuando partió la ocupación definitiva de la Araucanía y, con mayor razón, cuando se ocupó definitivamente este territorio en 1883. Además, como se inició la construcción del ferrocarril en esta zona, las tierras adquirieron en breve tiempo precios reales, que significaron una inmensa fortuna solo en la tierra, sin pensar en lo que produjeron la primera explotación del bosque, la crianza de animales y las siembras. Los campos de trigo de la región

de Malleco, y más tarde de Cautín, hicieron de la Araucanía, de estas dos provincias, de Malleco y Cautín, el granero de trigo de Chile.

La puesta en cultivo de estas tierras incorporadas al trabajo, incrementó la agricultura nacional en una forma que aún no ha sido destacada ni apreciada en su justo valor. Pareciera que en la conciencia nacional no estuviera presente el hecho, tan reciente, de la incorporación efectiva a la nación de esta admirable Frontera, que día a día crece, se desarrolla y sorprende aún a sus mismos habitantes.

Las primeras tierras que pasan de mano en la forma indicada, lo hacen principalmente en las provincias actuales de Arauco y sur de Biobío: Nacimiento, Negrete, Coigüe y Mulchén.

En la década de 1860, ocurrirá lo mismo en la zona al norte del río Malleco.

Después el Fisco se hará dueño de lo ocupado y dispondrá de él como lo veremos: haciendo donaciones y constituyendo propiedades indígenas, muy pocas individuales, sino principalmente en merced de tierras a grupos que constituyen "reducciones". En ventas directas a individuos y, finalmente, en remates de propiedades previamente mensuradas e hijueladas. Este es el sistema que imperó en la adjudicación de la tierra en el resto de la provincia de Malleco y Cautín, además de otras formas que analizaremos en el momento correspondiente.

El Fisco, además, a partir de 1882 hizo especial reserva de hijuelas destinadas a la radicación de extranjeros que llegarán como consecuencia de implantarse, en la fecha indicada, un plan de colonización que dará sus frutos, palpables en la Frontera.

Todos estos son los medios como ha ido pasando a constituirse la propiedad de la tierra, la que conserva en la actualidad diversas formas y dimensiones:

La pequeña o mínima propiedad agrícola, el minifundio, con sus secuelas de pobreza para el propietario y destrucción de la capacidad agrícola de la tierra por una irracional explotación.

La pequeña propiedad agrícola de dimensión suficiente para una explotación y economía familiar.

La mediana propiedad agrícola que incorpora, junto al dueño de la tierra, la colaboración del trabajador agrícola.

La gran propiedad o latifundio, en la que se produce el encuentro del propietario y el trabajador.

La propiedad de la tierra en manos privadas, pero no de un dueño, sino de tantos cuantos sean los poseedores de las acciones o derechos, la sociedad es llevada al trabajo y producción campesinas. En ella deberá primar, dada su forma, estructura y filosofía, el llevarla a la máxima producción con el mínimo de gasto o de costo. A la sociedad le interesa la utilidad, hoy mediante la explotación de la tierra, no de su cultivo. No hay una conciencia de lo que representa la tierra, que debe ser una riqueza permanente que el hombre no debe agotar y destruir, porque su conservación es indispensable para el hombre de hoy, de mañana y de siempre.

Hay la propiedad cooperativa; pequeños y medianos propietarios que ponen sus tierras en un plan común de cultivos y producción, en la que ellos mismos desarrollan la mayor parte de la actividad laboral, sin excluir la posibilidad de contar accidentalmente, en ciertas temporadas y según el tipo de producción, con la colaboración del trabajador asalariado de temporada.

El origen de la propiedad en esta región y su constitución, han obligado a la autoridad a dictar diversas leyes destinadas a regularizar y revisar el derecho de propiedad agraria.

Puede pensarse que ya en la actualidad este aspecto está superado, con la sola excepción de las mercedes de tierra concedidas, en las llamadas "reducciones indígenas", a una familia o jefe de familia mapuche, a su descendencia y a veces a algunas personas que tienen unión con la familia mapuche tan solo porque viven con ella.

Este sistema de la tenencia de la tierra en reducciones, es un importante tema que hay que resolver, por razones sociales o de derechos. Es necesario abordarlo con decisión, pero con seguridad y sobre todo con la preeminencia del concepto de ser la tierra la base de la alimentación humana y que su fin es producirla. Es el caso más claro de bienes en que el hombre, que se siente propietario, más que tal es esencialmente un administrador momentáneo de un bien que debe conservar y, aún más, cultivar, mejorar y enriquecer.

Con estas consideraciones sobre un tema que necesitará que alguien en un futuro próximo, no lejano, se aboque a su conocimiento y ayude a una solución justa o si se quiere más justa que la actual, dejo esta materia para entrar de lleno a considerar qué pasa en Arauco en estos 30 años (1831-1861).

3. LA VIDA EN LA FRONTERA ENTRE 1831 y 1861

La Araucanía era un tema candente en la vida de Chile. Había la conciencia de la unidad del país, tanto en su forma territorial como en su pueblo y que la autoridad y la vida del hombre, en todo el territorio, estaba regida y sujeta a una Ley y a una autoridad. Así se siente por cualquier persona que se interese por el conocimiento de Chile.

Puede afirmarse que nunca fue, incluso en la República, un tema candente ni de interés vital para los gobernantes, la Araucanía. Muchos tal vez pasaron sus vidas ignorando el hecho social-político de un pueblo, en medio del territorio, que siente que es dueño de su destino y que no se explica por qué tiene que someterse a unas personas intrusas con las que nada tiene que ver.

He pensado muchas veces que la situación actual de este pueblo sigue siendo algo que no preocupa mayormente a la autoridad central, si bien la autoridad local, luego de ponerse en contacto con esta realidad, quiere encontrar apoyo a diversas ideas que surgen para llegar a incorporar a estos hombres heroicos, de nuestra tradición guerrera y militar, a una efectiva igualdad.

Da la impresión que no se le hubiera dado importancia a la realidad de su existencia y del dominio absoluto que ejercían en su región, porque estaban en lo suyo. Un país como Chile aparece cortado en su mitad por un pueblo que mantiene su libertad y no reconoce otro dominio que su costumbre.

Hay que someterlo y hacerlo entender que en el país no hay otra autoridad que la de la nación y esta imposición, cada vez que quiere hacerse valer, se encuentra con resistencia.

Por otra parte, juega un papel importante a su favor el orgullo nacional, que se siente heredero del valor y de la resistencia que el mapuche puso a

la dominación. “Con su sangre el altivo araucano nos legó como herencia el valor... defendiendo de Chile el honor.”

Cuando el gobierno, convencido de su papel, desea intervenir, se levantan voces de protesta que exigen se les respete el derecho a vivir como quieran y así lo proyectado vuelve a retrasarse. Sin embargo, cuando se conocen datos sobre delitos cometidos contra personas o bienes en la región, surge en el país un ¡hasta cuándo! Así, entre alternativas, se vivió el final del siglo XVIII y así se vivirá hasta la década de 1880 en el siglo XIX.

Hemos mencionado el Decreto de O’Higgins publicado en la Gaceta Ministerial de Chile. Número 82, del sábado 6 de marzo de 1819.

Vemos en este Decreto algo que va a estar siempre presente en la Legislación: incorporar a la igualdad a los mapuches con el chileno, con el menor daño posible.

La abdicación de O’Higgins, en enero de ese año, hizo momentáneamente olvidar la situación del sur del Biobío ya que el gobierno estaba empeñado en defender y dar garantía a la zona agrícola entre el Maule y Biobío, librando a San Carlos, Parral, Linares y Chillán de los ataques de los montoneros y bandidos que atacaban, unidos a los hermanos Pincheira, a pueblos y haciendas, incendiando, robando y destruyendo cuanto quedaba a su alcance y robando mujeres y niños en temibles y rápidos malones.

No había mayor preocupación por lo que ocurría al sur del Biobío, donde continuaba la acción de los ataques combinados del cura Ferrebú y Manuel Picó, unidos a los indios.

En tales circunstancias, el 21 de agosto de 1823, el ministro Mariano Egaña presentó al Congreso Constituyente un proyecto, que fue sancionado como Ley el 27 de octubre.

Pedía se autorizara al gobierno para que, por los medios que le dictaran su prudencia y conocimiento de las actuales relaciones con los indios araucanos, procediese a extender la línea de demarcación de Frontera, siguiendo el curso del río Imperial. Consultaba la construcción de fuertes en la ribera norte del río Imperial-Cautín.

La tierra entre el Biobío y esta línea se distribuía entre colonos, prefiriendo a los indios que quisieran optar por la vida civilizada y, además, se reservaría una parte para instalar colonias extranjeras.

Este acuerdo se realizaría entre el pueblo araucano y el gobierno de la República y, en la misma asamblea que se tratara el tema, se gestionaría la libertad de unas 5.000 familias que permanecían cautivas en Arauco.

Se establece que el plan demandaría un gasto de \$ 20.000. El proyecto fue sancionado como Ley el 27-X-1823.

Freire, que reemplazó a O'Higgins, confiaba en el éxito del Plan Egaña y se decidió a ponerlo en práctica inmediatamente. Volvían en esos días algunas unidades de tropas del Perú, donde habían actuado en la Expedición Libertadora y junto con llegar a Valparaíso, fueron embarcados rumbo a Talcahuano. Entre las unidades que se destinaron estaban el Regimiento "Honor de la República" y el "Batallón N° 1 de Infantería".

Freire planeaba lo dicho; Picó y el cacique Mariluán preparaban una concentración de fuerzas con objetivos de más largo alcance; querían llegar a San Fernando y Curicó; reunirse allí con los Pincheira y atacar en forma inmisericorde y por sorpresa a Santiago.

El intendente de Concepción, coronel Juan de Dios Ribera, al conocer los planes de guerrilleros y mapuches y los proyectos de Egaña y la confianza que Freire puso en los últimos, se propuso disuadirlo, haciéndole saber que era imposible citar a un Parlamento para el 16 de enero de 1824 en Yumbel; que los medios pacíficos no conducían a ningún resultado y, más aún, que era necesario, y cuanto antes, adoptar medidas hostiles como único medio de poner a cubierto la República y la provincia.

Freire llegó a Concepción. Los oficiales le hicieron comprender lo irrealizable del Plan Egaña y que, en cambio, lo que urgía era la conquista de Chiloé, que era de donde recibían ayuda y socorro los montoneros, a quienes, si se veían privados de este auxilio, no les quedaría otro camino que la rendición.

Aceptó Freire la proposición y dejó pendiente la situación de Arauco, que continuaría en altos y bajos. Aprovechándose de la situación irregular de la Frontera, cuanto bandolero o asesino recorría el país o había antes huido de las cárceles, se encontraba en terreno propicio para sus aventuras.

4. LA FRONTERA EN EL DECENIO DE JOSÉ JOAQUÍN PRIETO VIAL (1831 - 1841)

Después de las consideraciones que hemos visto de O'Higgins y Freire, nos detenemos en la presidencia del general Prieto para ver lo que se pensó oficialmente sobre el tema.

La iniciativa para proceder a la pacificación e incorporación del mapuche a la vida nacional, la plantea el general Manuel Bulnes en 1834, después de las campañas que llevó a cabo en la región del Biobío, tanto al norte como al sur de este río, para exterminar el bandolerismo, como lo hemos señalado en párrafos anteriores.

El plan presentado por Bulnes puso duda en Prieto, si lo acometía o lo postergaba. La visión del gobernante es siempre más amplia que la de quien ve y analiza un tema. No es que lo menosprecie, no: sino que lo contempla en el conjunto nacional y allí le da su valoración y prioridad.

Prieto sentía al país extenuado como consecuencia de la Guerra de la Independencia, de los gastos en hombres y dineros que significó la Expedición Libertadora de 1820 al Perú, de la siguiente "Guerra a Muerte" que asoló la región del Maule al Biobío y de la acción del bandidaje, que se exterminó con la muerte de los hermanos Pincheira. Por otro lado, recién se comenzaba a ordenar el país después de 10 años de anarquía.

Es conveniente tener presente que se estaba desarrollando, en forma enaltecedora, una gran admiración por los araucanos. Esto último, sobre todo, pesó siempre en forma decisiva en las determinaciones de la sensibilidad chilena, principalmente en la capital y en los territorios del país distantes de la Frontera.

Es posible pensar que la "acción mística colonial" en favor del mapuche, que iniciara el padre Luis de Valdivia, se estuviera reemplazando en el siglo XIX y aun en el XX, por la admiración hacia el mapuche.

Con estas consideraciones, el Plan de Bulnes quiso Prieto fuera analizado en todos sus aspectos y lo envió para ser estudiado por el ministro de Guerra José Javier de Bustamante, pesando el pro y el contra de la Guerra

de Ocupación. Sobre el particular, en la Memoria del Ministro de Guerra y Marina (1835) encontramos su opinión:

“Si esta Guerra pone en conflicto a los habitantes de las fronteras, con la desolación o incendio de sus campos y riesgos de sus vidas, conmueve también la sensibilidad de los buenos chilenos por las desgracias que acarrea a una nación valiente, digna de cultura y que adorna los anales de Chile.” “Y a la verdad ¿qué otro pueblo de bravos conocemos que tenga el incomparable arrojo de atacar repetidas veces, sin más armas que una lanza sostenida por su robusto brazo, a igual número de soldados provista de pólvora y bala despedidos directamente por el cañón destructor? ¿Qué diremos si en lucha tan desigual logra, como se ve muchas veces, arrebatar la victoria a su enemigo, u obligarlo a una violenta retirada?” “Todo chileno siente, en el fondo de su corazón, el más grato placer, al escuchar o referir, las antiguas o modernas proezas de los héroes araucanos y todos se glorían de que este pueblo esté situado y viva dentro de los límites de la República.”

Después de estas reflexiones, el ministro declaraba que el gobierno se proponía completar los preparativos necesarios para ir a la pacificación de la Araucanía.

Este propósito quedó paralizado, ya que todo el esfuerzo nacional debía orientarse a terminar con el poder de Andrés de Santa Cruz Calaumana y de la Confederación Perú-boliviana entre los años 1836-1839.

La ocupación y pacificación volvió a quedar diferida.

5. DECENIO DE MANUEL BULNES PRIETO (1841 - 1851)

Durante este decenio se gastó mucho tiempo en dictar una ley sobre la materia que nos preocupa. El Parlamento recibió, en 1843, un proyecto que legislaba sobre la situación de la Colonia de Magallanes. Fue aprobado por el Senado y pasó a la Cámara que, después de detallado estudio, lo modificó, enviándolo nuevamente al Senado e incluyendo en él medidas que afectarían a las comarcas habitadas por indígenas. Este proyecto aprobado por el Senado

volvió a la Cámara que lo estudió y discutió nuevamente y, antes de darle su aprobación, pidió un informe a don Antonio Varas, quien lo presentó el 25 de septiembre de 1849.

En un largo y fundado informe, Antonio Varas da cuenta de la opinión personal que ha logrado formarse, pero, con la honradez con que siempre actuó en su vida privada y pública, deja constancia que también oyó a muchas personas, que tenían razón para opinar sobre el tema, porque lo conocían ya sea por ser vivientes fronterizos o comerciantes que tenían permanente contacto con los indígenas. En otro rubro, la opinión de los misioneros, de los administradores y funcionarios públicos, de los Jefes de Plazas y fuertes, eran todas opiniones válidas que le permitieron tener un juicio y poder opinar.

El informe de Varas lo he tenido a la vista. Está publicado en la obra que editó Cornelio Saavedra en 1870: "Ocupación de la Araucanía"⁵¹.

¿Qué propone en su informe al Congreso Nacional? Sus principales ideas es conveniente dejarlas establecidas.

1. Los territorios indígenas requieren un régimen y gobierno especial, diverso del que se observa en el resto de la República. Uno siente esa necesidad luego que observa lo que son esos territorios, lo que son sus pobladores, la clase de sumisión en que se hallan respecto a la autoridad del Estado.

2. Constata un hecho y lo afirma: "En su gobierno interior, su independencia es completa. Sus caciques los gobiernan sin tomar para nada en cuenta las autoridades de la República. Lo mismo se observa en las relaciones de las diversas tribus o parcialidades entre sí".

"Sin embargo, hay autoridades constituidas en las cuales reconocen el derecho de mandarlos, a las cuales se someten. Reconócense súbditos del Gobierno, representado éste por el Intendente, por el Comisario, por los comandantes de plaza; pero con cierta independencia, con ciertas exenciones particulares."

Esta última condición, piensa Varas que viene desde el período colonial y "es el resultado de prácticas establecidas durante el régimen español".

51 Cornelio Saavedra: "Ocupación de la Araucanía". Santiago, 1870. Imprenta de la Libertad.

Para ellos la autoridad va unida a la fuerza, el concepto abstracto del poder “es una abstracción con la que se acomoda poco la inteligencia inculta de un salvaje”.

3. “Es un hecho, que hay un orden particular de funcionarios que sirven al presente para el gobierno de los territorios de indígenas, y que hay también un sistema particular de administración, aunque muy imperfectamente establecido”. Piensa en consecuencia que es posible dictar una norma de excepción que permita a la autoridad que hasta aquí ha actuado, que lo siga haciendo y que se perfeccionen y se mejoren los diversos medios que se estime conduzcan a producir, con eficacia y rapidez, la mayor adaptación del mapuche a la civilización.

4. Cree que los indios de la comarca fronteriza, en las proximidades del Biobío, debido al más frecuente contacto con el español en otro tiempo y después con lo chileno, están en mejores condiciones para someterse; pero aún así “se someterían con repugnancia, con resistencia, y muchos desertarían para el interior”.

5. “Un régimen basado sobre lo que existe es el que conviene desarrollar”.

“Para bosquejar ese régimen, según lo concibo, necesito determinar previamente el objeto, que al establecerlo debe tenerse en mira; ¿Cuál es el objeto? Civilizar a los indígenas, es decir, mejorar su condición material, ilustrar y cultivar su inteligencia, desarrollar los buenos sentimientos que son el patrimonio de la humanidad, y elevar su espíritu a las verdades morales y religiosas. Convertir esos restos de los primitivos habitantes de Chile en ciudadanos útiles, hacerlos partícipes de los bienes que la civilización derrama sobre todos los países, desterrar de entre ellos las preocupaciones y supersticiones que ofuscan su espíritu, hacer lucir a sus ojos la luz del Evangelio que tanto ennoblece al hombre, es una empresa bien digna de la República, y el único objeto noble, patriótico y humano que debe proponerse, y el que voy a tomar por base en mis observaciones”.

“La empresa de civilizar a los indígenas requiere un orden de autoridades encargadas de su Gobierno, con atribuciones calculadas para este objeto, y un buen sistema de medios civilizadores.”

Pasa luego Varas a ocuparse de los medios que se debe usar.

El primer medio que analiza es el de las "misiones". Reconoce que hasta el presente, cuando escribe, este medio no ha dado todo lo que se esperaba de él y analiza algunas condiciones que lo han hecho que no sea todo lo eficaz que puede llegar a ser.

En primer lugar se le reprocha a las misiones, dice Varas, un fracaso total, pero se pregunta, ¿cuántas son las misiones? Y se encuentra con que, a lo menos en la fecha que él escribe, las misiones son solo dos: Tucapel y Nacimiento, que son las únicas que funcionan en 1849, y que antes estuvieron en Santa Juana y Arauco, donde se suprimieron y fueron trasladadas a sus nuevos lugares.

Dos misiones, a cuarenta leguas de distancia, para un territorio tan vasto y para tan gran número de indígenas. "Es indispensable en esta materia, primero que todo dotar al Misionero del verdadero espíritu de tal, formarlo para esta actividad, conocer el idioma y hablarlo con soltura, lo que sólo le dará más confianza al mapuche". Misioneros formados con espíritu evangélico, que penetran sin que sean en su tarea, avanzada de conquista militar y que detrás de él llegue el soldado. Esto mata todo intento de civilización misionera. Misionero tolerante con la costumbre aborigen, convencido que la debe cambiar, pero no imponerle el cambio, porque eso será la partida de su resistencia. El cambio llegará solo cuando previamente se haya convencido de su ventaja y utilidad. El cambio es por convicción, no por imposición.

El misionero debe ser un consejero total para el indígena, que lo ayude en la mayor eficacia de su trabajo, en el cultivo del campo, y en los variados aspectos de su vida.

El terreno que el misionero nunca debe dejar de considerar como prioritario, es el trabajo con el niño; esto supone junto a la misión, la escuela. Algunos protestan contra este medio: "será muy caro". Varas demuestra que no tiene por qué ser muy caro. Al revés, cree que es sin lugar a dudas muy económico, si se da en el lugar y de acuerdo con las exigencias de sus vidas. Pero se pone en el caso que la empresa fuera costosa y agrega "si compensan los resultados, no hay por qué vacilar".

6. Otro medio, después de la misión y la escuela, que será de vital influencia en la comunicación con la población chilena, es el comercio entre ambos, chilenos y araucanos. A través del comercio se preocupan de la crianza de buenos animales y poco a poco van incorporando, a su uso personal, lo que

ven que usa con ventaja el civilizado y así, adquiriendo e incorporando una y otra cosa, va paulatinamente cambiando de sistema de vida y abriéndose a otra forma de vida, que termina por incorporarlo a la civilización.

Para producir estos cambios, la autoridad que actúa sobre ellos no puede tener una visión rígida para su actuar; debe contar con la movilidad mínima para ir probando, abandonando lo inútil y fomentando lo beneficioso.

7. Otro medio que propone Varas y en el que confía serviría mucho para la civilización y pacificación del mapuche y para su integración a la nación, por lo cual le recomienda en forma muy especial, es el integrarlo al trabajo. "El comercio es un medio para incitarlo al trabajo, le ofrece alicientes para vencer su indolencia". "Que a los indígenas sea libre salir a comerciar a las poblaciones de chilenos, a las ciudades; pero que no se permita la entrada de comerciantes a la tierra (de ellos), sino en ciertas épocas, i a los que sean conocidos por su honradez".

Para comprar necesitará tener dinero, producto que puede obtener o por venta de sus propias producciones: animales, tejidos, etc., o por dinero que ha obtenido como remuneración por su trabajo.

8. En cuanto a la venta de sus propiedades, del todo o parte de ellas, Varas pretende que debe haber quien controle estas operaciones para que se defienda el legítimo derecho del mapuche, ya sea en su precio, ya sea para que no quede totalmente despojado de la tierra, o bien para que no se produzca un acaparamiento de tierras adquiridas por quien piensa especular con ellos, cuando las condiciones que se producirán se los permitan.

Muchas de estas adquisiciones han dejado la tierra abandonada en espera de la ocasión propicia de venderla en unidades convenientes y en precios que no guardan relación alguna con los de adquisición, como lo hemos señalado en párrafos anteriores.

Cree Varas que lo mejor en esta materia, para el indígena como también para los efectos que estas tierras deben tener en la economía agrícola de Chile, sería que solo el Estado pudiera adquirir estas tierras y él venderlas o adjudicarlas según el caso lo requiera.

9. Bueno sería montar, en la línea de frontera, unidades militares fuertes y bien equipadas, de manera que su poder y su presencia sean objeto de respeto y temor de parte del indígena y para que el colono que trabaje la

tierra o el propietario de ella sientan la protección necesaria para desarrollar sus actividades.

Además, podría entregarse tierras de las que compre el Estado a los soldados que lo merezcan y se interesen, hijuelas en propiedad, para que las cultiven y establezcan en ellas a su familia y, luego de servir en el ejército, se retiren a la vida campesina.

10. El Gobierno y la autoridad civil, administrativa en el territorio, han de tener, mientras no se produzcan la pacificación, el sometimiento o la civilización, una función no detallada, ni precisa, ni obligada a actuar teóricamente, en el sentido que normalmente establecen las leyes para sociedades incorporadas a la civilización.

Por lo mismo, le parece que deben tenerse en cuenta ciertas normas para la autoridad, que vayan conduciendo a obtener lo que se pretende, pero que dejen al criterio de la autoridad tomar decisiones que se encuadren con la emergencia que se les presente y así actuar.

Varas era un hombre de derecho; pero era también un hombre práctico y comprendía y amaba y defendía que toda autoridad debe estar orientada a obtener siempre el éxito que permita al hombre progresar en la paz y en la justicia. Ahora bien, tratándose del tema sobre el que informa, lo importante es lograr la incorporación del mapuche a la civilización, a la vida del pueblo chileno y para ello hay que emplear los métodos ordenados a las circunstancias.

El gobierno nacional, sin duda, consideró muy valiosas estas observaciones, pues la ley dictada contempló varias disposiciones que representaban estos criterios. Así el artículo lo establece:

“Las plazas fronterizas... los territorios habitados por indígenas no reducidos, dependerán exclusivamente del Presidente de la República y serán gobernadas según sus órdenes por los Intendentes, Gobernadores o Comandantes de Fronteras.”

En el artículo 2° se establece:

“Se autoriza al Presidente de la República para dictar las ordenanzas que juzgue convenientes... para la más eficaz protección de los indígenas, para

promover su más pronta civilización y para arreglar los contratos y relaciones del comercio con ellos”⁵².

Esta Ley fijó un período de 4 años para hacer uso de ella y así sus efectos caducaron en 1856.

Al terminar el gobierno de Bulnes, tuvo nuevamente cierta actividad especial la situación de la Araucanía. La provocó el naufragio de un bergantín de 180 toneladas, “El Joven Daniel”, que ocurrió muy próximo a la costa, entre la desembocadura del Imperial y el Toltén. Este bergantín hacía el viaje desde Valparaíso a Valdivia y Chiloé y naufragó en julio de 1849.

Viajaban en esta oportunidad, fuera de la tripulación, unos doce pasajeros.

El barco fue saqueado y asesinados parte de los tripulantes y pasajeros por los indios de Puancho, tribu vecina al lugar de naufragio.

Estos hechos fueron puestos en conocimiento del intendente de Valdivia por Juan Francisco Adriazola y Santiago Millañir.

Fue enviado a investigar estos hechos el teniente Sayago, quien regresó a Valdivia llevando algunos objetos y un poco de dinero recogido de entre los indios.

Los datos de estos hechos, llegados a Santiago, abrieron una gran indignación en la opinión, en contra de los mapuches y se indicaba la necesidad de emprender una operación punitiva contra ellos, destacándolos como capaces de los más horribles actos, crueles y abusivos. La oposición a Bulnes, que estaba en las finales de su gobierno, aprovechó para aumentar la crítica, acusándolo por su falta de preocupación al tener desguarnecidas esas costas y no expedicionar para castigar a los indios.

Fue preciso al Gobierno actuar y movilizar el ejército. Se nombró general en jefe al general José María de la Cruz Prieto. Las noticias que llegaban de la Frontera indicaban, a su vez, que los mapuches se habían concertado para la defensa de su libertad y de su suelo.

52 Ley de 2 de junio de 1852.

Bulnes no veía la necesidad de una expedición punitiva, la que no ayudaba en nada a lo que importaba, que era la ocupación e incorporación a la vida nacional del rico territorio ocupado por los indios.

Asistido de esta idea y preocupación, Bulnes retardó el envío de tropas, hasta que regresara el hombre de su confianza en esta materia, sargento mayor José Antonio Zúñiga, que con un piquete de soldados e indios auxiliares investigaba los verdaderos alcances del naufragio del "Joven Daniel".

En el mes de enero de 1850 regresó Zúñiga a Los Ángeles, acompañado de los supuestos asesinos.

No había habido asesinato, ni proyectos de alzamiento. Los comisionados del intendente de Valdivia habían tejido todas estas aseveraciones para ocultar el robo, que ellos hicieron, de la mayor parte de los objetos que los indígenas habían recogido del naufragio.

6. BULNES Y LAS MISIONES

A partir de 1832, en el gobierno de Prieto se piensa en la necesidad y utilidad de las misiones religiosas entre los araucanos, como una forma de iniciar, o mejor continuar, la acción misional que se realizó en el período colonial.

Así fue como, por Decreto del Gobierno del 11 de enero de 1832, se restableció el Convento Franciscano de Chillán.

Según el Decreto, este Convento de Chillán se llamará "Convento de San Ildefonso", su comunidad se denominará: "Misioneros recoletos", observarán la Regla de San Francisco y su principal objeto será preparar misioneros que vayan a actuar entre los indios bárbaros para "iniciarlos en los principios de nuestra sagrada religión y procurar su civilización". Para los efectos de su sustentación, se le concede a esta comunidad la estancia denominada "Los Guindos", que había pertenecido a los jesuitas.

Decretos posteriores incrementan esta actividad religioso-misional. El Decreto del 19 de noviembre de 1835 comisionará al padre Zenón Badía para

traer 25 religiosos franciscanos que deben incorporarse al Colegio de Chillán. En 1847 se decretó la fundación de una Iglesia Misional en Arauco y el mismo año se funda una escuela de primeras letras en Tucapel, para indígenas y chilenos. Antes de este año 1847, se fundaron tres misiones: en Osorno, La Unión y San José de la Mariquina.

En 1848 el gobierno trajo a los padres capuchinos y les asignó 10 misiones y en 1850, en agosto, se señaló al río Cautín-Imperial como divisorio de la acción misional: Los franciscanos al norte de esta línea y los capuchinos al sur.

Las misiones capuchinas fueron: Valdivia, residencia del padre Superior, y San José de la Mariquina. Ambas habían sido fundadas en el período colonial, en 1633, ahora se las entregaban a los capuchinos; se colocaron también bajo la tutela de estos religiosos, Quinchilca, actual Río Bueno, Quilacahuin, San Juan de la Costa, Pilmaiquén y Trumao. La de Pilmaiquén es la actual San Pablo; este nombre se lo debe al fundador de la misión, el padre Pablo de Royo.

En 1850-1851 se fundó la misión de Bajo Imperial (Puerto Saavedra). Allí se establecieron escuelas para niñas y niños, subvencionadas por el gobierno. En 1869 un incendio destruyó la misión y las escuelas, las que nuevamente construyó el padre Constancio, "el padre de los indígenas". En 1891 se quemó la Iglesia Misional que hasta esa fecha, lo mismo que las escuelas, estaba en la parte alta del cerro de Puerto Saavedra, en el lugar llamado Stella Maris.

En 1894 se trasladó la iglesia y misión al pueblo, en el plano. Esta iglesia fue arrasada por el maremoto en 1960 y se construyó posteriormente la actual iglesia parroquial, en 1967.

En 1850 intentaron fundar una misión los capuchinos, en el lugar del actual Pitrufquén, con el consentimiento de los indígenas; pero cuando llegó el misionero para instalarse, lo amenazaron de muerte y lo hicieron retirarse con la advertencia de no recibirlo más.

En 1853 y 1855 se hicieron tentativas de fundar misión en Toltén, pero los indígenas no lo permitieron. En 1860 se volvió a intentar. El padre Reggio logró, con esfuerzo y sacrificio personal increíbles, vencer la resistencia de los indígenas y en 1865 se estableció definitivamente la misión en Toltén.

7. LA FRONTERA EN EL DECENIO DE MANUEL MONTT TORRES (1851 - 1861)

Al iniciar su gobierno Manuel Montt, sin duda con el auxilio y la ilustrada opinión de su ministro Antonio Varas, pensó en la ocupación gradual de la Araucanía. Como un paso para este propósito, hizo algunas modificaciones administrativas que facilitarían la tarea. Creó la provincia de Arauco, por Ley del 7 de diciembre de 1852.

Esta provincia abarcó desde el Biobío al Toltén. Su capital sería la ciudad de Los Ángeles que, para este efecto, fue agregada a la jurisdicción provincial de Arauco. La provincia tendría dos departamentos, administrados por gobernadores, que residirían en Nacimiento y en Arauco, mientras el intendente residiría en Los Ángeles.

Los propósitos del gobierno de Montt en esta materia, pueden sintetizarse en lo siguiente: a) poner orden en el verdadero caos que reinaba en la zona; b) dar paz a los indígenas con una administración recta, severa y expedita; c) comprar terrenos e instalar en ellos colonos.

En 1853 el ministro Urmeneta creyó que ya se había alcanzado la regularidad administrativa y expresó los fundamentos de su plan en la memoria que presentó ese año al Congreso Nacional.

El plan consistía en comprar a los mapuches lotes de tierra de 20.000 cuadras, para establecer en ellas colonias de chilenos. Estos chilenos, a través de su vida, costumbres, trabajos y contactos directos y permanentes, serían un elemento civilizador de primera clase. Así, a medida que avanzaran las colonias, se incorporarían a la actividad económica nuevas tierras y nuevos brazos, por el trabajo de los mapuches y por la nueva vida que empezaría a desarrollarse en la Araucanía.

Este proyecto no pasó de una buena idea, pero no tuvo realización, pues la revolución de 1859, que esencialmente fue provocada para evitar la sucesión presidencial de Montt, en la persona de Varas, llevó la atención a este tema y otra vez se postergaba la decisión de ocupar la Araucanía.

Este movimiento revolucionario de 1859 tuvo como centros de acción a Concepción y Copiapó. Algunos revolucionarios de Concepción pensaron en incorporar a la rebelión a los mapuches y se presentaron en la Frontera

para mezclarse con ellos, levantarlos y animarlos a la resistencia. Entre ellos vale la pena recordar algunos nombres: Benjamín Videla, Bernardino Pradel, Arístides Cruz, Fidel Vargas, Nicolás Tirapegui. Los principales caciques que actuaron en ese momento fueron Manguil, Calvucoi, Melín, Huinca Pinolevi y Huenchecal. Era este “cacique Calvucoi, turbulento, fiero y precipitado, en la pelea. Tuvo primero su residencia en las orillas del Renaico, frente al actual caserío de La Esperanza⁵³”.

Gobernaba la Provincia de Arauco, desde 1857, como intendente y comandante general de Armas, el sargento mayor graduado Cornelio Saavedra.

La frontera estaba defendida entonces por un recinto fortificado en Los Ángeles, que era la capital de la provincia de Arauco y residencia del intendente y comandante.

En la confluencia del Biobío y el Vergara, el fuerte Nacimiento.

Adelantado sobre la tierra de los indios, existía el punto fortificado de Negrete, mero vigía y puesto de avanzada.

Santa Bárbara era la plaza más oriental de la línea de la Frontera, situada en la falda de los Andes, con su artillería y pertrechos.

San Carlos de Purén era otro fortín, situado en la margen derecha del Biobío, justo en el lugar en que hoy el camino longitudinal cruza el Biobío.

También eran plazas de esta línea, Santa Juana y Talcamávida, al sur y norte respectivamente del Biobío y frente una a otra.

Estas plazas las defendían el Batallón 2° de Línea y la Guardia Nacional de todo el territorio de Arauco, que ascendía a 2.256 hombres.

En febrero de 1859 la rebelión se hizo general y toda la Frontera ardía.

Los revolucionarios contaron con grandes grupos de mapuches que atacaban por todas partes, destruían sembrados, quemaban las casas y bodegas de las haciendas y atacaban incluso algunos poblados y ciudades.

53 Tomás Guevara. *Op. cit.*, Tomo III. Santiago, 1902

Así atacaron Concepción, Talcahuano, Chillán y Nacimiento y destruyeron e incendiaron totalmente al poblado de Negrete.

Este alzamiento se llevó a cabo desde principio de 1859 hasta iniciado 1861. Adquirió carácter de guerrilla y el hecho que sus promotores chilenos, como lo hemos señalado, se hayan instalado en territorio araucano, contribuyó a que los mapuches les prestaran su apoyo y se sublevaran en masa. El hombre más importante del pronunciamiento fue, sin discusión, Bernardino Pradel, nacido en 1808, de origen francés por su padre.

Residió en Concepción hasta 1835, en la actividad del comercio y también tuvo actuación en la Municipalidad, de la que era miembro. Disgustado por ciertas actitudes de la corporación, se retiró de ella y de la ciudad y se fue a vivir en una hacienda a orillas del río Diguillín, cerca del actual Pemuco, en la provincia de Ñuble. Allí pasó casi 15 años, entregado a la agricultura.

La amistad con el general Cruz y su inclinación hacia los mapuches son los antecedentes más salientes de su vida pública. La amistad con Cruz lo llevó a participaren la revuelta de 1851, y en la revolución de 1859 se puso contra el gobierno de Montt, ante la posible elección de Varas.

Pradel, producida la paz a principio de 1861, se ocultó entre los indígenas y solo volvió a la vida civil cuando el presidente Pérez dictó la ley de amnistía amplia, el 18 de octubre de 1861, por la que ponía término a la responsabilidad de delitos políticos. Se fue a residir a Chillán, desde donde siguió ejerciendo mucha influencia en los pueblos del sur y reducciones de la Araucanía.

Cuando Cornelio Saavedra inicia la tarea definitiva de la ocupación de la Araucanía, Bernardino Pradel puso al servicio de esta causa sus relaciones con los caciques, para que permitieran el avance de la línea de Frontera y la fundación de nuevas ciudades.

Ese nuevo alzamiento de los mapuches en 1859-1861, convenció una vez más al gobierno de la necesidad que había de ocupar militarmente un territorio que estaba como si no fuera parte de la nación y que, además, venía sirviendo de asilo a los perturbadores de la paz pública.

Sobre esta razón de Estado, primaba otra que inducía, además, a los estadistas dirigentes a someter pronto la Araucanía al régimen común del país: el hecho de haber sido conquistada una parte de ella por la población agrícola, que iba realizando desde algunos años una lenta penetración en

ese territorio. En efecto, estos trabajadores agrícolas de la tierra indígena se adelantaron a la línea de frontera que defendía el ejército.

Los intendentes de la provincia de Arauco hacían presente al gobierno la urgencia de completar la conquista, por las armas, del territorio que ya se había conquistado por el trabajo. El primero en esta propaganda administrativa fue el laborioso intendente Francisco Bascuñán Guerrero. En nota de abril de 1854, insinuaba al Ministro del Interior la idea de incalculables beneficios, y así decía: "La línea de Frontera, hoi tan a retaguardia de aquellos intereses, cosa bastante singular, podría dar un paso más adelante, obteniéndose fácilmente de los poseedores de los terrenos, localidades donde establecer guarniciones. Al lado de este elemento de orden y seguridad se irán formando poblaciones convencionales que pedirán en su auxilio templos y escuelas".

Estas mismas peticiones formularon otros intendentes que sucedieron a Francisco Bascuñán. Así lo hizo Francisco Puelma, que en 1857 gobernó por unos cuantos meses la provincia, e igual hará Cornelio Saavedra, que desempeñó el mando desde el 2 de diciembre del año 1857 hasta el año 1859.

En forma muy especial, Cornelio Saavedra se había formado la convicción de que era insostenible el estado actual de la Araucanía y que era urgente modificarlo. Su experiencia en los negocios de la Frontera le hacía comprender que el avance hacia el sur de la línea de fuertes sería una empresa de fácil realización, la que no demandaría sacrificios, ni gastos ingentes e integraría a la nación vastos campos, ocupados por la inercia improductiva del mapuche.

Con el propósito de mover al gobierno a realizar esta campaña, se trasladó a Santiago en junio de 1859, cuando se creía que los fracasos experimentados por los montoneros en el alzamiento, los había hecho someterse a la paz. Gestionó, ante el presidente Manuel Montt, la aceptación de sus pensamientos y, después de un deliberado estudio del asunto, se convino que se movilizaría un cuerpo de 3.000 hombres para llevar a cabo, en esa misma primavera de 1859 y en el verano de 1860, la ocupación de una parte del territorio araucano.

El pensamiento de Saavedra era que se podía avanzar, en una primera etapa, la línea del Biobío, a la línea que estaría geográficamente señalada por el río Malleco. Con la autorización del presidente Montt, Saavedra comenzó a realizar las diligencias conducentes a preparar la expedición. Con este objeto se trasladó a Valparaíso en septiembre; pero el motín que estalló en ese puerto el 18 del mismo mes y que ocasionó la muerte del general Juan

Vidaurre Leal, lo obligó a tomar el mando del gobierno de esa provincia, acto que sancionó el gobierno, decretando su nombramiento de intendente y comandante general de Armas y de Marina.

Se aplazó, por esta causa, la acordada expedición a la Araucanía. Sin embargo, el proyecto continuaba absorbiendo la atención de Saavedra.

CAPÍTULO SEXTO

Iniciación de la ocupación de La Frontera

1. DECENIO DE JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ M. Y ACTUACIÓN DE CORNELIO SAAVEDRA (1861 - 1871)

En 1861 el nuevo presidente José J. Pérez instó a Saavedra a seguir como intendente de Valparaíso, lo que Saavedra aceptó, no sin antes lograr el compromiso del Presidente de cooperar a su empresa de la Araucanía.

Los pasos que se empezaron a dar fueron de máxima cautela y se examinaron todos los antecedentes. De acuerdo con este criterio, el ministro de Guerra Manuel García pidió por escrito a Saavedra, el 7 de octubre de 1861, que enviara el desarrollo de su plan de adelantar la Frontera. Tan clara era la visión de Saavedra, tanto había pensado sobre el tema, que el pedido del 7 de octubre fue contestado con un informe completísimo, que fechó el día 11 de ese mismo mes.

Creo de especial interés para el conocimiento de la iniciación de la operación militar de ocupación de la Araucanía transcribir íntegros los documentos citados.

Documentos sobre la ocupación de la Araucanía

MINISTERIO DE LA GUERRA. N° 613

Santiago, Octubre 7 de 1861.

Para ocurrir a las Cámaras pidiendo la autorización necesaria a fin de disponer de algunas sumas que deberán invertirse en los gastos que demande la realización del pensamiento del Gobierno de adelantar la línea de Frontera, conviene que V.S. remita a este Ministerio a la mayor brevedad posible una nota en que se desarrolle dicho pensamiento con todos los detalles que hagan notar su utilidad, acompañando el respectivo croquis de las localidades.

Dios guarde a V. S.

Manuel García.

Al Intendente i Comandante Jeneral de Armas de Valparaíso.

Comandancia Jeneral de Armas de Valparaíso, Octubre 11 de 1861

Señor Ministro:

Cumpliendo con lo ordenado por V.S. en la nota de 7 del actual, N° 613, someto a la consideración del Supremo Gobierno las bases que a mi juicio deben servir para la reducción del territorio araucano i su incorporación al resto de la República. Esta esposición no es mas que la repetición de las multiplicadas conferencias que con S.E. el señor Presidente i con V.S. he tenido sobre el particular.

Dispuesto como estoi a realizar el plan que propongo, espero solo la resolución del Supremo Gobierno, para abandonar este puesto i pasar el mando del ejército de operaciones de la frontera a fin de no retardar los trabajos, que creo oportuno iniciar en el próximo mes de noviembre.

Dios guarde a V.S.

Cornelio Saavedra.

Al Señor Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra.

CONSIDERACIONES A FAVOR DEL AVANCE DE NUESTRAS FRONTERAS EN EL TERRITORIO INDIJENA. I. EL ESTABLECIMIENTO DE UNA NUEVA LINEA SOBRE EL RIO MALLECO

I. RESEÑA DE LA SITUACIÓN DE LA ALTA FRONTERA

Desde que en el siglo pasado se estipuló reconocer como línea divisoria entre los españoles i los indígenas el río Biobío, bien poco se ha avanzado en la obra de la reducción i la civilización de los araucanos. La falta de un plan sistemado i seguido con fe i constancia ha hecho por otra parte infructuosos los esfuerzos individuales i las conquistas del comercio i de la civilización. Reducidos los elementos puestos en acción, a las misiones mal combinadas i mal servidas en su generalidad e impotentes por sí solas, ha ido postergándose indefinidamente el gran pensamiento de nuestra integridad nacional. Basta recordar que por estos medios no se ha contenido sino por cortos intervalos la lucha a muerte entre las dos razas, sin que hasta ahora se haya extinguido el profundo antagonismo que las divide, i sin que una sola de esas misiones haya servido siquiera como fundamento de una población. La relajación siempre es la misma, i ninguna de las ventajas de su civilización ha podido afianzarse en aquel territorio por medio de las misiones. En los primeros tiempos de la conquista un reducido número de españoles con escasos elementos pudieron sin embargo, obrar con mas eficacia por medios combinados i enérgicos, que dieron en cortos años resultados

portentosos i que aun admiramos. Las misiones, la fuerza, i el comercio garantido por una autoridad vigorosa, pudieron asimilar poblaciones eterojéneas i fundar una nación en un territorio estenso, poblado de enemigos, i con un corto número de hombres civilizados i resueltos.- Los resultados de la esperiencia permiten ahora optar entre los diversos sistemas que pueden emplearse para llegar a un fin tan deseado, al que se han consagrado tantos esfuerzos como heroicos sacrificios. Tomando como punto de partida la época de nuestra emancipación política, vemos sucederse los mismos efectos por causas idénticas. La fuerza militar, imponiendo respeto a la barbarie i dando garantías al comercio, conquistó al sur del Biobío, que era antes la línea respetada, el punto de Negrete, que fue en 1840 un reducido i mal formado fuerte, pero que llegó a ser una población de mas de 1.500 habitantes. En donde han obrado las misiones, los resultados no han sido mas felices que en otra época, ni aun para facilitar siquiera el comercio i la franca comunicación con los indíjenas. El misionero cree comprometida su seguridad i lo que él llama su influencia, si muestra un trato amistoso i cordial con la raza civilizada: es, mas que un propagador del Evangelio, un prisionero sometido a los caprichos i hábitos singulares del salvaje.

El pueblo de Negrete, guarnecido por una pequeña fuerza, fue desarrollándose poco a poco, estendiendo la población en los campos inmediatos i fomentando la industria agrícola i el comercio que, en poca estension, se ha hecho hasta los últimos años. Veíanse ya al sur del Biobío, en la alta Frontera, fundos estensos trabajados i cultivados, i en el año de 1858 ascendía, según los cálculos mas prudentes, a mas de 14.000 el número de pobladores rurales españoles, aumentado incesantemente por la creciente emigración de otras provincias. Principiaba también a realizarse, en no reducida escala, la absorción de la raza indígena por la civilizada, i muchos naturales entraron en la vida de la civilización i del trabajo.

Los desgraciados acontecimientos que se han sucedido desde 1859 hasta la fecha han destruido la obra comenzada bajo tan lisonjeros auspicios i restituido la Frontera al estado de inseguridad i desolación que tenía antes de 1835. La población de Negrete reducida a cenizas por el fuego de los bárbaros, arrasadas las habitaciones, bodegas i demás trabajos realizados; robados los ganados e incendiadas las cementeras, los pobladores se vieron en la imperiosa necesidad de abandonar un territorio en que podían ser víctimas de la zaña cruel de los naturales, que jamás han respetado ni las personas ni las cosas que puedan llevar el sello de la civilización. El aniquilamiento de la Frontera i el desaliento de los espíritus será el resultado preciso de aquellas depredaciones repetidas día por día, si el Supremo Gobierno no ocurre en protección de las vidas i las propiedades, i

no adopta medidas de seguridad mas radicales i estables que las que hasta ahora se han tomado. Las otras poblaciones de la línea de Frontera no corrieron poco riesgo de seguir la suerte de Negrete, i sin las escasas guarniciones militares que en ellas se sostenían, los araucanos para nuestra vergüenza, habrían conquistado por la desolación una parte del departamento de la Laja.

Tan pronto como lo permitió el orden público amenazado en otros puntos de la República, el Supremo Gobierno entró a reprimir la sublevación de los indígenas por dos campañas consecutivas llevadas hasta el Imperial, las cuales han dado los resultados que siempre han producido estas

operaciones. Nuestro ejército victorioso en todas partes ha recorrido la Araucanía, sin llegar a encontrar jamás organizado a un enemigo que se mulla en los bosques para aprovechar los momentos favorables que la casualidad le presente. Escarmentado, sin embargo, en todos los encuentros, i restituidas nuestras fuerzas a sus posesiones, aquellos han quedado en la misma posibilidad i libertad de asaltar a los pobladores indefensos i robar sus animales i cosechas. La situación es, pues, deplorable a este respecto. No hay quien pueda en tal inseguridad aventurar lo que ayer le quedó por perder. La industria i el comercio se han extinguido en esas localidades, i la población misma que podía servir de refugio, reducida a escombros i cenizas, los propietarios desposeídos i los bárbaros enseñoreándose de sus últimas conquistas sobre nuestra civilización. El Gobierno podrá comprender mejor esta situación, i la suma dificultad de que se mejore por los esfuerzos particulares, con una breve descripción del terreno i de los puntos ocupados por las guarniciones ordinarias.

El llano que se estiende al sur del Biobío, adecuado por su buena calidad, a los trabajos de la agricultura, es el que en una parte no pequeña contenía antes del año de 1859, los 14.000 pobladores i los muchos fundos cultivados en el territorio indígena, perteneciente a españoles. Los fuertes militares son en la actualidad el de Nacimiento, San Carlos, Anjeles i Santa Bárbara el primero al poniente del Vergara i los demás al norte del Biobío. Por consiguiente, estando la fuerza militar a retaguardia de los nuevos pobladores i separada por un rio caudaloso, no podrá ser eficaz ni oportuna su protección: cuando más alcanzaría a ejercer una influencia moral, mui débil sin embargo para contener a los indios en sus depredaciones. No obstante, una confianza exajerada en la tranquilidad de los araucanos aglomeró en aquellos terrenos muchas personas i capitales que se perdieron en un día de desolación. El pueblo de Negrete, fundado al sur del Biobío, poseía el único fuerte que podía prestar en un corto radio algunas seguridades, i esta es la causa que ese pueblo llegó a reunir mas de 1.500 habitantes ocupados del comercio i de la agricultura.

Por esta sucinta descripción se comprenderá fácilmente que mientras no se adopte un plan mejor concebido i sostenido, será imposible obtener el progreso de aquella parte de la República i la reducción i civilización de los indígenas: podrán conseguirse resultados precarios i transitorios, pero nunca permanentes i radicales. Con este convencimiento i con la esperiencia de algunos años, adquirida en presencia de los sucesos i de las localidades, puedo proponer al Supremo Gobierno un sistema a este respecto, con la certidumbre de alcanzar el fin que se desea por medios de fácil aplicación poco costosos, i seguros en sus resultados.

El sistema que espondré no es nuevo, ni desconocido a toda persona que ha estudiado, con interés i patriotismo i en vista de las localidades, el medio de integrar la República en su territorio natural. Muchas son las personas notables que han revelado al público unas, i otras al Supremo Gobierno i aun al Congreso, las mismas ideas que yo no hago mas que corroborar después de examinar la Frontera en diversas i variadas situaciones, i conocer el carácter de los indígenas.

II. LÍNEA DEL MALLECO

El sistema de civilización de los indígenas, que someto a la alta consideración del Supremo Gobierno consiste: 1° en avanzar la línea de la Frontera hasta el río Malleco; 2° en la subdivisión i enajenación de los terrenos del Estado comprendidos entre el Malleco i el Biobío; 3° en la colonización de los terrenos que sean mas a propósito. Examinaré, con la estension que me permitan los estrechos límites de esta comunicación, cada uno de dichos puntos por su orden. El río Malleco, aunque tiene un caudal de agua menor que el Biobío, presenta ventajas incontestables i reconocidas ya por personas competentes, para una línea de fácil defensa contra los indios. En vista del plano se comprende que su situación se presta también a la protección de todos los grandes intereses comprometidos hoi indefinidamente. Naciendo de la cordillera se une al Vergara en Angol, como a once leguas al sur de la línea actual, i comprende una área de terreno entre ambas líneas que no bajará de trescientas cincuenta cuadras. Las altas barrancas que forman su caja en casi todo su curso dejan solo franco paso por cinco o seis puntos que también pueden inhabilitarse a poca costa algunos de ellos, construyendo pues cinco fuertes en los puntos que puede atravesarse el Malleco, se dejaría casi en una completa incomunicación a las fuerzas indígenas organizadas. Si pudiera ser practicable en otros puntos el tránsito, no lo sería sin duda por grupos de alguna consideración, ni posible que estos lo intentasen

por la natural desconfianza del salvaje, sabiendo que dejaban fuerzas enemigas a retaguardia. El Biobío para el indio es un pequeño obstáculo, pues lo salva a nado, i no es siempre fácil cortarlo en su retirada. Los nuevos fuertes corresponderían a los de Nacimiento, Negrete, San Carlos i Santa Bárbara, i no exigirían, una vez establecida la nueva línea, mas tropa de guarnición que la que cubre el servicio en las plazas actuales, salvo los dos primeros años, en que convendría inspirar plena confianza a los habitantes i a la misma tropa i hacer mas poderosa i eficaz su influencia en el ánimo de los indíjenas.

El establecimiento de esta línea no demanda por otra parte sacrificios de importancia. El Supremo Gobierno conoce lo que es un fuerte de defensa en la Frontera, i el poco costo de los cuarteles que habría que construir para la comodidad de la tropa. Todas estas obras, como las que aconsejen la experiencia i progreso de las poblaciones que se formen en cada plaza, se harían con la misma fuerza que, consagrada esclusivoamente a conservar su puesto i a prestar ausilios a los demás fuertes, tendría tiempo sobrado para el trabajo. Con este arbitrio i llevando elementos de construcción con las divisiones que habían de tomar posesión de las márgenes del Malleco, las obras de seguridad pueden estar concluidas en poco tiempo, i los cuarteles antes de la mala estación. Las operaciones militares dirigidas solo a consecuencia de este propósito no presentarían riesgos ni dificultades; i es por otra parte probable que, tentando medios amistosos con los jefes principales de los indios, cooperen muchos de éstos a la ejecución del plan propuesto, según datos que he podido recojer recientemente. Si la táctica del indio ha burlado en otras ocasiones los esfuerzos de nuestras tropas huyendo a su vista para reorganizarse en otra parte, i esperando un momento oportuno para sorprender o hacer escursiones rápidas sobre puntos poco vijilados; adoptando ahora un plan defensivo, evitando el desorden i cansancio que producen marchas precipitadas i constantes, i ocupando sobre todo posiciones como las que propongo, se encontraría el salvaje impotente para embarazar los trabajos que han de incomunicarlo con el territorio poblado por los habitantes civilizados. Es de notar además que los indíjenas desalentados por el resultado de las luchas pasadas i en la necesidad urgente de proveer a la conservación de sus ganados i a la suya propia, no han de encontrarse bien dispuestos para una nueva campaña. Entre el Biobío i el Malleco, existen hoy muy pocos habitantes indíjenas, i aun en 1858 no pasaban de 500, según la estimación hecha por personas conocedoras de aquellas localidades; estando ya muchos asimilados con la raza civilizada. Es tanto mas probable obtener arreglos amistosos para el establecimiento de la nueva línea, cuanto que pueden encargarse personas de influencia entre los

indígenas i hacer así mas fácil i mas económico todo procedimiento para alcanzar este fin.

Resguardado el territorio situado al norte del Malleco por la nueva línea, los antiguos propietarios i pobladores, i otros muchos nuevos, irían en poco tiempo a fomentar el comercio i la industria i a dar vida a los pueblos que han de formarse bajo la protección de los fuertes. Este ha sido el orijen de las actuales poblaciones de la Frontera i, no lo dudo, las mismas causas producirán hoi iguales efectos. Una guarnición de cien o doscientos hombres lleva consigo muchos especuladores al menudeo, que espenden los artículos de consumo i ensanchan poco a poco su comercio sobre los indios. Por otra parte, el estímulo del trabajo en terrenos de poco precio lleva muchos agricultores, que van estableciéndose de un modo permanente en el transcurso de pocos años. Los individuos de tropa retirados del servicio que ven facilidad de ganar cómodamente la subsistencia para su familia, son otros tantos pobladores que acrecentarán la producción i el consumo. Las condiciones ventajosas, como la buena calidad de los terrenos, son también motivos que aseguran este desarrollo. El río Vergara de fácil navegación hasta Angol, presenta una espedita comunicación i facilidades al comercio con los pueblos de Nacimiento y Concepción; i ademas el transporte de los frutos puede hacerse cómodamente por terrenos planos y abiertos aun desde puntos distantes. A estos motivos de fomento pueden agregarse las misiones que habrán de establecerse, mas bien que en puntos aislados en el recinto de las poblaciones para atender al servicio del culto i a las necesidades espirituales de los habitantes cristianos, sin que dejen de tener ocasión de ejercer su misión con los indígenas convertidos a los hábitos civilizados, i propender a la educación por medio de las escuelas primarias, cuando sea oportuno.

Respecto a la tropa, dos clases de estímulo puede adoptarse; o bien se dona una estencion de terreno a los que hayan de radicarse en aquellos puntos, o bien se fija un sistema gradual de sueldos por cuatro o cinco años, que consistirá en darles una estencion de tierra para su cultivo, i en el primer año sueldo íntegro, en el segundo dos tercios, en el tercero una mitad, en el cuarto un tercio, para que el quinto se hallen en aptitud de consagrarse esclusivamente a su trabajo i proveerse por sí de los medios de subsistencia, con la obligación de prestar servicios militares en los casos urjentes, o quedar en calidad de milicianos por el espacio de cinco años. Este temperamento deberá adoptarse solo con los que lo soliciten.

El comercio, como ajente poderoso que debe obrar en la consecución del objeto propuesto, puede hacerse servir con eficacia i en poco tiempo. El comercio con los indios en manufacturas, licores i principalmente en plata, ha sido, en los años que precedieron a los sucesos de 1859, mui importantes, haciéndose un

cambio ventajoso de cereales, lanas i animales. Establecida la línea del Malleco i restringido el comercio de los indios a las plazas fronterizas, con prohibición de hacerlo en otra parte, se atraería a ellas centenares de personas que se han consagrado especialmente a esta ocupación; i es de esperar que los mismos araucanos recibirán mayor provecho de un sistema así establecido en sus relaciones con los españoles.

Las plazas de Malleco, colocadas unas de otras a una distancia de dos leguas poco mas o menos i comunicadas por caminos fáciles, pueden prestarse prontos auxilios en los casos necesarios, dándose señales por medio de piezas de artillería de grueso calibre. Estas mismas señales servirían de aviso a los habitantes de los campos para buscar la protección i seguridad de sus vidas e intereses en los puntos militares mas inmediatos; esos mismos pobladores robustecerían las guarniciones militares, haciendo así mas imposible las depredaciones de los salvajes.

Si llevado a su total realización este pensamiento da los resultados que todos preveen, en dos o tres años mas, puede seguirse avanzando la línea de Frontera hacia el sur partiendo de la costa, i así sucesivamente hasta que haya desaparecido la actual anomalía de existir un territorio chileno al cual no alcanza el imperio de la constitución i de las leyes de la República; i concluya para siempre el antagonismo entre las dos razas, por la civilización de los bárbaros. El Supremo Gobierno habrá hecho un bien de alta trascendencia para el porvenir, dando inmediato principio a la ejecución de este plan, i remediará en cuanto es posible la miseria a que ha quedado reducida una parte bien considerable de la provincia de Arauco, víctima desde 1859 de las espoliaciones i asesinatos cometidos por los indios.

III. ENAJENACIÓN DE LOS TERRENOS DEL ESTADO

La enajenación de los terrenos valdíos o fiscales que existen entre el Biobío i el Malleco no solo concurría al fin antes dicho sino que indemnizaría al Estado de los gastos que le demanda al afianzamiento de la seguridad de la Frontera.

La importancia de esta medida es fácil de comprender. Subdivididos los terrenos en hijuelas de 500 a 1.000 cuadradas, i enajenadas en pública subasta, habría muchos interesados, halagados por el bajo precio o por la comodidad del pago, si las ventas hubieran de hacerse a censo redimible de a cuatro por ciento en el todo o parte, o a plazos, i finalmente por la garantía que ofrece el vendedor. El interés individual haría que en pocos años esos pequeños fundos se

poblasen i cultivasen, i entonces no habría posibilidad de que fuesen amagados ni perturbados en sus labores. La protección de las fuerzas a vanguardia, la población acrecentada i los fundos deslindados i cerrados pondrían muchos obstáculos insuperables a los indios, si alguna vez pretendiesen tentar fortuna. La enajenación de cada hijuela convendría se hiciese bajo condiciones convenientes para que se asegurasen en el menor tiempo posible la estabilidad de las ventajas que este sistema ha de producir, i afianzase la reducción de los indíjenas i la integridad del territorio.

Tales condiciones podrían consistir: 1° en que los compradores cerrasen con fosos sus propiedades donde lo permitiese el terreno, en el término de dos años; 2° en que dentro del mismo término trabajasen sus habitaciones, i 3° en que tuviesen en dos años, una posesión para cada inquilino, arrendatario o sirviente por cada cien cuadras.

Otras industrias favorecidas por la agricultura i el comercio irían también en poco tiempo a cooperar a la acción civilizadora de todas las demás causas enunciadas i el departamento de Nacimiento en esta parte sería conquistado a la barbarie, sin necesidad de una guerra destructora. Para conseguir tan útiles resultados i facilitar al Supremo Gobierno no los medios de adoptar resoluciones prontas i seguras, conviene que, tan pronto como se establezca la nueva línea, se mensuren hijuelas i tasen los terrenos vacantes por injenieros militares que pueden formar parte de la división que tome posesión del Malleco. Calculada la estension de este territorio de 350.000 cuadras cultivables, puede estimarse en mas de 200,000 las que no son poseídas legalmente i a las que el fisco tendría un derecho espedito. De éstas convendría dejar una parte considerable para colonias i para distribuirlas entre los individuos del ejército, según lo espuesto anteriormente. El precio de cada una cuadra, adoptando un término medio, no bajará de cuatro pesos i por consiguiente el erario nacional puede procurarse una renta anual no despreciable. Si se toma en cuenta la mayor producción i que todos los fundos que se enajenen pagarán una contribución territorial, puede afirmarse, sin temor de aventurar un juicio exagerado, que el Estado reembolsará i obtendrá nuevas fuentes de riquezas para su erario, de que carece el presente, aun en el caso que las operaciones militares i la construcción de fuertes i cuarteles, no fuese tan económica como lo he propuesto.

La influencia que la explotación de aquel territorio ejercerá sobre el comercio en jeneral del sur i aun del extranjero, será notable en sus inmediatos resultados por la facilidad de los transportes i el moderado costo de la producción.

En los años que precedieron al 59 se sustentaba un comercio ya mui estenso i cuya paralización ha sido sentida en todos los pueblos que gozaban de estos

beneficios. No puede calcularse en menos de 250,000 fanegas de cereales las que se producían en la estension indicada, ni en menos de 8.000 quintales de lana los que se estraian para el extranjero. No obstante el principal artículo era el de animales vacunos, pues desde allí proveían muchos especuladores en grande escala, para conducirlos a las provincias centrales. Todos estos artículos se cambiaban por mercaderías extranjeras, por licores i plata amonedada o manufacturada.

Conviene, sin embargo, evitar un mal, sentido desde muchos años atrás, resultantes de los fraudes que se cometen en las enajenaciones de terrenos de indíjenas i que han producido un caos en la lejitimidad de los derechos sobre terrenos. Bien sea que el indio vendedor sea engañado por el comprador, abusando de la ignorancia del indio, lo induzca a errores, resulta que por estas u otras causas se ha producido i se producirán mientras subsista tal orden de cosas, un palenque de juicios interminables, una confusión de derechos que no pueden evitarse. El Supremo Gobierno dictó muchas i mui bien calculadas resoluciones para evitar estos males, i aun adoptó la idea que ahora tengo el honor de proponer a US.: la de prohibir todo contrato de venta hecho por indíjenas. Todos los que han tenido ocasión de hacer estudios prolijos sobre la frontera, i entre ellos me hago un honor en citar al señor don Antonio Varas, han creído el único medio de establecer las relaciones con los indios bajo mejores bases i evitar en lo posible los fraudes en los contratos en que intervienen, es adoptar como principio que el Estado sea el único comprador de los terrenos pertenecientes a indíjenas, no como una medida de lucro, sino para que los enajene en hijuelas proporcionadas i por el mismo precio de costo o en subasta pública. Esta medida aun que no aparezca desarrollada en toda su estension en la presente memoria, es de suma importancia, contribuirá en gran parte a establecer relaciones amistosas con el indio, i a que el comercio se haga bajo mejores auspicios, pues mucha parte de las hostilidades que los comerciantes reciben de los indios, son provocadas por los fraudes que en los contratos sobre terrenos han sufrido éstos, produciéndose así entre ellos desconfianza i rencor hacia los españoles. Me remito al juicio ilustrado que tan notables personas, como la que acabo de citar, han formado i comunicado al Supremo Gobierno i a otros cuerpos del Estado, i al de V.S. mismo, que habrá tenido ocasión de estimar las mismas causas i sus efectos. Prudente es precaver con tiempo las usurpaciones que podrán hacerse al Estado por los particulares, apoderándose sin títulos de los terrenos vacantes. Contratos ficticios, enajenaciones fraudulentas, posesiones supuestas, internaciones, etc. pueden ser armas que se usen con alguna jeneralidad para cometer esas usurpaciones i obtener adquisiciones fiscales aunque precarias.

Para que los intereses públicos puedan defenderse contra maquinaciones bastardas, es urgente proceder al nombramiento de un fiscal especial encargado de seguir los juicios correspondientes i practicar la jestioness que convengan a los intereses del Estado ante la Justicia ordinaria. El secretario de la Intendencia, que hasta ahora ha desempeñado este cargo, no puede ejercerlo sino en la capital de la provincia, pues no podría abandonar sus principales ocupaciones reconociendo por sí mismo las localidades, hacer investigaciones, ni practicar otras diligencias que habrían de dar una solución mas pronta i favorable a los juicios. Una dotación de dos mil pesos anuales i por un tiempo determinado evitaría al Estado pérdidas de mucha consideración i trascendencia. También convendría que el Supremo Gobierno se hallase investido por el Congreso de la facultad especial de dirimir por sí o por medio de las autoridades administrativas subalternas, i conociendo como arbitrador aquellos juicios en que tuviesen parte i que podrían hacerse interminables por las vías ordinarias; pudiendo solo hacer uso de esa facultad cuando lo exigiesen los intereses públicos i la naturaleza del negocio sometido a juicio.

Personas hai que constantemente han estado dispuestas a ceder en favor del Estado parte considerable de los terrenos indíjena, a trueque de ver garantido el resto de los amagos de los indios, i hacer cesar la inseguridad de sus títulos, en contraposición a veces con los del fisco; i es de suponer que la mayor parte de los que se hallan en iguales circunstancias obrarían en el mismo sentido, consultando su buen entendido interés. Una comisión compuesta del Intendente, del secretario i del ajente fiscal especial, podría informar al Gobierno acerca de la conveniencia de las transacciones que se propusiesen para que fuesen autorizadas en vista de los expedientes orijinales, de los títulos i documentos de los interesados. Sin adoptarse éstas u otras precauciones análogas, que el Supremo Gobierno encuentre mas propias i eficaces, serian comprometidos muchos de los inestimables bienes que la República puede reportar de la reducción de los araucanos i de la incorporación de su territorio.

IV. COLONIZACIÓN EXTRANJERA

La colonización extranjera es otro de los medios que deben entrar en la reducción i civilización de los indíjenas, bajo las mismas bases i condiciones que las establecidas para las colonias de Llanquihue i Human, destinándose la estension de terrenos que sea mas conveniente a desarrollarla i indicarla. La enajenación de pequeñas propiedades, a nacionales i extranjeras, i la cesión de otras a los colonos,

haría que la colonización fuese mas fecunda en sus resultados, reuniendo en un mismo punto distintas nacionalidades i facilitando la asimilación de los colonos i nacionales i la introducción i propagación de industrias mas perfeccionadas i de hábitos mas laboriosos. Por otra parte, el mayor valor de los terrenos cultivados i la creación de nuevas industrias vendría a redundar en provecho del Estado, i a promover la inmigración voluntaria de otros puntos de la República i del extranjero. Dando a la colonización toda su importancia i fomentándola en una escala proporcionada, en pocos años el fisco podría usar centenares de miles de cuadras de los terrenos situados entre el Malleco i el Imperial i algo mas adelante; la existencia de tribus salvajes en la República, solo aparecería consignada en las paginas de la historia. La calidad de los terrenos, la facilidad de las conducciones i trasportes por ríos navegables i el clima mismo, hacen de aquella parte de la República la mas adecuada i propicia a la colonización, i la que mas se presta a darla las proporciones que el país exige. La falta de habitantes nacionales, que ocasiona la estagnación de la agricultura e impide el nacimiento i desarrollo de otras industrias, no puede remediarse sino es con la colonización extranjera, felizmente iniciada con buenos resultados en las provincias de Valdivia i Llanquihue. Los colonos protegidos por la nueva línea de frontera serian seguros auxiliares de las guarniciones militares en los casos de guerra i prestarían su mayor inteligencia i laboriosidad al fomento de los pueblos fronterizos.

La paz sólida i bien afianzada de que felizmente goza hoi la República, presenta la ocasión mas favorable para la ejecución de estos proyectos, cuyo buen éxito depende de la constancia con que se pongan en acción todos los elementos, por tiempo de tres o cuatro años consecutivos. Por esta consideración debe aprovecharse el tiempo i no postergar las operaciones para otra época en que otras atenciones distraigan de este importante objeto la acción del Supremo Gobierno i de los que deben inmediatamente ejecutar sus instrucciones.

Iniciadas las operaciones militares en el próximo mes de noviembre i tomando posesión de los pasos del Malleco, después de tentar el consentimiento i acuerdo de los caciques principales por un parlamento que se puede provocar, podría el Supremo Gobierno adoptar en seguida medidas para la mensura, división i enajenación de los terrenos, i hacer los pedidos de colonos para el año siguiente. Por mi parte me propongo allanar los demas obstáculos, que siempre acompañan a toda empresa importante.

Reunidos en un parlamento los caciques de mas influencia para hacerlos comprender que se respetarán las lejítimas posesiones de los indíjenas i que la nueva línea no será mas que una garantía de paz i de beneficios recíprocos, e interesándolos en que eviten toda hostilidad de parte de sus compañeros, no

dudo que pueden entrar muchos de ellos en acuerdos, i ser buenos auxiliares. A este propósito contribuirá la asignación que creo conveniente dar a algunos caciques importantes i a un reducido número de sus mocetones, los que están siempre dispuestos a ser fieles apoyos de la autoridad pública i a prestar sus importantes servicios en la Frontera. Estos sueldos son siempre bien reducidos i no impondrán al erario gravámenes dignos de atención.

Los indígenas que tengan efectivas posesiones entre el Malleco i el Biobío han de ser deslindados i respetados en ellas, sometiéndose al régimen legal que se pondrá en ejercicio tanto en lo administrativo como en lo judicial, estableciendo nuevos departamentos i subdelegaciones luego que el incremento de las poblaciones lo requieran, i aun estarán obligados a prestar los servicios que los demás habitantes para la seguridad de los diversos lugares separados de la fortaleza. Ordenanzas de policía local y otros medios normales de seguridad vendrán a completar el régimen que se establezca.

RÉGIMEN ESPECIAL DE LA FRONTERA

Los artículos 1° i 2° de la lei de 2 de junio de 1852 reconocieron la necesidad de establecer un régimen especial para los territorios habitados por indígenas, i autorizaron la formación de las ordenanzas de Frontera, llamadas a promover la reducción i civilización de los indígenas, i establecer las relaciones comerciales, bajo bases de protección para los indios. En efecto, no es concebible la observancia del régimen constitucional entre individuos que no reconocen el imperio de la lei i que deben considerarse en situación de que el Estado ejerza una saludable tutela sobre ellos para prepararlos a la vida civilizada. Esta autorización caducó en 1856; pues concedida solo por cuatro años, no pudo salir de este término; pero ahora debería conferirse por un término mas largo, en atención a que la experiencia ha hecho conocer la dificultades de plantear en corto tiempo el sistema mas conveniente en todos sus detalles. La Intendencia de la provincia, estudiando de cerca las necesidades i los medios de conciliar los intereses de los indios i de los españoles, podrá proponer al Supremo Gobierno las ordenanzas respectivas. Entre las medidas de un régimen especial, que se han adoptado con buen éxito i que propongo en esta memoria, debo recordar las que han reglamentado la forma de los contratos sobre terrenos todavía víjenes, i la de prohibir las enajenaciones a favor de particulares, haciéndose el Estado el único comprador i vendedor. Las ventajas que resultarán de este sistema se han relacionado en uno de los capítulos precedentes i oportunamente podré presentarlas en todos sus detalles,

si el Supremo Gobierno así lo ordena, aceptando el pensamiento en la estension que lo propongo.

Las leyes i disposiciones acordadas i la esperiencia misma han sancionado i adoptado el principio de que los indíjenas no pueden entrar en el ejercicio de los derechos propios a todos los demás ciudadanos sin la tutela de la autoridad. Sin ella se fomentarían de nuevo los fraudes i espoliaciones que han deseado evitarse i de que son víctima los indios i los habitantes civilizados. Agentes de pleitos, tinterillos de profesión i especuladores de mala fama, hai en gran número, i todos conspiran ardientemente a provocar litijios entre unos i otros i a mantener la inseguridad i alarma, que mata todo pensamiento de mejora i toda idea de trabajo. Los indios despojados, los españoles defraudados, la provincia privada de los bienes del comercio i de la agricultura, i la confusión de las propiedades, es el cuadro que ha presentado ordinariamente la frontera: males producidos por esos comunes enemigos que sólo ganan con el desorden. Medidas enérgicas de absoluta exclusión de estos agentes, como intermediarios en las relaciones con los indios, serian el único medio de extinguir el mal.

Los deslindes obligados en las propiedades rurales i los cierros jenerales de cada una en un espacio de tiempo dado, hechos con intervencion de un representante fiscal para prevenir las internaciones en terrenos del Estado, contribuirían a fijar los derechos particulares bajo mejores bases. La Intendencia llevaría un registro de los títulos como al presente, i un libro de deslindes, cuando estos se hiciesen por acuerdos de las partes i con intervencion fiscal, o por resolución de las justicia, algo mas espesos i detallados que los que se observan en las oficinas de los conservadores. Impulsados así los particulares a arreglar sus derechos i a poner fin a las contiendas sobre posesión, bajo multas que se aplicarían a los que no cumpliesen con estas disposiciones de policía, se avanzaría rápidamente a la finalización de los pleitos pendientes i a evitar los que siempre se promueven por sujestiones apasionadas de los agentes de oficio.

Estas i otras providencias especiales exige el plan que propongo de reducción i civilización de indíjenas, fácil i económico en su ejecucion, como eficaz i de inmediatos resultados.

Dispuesto a realizar el plan propuesto, si encuentro benévola acogida en el Supremo Gobierno, i con la esperiencia i conocimientos locales necesarios, así como con la voluntad decidida de hacer tan importante bien a mi país, tengo la conciencia de poder conseguir en poco tiempo los grandes resultados que me prometo en el establecimiento de la línea de Frontera en el Malleco. No he confiado demasiado en mis propias ideas: ellas se han formado en una larga serie de observaciones i en presencia de los sucesos, en la investigación de las localidades i en la opinión

respetable para mí de otras personas que han examinado con interés patrio las mismas cuestiones. V.S. conoce también por sí mismo cada uno de los detalles que apunto en esta esposicion, i sera el órgano mas seguro para transmitir a S.E. el Sr. Presidente, las relaciones de las calamidades i desgracias que ha sufrido la frontera desde 1859, i los remedios que todos reclaman para garantir sus vidas i sus propiedades de los crudos ataques de la barbarie.

Sírvase V.S. trasmitir a S.E. esta esposicion para que, cuanto antes le sea posible, resuelva una cuestión de la que depende la felicidad de una provincia i el incremento de toda la República.

CORNELIO SAAVEDRA.

Este memorial entregado por Saavedra al gobierno, por intermedio del Ministro de Guerra, como se ha podido ver, se puede sintetizar en los siguientes puntos;

1° Reseña sobre la situación de la Frontera después de los acontecimientos de 1859-60. Conveniencia de adoptar un plan mejor concebido que los anteriores y, sobre todo, un plan propuesto y sostenido para someter la Araucanía e integrar la República con este territorio.

2° Realizar, dentro del plan, un primer paso que permita avanzar, por el centro del valle, la línea del Biobío hasta el Malleco y, en el territorio incorporado, fomentar una colonización a la que se incorporen individuos del ejército, que deseen establecerse como colonos en las mismas tierras que ellos ayuden a conquistar. Además de este avance, hacer lo mismo por la costa, partiendo de Arauco hacia el sur.

3° Enajenación de las tierras incorporadas, dividiéndolas en hijuelas. Señala los inconvenientes que se producen en el trato directo del comprador y el indígena.

4° Colonización, respetando el derecho de los indígenas a que se les reserve y entregue terreno suficiente para su subsistencia.

5° Crear, por un tiempo, un régimen especial de Frontera, con ordenanzas especiales.

Prohibir a los indios contratos sobre terrenos a favor de particulares, debiendo el Estado ser el único comprador y vendedor. Deslindar obligatoriamente las propiedades rurales, colocando los cierros que los limiten en un tiempo determinado.

Conoció el memorial el Presidente y, antes de resolver, convocó a una reunión, para oír su consejo a varios militares de graduación; Saavedra nos da los nombres de los que participaron y entre ellos primó la opinión de diferir lo propuesto. Fueron ellos: Manuel Bulnes, Juan Gregorio de las Heras, Manuel J. García, Marcos Maturana, Erasmo Escala, José Antonio Villagrán, Mauricio Barbosa, Vicente Villalón y Emeterio Letelier.

La opinión mayoritaria fue contraria a la proposición, no en cuanto a que no debía hacerse, sino que era preferible otro esquema de acción.

El Presidente solicitó al coronel don Pedro Godoy un informe escrito sobre un planteamiento y realización, que este le entregó el 25 de noviembre de 1861. Este informe también aprueba el llevar a cabo la empresa, pero cree que es preferible concebir la acción en un plan diferente al de Saavedra.

El Presidente quiere actuar, pero siente que la prudencia aconseja tener el mayor número de antecedentes que permitan tomar una resolución definitiva, bien fundada. Pide, en enero de 1862, un informe sobre el tema al general don José María de la Cruz y le envía los informes de Godoy y Saavedra.

El general contesta, con su opinión, en un largo informe dando la razón al Memorial de Saavedra.

Mientras estas consultas iban y venían, Saavedra fue citado a una reunión con los altos oficiales y defendió sus planes, convenciendo a algunos y, sobre todo, al presidente Pérez, quien decidió dar el "vamos" dictando el Decreto del 14 de octubre de 1861, en que nombra intendente de Arauco y comandante o general de Armas al teniente coronel Cornelio Saavedra.

Con este nombramiento, Saavedra solicitó al coronel Vicente Villalón, que desempeñaba el cargo de comandante en jefe de la Frontera, que convocara a la celebración de un Parlamento al mayor número de caciques, en un lugar entre Los Ángeles y la ubicación que tuvo Angol.

Tendría tiempo Villalón para citar, mientras Saavedra se embarcaba en Valparaíso, el 7 de noviembre con las tropas de su mando.

Cuanta indecisión en el gobierno, pues el 8 de noviembre, un día después de embarcarse y partir hacia el sur el teniente coronel Saavedra con sus tropas, el Gobierno acordó aplazar las operaciones de la Araucanía.

Con todo, Saavedra respondía, el 16 del mes, que si bien no se había llevado a efecto el Parlamento que citó con los caciques, no era un obstáculo para llevar adelante la operación, pero que, en vista de su nota de suspender las operaciones, no avanzaba en la acción, solo por dar cumplimiento a la orden.

Pero su presencia en la provincia de Arauco despertó el entusiasmo de las poblaciones de Los Ángeles y Nacimiento, las que hacen llegar al Presidente notas de profunda gratitud, por haberse decidido a emprender la pacificación y ocupación de la Araucanía y así la Municipalidad de Los Ángeles dice en su acuerdo: "La Municipalidad... da un voto de gracia al Supremo Gobierno por haber acordado e iniciado el proyecto de adelantar la línea de frontera, y proteger en consecuencia las propiedades al sur y norte del Biobío"⁵⁴.

A su vez el gobernador de Nacimiento se dirige al Supremo Gobierno por intermedio del intendente con el acta siguiente:

Exmo. Señor:

Los vecinos de Nacimiento que suscriben, penetrados de la importancia del pensamiento que V.E. ha concebido de adelantar la línea de Frontera hasta el Malleco, encargando de la realización de esta idea al señor don Cornelio Saavedra, a quien por diversos títulos estamos adheridos con toda nuestra voluntad, i que su solo nombramiento presajia el mejor éxito de tamaña empresa, cuyos resultados harán la prosperidad de estos pueblos, i tal vez del país entero, nos apresuramos a expresar a V.E. por el órgano del señor Intendente de la Provincia nuestra profunda gratitud.

Dios guarde a V.E.-M.A. Eulogio Benavente.- José Bartolomé Sepúlveda.- Andrés Campo.- Rosauro Díaz.- Manuel Teherán.- José Bunster.- José del C.

54 Cornelio Saavedra. *Op. cit.*, pág. 25.

Carrillo.- Juan Grandt.- Francisco Fernandez.- José Antonio Roa.- Pablo Lognil.- Carlos Onfray.- Lorenzo Leiton.- José Salvador Rubio.- Pedro de Joui.- J.C. Morales.- Pascual Cid.- Daniel Sepúlveda.- Pedro Cártes.-Martin R. Bunster.- Juan Palma.- José Navarro.- Domingo de la Maza.- José Sinforoso Rubio.- Alejandro Mondaca.- Juan N. Hayley.- José Antonio Melo Riquelme.- José Manuel Villagra.- José Salvador 2° Rubio.- Manuel Antonio Cid.- Rudecindo Elgueta.- Bentura Ruiz.- Juan de Mata Ruiz.- José Miguel Elgueta.- Juan Troncoso.- Joaquín 2° Rojas.- Pedro L. Brun.- Francisco Calderón.- José Antonio Robles.- Amador Moreira.- José Miguel Conejeros.- Pedro S. Herrera.- Julian Gaete.- Tiburcio Villagra.- José Manuel Alarcon.- José Benito Ovalle.- Telésforo Rocha.- Jervacio Sanhueza.- Ramón Jofré.- F. Cantalicio Díaz.- José María Ruiz Anguita.- José Leoncio Cadena.

Me he permitido citar este documento con todos los nombres de los firmantes como una manera de recordar a aquellos verdaderos pioneros que vivían en estos puntos avanzados llenos de peligro, que fueron los que hicieron posible el desarrollo de la Línea de la Frontera.

Cuánta indecisión... nuevamente el Supremo Gobierno con fecha 27 de noviembre, después de haber oído el consejo de varios oficiales, dispone la suspensión de las operaciones militares que se iban a iniciar. El 7 de diciembre, el comandante Saavedra da cuenta de haber cumplido la disposición suprema, en relación con la operación militar que debía avanzar la línea de la Frontera.

Cuando en la provincia se conoció el contenido de la resolución del gobierno, se produjo un desaliento muy grande y de Los Ángeles y Nacimiento se dirigieron al Presidente de la República.

En representación del pueblo de Los Ángeles, capital entonces de la provincia de Arauco, un grupo de vecinos el 11 de diciembre se dirigió al Presidente.

Excmo. Señor:

Los infrascritos vecinos de la provincia de Arauco a V.E. respetuosamente esponen:

Que víctimas en su mayor parte de los horrores que en 1859 se consumaron por las hordas salvajes en la provincia de Arauco, habían acojido con el sentimiento de la mas profunda gratitud el proyecto en que el Soberano Congreso dolido de los males i sufrimientos que por tantos años, diremos mejor, por tantos

siglos, se han repetido con asombro de las naciones cultas i dolor de los hijos del país, mandaba establecer una línea de Frontera en el río de Malleco. Esta línea, Excmo. Señor, era para nosotros, era para la nación en jeneral, el preludio de una época de engrandecimiento, que en un porvenir no lejano debía rendir óptimos i merecidos frutos. Pero lo decimos con dolor, Sr. Excmo., la reapertura del comercio al territorio araucano ha producido un triste i fatal desaliento, desaliento que cunde en todos los ánimos i que socabará mas tarde a la masa entera de la provincia.

Estas aprensiones, Excmo. Señor, no son obra de meticulosas apariencias; no, son el resultado de los hechos, de la esperiencia, de las lecciones de la historia. ¿A quién i donde, Excmo. Sr., irán los propietarios de ultra Biobío a pedir seguridad para sus propiedades?

¿Qué elemento opondrán al salvaje cuando en sus noches de bacanal i de orjia resuelva el robo y la muerte de aquellos que confiados serán pasto de su feroz saña?

¿Podría el comercio pasearse seguro por aquellos campos, donde la codicia del salvaje, su edad de pillaje, i mas que todo, la idea de la impunidad lo alientan?

¿Podría el agricultor entregarse a las labores agrícolas? ¿a la sombra de qué protección? ¿con qué garantías?

El salvaje, Sr. Excmo., no juzga de nosotros sino por nuestras armas; es para él la única razón posible i ante esta se rinde, sino de grado por la fuerza.

El día en que retrocediendo ante sus hordas indisciplinadas, las tropas abandonen los sitios en donde los han perseguido, sin fruto, ese día se creen poderosos sobretodos, i hacen alarde de una jactancia grosera i ultrajante.

Desde esta vez, Sr. Excmo., el araucano, que no es sin duda como lo han pintado a V.E., dócil i cordial, va a creerse mui superior a nosotros; i su arrogancia que quizás fomentan los criminales que se asilan entre ellos, subirán de punto.

El comercio, Sr. Excmo., no es dable hacerse donde las garantías son la lanza; la buena fe, la mas pérfida astucia; i donde, en fin, ni la propiedad ni la vida están a cubierto de las atroces sugestiones del crimen.

¿Por quién i de que manera, Excmo. Sr., se hace el comercio, etc.? V.E. no podrá menos que sentirse profundamente herido al saber que los que lo hacen son otros que jente perdida, la peor clase, la hez de la sociedad, los criminales i bandoleros que huyen al brazo de la justicia para ponerse a cubierto del merecido castigo.

¿I cómo podría el propietario honrado, el hombre que estima su vida, jugarla si puede decirse, al azar, aventurándose en un territorio desguarnecido donde no impera más que la voluntad del salvaje?

Se habla de comercio ¿pero, es eso lo que la palabra significa? Es acaso comercio un cambio en donde la inmoralidad i el vicio son sus agentes? Puede creerse que esos criminales avezados al latrocinio i al robo operen una favorable reacción, hacia la vida civilizada? No, Excmo. Sr. El comercio que nos trae la desolación i la ruina, que nos lanzan los salvajes haciendo causa común con los criminales escapados de los presidios, ese comercio, Excmo. Señor, no lo queremos.

¿Qué se hará, Excmo. Sr., de tantas propiedades que abandonadas i sin cultivo se hallan del otro lado del Bío-Bío? ¿Qué jénero de especulación, que expectativa de lucro se puede esperar de terrenos que no están bajo el amparo de una ley protectora, que no gozan ni aun siquiera de una sombra de seguridad?

No es posible engañarse, Sr. Excmo. Por mas que se de libertad al comercio con los indíjenas, por mas que se declare franco el tránsito entre ambas líneas, siempre subsistirán las mismas causas que han traído el estado actual de cosas. Es nuestro juicio, Excmo. Sr., no es el comercio únicamente lo que debe operar la pacificación i reducción del territorio araucano, porque debe contarse con que el araucano no es de aquellos a quien el trato con la jente blanca logra reducir a la vida civilizada. Sin una fuerza acantonada en la línea que se designó en el Malleco, sin fuertes que sirvan a la mansión de estas tropas i también de pie a una población, la seguridad, el reposo i quietud de esta provincia, serán siempre precarios, efímeros.

Qué jénero de consideraciones, qué suerte de temores podrían asistir a V.E. cuando el país entero está convencido de los inmensos bienes que reporta a la nación en jeneral la adquisición de nuevos campos en donde la industria podría ejercitar su saludable influencia? Por el contrario, Excmo Sr., ¿qué de lágrimas, qué de horrores no veremos reproducirse más tarde con la reapertura del comercio! ¿Habrá alguno, Excmo. Sr., que nos responda que los salvajes no se lanzarán en cualquier dia sobre los inermes e indefensos pobladores de esta estensa parte del territorio? La codicia avivada, o mejor diremos, alentada con la lenidad, ¿no se echará sobre el incauto mercader que creyendo hacer su comercio cae maniatado en manos de los salvajes?

¿Será posible, Excmo. Sr., que nuestras propiedades, que como cualesquiera otras de la República tienen derecho a la protección i al amparo de la lei, queden a merced de una horda de salvajes?

No lo esperamos Excmo. Señor.

Nos dirigimos a V.E. como al jefe de la nación, como al protector nato de los derechos i de las garantías de los ciudadanos i con la mano puesta sobre el corazón le preguntamos:

¿Los habitantes de la provincia de Arauco tienen o no derecho a la protección i al amparo que se les dispensa a los de las demás provincias?

Creemos que V.E., allá en el fondo del corazón, no podrá menos que dolerse de la triste situación a que quedamos reducidos.

¿Sería, por ventura, parte para no llevar acabo tan laudable empresa, la falta de medios? V.E. los encontrará todos i cada uno de nosotros; los encontrará en ta provincia entera. Nos atrevemos a asegurar a V.E. que no habrá un solo hombre que no abrace con decisión el proyecto de la nueva línea de frontera, porque es la causa noble i grande de la civilización contra la barbarie.

Esperamos que V.E., penetrado de las razones que exponemos, prestará oídos a nuestras justas reclamaciones y hará que el proyecto de la nueva línea de frontera, tan justamente aplaudido, reciba de manos de V.E. su digna sanción.

¡Qué gloria para V.E. poder decir algún dia: yo afianzé la seguridad de la frontera i eché los cimientos de una nueva i vasta comarca!

I el pueblo agradecido, Excmo. Señor, pregonará el nombre de V.E. i lo repetirá de siglo en siglo.

Somos de V.E. respetuosos i obedientes servidores: Domingo de la Maza, Juan de Dios Ruiz, Emilio Zúñiga, Santiago Regueurt, Fermín Verdugo, Enrique A. Greene, José A. Solano, José A. Sarbelló, Juan M. Montalva, Rafael Anguita, Bengamin Ruiz, Juan M. Barroso, Plácido Verdugo, Luis Ríos, Baldomero Ruiz, Maríano Allende, José Liborio Ruiz, José Olegario Cortés, Juan de Dios Contreras, Lorenzo Reyes, Enrique H. Burke, Roberto Anguita, José D. Burgos, Marcos Rebolledo, Joaquín Contreras, Faustino Rodríguez, Félix de Novoa, Juan E. Alvarez, Gregorio Fuentealba, Alberto Betz, Santos Hermosilla, Luis Betz, Domingo Ruiz, José A. Pantoja, Manuel Serrano, Manuel N. del Río, Domingo Mieres, Luis José Benavente.

Mientras estas indicaciones se producían y se paralizaban las mejores intenciones y posibilidades de éxito, hechos muy ajenos irían a impulsar la acción.

Desde que empezó Saavedra a vivir estas vacilaciones, creyó que su renuncia al cargo de intendente y comandante en jefe militar se imponía, y así lo hizo, en comunicación al Presidente, fechada en Los Ángeles el 6 de diciembre de 1861.

Naturalmente que permaneció en el cargo mientras resolvía el Presidente su renuncia.

Creyó, asimismo, que no contradecía la orden superior si avanzaba en una excursión al sur del Biobío hacia Negrete, como operación defensiva más que de conquista, pues se trataba de oír la petición de los vecinos chilenos que solicitaban protección para realizar sus cosechas.

Movilizó, con este objetivo, el batallón Buin 1° de línea, una compañía de cazadores a caballo y un piquete de artilleros con dos piezas de montaña. Ocuparon, el día 12 de diciembre de 1861, el sitio en que estuvieron el pueblo y el fuerte de Negrete, que fueron destruidos en 1859. Ordenó la reconstrucción del fuerte en forma inmediata.

El 13 de diciembre dio cuenta al gobierno de esta ocupación y solicitó, al propio tiempo, la autorización para hacer lo mismo en la costa con Lebu y Tirúa, que consideraba ser muy fácil.

A su vez, los vecinos de Santa Bárbara el 17 de diciembre le solicitaban, sobre todo los propietarios rurales del otro lado del Biobío, la protección de fuerza armada para verificar la cosecha de sus siembras. Saavedra da cuenta de estas peticiones al gobierno, pero, además, convoca una junta de oficiales y consulta para que ellos también manifiesten su opinión. Todos fueron partidarios de apoyar la solicitud de los cultivadores. En consecuencia, Saavedra ordenó que el Batallón 4° de línea, al mando del mayor Pedro Lagos, una compañía de cazadores a caballo y un piquete de artillería marcharan al sur del Biobío y se ubicaran en la margen izquierda del Bureo, cerca del lugar donde este se une con el Mulchén.

El cacique Manuel Nampai cedió el terreno para el fuerte y el cuartel, que fueron construidos por la tropa entre el 22 de diciembre de 1861 y el 6 de mayo de 1862. De estas construcciones militares arranca su origen la población de Mulchén, cuya planta fue elegida el 17 de enero de 1862 por una comisión compuesta por el teniente coronel graduado Emilio Sotomayor y los sargentos mayores José Francisco Gana y Pedro Lagos. Con esta misma fecha aparece el acta de cesión de los terrenos indicados.

Luego por Decreto del 2 de junio de 1862 se fundó una misión, que en 1873 se constituyó en parroquia, con el nombre de San Esteban de Mulchén. Más tarde, en 1875, se creó el Departamento de Mulchén y la población fue su capital. El 30 de noviembre del mismo año 1875, se le confirió el título de ciudad.

Saavedra informa que los indios no manifestaron ni apoyo ni preocupación por el avance y, con el ánimo de asegurar la paz, tomó la medida de asignar un sueldo a algunos caciques, tomando en cuenta el poder de sus conas y su influencia sobre otras tribus.

Figuran entre la categoría de “amigos” rentados por el gobierno: Huinca Pinolevi de Purén, con 15 pesos mensuales; Catrileo, con 20 pesos; Nahueltripai, con 8 pesos; Manuel Nampí, de Mulchén y Nicolás Huechumán, con 6 pesos cada uno; Melín de Lilpuille, al sur de Los Sauces, 15 pesos. Este sistema de remuneración a los caciques amigos venía desde la Colonia.

2. EL REY DE LA ARAUCANÍA, ORÉLIE ANTOINE DE TOUNENS

Ocurría además otro hecho; a principio de 1861, se introdujo en la Araucanía, por Nacimiento, un francés llamado Orélie Antoine de Tounens. Había estado antes en el territorio de la Araucanía, en calidad de comerciante y ahora se titulaba Orélie Antoine I Rey de la Araucanía; pero su reino lo llamaba “Nueva Francia”.

Este aventurero francés logró ganar la confianza de varios caciques. Se puso en contacto con el cacique Quilapán y lo interesó en su proyecto de fundar un reino. Fue oído en una junta y el aventurero impresionó favorablemente a algunos de sus oyentes, contra la opinión acertada de otros, que sospechaban que todo lo que planteaba eran solo mentiras que a nada conducían. Sin embargo, se le aclamó como aliado y se convino en celebrar otra reunión con los abajinos.

Según datos que recibió de un indio que asistió a estos actos, Tomás Guevara cuenta que, después de ser aclamado como aliado, el francés enarboló la bandera del futuro reino, verde y azul.

Los guías que lo habían acompañado en su viaje al interior para tomar los contactos mencionados, un lenguaraz de apellido López y otro llamado Juan Bautista Rosales, se asustaron por esta extraña aventura y, para no comprometerse, dieron cuenta de lo ocurrido al gobernador de Nacimiento de lo que habían visto y sabido.

El jefe del Ejército de la Frontera comunicó al ministro de la Guerra, el 7 de enero de 1862, estos pormenores de la aventura.

En el comunicado dio cuenta al ministro de las medidas tomadas por el gobernador de Nacimiento, que creyó conveniente paralizar esta acción antes que pudiera tomar cuerpo y convertirse en una segura insurrección. Es así como encargó a Lorenzo Villagra la dirección de una acción que, de sorpresa, apresara al aventurero. Este, acompañado por el teniente de policía Quintana, además de un cabo y cinco soldados de caballería cívica, salió de Nacimiento a las nueve de la noche del 4 de enero. El gobernador hizo avisar a Rosales, que acompañaba a Orélie, lo que había ordenado, para que, estando en antecedentes, coadyuvara en la captura.

Villagra supo que Rosales entretenía a Orélie en el lugar “Los Perales”, a orillas del Malleco y a inmediaciones de un carrizal, pero que había algunos indios con ellos.

La partida llegó donde estaba Orélie y Quintana, tomándolo, le quitó el sable y lo obligó a montar, partiendo rápido a Nacimiento. Desde allí se le llevó a Los Ángeles.

El comunicado de Saavedra al ministro termina con estas palabras: “Aunque a la simple vista hace creer sea un demente el dicho rei, sin embargo hay motivos para juzgarlo como un aventurero criminal, pues no cesó durante su permanencia en el territorio araucano, de seducir y halagar los instintos de los salvajes para atacar las plazas de la frontera, a cuya invitación se prestaron gustosos las diversas tribus⁵⁵”.

Mientras se tramitaba el proceso, Orélie permaneció en la cárcel de Los Ángeles. Condenado en primera y segunda instancia por el delito de perturbador del orden público, se le condujo a Santiago, a disposición del intendente, para hacerlo salir del país. La colonia francesa residente, con el asentimiento del ministro de Francia, acordó y solicitó la medida de hacerlo salir, pero, previamente, se le declaró loco por el juez Pedro Matus.

55 Tomás Guevara. *Op. cit.*, Tomo III, pág. 301.

Orélie tuvo como secretario a un italiano llamado Pedro Tappa, que fue su compañero de aventura en la Araucanía, donde se quedó residiendo y se estableció más tarde en Collipulli.

El hecho protagonizado por este personaje de aventura, la reyecía de Orélie, las ocupaciones que hizo Saavedra en forma pacífica de Negrete y Mulchén, las manifestaciones hechas por los vecinos de Los Ángeles, Nacimiento y Santa Bárbara de agradecimiento al gobierno al decidir la ocupación, y de pena y protesta al saber que se le imponía a Saavedra el suspender la acción de ocupación y las discusiones, en Santiago, entre personas a quienes se consulta sobre lo que se hace, van a provocar resoluciones que serán definitivas.

3. CORNELIO SAAVEDRA IMPONE SU PROYECTO

Hemos señalado que Saavedra elevó al Presidente la renuncia a su cargo de comandante del Ejército de la Frontera y esperaba el pronunciamiento que no llegaba. Por eso, en febrero de 1862, insistió en su renuncia.

El presidente Pérez lo llamó a Santiago para conferenciar sobre el problema de la ocupación, que preocupaba al país y que ya no requería de mayor información.

Saavedra se trasladó a Santiago y el resultado de la entrevista con el Presidente fue la resolución definitiva de su plan. Hubo en esos días un cambio de Ministerio y el del Interior, Manuel Antonio Tocornal, no prestaba su adhesión ni conformidad.

Hubo una junta de ministros a la que asistió Cornelio Saavedra, en la que Tocornal contradujo su proyecto, señalándolo como irrealizable o, por lo menos, muy peligroso, según la opinión de militares muy calificados. Saavedra opuso a las opiniones de Tocornal buenas razones en favor de su idea, a las que ratificaba con el conocimiento personal de la región y de sus hombres, y concluyó afirmando que en llevarla a término se gastaría una suma inferior a la cuarta parte de la que señalaba el ministro, quien hablaba de una suma de quinientos mil pesos (\$ 500.000).

Prevaleció finalmente la opinión del presidente Pérez y quedó acordado que, en la primavera de ese año 1862, se realizarían las operaciones militares conducentes a establecer la línea del Malleco y la ocupación de la costa hasta Tirúa, primero, y luego hasta Queule, al sur de la desembocadura del Toltén.

Influyó poderosamente, en esta decisión, el conocimiento cabal y personal de Saavedra, a lo que se sumó el largo informe que, sobre el tema, emitió el general José María de la Cruz, rebatiendo las opiniones y dictamen del coronel Godoy.

4. LA FUNDACIÓN DE ANGOL

En la Memoria Anual que Cornelio Saavedra entrega al ministro de la Guerra, en mayo de 1863, sobre la actividad desarrollada en su misión, entre mayo del 62 y la fecha, dice, en relación a la campaña que realizó al finalizar el año 1862:

“En octubre pasado (1862) se continuaron las operaciones militares dirigidas a adelantar la frontera sobre el territorio Araucano. Como no se trataba de llevar la devastación a ese territorio, sino de proteger la vida e intereses de los ciudadanos chilenos... y propender sin violencia a la reducción y civilización de los indígenas, mi primer cuidado fue preparar el ánimo de éstos para evitar que la entrada imprevista de nuestras fuerzas en sus territorios, produjese una alarma de funestas consecuencias para el buen éxito de la empresa”⁵⁶.

Para cumplir esta misión envió emisarios que se pusieran en contacto con las tribus más importantes y poder manifestarles que, cumpliendo órdenes entrará en su territorio y establecerá plazas fuertes que servirán de protección para los indígenas e impedirán que malos chilenos, que se acerquen a los mapuches explotando su ignorancia, los muevan y los lleven a hacer guerra, robos o malones, cuya responsabilidad la sufren los indios, mientras los que los impulsaban se aprovechan.

56 Cornelio Saavedra. *Op. cit.*, pág. 39.

Felizmente, algunas tribus confiaron en la promesa dada, de que no se inferiría ningún daño ni a sus familiares ni a sus intereses y que serían respetados en sus usos y costumbres.

Muchos caciques llegaron hasta la Intendencia de Arauco, entonces en Los Ángeles, y recibieron la confirmación personal de que no recibirán daño, sino que, al revés, serían protegidos. Otros llegaron a la autoridad de Nacimiento y se les confirmó lo mismo.

Cuando Saavedra estimó calmada la inquietud mapuche, dispuso el movimiento de la fuerza militar, a fines de noviembre de 1862.

Con una división de 800 hombres, compuesta del batallón 4° de línea, medio batallón del 7° de línea, un escuadrón del Regimiento de Granaderos, cuatro piezas de artillería de montaña y una compañía de caballería de milicias cívicas, abandonó Nacimiento, se dirigió al lugar donde había existido la ciudad de Angol y ocupó ese lugar el 2 de diciembre.

Esta división caminó por la cordillera de Nahuelbuta, en su falda oriental, avanzando hacia el sur y pasando por Maitenrehue y Pellomenco. Le servían de guías Bartolomé Sepúlveda, de Nacimiento, y un hijo de este vecino, Daniel Sepúlveda.

Allí donde se juntan los riachuelos Picoiquén y Rehue con el Malleco, se estableció para dar nacimiento, por séptima vez, a la ciudad de Angol, la que dura hasta el presente.

Uno de los pasos está dado y hay que aprovechar la temporada de verano 1862-1863. Después vienen el otoño y el invierno y no es posible entrar, mantener y hacer vivir a un ejército en el bosque, la lluvia, el barro, el frío, los ríos desbordados sin caminos, apenas sendas para ser recorridas en fila india, uno tras otro. Hay que aprovechar, se comprenderá, las épocas estacionales que permitan avanzar y proveerse de lo necesario. En estos años que vienen, hasta 1880 por lo menos, la mayor parte de la Araucanía es una actividad constante en verano y primavera y, cuando llegan otoño e invierno, la actividad está radicada en el lugar donde se instaló el principio de una ciudad, en la base de un cuartel, o de un fuerte.

Se puede afirmar que, simultáneamente con el paso de Angol, Saavedra ordenó otros movimientos.

El Batallón Buin, una compañía de granaderos y dos piezas de artillería fueron enviados a Mulchén, que había sido ocupado en enero del 62. Esta fuerza, que en caso necesario podía ser aumentada con 600 milicianos, fue destinada a proteger la línea de la Frontera del Biobío y a velar por la seguridad de las poblaciones situadas al norte del río.

El resto del 7º, que no fue ocupado en Angol, más una compañía de granaderos y algunos piquetes de artillería, se distribuyeron en las plazas de Los Ángeles, Negrete y Nacimiento, dejando en San Carlos de Purén y en Santa Bárbara un piquete de cívicos para su custodia.

Los cien hombres de las dos compañías de la brigada de Marina que el ministro de la Guerra destinó para actuar en la Frontera, recibieron instrucciones de ocupar el puerto de Lebu y, auxiliados por el vapor de guerra "Maule", llegaron a ese punto el 2 de diciembre. Se aprecia, por este dato, la simultaneidad de las operaciones, lo que se estimó útil, estratégicamente, para mostrar a los mapuches la pujanza y decisión de lo que se estaba haciendo.

Ocupados los dos nuevos lugares, Angol y Lebu, era indispensable darles carácter de permanencia. No era una acción transitoria; por ello toda la actividad se concentrará en aprovisionar de todo lo necesario a esas unidades.

Comienza de inmediato el soldado a ser, a la vez, labrador, constructor y carpintero. Hay que construir –y rápido– las obras militares: fuertes y cuarteles, almacenes y bodegas de aprovisionamiento, caballerizas y almacenar alimentos para hombres y animales. Todo se hace con disciplina y en breve tiempo. Saavedra, en medio de estas actividades, dispuso reuniones con caciques vecinos y amigos, que concurrían a los mismos lugares de trabajo. Los indios, poco a poco, se familiarizaron con el soldado, entraron a formar relaciones amistosas con ellos y comenzó a activarse el comercio con los naturales. Se obtuvo de los caciques la cesión gratuita de los terrenos en que se estaban desarrollando las poblaciones, especialmente en el caso de Angol.

Tres son las plazas establecidas en la nueva línea de la Frontera: Mulchén y Angol en el valle entre la cordillera de Nahuelbuta y la de los Andes y Lebu en la costa.

En el informe del 11 de mayo de 1863, Cornelio Saavedra da cuenta de lo hecho en Angol desde diciembre a la fecha de su informe. "En esta plaza se ha construido un fuerte que mide 125 metros de ancho o frente y 195 por cada

costado. Lo rodea un foso de 5 metros de ancho por 5 de profundidad. Dentro del recinto y en el costado frente a la plaza, se ha levantado un edificio de 85 metros de largo y 16 de ancho, comprendiendo los corredores con piezas dobles y divisiones para mayoría, cuerpo de guardia, habitaciones para oficiales y cuadras para la tropa de guarnición⁵⁷".

"Se construyen además actualmente otros tres cuerpos de edificios dentro del mismo recinto, cada uno de los cuales mide 60 metros de largo y 12 de ancho". Fuera del recinto se construirán caballerizas con capacidad para 120 caballos y depósitos de forraje".

"El Invierno ha interrumpido la prosecución de estos trabajos, los cuales estarán concluidos en la próxima primavera. Entonces la plaza de Angol ofrecerá capacidad y comodidad suficiente para una guarnición de 1.000 hombres".

Durante este tiempo ha realizado otros trabajos en la zona de Angol, que favorecerán el establecimiento de la naciente ciudad que se va desarrollando en forma sorprendente. Así, ha hecho limpiar de troncos y grandes piedras el cauce del Vergara hasta Nacimiento, pues es una buena vía fluvial para el abastecimiento. Ha hecho abrir un camino en la montaña situada al poniente de Angol, en una longitud de cuatro leguas, lo que permite maderear en el bosque de Nahuelbuta y además comunicar la ciudad con la vega de Rucapillán, que compró para el fisco a los mapuches y en ella estableció el campamento de los granaderos, donde encontrarían buenos pastos para su caballada.

Saavedra es infatigable; lo que ha realizado en Angol, se repite en forma proporcionada en Mulchén. La parte ocupada y destinada al fuerte y a la ciudad que se inicia, comprende una superficie, defendida por fosos y empalizada, de 25 hectáreas. En el interior ha construido cuerpos de edificios con muros de madera y techo de tejas y parte de zinc, por un total de 1.423 m² para viviendas de la tropa y oficiales, hospital, etc.

En Lebu también se han construido cuarteles, piezas para la oficialidad, oficinas para la administración. Los mismos adelantos tiene el fuerte y población de Negrete.

Encargó al teniente de Marina Marcial Gundian que verificarse un reconocimiento del río Imperial para su navegabilidad. El primer informe desechó esta posibilidad, señalando que era impracticable la entrada al río por los bancos de arena que obstruyen su salida al mar. Exploración posterior, realizada en julio de 1869, por el capitán graduado de Navío Leoncio Señoret, que entró al Imperial con los vapores "Maule" y "Fósforo", demostró que era navegable.

"Para tener tranquilos a los indígenas, y sosegar el natural espíritu intranquilo de ellos les he entregado algunas asignaciones mensuales y así he encontrado en ellos eficaces auxiliares del gobierno". Así informa sobre este tema al gobierno.

Recordemos que el ministro Tocornal, en la entrevista sostenida por los ministros con asistencia del Presidente y el coronel Saavedra, se daba por contento si la ocupación y establecimiento de Angol costaba una suma no superior a \$ 500.000.

Saavedra en su Memoria señala los gastos:

En las obras militares de Angol, Mulchén y Lebu	\$ 21.536,96
En gastos de fletes, bueyes, carretas y agasajos de indios	15.596,63
En víveres	16.932,51
En compra de terrenos	3.703,50
Fondos en poder del Ingeniero Viel	609,14
	\$ 58.378,74

Pero agrega que ha enterado en Tesorería \$1.728.- por remate de bueyes y herramientas y que tienen víveres, animales y herramientas que representan un activo superior a \$14.000, lo que hace que los gastos se reduzcan a poco más de \$42.000.

Hay algo más importante y es que este avance significa seguridad para el campo, en una superficie superior a 20.000 hectáreas y tener terrenos adquiridos para el fisco, que, repartidos en hijuelas, no pueden producir menos de \$60.000.

Termina el informe, en esta materia, con las expresiones: “La actual empresa sobre la Araucanía no ha obligado pues al Gobierno a imponer a la República sacrificio alguno. Las anticipaciones que ha demandado, además de que serán reembolsados con usura, han producido al país bienes incalculables”.

Es increíble la visión del hombre; sin duda Saavedra vio, o mejor, intuyó lo que podría ser el futuro de este territorio, pero sin duda toda fantasía quedará muy lejos frente a la realidad que vemos, apenas 100 años más tarde.

En lo que se ha hecho no se ha derramado una sola gota de sangre, no ha habido violencia de ningún género y el bien se ha hecho a todos los indios y chilenos que ocupaban los campos de alrededor.

Dado este paso, no parece difícil seguir adelante. Hay que preparar una nueva etapa y recomienda el visionario coronel, avanzar por la costa de la actual provincia de Arauco y por la vertiente poniente de Nahuelbuta. Piensa trasladarse en los meses de invierno de 1863 a Santiago y tratar personalmente los nuevos planes.

¿Con qué fuerzas se ha hecho este avance?

La división de operaciones en la Frontera consta, en mayo de 1863, de las siguientes fuerzas ubicadas donde se indica:

INFANTERÍA

Cinco Compañías del Batallón 1° de Línea	320 hombres
El Batallón 4° de Línea	392 hombres
El Batallón 7° de Línea	376 hombres
Dos Compañías de Infantería de la Brigada de Marina	100 hombres
	1.188 hombres

CABALLERÍA

Regimiento de Granaderos a caballo	279 hombres
------------------------------------	-------------

ARTILLERÍA

Una compañía con

85 hombres

1.552 hombres

Existe además, a las órdenes de la comandancia, el vapor de Guerra Maule.

¿Dónde están ubicadas estas fuerzas?

En la plaza de Los Ángeles:

3 Compañías del Batallón 7° de Línea.

1 Compañía del Regimiento Granaderos de a caballo

1/2 Compañía de Artillería.

En la Plaza de Nacimiento:

1 Compañía del 7° de Línea

1 Piquete de Artillería.

En la plaza de Angol

El Batallón 4° de Línea

1 Piquete de Granaderos

1 Piquete de Artillería.

En la plaza de Negrete

1 Compañía del 7° de Línea

1 Piquete de Granaderos de a caballo.

En la plaza de Mulchén

5 Compañías del Batallón Buin

1 Compañía del Regimiento de Granaderos.

En la plaza de Lebu

2 Compañías de la Brigada de Infantería

1 Piquete de Granaderos

El vapor Maule.

Esta es la fuerza que, con un plan estudiado y con decisión, está realizando el avance de la Frontera.

A pesar de los éxitos sorprendentes que realiza Saavedra, siempre en los organismos nacionales, Presidencia, Consejo de Estado, Ministros, hubo suspicaces que pensaban que en todo este actuar había motivos políticos que era conveniente detener.

Así, a fines de noviembre de 1863, se pensó quitar el mando del Ejército de la Frontera a Cornelio Saavedra y poner en su lugar a José M. de la Cruz. El presidente Pérez llegó a aceptar la exigencia de sus ministros, pero que no daría paso alguno sin tener una información personal del coronel Saavedra, sobre su marcha en el interior de la Araucanía.

Supo de estas opiniones y de estas dudas Saavedra y no trepidó ni dudó un instante en dirigirse al Presidente, renunciando al mando del ejército y de la Intendencia y retirándose así a la vida privada. Esto ocurría en enero de 1864.

Desde esta fecha, hasta 1866, la ocupación del territorio estuvo prácticamente detenida. Al retirarse Saavedra haciendo efectiva su renuncia, quedó en su reemplazo en la Intendencia de Arauco y en el cargo de comandante general de Armas, el teniente coronel del 7° de Línea Joaquín Unzueta, que en esos días residía en Los Ángeles. El avance quedó detenido con las fundaciones conocidas de Mulchén, Angol, Lebu y refundación de

Negrete. Tanto Unzueta como su reemplazante, el General José Manuel Pinto, ocuparon su tiempo en afianzar lo hecho; terminar la construcción de cuarteles y fuertes fosas y defensas; mejorar caminos entre estos lugares, construir algunos puentes y garantizar a las personas que se aventuraron a trabajar en la agricultura que serían defendidos.

Lo más importante fue aumentar el trato con los mapuches que venían a la línea de Frontera y trababan buena relación con los chilenos y con los soldados. Muchas veces eran recibidos en los mismos cuarteles, donde solían pernoctar; se les daba la comida y dejaban sus caballos mientras hacían sus diligencias. Así se conocieron más. Los efectos de este tipo de trato influyeron en la pacificación mucho más que la fuerza de las armas.

A mediados de 1864 se le avisó a Unzueta la muerte del cacique Mañil o Manguil, que, desde la Independencia, era el que ejercía más alta influencia contra la dominación y ocupación; Mañil, padre de Quilapán, cuando sintió su fin infundió en su hijo Quilapán todo su odio y su resistencia a la dominación.

Quilapán va a tomar la responsabilidad de llegar a ser reconocido como la cabeza visible de la resistencia que pondrán a la conquista de su tierra y la pérdida de su libertad.

Cuando Unzueta supo esta noticia, conociendo que se debería efectuar pronto una junta de caciques para elegir al sucesor de Mañil y que esa junta tendría lugar en las proximidades de Los Sauces, le ordenó al jefe de la plaza de Angol que la junta que realizaran los mapuches debía ser presenciada por un jefe militar, indicando para este cometido al comandante Pedro Lagos.

La presencia de Lagos no estaba destinada a impedir la elección, sino a sancionar este nombramiento, y así obtener que se reconociera la autoridad del jefe de la Frontera y que pudiera, por lo mismo, hacer que el elegido se entendiera con la autoridad en forma seria.

Esto ocurría en el momento en que asumía en propiedad el cargo de intendente y comandante, el general José Manuel Pinto Arias.

Pinto puso especial empeño en cerrar los pasos cordilleranos para evitar la comunicación con el territorio argentino y evitar en lo posible las ayudas mutuas de los araucanos de ambas vertientes de los Andes.

5. JOSÉ MANUEL PINTO EN LA INTENDENCIA DE ARAUCO Y COMANDANCIA GENERAL DE ARMAS DE LA FRONTERA (1864-1865)

Producida la renuncia de Saavedra y suspendida la ocupación de nuevos territorios, el gobierno comenzó a recoger en Santiago a parte del Ejército de la Frontera. Así, en enero de 1864, se trasladó a Santiago el Batallón Buin 1° de Línea; del Batallón 4° de Línea, se ordenó que cuatro compañías partieran a Concepción y Valparaíso.

Pronto, al conocer los indios la salida de las tropas, comenzaron a preparar un levantamiento, aprovechando la escasa guarnición que quedaba en la Frontera y esto dio lugar a alarmas en los fuertes.

Para informarse y contrarrestar estos posibles ataques se internaron, desde Angol, Lorenzo Villagra y Pedro Cid, llevando mensajes a los caciques más importantes.

Ahora se dieron cuenta de la conveniencia de la medida de tener algunos caciques asalariados.

Este papel, en el caso presente, lo hicieron los caciques Marinan y Lepín, que incluso celebraron, autorizados por el intendente Pinto, una junta general de caciques en Negrete, que sirvió para desalentar acciones inconsultas y hacerles ver que nada podía ser mejor para ellos que la paz y el entendimiento con el gobierno.

Si esto ocurría en la zona de Angol y Negrete, no parece fuera igual en la precordillera. Desde Santa Bárbara informaba el comandante Domingo Salvo, que los indios pehuenches de la ultracordillera se preparaban para caer a la región.

Este comandante Salvo, es un hombre de más de 80 años que siempre está atento a todo, recibe información y además entrega la que obtiene y así procura resolver lo que debe hacer y donde actuar.

Está informado de las correrías que hace en Argentina Quilapán, que está al otro lado con los caciques Quilahueque y Montri.

El 22 de enero de 1865, Salvo informa: "Son las seis de la mañana y me llega de regreso la persona de mi confianza, el lenguaraz Francisco Vielma

quien me trae noticias de la junta que los caciques tuvieron en Cholchol. La junta fue motivada por la desconfianza que surgió en ellos, debido a la llamada que Us. hizo al cacique Peucón.”

“Este declaró que el llamado había sido para explicarles la conveniencia y ventajas de vivir en paz y en quietud con el gobierno. Para mejor información le envió al mismo lenguaraz para que informe en detalle y personalmente”.

Se ve que había alarma y era legítimo tener cuidado de lo que estaba pasando.

Salvo tuvo otra reunión en Arauco con varios caciques que reconocieron que estaban siendo solicitados para un levantamiento, pero que ellos no participaban de esa idea, y declaraban: “Descansa, comandante, en la buena fe de tus pehuenches, que asentados en las tierras que disfrutamos, por ti tenemos ganados, caballos, vacas y criamos nuestros hijos a la sombra de esta paz que todos deseamos”.

De Arauco, Salvo se dirigió a las Canteras, que fuera la hacienda de Bernardo O’Higgins, al oriente de Los Ángeles y cuyo dueño era Manuel Bulnes. Fue a entrevistarlo y tuvo una entrevista con los pehuenches de ese sector y tanto Bulnes como Salvo quedaron conformes.

Salvo termina su informe: “...los indios pehuenches son de paz, la desean como nosotros, y creo según me informaron con toda franqueza, que por ellos, no será interrumpida jamás la paz”⁵⁸.

Mientras estas diligencias se cumplían en la Frontera, siempre se producía uno que otro pequeño encuentro, ya sea que atacaban una hacienda para robar ganado, sobre todo caballar, quemaban una sementera o realizaban un malón contra alguna vivienda patronal, donde robaban y, si podían, se llevaban las mujeres, mataban por sorpresa a los labradores, etc.

Esto hacía que se estuviera en vigilancia continua.

José Manuel Pinto, intendente y comandante, estaba informado de todo y tomaba medidas conducentes a sancionar los hechos, pero no a protagonizar como iniciativa actos de ataque o de venganza.

58 Tomás Guevara. *Op. cit.*, Tomo III, pág 322.

En 1865 el país se vio envuelto en lo que se ha llamado “La guerra contra España”, llevada a cabo por solidaridad con el Perú. Este conflicto tuvo repercusión en la Araucanía.

Pinto es trasladado a Santiago para asumir el cargo de ministro de la Guerra y va a asumir el mando de la Provincia y Comandancia de Armas, el general Basilio Urrutia.

El nuevo comandante concentró su actividad en impartir instrucciones a las autoridades subalternas para que se mantuvieran en los límites de la más estricta moderación, tratando de atraer a relaciones amistosas a los principales caciques; e hizo un llamamiento personal al cacique Quilapán, para que saliera a Mulchén a conferenciar con él.

Los araucanos, siempre prontos a aprovechar cualquier situación que se les presentara para destruir las poblaciones fronterizas y gozar de su libertad e independencia, iniciaron una serie de malones, lo que obligó a Basilio Urrutia a enviarla al interior un ejército de cerca de 1.000 hombres al mando del coronel Pedro Lagos, expedición que no tuvo resultados positivos.

Quilapán, Catrileo y Trintre eran los animadores de la contienda y cabezas de una insurrección que esperaban fuese general.

6. CORNELIO SAAVEDRA NUEVAMENTE EN LA FRONTERA. OCUPACIÓN DE LA COSTA

El gobierno va a sacar de su retiro al coronel Cornelio Saavedra y a confiarle la defensa de la costa, de posibles ataques españoles, entre el Biobío y el Valdivia.

Saavedra era ejecutivo. Ya el 25 de enero de 1865 se adueñó de Quidico, en la costa de Arauco al sur de Lebu, y comenzó de inmediato la constitución de un fuerte que sirvió para evitar la unión de las tribus costeras, al colocarlo entre el Imperial y Lebu.

Realizada con facilidad y éxito la ocupación de Quidico, Saavedra propuso al Gobierno la ocupación de los distintos puntos de la costa. Para

llevar adelante su propósito, Saavedra, en uno de los viajes que hizo a Santiago, insistió ante el presidente Pérez en la conveniencia de llevar a cabo la ocupación de la costa de todo el litoral de la Araucanía.

Como consecuencia de esta entrevista, el 12 de noviembre de 1866 se le nombra comandante en jefe de la División que debe ocupar la costa. Se ponen a su disposición los vapores "Ancud", "Maule" y "Fósforo", para que practiquen reconocimiento, tanto en la costa como en los ríos Imperial, Toltén y Queule. En el reconocimiento hidrográfico de estos ríos y costa va a tener su origen el Instituto Hidrográfico de la Armada, que tendrá como creador a Francisco Vidal Gormaz, que actúa con Saavedra en la zona.

El 28 de diciembre de 1866 ponía los inicios de lo que es Queule, tomando posesión de ese punto y desembarcando, del vapor Ancud, una compañía del Batallón de Artillería de Marina, al mando del capitán Sebastián Solís.

En enero vuelve y perfecciona la ocupación de Queule, donde encontró que en ausencia, motivada por una corta visita a Valdivia para buscar nuevos elementos que le permitan ocupar con seguridad la costa, había llegado a ese lugar el vapor "Antonio Varas" que traía a su bordo cuatro compañías del Regimiento 11 de Línea, al mando de su comandante Marcos 2º Maturana.

Con los elementos que dejó en Queule, más los que trajo de Valdivia y los que llegaron en el "Antonio Varas", va a preparar la ocupación de Toltén.

A Toltén llega y desembarca con una fuerza compuesta de un grupo de Artillería, 4 compañías del 11º de Línea y dos compañías del 8º de Línea. En total, aparece sobre el lugar con 483 hombres equipados con todos los elementos para la ocupación y permanencia.

Hubo una reunión de Saavedra con varios caciques en representación de tribus de Toltén, Pocoyán, Comuy, Pitrufulquén, Imperial, Boroa, Maquehua y Villarrica.

Saavedra les dijo que esperaba no tomaran a mal su presencia en el lugar, que él venía a proteger su territorio, y defenderlo de la posible ocupación española. A lo que contestaron que le agradecían, tanto a él como a sus soldados y al gobierno, pero que ellos no habían solicitado protección y que, en todo caso, ellos sabían defenderse.

Horacio Lara, en su "Crónica de la Araucanía", contando este episodio dice que los caciques le manifestaron a Saavedra su disconformidad con las palabras que cita y señala que son textuales:

"Mira coronel: ¿no ves este caudaloso río, estos dilatados bosques, estos tranquilos campos? Pues bien, ellos nunca han visto soldados en estos lugares. Nuestros ranchos se han envejecido muchas veces y los hemos vuelto a levantar: nuestros bancos el curso de los años los ha apolillado y hemos trabajado otros nuevos y tampoco vieron soldados; nuestros abuelos tampoco lo permitieron jamás. ¡Ahora! ¿Cómo queréis que nosotros lo permitamos? ¡No, No! vete, coronel, con tus soldados; no nos humilles por más tiempo pisando con ellos nuestro suelo".

Saavedra y los que le acompañaban debieron sentir un temblor de emoción en su pecho de soldados. Las expresiones del cacique ciertamente eran y siguen siendo conmovedoras.

Sin embargo, no era posible volver atrás, la ocupación debía hacerse, era necesario que se hiciera, pero no podía ser sino con gran respeto e inmenso cariño por un pueblo que honra a Chile y a los chilenos de todos los tiempos. Pasarán los años y con el recuerdo se deberá ir agigantando la presencia de Arauco y su gente.

Saavedra sabía sacar partido de todas las circunstancias y, a continuación de este parlamento, invitó a pasar al alojamiento que tenía preparado para los caciques, a quienes atendió con abundante comida y vino y con la banda de música del ejército que tocó para ellos.

La fiesta duró dos días, en los que los mapuches fraternizaron con los hombres del ejército como buenos amigos, conservando el soldado la más estricta disciplina y el mejor trato para el mapuche.

Así se ocupó la costa, con una ocupación que, si bien no admitieron, no la resistieron, como tampoco se opusieron a la construcción de las fortificaciones que se emprendieron días después. Más aún, poco a poco el mapuche, ante un trato igualitario con el soldado, se acercó y trabajó en la construcción del fuerte y cuarteles y recibió su pago por el trabajo. Conoció una forma nueva de vida y de trato que lo iría suavizando e incorporando a una nueva condición de vida.

Es de honor para Saavedra y para la Historia de Chile, que esta ocupación no costó sacrificios de vida, ni araucana ni del soldado de Chile.

Ubicaron a Toltén 8 kilómetros río arriba de su desembocadura, en el mismo lugar que hoy se designa como Toltén Viejo.

Como consecuencia del terremoto y maremoto que destruyó a Toltén en mayo de 1960, se levantó la “Nueva Toltén”.

El Toltén primitivo quedaba junto a una laguna y pasaba por el pueblo el río Catrileufu, que desagua la laguna.

Consumada la ocupación de la costa, llegaba de todas partes la repetida información de un levantamiento general mapuche, principalmente de las tribus boroanas de Imperial y de Maquehua.

Para actuar oportunamente, Saavedra invitó a los caciques de estas tribus a un Parlamento que tuvo lugar el 28 de enero de 1867 en lo que llamaban Imperial, la actual Carahue.

Saavedra encargó que presidiera este Parlamento el sargento mayor Gregorio Urrutia, quien, con este acto, empieza a aparecer en la Historia de la Araucanía.

Urrutia llevará a cabo la obra final de la ocupación con decisión y energía, pero con la mayor comprensión para con el mapuche. Su conducta fue tal que logró que los araucanos lo buscaran como árbitro de sus problemas; trató que lo que se estaba realizando fuera lo menos penoso para quienes perdían su libertad. Les hizo entender que si perdían la libertad del indígena, adquirirían la libertad de la nación garantizada por el gobierno que les igualaba y los incorporaba a la vida en Chile.

Saavedra será siempre recordado como el iniciador de la ocupación y pacificación; Gregorio Urrutia es quien la llevó a feliz término, sin mayores sacrificios que los propios de una empresa que se realiza en un medio geográfico desconocido y en el que no encuentran nada de las condiciones de la vida de la época; hay que ir haciéndolo todo.

Por eso, el soldado que llevó a cabo esta empresa, más que soldado fue obrero, constructor, carpintero, cuidador de ganado, hachero, labrador. Todo lo tuvo que ir haciendo con sus propias manos.

Del Parlamento obtuvo Urrutia que volviera la tranquilidad en el ánimo inquieto del indio; en cada oportunidad que parezca necesario salir al encuentro de manifestaciones de rebelión, los Parlamentos y el trato honrado irán logrando la pacificación del espíritu rebelde y obtendrán, así, ir en un proceso lento, pero seguro, incorporando a la vida civilizada al mapuche.

Saavedra volvió a fines de febrero a Toltén. Su experiencia le había enseñado que si bien debía confiar en el cumplimiento de la palabra, era de hombre prudente actuar pensando que podían en cualquier momento dar un asalto. Por eso, en los primeros días de marzo, ordenó tomar posesión de la angostura de Collico, 8 km al interior de Toltén, pasaje obligado para las tribus que vivían al norte del río. Por semejantes razones levantó un fortín en el lugar que hasta hoy conocemos con el nombre de Villa Boldos.

Así quedó conseguida la posesión efectiva de toda la costa araucana, con la construcción de todas las plazas de Quidico, Lebu, Toltén y Queule.

En este sector, las tropas que guarnecieron los fuertes estuvieron constituidas por las unidades que se distribuyeron así:

Toltén	4 Compañías de Batallón 11° de Línea	227 soldados
	1 Compañía de Artillería	40 soldados
Queule	1 Compañía del 8° de Línea	44 soldados
	1 Piquete de Artillería	12 soldados
Collico	1 Piquete del 11° de Línea	25 soldados
Boldo	1 Piquete del 8° de Línea	20 soldados
Quidico	2 Compañías del 11° de Línea	80 soldados
	1 Piquete de Artillerías	25 soldados
Lebu	1 Compañía del 8° de Línea	44 soldados
	1 Piquete de Artillería	<u>25 soldados</u>
		529 soldados

El batallón 8° de Línea, tenía como comandante al teniente Coronel Viviano Carvallo y como sargento mayor a José Domingo Amunátegui.

El Batallón 11° de Línea tenía como comandante al coronel Marcos 2° Maturana y como sargento mayor a Juan Contreras.

7. LA MARINA DE CHILE EN LA COSTA

En estas actividades de Saavedra en la costa, actuó siempre un equipo de la Marina de Chile. Hemos mencionado los vapores que fueron puestos a disposición de la ocupación de la región comprendida en la vertiente poniente de la cordillera de Nahuelbuta o de la Costa. Estas brigadas navales, además de participar activamente en la ocupación, cumplieron otra misión muy importante que vamos a recordar brevemente. Los barcos "Ancud", "Maule" y "Fósforo" y su personal estaban bajo la dirección del capitán de Fragata Juan Esteban López. Ellos hicieron el reconocimiento de los ríos que en esta costa desembocan al mar.

López, capitán del "Ancud", recaló en la caleta de Queule y, con instrucciones de Saavedra, decidió la exploración del río Queule, hasta el punto que más se acerca al Toltén. Procedió al reconocimiento de la boca del Toltén, su desembocadura, para saber de su navegabilidad. El trabajo hidrográfico del Toltén lo hizo el teniente 2° Santiago Rugg. Realizado este reconocimiento y regresado Rugg, se confió el vapor a las órdenes del teniente Francisco Vidal Gormaz. Este practicó en esos tiempos las exploraciones más acabadas, con las que se construyeron las cartas de la costa de Arauco y Cautín y se reconocieron los anuentes al Queule, como el Boroa, el Maitinco, el Piren y el Catrehue.

El río Toltén lo exploró, desde su desembocadura hasta su nacimiento en el lago Villarrica; conoció además sus afluencias, el Dónguila y el Allipén.

El río Imperial también fue estudiado en su recorrido hasta su unión con el Cholchol, lo mismo que los anuentes que recibe, el Damas en Carahue y el Moncul cerca de su desembocadura.

Las cartas levantadas sobre estos ríos son las que actualmente están en uso.

El gran estudioso de todo este material fue Francisco Vidal Gormaz, quien fue el creador del Instituto Hidrográfico de la Armada de Chile, que en 1974 celebró el primer centenario de su existencia (1874-1974).

La costa de toda la Araucanía está ocupada y se podría decir que pacificada, en cuanto ya en esa región no se produciría levantamiento, y los fuertes fundados serían la base de los pueblos que hoy se mantienen en la costa.

Diremos aquí, de paso, que la importancia de estos lugares fue mucho mayor en esos años que ahora, ya que durante buen tiempo, mientras no hubo ferrocarril, era más fácil el contacto con el interior de la región viniendo por mar. Es de advertir que hasta fin de siglo pasado, durante los 18 primeros años de Temuco, su comercio se abasteció por Puerto Saavedra, ya que la mercadería destinada al comercio venía de Valparaíso o Talcahuano a Puerto Saavedra; como también a Toltén y de allí por tierra al interior.

La construcción de las ciudades del interior y su desarrollo, una vez unidas al fin por el riel, marcó la detención de los pueblos costeros de la provincia. Por otra parte, el desarrollo marítimo supone la existencia de buenos puertos naturales o de construcción de defensas costeras que permitan suplir lo que la naturaleza no ha dado.

En la costa de Cautín e incluso en la de Arauco, la costa no presenta articulaciones que permitan al puerto natural; es demasiado rectilínea y, en gran parte, el continente termina en acantilados en el mar sin playa.

Lo que aprovecharon en el tiempo de la ocupación fueron los lugares de desembocadura de los ríos, como Lebu, Puerto Saavedra (Imperial Bajo), Toltén y Queule.

Así, en 1867, el sector costa está terminado de ocupar y, aún más, en Toltén se ha iniciado la penetración, orillando el río, y se tiene el fuerte de Collico. Luego seguirá la penetración y, ya en 1870, se habrán levantado fuertes en Pocoyán y en Comuy. Este último se conoció y se fundó con el nombre de "Fuerte Barbosa", recuerdo de la actuación que en esta línea tuvo el coronel Orozimbo Barbosa.

Pero a orillas del Toltén no solo están estos lugares; hay un buen camino trazado desde Toltén hasta Comuy, en el que se han construido, por los

soldados, 12 pequeños puentes, siendo el de más importancia el de Comuy, designado hoy día con el nombre de “Mahuidanche”.

Estos datos saltan a la vista en el “Plano de la línea de fortificación sobre Toltén, practicada hasta hoy. Camino de Villarrica”. Santiago, julio de 1870.

Este plano lo insertó Cornelio Saavedra en los Documentos anexos de su libro: “Ocupación de Arauco” que publicó en Santiago en 1870, en la Imprenta de la Libertad.

8. LA LÍNEA DEL MALLECO

En el invierno de 1867, después de haber realizado el trabajo de la ocupación de la costa y dado comienzo a la formación de los poblados de Queule, Toltén y Lebu, Saavedra pasó a Santiago, donde tuvo una o varias entrevistas con el gobierno, ministros de Estado y el mismo presidente José J. Pérez.

El ministro de la Guerra, Federico Errázuriz, le solicitó que volviera a hacerse cargo del mando de la ocupación e hiciera el avance de la línea del Malleco, sirviendo de base la plaza de Angol.

Saavedra manifestó que una operación como la que le encomendaba, solo podía llegar a buen fin si quien la emprendiera, mereciera “la confianza más absoluta del Gobierno”. Él tenía motivos suficientes para pensar que carecía de ella. Al pensar así, recordaba las dificultades que se le crearon en 1862, al iniciar las operaciones de Arauco. “Manifestó que no estaba dispuesto a soportar intrigas contra su persona, que en aquellas emergencias soportó. Esto se debió a que Saavedra fue muy adicto al gobierno del antecesor de Pérez, Manuel Montt, y los partidarios y ministros de Pérez lo rechazaban”⁵⁹.

Errázuriz le manifestó que, como ministro de la Guerra, no tenía nada que observar en relación a la lealtad que le guardaba a sus amigos y que el gobierno miraba en él, al caballero y al jefe que había dado pruebas de

59 Horacio Lara. *Op. cit.*, pág. 301.

dirigir con acierto el avance de la Frontera, y que si no se prestaba a tomar a su cargo el establecimiento de la línea del Malleco, no le confiaría a otro semejante comisión. En consecuencia, su negativa significaba privar al país de los beneficios de la ocupación.

Saavedra, ante esta muestra de confianza, no vaciló en aceptar y él mismo extendió el borrador de su nombramiento e instrucciones que el señor ministro aceptó, enviándole el borrador al secretario del Ministerio para su tramitación.

Con fecha 25 de julio de 1867 Saavedra fue nombrado comandante en jefe del Ejército de Operaciones en el territorio araucano, con el objeto de adelantar la línea de Frontera hasta el río Malleco.

En octubre, Saavedra se trasladaba a la Frontera para poner en marcha el plan trazado, que le llevaría hasta el río Malleco. Le pareció prudente celebrar un Parlamento con los indios y envió citaciones a todos los arribanos y abajinos.

El primero de estos términos se aplicaba a los mapuches que vivían en el valle entre los Andes y Nahuelbuta, que eran los más bravos y que, en esa hora, estaban comandados por el indómito Quilapán y que obraban todos unidos bajo sus órdenes; estos son los arribanos. Los abajinos ocupaban el territorio entre la cordillera de Nahuelbuta y el mar, eran más dóciles y obedecían a las órdenes de los caciques Catrileo, Pinolevi y Colipés, que siempre fueron amigos del gobierno. Hay que tener presente, además, que los abajinos siempre tuvieron más contacto con los españoles en el período colonial, y con los chilenos después de 1810.

Siempre el camino terrestre que usaron los españoles y más tarde los chilenos para ir a Valdivia era el camino de la costa.

Al Parlamento citado concurrieron solo los abajinos y citó para otra fecha y otro lugar a los arribanos.

El 15 de noviembre se reunió con los abajinos en los llanos de Angol y citó a los arribanos para el 18 a las orillas del Caillín, que fue el lugar que ellos mismos propusieron.

A los abajinos les manifestó que el gobierno necesitaba poner término a los robos, asesinatos y destrucciones de todo orden que se cometían en

los campos y poblaciones de la Frontera, ayudados por los criminales que, escapados de la acción de la justicia, se refugiaban entre ellos. Para lograr estos objetivos, el Presidente había dispuesto establecer plazas en la margen norte del Malleco y evitar, así, que esta anarquía detuviera el avance de los cultivos y el establecimiento de poblaciones entre el Biobío y el Malleco.

Este Parlamento, después de dos horas de conferencia, terminó con la aceptación de los abajinos, que estaban interesados en mantener la paz. Manifestaron que ellos no podían tomar resolución sobre esa zona, pues era parte de responsabilidad de los arribanos.

En la mañana del 17 de noviembre de dirigió a Caillín y el 18 esperó en vano que se presentaran los arribanos. Al siguiente día 19 supo que se juntaban armados y en actitud hostil, a orillas del Malleco y en número superior a 2.000 hombres. La reunión la efectuaban a unas dos leguas de distancia del lugar que, como campamento, había ubicado Saavedra.

El propósito de Saavedra era llegar a un avenimiento pacífico y en lo posible ocupar sin violencia el Malleco. Mandó emisarios invitándolos a pasar a la entrevista; se disculparon, primero, diciendo que esperaban que llegaran nuevas reducciones del interior; luego manifestaron que antes de pasar a la entrevista, era preciso que el señor coronel les enviara a algunas personas como rehenes.

Estas y otras pretensiones convencieron a Saavedra que todos eran engaños para permitirse reunir más gente y, en consecuencia, les hizo saber que se presentaran en la tarde de ese día o en la mañana del siguiente y, si no comparecían, los trataría como enemigos y marcharía a cumplir las órdenes del Gobierno sin más consulta.

Los indios designaron como jefe principal al cacique Quilahueque y lo autorizaron para entenderse con Saavedra. Así, esa tarde, el cacique llegó al campamento acompañado de 100 mocetones.

El 21 de noviembre tuvo lugar la entrevista. En ella les manifestó Saavedra, como a los abajinos, la razón de la empresa; que el gobierno estaba enterado y sabía que ellos eran los principales responsables de los males que se sufrían en la Frontera. Sin embargo, el gobierno estaba dispuesto a olvidar todas sus faltas anteriores y que podían y debían volver a sus hogares, pues serían respetados y protegidos en sus personas y en sus bienes.

Les explicó el plan del gobierno y la razón de construir fuertes en el Malleco. En esta materia Quilahueque se excusó de tomar responsabilidad, pues lo que él hiciera sería tomado como traición; que en esa materia se entendiera con el cacique o los caciques propietarios de los terrenos.

Entró así en el trato el cacique Nahueltripa, dueño principal, y aunque manifestó algunas excusas, se prestó a la cesión del territorio que ocuparía Saavedra.

Tres horas duró esta conferencia. Terminada, los caciques se volvieron y comunicaron el resultado, que fue mal recibido por las reducciones, lo que supo el coronel esa misma tarde. Las tribus anunciaron un próximo ataque; Saavedra colocó tropas en los lugares que le parecieron más convenientes para una defensa y avanzó en marcha contra las tribus arribanas.

Poco antes de llegar al punto donde estuvieron reunidos, salió a su encuentro Nahueltripai avisándoles que, sabedores de su avance, los mapuches se dispersaron dirigiéndose a sus hogares.

Saavedra se resolvió a actuar en la ocupación de algunos pasos y en inutilizar otros.

Al sargento mayor Pedro María Aravena le ordenó que, con 100 hombres y las herramientas del caso, inutilizara los pasos de Reguan y Curaco, lo que hizo durante un día, recogiendo en la tarde e incorporándose al ejército.

Al día siguiente, con un grupo de oficiales, recorrió la orilla del Malleco para informarse en el terreno sobre los puntos que era conveniente defender. Como resultado de esta visita ocular, resolvieron como punto más conveniente para ser ocupado, el que se llamó "Collipulli".

En la madrugada del 23 de noviembre emprendió nueva marcha de reconocimiento, pero dejó en el lugar cuatro compañías del 4° de Línea, al mando inmediato del sargento mayor Juan José Ayala, con orden de proceder a los trabajos de construir trincheras de defensa. El mismo día llegó hasta Chihuaihue y dejó en ese punto el batallón 3° de Línea, el resto del 4° de Línea, una compañía del Regimiento Granaderos y cuatro piezas de artillería, al mando del teniente coronel Pedro Lagos.

Las compañías del 7° de Línea y fuerza de artillería continuaron a Angol, donde Saavedra llegó el mismo 23 en la tarde y allí estableció su cuartel general.

Mientras, en una rápida decisión y operación, Saavedra iniciaba la ocupación de la línea del Malleco, los mapuches aparentemente consentían la ocupación de sus territorios, aunque la verdad no era esa.

Se movilizaban para defender e impedir e afianzamiento de lo hecho. Es así como el 11 de diciembre, en la región de Perquenco, se reunieron para planear una gran sublevación, los caciques Quilapán, Quilahueque, Calvucoi, Lemunao y otros. Juntaron más de 4.000 combatientes; representaban a las tribus de Maquehua, Temuco, Imperial, Tromén, Collimallín, Truf-Truf, Laima y Quecheregua.

Acordada la sublevación, determinaron que 2.000 indios atacarían la línea del Biobío y 2.000 la línea del Malleco.

Para resistir este ataque, Saavedra organizó las fuerzas en tres grupos: Mulchén, Negrete y Nacimiento, bajo el mando del teniente coronel Alejo San Martín, con más de 800 hombres. Las fuerzas de Angol, al mando del teniente Coronel Marco Aurelio Arriagada, con 400 hombres. Las fuerzas de la línea y de los fuertes recién fundados Collipulli y Chihuaihue, a las órdenes del teniente coronel Pedro Lagos y del sargento mayor Demófilo Fuenzalida, con 700 hombres.

Era una fuerza de 1.900 hombres. Las medidas tomadas hicieron comprender a los mapuches que no era conveniente emprender las operaciones y se dispersaron.

En el verano de 1867-1868, noviembre a marzo, se dio término al establecimiento de los fuertes correspondientes en este avance de la Frontera hacia el sur. Estableciendo fuertes a una distancia de dos leguas y media entre uno y otro, formaron una línea de 36 km desde Curaco, en el pie de la vertiente andina hasta Angol. Los fuertes que se establecen son, partiendo desde Angol hacia el oriente: Huequén, Cancura, Lolenco, Chihuaihue, Mariluán, Collipulli, Perasco y Curaco.

Esta línea se mantiene inalterable y permite ir ocupando más de 100.700 hectáreas que el fisco adquiere por ocupación, como terrenos baldíos y otros por compra a los mapuches, a quienes se les pagó, según las cuentas que entrega el coronel, \$ 12.000.

El Estado se encontraba como dueño de todo el territorio comprendido entre los ríos Bureo, Renaico, Malleco, Huequén y Rihue.

Si la sublevación mapuche se hubiera efectuado con los ataques proyectados, es posible que hubieran sido vencidos los mapuches. Las posibilidades de una victoria para ellos eran muy difíciles, pero en todo caso habrían significado un atraso en el avance de la línea, y la seguridad de los campos al norte del Malleco habría sido muy precaria.

Habiéndose preparado los mapuches para resistir; reunidos ciertamente más de 4.000 hombres para atacar, es natural que nos preguntemos, ¿qué pasó entre ellos? ¿Qué es lo que hizo que se dispersaran y volvieran a sus tierras?

Hay varias consideraciones al respecto. Desde luego el mapuche ha ido tomando contacto con el ejército chileno durante los años que Saavedra ha avanzado hasta Angol y en la costa hasta Toltén y Queule y en este trato ha conocido las armas y los efectos de ellas y ha podido comparar el valor ofensivo de las armas de unos y otros.

La presencia del comercio de artículos, frecuentes en el medio civilizado, que entró a conocer y a usar el mapuche, empezó a producir en ellos una forma de vida de transición entre el bárbaro y el hombre que se inicia en la civilización. Este hecho, muy importante, fue minando su arrojo heroico, pero inútil en una guerra a muerte sin objeto.

Por lo demás los hombres de esta ocupación, puestos en la escuela de Cornelio Saavedra, le van dando al indígena un trato igualitario. Se establece con él un trato justo y humano; no buscar la aniquilación y la destrucción del mapuche sino la integración a la nacionalidad.

Este hecho también los hace más reflexivos y empiezan a ver la conveniencia de una vida en paz. Estas y otras consideraciones van operando un cambio en el mapuche que se va a hacer presente en los años que siguen y que, en parte, explican el cambio de actitud, de una resistencia heroica e inútil a un sometimiento respetuoso y que recibe la protección de la ley y del gobierno, que se interesa por su destino.

En el caso concreto del ataque suspendido a la línea del Malleco, pesó otro hecho. Saavedra conocía muy bien la mentalidad mapuche y usó la astucia para detener el ataque.

Entre sus hombres había uno que era especialmente aceptado por los araucanos, que en 1860 acompañó al francés que se proclamó Rey de la Araucanía, y lo usó enviándolo a disuadir a los araucanos de su ataque,

haciéndoles saber la fuerza que tenían las unidades militares, las armas que tenían y su poder destructor y que si atacaban serían eliminados y habría sido inútil su sacrificio.

La persona usada fue Juan Bautista Rosales que se internó e hizo saber a los caciques, sus amigos, lo que les esperaba.

Los caciques recibieron a Rosales y se detuvieron unas dos leguas al sur de la línea del Malleco, que se proponían atacar horas más tarde. Conocidos los informes que les da Rosales, se enfrían un tanto sus ánimos.

Entretanto Saavedra conoció, por un correo que llegó hasta él, la inminencia del ataque y a la misma hora que tratan con Rosales, Saavedra ordena el alerta a los fuertes.

Esta condición de alerta se debía dar por un disparo de cañón, primero a Huequén y luego sucesivamente en los otros fuertes hasta llegar a Curaco.

Los indios, al escuchar estos disparos de cañón, comprendieron el estado de alerta y decidieron, en vez de atacar, enviar una comisión de caciques a disculparse ante el jefe de la operación, y se retiraron implorando protección para sus familias. Saavedra los oyó y les manifestó que él no podía liberarlos de la responsabilidad porque la determinación debía tomarla "el Sr. Gobierno", como decían los mapuches, y solo les ofreció mediar para que la sanción fuera moderada o bien se les concediera perdón, junto con la promesa de no levantarse en armas.

Lo positivo de esta acción es que se adelantó la Frontera hasta el Malleco sin necesidad de víctimas ni de uno ni de otro bando.

CONSIDERACIONES GENERALES QUE HACE SAAVEDRA AL GOBIERNO EN COMUNICACIÓN DEL 8 DE MAYO DE 1868

En este documento, publicado en la memoria del Ministerio de la Guerra del año 1868, Saavedra comienza por dar cuenta detallada al Sr. Ministro de la Guerra de los pasos que han dado hasta dejar constituida la línea del Malleco. No deja cumplida su misión si, además, no informa sobre la necesidad de abordar estos asuntos que atañen a la región y que los estima indispensables para la efectiva dominación de la Frontera, para la legítima

defensa de los mapuches y para garantizar los derechos del Estado sobre el territorio conquistado.

Terrenos Indígenas:

Saavedra informa que tan pronto como la ocupación en los fuertes la sintió garantida, su primera atención estuvo dirigida a tomar posesión de las grandes extensiones de territorio sin dueño que los particulares trataban de adquirir por medio de la apropiación para después confirmar por el derecho de posesión; otras veces recurriendo a establecer contratos con los mapuches, que los hacían pasar como dueños de determinadas superficies y que aparecían cediéndolas a chilenos por precios supuestos; en otros casos, los recibían como garantía de escritos en que aparecían prestando dinero a los mapuches, "4.000, 6.000 ó 10.000 pesos", "con hipotecas de vastas extensiones de terrenos".

Para evitar las injusticias y problemas que esta situación crearía en el futuro y para no privar al Estado de su legítimo derecho a disponer de estos terrenos, propuso a los mapuches la venta al Estado de sus tierras, asegurándoles en ellas una posesión que garantice su permanencia en sus tierras y poder disponer del resto.

Con esto el gobierno podía vender o rematar o constituir colonos nacionales o extranjeros que, con su ocupación y trabajo, vayan incorporando efectivamente esta riquísima tierra al patrimonio de la nación, sin daño para sus legítimos intereses.

La extensión de los terrenos comprados a los indios superó con creces las 100.000 hectáreas y costó doce mil setecientos pesos.

Señala Saavedra en su memoria: "El medio más eficaz sería declarar de utilidad pública todo el territorio comprendido entre el Biobío y el Malleco, límites norte y sur; y lo comprendido entre la cordillera de los Andes y la cordillera de Nahuelbuta, límite oriente y poniente respectivamente. Respetando únicamente las posesiones o goces que tenían los indígenas, a fin de radicarlos, para que poco a poco, se confundan con la población civilizada".

"Los particulares que pretendían algún derecho sobre estos terrenos, los ventilarán ante la justicia".

Saavedra afirma que ya en mayo de 1868 no se encuentra un pedazo de terreno que no aparezca comprometido a una o más personas.

La verdad de esta afirmación confirma lo que siempre se ha sabido sobre la constitución de la propiedad de este territorio de Arauco. No bien avanzaba el ejército y garantizaba un tanto la posesión, caían sobre estas tierras los especuladores para tomar posesión y hacer más tarde pingües negocios; otras veces no eran especuladores, sino vecinos de Arauco, Los Ángeles, Concepción, que venían a la ventura, a ocupar un terreno en que, por cualquier medio, se pudieran constituir en propietarios, para lo cual servía todo: la mentira, el engaño al indio, el supuesto de haber vivido siempre en el lugar, etc.

Para facilitar hacia el futuro las medidas que el gobierno debería tomar, Saavedra dispuso que los ingenieros, tanto civiles como militares, procediesen al levantamiento de planos y demarcación de hijuelas, trabajo que no avanzó como se esperaba, pues los ingenieros militares estaban ocupados en la construcción de fuertes, cuarteles, puentes y caminos y los civiles llegaron cuando ya la estación de las lluvias había comenzado. Agrega Saavedra que, si a las compras de 1868 se añade lo adquirido en 1862 y 1863, el Estado dispondría a la fecha, entre los límites señalados, de más de 250.000 hectáreas.

Si el gobierno decide la venta de parte de estos territorios previamente hijuelados y con planos levantados que señalen claramente sus límites, obtendrá como resultado un ingreso que, solo por esta consideración, le devolverá todo lo invertido en la ocupación.

Comercio:

Saavedra sostiene que el comercio que se realiza por Nacimiento es de consideración en ganados y lana, que compran los comerciantes a los mapuches, o que truecan por licores y otros artículos de consumo.

Estos negocios se hacen con gente de mala fama, muchos de ellos ladrones que, lo robado en el norte, lo traen y venden o cambian.

A veces ellos mismos denuncian que lo robado está en poder de tales personas y vienen a recuperarlo, ganando nuevamente con la recompensa.

Estoy cierto, por el conocimiento de la región y por la lectura de documentos e informaciones personales recogidas en los últimos 40 años,

que esta región de la Frontera fue en el siglo pasado en los últimos 30 años, y en los primeros 30 de este siglo, un verdadero Far West, en el que dominó el derecho de la audacia, del crimen, del más fuerte, de la carabina recortada. La audacia fue la ley. Hay que agradecer que la educación, la ley, la autoridad, se hayan impuesto y con ello se garantizó una vida llena de posibilidades en esta región del país.

Esto se debe a varios factores, con los cuales la nación está en deuda. Algunos de ellos, no el menor, las 3.650 familias de colonos extranjeros que vinieron a radicarse en estas tierras; el trabajo de los misioneros, especialmente la gran familia de San Francisco ya franciscanos propiamente tales, ya capuchinos, cada uno en su territorio: las misiones franciscanas al norte del Cautín y las de los capuchinos al sur de este río. Mucho también se debe al ejército colonial, que primero ocupó con sacrificio el territorio y después permaneciendo en tantos lugares, durante algunos años, con su sola presencia evitó muchos abusos y defendió legítimos derechos de los naturales, que encontraron en el ejército de Chile no solo su defensa, sino el contacto desinteresado que favoreció su incorporación a una vida distinta.

Da cuenta Saavedra sobre la construcción de los fuertes, de los cuarteles, puentes y caminos y dice lo que a continuación se copia de su memoria, pues su palabra es muy valiosa:

“...la nueva línea de Frontera queda protegida por ocho fortines situados sobre el río Malleco que sirve como el foso principal para su seguridad. La posición que ocupan, escalonados como se encuentran de legua en legua, les permite protegerse mutuamente, teniendo todo su campo despejado i pudiendo cruzarse los fuegos de artillería. Todos ellos dominan perfectamente el paso del río i encontrándose a la vista unos de otros, pueden comunicarse fácilmente en cualquier caso de alarma por medio de un plan de señales. Sus defensas consisten en reductos rodeados de fosos que la naturaleza de los terrenos ha permitido hacer sin necesidad de revestimiento. Las tierras que de ellos se han estraido fue mi intención emplearlas en parapetos interiores; pero los numerosos trabajos a que había que atender, i como el enemigo con quien se podía combatir no tenía armas de fuego, resolví diferir este trabajo, limitándome solamente a los fosos para poner a la tropa a cubierto cuanto antes, de cualquier sorpresa, pudiendo más tarde, una vez concluidos los cuarteles, emplearse las guarniciones en darles mayor ensanche, si se creyese conveniente.”

Para estimular al soldado a la pronta ejecución de estas obras, creí necesario darles recompensa de ciertas cantidades, según el más o menos tiempo que en ellas se emplease, lo que dio buen resultado para la celeridad.

Los trabajos ejecutados se reducen a los siguientes:

EN LA PLAZA DE ANGOL. Se ha construido un cuerpo de edificio de setenta metros de largo por siete de ancho, una casa de pólvora de ocho metros de largo por seis de ancho; se han refaccionado las cuadras del cuartel, i atendido a otras necesidades, como reparar las obras de defensa, puentes, etc.

EL FORTÍN DE HUEQUÉN. Situado sobre una eminencia i como punto intermedio entre Angol i Cancura, sirve para proteger el puente que se ha construido sobre ese río y las comunicaciones con las plazas de Malleco. En este lugar se construye por contrata un cuartel de diez metros de largo por siete de ancho, siendo bastante para su defensa un piquete de veinte i cinco hombres i una pieza de artillería.

FORTÍN DE CANCURA. Colocado a orillas del Malleco sobre una altura, domina el río i campos vecinos comprendidos entre Lolenco, Huequén i Angol. El cuartel mide veinticinco metros de largo por siete de ancho, todo rodeado de corredores con capacidad para una compañía de infantería, i las piezas necesarias para oficiales, encerrado en un recinto rectangular de sesenta metros, por tres de sus lados i escarpado sobre el río en el cuarto costado: los fosos de cuatro metros de ancho i tres de profundidad prestan la suficiente seguridad para ponerlo a cubierto de un golpe de mano. Todo esto se encuentra terminado.

FORTÍN DE LOLENCO. Situado en la medianía de la distancia de Chihuaihue a Cancura, está distribuido de la misma manera que el anterior, dominando toda la parte del río comprendida entre estos lugares.

FORTÍN DE CHIHUAIHUE. Este punto, de grande importancia por hallarse situado sobre un camino que conduce al interior i que, como he dicho anteriormente, era la guarida de los malhechores, ha sido necesario prestarle particular atención. La altura que domina el llano i punto ventajosísimo para un fortín, carecía del recurso principal, que es el agua, por la gran distancia en que se encuentra el río para las necesidades diarias: felizmente, en los cerros inmediatos se encontró la suficiente, la que, desviándola, se trajo hasta el punto en la cantidad necesaria para el consumo de la guarnición i población que ya principia a formarse en sus alrededores. Con este auxilio ordené la construcción del fuerte, consistiendo éste en un recinto bastionado de cien metros de frente. El cuartel mide setenta metros de largo con capacidad para ciento cuarenta hombres de guarnición, con las dependencias necesarias de almacenes i piezas para oficiales, estando ya terminada su construcción.

A inmediaciones del recinto se halla una altura que creí necesario utilizar, haciendo construir en ella un pequeño cuartel que sirve a la tropa de artillería i de depósito de municiones. Dos piezas de artillería de grueso calibre colocadas convenientemente dominan con sus fuegos toda la vega comprendida entre Mariluan i Lolenco. Esta posición está defendida también por lo escarpado del cerro en que está situada, uniéndose al recinto principal por medio de un foso que le sirve de camino cubierto.

FORTÍN DE MARILUAN. Situado a la ribera norte del Malleco i destinado como los otros a vijilar el paso del río, ocupa una eminencia que llena precisamente su objeto. El recinto i cuartel están exactamente distribuidos como el de Lolenco, es decir, con una capacidad para contener una compañía de infantería. Los trabajos de cuarteles, tanto en éste como en el anterior, se encuentra en vía de ejecución, i si la estación no permitiese dar fin a ellos, cuenta la tropa con los galpones en que actualmente está alojada, los que tienen las comodidades necesarias para que la guarnición pueda abrigarse en ellos durante el invierno.

FUERTE DE COLLIPULLI. Esta posición es más importante que la de Chihuaihue, porque se encuentra en el camino que conduce a las tribus arribanas, i que mas tarde será el punto de reunión para operar sobre esta parte de la Araucanía. En su recinto se construyen cuarteles como los de Chihuaihue, los que aun no están terminados; pero la tropa cuenta con cómodos galpones para invernarse en ellos, si es que a la fecha no se encontrasen concluidos los cuarteles principales.

FORTINES DE PERASCO I CURACO. Estos puntos están destinados a vijilar los pasos inutilizados en el Malleco, como he dicho anteriormente, en donde se han construido pequeños recintos con ranchos pajizos capaces de contener una guarnición de veinticinco hombres.

Para asegurar la comunicación entre fortines i demás plazas de frontera era necesario la construcción de puentes i caminos, que dieran facilidad en todo tiempo al paso de las tropas, i pudiesen ser protegidos oportunamente sin el embarazo de las creces de los ríos que cortan toda comunicación.

No pudiendo atender a todos ellos, me limité a lo que creí más urgente, i solicité del Supremo Gobierno la autorización para la construcción de cuatro puentes; de estos, tres sobre el río Malleco, Picoiquen i Huequén, para poner en comunicación todos los fuertes entre si i con la plaza de Angol; el último se encuentra ya concluido, el segundo en vía de construcción por haber ordenado mi sucesor su traslación a otro punto que creyó más conveniente; el de Malleco, aunque estaba proyectado en el camino que conduce a Nacimiento, mejor informado resolvió se

construyese en Collipulli, que, como he dicho, es el camino al interior, donde habrá que operar más tarde.

El cuarto puente se ha construido sobre el Bureo con el objeto de poner en comunicación la nueva línea con las poblaciones del norte.

Estos puentes construidos sobre pilotes, tienen la ventaja de la economía de costo i presentan solidez suficiente para sostener grandes pesos. Su costo total asciende a la cantidad de seis mil cuatrocientos sesenta i seis pesos.

Para atender a la comunicación de los ríos, ordené la construcción de cuatro lanchas que deben estar ya en ejercicio.

Otra de las necesidades urgentes que era preciso satisfacer, era el alojamiento de la caballería, que convenía tener siempre a la mano para la protección de los campos.

Aunque el punto más a propósito habría sido sobre la misma línea de la Frontera, lugar donde estaba llamada a obrar, me decidí fijar la plaza de Mulchen para su residencia, por encontrarse allí los recursos de potreros cerrados para la caballada, i forraje seco para el invierno; lo que no sucede en la nueva línea, por ser campos abiertos, i por consiguiente espuestos a pérdidas i robos. Fundado en estas razones solicité del Supremo Gobierno la autorización para invertir la cantidad de tres mil quinientos noventa i tres pesos sesenta i cinco centavos para la construcción de caballerizas en Mulchen con capacidad para 300 caballos, i almacenes para el forraje correspondiente”⁶⁰.

Informa en esta memoria citada que cuando estos fuertes quedaron asegurados y la línea constituida, habiendo dado cumplimiento a la misión recibida, dejó al frente de la responsabilidad y del mando de las fuerzas al coronel Alejo de San Martín, en forma accidental, mientras el gobierno nombra a la persona que debe sucederle en el mando y en los primeros días de marzo está de nuevo en Toltén para dirigir y continuar la obra de la ocupación de la costa y de toda la región de los mapuches abajinos.

El gobierno confirmó lo obrado por Saavedra y va a organizar, momentáneamente, dos frentes en la ocupación. Saavedra seguirá realizando la ocupación del territorio al poniente de Nahuelbuta, la zona de los abajinos

60 Documentos relativos a la Ocupación de Arauco, Cornelio Saavedra, Santiago. 1870. Imprenta de la Libertad.

y se nombra al general José Manuel Pinto Arias para administrar la Frontera en la región norte del Malleco, o sea, en la región recién ocupada.

9. CORNELIO SAAVEDRA CONTINÚA LA OCUPACIÓN DE LA COSTA

En marzo de 1868, afianzada la línea del Malleco, vuelve a la zona costera Cornelio Saavedra, a reforzar lo hecho bajo su directo mando en 1866 y llevarlo adelante en una nueva acción.

Ya nos hemos referido a la ocupación de la costa con el establecimiento de unidades militares en Quidico, Lebu, Toltén y Queule y, entrando por el sur del Toltén, el fuerte de Collico. Ahora se va a tratar de entrar a la tierra de los abajinos, hay que ocupar todo el territorio hasta las sierras de la cordillera de Nahuelbuta y asegurar el dominio de los pasos más usados para unir a los de la costa con los arribanos del valle central.

Saavedra recibe la misión que va a cumplir, con el cargo preciso de fundar un fuerte y núcleo poblacional en lo que fue la antigua Cañete o en sus vecindades, en un punto que le permita a esa guarnición tener cuidado de la región de Purén, donde debería fundarse otra plaza militar dependiente de Angol.

Para realizar esta operación, se puso a disposición de Saavedra el batallón 7º de Línea y una compañía de artillería con sus correspondientes piezas.

El 10 de noviembre de 1868 salió una división de 300 hombres infantes del 7º de Línea al mando del teniente coronel y jefe de este cuerpo, Marco Aurelio Arriagada, quien, dos días después, tomó pacífica posesión de Cañete.

Se dedicó de inmediato a delinear una población cerca de lo que fue el fuerte de Tucapel y de las minas de la antigua Cañete, a 50 km al S.E. de Lebu. El lugar era uno de los más poblados por los indios costeros; así podía la unidad militar vigilar con más efectividad los movimientos de estas tribus. Sobre todo, lo que se pretende con esta fundación es tener a mano la facilidad que permita impedir el que se unan y auxilien los abajinos y arribanos. A la

población se le llamó Cañete y no Tucapel, porque existía en la zona del Laja otra población con este nombre, el actual Tucapel.

Fundado Cañete, como lo hemos señalado, en forma pacífica y con asentimiento mapuche, supo Saavedra que algunas tribus rebeldes del interior estaban en contacto con arribanos y abajinos para iniciar una serie de actos y hostilizar las plazas de la alta y baja frontera y, además, que movían a sus huestes de mocetones para atacar a las reducciones de Catrileo y de Huinca Pinolevi. Con el ataque a estos caciques lo que se pretendía era evitar el aporte de las lanzas indias al ejército chileno.

El coronel Saavedra hizo que se les advirtiera el peligro en que se encontraban, pero este aviso llegó tarde, pues el 11 de noviembre una fuerza considerable los sorprendió y asesinó al cacique Huinca Pinolevi, escapando apenas Catrileo. Se llevaron los indios, el ganado y les quemaron sus habitaciones.

Saavedra se hallaba en Cañete presidiendo un Parlamento, cuando se presentó el cacique Catrileo exponiendo lo que acababa de suceder. Saavedra, en el acto, señaló que el deber de los caciques era marchar sin pérdida de tiempo a castigar a sus adversarios. El cacique Marinan, que oficiaba de jefe de las tribus de la costa, le manifestó "que ellos no estaban dispuestos a derramar sangre contra los de su raza y que tampoco se encontraban bastante fuertes para vengar a Catrileo".

Contestó Saavedra: "ya ves Catrileo la negativa de los de tu sangre, pero yo no acostumbro a abandonar a mis amigos y voy a dar instrucciones inmediatas para que se pongan a tu disposición mis tropas y vayas con ellos a hacer la guerra sin cuartel a los que te han ultrajado y una vez te creas vengado te dejaré una guardia en Purén para que nadie vuelva a ofenderte".

De acuerdo a esta promesa Saavedra dio instrucciones para que el Sargento mayor del 7° de Línea, Mauricio Muñoz, cumpliera este encargo y promesa.

En la madrugada del 18 de noviembre, 300 hombres al mando de Muñoz se ponían en marcha para satisfacer la petición de protección de Catrileo. Los costinos o abajinos que se habían negado, con las palabras de Mariñan, a pelear con los arribanos, al ver el poder que se le daba a Catrileo por Saavedra y no queriendo contrariarlo, incorporaron a la División de Mauricio Muñoz algunos indios con sus lanzas para ir a la pelea y ocupación de Purén.

El resultado de esta expedición fue la toma de posesión de Purén en la vertiente oriental de la cordillera de Nahuelbuta el 25 de noviembre de 1868. El lugar en que se instala no es en la ubicación del antiguo fuerte de Purén, sino en el lugar llamado Panqueco.

El fuerte fue iniciado en este punto. Mauricio Muñoz, en otra expedición, llegando al lugar trasladó el fuerte al pintoresco valle no distante de allí y estableció el fuerte de Purén en el lugar donde hasta hoy se levanta. Los indios costinos que integraban esta expedición recibieron autorización para actuar contra los rebeldes, por su cuenta. Se dirigieron al campo enemigo, que encontraron desierto, pues los rebeldes, conociendo la presencia del ejército, abandonaron todo y se ocultaron en las selvas.

Los indios se apoderaron de animales y se volvieron llevando 200 vacunos, 40 caballares y 80 ovejunos. Los rebeldes se trasladaron a Lumaco, distante 8 leguas de Purén hacia el sureste.

Conoció Saavedra la ubicación de los rebeldes en Lumaco y de inmediato ordenó a Marco Aurelio Arriagada que, con una división, los atacara y persiguiera.

Arriagada se encontraba en Cañete. Preparó su división compuesta de 250 infantes, dos piezas de artillería, 80 milicianos de caballería y 300 indios abajinos y con ellos abandonó Cañete el 14 de diciembre, pasó por Purén y continuó su camino a las posesiones del cacique Raiman en Lumaco, lugar al que llegó al amanecer del 19 de diciembre. El lugar estaba despoblado, pues los rebeldes, al conocer el avance de esta división, abandonaron sus rucas y se llevaron sus animales.

Siguió Arriagada recorriendo estos campos, que ya no son de la jurisdicción de Saavedra, sino de Pinto, pues están en tierras de los arribanos, al pie de la vertiente oriental de Nahuelbuta. Caminaron por las tierras de los caciques Nerrian, Coila y Rapimán; ya en estos lugares los indios comenzaron a hostilizar a la división.

El 21, la división llegó al lugar Huillilgüe, punto central de la resistencia, en tierras del cacique Cayul, uno de los más rebeldes.

Arriagada ordenó a sus soldados no destruir las rucas, ya que podían servirles a ellos, pues, a pesar de la época, en esos días lluvias torrenciales caían en Lumaco y alrededores.

En la noche y en medio de la tormenta de lluvia llegaron los indios rebeldes a atacarlos, pero sus tentativas fracasaron.

De este lugar se dirigió Arriagada a Angol, pasando por Levuelán, donde esperaban su paso los caciques Domingo Melín, Juan Calvucoi y Loncomilla, pero, ante un ataque de los granaderos a caballo, retrocedieron. Arriagada, informando a Saavedra sobre esta campaña, le dice “que se le ha informado que el terrible cacique Melín está gravemente herido y aun posiblemente muerto”. Esta expedición, en total, desde que salió de Cañete, ha estado seis días en acción. Las especies, principalmente animales, que han arrebatado a los rebeldes se las han repartido a los indios, reservando lo necesario para la mantención de su división.

De lo dicho puede comprenderse que los mapuches arribanos no estaban dispuestos a aceptar la ocupación de su territorio, lo que significaba someterse y perder su libertad. Toda la Araucanía estaba en efervescencia, incluso lo ocupado por el ejército.

Todo lo ocupado estaba atento a atacar los lugares en que se reunían los arribanos, para evitar los grandes encuentros, pero sus salidas debilitaban el poder en lo ocupado y era preciso no perder de vista que, en cualquier momento, los grupos amigos podían sumarse a los rebeldes. La sumisión no era, en manera alguna, un acto espontáneo de reconocimiento del poder del gobierno; también en el fondo preferían su libertad. Solo un sentido práctico los hacía someterse y mientras más tiempo durara esta situación, engendraría un acostumbamiento, que era en el fondo lo que buscaba Saavedra como sistema de ocupación; la incorporación del mapuche a otro sistema de vida y en ningún caso su exterminio.

Los arribanos se encontraban en completa rebelión y Saavedra, para ayudar a las fuerzas del general Pinto, que actuaba de preferencia en el valle central, contra los arribanos, despachó de Purén una división de 350 hombres a las órdenes de Mauricio Muñoz. Se puso en movimiento el 2 de febrero, pasando por Lumaco. Aquí desgajó su fuerza una columna volante con los mapuches de Catrileo y Colipí, que persiguieron a las tribus rebeldes, pero estos, conociendo el movimiento de la unidad, habían abandonado sus casas, siembras y animales.

La columna quemó las casas y sembrados de trigo a esa fecha maduro, y se apoderaron de más de 200 vacunos y sobre 2.000 ovejunos. Cuando

regresaron a encontrarse con la división recibieron a los enviados de los caciques Nerrian y Coilla, que venían a manifestar su fidelidad al gobierno.

Mientras actuaba esta unidad, Pinto se internaba en la tierra de los arribanos y Saavedra hacía salir de Purén una división, al mando del sargento mayor Antonio García, que recorrían los campos al norte del río Colipi para evitar concentración de arribanos que pudieran atacar las plazas fronterizas, un tanto desguarnecidas por la sacada de fuerzas que se tomaron para formar la división de Pinto, que llegó hasta las proximidades del Cautín.

10. CAMPAÑA DE 1869

Con fecha 8 de noviembre de 1869, el gobierno, por intermedio del ministro de la Guerra, encargó a Cornelio Saavedra emprendiera una penetración desde la costa, por la orilla del Toltén, que debía llegar hasta Villarrica.

Tal encargo se hace por conocerse el valor que tiene establecer nuevas poblaciones, las que son necesarias para el desarrollo de la agricultura y el comercio, pero sobre todo útiles para robustecer el trato con los indígenas, que van lentamente adquiriendo nuevos hábitos y se comienzan a acostumbrar a una nueva vida.

El ministro le sugiere a Saavedra la posibilidad de levantar una población en el sitio de la antigua Imperial, la actual Carahue, como también la fundación de Lumaco y Nahuelco en el valle central, al suroeste de Los Sauces.

En la misma comunicación, el ministro le señala al final dos notas de importancia. Una, que si necesita robustecer su artillería, queda autorizado para disponer de los cañones que existen depositados en el puerto de Talcahuano. La otra nota, es el encargo de estar siempre al habla con el general en jefe de la alta Frontera, José M. Pinto, para que se presten auxilio cada vez que una emergencia lo requiera.

El ministro le advierte a Saavedra que estas instrucciones las ha puesto en conocimiento de Pinto, para que esté en antecedentes de lo que en conjunto pueden hacer.

Saavedra se da cuenta de lo difícil que es llevar a cabo las operaciones sugeridas por la falta de fuerzas, puesto que a raíz del término de la Guerra con España, se había ordenado disolver algunos batallones, entre ellos el 8° y el 11° de Línea, que guarnecían precisamente la Baja Frontera. En lugar del 8° de Línea se dejó la Brigada de Toltén, de 305 plazas, al mando del sargento mayor Orozimbo Barbosa.

La Baja Frontera estaba dividida en dos secciones:

Primera Sección: Purén, Quidico, Relbún, Cañete, Contulmo, Lebu y Cayupil. Esta sección la guarnecía el 7° de línea bajo el mando del Coronel Mauricio Muñoz y el capitán José Cruz Calvo.

Segunda Sección: Queule, Boldo, Collico y Toltén, mandada por Barbosa y el capitán Ramón Perales.

Vale la pena dejar para recuerdo que, en la familia Barbosa, actuaron en la Araucanía, a partir de 1859, cuatro hermanos: Mauricio, Orozimbo, Filomeno y Quintiliano.

Al que se suele recordar más es al Teniente Coronel Orozimbo Barbosa, porque alcanzó el grado más alto en el escalafón militar, sobre sus otros hermanos y, además, por su participación en la Guerra del Pacífico y en la revolución de 1891.

Orozimbo Barbosa utilizó, en el trato con los indios, un sistema que a la fecha no había sido empleado y que al principio fue menospreciado por los caciques.

Barbosa se comunicaba con ellos por escrito: les enviaba cartas. El mismo señala que su correspondencia no agradó mucho a varios caciques, quienes, protestando porque sus antepasados nunca se habían entendido con el gobierno por medio de papeles, les devolvían sus comunicaciones; pero siguió empleando el sistema hasta que llegaron a aceptarlas con gusto y, con el tiempo, incluso las mostraban como señal de distinción.

Guardaban estas comunicaciones y las ostentaban. Además servían para que las comunicaran a los demás (ellos, en general, no sabían leer) por intermedio de personas capaces de hacerlo, especialmente por comerciantes e incluso, muchas veces, por las mismas personas que servían de correo.

El trato de Barbosa con el cacique Maquehua era muy cordial y familiar, a Manuel Burgos lo trata de “mi amigo”, “apreciado amigo”, “apreciado Burgos”. Frases de sus cartas son las siguientes: “muchas cosas tengo que hablarte y desearía vinieras a ésta (Toltén) luego que puedas. Tuyo Barbosa”. En otra “Da un abrazo a tus hijos y tú dispón de tu mayor amigo. O Barbosa.”

Este trato era muy convincente y luego fue corriente entre caciques y autoridades. El mismo sistema lo empleó con éxito Gregorio Urrutia.

Estas cartas fueron conservadas, hasta hace algunos años, por los familiares de los caciques y las mostraban como pruebas de la deferencia que con ellos emplearon los comandantes de las tropas chilenas.

11. LA LÍNEA DEL TOLTÉN. EL PARLAMENTO DE HIPINCO. ORÉLIE ANTOINE DE NUEVO EN LA ARAUCANÍA

El coronel Saavedra recibió instrucciones del gobierno, con fecha 8 de noviembre de 1869, de llevar a cabo la ocupación de la línea del Toltén, extendiéndose por su orilla sur hasta ocupar Villarrica.

Para realizar esta operación se organizó nuevamente el batallón de 8° de Línea, sobre la base de la brigada de línea Toltén, a las órdenes de Orozimbo Barbosa y se envió a la Baja Frontera el batallón 4° de Línea, a las órdenes del teniente coronel José Domingo Amunátegui.

Se preparó Saavedra para emprender esta empresa, pero le pareció previo celebrar un Parlamento con los mapuches e invitó a todos los caciques de mayor prestigio a concurrir a los llanos de Hipinco, donde se celebraría la reunión. Muchos de los caciques que participaron en este Parlamento eran personas que tomaban contacto con autoridades del gobierno por primera vez.

Saavedra convocó para este Parlamento a las tribus de la costa y a las arribanas que quisieran concurrir. La reunión se fijó para el día 22 de noviembre de 1869, en las llanuras de Hipinco, un poco al sureste de Purén.

Este Parlamento se realiza en los momentos en que se empieza a saber, sin confirmación, que otra vez se encuentra en el territorio chileno el “aventurero” francés Orelie Antoine, quien se había introducido al país desde Argentina y se entendía en Chile con el cacique Quilapán, que era la primera figura de la resistencia araucana y que sería también la última. Después de Quilapán la resistencia mapuche se derrumbó y no volvió a producirse en forma alarmante.

El coronel Saavedra informa al señor ministro de la Guerra, antes de la celebración del Parlamento, y le advierte que es posible que se altere la tranquilidad de la Frontera por la acogida que las tribus arribanas le han dado a Orelie, quien, se informa, estaría entre los araucanos en connivencia con Quilapán y Montri, que están empeñados en levantar y sublevar a las tribus y reducciones, asegurándoles una victoria cierta y amplio botín. “El conocimiento de estos hechos me ha llegado por distintos conductos, no teniendo la menor duda sobre su realidad”. Informa que concurrirán al Parlamento caciques de Maquehua, Boroa, Imperial, Allipén, Villarrica, Pitrufquén y Donguil. Le afirma al ministro: “Sé que en la Junta piensan los caciques manifestarme sus temores por la construcción del camino que parte de Toltén en dirección a Villarrica, el cual tiene ya 35 km de longitud”. El camino, a la fecha, llegaba hasta el actual Comuy, que en el plano que hizo levantar Saavedra de lo que sería este camino hacia Villarrica, es llamado fuerte Barbosa.

Para disipar el temor y las posibles reacciones dice “no estoy distante de paralizar esta obra”, lo que efectivamente hizo y usó sus fuerzas para prevenir cualquier intento de los arribanos, teniendo como punto de apoyo a Purén.

El Parlamento se realizó en la fecha indicada, concurriendo los caciques señalados y otros del sector entre el Cautín-Imperial por el norte y el Toltén por el sur. Es primera vez que se toma contacto con muchos de ellos.

Pidieron que no continuara la ocupación de la línea del Toltén, si bien el segundo día, el 23 de noviembre señalaron: “que supuesto que el gobierno había resuelto fortificar las riberas del Toltén para así conservar la paz, ellos no pondrían embarazo con tal que se les respetase en sus personas, intereses y costumbres y como les inspiraba confianza, las promesas que se les hacían a este respecto, ellos a su vez se conservarían en paz”.

Era objetivo central de este Parlamento separar estas tribus de las arribanas que se ubicaban en la precordillera y en la parte norte del Cautín, al Sur del Malleco. Saavedra aceptó estas peticiones, más, cuando confirmó plenamente que Orélie era huésped de Quilapán y estaba dispuesto a ayudar al gran levantamiento que, a su juicio, podía retrotraer la ocupación de Arauco a la época colonial y volver a fijar el límite en el Biobío, se decidió a actuar sin contemplación.

Terminado el Parlamento, Saavedra se volvió a Toltén para preparar la expedición que debería terminar con la ocupación de la Frontera sur y ocupar Villarrica, antes de la estación de las lluvias. Él se encargaría personalmente de realizar esta operación, dejando el mando de las operaciones de Lebu a las órdenes del sargento mayor Gregorio Urrutia.

Mientras tanto, desde Purén salió una división de 600 hombres al mando de Mauricio Muñoz Mena, que actuó en el territorio entre el río Quillén y Quino, con éxito. A fines de febrero de 1870 estaba otra vez de regreso en Purén.

¿Qué pasaba entretanto con Orélie? Saavedra había hecho correr una oferta de un gran premio, en dinero y en bienes, a quien trajera vivo o muerto a Orélie. Este, al saber la medida de Saavedra, pensando que la tentación podía ser muy grande, prefirió abandonar el país por el mismo camino de su ingreso. Atravesó la cordillera, la pampa y, en la costa del Atlántico, se embarcó para Francia.

En Purén, Mauricio Muñoz Mena se estableció con su división, esperando instrucciones del jefe de la Alta Frontera, José Manuel Pinto, para obrar en combinación, según fueran las condiciones y necesidades.

En 1870 se complica la situación de la Alta Frontera. Está totalmente alzada la población mapuche entre Malleco y Cautín y amenaza incluso pasar la línea del Malleco hacia el norte.

Ante la emergencia, Pinto solicita a la división de Purén se traslade a Collipulli y pide al gobierno ordene suspender las operaciones de la línea del Toltén.

El gobierno operó de acuerdo con la petición de Pinto y se postergó la operación Toltén y ocupación de Villarrica. Saavedra, en Lebu, se dedica a

organizar una división que entre a la región de la Alta Frontera y haga cuanto daño sea posible. Ojalá se presentara la oportunidad de dar un golpe decisivo.

La división que organizó la puso al mando del teniente coronel José Domingo Amunátegui, que salió de Cañete con 302 infantes del 4° de Línea, una compañía de cazadores a caballo, un piquete de artillería, 83 milicianos y 130 indios amigos.

Esta división se puso en marcha el 26 de marzo de 1870. Recorrió la región de los ríos Colipi y Pellahuen, las montañas de Chufquén y el río Quino. En estas partes no encontró resistencia, la población había desaparecido, las casas estaban abandonadas y muchas fueron devoradas por el fuego. Algunos animales sueltos fueron usados como alimento para los soldados, otros entregados a los indios amigos y otros arreados hacia Cañete y Angol.

Después de recorrer la zona del Quino se internó sorpresivamente a la cordillera del Ñielol, recorriéndola en uno y otro sentido, en forma simultánea por varias unidades. La cordillera del Ñielol fue uno de los reductos más duros del período colonial y durísimo en el período republicano, de aquí partía toda la resistencia. Solo animales, vacunos, ovejunos y caballares les fueron quitados y repartidos y volvió Amunátegui a Cañete el 13 de abril.

12. NOVEDADES EN LA FRONTERA EN 1870

Se había ordenado a Saavedra preparar las fuerzas y realizar la ocupación de la línea del Toltén y llegar hasta Villarrica, y así lo vemos organizando la baja Araucanía (la región costera) mientras él va preparando la realización de la misión que le confiara el gobierno. Así hay que entender como preparación de esta acción, la división de sus fuerzas en las dos secciones ya señaladas, la celebración del Parlamento de Hipinco y las correrías realizadas para evitar que la masa mapuche se reuniera en una sola importante fuerza.

Saavedra está consagrado a estos quehaceres cuando recibe instrucciones del gobierno. En vista de la generalizada violencia que toman los mapuche arribanos y de la provincia de Malleco y vecinos, se ordenó suspender la operación del sur del Toltén y de Villarrica e incluso se le ordenó desprenderse

de parte del ejército de su mando e incorporarlo al ejército o división del general Pinto.

Para Saavedra esta medida fue una gran decepción, pero, aunque descorazonado, continuó desempeñando su puesto de comandante de la Baja Frontera.

Esta región tuvo una importante transformación en 1869.

Por Ley de 15 de julio de 1869 se crearon los departamentos de Lebu e Imperial, que pasaron a constituirse en territorios de colonización, dependiendo sus autoridades directamente del Presidente de la República.

Para el Departamento de Lebu se nombró gobernador a don Gregorio Urrutia y, en la misma fecha, se designa para el Departamento de Imperial Barbosa.

Por Decreto Supremo de 6 de octubre de 1869 fue nombrado Saavedra comandante general de Armas de los departamentos de Lebu e Imperial y así quedaba el ejército que él comandaba en esa zona.

Los mapuches no cesaban de molestar y atacar al cacique Catrileo, uno de los más fieles aliados con que contaba la autoridad de la República. Por eso sus campos eran objeto de continuos malones, con que ellos sentían vengada su traición. Por esta razón Saavedra sintió la necesidad de procurarle un legítimo amparo y estimó conveniente situar un destacamento de tropas en el paso principal del río Lumaco y sugirió al gobierno la idea de fundar el fuerte de Lumaco. Este fuerte permitió proteger una gran extensión de tierras ocupadas por los indígenas que obedecían a Catrileo; se encuentra ubicado a 8 leguas al sureste de Purén y a 14 de la línea del Malleco, quedando en contacto con las tribus alzadas de los arribanos.

Con fecha 23 de octubre de 1870, el gobierno concedió la autorización para el fuerte y dos compañías del batallón 8° de Línea, más una de las milicias de Toltén y un piquete de artillería, se ubicaron en el lugar al mando del sargento mayor graduado José Antonio Gutiérrez.

Es útil dejar constancia de la medida tomada por Cornelio Saavedra para esta fundación de Lumaco. Siempre prefirió actuar en armonía y con el beneplácito de los mapuches. Sostenía que no había razón para atropellarlos, y así recurría primero a la consulta.

Antes de los pasos que llevaron a este fuerte, convocó el mayor número de caciques, el 25 de enero de 1871, y les presentó su idea, la que fue aprobada. Con esta aprobación y la autorización del gobierno, realizó la creación del fuerte.

Por este mismo tiempo, fundó el pueblo de Nahuelco en el camino entre Lumaco y Purén.

Estas fueron las últimas operaciones de Saavedra en la Araucanía.

Saavedra decidió retirarse y abandonar esta actividad al ver la variabilidad de opiniones en el Gobierno de la República y la falta de apoyo que se daba a una acción tan importante como era la ocupación de todo este extenso territorio, cuya riqueza y verdadero valor para la economía del país algunos sospechaban, pero nadie conocía realmente.

Es curioso observar que, en la década de 1870-80, todavía el conocimiento del territorio de la Araucanía era muy precario. Desde la época de Pedro de Valdivia y durante todo el período colonial, el tráfico norte sur y viceversa terrestre, se hizo por la costa y en todo caso por la vertiente del Pacífico de Nahuelbuta. Desde el Biobío al Toltén, lo que forma el valle central, entre ambas cordilleras, era territorio desconocido y, a lo sumo, había conocimiento personal de comerciantes que, patrocinados por algunos caciques y bajo su protección, entraban al territorio.

El primero que se dio cuenta real del valor de este territorio y de la importancia que tenía su ocupación fue Saavedra, desde que ocupó el cargo de intendente y comandante de la provincia de Arauco en 1859, con sede en Los Ángeles.

En ese entonces todo el territorio al sur del Biobío era la provincia de Arauco o bien el territorio de Arauco.

El valle central fue un descubrimiento de la década del 80, del siglo pasado, e incluso sólo se empezó a conocer cuando se inició la construcción de la vía del ferrocarril longitudinal.

Saavedra sufría en su espíritu el peso de la no comprensión del valor que, para el país, tenía el sacrificio pequeño que significaba la ocupación, frente a la grandeza e importancia de la incorporación de toda esta región de hecho y derecho a la Soberanía Nacional.

Es casi increíble la ignorancia que existía sobre esta zona que se representaba, simplemente, como una región sometida a la barbarie.

Por eso, cuando el Gobierno autorizó a Saavedra a emprender la ocupación de la línea del Toltén y este tomó las iniciativas que lo conducirían a llegar hasta Villarrica, se había acortado en 10 años la ocupación de la Araucanía, lo que era factible con muy pequeño costo para el erario, sin pensar en que lo que se gastara, se recuperaba de inmediato en forma multiplicada.

El fisco, solo en el remate de las tierras fiscales que incorporó en su patrimonio, recibió más de 15 veces la totalidad de lo gastado en la ocupación en los 20 años que duró esta operación, 1862-1882. No solo se pagó lo gastado en la operación; los remates financiaron con creces el valor de la construcción del ferrocarril en toda su extensión San Rosendo-Antilhue.

¿Cuáles fueron los gastos de la acción desarrollada hasta la fecha, junio 1870?

Saavedra los entrega en escuetos datos:

<i>Invertido en la ocupación de Angol, año 1862, incluido lo gastado en</i>	
<i>Mulchén</i>	\$ 53.378
<i>Invertido en la ocupación de Lebu, Queule y Quidico, en 1866-67</i>	\$ 21.605
<i>Invertido en la fundación de la línea de Malleco, en 1867-68</i>	\$ 63.625
<i>Invertido para seguir los trabajos del litoral, 1868</i>	\$ 26.885
<i>Invertido en la fundación de Cañete, Purén, Lumaco y avance en la</i>	
<i>línea del Toltén hasta Fuerte Barbosa (hoy Comuy), 1869</i>	\$ 68.513

<i>Suma Total</i>	----
	\$ 239.006

Estos gastos representan víveres para las tropas, elementos de construcción y cuarteles, fletes, aperturas de caminos, construcción de puentes, adquisición de bueyes, carretas, herramientas y compra de terrenos a indígenas.

Las tierras incorporadas a la fecha representaban 1.101.600 hectáreas.

Con cuanta razón Saavedra, en su libro "Ocupación de Arauco", dice al final, refiriéndose a su decisión de abandonar esta obra tan grande para él y cuyo valor comprendía más que nadie; y con cuanta modestia, en su último informe expresa "*...Me felicitaré siempre que las injenuas apreciaciones y demás apuntes que aquí dejo consignados, puedan ser de utilidad al jefe que me suceda. Desde el retiro de mi vida privada miraré siempre con interés la gran cuestión de Arauco que me ha preocupado tantos años, y le acompañarán mis ardientes votos por su mejor acierto.*"

Así se despedía de su acción el principal actor de este capítulo de la Historia de Chile, la pacificación, y creador de la Frontera que está cumpliendo el primer centenario de su vida incorporado al Chile occidental y cristiano.

Cuánto se debe a Saavedra en la Frontera y qué ingratitud hay en la nación y en la región con este hombre. Salva apenas este silencio la antigua Imperial Bajo, hoy Puerto Saavedra, pero, si se pregunta a la inmensa mayoría de los chilenos quién fue este hijo ilustre de Chile, darán cualquier respuesta o, a lo mejor, un levantar de hombros, señalando con el gesto su ignorancia.

Cuando, entre los años 1868-69 y 1870, se planteaba en el Congreso Nacional la petición del Ejecutivo para cumplir el plan Saavedra, que pedía agregar 1.500 hombres más a las filas del ejército y terminar la ocupación y aportar a través del Presupuesto \$ 500.000 anuales para llevar a cabo la ocupación con todos los gastos que significaba establecer la vida de 1880 donde solo existía la selva y el bandidaje junto a la barbarie, donde había que hacerlo todo, el Parlamento, al discutir el tema, oyó y expresó las ideas más aberrantes.

Manuel Antonio Matta, oponiéndose, condenaba el plan de la Conquista.

Vicuña Mackenna exponía que, desde tres siglos atrás, la cuestión de Arauco era un fantasma que engañaba a todos y que la Guerra en la Frontera era una quimera caprichosa.

Pedro León Gallo, que, si avanzábamos la Frontera, los araucanos se sublevarían y que era mejor procurar su civilización por otros medios. Justo Arteaga Alemparte exigía que la cámara rechazara la idea del gobierno y que la conquista de las tierras de la Frontera era inútil, ya que no se poblaban y costaban tantos sacrificios a la nación. José Victorino Lastarria censuraba

abiertamente la idea de adelantar la Frontera y llegó a expresar que todo no era sino una manera de favorecer los intereses particulares de los jefes de la Frontera.

El coronel Saavedra, en esos años diputado en el Congreso, refutaba todas las apreciaciones, los errores, los hechos falsos. Para él no había misterio, ni barrera insuperable que impidiera la ocupación. Su palabra estaba allí para hacer Ley, pero era desoída o se la estimaba interesada.

El Ministro de la Guerra, en estos debates, intervenía abordando la cuestión y, colocándose frente a las suposiciones de Lastarria, que ponía en duda la honorabilidad de los jefes de la Frontera, decía, el 11 de agosto de 1869, lo que se verá más adelante.

13. LA FRONTERA ANTE EL CONGRESO EN LOS AÑOS 1868 -1870

Con motivo de un mensaje del Ejecutivo presentado al Congreso el año 1868, solicitando autorización para aumentar en 1.500 plazas el ejército e invertir la cantidad de 500.000 pesos en la prosecución de las operaciones militares y avance de fronteras, se levantaron en el seno del Parlamento agitadas discusiones, las que se prolongaron de año en año, cada vez que se ponía sobre tabla este proyecto, agriándose sobre todo las del año 1869, en que tuvieron lugar los sangrientos sucesos acaecidos en la Alta Frontera.

La Araucanía era un problema difícil de resolver, por el desconocimiento absoluto de nuestros legisladores de la topografía de esa zona, sus recursos, valor apreciable del suelo que se tomaba y de cómo se hacía esa guerra, poniendo hasta en duda la pericia y competencia de nuestros militares.

La Araucanía, en verdad, ha sido conocida, y solamente su suelo, cuando la locomotora se abrió paso en sus montañas, sin formarse conciencia cabal de lo que había costado al ejército su conquista.

Por eso, casi no nos extraña hoy día que los hombres más conspicuos de nuestro Parlamento, a quienes todos los chilenos hemos sabido respetar, tuvieran un concepto tan errado de lo que era la guerra que se hacía en la Araucanía.

Para formarse una idea basta hojear los boletines de esos años.

“Don Manuel Antonio Matta se levantaba condenando el plan de conquista porque ella, decía, equivalía a la violencia; i que la actitud tomada contra los Araucanos era contraria a la justicia i a la humanidad”.

“Quien como Vicuña Mackenna, esponia que desde tres siglos atrás, la cuestión de Arauco, era un fantasma que engañaba a todos i que la guerra de la frontera como se había entendido, era una quimera caprichosa, funesta. Otros como don Pedro León Gallo que si avanzábamos la frontera, los Araucanos se sublevarían y que era mejor procurar su civilización por otros medios. Allí Justo Arteaga Alemparte exigiendo de la Cámara no aceptara la idea dominante del Gobierno de reducir la Araucanía por medio de la conquista, i que la adquisición de tierras se hacía inútil, desde que no se poblaban i costaban tantos sacrificios a la nación”.

I en otros muchos, por fin, don José Victorino Lastarria, imponiéndose a los demás, entraba a censurar de hecho i resueltamente la idea de adelantar la frontera del Malleco, cuya simple enunciación envolvía para él una falsedad; que no existía tal avance de frontera i que no se había hecho otra cosa, agregaba, que malgastar mucho dinero i, por consiguiente, no debía darse más; que con lo que estaba haciendo se derrochaban los dineros del Estado i se vertía inútilmente la sangre de la Patria. Además la adquisición de la costa Araucana desde Lebu a Queule, no había sido efectiva; finalmente que la conveniencia de ocupar la Araucanía era un absurdo y debía aplazarse.

En estas apreciaciones descendíanse a inculpar a los Jefes de la frontera: decíase que solo estaban favoreciendo sus intereses particulares.

El Coronel Saavedra, desde su asiento de Diputado, sin ser un gran orador, refutaba todas las apreciaciones apasionadas, los errores i hechos falsos, o los arranques de elevada elocuencia.

Para él no había misterio ni barrera insuperable, que impidiera la ocupación de la Araucanía. Su palabra serena i explícita, estaba allí para hacer luz.

Don Federico Errázuriz, Ministro de la Guerra, i a quien no ofuscaba el problema araucano, abordando de frente la cuestión i siguiéndola por el mismo camino que la había colocado el señor Lastarria, a poner en duda la honorabilidad de los jefes de la frontera, decía en la sesión del 11 de agosto.

Creo de mi deber revelar aquí un hecho fundado en documentos que tengo en la mano i al cual hizo anoche alusión el honorable diputado por la Serena (señor Lastarria).

Dijo su señoría, que si se avanzaba la línea de la frontera hasta el Malleco, era para proteger ciertas propiedades particulares situadas entre el Malleco y el Biobío. Quiero por un momento, aceptar que así sea. ¿No es un deber de la autoridad velar por la seguridad de la propiedad? ¿No debe protegerse el derecho de los ciudadanos? Sin embargo debo decir, en homenaje a la justicia, que el señor Saavedra, era poseedor de cuatro mil cuadras de terreno cerca de Mulchén, que las había recibido en pago de quince mil pesos que le debía un particular. Cuando lo llamé hace dos años al señor Saavedra para conferenciar con él i darle la dirección de las operaciones de la frontera, me presentó una solicitud hecha al Gobierno, haciendo una cesión formal de esa propiedad en favor del Estado, para no ser propietario en el territorio en que se iban a comprender las operaciones.

Aquí está también el título que acompaña el honorable Coronel". La solicitud dice así:

Exmo. Señor:

Cornelio Saavedra, teniente coronel i Jefe del Ejército de operaciones sobre el territorio Araucano, a V.E. espone: que por la escritura pública que acompaña consta que el día 26 de Octubre de 1864, recibí en pago de una cantidad de pesos que me adeudaba don José María Rodríguez, un fundo de cuatro mil cuadras de terreno situadas en el departamento de Nacimiento, subdelegación de Mulchén, habiéndose efectuado esta adquisición con autorización suprema, en virtud de lo dispuesto por la lei de 14 de marzo de 1853, que trata sobre la transmisión de la propiedad en el territorio indígena.

Al encontrarme comisionado por V.E. para avanzar plazas militares en el territorio araucano i procurar su reducción, no quería verme ligado con ningún interés particular en el campo de mis operaciones i únicamente contraerme a sistemar el buen orden que conviene establecer en aquella parte de la República.

Animado de tal propósito, i por otra parte deseoso de evitar equivocados conceptos respectos a los procedimientos que creo necesario emplear en aquellas localidades, para evitar los abusos que hoy existen, vengo en ceder a favor del Estado la propiedad mencionada para que ella sirva de base al fomento de la colonización, tanto nacional como extranjera, que debe poblar los campos de la Araucanía".

En consideración de lo espuesto, ruego a V.E. se sirva aceptar la donación que hago de las cuatro mil cuadras de terrenos, i disponer lo conveniente para que se reduzca a escritura pública esta cesión".

CORNELIO SAAVEDRA.

Prosigue el señor Errázuriz:

Yo creí de mi deber que no debía abusar de la excesiva delicadeza del tenor Saavedra i creí por consiguiente, que no debía dar curso a la solicitud. Creí también que la reputación del honorable coronel Saavedra estaba colocada a mucha altura para que sus procedimientos pudieran interpretarse de un modo equívoco. I sin embargo el Señor Saavedra, como jefe de operaciones en el territorio Araucano, lo primero que hizo fue disponer de este terreno en favor de la colonización, llevando así a efecto la oferta hecha al Gobierno por una esquisita delicadeza.

Hasta aquí el señor Federico Errázuriz.

El 22 de agosto del mismo año se dictó el siguiente Decreto:

S.E. el Presidente de la República ha decretado hoi lo que sigue:

Vista la anterior representación hecha por el Coronel don Cornelio Saavedra, cuando le fue encomendada la comisión de adelantar nuestra línea de frontera hasta el río de Malleco, en virtud de lo cual pretende ceder al listado la Propiedad de cuatro mil cuadradas de terrenos situados en el Departamento de Nacimiento, subdelegación de Mulchén.

Teniendo presente que no existe razón alguna que aconseje la aceptación de la indicada cesión i que desde que se ha encargado a otro jefe el mando del ejército de la frontera Norte, han desaparecido hasta los motivos de delicadeza que indujeron al Coronel Saavedra a solicitar la aceptación de aquella cesión.

Decreto:

No ha lugar a la aceptación de cuatro mil cuadradas de terreno ofrecidas al Estado por el Coronel don Cornelio Saavedra.

Devuélvase al interesado los títulos que acompaña a su solicitud.

Tómese razón i comuníquese.

Pérez

FEDERICO ERRÁZURIZ.

Ante revelación tan inesperada, las vacilaciones dudosas desaparecieron.

Sólo aquellos para quienes los actos de elevado patriotismo no son comprendidos, pudieron después de esa revelación no hacer justicia a quién así procedía en su conducta de servidor público en beneficio del engrandecimiento territorial del país.

Mas tarde comentando en la prensa ese rasgo de patriotismo del conquistador de la Araucanía, el señor don José Manuel Balmaceda, decía:

De manera que el Coronel Saavedra, para desligar todo interés personal del interés del Estado, i para adquirir mayor libertad de acción en el vasto proyecto que ponía por obra, cedió lo que poseía de un modo regular al Estado, el cual, por conducto del señor don Federico Errázuriz, negó lugar a la cesión.

Escusamos todo comentario, cuando los hechos hablan de un modo tan digno en favor de uno de los altos jefes del ejército chileno. Para los hombres que le conocen, este hecho no agrega nuevos títulos de estimación; para aquellos a quienes alusiones vagas, sin intención, pero capaces de estraviar el criterio de los que no conocen suficientemente nuestros hombres públicos i nuestra historia, el recuerdo de la cesión de 11 de agosto de 1868 i del decreto de 22 del mismo, confirmarán la honra de uno de nuestros funcionarios, que también es honra de nuestro país.

Importa a los funcionarios del Estado e importa al país el conocimiento de la verdad. No es noble ni es legítimo dejar envuelta en alusiones personales reputaciones que nos honran i a quienes el país debe servicios importantes.

Es esto cabalmente lo que nosotros también hemos querido esclarecer en homenaje a la verdad de la realidad de documentos públicos irrecusables como lo hacemos.

Como en el transcurso de los acontecimientos fuesen haciéndose interminables las discusiones del Congreso en la cuestión que se debatía, solicitó el Coronel Saavedra, se suspendiera la discusión al respecto, hasta que él pudiera presentar en pocos días más, una serie de documentos oficiales que justificasen la importancia de las conquistas hechas sobre la barbarie, i probar también, que no había motivo para negar el sostenimiento de 1.500 hombres de aumento en el ejército i los 500.000 pesos solicitados.

Efectivamente, después repartía a los miembros del Congreso, la recopilación de documentos oficiales compaginados en el libro titulado "Ocupación de Arauco" (edición de 1870).

14. INSURRECCIÓN GENERAL EN LA FRONTERA

Mientras en la costa o Baja Frontera se realizaba con éxito y muy pequeños sacrificios de vida la ocupación, bajo la conducción de Cornelio Saavedra, no era lo mismo en la Alta Frontera cuyo mando ejercía el general José Manuel Pinto Arias.

Los araucanos en la línea del Malleco habían aceptado y tolerado la formación de los primeros fuertes, principalmente el de Collipulli; pero muy pronto van a asumir una actitud de rebeldía y provocarán una de las

revueltas más belicosas que vivió la Araucanía y que llegó a poner en peligro el plan completo de la pacificación.

Se suele preguntar, si es legítima la inquietud, ¿a qué se debe la diferencia de actitud entre el mapuche de la costa y el del interior? Hay algunas razones que podrían satisfacer, en parte al menos, la pregunta.

Desde luego es evidente que la zona costera, vertiente poniente de Nahuelbuta y el océano era bastante menos poblada, pues las tribus eran menos numerosas y vivían más separadas y aisladas unas de otras, sin mayor cohesión, En el interior, las tribus eran más numerosas y compactas y aunque tenían plena independencia entre ellas, casi todas reconocían una cierta preeminencia y obediencia primero al soberbio cacique Mañil, famoso desde los tiempos de la Independencia y a quien sucedió, con la misma o mayor autoridad, el belicoso cacique Quilapán.

Estos del interior son más, están más unidos y tienen una persona que ejerce, sobre todos, una autoridad moral basada en su valentía y en su decisión para afrontar toda dificultad que, de alguna manera, pusiera en peligro su libertad.

Además es posible y legítimo pensar que, siendo la costa el camino natural de paso hacia el sur y el norte, el contacto con el español y con las misiones en el sector suavizó al bárbaro e hizo de él un hombre que más fácilmente comprendiera las ventajas de su incorporación a una vida distinta a la que ellos llevaban, tan sujeta a las variadas condiciones de la naturaleza.

Los costinos conocieron el régimen de la ciudad española y la vida republicana y la vivieron; acudían a la ciudad a trocar sus productos e iniciaban así un primer paso en la vida del comercio. Ninguna de estas circunstancias alcanzó un peso importante en las tribus del interior. Ya dijimos que incluso el conocimiento territorial de la zona era prácticamente nulo, lo que hacía que estas tribus y agrupaciones familiares estuvieran en una etapa más primitiva y, por tanto, más belicosa.

José Manuel Pinto había sido designado intendente de la provincia de Arauco el 27 de septiembre de 1864, instalándose en Los Ángeles, que era la capital de la provincia. Este nombramiento y cargo lo desempeñó breve tiempo, pues en 1865 fue llamado a desempeñar el cargo de ministro de la Guerra y Marina.

Por segunda vez asumió esta responsabilidad como intendente de Arauco, cuando, por Decreto del 4 de marzo de 1868, se le designó general en jefe del Ejército de la Alta Frontera e Intendente. En este segundo nombramiento la sede de Gobierno Provincial ya no fue Los Ángeles sino Angol, que se constituyó en la plaza principal y el centro de las operaciones militares de la Alta Frontera.

Al tomar la responsabilidad de este cargo, su primera preocupación fue tener una visión personal de todo lo que constituía la línea del Malleco y la recorrió, imponiéndose directamente de sus necesidades y sus deficiencias, que trató de suplir aumentando los puntos de defensa, entre fuerte y fuerte, con pequeñas unidades que servían de vigías y centinelas para anunciar cualquier novedad que ocurriera en el campo araucano y en los alrededores de la línea.

Recién asumida la responsabilidad, a fines del mes de marzo, se inició un movimiento de hostilidad y depredaciones en la zona, que le indican el inicio de un período de rebelión que fue intenso, sangriento y difícil.

Las manifestaciones fueron en sí mismas, si se quiere, pequeñas, pero el dejarlas pasar significaría para el mapuche una manifestación evidente de debilidad, por eso fue preciso actuar.

Los hechos con que se anuncia esta rebelión son varios. Indicamos algunos. En las orillas del río Huequén vivía el cacique, amigo de las fuerzas chilenas, Trango, quien fue cruelmente asesinado con toda su familia por el solo hecho de estar sometido a la autoridad. Un día más tarde, en el camino a Rucapillán apareció el cadáver de un trabajador del campo. Hechos como estos se habían cometido con cierta frecuencia desde principios del año.

El 2 de abril los mapuches llegaron hasta el fuerte de Chiguaihue y se robaron 29 caballos, algunos del ejército (17) y otros de propiedad de los oficiales (12). Mucho meditó Pinto antes de decidir su acción y respuesta, pero, al fin, le pareció que lo peor era permanecer como si nada hubiera ocurrido.

Después de su madura reflexión y cambio de opiniones con su estado mayor, resolvió enviar dos expediciones, una hacia el sur del Malleco y otra por la vertiente oriental de Nahuelbuta, que encargó, respectivamente, al comandante Pedro Lagos y al sargento mayor Demófilo Fuenzalida.

La expedición de Lagos debía internarse hacia el sur y llegar hasta la reducción de Huaiquiñir, en donde, según informaciones, se encontrarían los caballos robados. Lagos destacó al capitán Juan José San Martín para que sorprendiera a los indios, cayendo de improviso sobre ellos; para esto le dio un grupo de 45 hombres que se debían adelantar. Lagos continuó su marcha, tras esta avanzada, con todos los equipos en previsión de cualquier eventualidad.

La expedición de Lagos había partido el 24 de abril en la noche, conducida por baqueanos que equivocaron sus cálculos y distancias o bien no dieron con el camino; lo que no es de extrañar, pues el conocimiento de la región era muy insignificante e incierto.

A las 10 de la mañana, Lagos llegó a Quechereguas, donde dio descanso a su tropa. Fue muy breve, o mejor, no hubo descanso, porque muy pronto los cerros y lugares vecinos se vieron coronados de mapuches en actitud belicosa. Uno de ellos llegó hasta donde Lagos se encontraba, en carácter de parlamentario. Vino a preguntar, en nombre de las tribus, cuál era el motivo de su presencia. Lagos contestó que no venía en son de guerra, sino en persecución de los ladrones de los caballos. Mientras se desarrollaba este diálogo se desprendió un primer grupo, con un chivateo horrible y como se produjo por sorpresa no hubo manera de organizar defensa. Se trabó así un enfrentamiento sangriento que duró breves momentos, tras los cuales los indígenas se retiraron, dejando algunos muertos.

Este ataque violento y sorpresivo hizo a Lagos abrigar serios temores sobre la suerte de la expedición de San Martín. Lagos siguió apresuradamente su marcha hacia el Traiguén, donde llegó en la tarde de ese día. En todo el trayecto fue hostilizado, no teniendo ni un solo momento de calma. Las orillas del Traiguén estaban ocupadas por el cacique Quilapán con un verdadero ejército. En el lugar pasó la noche y al amanecer del 26 ordenó marchar a su expedición a presentar combate a Quilapán. El choque de estas fuerzas fue violento, Lagos hizo retroceder a Quilapán, de cuyas huestes quedaron en el campo más de cien bajas, pero Lagos también las tenía y numerosas. Lagos ordenó la retirada por un camino distinto, que le fue indicado por algunos indios prisioneros.

Llegada la noche, acampó. La tropa dormía. Un centinela gritó: "Quién vive" y la respuesta fue "Chile". ¿Qué regimiento? Respuesta: "4º de Línea".

Era el capitán San Martín herido y seguido por un indio, Curinao, y 4 de sus cazadores.

San Martín había llegado al Traiguén a las 10 de la mañana, a la misma hora y día que Lagos acampaba en Quechereguas, se enfrenta a la fuerza mapuche, pero se dio cuenta que no podía esperar resultado favorable con solo 45 hombres, y se retiró hacia la montaña, con la idea de esperar la división de Lagos; las tropas mapuches lo siguieron y lo atacaron en el bajo de Coipué, inmediato al lugar en que en la noche acampó Lagos.

Este ataque y encuentro no fue batalla, fue una carnicería sin cuartel.

En un instante de vacilación en las líneas mapuches, Valericio Argomedo, alférez del Regimiento a caballo y el capitán Juan José San Martín rompieron los grupos que le cerraban el paso hacia la montaña y se perdieron en el tupido bosque. Quedaron en el lugar 13 granaderos y 12 infantes.

Argomedo, debido a sus heridas, se arrastraba por el monte acompañado de dos soldados fieles, que enfrentaban el peligro para salvar a su alférez.

Los mapuches los encontraron e incluso al corneta. Argomedo, que era nieto de Gregorio Argomedo, prócer de la Independencia y secretario de la Primera Junta de Gobierno, fue sacrificado por los mapuches, con los dos soldados, en una fiesta en la que celebraron su triunfo. El corneta se salvó a cambio de enseñarles a tocar el instrumento y unos ocho meses después logró escapar.

Los datos de estos encuentros los entrega una relación del comandante Ambrosio Letelier⁵⁴.

Mientras esto ocurría en la zona de Traiguén, la división del mayor Demófilo Fuenzalida, saliendo de Angol hacia el oriente, iba también en busca del robo de caballos de Chiguaigüe y llegó a un lugar de posesiones mapuches. Entraron a unos corrales y empezaron a tomar y a arrear algunos animales, cuando se hizo presente un crecido número de mapuches, a oponerse y gritar: "queremos guerra", "queremos pelear".

Se acercaron a las fuerzas de Fuenzalida y comenzaron a tratar. Un lenguaraz manifestó a Fuenzalida que el trato era solo un medio de ganar tiempo para recibir los refuerzos que esperaban.

Fuenzalida les intimó que rindieran sus lanzas o hacía fuego sobre ellos. Lo hicieron, entregaron sus lanzas y Fuenzalida comenzó a replegarse y retirar sus fuerzas.

Si hubiera hecho fuego la mortandad habría sido espantosa, pero habría sido muy difícil que hubieran escapado, dado el gran número que los rodeaba y el ánimo enardecido y belicoso que mostraban.

Estos actos que dan la apariencia de hechos aislados no lo son; estaban muy sincronizados y preparados.

No habían resistido la formación de la línea del Malleco, pero cuando reaccionaron ya estaban tomadas por el ejército las posesiones. En marzo de 1869 celebraron una junta general en la que acordaron efectuar un levantamiento general, que es el que se está manifestando por golpes y sorpresas, en distintos lugares, para impedir la formación de una gran fuerza, porque es preciso estar en todas partes.

Las acciones de los mapuches eran variadas: robos de animales, destrucción de sembrados, incendios en los campos, muerte a los trabajadores en los campos, malones o asaltos a las casas en los campos, con muertes, robos, incendios y raptos de mujeres y niños. En otros casos los asaltados eran mapuches que estaban del lado del ejército, a los que sentían como traidores. A estas acciones respondía el ejército, como antes en el período colonial lo hizo la milicia española, con la misma despiadada violencia. Entraban grupos de soldados, o mejor, unidades pequeñas de 40, 50, 60 soldados, o bien compañías compuestas por unidades de infantes, caballería y artillería de 200, 300 y más hombres y a su paso desolaban, incendiaban las rucas, tomaban prisioneros, los mataban y dejaban colgados de los árboles sus cadáveres para infundir pánico, les robaban los animales, los productos almacenados y, lo que no podían llevar, lo destruían.

Esta guerra, que no tiene grandes encuentros ni batallas campales, es una contienda en que se van gastando las energías de unos y otros; pero poco a poco van agotándose las fuerzas mapuches, que solo se pueden reponer con nuevas generaciones que nacen y deben crecer. En cambio el ejército era renovado, en sus bajas, con nuevos contingentes que el país enviaba a la guerra de la ocupación.

Además, es cierto que el mapuche encontró en su imaginación guerrera formas de sacar provecho de la inferioridad de sus armas. Así, la sorpresa

fue su forma normal de combate. Muchas veces las unidades militares recorrían los campos sin encontrarse con la supuesta resistencia, pero volvían a sus cuarteles, a sus lugares de origen y otra vez aparecía el araucano en el territorio que, aparentemente en forma victoriosa, recorrió inútilmente el ejército.

Los años de la década 1870-1880 fueron en este sentido de continua zozobra y hay que exaltar el papel heroico de la resistencia con que Quilapán enfrentó la ocupación.

Si la voluntad del gobierno era terminar con la ocupación, no tenía, a esta época, ninguna posibilidad de mantenerse el mapuche. Las armas más modernas, el uso de la carabina Winchester o el fusil Comblain, eran armas de fuego contundentes contra la que nada podían la valentía y el arrojo mapuches.

De las cabezas visibles de Arauco en la resistencia, entre los arribanos que se extendían por el valle entre ambas cordilleras y las laderas de los Andes, vale la pena recordar algunos nombres, e incluso declarar que merecen el honor de la nación, por la heroica resistencia que ofrecieron contra su dominación. No solo son héroes y hombres de honor los oficiales y soldados del ejército, que actuaban cumpliendo las órdenes de la República.

Sin duda fue muy dura y sacrificada su vida en la Frontera; sus jefes lo reconocen. Cuántos murieron en horrible masacre o quedaron imposibilitados y mutilados por el resto de sus días.

Pero está también el mapuche, al que no sé si se le puede llamar el enemigo, porque defendía lo suyo y el derecho a seguir viviendo en su tierra y en sus costumbres; luchaba por lo propio y en un desigual encuentro. Las crónicas nos dicen que no eran hombres de palabra y por lo tanto siempre podían ser traidores. Injusta afirmación; ellos tenían la plenitud del derecho para defender lo suyo. Es posible que, sometidos, pudieran vivir mejor, al criterio de occidente; pero ellos no se sentían mal viviendo la etapa cultural en que se encontraban. ¿Por qué tenían que someterse obligadamente a lo que contradecía su ancestro y su vida?

Siempre he pensado que es lástima que no hubiera nadie que hubiera podido escribir la visión de esta guerra, tanto la colonial como la republicana, desde el lado araucano, solo conocemos una visión muy interesada y que,

a pesar de ello, tiene que reconocer la valiosa y desigual resistencia que le presenta este pueblo.

Sus nombres son la multitud del pueblo mapuche, pero sin embargo hay algunos que deben volver a consignarse, con otra dimensión, en la Historia Nacional.

El cacique Quilapán, que tiene un papel preponderante en la lucha contra la línea del Malleco y la dominación hacia el sur, es hijo del cacique Mañil, el amigo de Vicente Benavides en la Guerra a Muerte.

Se extiende una tradición hermosa que semeja la de la historia romana, cuando Amílcar Barca hace jurar a su hijo Aníbal "odio eterno al romano". Mañil moribundo pide a su hijo Quilapán que nunca se someta a las autoridades chilenas. Así lo prometió. Este es el antecedente de la existencia que llevó, de la continua y eterna revuelta contra el ejército y contra las poblaciones que se levantaban en la Araucanía.

Pero Quilapán, fiero y duro, reconocía los beneficios y ventajas de la civilización y los frutos que ella brinda al hombre.

En su choza tenía un preceptor chileno que enseñaba a leer, contar y escribir y hablar el castellano a sus hijos. Este solo hecho nos indica el aprecio del araucano a la vida civilizada y no su rechazo como siempre se ha pensado.

Apreciaron altamente los objetos de esa civilización y se prendaban con orgullo de los objetos que se les regalaban o que robaban y los guardaban para usarlos en las más estrambóticas ocasiones.

En la misma línea de Quilapán habría que señalar a muchos, en esta hora en que agoniza su Independencia; pero demos este homenaje, sintetizado en él y en sus amigos Quilahueque y Montri.

Pero también, en la misma hora, lucharon junto al ejército, o por lo menos se logró que no se sumaran a otros cuerpos, que comprendieran a tiempo la inutilidad de la resistencia, caciques como Pinolevi, Catrileo, Cheuquemilla, Coñuepán, Painemal, Neculman y otros.

La situación de la Araucanía se encontró, en los años 1868-69 y 1870, en una guerra sin cuartel en la línea del Malleco.

Los sucesos se fueron amarrando unos con otros, después de lo que hemos hecho referencia en relación con el robo de los caballos en la guarnición Chihuaihue, en abril de 1868, en que actuaron Pedro Lagos y Demófilo Fuenzalida.

Los combates de Quechereguas, de Traiguén y de Coipué y sus éxitos para Quilapán, despertaron el espíritu guerrero de los araucanos, que concibieron la idea de llegar a destruir la línea del Malleco. El Cuartel General del Ejército, personificado en José Manuel Pinto, se impuso de estas intenciones y ordenó un reforzamiento de las guarniciones de la línea. Se llamó a las armas a la Guardia Nacional de Angol, Nacimiento y Mulchén y acuartelaron todas las tropas. Pinto ordenó desalojar Curaco y Perasco y concentrar fuerzas en Collipulli.

Es increíble el pánico que logró despertar Quilapán en toda la Frontera. Se abandonaron los campos; propietarios y trabajadores se recogieron a los fuertes.

Nadie estaba tranquilo, se vivía pendiente de los movimientos que realizaban Quilapán y sus huestes, las que, desde luego, estaban muy bien informadas de lo que pasaba en los fuertes, pues nunca faltó algún indio que hacía las veces de informante, lo que, por otra parte, ocurría en los dos campos.

Así, sabiendo que los campos eran abandonados, grupos de indígenas arrasaban construcciones, sembrados y robaban cuanto encontraban.

En julio, pleno invierno de 1868, atacó un grupo de mapuches el fuerte de Tijeral, al norte de Angol, adonde llegaron por la vertiente de Nahuelbuta. Después de un ligero combate se dispersaron y volvieron al sur de la línea.

Nada los desmoraliza; partida tras partida, recorren los campos, incendian, destruyen y matan; lo utilizable que pueden llevarse se lo llevan, nada les infunde terror.

Cada vez que se enfrentan, lo que ocurre con gran frecuencia, son finalmente rechazados por el ejército. Cuando se dan cuenta de su derrota, son ellos los que se retiran para organizarse de nuevo y aparecer simultáneamente en varias partes.

Pasó el invierno de 1868. En noviembre son claros los síntomas de un levantamiento general, lo que se inició con el asalto a la posesión del cacique Pinolevi y su asesinato por las tribus rebeldes; estas mismas tribus atacaron a Catrileo, que abandonó sus tierras de Purén y se ocultó en la montaña.

Pinto ordenó al comandante Lagos que partiera en protección a Catrileo, saliendo con una división desde Angol. La división comenzó a empinarse por la ladera de Nahuelbuta, cuando, desde lo alto, bajaron en ataque numerosos grupos de araucanos que trataron de envolver la división. De esos grupos, uno lo mandaba el cacique Domingo Melín, el mismo que juraba, días antes en Angol, lealtad y fidelidad a Pinto y al “Señor Gobierno”.

Ambrosio Letelier, sargento mayor graduado del ejército, escribe en sus recuerdos estos episodios en que actuó personalmente.

Dice: “fue la primera vez que tuve la ocasión de presenciar el chivateo araucano en todos sus imponentes detalles y maniobras, no es solo griterío, comprende diversas escaramuzas con las que los indios se animan y cobran coraje para entrar en pelea”.

Se lanzaron, pero muy a tiempo estalló en medio de los indios una granada que mató a algunos hombres. Algunos conas tuvieron ánimo para atacar, pero también fracasaron, pues los atacaron a “sable limpio” y otros soldados dispararon sobre ellos una descarga cerrada de carabinas que los puso en fuga.

Esto ocurría en los cerros de Centinela y a la misma hora, en la noche del 18 y 19 de noviembre, eran atacados los fuertes del extremo de la línea que, con el buen tiempo, habían vuelto a ser ocupados.

La escena se transporta a Perasco y Curaco, en la vertiente de los Andes.

El encuentro en Perasco fue duro y sangriento; no midieron en crueldad ni en sacrificio, de lado y lado se vendía cara la vida. La acción terminó entregando el campo a los mapuches, no sin grandes pérdidas para ellos.

Al mismo tiempo atacan Curaco en la noche, en forma sorpresiva, no sin que logre dar un aviso el centinela de guardia; pero era una batalla, un ataque desigual. No importa, y se lucha y se lucha sin tregua y sin esperanza, se defiende la vida. Cuando ya nada podía cambiar la suerte, llegó un refuerzo encabezado por Eleuterio Ramírez, que había salido en la mañana de

Chihuaihue y avanzó hasta Curaco. A su llegada las huestes se retiraron. Así terminó el año 1868; pero no será distinto el acontecer de 1869.

En enero vuelven a pasar la línea y sabe Pinto que hay partidas de indios en los alrededores del Renaico, robando animales. El mismo da órdenes, en la línea del Malleco, de alerta general y de no permitir el paso de indígena alguno al norte o al sur. El mismo deja a Angol y va hacia Lolenco, a la cabeza de un piquete de granaderos. Supo allí que fuerzas mapuches se encontraban al pie del cerro de Huelchueico, arreando animales.

Organizó una pequeña división, dos compañías del 2º de línea, 60 cazadores a caballo, algunos milicianos e indios amigos y partió con ellos. Creía se encontraría con un grupo de 100 a 200 guerreros. Eran más de 2.000 y mandados, en persona, por Quilapán, Montri y Quilahueque.

No era posible retroceder; puso sus hombres en condiciones de pelea y rompió fuego. El mismo, a la cabeza de los cazadores, entró en el sangriento combate. Quilapán cedió y sus fuerzas se pusieron en fuga y se lanzaron a los barrancos del Malleco, perseguidas por Pinto; y a orillas del río las batió la tropa del 4º de Línea. La guerra era sin descanso y sin consideración.

Este combate de Huelehueico no escarmentó a Quilapán, cuyas tropas, el 28 de enero, se presentaron a las puertas de Angol, en los alrededores del fuerte Huequén.

La guarnición fue sorprendida por una partida que aparece arreando animales que se lleva. El comandante Villagra con sus hombres monta a caballo, los persigue y recupera sus animales, quitándoles el botín.

Con el enemigo están en diaria pelea; ya sea en pequeños grupos, ya más apreciables, ya ataques individuales. Indígena solo, es muerto; labrador o soldado solo, es muerto.

Siempre en la espesura, tras una mata, una roca o un árbol hay ojos que miran y calculan. Si pueden atacar lo hacen con hostilidad y pericia; saben deslizarse sin que se sienta su presencia, sino cuando el puñal se clava y roba la vida, o el fusil, en el último instante, dispara a boca de jarro.

Estos hechos tuvieron eco en la capital y, reforzado el general Pinto con 1.500 hombres más, va a transformar su acción de defensiva a ofensiva.

La división más numerosa que se internó en marzo de 1869, la mandó el mismo general Pinto, quien fue acompañado por el ministro de la Guerra Francisco Echaurren, que fue un ferviente partidario de la ocupación definitiva y autor de un proyecto de Ley que el Congreso impugnaba.

Esta división alcanzó hasta el río Cautín y aun lo atravesó.

Las tribus se vieron atacadas por todas partes y los caciques resolvieron pedir la paz y, al efecto, celebraron un Parlamento en Angol, el 25 de septiembre de 1869.

Prometieron someterse Quilapán, Quilahueque, Montri, Nahueltripai y Calvucoi y, junto a ellos, la mayoría de los otros caciques secundarios.

Pero era solo un compás de espera, pues, repuestos, comenzaron de nuevo a actuar e iniciaron una nueva sublevación general con la influencia e instigación de Orelie.

La audacia mapuche llegó hasta enviar una intimación al general Pinto, por la que se exigía desocupar la línea del Malleco, si no quería cargar con las consecuencias.

Esta intimación hizo comprender que no había arreglo posible con Quilapán, y Pinto pidió al gobierno reforzar la línea del Malleco y que se suspendiera la ocupación de la línea del Toltén, operación que hemos visto que llevaba a cabo con tanto éxito el coronel Saavedra.

El gobierno accedió a esta petición ordenando a Saavedra suspender la ocupación de Villarrica y sostener la línea de ocupación donde estaba.

Esto lo sintió Saavedra como un golpe mortal a la acción y a los sacrificios hechos, presentó su renuncia y se retiró a la vida privada en 1870. Recomendó que el resto de la acción se llevara a cabo bajo la autoridad de un solo mando.

15. PROPOSICIONES DE PAZ QUE SE FORMULARON EN SEPTIEMBRE DE 1869

Los múltiples encuentros tenidos, tanto en el año 1868 como en los primeros meses de 1869, produjeron en los mapuches la necesidad de una acción más

lenta y tendiente a demorar cualquier acción, tanto para reponerse de sus pérdidas, como para volver a su objetivo: liberarse de la acción de dominio que se pretendía sobre ellos.

La cabeza de la resistencia está en una serie de caciques, pero la figura central sigue siendo José Santos Quilapán, que se autodenomina el "cacique general".

Iniciado el invierno, Pinto deja la Araucanía y se traslada a Santiago a fines de abril. Allí da cuenta al gobierno de las distintas operaciones llevadas a cabo y aprovecha para conferenciar sobre el avance de la línea del Toltén, que, como sabemos, estaba encomendada a Saavedra y que, como consecuencia de este levantamiento general de los indios arribanos, el gobierno ordenó suspender.

Mientras Pinto va a Santiago, encargó el mando de jefe de Estado Mayor al coronel José Timoteo González.

Antes de partir a Santiago, Pinto ha recibido diversas proposiciones de paz o insinuaciones de posible paz bajo ciertas condiciones.

Estas proposiciones provienen de las tribus arribanas que pretenden mostrar respeto y obediencia al gobierno. Pinto al partir dejó sin resolver estas ideas, sometiéndolas al buen criterio del coronel González, quien debía informarles a Santiago, de los pasos que en esta materia fuera dando.

¿Qué pasaba en el campo mapuche? Con las acciones que se habían realizado se encontraba sin recursos para vivir, con sus sembrados destruidos y sin animales, pues se los habían quitado prácticamente todos. En esa situación ocurriría algo desusado, pero digno de tenerse en cuenta.

El cacique Marigual, por sí y a nombre de Quilapán, Quilahueque y Montri, los tres más destacados caciques arribanos que sostenían la guerra, se dirigió a los misioneros de la Frontera, para que, por su conducto, se obtuviera la paz.

Es así como fray Estanislao María Leonetti fue el intermediario para estas conversaciones que llevaron a realizar una Junta, en la ciudad de Angol, el 25 de septiembre de 1869.

El intendente de Arauco, José Timoteo González, que está actuando en ausencia de Pinto, da cuenta de esta reunión:

“El 25 de septiembre de 1869, reunidos en la sala del despacho de la Intendencia de la Provincia, el cacique Quilahueque de Perquenco, por sí en representación de los caciques José Santos Quilapán, de Chanco; Montri, de Perquenco; Calbucoi, de Perquenco; y sigue la nómina de 20 caciques, que actúan por Quilahueque, en virtud de un poder escrito que presentan, además con la presencia de Nahueltripai, Quichaleo, Tori, Pinchulao, y otros expusieron que desean: poner término al estado de Guerra en que se hallan comprometidos, por seguir los consejos de malos amigos, sabiendo que el Gobierno está dispuesto a perdonar y olvidar lo pasado y pensado y reconociendo la protección que el Gobierno les otorga se comprometen a respetar y obedecer los compromisos que suscriben.

1° Se comprometen a entregar todos los cautivos que hay entre ellos y también a todos los ladrones y bandidos que se encuentran entre ellos.

2° En prueba de aceptación entregaremos nuestras lanzas y demás armas.

3° Los indios que cometan delitos serán puestos a disposición de la autoridad.

4° Respetaremos la actual línea del Malleco y todos los demás fuertes.

5° Nos obligamos a no vender el terreno a ninguna persona, sino sólo y exclusivamente al fisco.

6° Como condición indispensable para la paz exigimos la fundación de misiones en nuestro territorio, que nos lleven al consuelo de la religión.

A su vez el Sr. Intendente ofrece:

1° Que nombrará jueces de paz, para dirimir los conflictos y dificultades que se suscitan entre ellos.

2° Que cuidará de la educación de sus hijos, debiendo entregar dos hijos, cada uno, que se educarán en los colegios de las misiones y que servirán además, como garantía del cumplimiento de estos convenios.

3° Quedan olvidados y perdonados los ultrajes, salteos y robos que cometieron las tribus alzadas.

4° Respeto a las propiedades, familias y bienes que poseen.

5° Se compromete a castigar severamente a todo individuo que amenace a sus personas o intereses.

Los caciques comparecientes y los representados por el poder, ratifican estos acuerdos y se confeccionan tres copias: una para ser llevada al Gobierno, otra permanece en la Intendencia y la otra es llevada para ser entregada a Quilapán.

El documento de la Intendencia da cuenta luego del poder que presenta Quilahueque, que fue otorgado y escrito por Fray Estanislao María Leonetti.

Esta información detallada la entrega, en su “Crónica Militar de la Araucanía”, el teniente coronel Leandro Navarro; obra de dos tomos que

publicó en Santiago, en la Imprenta y Encuadernación Lourdes, el año 1909. En esta fecha Navarro estaba retirado del Ejército.

En cumplimiento de este acuerdo, Faustino Quilahueque marchó a Santiago para conferenciar con el Presidente de la República y ratificar el pacto. Terminadas sus conferencias en Santiago regresó al sur. El gobierno lo llevó a Valparaíso y lo embarcó a Talcahuano el 29 de octubre, y de ahí, a la Frontera, para llevar la voz del gobierno a los araucanos.

En la Frontera se dirigió a Nacimiento, donde fue hospedado en la misión franciscana, en la que se le trataba con todo esmero.

El general Pinto volvió de Santiago, asumió nuevamente el mando y se empeñó en que se diera cumplimiento a lo pactado. Con ese objeto envió una comunicación a Quilapán, que le fue llevada por tres vecinos de Angol: David Glen, Juan Palma y José Medina, en la que especialmente se le pedía que diera cumplimiento al convenio, en la parte de entrega de los cautivos que estaban en poder de los diversos caciques y, además, de los ladrones y bandidos que se asilaban en el territorio, como también los dos hijos de cada cacique, para su educación y como rehenes garantizadores del cumplimiento del acuerdo.

Pinto, del conocimiento que tenía, no esperaba ningún resultado de este acuerdo; lo estimó solo un asunto dilatorio. Llevado de este conocimiento y sabiendo la necesidad que los araucanos tenían de provisiones, con el ánimo de apresurarlos más a manifestar su cumplimiento, prohibió todo ingreso de comerciantes, para no permitirles reponerse de su angustiosa situación.

La misiva de Pinto está fechada en Angol el 17 de octubre de 1869.

La respuesta de Quilapán, redactada por José Medina a petición de Quilapán, está fechada el 18 de octubre de 1869, en "Salto", lugar donde se encontraron.

Esta respuesta revela toda la picardía y el genio de este hombre extraordinario, tan poco conocido y recordado. Le dice a Pinto: "Los cautivos y malhechores que se deben remitir y poner a disposición de su Señoría, no es materia que yo pueda resolver, sino cuando vuelva mi cuñado, Faustino Quilahueque; entonces será fácil reunir a todos estos hombres, lo que pienso hacer es una Junta de toda la tierra, ante la cual nuestro enviado les dé personalmente las órdenes que trae. Para esto le ruega se sirva avisarle la

llegada para mandar sus correos y reunir a los caciques. Verá que esto es muy fácil y así nadie alegará ignorancia de lo que se debe hacer”.

Quilapán aprovecha de hacer saber que él está empeñado en preparar el espíritu de la paz y, por lo mismo, le ruega a Pinto que él, a su vez, se empeñe en tranquilizar a los indios amigos: Catrileo, Colipí y Pinolevi, para que ellos no ataquen, ni roben, ni lastimen a la gente arribana, porque si vuelven a venir harán inútil su esfuerzo por convencer a los arribanos de la necesidad y conveniencia de paz.

¿Qué ocurría con Faustino Quilahueque? Fue recibido en la misión de Nacimiento, pero de allí se fugó, sin previo aviso, en la noche del 29 de noviembre y el comandante del representante de Nacimiento le comunica a Pinto que Quilahueque se ha fugado del convento de los Padres de San Francisco y que ha enviado misiones militares en su persecución.

Se decía entre los mapuches que Quilahueque había sido asesinado en su viaje a Santiago. De hecho Pinto recibió de Quilapán una carta en que le informa lo que se comenta.

Esta comunicación la recibió Pinto antes de la fuga de Quilahueque. Como respuesta Pinto le informa la fuga y le manifiesta que fue un proceder que no se compece con el tratamiento que se le da.

Se supo después, por investigación de Pinto, que la fuga fue preparada por los mismos indios.

Pinto envió gente para averiguar el estado de ánimo y concluyó que nadie estimaba el acuerdo de septiembre y que no pensaban darle cumplimiento. Dos acontecimientos impulsaban a los mapuches a no aceptar; uno, el ánimo que les daba el francés Orelie, que estaba entre ellos, pues no se había producido la medida que tomó Saavedra, de la que dimos información. Por otra parte, no estaban dispuestos a la paz, si, por el sur, Cornelio Saavedra estaba ofendiendo la dominación de la línea del Toltén.

Pinto, en este convencimiento, hace presente al gobierno su duda y la necesidad de tomar una resolución. El pensamiento del gobierno se lo da la nota del 25 de enero de 1870, del Ministro de la Guerra Francisco Echaurren.

El ministro le comunica el pensamiento del Presidente, quien le hace presente que debe hacer saber a los caciques la firme decisión del gobierno

de emprender nuevas hostilidades si los caciques no cumplen con lo pactado, en un plazo perentorio que Pinto debía fijar.

De todos los compromisos tomados en la Intendencia de Angol, el Presidente hace hincapié en que deben entregar a los cautivos que tienen, a los bandidos refugiados en sus reducciones y a todo el extranjero que se encuentre con ellos (alusión directa a la presencia de Orelie).

Por el momento no importan las otras obligaciones.

Pinto debe hacer una presentación formal pidiendo este cumplimiento, especialmente a Quilapán y Quilahueque que son los más representativos y responsables.

Le piden, asimismo, que las decisiones que tome las ponga en conocimiento de Saavedra, que actúa en la costa y en la línea del Toltén, para que haya concordancia en las acciones, y el Ministro Francisco Echaurren aprovecha de informar a Pinto que le ordenará a Saavedra abandonar los trabajos de la línea del Toltén, como ya lo hemos indicado; además le ordena que se traslade con sus fuerzas a Cañete y Purén para que se ponga de acuerdo con Pinto sobre el plan de ataque que debe seguirse.

El 26 de enero el ministro Echaurren redacta una nueva nota que envía a Pinto con instrucciones acerca de cómo debe actuar.

“1° Si los indios no obedecen sus instrucciones, debe organizar divisiones que de inmediato y simultáneamente ingresen al territorio por distintos puntos y hagan todo el mal posible a su paso en bienes y personas.

2° Debe salvar las propiedades del cacique Marihual, que está aparentemente, actuando al favor del Gobierno.

3° Actuar en contacto con Saavedra.

4° Dejar bien guarnecida la línea de fuertes y proteger así los intereses de los que trabajan al norte del Malleco.

5° Puede llamar a formar unidades a los cuerpos de guardias nacionales usándolas por el tiempo que sus servicios sean estrictamente necesarios”.

Cumpliendo estas instrucciones, Pinto, el 3 de febrero, envió comunicaciones a los caciques, poniendo como plazo, para la entrega de cautivos y bandidos, 15 días a contar de la fecha de la comunicación; debían ser entregados en Angol. Si al vencimiento de la fecha no hubieren cumplido

con la entrega, se vería en la obligación de iniciar las hostilidades. Junto con comunicar a los caciques esta decisión, mandó preparar las fuerzas de los guardias nacionales, para ser llamadas al servicio en el momento que se precisara.

Pinto pretendió que la división de las fuerzas de la Baja Frontera, que mandaba el coronel Mauricio Muñoz, se incorporara al ejército de su mando; Muñoz se excusó de hacerlo, alegando las instrucciones que tenía de su superior Cornelio Saavedra.

Esta dificultad, consecuencia del doble mando, la resolvió el Gobierno ordenando con fecha 4 de marzo de 1870, el traslado a la Alta Frontera del batallón 7° de Línea, además de una compañía de cazadores a caballo.

Pinto da cumplimiento a lo indicado a los caciques. Como no cumplieron lo estipulado envía al interior del territorio araucano entre el Malleco y Cautín expediciones militares.

La primera en ponerse en acción fue la división que partió desde Chiguaihue; 200 hombres del 2° de Línea; 103 del Regimiento de Granaderos a caballo; 162 de los escuadrones cívicos de Nacimiento y Mulchén y un piquete de 23 artilleros. Un total de 500 hombres al mando del teniente coronel Nicanor Silva Arriagada, que se dirigió directamente a la región de Quecheregua. El cacique Marihual le envió correos para pedir que se respetara lo suyo y que pronto se le presentaría, presentación que siempre eludió. La expedición Silva llegó hasta el Cautín y de allí regresó al punto de origen; el resultado fue la muerte de varios mapuches y la destrucción de sus casas y sementeras.

Una segunda división al mando del teniente coronel Benito Wormald, con otros 500 hombres, llegó también hasta el Cautín, sin tener encuentros con los indígenas en cuerpo de guerra; solo escaramuzas en las que murieron algunos y se produjo el exterminio de sus posesiones y bienes. Esta división Wormald había partido de Collipulli el 27 de marzo, en una entrada muy penosa por el mal estado de los caminos y haber comenzado el período de las lluvias.

Wormald llegó al convencimiento de la traición del cacique Marihual. Era éste el que informaba de primerísima mano a Quilapán de los movimientos de las divisiones.

¿Será legítimo hablar de traición del cacique Marihual? ¿No será natural pensar que era lo que se debía hacer? Está defendiendo su libertad, su tierra, su derecho a vivir como ellos viven.

¿Es legítimo obligar a un pueblo, por la violencia, a que pacíficamente deba someterse al capricho del que lo quiere conquistar, en virtud de ser este más fuerte, no en cuanto hombre, sino por la fuerza y diferencia de las armas? Sin duda Marihual ha de ser considerado como fruto de la inteligencia y astucia del mapuche, que aprendió del español medios y sistemas para vencerlo y lo mismo hizo contra el ejército de Chile.

Una tercera división salió de Chiguaihue, a Collipulli y de allí a Curaco, en la vertiente andina, donde cruzó el Malleco y avanzó hasta el Dumo y el Traiguén. Esta división la mandaba el sargento mayor Federico Valenzuela.

Una cuarta división al mando del sargento mayor Manuel Bulnes se dirigió hacia el Cautín por el lugar de Ranquilco, apegada a la cordillera de la Costa. Hizo lo mismo que las anteriores: algunos muertos, unos pocos prisioneros y destrucción. El único efecto para el propósito del gobierno fue que estas expediciones impidieran que los mapuches se unieran y actuaran en masas compactas y numerosas; además, estos golpes los debilitaban y privaban de hombres, animales y alimentos.

Pinto se convenció que muchos comerciantes que se introducían entre los mapuches, eran los mejores agentes que estos tenían para sus informaciones; además les proporcionaban armas y les anunciaban las partidas y posibles trayectos. Era indispensable proceder con energía y rapidez en el castigo; no era posible proceder con la lentitud de la Ley. Por eso solicitó al gobierno dictara para la zona el estado de asamblea. El gobierno declaró en "Campaña" a las fuerzas que actuaban en la Araucanía, lo que les iba a permitir actuar y castigar delitos, con eficacia inmediata.

Así lo decretó el gobierno con fecha 2 de abril de 1870.

En agosto se terminó de instalar la línea telegráfica que unió toda la línea del Malleco con Angol y con el resto del país. Este servicio lo instaló don Emilio Jacobs y fue servido y atendido por personal del ejército, especialmente preparado por el ramo de comunicaciones.

Entretanto, así como salían unidades a combatir al sur del Malleco, en la línea se seguían preparando y mejorando los fuertes y cuarteles, de modo

que, al llegar el año 1871, la línea del Malleco formaba, en conjunto, una obra de fortificaciones que la haría impenetrable para fuerzas que tenían las armas de que disponían los mapuches. Esta se encontraba dividida en dos secciones: Angol y Chiguaihue y de aquí a Curaco. Los primitivos fuertes y cuarteles se habían mejorado y construido otros intermedios, bajo la dirección de ingenieros militares cuyos jefes eran el coronel José Francisco Gana, cabeza del Estado Mayor y el sargento mayor Raimundo Ansieta.

En las montañas de Curaco, en la falda andina y en Rucapillán, en Nahuelbuta, se montaron faenas madereras para los trabajos de cuarteles, fortificaciones, hospitales y viviendas para todas las necesidades.

En cuanto a armas, a la caballería de línea se le cambió la carabina "Minie" por la de repetición "Spencer". La infantería seguiría usando, por un tiempo más, el fusil rayado de fulminante.

A pesar de estas condiciones, los mapuches de Quilapán se reunieron en sus posesiones, en un número que superaba los mil guerreros y se dirigieron, el 25 de enero de 1871, a atacar Collipulli.

Era la unidad más numerosa que habían levantado en esta revuelta en los últimos tres años. Estos guerreros iban comandados por Epuleo Quilapán, hermano de José Santos, y por un hijo, Namuncura.

El Coronel José Vicente Arredondo y Bonifacio Burgos dispusieron la resistencia. Nada pudieron contra la fuerza del ejército, sino sufrir una gran pérdida en hombres, armas y caballos. El Estado Mayor envió de inmediato, en persecución, una división al mando del Mayor Adolfo Holley, que llegó hasta el Cautín y que, en diversos pequeños encuentros, dio muerte a varios indios, y entre ellos, al cacique Huaiquilao.

En este ataque a Collipulli una partida superior a los 300 hombres atacó de sorpresa a un pequeño grupo, que se salvó gracias a la eficiente acción del teniente de Caballería David Marzán, que se defendió heroicamente. Parece ser la primera oportunidad en que usaran la carabina "Spencer". Los araucanos, producida la primera descarga, se lanzaron sobre la tropa sabiendo la distancia que había entre una descarga y otra; pero fueron sorprendidos por el fuego nutrido, se arremolinaron y huyeron. Marzán salió herido de este encuentro, en el que participaron, entre otros, el capitán Ricardo Santa Cruz y el teniente Leandro Navarro, autor de la obra citada: "Crónica de la Araucanía".

En febrero de 1871, Pinto se dirigió a la capital, de donde no regresó más a la Frontera, dejando el mando interino en el jefe de Estado Mayor coronel José Francisco Gana.

Posiblemente a fines de 1870 Orelie regresó a la Pampa para embarcarse, en la costa atlántica, a Francia. Se sabe que, de regreso a la Pampa, lo acompañó un cona del cacique Lemunao de Perquenco, que lo llevó a las posesiones del famoso cacique pampino Juan Calvucura, de Salinas Grandes.

Estos datos los entrega Tomás Guevara, quien dice recibirlos del cacique de Perquenco Juan Coloncura, hijo de Lemunao.

Al retirarse, el general Pinto entregó una memoria al gobierno, con diversas recomendaciones. Destacan tres:

Primera: Es perder tiempo y prestigio seguir pensando que la paz con el mapuche se puede lograr por compromisos.

Segunda: El arma que hay que ocupar es la caballería, no es posible sin grandes sacrificios oponer a la caballería con que actúan las tribus la infantería del ejército. La infantería debe quedar en los cuarteles, en las líneas de defensa y ser la fuerza de ocupación.

Tercera: "Nuestros regimientos armados con la imponderable carabina 'Spencer' serían el terror de las tribus araucanas"

En esta campaña de 1868-71 Pinto contrajo un reumatismo cardiaco, que fue lo que lo determinó a renunciar a los puestos que desempeñaba, renuncia que el gobierno no aceptó el 18 de agosto de 1871. Falleció en Santiago el 12 de noviembre de 1873.

Era general de División, consejero de Estado y senador de la República.

Los acontecimientos militares de 1870 y principio de 1871, hicieron comprender a los araucanos que no era posible la resistencia y muchos comenzaron a organizar sus huestes para ir a pelear a las pampas argentinas. Esta acción la dirigían los caciques Purran y Montri, de Perquenco.

A principios del siglo XX vivía aún en Perquenco un hermano de Montri, anciano, alto y vigoroso, a quien los mapuches del lugar reconocían con el nombre de "Sargento Montri".

Al iniciarse la primavera de 1871 comenzaron a presentarse, en los fuertes y cuarteles, jefes de las reducciones a los que el ejército agasajaba y que en estas visitas ofrecían el sometimiento y la paz.

Quilapán nunca fue a rendir homenaje de obediencia, comprendió la inutilidad de la resistencia y se retiró a la región de Loncoche Plom, al este del actual Lautaro.

Retirado, ignorado, oculto en los bosques vivió odiando lo que pasaba en su tierra, entregado al cuidado de sus animales.

Tuvo tres mujeres y se cree que, en 1881, murió como consecuencia de una intoxicación alcohólica.

Fue sepultado por los suyos, en secreto, junto a la sepultura de su padre Mangil.

Esta es una información que en 1902 le dio a Tomás Guevara, Juana Mullen, una de las mujeres de Quilapán, que en los primeros años del siglo XX aún vivía en Loncoche Plom.

16. ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A CORNELIO SAAVEDRA

Ya indicamos anteriormente la renuncia que a su cargo presentó Saavedra. Después del establecimiento de Lumaco, propuso un plan de ocupación definitiva de la Araucanía, que se ofrecía a realizarlo él mismo, en un tiempo relativamente corto; pero en septiembre de 1871 subía a la Presidencia de la República Federico Errázuriz Zañartu, con quien no lo ligaban buenas relaciones políticas. Así renunció al mando militar que tenía en la Baja Frontera.

La actuación de Saavedra en la ocupación de toda la costa, hasta llegar a unir, por territorio sometido a la autoridad de la República, el norte y el sur es, desde luego, de una importancia vital para el país y un paso que fue decisivo en la ocupación posterior de toda la Araucanía. Esta tarea la había cumplido con eficacia, comprensión e inteligencia, de donde resultó una ocupación con mínimos sacrificios de vida, aunque con grandes sacrificios personales por las incomodidades del vivir.

Pero las molestias mayores, el ilustre coronel no las sufrió en la tarea del avance en la ocupación, las sufrió en el gobierno central.

Saavedra, el año 1870, era además miembro de la Cámara de Diputados en representación de Carelmapu entre 1867 y 1870 y, en el Congreso de 1870-73, diputado por los Departamentos de Nacimiento y Angol. En diciembre de 1870 se retiró del Congreso y prestó juramento su suplente Diego Echeverría Recabarren, quien juró como parlamentario el 21 de diciembre de 1870.

Participó en duros debates del Parlamento cuando se presentó un proyecto por el que se solicitaba aumentar la planta del ejército, elevándola a 5.000 hombres y aportar \$ 500.000 para, en dos años, ocupar la Araucanía.

Le cupo tener que oír cuanta opinión disparatada se daba en el Parlamento por quienes no tenían idea de lo que ocurría en la Frontera; tanto, que al leer las opiniones vertidas, uno llega a pensar si actuaban de mala fe o solo por ignorancia culpable.

Precisamente con el ánimo de ilustrar el criterio de los diputados, pidió que se postergara la discusión del proyecto, y se comprometió a entregar un documento que les permitiera a los congresales tener una opinión fundada. A este propósito responde la publicación "Documentos relativos a la Ocupación de Arauco, que contiene los trabajos practicados desde 1861 hasta la fecha, por el coronel de Ejército don Cornelio Saavedra y además antecedentes que pueden contribuir a ilustrar el juicio de los señores diputados en la próxima discusión sobre el último proyecto del Ejecutivo". Santiago, 1870. Imprenta Libertad.

Esta obra es un documento de primera fuente para el estudio y conocimiento de todo lo realizado en la Frontera en el período 1861-1870.

Como hemos visto, se retiró también del mando de la Alta Frontera José Manuel Pinto, quedando como jefe interino el mayor José Francisco Gana.

Edificio Marsano. Temuco comienza a modernizarse. La aldea que inició su vida en febrero de 1881, con rústicas construcciones de madera, simplemente labradas a hacha y azuela, ya a fines del siglo XIX y principios del año 1900, se levanta con edificios más sólidos, de los que algunos muestran aún su señoría. Así hasta hoy se muestra el Edificio Marsano (1926) en Barros Arana esquina Pinto. Fuente: archivo fotográfico familia Ferrando.



Colegio Alemán. Sus primeras aulas de madera inauguradas en 1887 en la esquina de las calles Bello y Aldunate, fueron reemplazadas en 1916 por el edificio que aparece en la fotografía, en que hoy funciona el Colegio Francia. El 1 de octubre de 1954 se trasladó con gran pompa y solemnidad al nuevo local de calle Hochstetter con Av. Holandesa. Fuente: archivo fotográfico familia Ferrando.



La primera iglesia de Temuco fue construida en albañería de ladrillo, en ella funcionaba la Misión Franciscana en Montt esquina Prieto Norte. Esta misión dependía jurídicamente de la parroquia de Angol, la que podría llamarse Madre de las Parroquias de la Diócesis; de ella se fueron desprendiendo las jurisdicciones territoriales que dieron origen a las demás parroquias (1886). Fuente: archivo fotográfico familia Ferrando.



La señorial casona Malmus, construida en 1921, en Avda. Alemania esquina 18 de Septiembre. Actualmente "Campus Menchaca Lira" de la Universidad Católica de Temuco. Fuente: archivo fotográfico Universidad Católica de Temuco.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Visión de La Frontera al término del
decenio 1860-1870

1. LA RELACIÓN MAPUCHE-CHILENO

Cornelio Saavedra se retiró de la Araucanía a fines de 1871 y Pinto, en febrero del mismo año, se fue a Santiago y ya no volvió a la zona de la Frontera.

¿Qué cambios es posible señalar como producto de la acción de estos jefes, autoridades en este histórico territorio?

Primeramente, es útil pensar que muchos lugares en los que, al llevar a cabo la campaña, se crearon fuertes para fijar la ubicación y residencia de las fuerzas que irían realizando la ocupación, se fueron conviniendo rápidamente de lugares de tránsito, en villas y aldeas. Otras veces no siendo necesarias, las guarniciones se retiraron y solo son nombres en la historia y en la toponimia regional, muchas veces hasta difíciles de ubicar.

Los fuertes se convirtieron en centros de activo comercio, lo que hizo que mucha gente viniera a instalarse en ellos y en su alrededor.

El comandante del Ejército de la Frontera, en virtud de un Decreto, ordenó a la comisión de ingenieros militares que trazaran un plano, el que se remitió al Ministro de la Guerra y los sitios se repartieron entre los peticionarios.

Por disposiciones posteriores, las autoridades administrativas otorgaban títulos provisorios, que ratificaba como definitivos el Ministro de Colonización, previo el cumplimiento de ciertos requisitos. El Ministro de Colonización era, en esa época, el Ministro de Relaciones Exteriores.

Citaré el caso de Huequén, por tener a mano el Decreto correspondiente que dice así:

“Angol 7 de enero de 1869. El Jefe de la comisión topográfica dispondrá que uno de los ingenieros de su dependencia proceda a trazar junto al fuerte de Huequén nueve manzanas de cien metros cuadrados, separadas por calles de quince de ancho, con el objeto de distribuirlas a los que quieran establecerse en aquella localidad. Anótese. Pinto. - Ricardo Figueroa”.

A estos centros habitados de la línea del Malleco afluían habitantes de las ciudades de más al norte, como Los Ángeles, Nacimiento, Chillán, Parral, San Carlos, etc. A Lebu y Cañete suministraron pobladores Arauco, Tomé, Lota, Concepción. Vecinos de Valdivia llegaron a Toltén y Queule. Los habitantes que llegaban traían algún capital en mercancías, o eran artesanos con algún

oficio, y muchos llegan atraídos por la fácil ocupación de terrenos fiscales e indígenas.

Entre estos últimos llegó un buen número de buscavidas que ya desde años se internaban en el territorio y tenían ciertas amistades con algunos caciques que les servían de protectores.

Se puede decir, casi sin temor a equivocarse, que la masa poblacional que llega viene a la ventura; porque ciertamente, quienes tienen su vida arreglada en otros lugares del país, no tienen atracción por venir a regiones de tanta inseguridad. Este hecho, común en la primera población de nuevos centros urbanos que nacen a la sombra del cuartel, hizo que esos años de la Frontera fueran la repetición del Far West americano.

Prácticamente las únicas personas que llegaban a estas localidades con antecedentes conocidos, eran funcionarios y familiares de los miembros del ejército, que se instalaban cerca de los cuarteles. De Concepción, y de las familias conocidas, muchos se instalaron en esta zona, pero a su vez casi todos regresaban luego de cumplido su oficio. En el grupo social representativo y de dirigentes, hubo siempre, y esto hasta el medio siglo actual, personas de paso. Por eso no era extraño que efectivamente fuera una aventura el venir a esta Frontera.

Todo ello sin olvidar que un buen número de fugados de la justicia, encontró campo propicio para continuar con sus correrías, robos, salteos y crímenes, con la mayor desenvoltura y casi en una impunidad absoluta.

Muchas veces esta impunidad estaba amparada por autoridades que participaban de los beneficios de los asaltos y robos.

Fue realmente heroico este período. Las casas de la ciudad, como las de los campos, al caer la tarde se cerraban con trancas y se defendían campos y casa con la carabina siempre en mano.

De los lugares formados en estos años 1861-71, algunos progresaron, otros se estancaron y otros desaparecieron con el retiro de las unidades militares. De este último tipo fueron entre otros: Chiguaihue, Cameura. De esos que continúan una vida estacionaria, podríamos señalar Tijeral, Curaco, Comuy, etc.; en cambio, lograron su desarrollo Angol, Collipulli, Mulchén, Lebu, Cañete, Purén, Lumaco y Nacimiento.

Estos pueblos surgían en un espacio de tiempo muy corto; casi se improvisaban por la facilidad que les otorgaba la abundancia de maderas, ya que los aserraderos se instalaban en el mismo bosque que se desmontaba para instalar la aldea que se transformaría en ciudad.

De todos los lugares nombrados y fundados en esta década, es Angol el que tuvo el más rápido progreso y se transformó en el primer emporio comercial de la Frontera. Ayudó a esto el que se instalara en Angol la residencia del Gobierno Militar de la Araucanía, con una guarnición permanente y que, hasta el presente, tiene asiento allí. Al término del período que historiamos, hasta aquí 1871, Angol llegaba a los 4.500 habitantes, con un activo comercio, oficinas fiscales, hospital militar, correo y telégrafo, dispensario, juzgado, iglesia, etc. Adquirió el título de ciudad el 25 de septiembre de 1871.

El desarrollo de Angol hizo perder su importancia a Nacimiento, que tenía su existencia desde el período colonial.

Los fuertes y poblaciones creados fueron paulatinamente atrayendo a los indios, que empezaron a ver que se les recibía con confianza, incluso con afecto por muchas personas y empezaron a llegar a las poblaciones trayendo algunas cosas para vender, algunos productos de chacarería, aves, huevos, corderos, chanchos, animales vacunos. Aprovechaban para comprar algunas cosas que iban incorporando a su vida, como azúcar, fideos, cigarrillos, vino y licores, a los que se acostumbraron mucho y daban desproporcionadamente lo que traían por vino y licores.

El trueque, “conchavo”, de productos era frecuente. Cerca del fuerte, o en la misma Angol, en un extremo existía un corral donde llegaban los animales para la venta. Una gran parte de los vacunos eran de procedencia de la pampa argentina, donde eran robados y traídos por los pasos cordilleranos.

Los compradores iban a estos corrales y adquirían estos animales baratos, los que debían ser pagados con plata sellada, muy rara vez con billetes, los que no eran de agrado del indio.

Se colocaba el indio en un lugar, extendía su manta y allí hincado y afirmado en sus talones, extendía las monedas sobre una manta y sacaba sus cuentas. Estas operaciones eran vigiladas por jefes militares para garantizar la seriedad de las transacciones, y sobre todo que se le pagara efectivamente al indio el precio convenido.

Estos hechos nos permiten entender la atracción que la Frontera producía en personas audaces y sin honradez, que en gran parte formaron la población de estas ciudades y que, a medida que se fundaban otros sitios en el interior, iban luego a ellos, aprovechando su experiencia en la explotación del indígena.

Se comprende el interés que tenían Pinto y Saavedra en que los indígenas entregaran a los bandidos que se incorporaban a las tribus, pues ellos eran, en gran parte, los responsables de muchos crímenes y salteos. Los comerciantes mismos que se internaban en el sur del Malleco y llegaban hasta el Cautín, el Imperial y aun pasaban al sur hasta el Toltén, protegidos y apadrinados por algunos caciques, no merecían el nombre de comerciantes; eran pillastres que explotaban la ignorancia del mapuche en provecho propio.

Es increíble la cantidad de personas que con estos medios acumularon fortuna, más tarde compraron derechos a tierras indígenas o simplemente ocuparon territorio y crearon el problema, pidiendo y exigiendo más tarde títulos de dominio con el mérito de la ocupación.

Pero a medida que se desarrollaban las poblaciones, el comercio se fue haciendo más regular y surgió en los pueblos el "Almacén y Tienda", donde el indígena y el campesino encontraban de todo. Llegaban con la carreta y traían en ella productos que vendían o cambiaban por sus provisiones.

Llegaban temprano para volver por la "tardecita", en gran parte totalmente borrachos y guiados, simplemente, por el instinto de sus lerdos bueyes que sabían volver a la querencia, mientras el indio dormía en su carreta o se quedaba botado durmiendo en el camino, con todos los percances y accidentes que se pueden suponer. Por eso es que uno de los esfuerzos más constantes de las autoridades era poner orden en la actividad comercial.

Al término de este decenio, desde 1867, se realizó un trabajo constante de caminos y puentes, donde va a aparecer y se destacará otra excelente y brillante personalidad de toda esta empresa de la ocupación, el, por esos años, sargento mayor Gregorio Urrutia Venegas, que, principalmente en esta primera etapa, actuó en la Baja Frontera con Cornelio Saavedra, teniendo Urrutia a su cargo la dirección del cuerpo de ingenieros militares.

2. EL GENERAL BASILIO URRUTIA VÁSQUEZ EN LA FRONTERA

Con las renunciaciones de Saavedra y Pinto a la dirección de la Baja y Alta Frontera, quedó como jefe de toda la Araucanía, en calidad de interino, el comandante José Francisco Gana. También en ese año asumió la Presidencia de la República Federico Errázuriz Zañartu, a quien sus asesores convencieron de la inutilidad del esfuerzo de la ocupación, y va a decidir, para mal de Chile, producto de la ignorancia de lo que para la nación significaba la ocupación, suspender su continuación y fijar por ahora las fronteras donde estaban. Esta determinación fue tomada, como en otras ocasiones del período colonial, justo en el momento que parecía más probable el poder llegar a un entendimiento.

El mismo Quilapán trató de entenderse con Gana.

El 25 de agosto de 1871 el gobierno ponía fin al interinato de Gana, establecía la unidad de mando en la Frontera y designaba general en Jefe del Ejército de Ocupación al General de Brigada Basilio Urrutia Vásquez.

Las negociaciones de paz con Quilapán, que se habían suspendido con el retiro de Gana, volvieron a reanudarse con el general Basilio Urrutia; si bien, como preliminar, Quilapán puso la condición de tener previamente una entrevista con Juan Antonio Bastidas y con Rosaura Díaz, vecinos de la Frontera y personas de un gran prestigio. Ambos se prestaron gustosos a esta actuación.

En su trato ofrecieron celebrar un Parlamento en Collipulli, prometiendo su asistencia Quilapán, a quien se le garantizaban las más amplias seguridades personales y de deliberación.

Las promesas de Quilapán parece fueron sinceras, pero como las tribus abajinas se negaron a concurrir, le produjeron un gran desengaño y no asistió.

Propuso, en cambio, reunirse el 1 de enero en Collico, donde esperaba al general Urrutia con todos sus caciques.

Urrutia rechazó esta proposición señalando que el Gobierno a quien él representa no podía variar de resolución.

No se celebró el Parlamento y determinaron esperar los acontecimientos.

No valía la pena apurar nada, sobre todo teniendo en cuenta que el gobierno tenía resuelto no avanzar, por ahora, de la línea del Collipulli. Los indios pehuenches o andinos prácticamente no habían tomado parte en estos acontecimientos, si bien se pensaba que no eran indiferentes a los levantamientos, y aun hubo quienes sospechaban que intervenían en las maquinaciones.

Con este motivo se comisionó al sargento mayor don Manuel Bulnes para que se trasladara a la zona de Antuco, al oriente del actual pueblo de Los Ángeles y, si era posible, tuviera un encuentro pacífico en las mismas reducciones de los pehuenches para asegurar la adhesión de ellos al gobierno.

Bulnes se movilizó por la zona, tomó contacto con ellos y regresó a Angol, el 31 de diciembre de 1872, acompañado del cacique Punan, considerado como el jefe de estas tribus, y otros caciques y mocetones, un total de 56 personas.

El 1 de enero de 1873 tuvo lugar una junta, ante el general Basilio Urrutia y suscribieron un compromiso por el cual las tribus pehuenches de ultracordillera reconocían al gobierno de Chile, se comprometían a no auxiliar a las tropas mapuches en sus levantamientos y, aún más, a hostilizarlos y reprimir sus avances. Para mantenerlos fieles, el general acordó subvencionar a Punan con \$ 120 anuales y a otros caciques menores con \$ 100.

El año 1873 pareciera ser un año que pusiera término a los levantamientos, por el sometimiento de las tribus arribanas que obedecían a Quilapán y el arreglo logrado con los pehuenches.

Pero esta tierra no puede tener paz y, a falta de los levantamientos indígenas, se desarrollará una plaga infernal en la Frontera, constituida por la doble acción del bandolerismo y del cuatreroismo, que realizan sin compasión, sabiendo que siempre se están jugando la vida, tantos malhechores escapados de las cárceles y presidios, o bien delincuentes que, huyendo de la justicia, van a encontrar lugar donde escapar a la persecución entre las tribus de la Frontera. Allí el indio, por su instinto natural de apoderarse de lo que encuentra, por propio interés, en otros casos, sostiene y ampara en sus reducciones a tanto bandido que hizo que la vida se hiciera terriblemente insegura en toda la Frontera, principalmente en los deslindes de lo ocupado y de lo indígena.

El bandidaje se hará general, extendiéndose a toda la zona y estará presente hasta la primera veintena del siglo XX.

No transcurre semana y, en ciertos períodos, días sin que se informe de la existencia de robos de animales, asaltos en las haciendas y propiedades agrícolas, aun en las más modestas, o en los pueblos y aldeas. Era corriente que en estos ataques se cometiera toda clase de abusos, incluso crueles asesinatos, que conmovían la opinión pública y despertaban sospecha sobre cualquier persona que aparecía por la zona sin que se la conociera.

Los autores de estos crímenes quedan en gran mayoría impunes, siendo infructuosas las búsquedas y cuantas pesquisas se hagan por aprehenderlos. El territorio amplio, boscoso, desconocido, es terreno propicio para el desarrollo de esta actividad tan perturbadora del progreso.

Estos asaltos son más frecuentes y prósperos para el bandido, con los rigores del invierno, cuando, unidos a algunos indios, traspasan las líneas militares y llegan a los mismos pueblos de las orillas del Malleco.

Como medida de protección se estableció en la línea de la Alta Frontera, como una misión especial para la caballería del ejército, el servicio de patrullas nocturnas.

En estas acciones de 1873-1874, se realizó un salteo en las afueras de Mulchén, en la persona del vecino de ese pueblo Juan de Dios Rodríguez, perpetrado por un pequeño grupo de forajidos, que fueron sorprendidos y cayeron en poder de la autoridad, la que ordenó un Consejo de Guerra militar, en virtud del Estado de Asamblea en que se hallaba la región. Cuatro de los participantes fueron, en consecuencia, fusilados.

Este hecho produjo revuelo en la prensa nacional, que creyó conveniente señalar como un abuso este fusilamiento. El gobierno se impresionó tanto por estas torpes opiniones que ordenó a Basilio Urrutia suspender el estado de Asamblea que se encontraba en vigencia desde el 2 de abril de 1870.

Urrutia, afectado por esta medida, que la entendió como una crítica a su acción, presentó la renuncia a su cargo, que no le fue aceptada. El gobierno tuvo que reconocer que la medida adoptada sin contemplaciones y con rapidez, daba buenos resultados e hizo disminuir el bandidaje.

En 1874, en la zona de Huelehueico, se produjo un robo de animales el día 23 de febrero. Conocido este hecho por el comandante de la plaza de Chiguaihue; ordenó movilizarse a un piquete en persecución de los ladrones, al que colocó a las órdenes del teniente Manuel Ramón Barahona, con 15

hombres de tropa y al que se agregaron los civiles Benito Arriagada y José María Toro.

A unas 5 leguas al sur de Huelehueico dieron alcance a ladrones y bandidos y se trabó un encuentro que, por el momento, hizo que se dispersara el ganado robado.

Se atacaban y defendían con denuedo por ambos bandos, pero luego los indios se declararon en desordenada fuga con “un sálvese quien pueda”.

Resultado: 8 indios muertos y un prisionero.

Así, hechos aislados se repetían y ponían en alarma y conmoción a toda la Frontera. El apareamiento de ciertos tipos característicos del bandidaje de la época, se repetía con cierta frecuencia; a veces como actos de responsabilidad y de audacia personal; otras, de verdaderas bandas de salteadores que ponían en sobresalto a poblaciones y trabajos de explotación agrícola.

Un triste episodio selló con la muerte la vida del comandante Nicanor Silva, que, encontrándose en actividad deportiva de caza, se le escapó un tiro de su escopeta, que le produjo la muerte el 25 de julio de 1874.

3. PETICIÓN AL GOBIERNO 1875

Basilio Urrutia tenía la convicción, y no estaba en error, que la paz con las tribus araucanas era un hecho y que lo que impedía la paz era la acción de bandoleros, salteadores y ladrones. Convencido, además, que esta situación solo era posible encararla si se avanzaba en la ocupación del territorio, con nuevos fuertes y pueblos fronterizos que fueran estrechando el campo de estos asaltos, solicitó del gobierno un pequeño refuerzo en tropas y autorización para iniciar y probar un nuevo avance al sur del Malleco.

Veía, además, que cada día era mayor la afluencia de chilenos que venían del norte del Biobío y se introducían en los campos aparentemente sin dueños y producían la ocupación de hecho, que complicaría más tarde el proceso de división y radicación de los peticionarios de tierras o de los remates de tierras fiscales.

Se construía en esos días la línea férrea de San Rosendo a Angol, lo que incentivó el comercio y la agricultura al encontrarse con comunicación telegráfica y con la protección y vigilancia de las tropas. Estos fueron, sin lugar a duda, los principales agentes del considerable progreso que se realizó en esos años.

En la memoria que Basilio Urrutia presentó al gobierno en 1875, decía, entre otras interesantes opiniones:

“Tiempo es ya a juicio de este Cuartel Jeneral, de dar el último golpe a los bandidos i sus secuaces”.

“Creí que un pequeño esfuerzo del país, puede ya dar término a la larga e importante empresa a que el ejército de la República ha estado durante tantos años dedicado. Ha llegado la época de que la barbarie enclavada en nuestro suelo desaparezca, i los que hoi se consideran como una rémora para el progreso i adelanto del país, se conviertan en elementos que lo impulsen”.

“Mengua para la civilización que alcanzamos, es la presencia en tan estensa parte del territorio de la República, de hordas salvajes e indisciplinadas”.

“Someter a los rebeldes i formar buenos y útiles ciudadanos, sujetos al imperio de las leyes i de las autoridades del país, es una medida imperiosamente reclamada, por el tiempo i aun por la opinión pública”.

“Estima este Cuartel Jeneral, que nunca circunstancias mas favorables para la realización de esa idea, han podido presentarse. Las exigencias de sus nuevos hábitos, de que antes he hablado i el desconcierto en que se encuentran por falta de dirección o de jefes, a que también me he referido, contribuyen singularmente a favorecer este pensamiento”.

“Un nuevo empuje puede dar solución a tan debatida cuestión. No considera este Cuartel Jeneral que esa empresa orijinaría grandes gravámenes al Erario Nacional”.

“El aumento del ejército i demás recursos que ella reclamaría, serían sobradamente compensados con la adquisición de sus valiosas propiedades”.

“Ocupados militarmente algunos de los puntos que su importancia estratéjica haría necesario en la ribera del Cautín, el golpe de gracia estaría dado a la barbarie”.

“La vijilancia de nuestras fuerzas en esos lugares importaría una constante y perpetua amenaza que les impondría forzada tranquilidad”.

“Pequeñas guarniciones sobre el Malleco se encargarían de impedir sus avances al norte de esta línea que en muchas partes presenta ya, en los trabajos de los particulares, defensas inespugnables al bandalaje desorganizado”.

“Misiones establecidas en los nuevos fuertes propenderían al adelanto moral e intelectual de esas tribus, i agregado a ellas un equitativo celo e interés de las autoridades por garantizarle imparcial i desapasionada justicia i destruir los recelos que contra la civilización abrigan, serían otros tantos agentes de una pacífica solución”.

“Como caso remoto mira un alzamiento jeneral de las tribus indíjenas, sin embargo, la prudencia aconseja i el deber ordena precaver posibles eventualidades. Es por esta razón, que este cuartel jeneral estima de absoluta necesidad, si en el Supremo Gobierno encuentra acojida el proyecto que insinúa, la concurrencia de un batallón i un regimiento de caballería que deberán crearse para reforzar este ejército”.

“La facultad concedida al jefe de las armas de reclamar el auxilio de las milicias en momento necesario, completaría los elementos que la empresa requiere i esto último no importaría un gravamen en los fondos públicos.

“El deber de justificar la confianza que el Supremo Gobierno en mi ha depositado, me ordena darle exacta i desapasionada cuenta del verdadero estado de esta Frontera i del remedio apropiado a los males que jeneralmente se lamentan. A él toca apreciarlos en su verdadera importancia i decidir lo que considere mas conveniente a los bien entendidos intereses del Pais⁶¹”.

A pesar del valor de estas argumentaciones, hay que tener presente que el Gobierno del Presidente Federico Errázuriz Zañartu paralizó las operaciones militares y no se realizó otra fundación que la de Los Sauces, en calidad primero de fuerte, a 30 km al sur de Angol.

Esta plaza se fundó con el nombre de “Colipi de Los Sauces”, por Decreto del 28 de diciembre de 1874, en las tierras de este cacique y en recuerdo de su nombre. Su ubicación fue estratégica, pues, junto con resguardar los caminos entre Angol-Lumaco-Purén, “aseguraba la obediencia de las belicosas tribus de Guadaba, Choque Choque y Lilpulli”⁶².

61 Leandro Navarro. *Op. cit.*, Tomo II.

62 Tomás Guevara. *Op. cit.*, Tomo III, pág. 426.

4. CREACIÓN DE NUEVAS PROVINCIAS

El desarrollo que va tomando la Frontera, el incremento de su población, la firmeza ya indiscutida de la línea del Malleco y el ser sobrepasada hacia el sur y el avance que se había hecho por la costa, llegando hasta Valdivia, hizo necesario dar a toda esta región una nueva forma administrativa que modificara la adoptada en el ley que creó la antigua provincia de Arauco, con capital en Los Ángeles.

La nueva ley administrativa, de 13 de octubre de 1875, crea las provincias de Arauco y Biobío y con el territorio al sur del Biobío hasta el Toltén, se creó lo que se llamó "el territorio de Colonización de Angol", dependiente directamente del Ministerio de Relaciones y regido por un gobernador militar, que lo fue el mismo general don Basilio Urrutia Vásquez, por Decreto de 20 de octubre del mismo año 1875.

Con esto se oficializa definitivamente, para la etapa siguiente, a Angol como punto central de la actividad colonizadora y de ocupación de este período, que terminará con la ocupación de la línea del Cautín.

Pero hay un hecho, de la mayor importancia, que ocurre en 1876. El progreso y la civilización de esta parte norte de la Frontera dan un paso definitivo en su historia. Ese año se inauguró el servicio de trenes, llegando el ferrocarril a Angol, que queda desde esa fecha unido a la red central y comunicado con Concepción en lo inmediato y con Santiago en un viaje de un día. Pero el ferrocarril no se concibe sin la línea telegráfica, lo que hará posible una rápida comunicación de noticias y órdenes y una movilización física de hombres y productos que irán dándole una fisonomía de importancia a esta zona, de la que solo tenían información muy pocos.

En 1876 se inició el período presidencial de Aníbal Pinto y se notó de inmediato un cambio en los círculos oficiales, pues aparece muy claro el propósito de continuar con la ocupación de la Araucanía. Favoreció bastante este cambio de actitud el hecho de haber designado el Presidente Pinto, en 1878, como ministro de la Guerra a Cornelio Saavedra, quien dará un nuevo impulso a lo que se hace en esta región, ya que no hay temor a equivocarse al reconocer a Cornelio Saavedra como el verdadero iniciador de esta trascendental conquista y empresa nacional, que terminará dándole unidad al país, incorporando a un pueblo al camino de la civilización y al país entero

una riqueza cuyo verdadero valor nunca ha sido considerado en su real dimensión.

Pero, mientras estos acontecimientos se realizan, siguen produciéndose esporádicos pero frecuentes golpes de robos y salteos, malones y asesinatos, que hacen muy incierta e insegura la vida en toda la región. Por eso no es faltar el respeto a la gran mayoría de los primeros pobladores que llegaron a esta zona, decir que vinieron precisamente por esa aventura posible que sigue a la suerte del más audaz y atrevido, que sabe que su vida la está jugando a cada rato y en cada empresa. Son seres especialmente dotados, que saben salir de sus apuros con valentía, exponiendo su vida y la de los suyos.

Así lo ha entendido incluso la tradición local y la novelística, donde pienso que, sin lugar a dudas, es típica de este ambiente de fines del siglo XIX y principios del XX, el cuadro que en "Frontera" presenta el traiguenino Luis Durand. Es tan clásico su ambiente, el vivir de los pueblos, el trabajo campesino, el manejo de la carabina y la aventura, como lo es en Barrios, con su hombre del campo de la zona central en "Gran señor y rajadiablos"⁶³.

Estas creaciones no son solo fruto de la imaginación creadora de un buen escritor. Serían imposibles si ellas no estuvieran afirmadas en una realidad que se vivió, y que se vivió de tal manera, que muchos de sus personajes son históricos, y en otros, se adivina a quiénes se está refiriendo.

En la región de Angol al Cautín por Lumaco y Traiguén, en esos campos, la acción fue frecuente y un centro de especial interés y refugio para los aventureros y bandidos fueron las hoy pacíficas y hermosas Serranías del Ñielol.

63 Del mismo estilo son "Señores de la Tierra" de Elías Arce Bastidas y "Don Juan Romero" de Miguel Ángel Padilla.

CAPÍTULO OCTAVO

La Guerra del Pacífico y el último
levantamiento mapuche

1. PROYECTO DE AVANCE DEL CAUTÍN

Urrutia, al término de 1877, se sentía frustrado, molesto, y hacía ver el daño que la inacción significaba, no solo para el progreso regional, sino por la desmoralización del soldado, que en vez de la inercia prefería la aventura, desertaba y se incorporaba entre las masas indígenas. La vida del cuartel estableciendo en un determinado lugar, debería encontrarse en constante actividad para cumplir los fines que significaba su presencia: dar impulso a la obra comenzada y una grandeza evidente a la nación.

Por esto Basilio Urrutia, con sede en Angol, pide con frecuencia que el gobierno determine el avance hasta el río Cautín; piensa que si se da ese paso, que no lo estima ni caro ni difícil, la ocupación de la Araucanía sería un hecho, en que terminarla sería muy fácil con la conquista del territorio entre el Cautín y el Toltén y la refundación de Villarrica.

En el gobierno de la República también hay esa opinión, si bien los planes de su ejecución son discrepantes. Piensan que el camino es perfeccionar la ocupación de la costa tomando el camino de Lumaco y su río hasta el Cholchol y por este, hasta su unión con el Cautín-Imperial y penetrando por la vía del Toltén llegar a Villarrica.

Esta opinión, bastante compartida en el gobierno, no era la que señalaban los hombres que en el terreno vivían y conocían las dificultades.

Esto movió a Urrutia a celebrar una reunión, a la que invitó a participar a todos los jefes de la Frontera, entre los que vale la pena recordar, para ser justos con la memoria de quienes hicieron esta obra, sus nombres: el comandante de Granaderos don Tomás Yávar y el mayor don Francisco Muñoz Bezanilla; el comandante del Buin don Juan de Dios Briceño y el mayor José Luis Ortiz; el comandante del 2° de Línea Ricardo Castro y el mayor Vicente Ruiz; Feliciano Echeverría, de los cazadores a Caballo; el mayor de Artillería Juan Napoleón Gutiérrez; el oficial del Estado mayor José María Marchant; el juez letrado de Angol, Manuel A. Cruz, en su carácter de Auditor de Guerra, y a don Beltrán Mathieu como secretario.

Ante esta selección de personas Urrutia formula observaciones al plan del gobierno, fruto de su larga experiencia en esta guerra y en el mando de la Frontera. Sostiene que el planteamiento gubernativo es de fácil ejecución, porque los indígenas que pueblan la zona son amigos del gobierno y no

presentan obstáculos, la mayor parte de los caciques perciben pensión y ellos serían los primeros beneficiados con la ocupación de la línea Lumaco, que los separaría de sus adversarios, los arribanos del sur del Malleco, en lo que hoy es el valle central, porque estos son los que impiden la ocupación. Sometidos los arribanos, cualquier intento de los costinos o abajinos no tiene significado. Dejar esta zona central y las montañas del Ñielol, siendo lo que hasta ese momento son, es mantener el foco del levantamiento y del bandolerismo vivo y fuerte en la zona; aún más, significa como tener temor, el no atacar precisamente esta fuerza.

Urrutia señala que su idea, ya varias veces manifestada al Presidente de la República, es el avance hasta el Cautín-Imperial y tomar el camino desde Cholchol a los Andes. Fundar en esta línea unos tres fuertes en lugares muy bien elegidos, que servirían para aislar a los del sur de Malleco de los de la zona del sur del Cautín y Toltén, impedirles su contacto y realizar aquel principio, tan válido en este caso, "dividir para vencer".

Sin duda era la visión del hombre que está actuando y conoce la tierra que pisa y en la que ejerce autoridad y no un plan teórico de quienes informan por intuición o imaginación y no con la fuerza de la realidad.

Los gastos que demandarían uno u otro plan serían más o menos iguales, con una gran diferencia: llevar adelante el plan Toltén significa tener que realizar en algún momento el plan Cautín, lo que supone un doble gasto.

La reunión se pronuncia por el plan local y aun hay quienes se atreven a manifestar que si no es aceptado, es preferible no hacer ninguno y mantener la situación hasta el momento en que se pueda llevar a cabo.

Por otra parte, la ocupación Malleco-Cautín deja al gobierno en dominio de una tierra agrícola, boscosa y ganadera de primera clase, en la que ya hay medidas y planificadas cerca de 100.000 hectáreas, de las que no se ha podido disponer por el temor y la inseguridad, pero que ocupadas, abren un campo importante de remates, lo que, por sí solo, será capaz de devolver al fisco más de todo lo gastado hasta la fecha en toda la Araucanía.

Es legítimo reconocer que Eleuterio Ramírez no fue partidario de una ni de otra proposición. A la del gobierno no le hallaba utilidad y a la de Urrutia sobre el Cautín, la estimaba un avance peligroso por lo extenso. Creía, y así lo hizo saber, que por ahora era imperioso actuar hacia el sur del Malleco, pero poniendo como línea de término de penetración el llegar hasta el río

Quino. Pero, sobre todo, Ramírez expresaba la urgente necesidad de levantar cuanto antes un plano de reconocimiento en toda esta extensión, cuyo conocimiento era muy rudimentario y que se hacía indispensable conocer con gran exactitud.

En este año 1877 se había organizado un cuerpo especial de soldados y operarios, "Los Zapadores", por Decreto Supremo del 24 de abril de 1877, sobre la base del antiguo regimiento 7° de Línea. Se ordenaba asimismo que en todas las unidades se seleccionara aquel personal con conocimientos de carpintería y oficios, y se le integrara a la unidad de los Zapadores. Se incorporaron a este cuerpo el teniente Manuel Romero Hodgges y el alférez Enrique Munizaga. El mando de este cuerpo se le confió al teniente coronel Gregorio Urrutia Venegas, con residencia en Lumaco, donde se le designó Gobernador Militar de la plaza.

De inmediato, en el plan de organización de esta unidad, se le asignaron funciones específicas. Establecieron aserraderos en diferentes montañas para ir preparando madera para las nuevas construcciones de fuertes, cuarteles, viviendas y hospitales y para la construcción de puentes, balsas y embarcaciones para los ríos.

Un interesante trabajo de estos obreros militares fue la apertura de un camino en la cordillera de Nahuelbuta, que unió Purén y Contulmo, lo que significaba unir la Baja y la Alta Frontera.

Construyeron puentes entre Purén y Lumaco, otros sobre los ríos Reihue y Moncales y arreglaron los caminos de acceso a Angol. Se estableció la Torre de Juan Trintre, en la medianía del camino de Angol a Sauces, lugar actualmente conocido como Trintre. Esta Torre de Trintre es la que se había ubicado en la línea del Malleco con el nombre de 5 de enero, entre Chiguaihue y Lolenco.

La teoría de Basilio Urrutia será la que en definitiva se va a aprobar.

2. FORMACIÓN DE LA LÍNEA DEL TRAIQUÉN

Hemos señalado la designación, como ministro de la Guerra, de Cornelio Saavedra en 1878, quien abrirá una nueva era de avance en la Frontera.

La República se hallaba en tranquila posesión de dos tercios de la Araucanía. Los remates de tierra que se habían hecho entre los años 1875-76-77, habían compensado con creces los gastos de la ocupación y el precio por hectárea aumentaba de día en día debido a los progresos que se realizaban y a la seguridad con que se actuaba. Vale la pena recordar que el remate de tierras fiscales de 15 de marzo de 1875 se hizo en unidades de aproximadamente 1.000 ha y el valor mínimo por ha fue de \$ 3.

En julio de 1875, en un 2º remate, se subastaron 53.817 ha de Rucapillán, al Noreste de Angol y algunas hijuelas de las montañas de Curaco, que produjeron \$ 326.153, lo que significó un promedio de \$ 6 por ha.

Entre 1897 y noviembre de 1910, en 8 remates se adjudicaron 1.125.130 ha en un valor total de \$18.790.621 y un promedio de \$ 16.70 la ha.

Más adelante, al tratar expresamente el tema hijuelación y remate de tierras fiscales, presentaré cuadros completos que permitirán una visión del proceso y del valor de la tierra.

El araucano fue demostrando su capacidad de trabajo, lo que fue especialmente notable en los trabajadores ferroviarios. Nos recuerda el contratista Slater que en el ferrocarril San Rosendo-Angol trabajaron más de 400 mapuches.

Todo favorecía la idea de avanzar la ocupación de la Frontera y esta fue acordada conforme con las opiniones de Basilio Urrutia y su cuerpo consultivo, autorizando las medidas necesarias que permitieran llevar la ruta desde el Malleco al Traiguén.

Cornelio Saavedra conocía muy bien a Gregorio Urrutia, que lo acompañó desde un principio en su empresa. Confiaba en su criterio, en su capacidad, en sus condiciones de mando, en su sentido de responsabilidad, en su patriotismo, en su comprensión del mapuche, hombre al que realmente quería y, por lo mismo, fue también muy estimado por ellos. Era frecuente que los mapuches recurrieran a "Don Goyo", en términos familiares, para resolver, incluso, asuntos personales.

El antiguo ayudante y secretario del ministro de 1861, será el comandante encargado de realizar el avance hasta el Traiguén y de ir fundando fuertes en la zona y la ciudad de Traiguén.

Resuelta la ocupación, se señaló como punto de partida de esta nueva operación a Lumaco, donde ejercía su autoridad Gregorio Urrutia, quien decidió su empresa saliendo en dirección a los cerros de Adencul.

Urrutia salió de Lumaco, el 28 de octubre de 1878, al frente de una división de 250 Zapadores, tres piezas de artillería y una ametralladora, a cargo de 38 artilleros y una compañía de cazadores de a caballo. Dejó en Lumaco, al frente de la plaza, al mayor Manuel Villarroel. A 18 km de Lumaco estableció la llamada "Torre del Mirador" y a 6 km de la Torre, el fuerte Leveluán, el 14 de noviembre de 1878.

El 1 de diciembre llegó al lugar donde pondría las bases de Traiguén. El 2 de diciembre comenzó los trabajos del fuerte del mismo nombre en las tierras del cacique Marihual, no muy distante de las antiguas posesiones del cacique Quilapán.

Este fuerte militar fue el principio del pueblo de Traiguén, al poco tiempo floreciente centro urbano y el segundo en importancia después de Angol.

Era necesario ampliar esta línea de ocupación y establecer un punto de apoyo, que sirviera para contener a los arribanos. Con este fin, el comandante de los Zapadores, Urrutia, se adelantó 16 km al este y el 2 de febrero de 1879 principió el establecimiento del Fuerte de Adencul en la ribera norte del Traiguén, en los dominios del que fuera "el célebre Manguil". Aquí dejó como guarnición 70 Zapadores, 25 Cazadores a caballo y 16 Artilleros.

Este avance y fuerte de Adencul deja muy cerca las montañas del Ñielol, que, como lo hemos dicho, son las guaridas de bandidos y un lugar casi inexpugnable de los rebeldes. La destrucción de este peligro va a tener dos momentos en su futuro: el que pondrá término a este fantasma en 1881; y en la gran acción que llevará adelante, contra el bandidaje, Hernán Trizano.

El Cautín les quedaba ahora a solo 15 leguas de distancia.

Quedó incorporada una extensión de más de 100.000 ha de superficie, y el gasto de esta empresa fue poco más de \$ 12.000.

El avance, hasta la llamada línea del Traiguén, lo había realizado don Gregorio Urrutia sin costo de vidas ni para el soldado ni para el mapuche, sin grandes anuncios ni manifestaciones y con el asentimiento, por lo menos tácito, de los bravos araucanos. Se manejó con el tino de un soldado de experiencia

y qué valiosa fue para él la convivencia y el compartir responsabilidades con Cornelio Saavedra. Esa fue su gran escuela, fue la que le enseñó a respetar, en el mapuche, a un hombre tanto o más chileno que sus propios soldados, y además, pensó muchas veces, y así lo manifestó, el derecho que tenían a vivir en lo suyo y con sus costumbres. Nunca usó del engaño para con el mapuche; si bien, cuando jefe militar debía tomar una decisión, no trepidaba en hacer cumplir lo que ordenaba. El mapuche para Urrutia no era un enemigo, era un adversario leal y aun entendía muy bien que, en su condición de pueblo primitivo, tuviera las condiciones de barbarie que mostraba; lo que no toleró jamás que ocurriera con los soldados de su ejército, y con cuanta energía sancionó algunos excesos cometidos por oficiales o soldados.

Como jefe de la unidad de Zapadores, en su avance fue abriendo caminos, construyendo puentes, tendiendo línea telegráfica que dejaba, de inmediato, unidos los fuertes a Angol y, por tanto, en contacto inmediato con el gobierno.

El papel que en estas últimas operaciones de la Araucanía ejercieron la extensión del ferrocarril, el telégrafo, las nuevas armas del ejército, junto con el natural debilitamiento del mapuche por el solo hecho del contacto con la civilización, la población, el comercio, el trabajo remunerado, ya sea en las obras, ya sea en los campos, son elementos en los que se ha pensado muy poco para comprender los efectos tan aparentemente repentinos de la sumisión y sometimiento.

3. LA GUERRA DEL PACÍFICO Y LA FRONTERA

Una interrupción inesperada va a poner un breve compás de espera en la ocupación de la Araucanía.

La República se vio en la necesidad de defender su frontera norte con Bolivia, lo que la conducirá, a pesar de todo el espíritu pacifista que es característico de nuestras relaciones exteriores, a entrar en un conflicto bélico, que conocemos en nuestra historia con el nombre de Guerra del Pacífico; cuyos hechos centenarios se han estado celebrando entre estos mismos años en que Chile ha ido recordando la ocupación de la Frontera, en el primer centenario de la mayor parte de los pueblos que la forman.

Pero, naturalmente, el hecho de la simultaneidad de los acontecimientos que ocurren en el norte, acapara la atención de la República y nada significa lo que ocurre en el interior del territorio, por importante que sea.

¡Cómo van a poder compararse la ocupación de Antofagasta, los combates de Iquique y Angamos, las batallas de Dolores y Pisagua, la batalla de Tacna y Arica, la marcha a Lima y las batallas de Chorrillos y Miraflores con la fundación de Traiguén o Adencul; con la fundación de los fuertes: Quino, Quillén, Lautaro, Pillanlelún o Temuco! Ciertamente la atención está en el norte y aquí, en la Frontera, hay que mantenerse como se pueda. Que durante los años 1879 y 80 se produjeran pequeños salteos, robos, asesinatos, inseguridad en la Frontera, qué importancia tenía, si así se había vivido en Chile desde los tiempos coloniales.

Realmente impresiona en el estudio del siglo XIX de la Historia de Chile, que la ocupación de la Araucanía y su incorporación a la vida y a la ley administrativa de la República, sea un tema al que nuestros historiadores no le hayan dado la importancia que tuvo y que, pasado el conflicto, el entusiasmo de la victoria hiciera que la Frontera pasara inadvertida como un hecho local sin mayor trascendencia.

Esto es tan verdadero, que quienes se den el trabajo de leer estas líneas, no podrán imaginar el esfuerzo de búsqueda de datos y antecedentes, sobre el tema de este estudio, que ha debido hacer quien modestamente, y de seguro con muchas omisiones, se ha entregado por casi 20 años a reunir antecedentes, buscar documentos, leer periódicos, revistas y diarios de esos años, para sacar del olvido la historia de la Frontera, tierra que nuestros abuelos conocieron con ese nombre, lugar de aventuras en donde solo los osados y audaces se introducían.

Repito, es explicable que un acontecimiento quitara interés a otro; pero esto debió ser sólo momentáneo y aun eso no sería justo.

En el momento en que el presidente Aníbal Pinto, el 5 de abril de 1879 declara la Guerra al Perú y Bolivia, ¿qué fuerza militar tenía el país y dónde?

Poco más de 2.500 soldados y, de estos, cerca de 2.000 en la Frontera. Son los mismos hombres que, casi durante 20 años, han estado luchando aquí en la Araucanía. Estos soldados serán la base humana de las unidades, a las que se unirán los reclutas del norte para ir a la guerra.

Declarada la guerra, ¿quién será designado ministro de Guerra y Marina? Basilio Urrutia Vásquez, a quien se retira de la Frontera, para que su experiencia militar la ponga al servicio de la guerra. Gregorio Urrutia Venegas, con sus Zapadores, dejan esta tierra y este último actuará en Chorrillos y Miraflores.

Cornelio Saavedra será organizador de una intendencia de ejército y será quien inicie la ocupación de Lima.

Pedro Lagos, que se formó en la lucha contra Quilapán, en la región de Malleco-Cautín, será quien conquiste el Morro de Arica.

Las fuerzas militares, las unidades Buin, 1° de Línea, batallón 2° de Línea, con su Comandante Eleuterio Ramírez; el 3° de Línea, el 4° de Línea, los Zapadores de a caballo, Regimiento Cazadores a caballo, el Regimiento de Artillería, el Cuerpo de Ingenieros Militares, ¿de dónde salen?

Es la Frontera que se desguarnece para llevarlos a la defensa de la República en el norte.

¿Quién sigue defendiendo y manteniendo la defensa del país? Unidades de los llamados movilizados, civiles sin conocimiento ni de la disciplina militar, ni del manejo de las armas, los que se organizan y toman la defensa y ocupan el lugar de los que van... ¡al norte!

Esta situación fue válida para todo el país. Quien tenía alguna preparación o formación militar, debía incorporarse a las unidades que partían a la guerra. Así fue como se dieron las órdenes respectivas y, antes de septiembre de 1879, no quedó ninguna unidad militar en la Frontera.

Con una rapidez increíble se desarrollaba el fuerte recién fundado de Traiguén, el que pasó a convertirse en el centro principal de acción para someter la Frontera.

Muy luego, incluso la autoridad efectiva, la que realizaba las acciones de reprimir salteos, robos o malones, se movilizaba desde aquí.

El Ejército de Línea fue hasta 1879 el agente principal de la Frontera y es una honra que nadie podrá discutir, que fue el Ejército de Chile el conquistador y pacificador y el que ocupó la Araucanía, hasta dejarla dentro de los límites del Biobío al Traiguén.

En esta larga campaña nunca hubo una nota que manchara su prestigio, bien ganado. La disciplina implantada por sus jefes superiores y por el espíritu propio del ejército fue sostenida por subalternos y no fue alterada.

Cuando estas unidades salieron de la región, nadie podía desconocer que los hombres que salieron de la Araucanía fueron el pequeño cuadro de oficiales y tropa que inculcaron la simiente de la disciplina e instrucción militar a todos los que se incorporaron al ejército por primera vez y partieron a la guerra.

¿Qué ocurría en la Frontera?

Así como el ejército de línea se retiraba, era reemplazado por las unidades que se formaban en la Guardia Nacional, que se ordenó movilizar y que eran civiles que se obligaron a incorporarse al ejército. Algunas de estas unidades también partieron al norte, a medida que se las necesitaba y otras permanecieron en la Frontera.

Los cuerpos movilizados de la Guardia Nacional, que permanecieron en la Frontera, fueron los siguientes:

Batallón Cívico Movilizado de Angol.

Brigada Cívica del Malleco.

Compañía Cívica de Tijeral.

Escuadrón Movilizado Carabineros de la Frontera.

Escuadrón Cívico de Angol.

Compañía Cívica de Arauco.

Este contingente formaba un total de 1.500 plazas.

El gobierno se sintió, como era lógico, plenamente absorbido por el conflicto del norte y ordenó suspender toda nueva actividad en la Frontera y consagrarse solo a mantener lo que se tenía y dar protección a las poblaciones nacientes.

Fue providencial que, durante el año 1879 y hasta mayo de 1880, los indígenas abajinos y arribanos se mantuvieran en armonía y paz con las autoridades locales y en una frecuente y continua comunicación pacífica con los pobladores de las plazas más avanzadas.

En mayo de 1880 se dio una nueva organización a los cuerpos cívicos que guarneían la Frontera, refundiendo las compañías y escuadrones sueltos en los Batallones Angol, Batallón Biobío, de nueva creación, y los Escuadrones Carabineros de la Frontera y Carabineros de Angol.

A pesar de las reducidas fuerzas que están defendiendo esta Frontera, a fines del año 1880, cuando se comprende que está pronto a entrar en enfrentamientos definitivos la Guerra del Pacífico; se debilitan aún más aquellas, pues el gobierno retira el Batallón Biobío y al Escuadrón Carabineros de la Frontera, enviándolos al norte, como manera de reforzar el ejército. La medida era legítima como se verá, pues la Campaña de Lima, con las batallas de Chorrillos y Miraflores, 13 y 15 de enero de 1881, señalan prácticamente la victoria para el Ejército de Chile y solo continuará una presencia cada vez menor del Ejército en el Perú hasta la firma del Tratado de Ancón, en 1884.

La Frontera quedó efectivamente desguarnecida; las unidades movilizadas que reemplazan el ejército de línea no tenían preparación ni disciplina, no tenían armamento o bien no lo sabían usar. Esta situación era visible. Sin embargo, hay que alegrarse que las tribus, viendo esto, como lo hemos dicho, no se inquietaron; hubo como una paz natural, que solo empieza a romperse en la primavera de 1880.

Comenzó en el invierno a susurrarse acerca de reuniones que se hacían en diversos lugares, que se visitaban las tribus arribanas con sus adversarios, las tribus abajinas. Era un comentario corriente que se produciría la paz entre ellas e, incluso, que se unirían para ponerse de acuerdo en una acción común para recuperar todo el antiguo territorio, hasta el mismo Biobío.

Esto sería posible si, como se comentaba entre los mapuches, al Ejército chileno le iba mal en su guerra del norte; en tal caso había que estar preparados.

Esto lo comprendieron muy bien cuando vieron retirarse, hacia el norte, los dos últimos batallones: el Biobío y Carabineros de Angol.

En septiembre de ese año 1880 eran ostensibles los actos de rebelión pequeños, en uno y en otro lugar, hasta dejar la apariencia de cosas o actos aislados de rebelión.

Se repiten con más frecuencia partidas que se movilizan, atacan, roban, matan; tal vez no tanto como pareciera por el comentario, pero los hechos se

repetían y empezaba a producirse el miedo. El trabajador se negaba a salir al trabajo si no tenía defensa, y aun así a veces se producían enfrentamientos.

Había efervescencia y esta crecía. Los mapuches se sentían más soberbios y capaces, como si de pronto resucitara en ellos su espíritu de guerra y de independencia. En cambio, en los pueblos de la línea de Frontera y en los pequeños fuertes, ocurría el fenómeno contrario, aquel que nace “del miedo que más miedo da”.

Entre muchos actos de este momento histórico, vale la pena transcribir lo que narra Tomás Guevara en su Historia de la Civilización Araucana (Tomo III, pág. 444).

“Un hecho típico, que tuvo alguna influencia en los sucesos de esta época, dará a conocer el sistema represivo practicado por autoridades i particulares”.

“A mediados de 1880 las correrías de los indios se habían hecho frecuentes i atrevidas. Una partida de merodeadores de la reducción del temido cacique Melin de Lilpulli, cerca de Sauces alcanzó hasta Huequén i robó algunos animales al propietario Bernardo Concha. Fuese éste con tropa de la guarnición de Angol a la vivienda de Melin i lo notificó de orden de la Comandancia de armas para que concurriese allí con varios de sus deudos. Hízolo así el cacique sin sospechar, contra su habitual suspicacia, que se le tendía un lazo. En efecto, después de haber recorrido parte del camino de Sauces a Angol, la comitiva se detuvo, Concha ordenó que se bajara Melin i sus deudos i que se hiciera fuego sobre ellos. Sólo uno escapó de la matanza por haberse fugado precipitadamente”.

“Melin tenía un hijo llamado Alejo, que era escribiente e intérprete de la gobernación. Había estudiado en la normal de preceptores de Santiago i rejentado escuelas en la Frontera. Cuando supo el fin trágico de su padre, profirió algunas amenazas en la misma oficina de la gobernación i solicitó permiso para ir a recojer el cadáver con un mocetón de su casa, portador de la triste noticia.”

“Entregáronle tres soldados para que lo acompañaran. A unos pocos kilómetros al sur de Angol, en un lugar llamado por los indios Vudulcura, (montón de piedras), los soldados, obedeciendo a instrucciones que habían recibido al salir, dieron la voz de ‘¡fuego!’ Alejo Melin i el mocetón cayeron muertos.”

“Excitáronse los ánimos en las tribus abajinas con estas inútiles i sangrientas ultimaciones, ejecutadas acaso como medidas preventivas.”

Estas represiones y torpes castigos, lo único que producían era levantar más el ánimo araucano que, decaído por un período de paz, vuelve a encontrarse con su pasado de rebelión y valentía.

Los malones y robos se suceden con más frecuencia al finalizar 1880 y ya no solo son golpes de audacia en los campos; empiezan a hacerse presentes en las mismas vecindades de los fuertes.

Un grupo de mapuches de la zona de Cholchol asoló en todas direcciones campos vecinos a Los Sauces destruyendo viviendas, matando a los trabajadores y chilenos en general que no lograron huir a tiempo y arrearon hacia sus tierras, todo el ganado que lograron juntar. En el archivo militar del Ejército del sur al dar cuenta de esta acción, señala que los vecinos más perjudicados fueron los propietarios De la Maza, Cortés y Manríquez.

Este dato nos permite encontrar antecedentes de personas que vivieron, desde el inicio de la ocupación, en estas tierras de la Araucanía y cuyos descendientes hoy siguen incorporados al trabajo agrícola de la Frontera.

La información se refiere a los vecinos Rómulo de la Maza y Andrés Manríquez, que comenzaron a ser propietarios participando en los primeros remates de tierra que se efectuaron en la parte norte de Malleco.

El jefe militar de Angol en este fin de año era Hipólito Beauchemin, quien, el 29 de diciembre de 1880 imparte instrucciones acerca de cómo actuar en las emergencias.

Así, indica que deben constituirse partidas volantes que vigilen y recorran los campos que indica: Huequén, Cangulo, Chiguaihue y Choquechoque y lleguen hasta Quechereguas, si es posible, y que estas vigilancias se hagan por servicios de piquetes compuestos de un oficial y 30 individuos de tropa, de manera que mientras unos van hacia el interior, los del interior vuelvan; unas veces por un sendero y otras por otro. Lo que interesa a Beauchemin es que los mapuches los vean en actividad y sepan que están precavidas las fuerzas.

Advierte el jefe militar que los propietarios Rómulo de la Maza y Andrés Manríquez se han comprometido a proporcionar, a estos grupos, personas prácticas, conocedoras del terreno que recorrerán y además los víveres necesarios, para lo cual los jefes de estos piquetes volantes se podrán en contacto con ellos.

Al comenzar el año 1881 fermentaba en la Araucanía una rebelión general. El compromiso de levantamiento y de guerra se había corrido y comprometido a todas las tribus. Impulsaba esta actitud la noticia de la guerra, que se exageraba entre los mapuches por bandidos y por desertores que los hacían creer en grandes pérdidas para Chile en la guerra y en la imposibilidad de recibir refuerzo alguno del norte del país. Felizmente, para la obra de la ocupación, la situación iba a ser exactamente al revés, ya que Chorrillos y Miradores, en enero de 1881, abrían las puertas de Lima y comenzarían a regresar algunas unidades y otras que estaban para partir se quedaron en el país y volverán muy pronto a la Frontera.

Los caciques de las tribus de los Andes a Nahuelbuta y del Malleco al Toltén se preparaban a romper hostilidades y aun tenían un plan que significaba atacar simultáneamente toda la Frontera desde el Malleco al sur y hacia la costa, para, en una segunda etapa, todas unidas atacar hasta el Biobío, lo que si se hubiera logrado era como volver a "cero", volver al principio, iniciar otra vez la conquista de la Araucanía, como lo hicieron Valdivia, García Hurtado de Mendoza, Alonso de Rivera, Alonso de Sotomayor, Francisco López de Zúñiga, Saavedra, etc.

Fue un hecho muy favorable para las débiles fuerzas chilenas de la Araucanía que, entre los mapuches en esta hora, no surgiera un caudillo como Mariluan, Mangil, Montri o Quilapán, que les diera una fuerte y eficiente unidad en el mando.

Lo que tenían en esta oportunidad era un acuerdo unánime, pero sin unidad de dirección. En el último de sus heroicos levantamientos iban a sostener una desesperada lucha de escaramuzas, de hostilidades incesantes de los bandos dispersos, que se movían de un punto a otro con gran rapidez.

Los caciques que actuarían con más prontitud eran los inmediatos a las guarniciones: Marihual, Pichunlao, Huenchecal, Epulco, que era hermano de Quilapán, Marileo. Los ataques se concentrarían en este primer esfuerzo contra Traiguén, Adencul, Lumaco, Purén y Los Sauces.

4. EL AÑO 1881 EN LA FRONTERA

Las noticias de los éxitos de Chorrillos y Miraflores se empezaron a divulgar por todo el país después del 18 de enero. Pero en el campo mapuche, principalmente algunos “movilizados desertores”, y otros fugados de la justicia, insistieron en señalar que frente a los fracasos del ejército había que actuar rápida e inmediatamente. “Ahora o nunca” fue la consigna. Así iniciaron la rebelión, felizmente en forma desordenada por falta de una dirección.

El 26 de enero de 1881 cayó en poder de la guarnición de Traiguén un mapuche que andaba robando caballos. Temeroso de ser fusilado reveló el próximo e inmediato levantamiento de todas las tribus, a don Pascual Cid, jefe militar de la plaza de Traiguén y comandante del Escuadrón Nacimiento.

Tan inmediato era el levantamiento que el día 27 de enero un grupo de unos 60 mapuches cayó sobre quienes sacaban la caballada a pastar en las afueras de Traiguén. Un centinela apostado en las colinas pereció en la arremetida, otros huyeron y la caballada retrocedió al fuerte guiada por sus cuidadores.

El vecindario de la villa se alarmó por el estrépito y los soldados tomaron sus armas.

Al instante salieron a perseguir a los asaltantes, 50 infantes y 30 jinetes. Los indios retrocedieron, pero sin premura, poco a poco, como desafiando. El comandante Cid, sospechando una posible emboscada, ordenó que hicieran alto, no se precipitasen, y aún más, que esperaran el asalto.

Largo rato permanecieron frente a frente, se observaban y median; Cid dispuso que los jinetes regresaran al pueblo. Pero al mismo tiempo, haciendo uso del telégrafo que lo unía con otros fuertes y a Angol daba aviso del levantamiento y así quedaron alerta: Adencul, Los sauces, Lumaco, Purén y Angol.

Luego que se retiraron los infantes y jinetes aparecieron, por diversos puntos de los alrededores de Traiguén, partidas mapuches que avanzaban resueltamente. Una de estas, como de unas 100 lanzas, penetró en las calles del pueblo y trabó pelea con los 30 jinetes, que fueron rápidamente reforzados con la infantería.

Nuevamente simulan los escuadrones mapuches retirarse, pero para caer por otro costado, que les permitió llegar hasta la manzana donde había ya una plaza en diseño y formación. El fuego de infantería los detuvo. Sitiados y sitiadores se medían. Unos con una pequeña seguridad en el poder de sus armas; los sitiadores, optimistas con la seguridad de su número.

Los sitiadores comprendieron que por ese momento ya sus esfuerzos de sorpresa eran inútiles y abandonaron el sitio para dirigirse contra el pequeño fuerte de Adencul y Los Sauces; antes de retirarse quemaron algunas casas en las afueras del poblado y en los campos, además de algunas sementeras.

No les fue posible apoderarse de nada; habían bastado horas para poner en guardia a todos los fuertes y poblados. A medida que marchaban y pasaban las horas, aumentaban sus filas, pero a su vez los fuertes les presentaron una enérgica resistencia, no esperada por ellos.

Invadieron con desorden la línea del Malleco por Collipulli y Curaco; pero los respectivos destacamentos los rechazaron ocasionándoles grandes pérdidas.

El asalto a Traiguén había producido una gran inquietud en la Frontera y, por otra parte, se había llegado a la paralización del envío de fuerzas de reserva al Perú, dadas las victorias de Chorrillos y Miraflores y la ocupación de Lima. Ambos hechos decidieron a Pinto y a sus ministros a concluir definitivamente el sometimiento y ocupación de la Araucanía.

Esta decisión determinó al gobierno a ponerse al frente de una división que debía organizar para no solo afianzar la línea del Traiguén, sino para llegar a algo más importante: ocupar la línea del Cautín.

Esta decisión se tomó y se puso en práctica. A los pocos días, estuvo lista una división de 1.746 hombres, que eran los que componían las siguientes unidades, con sus respectivos comandantes.

Batallón movilizado Biobío, comandante Evaristo Marín, con 413 hombres.

Batallón Movilizado Ñuble, comandante don Manuel Contreras Solar, 873 hombres.

Escuadrón Carabineros de Angol, comandante Manuel Modesto Ruminot, 236 hombres.

Escuadrón Carabineros de la Frontera, comandante Pedro Cárter, con 224 hombres.

Podemos deducir la diligencia gubernativa cuando vemos que el 28 de enero arribó a Angol el ministro del Interior Manuel Recabarren.

Sin pérdida de tiempo inició la organización de una división de 2.000 hombres.

Encargó el mando de la infantería al coronel de Ejército don Evaristo Marín, y el mando de la Caballería a Pedro Cárter.

Las unidades que llegaron a Angol tuvieron pequeñas modificaciones en los comandantes de las unidades, por las responsabilidades que tomó el Estado Mayor del Ejército que encabezaba el señor ministro.

El Batallón Biobío quedó al mando del teniente coronel José Manuel Garzo, el Batallón de Angol al mando del teniente coronel Alejandro Larenas. Además designó como jefe del Estado Mayor al teniente coronel Manuel Modesto Ruminot, a quien le servían de ayudantes don Higinio José Nieto y Juan Nicolás Ossa.

Desde el momento que llegó a Angol trató de informarse, lo mejor posible, de la situación existente y sobre todo de la región. El conocimiento de esta última, sobre todo en la línea del valle central, era prácticamente nulo, las informaciones recibidas de los conocedores no coincidían, sobre todo en lo que se refiere a camino, distancia, obstáculos para el avance, que se quiere hacer desde Traiguén al Cautín; pero no por el borde de la cordillera de Nahuelbuta, sino hacia un lugar en el centro del valle y del río Cautín, un lugar que fuera lo que Collipulli era en la línea del Malleco.

Para ese objetivo la división debía hacer un recorrido que, saliendo de Traiguén, se dirigiera hacia el sureste. Datos concretos fieles no obtuvo y confió en el miembro de la comisión topográfica Teodoro Schmidt, natural de Darmstadt, Alemania, que había llegado a Chile en 1858 y que como Ingeniero topógrafo había prestado valiosos servicios. Él confeccionará, con los datos que logrará reunir, el plano del camino que se debía seguir, y la posible ubicación de los fuertes que debían fundarse en la nueva línea o en el camino para llegar a ella.

Angol fue un centro de acción y concentración de acciones y trabajos muy importantes; pero la organización definitiva de las fuerzas que van a actuar

se centralizó en Traiguén, donde se instalaron el ministro y el Estado Mayor, con sus cabezas: Ruminot, Marín y Carter.

Mover a este ejército de 2.000 hombres, iniciado febrero, avanzar, abrir camino, aprovisionarse de alimentos y de todo recurso, donde no había nada, suponía una organización muy grande, de la que carecía hasta esa fecha el ejército del sur.

Buscando en Angol quien pudiera asumir esta responsabilidad, se encontró la formidable personalidad de un hombre de acción y empresa como pocos: José Bunster Bunster.

Se podía decir que lo que Ossa fue en el salitre, Urmeneta en el cobre, Cousiño en el carbón, fue Bunster en la Araucanía.

El ministro Recabarren se formó una idea completa de lo que había que hacer. Lo primero era avanzar con una fuerza cuya sola presencia alejara toda posible resistencia; ir ubicando partes de ella en el trayecto, a distancias tales que pudieran ayudarse; pero también dejando puestos que fueran capaces, por sus soldados y armas, de defenderse.

Hemos visto fuertes que dejaban, en medio del territorio, con 6, 12 ó 10 hombres. No, ahora; los lugares que se fundan quedan, como mínimo con 100 hombres, pero para ello hay que disponer de herramientas, maderas, zinc, alimentos, vestuario y abrigo, no sólo de vestimenta sino para dormir. Si el soldado carece de un cierto mínimo de comodidad, no se le puede pedir que rinda lo que él puede efectivamente.

No se trata de dejar hombres en determinados puntos estratégicos; hay que instalarlos, construir cuarteles, caballerizas, bodegas o galpones para almacenar comida para el soldado, forraje para los caballos, enfermería, etc. En dos meses más estará cayendo el otoño sobre estos hombres y lugares, lluvias torrenciales impedirán la comunicación, pues no hay caminos; al marchar, a lo más van abriendo una senda, derribando árboles para avanzar; con puentes improvisados atravesar quebradas y esteros que en el invierno serán torrentes. ¿Cómo trasladar todo esto y dónde encontrar todo lo que se necesita?

Esa fue la tarea de Bunster.

Pero el ministro quería obtener, en este viaje, alguna apreciación sobre los nuevos ferrocarriles que este avance requeriría y que deberían conectarse, en el sur, con Valdivia, Osorno y Puerto Montt.

Para este objeto el ingeniero Eugenio Poisson irá considerando esta tarea, en la que contará con la ayuda de Teodoro Schmidt.

Los acompañan además el que fuera secretario del general Basilio Urrutia, don Beltrán Mathieu; el intendente del Ejército de Chile, cargo recién creado con motivo de la Guerra del norte, cuyo principal jefe fue Matías Rioseco, y un hombre para la atención de la salud, cirujano Pedro Barros.

Bunster venía acompañado de su hijo José Onofre. Para trasladar y atender todo esto, se necesitaba una cantidad que se estimó, en un principio, en más de 1.000 carretas; pero al final la expedición contó con un equipo de 336 carretas que le llegaron a Bunster desde Concepción, Chillán, Biobío a Angol por vía férrea, reunidas en las provincias por los intendentes. Cada una se contaba que debía tener por lo menos dos yuntas, lo que significa 4 bueyes por carreta, o sea, para este efecto 1.400 bueyes.

Los había en el país, pero estaban siendo ocupados en pleno en esta etapa del año, sobre todo en las cosechas de trigo en diversas faenas agrícolas.

El 8 de febrero partió el equipo de carretas, con los elementos mínimos necesarios, desde Angol a Traiguén.

Es de imaginar lo que debe haber sido esa larga fila de carretas. Si señaláramos un espacio de unos 10 metros por cada una, como mínimo, entre su yunta y la carreta misma, tendríamos una columna de 3.360 metros, una línea de 3,5 km. Muchas veces para pasar hacían caer los árboles que cortaban al ir abriendo camino, en forma longitudinal; a las carretas les sacaban las ruedas y las colocaban con su carga, sobre los árboles volteados y los bueyes las arrastraban por sobre los troncos.

¡Qué aventura debe haber sido este avance! Hay veces en que incluso la imaginación no es capaz de reproducir lo que efectivamente fue.

El día 12 de febrero se adelantó, saliendo de Traiguén en dirección sureste, un primer grupo de unos 300 hombres de caballería, seguidos del resto de la división, hasta encontrarse con el río Quino y, recorriendo su orilla, buscaron un lugar donde fundar el primer fuerte. Muchos quisieron que se le llamara fuerte Recabarren, a lo que se opuso terminantemente el ministro,

y le llamaron Quino; es el actual "Quino". Los soldados se transformaron en trabajadores; con palas, picotas, chuzos y rozones limpiaron el terreno y construyeron un foso alrededor del sitio escogido, para montar el cuartel que sería la vivienda por algunos años del grupo de soldados que se dejó en el lugar. El trabajo de las hachas fue inmenso, pero la calidad de las recibidas fue tan mala, que el 13 de febrero se pedía a Concepción una gran partida que llegó al lugar de Quino el 25, y de allí se enviaron a alcanzar la división que se adelantaba. En el primer fuerte dejó el ministro 245 hombres que trabajaban en la construcción del foso que rodearía el cuartel, galpones y bodegas. Quino se ha fundado el 13 de febrero; el 15 siguieron su marcha y llegaron el 16 a la orilla norte del Quillén, fundándose aquí otro fuerte, seguramente en el lugar en que hoy se encuentra la estación del mismo nombre, un poco al norte de Lautaro. Aquí el mismo trabajo, y el 16 se fundó el segundo fuerte, donde, como en Quino, se dejaron 245 hombres. Tanto en Quino como en Quillén las guarniciones están formadas por 225 hombres del Regimiento Ñuble y 20 Carabineros de la Frontera.

Establecido el fuerte de Quillén, se continuó la marcha al sur, al encuentro del Cautín. Tomaron el camino llamado, por los indígenas del lugar, "El Saco". "Después de algunas dificultades que tuvimos que vencer para abrirnos paso en el bosque y reparar la senda habilitándola para el paso de las carretas, llegamos a las orillas del Cautín en la mañana del mismo día... bajamos hacia el sur por la orilla derecha del río hasta encontrar una excelente posición, sobre la barranca, que en esta parte tiene cerca de 12 metros de altura. Aquí quedábamos a dos y media legua de Quillén, frente a la ubicación que tenían los indios más alzados que vivían en zona de "Loncoche Plom"⁶⁴.

Esto ocurría el 18 de febrero y en este lugar se colocaron las bases del primer fuerte a la orilla de este río, la actual ciudad de Lautaro. Se dejó aquí una guarnición compuesta por 200 hombres del Ñuble, bajo la autoridad de la Plana Mayor de este Regimiento, con su comandante Manuel Contreras Solar.

El 21, se dejó el fuerte "Aníbal Pinto", nombre con el que fue bautizado Lautaro. Luego, por disposición del mismo Presidente, se le cambió nombre,

64 Informe del ministro Recabarren al Presidente de la República a su regreso a Santiago; fechado 9 de marzo de 1881.

dándole el que hoy tiene, a lo que ya no es un fuerte, sino una progresista ciudad, que se desarrolla como en tres cuerpos paralelos, de oriente a poniente; el primero entre las colinas o cerros por donde pasan la carretera longitudinal y la línea férrea, que atraviesa en sentido norte-sur a Lautaro; por el medio de la ciudad, la segunda sección, entre la línea y el río, y la tercera, lo que se llama hoy día Ultra-Cautín, al oriente del río.

Como ya señalamos, instalada la unidad e iniciados los trabajos de defensa y construcción de cuarteles y galpones, continuó la expedición rumbo al sur, orillando el río, hasta un llano amplio, las tierras del cacique Carilao, donde se levantó en un lugar muy semejante a Lautaro, un fuerte: Pillanlelbún.

Se detuvieron aquí dos días y el 23 continuó la expedición hasta el lugar que los mapuches llamaban Temuco, al sur de la cordillera del Nielol.

La expedición acampó esa noche, posiblemente, en la parte del actual Pueblo Nuevo, donde se encuentra la Maestranza de los Ferrocarriles. Un amplio lugar que tenía abundante vegetación del tipo parque; esto es gran cantidad de árboles: robles, raulíes, coigües, ulmos, laureles, con claros de pastos abundantes y numerosas pequeñas aguadas que corrían hacia el río.

Al aclarar del 24, la expedición, compuesta a esta altura de unos 1.000 hombres, avanzó hasta el Cautín, que en este lugar, viniendo en una clara dirección norte-sur, tuerce sus aguas directamente oriente-poniente para continuar esta dirección prácticamente hasta la actual Carahue, donde, en una nueva variante al encontrarse con las últimas estribaciones del sur del Nahuelbuta, toma nuevamente dirección norte-sur para ir a entregar sus aguas al Pacífico en el lugar que se conoció por mucho tiempo como Imperial bajo, actual Puerto Saavedra.

El Ejército, con Manuel Recabarren, van a poner término a esta expedición y frente a la isla que forman los brazos del Cautín, en el lugar del actual Regimiento Tucapel, se pusieron las bases para un fuerte y cuartel de proporciones, defendido al sur por las aguas del Cautín y al poniente por una notable barranca por donde bajaba un estero, en la parte de la calle Lagos.

Este cuartel se extendió inicialmente entre Prat y Lagos, como en 400 metros, con frente a lo que es hoy la calle O'Higgins, que pasa frente al Regimiento Tucapel.

El mismo día se acercaron a Recabarren, al campamento, unos 60 caciques, acompañados por unos 500 mocetones. Entre los caciques que menciona Horacio Lara, en su "Crónica de la Araucanía", editada en 1889, figuran los nombres de Antonio Coñuepán y Francisco Paillal, cacique de la zona del Cautín y de Cholchol. Los indígenas han seguido paso a paso la expedición; ahora reaccionan y se presentan señores de su tierra. Estos lugares, a juzgar por las informaciones, nunca habían sido pisados ni por el español ni por el chileno después de la Independencia. En cierto modo es descubrimiento y conquista. Los españoles por el lado de Carahue, la vieja Imperial del siglo XVI, habían pasado al sur de este río y habían avanzado por la orilla sur del Imperial, que toma este nombre desde el momento que se juntan en un solo caudal, las aguas del Cautín y del Cholchol, un poco al poniente de la actual Nueva Imperial.

Los españoles, al sur del Cautín, habían fundado el fuerte de Boroa, en el lugar de la actual misión de Boroa y desde allí tuvieron trato con las tribus de Maquehua. Pero Boroa había sido eliminada en la sublevación de mediados del siglo XVII; resistió un sitio de 13 meses y, en marzo de 1616, fue liberada por un cuerpo del Ejército español; abandonada, fue quemada y destruida.

¿Qué plantearon en esta entrevista los caciques? Muy derechamente le manifiestan al "Sr. Gobierno", así designan a la autoridad oficial, que es de conveniencia mutua que no prosigan invadiendo sus tierras, ni fundar pueblos en ellas.

Recabarren no tomó en cuenta esta petición y advertencia. El mismo día 24 hizo trazar en el terreno la planta de la fortaleza más importante de cuantas hasta aquí habían instalado.

La visión del ministro fue exacta. Pensó que este fuerte, Temuco, debía convertirse a poco andar en el centro militar más importante en la terminación de la conquista y ocupación de la Araucanía, y así fue.

Se trabajó en el levantamiento de fosos y cuarteles con febril actividad. Mientras unos construían y hacían madera de los mismos árboles del lugar, otros, arma al brazo, defendían lo hecho, pues los mapuches empezaron, desde el momento que vieron desoídas sus peticiones, a hostilizar el campamento, presentándose en numerosos partidos, o asaltando las caballadas. Los del Ñielol, encabezados por Carinao y Melín fueron los más belicosos.

Recabarren encargó al topógrafo Teodoro Schmidt delinear dos calles que, partiendo del Regimiento, tuvieran la dirección norte-sur; son las actuales Arturo Prat y Benjamín Vicuña Mackenna; igualmente proyectó el trazo de las calles O'Higgins y San Martín, pasando la primera frente al cuartel en dirección poniente. La primera manzana frente al fuerte sería destinada a plaza, que recordará siempre al fundador de esta ciudad: "Plaza Manuel Recabarren", que inicialmente fue la plaza principal. La ciudad se desarrolló de sur a norte, partiendo del Regimiento.

Dos meses después, en el mes de mayo, el fuerte era una villa que se desarrollaba y crecía fuera de toda proporción.

El fuerte, inicialmente, quedó bajo el mando de Evaristo Marín, pero ya en mayo era reemplazado por Pedro Carter, hombre de talento infatigable.

Un informe del intendente del Ejército, Matías Rioseco, al Ministro de la Guerra, le informa con fecha 1 de mayo de 1881.

Así dice: Se ha delineado la población al norte y oriente del Cuartel en manzanas de 100 metros por lado, con calles de 20 metros de ancho. El frente a la plaza, de la manzana que queda al poniente, o sea entre Vicuña Mackenna y Lagos, San Martín y O'Higgins se destinó para Iglesia Parroquial y el edificio consistorial.

Hay entregados 20 sitios, la mayor parte a particulares y todos están cerrados, varios tienen ranchos y los demás deben construirlos pronto". En la fecha de su visita, que debe haber sido a mediados de abril, ya que su informe lo fecha en Angol a 1 de mayo, agrega que están por entregar diez sitios más y que ha sido desmontada una considerable extensión. "Esto era indispensable pues necesitaban para su construcción y sobre todo para la amplia visión desde el cuartel un campo abierto y despejado.

Temuco como Ud. ve adelanta rápidamente. A juzgar, por la feracidad de su suelo y por su proximidad a reducciones muy ricas, llegará un día, y no parece lejano, en que se asiente ahí una población floreciente.

Con razón Tomás Guevara, en su Historia de la Civilización de Araucanía, tantas veces citada, publicada en los Anales de la Universidad de Chile, entre los años 1898 a 1901, dice: "en los años siguientes a su fundación completó su planta y adquirió el notable desarrollo que le ha dado el primer puesto entre las ciudades que se levantan al sur del Biobío".

Es sorprendente el desarrollo de esta ciudad que, según informe demográfico de la CEPAL, es la ciudad de más alto desarrollo demográfico en la década de 1970-1980. Es una realidad que se ha impuesto. Curiosamente se planifican obras o servicios para la ciudad, se llevan a efecto con visión y proyección de futuro y cuando se ponen en uso ya quedan pequeños. Cuando en los años 1930 se construía el Liceo de Hombres de la ciudad, se pensó que los cuatro primeros pabellones serían una construcción que satisfaría las necesidades escolares hasta 1960. En 1960 ya había 8 pabellones y, además, las salas se habían dividido para dar cabida a la demanda. ¡Qué decir del hospital, escuelas, poblaciones!

El desarrollo de Temuco ha sido y es espectacular.

En el fuerte de Temuco quedaron alrededor de 800 hombres. El ministro estimó cumplida su misión y regresó por el mismo camino, para ver cómo progresaban los adelantos de los lugares fundados y conocer sus necesidades para enfrentar el próximo invierno. Se detuvo un día en Traiguén para ordenar algunas materias, y el día 2 de marzo llegaba a Angol y de aquí se trasladó a Santiago. En poco más de 20 días había organizado la expedición, la había realizado y volvía a su trabajo.

Se dedicó a preparar su largo informe, en el que detalla tantas alternativas y da sugerencias para su futuro, que se constituye en un documento indispensable para el conocimiento de los hechos en que él mismo fue protagonista.

Sin duda, este informe es la primera pieza documental de esta etapa de la ocupación que significó avanzar hasta formar la línea del Cautín.

Los distintos grupos diseminados en este sector quedaron inmediatamente unidos por el telégrafo, entre los fuertes y Traiguén y por lo tanto con Angol y todo Chile; pero lo importante era la comunicación entre los fuertes para su ayuda.

A medida que se fueron creando fuertes, quedaba libre un número de carretas y el proveedor Bunster organizó un sistema permanente de ida y regreso de carretas, para ir proveyendo de todo lo necesario a los grupos distribuidos en esta zona llena de peligros y de dificultades humanas, de clima y de abandono. Cada grupo de carretas que se movilizaba hacia Traiguén o hacia Temuco e intermedios, iba acompañado de fuertes escoltas y siempre

alertas, condición que fue necesaria en este sector, por lo menos durante todo el año 1881 y en parte del siguiente.

Cada vez se mejoraba y corregía la ruta y se construían puentes sobre esteros y ríos, que hacían que esta unión fuera más fácil y, por lo tanto, más rápida. Por otra parte, terminada la cosecha agrícola de la región de Traiguén, fue mayor el número de carretas que se pudo usar; muy pronto se desencadenaría el invierno y los caminos no podrían ser utilizados ni por carretas.

El cuidado era permanente, pues el mapuche no se conformaba con la ocupación de su tierra y sentía perdida su libertad.

No estaba en condiciones de emprender ataques serios contra ninguna unidad, pero estaba atento para aprovechar cualquier situación favorable para ataques aislados en las cercanías de los fuertes o ataques a los convoyes en tránsito.

Fue especialmente triste y dolorosa la sorpresa que sufrió el convoy de 20 carretas que salieron de Temuco a Lumaco, para llevar a Angol a soldados heridos o enfermos. Iban 98 soldados, los indígenas del Ñielol los sorprendieron y en la refriega murieron los 98 enfermos, los 20 carreteros y los practicantes Manuel Gavilán y Policiano Peña. No hay mención de soldados que murieran o defendieran; sorprende la falta de previsión del comandante Marín, que, ciertamente por falta de experiencia o exceso de confianza, con esta omisión de una escolta permitió indirectamente que se produjera esta desgracia, que, por el número de víctimas, es el hecho más desgraciado del avance hacia el Cautín, incluso hasta la pacificación.

Muy dura fue la lección, pero no va a repetirse porque, de inmediato, se dieron las instrucciones sobre cómo debían hacerse estos viajes.

Señalamos, a continuación, hechos de estos primeros días que muestran la decisión del mapuche.

El 27 de febrero a las 9 de la mañana, en una partida, más de 600 indios intentaron rodear el fuerte de Temuco, lo que no consiguieron y tuvieron que retirarse con pérdidas importantes de vidas. Este mismo día ocurría el ataque al convoy de los enfermos que ya comentamos.

El 9 de marzo, un grupo de indios asaltaba la caballada y se robaba cuarenta animales vacunos. En este asalto actuaron dirigidos por los caciques

Manchiqueo y Cayunao y tuvieron bajas personales; no se perdió ningún soldado. Hay que tener presente que entre las armas que empezaba a usar el soldado había ya algunas ametralladoras, que serían, en cuanto arma, un elemento definitivo que haría rápidamente deponer la resistencia.

El 10 de marzo volvían a atacar, ahora en número superior a 700 hombres. Los combatió Pedro Carter, en carácter de comandante, con la 3ª Compañía del Batallón Biobío, al mando de los capitanes Enrique Silva y Caupolicán Santa Cruz.

Los convoyes van y vienen; alimento, herramientas, clavos, zinc, armas, vestuario, botiquines provistos de elementos sanitarios indispensables, se despachaban desde Traiguén, donde era jefe de Farmacia el farmacéutico Eduardo Gerlach, que pronto sería trasladado a Temuco. Este profesional se instaló en Temuco, donde formó su familia. El apreciado doctor Roberto Abarzúa Gerlach es nieto de este profesional.

Se van sucediendo los días y el inteligente y activo trabajo del soldado que es obrero a la vez, carpintero, albañil, gásfiter, va preparando con urgencia, sin más horario que la luz, las construcciones que permitirán defender el cuartel, sus vidas, animales, y a los vecinos que se están instalando fuera del cuartel, en las manzanas que se trazan.

Matías Rioseco, intendente del Ejército del Sur, que acompañó a Recabarren y volvió con él a Angol, se preocupaba, en contacto con José Bunster, de atender y despachar los elementos requeridos a Traiguén, desde donde salían para los distintos lugares.

Interesantísimo para conocer lo que se hacía, es el informe de Rioseco al señor ministro de la Guerra, fechado el 1 de mayo de 1881, en Angol.

No se contentó con el conocimiento adquirido en la expedición; en abril estaba recorriendo todos los fuertes y constatando sus progresos y sus necesidades.

En su marcha, se dirigió primero al más distante. Ha pasado solo poco más de mes y medio, desde el día que se tomó posesión del lugar, donde se iban levantando, simultáneamente, el cuartel y el futuro Temuco.

Nos dice: "En el interior del recinto, cuyos fosos están ya concluidos, hay construidos tres galpones con techo de paja, con paredes empalizadas de 30 varas de largo cada una y 7 de ancho (25 m por 6 m) En el centro, un bonito

edificio de madera con techo de zinc, dividido en habitaciones para el jefe militar, oficiales y oficinas”.

“Un rancho para la guardia de 12 m por 6 m. Una pequeña botica, garita para los centinelas. En construcción, un galpón para la compañía del Arauco y otro para almacén. En el patio, al oriente del cuartel, se ha construido un galpón con dos corredores, que sirve a la tropa de caballería y de almacén provisional para la Intendencia del Ejército. En construcción otro edificio para piezas de los oficiales del Escuadrón de Carabineros. Se construye asimismo otro de 60 m por 12 de ancho, con segundo piso para depósito de forraje para la caballada. Hay patio con dos corrales, para vacunos y caballares, separados entre sí por cerca de tranqueras”.

Es una obra que se realiza porque, junto a la voluntad del soldado, está la del hombre que lucha por vivir en condiciones tales que pueda servir mejor.

Pasa a Pillanlelbún, donde encuentra ya terminados tres galpones de diez metros por cuatro, para la tropa y otro pequeño para la tropa de caballería. Fuera del cuartel hay unos cuarenta ranchos, donde viven las esposas de los soldados y particulares que diariamente comercian con los indios que vienen a vender bueyes, gallinas, huevos, cerdos, y otros productos. Al frente de este cuartel está ejerciendo el mando el mayor Marchant, que con habilidad y tino ha logrado atraerse la amistad de sus vecinos.

De Lautaro dice Matías Rioseco en su informe: “Aquí hay terminados los siguientes trabajos: un galpón de paja y techo de zinc y carpa para la tropa de 22 m por 6 m. Tres galpones más de paja, con techo de zinc, de 38 m por 6 m, 15 por 6 m y 10 por 6 m respectivamente”.

“Otro para almacén del cuerpo y de la Intendencia del ejército de 22 mt por 6 m. Todos muy bien construidos y son bastante espaciosos como para dar cabida a mayor número de tropa que la que actualmente lo ocupa”.

“Se ha labrado y aserrado gran cantidad de madera: tablas, tablones y se han desmontado como 4 ó 5 cuadras a la redonda del cuartel. El comandante de la Unidad, Manuel Contreras Solar ayudado eficazmente por sus oficiales trabaja por hacer de Lautaro un fuerte inexpugnable”.

El informe sobre Quillén y Quino es parecido a los dos últimos señalados. Terminadas las construcciones provisorias y suspendido, hasta pasado el invierno, el trabajo de las definitivas, entretanto se trabaja, a medida que el tiempo lo permite, en ir preparando la madera necesaria para futuras construcciones.

En Quino había quedado como comandante Bonifacio Burgos, que luego Evaristo Marín llamó para servir en Temuco. Quedó bajo el mando accidental del teniente del Ñuble Polidoro Sáez.

5. GREGORIO URRUTIA VENEGAS NUEVAMENTE EN LA FRONTERA

El coronel Gregorio Urrutia que, con motivo de la Guerra en el Norte, partió con la mayor parte de los oficiales y actuó en los hechos de enero de 1881 en Perú, era, de todos los oficiales chilenos, junto con Cornelio Saavedra los mejores dotados, dados sus conocimientos para asumir las responsabilidades de esta guerra y avance y ocupación de la Araucanía.

Cuando el presidente Pinto pidió a su ministro del Interior, Recabarren, que se hiciera cargo personalmente de hacer frente a la sublevación mapuche que puso en peligro lo constituido con tanto sacrificio, y hemos visto cómo su diligencia, rapidez y decisión transformó la inseguridad, en seguridad plena, se tenía muy clara conciencia que esta acción personal del ministro en el terreno iba a ser una acción muy temporal.

Por eso el gobierno, después de la ocupación de Lima, acordó llamar al coronel Urrutia, para que volviera con urgencia a Chile a asumir la Dirección del Ejército del sur o de la Frontera y fuera la autoridad máxima en la región.

Urrutia amaba esta zona, quería a los mapuches, y soñaba con la rápida incorporación de todo esto a la vida de la república.

Desde el Callao a la Araucanía fue cosa de días. A su regreso pasó por Santiago a recibir su designación e instrucciones y el 16 de marzo de 1881 se haría cargo de su nuevo destino.

No era hombre de los que “calientan asiento”, su carácter lo impulsaba a la acción. Luego de Angol partió a Traiguén y a reconocer lo hecho en la expedición Recabarren. Allí llega por primera vez al fuerte de Temuco.

Visitó todo, se informó, tomó diversas medidas para el aprovisionamiento de los cuarteles, señaló conductas para el trato con los indígenas.

Movilizándose de Temuco al norte por el valle desde Quillén, en lugar de dirigirse hacia el poniente para nuevamente llegar a Traiguén, marcha al norte. Quiere establecer otro fuerte entre Quillén y Collipulli.

Es así como Urrutia, el 28 de marzo, va a dar nacimiento, a orillas del río Traiguén en el valle central, a la actual Victoria, nombre que se le puso en recuerdo de la reciente victoria obtenida en el norte.

Horacio Lara, en 1889, en su Crónica de la Araucanía dice: “Victoria es hoy uno de los más florecientes pueblos de la Araucanía”.

Cuando pasó Rioseco inspeccionando la zona, unos 20 días más tarde, dice que ya se han construido cuarteles provisorios y se trabaja en preparar lo que, en forma definitiva, se hará en la primavera y verano. “El pueblo ha sido trazado hacia el sur y el oriente del Cuartel, en manzanas de 100 m por lado, con calles de 15 m de ancho”.

La expedición que debía cumplir esta misión partió de Collipulli, donde Urrutia organizó una división de unos 600 hombres, del batallón movilizado “Angol”, a cargo del teniente coronel de Guardias Cívicas don Alejandro Larenas, y 100 carabineros del escuadrón Angol, al mando del capitán Bernardo Muñoz Vargas. Esta división dejó Collipulli al amanecer del 27 de marzo, en dirección sur. Al llegar al Traiguén, como lo dijimos, ya en su orilla sur establece el 28 de marzo el fuerte que recibe el nombre de Victoria. Una vez fijadas y tomadas todas las precauciones, dejó como jefe de la plaza al Capitán Bernardo Muñoz, quien tuvo que afrontar todos los primeros trabajos y por eso, con razón, se le recuerda como el fundador.

El coronel Gregorio Urrutia, al ordenar la creación de este fuerte, entregó la misión al teniente coronel graduado Manuel Modesto Ruminot, que, con una columna de infantes del Batallón Angol y caballería movilizada se tomara posesión del lugar al sur del Traiguén, lo que efectivamente hizo.

Ruminot dictó la siguiente orden del día, el domingo 27 de marzo: “Jefe de día para hoy el capitán don Bernardo Muñoz Vargas y para mañana el de igual clase don Juan Grant”.

“Una Compañía del Batallón Angol desempeñando las funciones de Gran Guardia, se colocará sobre la loma que hay al Sur de este fuerte, desprendiendo un piquete de 25 hombres al mando de un oficial que se situará a unos 150 mts. al poniente de dicha loma y otro piquete de igual fuerza hacia el oriente, a la misma distancia

más o menos. El resto del espresado cuerpo tomará la colocación que le indicará el jefe de día, mandando un piquete de 25 hombres y un oficial al paso del Traiguén, que se halla más al oriente de este campamento. Todos los piquetes de que se hace mención, colocarán los centinelas avanzados que el jefe de día indique y mantendrán una constante vigilancia."

"La caballería tomará la misma colocación de anoche."

"En conmemoración de los triunfos que nuestras armas han tenido sobre sus enemigos, este fuerte se denominará Victoria".

"De orden del General

Manuel M. Ruminot."

El 28 comenzaron los trabajos del reducto y cuartel, fundamento de uno de los pueblos más florecientes de entre los que surgieron en los campos conquistados.

Este fuerte, dada su ubicación, era una defensa y un obstáculo insalvable que se ponía en el valle central a las incursiones de los arribanos.

Adelantando algunas referencias con respecto a Victoria, vale la pena anotar que el 15 de enero de 1891 el presidente Balmaceda declaró a este pueblo asiento de Municipalidad, dependiente del Depto. de Traiguén. A fines de 1893 se creó el Depto. de Marilúán y Victoria fue su capital. Posteriormente tuvo otras modificaciones, hasta su situación actual, Departamento de Victoria con capital Victoria.

Los acontecimientos de la Frontera repercutían en el país, principalmente en las provincias que eran limítrofes por el norte: Concepción, Arauco, Biobío, Ñuble, y comenzaban a llegar de las ciudades, de los pueblos y villas, de los campos, familias que lograban instalarse cerca de los fuertes, en los sitios que les entregaba la autoridad militar que era, a su vez, autoridad administrativa.

Crecían en población y modestas construcciones iban extendiéndose en las calles que se trazaban a partir del fuerte o cuartel. En otros casos eran solo hombres que llegaban para explorar, saber cómo era la situación, qué posibilidades tenían de llegar a establecerse, de adquirir tierras, ya sea comprando derechos, o bien instalándose en determinados lugares que aparecían como tierra de nadie, esperando que su instalación, la construcción de una vivienda mínima donde instalarse, les permitiera más tarde regular su

situación; y, de propietario de “hecho”, transformarse en dueño de “derecho”, por donación a título gratuito.

Esto provocó la presencia de un gran número de personas que simplemente, vinieron como aventureros, y estos implantaron, en una zona que tenía una administración en pañales, la ley del más fuerte. Se hizo realidad en la Frontera el dicho: “a los audaces la fortuna los ayuda”. Esta realidad creó en la Frontera una situación de inseguridad y temor inmenso, ¿quiénes vencían estos dos aspectos o condiciones?

Los atrevidos, los que jugaban su vida, los que iban adquiriendo la fama de ser personas que nada las detenía. Estos eran los hombres de valer en la Frontera, tierra de aventura, el Far West de Chile.

La carabina Winchester colgada en la entrada de la casa, el puñal y el revólver al cinto, eran elementos, a la vista, que iban mostrando al decidido, al capaz de todo.

La audacia tiñó de sangre con mucha frecuencia la vida, no solo en los campos sino en las ciudades. Al leer los diarios de las décadas del 80 y 90 del siglo pasado y los primeros veinte años del presente, uno se encuentra con la información, a veces en un solo día, de uno o dos asesinatos, de un gran salteo, etc. En muchas ocasiones estos matones se asociaban, con relativa facilidad, con algunos mapuches, para hacer de las suyas en este campo en que no fue extraño que, algunas veces, estuviera comprometida la autoridad, como lo vamos a señalar más adelante.

En el año 1881, mientras vemos afirmarse la línea del Cautín y la ocupación del valle entre el Malleco y el Cautín, hay un punto neurálgico de acción y ataque. Era centro y guarida de los indígenas más rebeldes la llamada Cadena de Ñielol, la zona de cerros que se extiende al norte del Cautín en la dirección noroeste-sureste que muere justo en Temuco para dar paso, por el oriente, al río Cautín y a los cerros del Conunbueno.

De este refugio montañoso partían las bandas que asaltaban, robaban y ponían inquietud en el ambiente. De este lugar partieron los grupos que dieron muerte a ese grupo de soldados enfermos y carreteros que iban en busca de hospital hacia el norte.

A fines de marzo, de aquí salió un grupo que, pasando por Adencul, se adelantó hasta Los Sauces, volviendo con un crecido botín de animales

robados. Cerca del actual Perquenco, le salió al encuentro un destacamento de infantería, en unión de un grupo de civiles, que los dispersó completamente y recuperó el ganado que se llevaban.

Urrutia tomó una decisión: terminar la resistencia y guarida del Ñielol. Guevara nos relata así esta acción:

“Con la base del Escuadrón movilizado Nacimiento, preparó una división que, fraccionada en varias columnas, penetró a las montañas por distintos puntos. Encerrados en un círculo de tropas fueron perseguidos tenazmente, con pérdidas de muchos mocetones combatientes, de varios caciques principales, y tomaron no escasa cantidad de prisioneros. Rodearon todos sus animales y fueron conducidos a Traiguén, donde un buen número fue rematado, produciendo dinero al fisco; otros se los devolvieron a indios pacíficos, otros los usaron como alimento en las propias unidades y otros, sobre todo bueyes, fueron incorporados en la Intendencia del Ejército, al equipo de bueyes para la movilización de carretas que continuamente se movían de puesto en puesto con las provisiones y elementos necesarios, tanto de los cuarteles, como de los particulares.”

Se eligió en los cerros entre Adencul y Temuco un lugar en el que se estableció el fuerte Ñielol, como defensa militar y en el que dejó un destacamento compuesto de infantería y caballería que permaneció hasta 1885.

¡Qué interesante sería si se pudiera ubicar ese lugar y reconstruir, como recuerdo de esas gestas, el fuerte! El que escribe, mucho ha averiguado sobre este lugar, pero no ha logrado tener confirmación de su existencia.

La campaña del Ñielol y la fundación del fuerte fue un golpe que pareció hacer decaer la rebelión. Decaer, no desaparecer.

Los mapuches entretanto, a pesar de sus derrotas, se movilizaban y maquinaban en secreto y se preparaban para atacar y destruir al fuerte de Temuco.

6. LEVANTAMIENTO MAPUCHE DE FINES DE 1881

Se desarrollaba espléndida la primavera de 1881; había terminado la dura experiencia de los fríos y lluvias invernales; en todos los fuertes la actividad era febril.

Se trazaban calles y se cerraban los sitios con cerco de palos parados o bien con colihues, algunos con tablas labradas en los días de invierno.

Aumentaba la superficie de las casas o chozas en que pasaron el invierno. Llegaban desde Traiguén y de Angol carretas con zinc, clavos, maderas. En cada localidad surgían pequeños comercios y se instalaban bodegas de productos, los más variados: eran tienda, almacén, paquetería, mercería y barraca vendedora de madera.

No he podido encontrar el dato de cuándo, en forma exacta, llegó el primer motor a vapor y se instaló el primer aserradero, pero en la primavera de 1882 ya funcionaban, sin parar, dos aserraderos en Temuco, en la sección del actual Pueblo Nuevo.

Hasta ahora en un sector de Pueblo Nuevo, cuando en ciertas construcciones hay que hacer excavaciones más o menos profundas de uno o dos metros, es frecuente encontrarse con la masa de aserrín totalmente sana.

No nos adelantemos, porque en plena primavera del 81 la ocupación se vio en un serio problema y tuvo que enfrentar la última sublevación.

Se habían conectado los principales caciques, dispuestos a poner fin a la ocupación; se comprometieron entre otros: Esteban Romero, de Truftruf; Coliman, de Llaima, y Coliqueo, de Allipén, para destruir Temuco. Se les asociaron las tribus de Quepe; Pedro Cayupi, de Cuyinco; Antonio Painemal y Ancamilla de Cholchol; Neculmán de Boroa; Marivil de Trovolhue. El compromiso era general.

El 4 de noviembre los araucanos se pusieron en movimiento. El 5, un cuerpo de 400 lanzas atacó al fuerte de Lumaco. Rechazados, volvieron al ataque a las 4 de la tarde, sin conseguir tomarse la población, la que fue defendida por su propio escuadrón cívico y la guarnición respectiva.

En las afueras de Lumaco, retirados los indios, fueron sepultados 23 conas y un cacique. En la defensa de Lumaco se ha dejado constancia de la valiente actitud del capitán Juan Barra, de los cívicos.

El día 6 renovaron el ataque contra Lumaco, es posible que hubiera podido tener éxito, por falta de municiones en el fuerte, pero la presencia de tropas auxiliares que llegaban a Lumaco, enviadas por el coronel Urrutia, los obligó a retirarse; deben haber partido a reforzar otras fuerzas que se movilizaban en todo el territorio entre el Malleco y Cautín.

En el momento de iniciarse pública y abiertamente el levantamiento, el coronel Urrutia se hallaba en Santiago, pero de inmediato regresó a Angol, en el tren expreso, en la noche del 5 de noviembre.

Se dirigió a Traiguén donde equipó una columna de 400 hombres, pues los ataques se abrieron y cayeron sobre Temuco y el fuerte Ñielol. Esto señala, entre otras cosas, la importancia que daban los mapuches a estos fuertes, pues eran lugares estratégicos para la ocupación, no solo del norte del Cautín, sino en forma muy especial, para la expansión hacia el Toltén y la conquista de Villarrica.

Urrutia, con su columna, marchó hacia la ubicación de la colonial Imperial, actual Carahue. Debían reunírsele, del Cholchol y Cautín, otros 250 hombres que enviaban desde Temuco. Mientras, por la costa, avanzaban hacia el sur las fuerzas cívicas de Cañete, Lebu, Tomé y Talcahuano.

Los mapuches de La Imperial y todos los otros grupos, o las tribus hasta el Toltén, se movilizaban con rapidez haciendo todo el daño que podían: robo de animales; saqueo de misiones, incendios de casas y muerte de moradores y trabajadores chilenos que quedaban al alcance de sus manos.

Urrutia llegó al Cholchol el 10 de noviembre de 1881 y dio instrucciones para que se construyese un fuerte en la misma ruca de Ancamilla, cumpliendo la amenaza que de antemano le había hecho a este cacique.

“Si yo sé que tu, amigo, Ancamilla, andas en provocaciones y participas en asaltos, te prometo que en tu ruca construiré un fuerte. Si permaneces en paz nunca nadie te tocará”. En el lugar, Ancamilla cayó preso y era conducido a la presencia de Urrutia, cuando estuvo a punto de perecer a manos del soldado Poblete, que iba a disparar sobre él. Urrutia evitó la muerte y, en cambio, envió al calabozo, con grillos, a Poblete.

¿Por qué esta actitud? Urrutia respetaba las leyes de la guerra y un prisionero era un hombre que quedaba bajo la protección del Ejército. La justicia diría si era digno de castigo y qué castigo. Este tipo de acciones, le daba a Gregorio Urrutia una gran autoridad entre los mapuches, que lo respetaban y sabían que cumplía sus promesas.

El 22 de noviembre, se iniciaron los trabajos de la construcción del fuerte Cholchol, que sería el principio del pueblo que se estableció más tarde con el mismo nombre.

Tranquilizada esta zona, se dirigió al oriente, llegando hasta Temuco para inspeccionar la línea del Cautín.

Mientras Urrutia realizaba la marcha que hemos señalado, al amanecer del 9 de noviembre unos 500 indios, dirigidos por el cacique Millapán, atacaron el fuerte Temuco, que estaba defendido por 15 jinetes del Escuadrón Carabineros de la Frontera y 137 infantes del Batallón Biobío, mandados por el capitán Alberto Arce.

El 10 se presentaban en Temuco las bandas de Llaima, que debían atacar junto con los de Truftruf y Maquehua, pero los caciques de estos, Romero y Melivilu, desistieron de su compromiso.

En estos casos de ataques, la población civil de los campos y de las villas y aldeas se refugiaba en los fuertes. Las bandas del Llaima atacaron el fuerte. Guevara, que ha dejado estas relaciones, nos dice que él las oyó de boca del mismo Urrutia, con quien trabó una amistad muy sentida, durante su permanencia en Temuco, donde, como veremos, aquel se desempeña como el 2° rector del Liceo de Hombres de la ciudad.

Cuando atacaron Temuco, iniciaron la resistencia desde el fuerte con el disparo de unas cuantas granadas contra los conas, acción que desempeñó el ingeniero alemán señor Fiebig, el único que sabía manejar el cañón del fuerte. Comandaba el fuerte José M. Garzo.

Luego salió del recinto el segundo jefe del Escuadrón Carabineros de La Frontera, mayor Bonifacio Burgos, y los atacó con violencia a golpe de sables, causándoles muchas bajas; entre ellas quedaron en el campo los principales caciques que acompañaban a estos mocetones.

Ya se había producido la calma en Temuco y los civiles refugiados en el fuerte habían vuelto a sus viviendas, cuando llegó Urrutia a Temuco, recorrió la línea del Cautín hasta Lautaro y de allí regresó a Traiguén.

Las excursiones que emprendió el Ejército para reducir a la paz a los araucanos, los redujeron a la quietud, pero tuvieron una consecuencia dolorosa: se apoderaron de la mayor parte de sus animales, los que se remataron en Toltén, Lebu y Los Ángeles por una cantidad que superó los \$ 60.000.

Urrutia restituyó a sus hogares a varios caciques que habían sido cabecillas de este levantamiento, y que se encontraban prisioneros. Les impuso la requisición de 10 animales por cabeza, para el uso y alimento de los soldados.

Esta victoria y el sometimiento y apaciguamiento de la Araucanía se deben en alto grado al telégrafo, al ferrocarril y a las nuevas armas de precisión que empezaba a manejar el Ejército.

El mapuche quedaba vencido después de más de 300 años de lucha, más que por la fuerza del hombre, por la obra de la civilización.

El mapuche siempre estuvo en pie de guerra a pesar de las apariencias de periodos de paz. Nunca hubo acuerdos generales, porque entre ellos no hubo una organización de Estado; eran tribus dispersas, con su jefe local que era, más que todo, una especie de patriarca familiar.

Nadie podía tomar compromiso a nombre de todos; por eso son ciertos los Parlamentos que se celebraron tanto con los gobernadores coloniales, como con autoridades chilenas; pero sí obligaban moralmente a los turnantes que se comprometían, es un hecho, que el mapuche se sometió, en estos contratos, por el momento y cuando se sentía capaz de dar un golpe que debilitara la ocupación, no trepidaba en darlo.

También, son desiguales las partes contratantes: el español civilizado y el mapuche con inicios de occidentalismo, pero lleno de costumbres y tradiciones que poco lo obligaban a estos acuerdos. Más aún, si se piensa que generalmente se producían enconos por abusos increíbles producidos contra ellos, a pesar de las prohibiciones de las Leyes de Indias y las frecuentes Cédulas Reales que establecían normas de conducta francas y abiertas de protección y buen trato.

Si no se procedía así con ellos, ¿cómo se podía pedir cumplimiento y sometimiento?

Urrutia ha contado que después de este levantamiento un cacique prisionero que escapó de la muerte le decía:

“Vos no sabís, Coronel, lo que han hecho con nosotros tus paisanos; no tienes razón para reprenderme. Mira lo que han hecho sólo conmigo; violaron y mataron a mis mujeres y también asesinaron a mis hijos; además dejaron ensartadas también a mis mujeres. ¿I cómo quieres entonces, Coronel, que no me subleve cuando se me trata así? Mira, Coronel; preferimos morir todos con la lanza en la mano y no asesinados en nuestras casas por tus paisanos. No tenis, pues razón, Coronel, para reprenderme, ni para castigarme”.

Las violencias y crueldades que sufrieron por este levantamiento, se hicieron del dominio público, produciendo indignación. Santa María, que asumió la Presidencia de la República, llamó a personas conocedoras de la Frontera y cuando fue informado de los sucesos, exclamó: “lo raro es que los indios no se hayan sublevado antes”.

Lo corriente es siempre poner la responsabilidad en el débil y qué difícil es deshacer esta maraña y llegar directamente a la verdad, puesto que toda la información escrita y documentada es de una sola parte, lo español y después lo chileno; y nada de la parte a la que se acusa.

Creo llegada la hora de corregir conceptos y reconocer, no solo para la poesía, sino realmente, la necesidad urgente de reparar estos errores y tender la mano sinceramente para hacer más fácil, más humano el paso de la incorporación total del mapuche a la vida de la chilenidad, igualitaria, no de un proteccionismo de caridad, sino en razón de justicia.

Ha llegado el momento de recapitular, en breve resumen, los 10 levantamientos generales de los mapuches desde 1554 a 1881, en un espacio de 321 años. No incluyo la conquista de Villarrica, pues esa campaña no costó sangre ni chilena ni mapuche; la resistencia al fin se había quebrado.

Los 10 levantamientos se ordenan cronológicamente como sigue⁶⁵:

65 Tomás Guevara. *Op. cit.*, Tomo III, págs. 456-457.

El de 1554, que siguió a la muerte de Pedro de Valdivia. Las causas de este levantamiento fueron la ambición y las crueldades de los conquistadores.

El de 1598, que siguió a la muerte del gobernador Oñez de Loyola y que tuvo origen en las mismas causas anteriores y en la tendencia guerrera de los araucanos.

El de 1654. El gobernador don Antonio Acuña y Cabrera y sus cuñados don Juan y don José de Salazar provocan la guerra para tomar esclavos; su ineptitud militar estimula el espíritu batallador y de pillaje de los araucanos.

El de 1723; la ambición mercantil del maestro de campo don Manuel de Salamanca pone trabas al comercio de los indios, a quienes se obliga, además, a trabajar en las obras de fortificación y en las estancias, o se les arrebató a sus hijos para venderlos como esclavos.

El de 1766. Los bárbaros rechazan el establecimiento de pueblos y casas misionales.

El de 1813 a 1825, motivado por la propaganda de los misioneros, funcionarios y agentes realistas contra los patriotas.

El de 1835, por la entrada del Ejército al territorio araucano, con el propósito de avanzar la línea de Frontera.

El de 1859. Los revolucionarios asilados en la Araucanía incitan a los indios a la rebelión.

El de 1870, que tuvo su origen en la fundación de la línea del Malleco.

El de 1881, a causa de los atropellos de la población civil y del ejército y por el establecimiento de la línea del Cautín.

7. EL AÑO 1882. EL MINISTRO DE LA GUERRA, CARLOS CASTELLÓN EN LA FRONTERA

El segundo ministro de Estado que llega a la Araucanía es Carlos Castellón, ministro de la Guerra en el Gobierno de Domingo Santa María.

El Presidente pensó que lo producido, a pesar de sus disgustos, era ocasión propicia para llevar adelante el plan de someter la Araucanía en una acción total. Para realizar este propósito, el ministro, al igual que lo hecho por Recabarren en febrero de 1881, se trasladó ahora a la zona para dirigir personalmente las últimas fundaciones militares.

Llegó a Angol en febrero de 1882, y el 18 de ese mes se puso en marcha hacia Lumaco acompañado del coronel Urrutia, 250 soldados, algunos funcionarios y otras personas que se agregaron a su comitiva.

Visita Lumaco, pasa luego por Cholchol y de allí se dirige al lugar de la antigua Imperial, a cuyas ruinas llega el 21 de febrero. Los mapuches del lugar lo llamaban "Carahue" (lugar del fuerte). Por las ruinas que todavía se mostraban, se ve que había calles de 10 varas de ancho y, por todo, unas 10 a 12 manzanas edificadas. Este dato lo aporta una relación que del viaje del señor ministro hizo el miembro de su comitiva, ingeniero Teodoro Schmidt.

El señor ministro resolvió dejar en el lugar un pequeño destacamento de 25 hombres y al día siguiente continuó su viaje aguas arriba del Imperial, por su orilla derecha, hasta el lugar en que confluyen las aguas del Quepe, Cautín y Cholchol, que dan nacimiento al imponente Imperial.

Este lugar es el llamado "Las Juntas".

El destacamento dejado por Castellón y Urrutia el día 22 dio comienzo a los trabajos que permitirían una construcción militar, que fue la base del pueblo que allí se formó y que es la actual Carahue, pueblo que ha tenido como fecha de su renacimiento el 22 de febrero de 1882.

El ministro Castellón, el 23 de febrero, acampó con su comitiva en la orilla izquierda del Cholchol, cerca de su unión con el Cautín. La campaña de ese lugar formaba parte del terreno cuya posesión ejercía el cacique Huenul, con quien entró en arreglos el Ministro para adquirir ese terreno en compra. El Ministro propuso la compra de 200 hectáreas para formar allí otro fuerte y dar origen a otra ciudad.

Huenul manifestó al ministro que no era partidario de un nuevo pueblo y, según versión de Tomás Guevara, le había dicho: "Si hay pueblo sus hijos se ponen tunantes y tomadores y venden el resto del terreno a paisanos, así como ha sucedido en otras partes, y pierden al fin cuanto tienen, mientras tanto que ahora viven tranquilos".

El ministro habría replicado que el gobierno había prohibido la venta a particulares o paisanos (el término paisano fue usado hasta hace poco tiempo, por el mapuche para referirse al chileno).

El fisco es el único que puede comprar terreno, y que solo compraba terrenos que sus dueños no necesitaran para vivir, pues siempre velaría para dejarles lo suficiente para sus menesteres.

Les agregó que un pueblo les traía ventajas, podrían vender sus productos y tendrían así compradores permanentes de huevos, gallinas, corderos y donde podrían a su vez comprar sus faltas en comercio establecido y no en el ambulante que siempre les resultaba caro y que en cambio les compraba barato y con engaños.

Castellón ofreció por la compra \$ 200; vale decir a \$ 10 la hectárea. Huenul pidió \$ 400. El coronel Urrutia le indicó que el precio ofrecido era conveniente; que el fisco había comprado en la región del Malleco a razón de 20 centavos la hectárea. Huenul insistió en su precio.

El coronel Urrutia sacó aparte a Huenul y le manifestó que se acordara que él había sido uno de los caciques que se levantaron contra el gobierno y encabezaron los actos del año anterior contra Temuco, y que por su decisión quedó libre y repuesto en su lugar.

Esta advertencia de Urrutia quebró la resistencia de Huenul y aceptó la proposición. El ministro ordenó pagar los \$ 200 y al despedirse le dio \$ 20 más.

Así el fisco se constituyó en dueño de esas 200 hectáreas en las Juntas, donde el 24 de febrero de 1882 se pusieron las bases de un fuerte que, rápidamente, se iba a convertir en la Nueva Imperial, la que paulatinamente, pero en forma constante, se transformó en un pueblo floreciente y de empuje, centro de una notable actividad agrícola y ganadera.

El ministro regresó, pasando por Temuco, a Victoria y de allí a Angol, para estar en Santiago en los primeros días de marzo.

El coronel Urrutia tuvo una conferencia con su Estado Mayor, con el fin de estudiar en conjunto lo que se había hecho en el último año y organizar mejor lo ocupado y planificar algunas nuevas acciones. Fue opinión de la mayoría estimar que la línea del Cautín pasaba a ser el centro de todas las nuevas

operaciones y que el punto de apoyo base sería Temuco, que, por lo mismo, el centro de operaciones y autoridad militar de la campaña no se justificaba ya en Angol. Se trasladaría el Estado Mayor del Ejército del sur, primero a Traiguén y luego que las condiciones lo fueran permitiendo a Temuco.

Este acuerdo significó igualmente reducir las guarniciones de fuertes y poblados del Malleco, en varios fuertes se retiró toda la guarnición para llevarla más al sur y distribuirla en los diversos lugares recién ocupados.

Solo en Collipulli permaneció, por unos pocos años más, una unidad cada vez menor, a medida que se poblaba y ocupaba todo el territorio. En esta conferencia también llegaron a un acuerdo sobre la necesidad de ocupar los puestos de cordillera, que eran los pasos naturales hacia Argentina. Esta resolución estaba en concordancia con lo que en ese momento ocurría también en la pampa y zona de Río Negro.

Argentina también, en la misma época, al mismo tiempo, estaba realizando la campaña definitiva de ocupación de las provincias colindantes, el gran territorio de Neuquén.

La campaña argentina de la conquista de la pampa es de 1879, cuando tomaron la ofensiva bajo el mando de don Julio A. Roca, entonces ministro de la Guerra.

La 4ª División del Ejército argentino debía operar en el Neuquén y la mandaba el coronel Napoleón Uriburu, que luego fue reemplazado por el jefe de la misma graduación Conrado E. Villegas.

En 1870, actuó junto a Cornelio Saavedra el coronel argentino Manuel Olascoaga, quien incluso levantó un mapa de la región de la Araucanía con especiales datos y referencias a la zona del Toltén y al camino de Valdivia a Villarrica, con un minucioso informe, para Cornelio Saavedra, sobre los lugares y condiciones de defensa.

El mapa de Olascoaga lo insertó Saavedra en su escrito "Ocupación de la Araucanía".

El militar argentino volvió a su patria el año 1873 y fue un adalid de la campaña por la ocupación de la pampa en la que vivían los araucanos del lado argentino, que se movían desde allá a Chile por Lonquimay y Villarrica e igualmente los araucanos de la zona cordillera chilena y los del valle central.

El Estado Mayor comprendió la necesidad, de impedir tanto que los de aquí – Chile– pasaran a Argentina, como los de allá –Argentina–, se refugiaran en Chile mientras se realizaban los avances.

El plan de conquista del Ejército argentino fue abrir “hostilidades parciales y simultáneas que iban a buscar al indio a su propia guarida para rendirlo o exterminarlo”.

“El coronel Villegas reemplazó (el año 1879) al General Roca, quien regresó a Buenos Aires a asumir la dirección de su ministerio y en seguida la de todo el país, como Presidente de la República”.

“El resultado final de estas campañas fue: la muerte y dispersión de los Picunches, residentes desde Lonquimay hasta Neuquén, cuyo jefe Punan, estuvo cinco años prisionero en la Isla de Martín García; de los chadiches, de Salinas Grandes, que obedecieron a Namuncurá; los ranquilches o ranquiles, que tuvieron por caudillos a los caciques Rosas y los Manzaneros o Huilliches, del sur y norte del Limay mandados por Shaihueque”⁶⁶.

Desde 1881 algunos militares argentinos habían vuelto a tener comunicación con el coronel Cornelio Saavedra, que después de la Guerra del Pacífico, pasó a desempeñarse como inspector general del Ejército.

Con estas referencias, el Ejército, después de fundar Nueva Imperial, bajo la oportuna y eficaz dirección del coronel Urrutia decidió su marcha hacia el oriente, a la cordillera, dando así lugar a la fundación de Curacautín, el 22 de marzo de 1882.

Simultáneamente, otra división de 200 hombres, al mando del teniente coronel de Guardias Nacionales don Martín Drouilly, tomaba posesión de los valles del alto Biobío, en la cordillera de los Andes, entre los volcanes Callaqui y Lonquimay y hasta los orígenes del Biobío. Esta expedición fundó en la zona andina el fuerte de Nitrito.

La línea del Cautín había quedado totalmente ocupada e iniciado un proceso de ocupación andina que tendría sus complicaciones por el hecho de estar, en la misma zona, realizando actos de conquista el Ejército argentino.

66 Tomás Guevara, Historia de la Civilización de Araucanía. Tomo III, pág. 462.

La línea del Cautín quedaba integrada con los siguientes fuertes, que se transforman con distinta intensidad: Carahue, Nueva Imperial, Temuco, Pillanlelbún, Lautaro y Curacautín.

8. OCUPACIÓN DE VILLARRICA Y EL ALTO BIOBÍO

Lo que ya se había realizado, más la presencia de nuevas tropas, determinaron la próxima etapa, la que sería de iniciativa del ejército y no una acción punitiva por levantamiento de caciques, aunque estos protestaban por lo que iba ocurriendo en su tierra, pero ya sin fuerza para oponerse.

Así, en el desarrollo del año 1882, autorizado por el respaldo del presidente Santa María, que decidió entenderse con Gregorio Urrutia, se va a poner en marcha la preparación de la expedición que, partiendo de Temuco, llegará a Villarrica.

Para llevarla a cabo Urrutia, en noviembre de 1882, estableció el Cuartel General del Ejército del sur en Temuco, trasladándose de Traiguén.

Al finalizar el mes está en condiciones de ponerse en ejecución el plan. La expedición se formaba con los siguientes cuerpos: Batallón Movilizado Angol; con 302 hombres al mando del teniente coronel de Guardias Nacionales, don Alejandro Larenas. Batallón Movilizado Ñuble, con 298 hombres al mando del teniente coronel de Guardias Nacionales don Manuel Contreras Solar. Brigada de Artillería; con 51 hombres al mando del teniente don Fortunato Valencia.

Escuadrón de Carabineros de Angol; con 117 hombres al mando del sargento mayor de Guardias Nacionales don Bernardo Muñoz Vargas.

Al mismo tiempo se organizaba el equipamiento necesario para atender la expedición: víveres, herramientas para el desmonte y excavaciones, pertrechos de guerra y municiones, elementos sanitarios y de construcción.

Urrutia, con mucho acierto, adquirió, para obsequiar a los mapuches, sombreros, pañuelos, mantas, tabaco, espuelas, frenos, géneros y baratijas,

gastando en esto unos 315 pesos, según informes documentados de Tomás Guevara.

Era costumbre que en este tipo de expediciones siguieran al ejército grupos de paisanos para establecerse en las posiciones que ocuparan, o para comerciar con los mapuches. Para evitar los abusos, que eran frecuentes, Gregorio Urrutia dictó el bando que transcribo:

“Gregorio Urrutia, Coronel, Comandante en Jefe del Ejército del Sur, Comandante jeneral de armas, etc.

Debiendo expedicionar hasta Villarrica una parte del ejército de mi mando i conviniendo reglamentar el servicio con relación al comercio i demás personas que acompañen al ejército: en virtud de la facultad que me confiere el artículo 13, título 59 i del 80 de la ordenanza jeneral del ejército, decreto:

“Artículo Primero. Los paisanos no dependientes del ejército i que lo acompañen particularmente, deberán presentarse al jefe de estado mayor, quien abrirá un registro para anotarlos debidamente. Dichos paisanos no podrán pasar adelante de la vanguardia del ejército, sin la orden competente, bajo la pena de uno a quince días de prisión i ser despedidos del cuartel jeneral en caso de reincidencia.

“Artículo Segundo. Aunque es libre el comercio de todo jénero, no obstante, se prohíbe en absoluto llevar ninguna clase de licor. Los contraventores sufrirán como pena la pérdida de la especie. El cuartel jeneral designará, cuando lo crea conveniente, el libre comercio de este artículo.

“Los comerciantes también se presentarán al jefe de estado mayor para su respectiva anotación.

“Artículo tercero. Tanto los particulares como los comerciantes, ocuparán durante la marcha i en los campamentos, el lugar que les designe el jefe del estado mayor. Anótese, comuníquese y publíquese por bando para que llegue a conocimiento de todos. Dado en Temuco a treinta días del mes de noviembre de mil ochocientos ochenta i dos. G. Urrutia. Manuel Ruminot, secretario”.

En las campañas por la Araucanía era frecuente, asimismo, en las tropas cívicas o movilizadas, que partidas pequeñas se apartaran de sus cuerpos en busca de animales o por simple afición andariega. Para evitar que fuesen sorprendidos o que cometieran abusos, el jefe del ejército expidió esta orden:

“En virtud de las atribuciones que me confiere el artículo 59 de la ordenanza jeneral del ejército, decreto:

“El sargento, cabo o soldado que se separe a más de dos kilómetros, de donde se encuentre el cuerpo a que pertenece, desde que emprenda la marcha al sur del río Cautín, será reputado como desertor i castigado como tal, en conformidad a lo

dispuesto en el artículo 21, título 80 de la ordenanza jeneral del ejército. Anótese, comuníquese i publíquese por bando para que llegue a conocimiento de todos. Dado en Temuco, a treinta días del mes de noviembre de 1882. G. Urrutia. Manuel M. Ruminot, secretario”.

La expedición partió en la mañana del 1 de diciembre, de Temuco. Para atravesar el Cautín se construyeron dos lanchas del tipo balsas. El mismo día llegaron a las orillas del Quepe y emplearon el resto del día en cruzar este cauce. Al día siguiente, a poco andar, se encontraron con una montaña tupida de árboles y arbustos que parecía nunca había sido tocada por el hombre más allá de un sendero para una persona. Abrir camino fue tarea pesada; unas veces se ampliaba la huella, pero en general se fue abriendo una faja en la montaña; otras veces se adelantaba, como podía, por el bosque un corneta y el toque con sus sonidos los guiaba, y los dirigía con su brújula el capitán de Ingenieros don Manuel Romero.

Penosa fue la marcha en este trayecto, como es fácil de comprender. Los obstáculos no solo los ponía el bosque virgen, no transitado aún por el hombre civilizado, hay que agregar las regiones pantanosas, el cruce de las corrientes de aguas y arroyos; como si la naturaleza misma quisiera poner tope a la marcha y defender al indio, ya que él no podía resistir más.

Al fin, después de ocho días, los expedicionarios acamparon en el lugar de Rucañanco, distante del Toltén 5 a 6 km. Era como una pequeña altura, una loma relativamente despejada y en ese lugar acordaron construir un fuerte al que bautizaron con el nombre de Freire, que también había luchado contra los mapuches, como intendente de Concepción, en la “Guerra a Muerte”.

Todos en el trabajo hacen los fosos que rodearían el cuartel, cortan árboles para hacer una empalizada tras los fosos, hacen madera simplemente labrada para construir sus galpones, bodegas y cuartel.

Freire va a nacer así en torno a este destacamento que Urrutia deja en el lugar. Cupo en suerte esta misión al Batallón Ñuble, que estaba integrado por casi 300 hombres al mando del teniente coronel de Guardias Nacionales, don Manuel Contreras Solar.

El 18 de diciembre Urrutia abandona Freire, que seguirá desarrollando sus construcciones y limpiando el campo alrededor, mientras la expedición va en camino a la ciudad en ruinas desde 1602.

Camina ahora con el Batallón Angol, comandado por Alejandro Larenas; Escuadrón de Carabineros de Angol, al mando del sargento mayor Bernardo Muñoz Vargas y la pequeña brigada de Artillería del teniente Fortunato Valencia.

A poco andar hacia el sureste, se encuentra con un obstáculo mayor, el Allipén. ¿Cómo vencerlo, con su rápida corriente, profundidad y anchura? Conviene, en efecto, pensar que la época del año en que se está, es el momento de máximo caudal, debido al derretimiento de las nieves.

El soldado se hace carpintero, construyendo balsas. Son constructores navales, y con sus improvisados medios vencen el río, ya todos han pasado y hay que continuar. De pronto se encuentran con el correntoso Toltén y comienzan a orillar por la derecha en dirección al oriente, en sentido contrario a la dirección de sus aguas.

En el borde mismo del río es más fácil el camino, pero no sin tener que vencer bosques vírgenes que llegan hasta el mismo río. El 23 están en Coipúe y sigue el avance; después de 6 días de recorrido se decide pasar a la orilla sur del Toltén y el 30 de diciembre cruzan la gran corriente y descansan en los llanos de Putúe.

Urrutia quiso tener aquí una conferencia con los caciques de la región de Villarrica. Seguramente lo acompañaban en la expedición algunos mapuches conocedores del campo que recorría y debe haber sabido que estaba próximo al lugar de Villarrica, teniendo a la vista el cono albo del volcán del mismo nombre.

Hizo convocar a los caciques a un parlamento para el 31 de diciembre. Muy de mañana, temprano, aparecieron algunos y con ellos unos 300 mocetones, obedientes a la voz del cacique de Putúe, Panchulef; el cacique Epulef de la comarca de las ruinas, y otros.

Comenzaron los discursos de rigor de los caciques para saludar y presentarse; Urrutia les habló directamente en mapuche, pues logró aprenderlo y manejarlo con cierta soltura, y les hizo saber que su presencia y venida al lugar no era ni en son de guerra, ni menos de exterminio; venía para su bien, para darles la seguridad y la paz y la protección del gobierno y que lo que pretendía era recuperar el sitio en que estuvo una ciudad de nuestros antepasados.

Los caciques accedieron a esta petición y así, en la tarde de ese día 31 de diciembre de 1882, ingresaba esta expedición al paraje donde, entre el bosque que había crecido, se escondían las ruinas y escombros de la vieja ciudad.

El 1 de enero de 1883, toda la expedición se encontraba instalada entre las ruinas de Villarrica. Nuevamente llegó Epulef a protestar por la ocupación y a señalar que no debían avanzar más.

Urrutia lo trató con dureza; él representaba al gobierno e iría hasta donde el cumplimiento de su misión lo llevara. Epulef se molestó por esta respuesta y hay quienes afirman en sus notas particulares y reseñas de este trágico momento de Arauco, que a Epulef se le llenaron de lágrimas sus ojos y sin despedirse, ni decir palabra se retiró reconcentrado y amenazante.

El mismo 1 de enero después de esta triste entrevista con Epulef, el comandante Alejandro Larenas saluda en nombre de los expedicionarios al coronel Gregorio Urrutia, quien con la ocupación y posesión de Villarrica terminaba la conquista de la Araucanía.

La banda militar, en medio de la selva de soberbios y enormes robles, que ocupaban lo que fuera la colonial ciudad, rompió el silencio del bosque con los acordes del Himno Nacional, escuchado con emoción por esos hombres que con un esfuerzo increíble volvieron a ocupar la bella ciudad que, por orden de Pedro de Valdivia, fundara en este lugar Jerónimo de Alderete en 1553, dotándola de cabildo y cuarenta vecinos. La ciudad colonial creció, se desarrolló, pero era como un lugar totalmente aislado, lejos de todos los otros puntos poblados.

Tuvo sus años de gloria y de riquezas en la explotación del oro y es posible pensar que su mayor contacto con las otras poblaciones ubicadas por Pedro de Valdivia al sur del Biobío, haya sido con la ciudad de Valdivia.

El desarrollo de Villarrica se vio violentamente interrumpido después del desastre de Curalaba, iniciado como consecuencia de la muerte de Martín Oñez de Loyola en 1598.

Un levantamiento general de Arauco exterminó todo lo que se había hecho entre el Biobío y el Valdivia. Iba a ser necesario comenzar de nuevo la empresa. En este momento de la historia de Villarrica mandaba en ella el capitán español, Rodrigo de Bastidas.

El ataque y sitio de Villarrica comenzado en 1598 duró hasta el 7 de febrero de 1602. Resistió Bastidas más de tres años este ataque, pero al fin sucumbió.

De entre los últimos defensores de Villarrica logró escaparse el más joven de esos soldados: Juan de Maluenda, quien, escondido en la selva y viajando con cuidado a trechos cortos y ocultándose para avanzar luego otro poco, logró llegar a la capital.

El recuerdo de esta etapa de Villarrica lo hemos relatado en el desarrollo de este estudio con las palabras de un contemporáneo de los hechos, el padre jesuita Diego de Rosales.

El capellán de esta expedición de Urrutia, después de los saludos oficiales y de tropa a su coronel, con el doble motivo: haber cumplido el objetivo de ella con éxito y dar los parabienes del nuevo año (1 de enero de 1883), revestido de sus ornamentos litúrgicos celebraba nuevamente en ese lugar una misa a campo abierto.

El celebrante era fray Julián Rondini de la Orden de San Francisco.

Urrutia despachó en seguida un telegrama al Presidente de la República, informando del éxito de la expedición y tener cumplido el objetivo de ella.

Comenzó de inmediato el trabajo para instalarse en el lugar. La primera tarea fue realizar el desmonte de la selva, para abrir algunas calles, siguiendo la línea de las ruinas, de las que todavía quedaban a la vista trozos de muros que alcanzaban a uno o dos metros.

Una de las calles despejada, dice Lara, medía dieciséis cuabras.

Mientras se realizaba la expedición que hemos comentado, desde Valdivia, con una partida de milicianos, había llegado a Villarrica el intendente de Valdivia, don Anfión Muñoz; quien siguió para esta jornada la senda que doce años antes hiciera Olascoaga, coronel argentino que, como hemos dicho, actuó en la línea del Toltén, en los días que, en ese sector, dirigía la ocupación el entonces coronel Cornelio Saavedra.

Olascoaga llegó hasta Villarrica, pero no le permitieron los mapuches ingresar al lugar de las ruinas.

El adelanto de Anfión Muñoz en nada desmerece la expedición de Urrutia, ya que aquella fue una visita de inspección ocular y esta una ocupación,

radicándose y construyendo nuevos fuertes en toda la región andina. Así, son consecuencia de esta operación los fuertes de Palguín el 16 de enero; Menquén, el 18 de enero; Pucón, el 27 de febrero, y Cuneo, el 14 de marzo, con lo que quedó dominada toda la región.

Es posible que buena parte de esta ocupación la haya realizado, bajo el Comando de Urrutia y Larenas, parte de las tropas con que llegó a Villarrica, especialmente del Batallón Movilizado Angol.

Hasta fines de abril de ese año 1883 la guarnición de Villarrica estaba integrada especialmente por 100 hombres del Batallón Angol, la que durante ese mes fue mandada por el capitán Juan Grant con la obligación de defender y preocuparse de los fuertes de Pucón y Palguín.

En abril llegó a integrar la división del Ejército del Sur, el Cuerpo de Ejército 9º de Línea. A esta unidad Urrutia la envió a hacerse cargo de todos estos lugares: Villarrica y fuertes cordilleranos. El 9º de Línea, Batallón Caupolicán, tenía como comandante al coronel graduado don José María del Canto.

El Batallón Angol recibió la orden de abandonar la región que ellos habían ocupado y volver a Angol. Esta misión la cumplía a fines de abril el capitán Grant, quien abandonó Villarrica en medio de un temporal desatado de lluvia y viento. Quince días demoraron en llegar a Angol; fue una marcha penosa y con una persistente inclemencia del tiempo.

El capitán Grant había estado, la mayor parte del año 1882, como jefe de la Plaza de Galvarino desde su fundación, hasta el momento en que se organizó la expedición a Villarrica.

Con la retirada del Batallón Angol de los fuertes de Villarrica se debe dar por terminada esta campaña memorable y se ha de estimar que la ocupación de la Araucanía ha terminado.

Lo que se hará en los años siguientes, será perfeccionar estas ocupaciones e ir fundando poblados nuevos, ya sin resistencia mapuche. La obra militar está prácticamente terminada.



Trinity Church, Iglesia Anglicana de Temuco, típica construcción de madera de principios de siglo. Vicuña Mackenna esquina Lautaro. Fuente: www.memoriachilena.cl



Antigua casa del Fundo Trianon, en la salida poniente de Temuco (camino a Imperial). Casa construida por el colono suizo don Martín Sauterel. Es una mezcla de albañilería y madera con la particularidad muy característica de la construcción campesina suiza; el primer piso para bodegas y pesebreras y el segundo la casa habitación. Fuente: archivo fotográfico familia Ferrando.



Casa Museo Regional de la Araucanía, casa construida en 1924 por el arquitecto viñamarino Armando Caballero para don Carlos Thiers Puchel, agricultor e industrial de la zona, hoy sede del Museo Regional de la Araucanía. Fuente: Archivo fotográfico familia Ferrando.

CAPÍTULO NOVENO

Ocupación del Alto Biobío

1. OCUPACIÓN DE LA REGIÓN ANDINA. ALTO BIOBÍO Y PROBLEMAS SURGIDOS CON EL EJÉRCITO ARGENTINO

Desde el momento en que se pensó en llevar a cabo la ocupación de Villarrica, quedó también en claro que era indispensable extender la acción a la zona andina de la Araucanía, desde el Antuco al Villarrica.

Esta fue la instrucción que Cornelio Saavedra impartió, discutió y planeó con el coronel Urrutia en 1882 y logró que en ese mismo año, entre enero y abril, se constituyeran los primeros fuertes cordilleranos, que comandó, con parte del Batallón Angol, el capitán Juan Grant, quien como hemos visto le entregó estos lugares al 9º de Línea, Batallón Caupolicán recién llegado a la Frontera, bajo el mando de José María del Canto.

Dado este paso era imprescindible continuarlo. Era necesario actuar simultáneamente, con lo que el ejército argentino hacía en el oriente de los Andes.

Las tribus pehuenches se refugiaban en estos cordones y desde ellos atacaban; unas veces hacia Argentina, otras hacia Chile, como lo hicieron en 1881, en noviembre, cuando se unieron a los arribanos para los ataques a Temuco y Lumaco.

Los agricultores de Santa Bárbara y Mulchén, que acostumbraban a enviar sus ganados a las veranadas del Antuco y Copahue no pudieron hacerlo, pues habían sufrido permanentes robos de piños de animales y muchas veces el asesinato a mansalva de los cuidadores de los rebaños.

Por eso, mientras no se pacificaran estos cordones y valles cordilleranos y en ellos no hubiera autoridad, serían un peligro permanente.

Estas acciones chileno-argentinas eran muy delicadas, pues fácilmente se podía estar actuando en zonas no muy bien delimitadas, con implicancias internacionales, como ocurrió varias veces, sin mayores consecuencias. Pero no dejó de preocupar una pasajera nube, a causa de la intervención de tropas del ejército argentino en nuestro territorio, en los lugares vecinos al nacimiento del Biobío, como veremos.

El gobierno por Decreto del 30 de noviembre de 1882 mandó movilizar tres compañías de los escuadrones de Antuco y Santa Bárbara de la provincia de Biobío, al mando del sargento José Manuel de la Fuente.

Jefe de la división que operaría en la cordillera y valles adyacentes, fue designado el teniente coronel de Guardias Nacionales Martín Drouilly.

El señor Drouilly es uno, entre tantos extranjeros, que ha sido colaborador entusiasta de nuestro progreso. Era un ingeniero, que formó parte de la comisión que, a cargo del sabio don Amado Pissis, levantó las cartas geográficas de buena parte del país, a Martín Drouilly le había tocado precisamente el trabajo de triangulación de la cordillera araucana. Nadie mejor que él estaba preparado para llevar adelante esta tarea.

Más tarde lo veremos prestando utilísimos servicios en la colonización, pues fue designado jefe de la "operación colonización" en el terreno. Debíó recibir a los colonos, ubicarlos y atender a sus necesidades, lo que realizó, con gran interés, con los primeros colonos extranjeros que llegaron a la Araucanía.

La división de José Manuel de la Fuente entró a la cordillera por el camino que bordea el Biobío y la que manejaba Drouilly lo hizo por el camino que bordea el Renaico; ambos cuerpos se encontraron en Nitrito y el 3 de enero decidieron fundar un fuerte en el lugar que sirvió de base en estas operaciones, dejando en él un cuerpo de 50 hombres con sus equipos.

Los antecedentes recogidos hicieron pensar que las huestes indígenas se habían concentrado en el valle del Lonquimay.

Se dirigieron a ese lugar y allí se dejó un destacamento de 100 hombres al mando del ayudante del teniente coronel, el capitán ayudante Hermosilla. Este establecimiento fue base de un fuerte que llegó a ser la actual Lonquimay.

Realizaron por la región de la laguna Galletué una expedición y pudieron darse cuenta que los indígenas de ese sector lo habían abandonado, como lo mostraban sus rucas, con señales de abandono reciente. Siguiéron sus rastros y dedujeron que se habían dirigido a Argentina; la tropa no pasó la línea limítrofe para evitar complicaciones posteriores y decidió regresar. El 11 de enero se reunieron otra vez en Lonquimay.

Todos juntos regresaron a Nitrito y aquí se dejó a firme una compañía a cargo del teniente Venegas, con instrucciones de iniciar un fuerte y mantenerse en contacto con los indígenas.

El resto de las fuerzas el 22 de enero llegaba a Canteras, lo que indica que regresaron orillando el Biobío y el 23, en Los Ángeles, estas fuerzas fueron puestas en receso.

En febrero, en la visita del ministro Castellón, tuvo una entrevista Drouilly con él, le informó sobre todo lo relativo a la región cordillerana y, en esta ocasión, el ministro aprobó la construcción del fuerte Nitrito. El 8 de marzo, Drouilly se trasladó de nuevo a ese lugar, llevando tropas de relevo y abastecimiento para todo el invierno, se activó la construcción del fuerte y se encargó a sus hombres estar atentos a fin de informarse del pensamiento e intenciones de los indígenas.

Aprovechando la presencia de Drouilly, se apersonaron varios caciques para confesar su sometimiento, mientras otros grupos mantenían una situación indecisa. Se organizó entonces una fuerza de unos 100 indígenas amigos que recorrió territorio andino chileno y argentino, hasta las inmediaciones del río Limai, demostrando a todos los caciques la conveniencia del sometimiento y sumisión a las autoridades.

Esta excursión duró todo el mes de marzo y dio sus frutos. Algunos caciques manifestaron su sumisión a la fuerza de Nitrito, mientras otros fueron a someterse al fuerte Roca en territorio argentino.

Caciques como Huaiquimir, Paineo y Cheuquel, mandaron a Nitrito la seguridad de que ellos no hostilizarían la frontera argentina.

Las expediciones en la cordillera presentan más dificultades en los cordones longitudinales que forman el macizo andino, con bosques impenetrables y quebradas profundas. En cambio, las altas planicies, desnudas de bosques y sus vegas cubiertas de pastos y coironales, facilitan las operaciones militares.

Mientras Urrutia, a fines del año 1882 y principios del 83, ocupaba Villarrica, se le encomendó a Martín Drouilly una expedición destinada a ocupar los valles cordilleranos, la que va a realizar, en mejores condiciones y con más elementos, pues temían que, con la ocupación de Villarrica, los rebeldes pudieran ir a juntarse, en crecido número, con los pehuenches.

El ejército argentino en el mismo tiempo, dividido en tres cuerpos, hacía movimientos en todo su sector que arrojaría a los indígenas de ese lado hacia Chile, principalmente a los que vivían entre el Neuquén y el Limai.

En el mes de noviembre se movilizaron las principales fuerzas para esta campaña:

Escuadrón Nacimiento, al mando del comandante de Guardias Nacionales don Pascual Cid.

Con Compañías de Mulchén y Curaco se organizó un escuadrón al mando del segundo jefe de la expedición, mayor del Ejército don Manuel de la Fuente.

Compañía Antuco, con el capitán del Ejército Enrique Zelada.

Compañía Santa Bárbara con el teniente de Guardias Nacionales Domingo A. Rodríguez.

Esta fuerza completaba un total de 310 hombres, cuyo Estado Mayor lo integraban: Martín Drouilly, el capitán Alfonso Toro Herrera y el cirujano Francisco J. Oyarzún.

Como la operación que emprenderían era larga y las serranías cordilleranas difíciles, se prepararon para llevar a cabo esta expedición, llevando una tropa bien montada, incluso con un caballo de relevo, y una buena partida de mulas para el transporte de la carga de víveres y toda clase de elementos para una expedición que podía durar unos dos meses.

Mientras Urrutia, en la región de Villarrica, Pucón y Palguín actuaba, como lo hizo siempre, en forma conciliadora con el indígena, en el lado argentino se actuaba con el criterio que ya señalamos: sometimiento total o muerte sin excepción.

De allí que se presentaran varios caciques, con sus tribus, implorando clemencia y sometiendo al amparo de esta división.

Urrutia, encontrándose en Freire, recibió una misiva del cacique Reumai, que vivía en territorio argentino, anunciándole que sus tolderías como las de su hermano Namoncura y su tío Reucura habían sido asaltadas por fuerzas de esa República y que, después de haberle muerto algunos mocetones y mujeres, los habían venido persiguiendo hasta nuestro territorio, trasmontando la cordillera de los Andes hasta Llaima, cerca de cuyo lugar y en pleno territorio chileno habían hecho prisionero y ultimado a su yerno Nahuelhual.

Urrutia mandó un correo a Reumai, pidiéndole más datos al respecto y el mismo Reumai se presentó al coronel, a ratificar lo anunciado, agregando que, encontrándose perseguido por todas partes, habían venido a cobijarse a este lado de la cordillera como 500 personas de todas las edades y de ambos sexos, sin traer cosa alguna y que habían resuelto no volver más a las tierras de donde venían. Urrutia atendió a todos los indígenas, les proporcionó ropa y víveres y les dejó instalarse.

Así ocurrieron varias veces, en el sector andino, violaciones de frontera.

En estas violaciones de frontera, muchas veces unidades de uno y otro país ingresaron a tierra ajena, sin que ello tuviera mayor importancia; incluso se visitaban y se comunicaban lo que ocurría y lo que hacían.

Así se desprende del parte de la Comandancia de la expedición a las cordilleras de la Araucanía, enviado al Ministro de la Guerra, por Martín Drouilly, fechado en Lonquimay el 6 de marzo de 1883.

Este parte del señor Drouilly se debió a la noticia recibida a fines de febrero de haberse producido un encuentro entre unidades chilenas y argentinas.

En su parte, Drouilly da una completa información sobre geografía de la región del nacimiento del Biobío, del sector de Galletué e Icalma y de los primeros ríos que en la cordillera divisoria comienzan a engrosar la corriente del gran río.

Da cuenta de cómo, en el lugar en que el río Liucura confunde sus aguas con el Biobío, se fundó un fuerte, que fue confiado al teniente Domingo Á. Rodríguez con su compañía de Guardias Nacionales de Santa Bárbara.

Igualmente para confirmar el espíritu de ambos ejércitos, en esta campaña cordillerana, el 26 de enero de 1833 puso en conocimiento del Cuartel general argentino la construcción de este fuerte y su ubicación.

El general Villegas, del ejército argentino, contestó esta nota de Drouilly con fecha 3 de marzo y le dice: "Agradeciendo a Ud. las noticias que me da sobre la colocación de un destacamento de fuerzas del Ejército de esa República en los boquetes occidentales de la cordillera, me haré un deber en comunicarle la de los de la división a mis órdenes, así que ellos estén establecidos, de cuya operación me estoy preocupando".

El fuerte se construía bajo la vigilancia del teniente Rodríguez y las relaciones eran cordiales con las unidades argentinas que habían llegado hasta Liucura y Lonquimay y se habían retirado, siguiendo amistosas comunicaciones con los comandantes Belisle y Ravanal.

Por eso la noticia de un encuentro entre unidades era algo totalmente sorpresivo.

Drouilly dice que tomados los datos en el lugar mismo de los hechos, los puede sintetizar así:

El 16 de febrero un grupo de 10 soldados argentinos, que bajaba por el lado de la cordillera en Chile hasta Icalma, encontró a un niño que cuidaba 9 ovejas de las que se apoderó la tropa, huyendo el niño a los montes.

Este piquete siguió al poniente de Galletué y, a orillas de la laguna en el bosque de Araucarias, encontraron a dos indias jóvenes y tres muchachos recogiendo piñones, los tomaron, se los llevaron cautivos y se retiraron a su territorio.

En la misma tarde, un grupo de unos 30 hombres seguían la huella del pequeño piquete sin alcanzarlo.

Este grupo tuvo que alojar en Galletué. Los indios que conocieron los hechos señalados enviaron un correo a Liucura y el 17 enviaron otro quejándose de la acción argentina y expresando al teniente Rodríguez que si él no tomaba medidas ellos emprenderían un ataque formal contra los argentinos.

Rodríguez tenía instrucciones escritas y terminantes, por las cuales se les prohibía actuar por sí mismo y que, ante cualquier emergencia, debía comunicarla al comandante Cid al fuerte de Lonquimay, que se hallaba a 30 km de Liucura.

Pero, tal vez con el ánimo de informar mejor a Cid, Rodríguez con 32 hombres montados de los 67 que tenía, se encontró en una pampa de arena con los argentinos. Estos al divisar la pequeña unidad se desmontaron y se parapetaron en una zanja.

Rodríguez avanzaba para encontrarse con los argentinos, cuando se les presentó el cacique Queupo, dando la seguridad que ellos seguían a esta fuerza pero que no la habían atacado. Se les reiteró la orden de retirarse y mantenerse en paz.

Esta conferencia de Queupo y Rodríguez tuvo lugar en el paso del Biobío que se ubica en un bajo que tiene una diferencia de 20 metros con el nivel del llano donde estaban los argentinos.

Al subir al llano este piquete se encontró a la vista de la unidad argentina quienes dispararon dos tiros.

Rodríguez hizo alto, desmontó su gente, e indicó al alférez Norambuena que, con cuatro soldados con bandera blanca, fuera a conferenciar con los argentinos. Apenas recorrió unos pasos tuvo que replegarse Norambuena, pues se había hecho una descarga de nutrido fuego que hirió a uno de los soldados.

Rodríguez perdió la calma y el control que debía conservar de acuerdo a las instrucciones y mandó contestar el fuego. Los cívicos avanzaron hasta unos 30 metros de la zanja aunque estaban tendidos los soldados; se produjo un tiroteo por lado y lado. Rodríguez ordenó replegar a sus cívicos en vista de la baja de uno y otro destacamento. Le afectaba alguna responsabilidad por no haber acatado las órdenes de sus jefes y haber aceptado el combate.

Los argentinos perdieron sus cabalgaduras muertas o dispersas y se retiraron a pie, abandonando los muertos en el campo y muchos objetos, entre otros un antejo o gemelo de oficial y un servicio (cubierto de mesa) con las iniciales J.T.

Por parte de Chile murieron 6: el cabo 1° Vicente Merino, cabo 2° Benito Muñoz, soldados José de la Cruz Araneda, Genaro Leiva, Juan de Dios Campos y José Mercedes Oliva. Heridos, retiraron a caballos al cabo 1° Juan Agustín Poblete y a los soldados José Bernardo Pérez y Gregorio Aránguiz.

Relatados los hechos, Drouilly termina estableciendo que es incuestionable que la unidad argentina estaba, por lo menos, en territorio chileno a 8 km de la frontera, tomando algunos indios que se llevaba cautivos. Además cree que el jefe viéndose en dificultad por sus propios actos, dejó o mandó a sus tropas hicieran fuego contra la tropa chilena que se encontraba en su territorio y con bandera blanca de Parlamento.

En cuanto al teniente Rodríguez establece: 1° desobedeció las instrucciones de avisar al comandante Cid y no actuar si se encontraban con tropas argentinas. Faltó a su deber no comunicando en ese mismo día con algún correo urgente a Lonquimay; 2° que cometió actos de impericia inconcebible, al atacar en ese lugar en pampa abierta.

Por estas razones esta Comandancia mandó levantar un sumario y remitió al teniente Rodríguez arrestado a Los Ángeles.

Agrega a su informe que el día 26 de febrero, cuando llegó a visitar el lugar de los sucesos del 17 de febrero, encontró la noticia que tropas argentinas en

número de 100 hombres, habían llegado a ese lugar el día anterior, donde pernoctaron, como lo probaban los restos de un gran número de fuegos apagados.

El informe de Drouilly sirvió para que el gobierno, a través del Ministro de Relaciones, iniciara las gestiones diplomáticas que pusieran término a este, el más enojoso hecho de frontera en relación con Argentina.

Fue sin duda un hecho desgraciado, ya que toda la campaña se había llevado con la máxima armonía y aun, es necesario decirlo, con la mayor cooperación de uno y otro lado.

2. TÉRMINO DE LAS OPERACIONES MILITARES, COMIENZA ORGANIZACIÓN CIVIL DE LA FRONTERA

Una vez cumplidos los planes del proyecto elaborado por Drouilly y construidos los fuertes del alto Biobío, solo falta para completar la ocupación, terminar la llamada línea del Toltén, con la ubicación de algún lugar en la parte central. Los fuertes del alto Biobío, por Decreto del 20 de abril de 1883, se ordenó que quedaran bajo la autoridad del coronel Gregorio Urrutia y debían ser ocupados por hombres pertenecientes a tropas bajo su mando.

La mayor parte de estas fuerzas pertenecían a la guarnición de Biobío, por la simple razón que era más fácil la comercialización con esos lugares por esa vía y se podía atender mejor las necesidades y subsistencias de ellos. Urrutia, siempre muy activo en el cumplimiento de sus responsabilidades, puso en cumplimiento inmediato la orden y designó al capitán Juan Bautista Hariet que, con tropas del Batallón Ñuble, efectuara esos relevos.

Pero, el 30 de abril, otro Decreto ordena dejar sin efecto el anterior.

El coronel Urrutia, afectado por esta contraorden dirigió una comunicación al señor Ministro de la Guerra en la que dice: "Hoy mismo le he dado estricto cumplimiento a su orden; pero esa orden envuelve un marcado desprestigio en el alto puesto de confianza con que se me ha honrado y por lo mismo se halla en el caso de hacer la más formal renuncia, para que la eleve al Supremo Gobierno".

Esta fue la causa primordial del retiro de la Frontera del hombre que le había dedicado, desde largos años, todas sus energías, su talento y dotes singulares, en que sabiamente había descollado para dominar esta raza.

Retirado Urrutia del comando de las fuerzas de la Frontera, le reemplazó accidentalmente en el mando el coronel de Guardias Nacionales y comandante del Batallón Angol, don Alejandro Larenas.

La Araucanía, como tal, dejaba de existir y se incorporaba de lleno a la vida nacional. La soberanía de la nación chilena imperaría de aquí en adelante sobre este territorio y sobre sus habitantes.

El gobierno de Domingo Santa María estimó que la administración de este territorio no debía pasar aún a la autoridad civil, conforme lo imponía la Constitución; debía permanecer un tiempo más entregado al comando de la autoridad militar. Para pensar así tenía presente que el indígena, hasta aquí, había mirado siempre como autoridad al militar y era peligrosa una violenta transición al pasar de un régimen a otro.

Los particulares que en la zona se instalaron y que explotaban los terrenos que ocupaban porque, abandonados por el indio quedaban sin dueño mientras el Estado no los ocupaba o adjudicaba, siempre se entendieron sin mayor problema con la autoridad militar local.

Este aspecto, sin embargo, acarreará más tarde graves problemas en la constitución legal de la propiedad raíz tanto urbana como rural.

El Fisco adjudicaba terrenos que estaban ocupados de hecho, y en explotación y con vivienda construida y comenzaba la larga tramitación judicial y enojosos trámites, que no pocas veces terminaron en crímenes.

El que estaba instalado alegaba el derecho de primer ocupante y, como tal, el que emanaba de haber ayudado con su presencia, con su trabajo, y con su defensa, a asegurar el dominio territorial de Chile en lo que se iba conquistando. Esto en cierto aspecto y en muchos casos fue verdad; pero en otros era simplemente audacia y viveza, que nunca faltan cuando las situaciones no están perfectamente claras. La legislación dictada en esa fecha establecía que todo el terreno que el ejército ocupara en la Araucanía, era propiedad del Estado, que respetaría el dominio de aquellas tierras habitadas por los indígenas sometidos.

Otra razón que haría necesario mantener la autoridad militar era continuar usando el brazo de los soldados para abrir las vías de comunicación, construir caminos, puentes, edificios y más tarde, el Regimiento de Zapadores, ayudando en la construcción de las vías férreas.

Por estas consideraciones, la renuncia de Gregorio Urrutia dejó en su reemplazo interinamente al coronel Alejandro Larenas, pero a fines del mismo año 1883 se designó comandante en Jefe del Ejército del Sur al General de Brigada Marco Aurelio Arriagada.

Como en agosto de 1884 se mandó desocupar el territorio peruano, volvieron al país las unidades militares de ocupación. Algunas de estas unidades fueron enviadas directamente del Callao a Talcahuano, y de aquí partían a Angol. Las primeras unidades que llegaron fueron el Regimiento Santiago 5° de Línea y el Regimiento de Zapadores. Estos cuerpos relevan de sus obligaciones a las Guardias Nacionales, que entran en receso, se movilizan y vuelven a su vida civil. Llegan, en una segunda acción, los Regimientos 3° y 4° de Línea, que fueron reducidos a Batallones y continuaron en la obra pacífica de trabajo y resguardo de los numerosos habitantes que ya poblaban la Frontera.

En septiembre de 1884 vuelven a nombrar en reemplazo de Arriagada a Gregorio Urrutia que se hace cargo del Comando General. Su nombramiento fue breve, pues en diciembre era enviado a asumir la Jefatura de la División que ocuparía Tacna y Arica.

Fue designado en su reemplazo el coronel Alejandro Gorostiaga, quien hizo recaer el gobierno administrativo en los jefes de plaza y comandantes de fuertes, los que dependían directamente de la jefatura de plaza.

Comenzó también en estos años, bajo su Comando, la supresión de muchos destacamentos que ya no tenían razón de ser.

Para Gorostiaga la Frontera no era desconocida, había actuado largo tiempo en esta región antes de incorporarse al Ejército que fue al norte.

El presidente Balmaceda será quien, mediante una Ley presentada al Congreso, dará el paso de crear las provincias de Malleco y Cautín e incorporarlas a la administración civil del Estado.

La Ley del 12 de marzo de 1887 crea las provincias, suspendiendo el estado de asamblea en que habían vivido, las primeras autoridades civiles fueron, para Malleco, José Luis Vergara Correa y, para Cautín, don Francisco Pérez. Con este paso, que significó el inicio de la paz en la Frontera, totalmente ocupada, se va a realizar el trabajo de poblar, construir, crear las administraciones provinciales de los servicios que en el país funcionan y se irá integrando, definitivamente, la altiva Araucanía a la vida del país.

El 1 de junio de 1883, el presidente de la República, Domingo Santa María, al inaugurar el período ordinario de Sesiones del Congreso, decía:

“El país ha visto con satisfacción resolverse el secular problema de la reducción completa de la Araucanía. Este acontecimiento tan importante para nuestra vida política y social, y de tanta significación para el porvenir de la república, se ha llevado a término, con felicidad y con costosos y dolorosos sacrificios. La Araucanía entera se halla hoy sometida más que al poder material, al poder moral y civilizador de la República y en estos momentos se levantan poblaciones importantes, destinadas a ser centros mercantiles e industriales de mucha consideración en medio de selvas vírgenes y campiñas desconocidas, que eran hasta ayer el santuario impenetrable de la altivez e independencia araucanos”.

“Debemos felicitarnos con tanta mayor razón de este grato acontecimiento, cuanto que él ha sido realizado sin empeñar combates y sin inflingir el menor daño a los belicosos, pero hoy reducidos habitantes de esos territorios. Se han persuadido de lo inútil de la lucha y se han entregado, en vista del tratamiento empleado en ellos, confiados a la protección civilizadora de nuestras leyes”⁶⁷.

En el mismo mensaje da cuenta de estar realizando estudios para la construcción de varios ferrocarriles, pero señala que dará prioridad y pronto comenzará la construcción de la línea de Angol a Traiguén y de Renaico a Victoria, líneas que atravesando la Araucanía están llamadas a sellar la posesión definitiva y tranquila de las comarcas araucanas.

En el mensaje de 1884, da cuenta el Presidente al Congreso Nacional sobre su preocupación en relación a la Araucanía, la Frontera, en dos aspectos principales: la colonización extranjera y la construcción de los ferrocarriles a

67 Mensaje leído por el Presidente de la República al inaugurar las actividades del Congreso Nacional en el año 1883.

Traiguén y a Victoria, como de la continuación de los estudios en el terreno del trazado que tendría de Victoria a Temuco y de Temuco a Valdivia y Osorno.

La construcción de los ferrocarriles y caminos y, en general, obras públicas eran materia propia del Ministerio del Interior.

Solo a partir de la Presidencia de Balmaceda, creado el Ministerio de Obras Públicas, será este el que continúe esta preocupación.

Pero, en junio de 1884, el Ministro del Interior da cuenta de haber firmado contrato de construcción de las líneas de Angol-Traiguén y Renaico-Victoria con la empresa de don Carlos Hillman y don S.H. Mayers, por una suma que asciende a \$3.880.774,18. La primera, 73,5 km y la segunda 81 km.

Estas construcciones tienen varias motivaciones: contribuir a crear un medio que una a todo el país, ya que esta construcción dará la oportunidad de llegar hasta Puerto Montt; concluir con la barbarie de la Frontera, abrir a la agricultura y al comercio una vasta y riquísima región, dar mayor valor a la propiedad fiscal, la que, dividida y rematada, entregará un aporte mucho mayor que el importe de los ferrocarriles que se construyen.

Los puentes que se consideraron en la construcción se estimaron como hechos en madera, pero pronto se comprendió que eso solo sería posible en pequeños pasos, esteros y alcantarillados, pero no en el cruce de los ríos; lo que motivó el estudio y aprobación de modificación del Presupuesto para considerar en fierro los puentes principales y entre ellos empieza a hablarse de la obra de ingeniería que debía significar el puente del Malleco.

La memoria que presenta al Congreso Nacional el ministro de la Guerra, Carlos Antúnez, con fecha 1 de septiembre de 1886, nos muestra el gran avance que se ha verificado en la Araucanía en relación con el mapuche, que se encuentra totalmente sometido.

En este mes de septiembre se pone término al período presidencial de Domingo Santa María, en cuyo gobierno se dio fin al largo empeño por ocupar la Araucanía y someterla plena y definitivamente a las autoridades de la República.

Será trabajo de la administración de José M. Balmaceda, el desarrollar su nueva actividad como provincias, que, como hemos visto, se crearon en 1887

y establecer todos los servicios propios de la administración del resto del país.

La administración Balmaceda fue, en todo el país, extraordinariamente efectiva. En su administración se dejó sentir la influencia del ingreso de recursos a la caja fiscal, por el dominio total de las salitreras y la demanda internacional del salitre. Este bienestar económico permitirá a este gobierno dar pasos definitivos en el adelanto de estas regiones.

Se le dio un impulso, sin restricciones, a la construcción de ferrocarriles. Entre 1884 y 1890 quedó terminado el tramo Renaico-Victoria, con todas las obras de ingeniería que significaron los puentes que debieron construirse, en especial el Malleco, que fue proyectado por el ingeniero Víctor Aurelio Lastarria, hijo del ilustre escritor Victorino Lastarria. Este puente fue proyectado siguiendo las técnicas que el ingeniero francés ocupaba en la construcción, en París, de la torre que lleva su nombre: "La Torre de Eiffel".

Con todos los antecedentes y planos se solicitaron, por intermedio de la representación diplomática, propuestas en Europa para la construcción del puente Malleco, que era un perfecto "mecano armable".

Teniendo varias propuestas a la vista, el gobierno cerró contrato con la firma Schneider y Cía., de la ciudad de Creusot, por un costo total de \$ 1.050.000. Este contrato consiste en construir todas las piezas metálicas que componen la cama superior sobre la que se asentarán los rieles y los pilares. Estos se pararán sobre robustos fundamentos construidos de piedra y mezcla de cemento Portland, importado de Inglaterra. Todo lo que es mampostería, piedra, cemento y fundaciones fue obra de la firma contratista de la construcción del ferrocarril.

El largo total del viaducto es de 407,50 metros y la altura de los rieles, sobre el nivel de las aguas, de 97,60 metros. La construcción de este puente duró cerca de los cuatro años y fue inaugurado oficialmente con la asistencia del presidente Balmaceda, en gran ceremonia pública, el 26 de octubre de 1890.

Habían pasado 9 años, desde la fundación del fuerte Temuco. Ese mismo día Balmaceda llegó en tren a Victoria, dejando oficialmente inaugurado el ferrocarril hasta ese punto.

Pero, a esa fecha, ya se estaba trabajando en la continuación Victoria-Temuco, propuesta pública que la obtuvo y la llevó a cabo don Gregorio Urrutia que, retirado del ejército, formó una sociedad con Tomás Albarracín, la que se adjudicó esta propuesta y luego la amplió a Temuco-Pitrufquén.

Pero esta administración no solo se preocupó de ferrocarriles; construyó gobernaciones e intendencias: las de Lautaro e Imperial datan de esa fecha, la Intendencia de Temuco, que duró hasta el terremoto de 1960, era la construida en esa época, junto con lo que fue el Telégrafo del Estado y Correos de Temuco, todo un conjunto que ocupaba el cuarto de manzana de Claro Solar y Bulnes, que es hoy oficinas públicas e Intendencia Regional y Gobernación Provincial.

Además, hubo construcción de escuelas, hospitales, cárceles. Fue un período de actividad febril, no solo en la Frontera, sino en todo el país.

CAPÍTULO DÉCIMO

Desenvolvimiento de la Frontera

1. DESARROLLO CIVIL

Desde que inició Cornelio Saavedra la ocupación de la Araucanía y comenzó por refundar Negrete, fundar Mulchén y luego, a fines de 1862, Angol, puede decirse que, paulatinamente, tanto Negrete como Mulchén confundieron su vida y sus intereses con Los Ángeles y luego con la provincia de Biobío, de tal manera que, prácticamente, cuesta ubicarlas en lo que es la Frontera.

No así Angol, ciudad que es imposible dejar a un lado en este historial, pues fue el centro de donde partió toda la acción emprendida para lograr la ocupación y en ella radicó la autoridad del ejército del Sur o División de la Frontera.

El gran paso para el progreso de Angol y para toda la ocupación del sur fue la facilidad de las comunicaciones.

En 1873 el gobierno pudo inaugurar el ferrocarril de San Rosendo a Angol y el ramal de Santa Fe a Los Ángeles, obra que se ejecutó por el contratista don Juan Slater y que cambió la vida de la hasta entonces Villa de Angol.

Unida al resto del país, a horas de Concepción y en el día se llegaba a Santiago, Angol se incorporaba de lleno a las ciudades y centros urbanos del país. Esta unión significó asimismo la comunicación telegráfica y el sistema de correo.

El comercio va a encontrar un camino expedito para su desarrollo y la agricultura un centro muy importante de producción, del cual pueden salir con facilidad los frutos del trabajo y de la tierra.

Nunca se podría dejar a un lado a Angol cuando alguien quiera conocer y entender el desarrollo de las operaciones que terminaron con la ocupación de la Araucanía y con el crecimiento de su población.

Los efectos del ferrocarril movieron, a Santa María primero y a Balmaceda después, a poner todo su empeño en continuar el tendido de esta red, que fue el gran camino del progreso y de la civilización. Por eso, qué alegría tan grande fue para toda la región el llamado a propuesta, que se hizo en 1883 y que se definió a principios de 1884, para construir el ferrocarril de Angol a Traiguén y de Renaico a Victoria, del que ya hemos hecho mención.

Veremos ahora algunos pasos de este avance y sus consecuencias. El jueves 11 de marzo de 1886, a las 10 horas, se remachó el último clavo de los rieles de la línea a Los Sauces y horas después el silbido de la máquina anunciaba la llegada del primer servicio de tren entre Angol y Los Sauces.

Una locomotora y un carro traían al contratista señor Hillman y a varios empleados. Los esperaba, en el fuerte de Los Sauces, un grupo de vecinos llenos de entusiasmo y gratitud. La colonia alemana del lugar les ofreció una comida, que se llevó a efecto a las 6 de la tarde. Los anfitriones fueron los colonos alemanes: Von Deling y Gustavo Biel y unas cuarenta personas; hubo discursos, comida y brindis por la prosperidad de Chile.

El tren regresó a Angol a las 12 de la noche, demorando en el trayecto poco menos de una hora.

Para apreciar lo que esto significa, basta con pensar, que este servicio ha conducido hasta Angol y luego a Talcahuano en los primeros 7 días, más de 8.000 sacos de trigo. La nota periodística del "Independiente" de Santiago, del día 19 de marzo, que da esta información de su corresponsal en Angol, agrega... "Y esto que el señor José Bunster no ha querido hacer embarques todavía de la inmensa cantidad que tiene de este cereal, hasta que se desocupen sus bodegas de Talcahuano".

Ciertamente el corresponsal tiene razón, ya que el 6 de abril el mismo diario, en su edición da cuenta que en el mes de abril se ha despachado a Talcahuano un total de 71.239 sacos de trigo que se distribuyen entre los siguientes productores:

Galán Hnos.	2.374 sacos
Tomás Smith	1.095 sacos
R. Beherins	990 sacos
Van Hnos.	685 sacos
B. Mathieu	1.562 sacos
Soffia	5.066 sacos
M. Hoopel	2.875 sacos
G.W. Mackay	4.907 sacos
José Bunster	51.685 sacos
	<hr/>
	71.239 sacos

En *El Mercurio* de Valparaíso se publica, en notas de provincia, el día 17 de enero de 1889, que el corresponsal de Angol comunica:

“Inauguróse hoy 15 de enero el ferrocarril directo Angol-Traiguén. En tren especial a las 11.30 hrs. partió de Angol el Intendente y personas notables de Angol que lo acompañan. Fueron invitados a un banquete que se sirvió a las 3 de la tarde, celebrando el término de la línea. De hoy 15 de enero en adelante habrá tren diario de ida y vuelta Traiguén-Angol”.

Qué pasos tan importantes son los que se están dando. Hay que pensar lo que significa moverse en esta zona, en carretas o coches tirados por caballo.

No solo su lentitud y la aspereza del camino, sino la imposibilidad de usar esa comunicación en el invierno.

Era el gran paso de la barbarie a la civilización; el desarrollo del comercio, de las comunicaciones. Era otra vida la que adquirirían estas poblaciones.

Volvamos a la línea de Renaico-Victoria. Tuvo esta construcción varios tropiezos; en la primera sección hasta Collipulli se encontró con terrenos de difícil excavación, toscas muy duras. En el principio de la construcción, la dificultad de encontrar mano de obra, y aun cuando la lograba, siempre estaba en la posibilidad de dejar este trabajo para incorporarse a otro de mejor remuneración. El tercer gran obstáculo por vencer era el cruce del Malleco, por la profundidad de la quebrada.

Al comienzo de 1887 se llegaba a Collipulli, en forma provisoria y se comenzaban las faenas desde la orilla sur a Victoria. En mayo de 1888, el “Independiente” de Santiago (3-V-1888), refiriéndose a estas actividades, da cuenta de estar trabajando en la línea cerca de 1.000 operarios, de los que unos 500 se ocupan del trabajo en el viaducto, primero, en los estribos norte sur y en las bases de los pilares.

En esos mismos días deben haber llegado cerca de 2.000 cajones que contenían toda la ferretería o superestructura del colosal viaducto. Este había sido armado en Creusot por la firma que lo elaboró y luego, desarmado en piezas, fue embarcado rumbo a Talcahuano, y de allí fue llegando a Collipulli. Venían 3 oficiales armadores de la fundición para participar en la construcción. Para dar más eficacia y rapidez, el ingeniero Lastarria solicitó del gobierno la posibilidad de contar con soldados del regimiento Zapadores, que ayudaran en la tarea.

Dos meses más tarde estaban en la tarea 500 hombres de esa unidad militar.

El trabajo en la vía se concentró entre Collipulli y Victoria; en partes de tupido bosque era preciso abrir una faja de 50 metros de ancho. El trabajador se convertía en hachero.

De los mismos árboles se hacían durmientes, acompañaba en las operaciones un equipo aserradero, con motor a vapor que hacía la tarea, una vez que con sierra “corvina” se hacían los trozos.

Luego el destronque y formar la cama o planchado sobre el cual se extenderían los rieles.

El planchado era emparejado y se cubría con una apreciable capa de chancado de unos cuatro metros de ancho.

Este trabajo era muy lento, pues los medios de acarreo eran carretillas de mano y carretas de bueyes. Para dar más eficacia y rapidez se tendían sobre la cama de tierra rieles, que no serían definitivos y Lastarria hizo pasar una locomotora por la quebrada. La bajaron y subieron a brazo de hombres. Alrededor de 800 hombres, sujetaron de cuerdas una máquina en un plano inclinado de rieles y los mismos la subieron tirando de ella. ¡Hurras! y ¡Viva Chile! en abundancia premiaron la intrépida tarea. Fue así posible aumentar la rapidez para la colocación de la base de chancado, colocación de durmientes y distribución de rieles.

Pérdida muy sentida fue el fallecimiento en julio de 1888 del ingeniero Víctor Aurelio Lastarria que, para solucionar en el terreno cualquier problema, se instaló con su familia en Collipulli. Murió a los 44 años de edad, dejando una numerosa descendencia de 9 hijos, de los que el mayor contaba con 14 años y, además, una viuda, Margarita Cavero.

Eran trabajos titánicos, ya que prácticamente todo se debía realizar a base de fuerza de brazo humano.

A Lastarria lo reemplazó en la oficina y conducción de la obra el ingeniero Stern, y en noviembre se designó oficialmente y en propiedad para la inspección, tanto del ferrocarril a Traiguén como el de Victoria, al ingeniero Eduardo Vigneaux.

En el proceso y desarrollo de la construcción de los ferrocarriles en esta región se produjeron varias alteraciones. El contrato que, en Propuesta Pública, obtuvo la firma Hillman-Mayers se rescindió por apreciaciones contradictorias, entre ella y el gobierno, y se va a terminar bajo la administración de una comisión, en nombre del gobierno, integrada por ingenieros con conocimiento de la materia.

La construcción del ferrocarril de Victoria a Temuco se lo adjudicó la firma de ingenieros americanos North and South American Construction Company que en 1890 estaba en bancarrota.

El Estado ejecuta por administración las construcciones de las líneas, puentes y obras civiles como estaciones, viviendas, maestranzas, etc.

Mientras la North and South realiza su trabajo, llamó a propuesta el otorgamiento de subcontratos.

Es así como la firma y empresa Albarracín y Urrutia obtuvo el contrato Victoria-Temuco en el que, habiendo dado cumplimiento a satisfacción de la división de los ferrocarriles, se les permitió continuar, pero ahora bajo el control directo de la Comisión Gubernamental, cuya dirección está en manos de un ingeniero jefe, Luis Roberto de la Mahotiere.

La línea en construcción hasta Temuco es de responsabilidad de la firma Albarracín y Urrutia y está dividida en tres sectores:

1° Victoria hasta el río Perquenco, 20 km, jefe de esta sección, Guillermo Fonck, con residencia en Victoria.

2° Del río Perquenco al Curaco, 27 km, jefe de esta sección, el ingeniero belga Gustavo Verniory, con residencia en Lautaro; y

3° Del Curaco a Temuco, 18 km, jefe de esta sección el ingeniero M. Mayaud, con residencia en Temuco.

El ingeniero Verniory, que tuvo a su cargo la 2ª sección y que, viviendo en Lautaro, comprendió el grave error que significaba el paso del ferrocarril por una de las calles del pueblo y presintió lo que sería en el futuro, se permitió proponer una modificación a la Dirección General de Ferrocarriles, desviando el paso por el contorno poniente de Lautaro, en los contrafuertes de las montañas del Ñielol; desgraciadamente la buena proposición fue desechada.

El ingeniero llevó un diario de vida durante su permanencia en Chile; fue editado por "Edición de la Universidad de Chile", en los talleres de la Editorial Universitaria, en 1975, bajo el título "Diez años de Araucanía 1889-1899".

En su obra nos ha dejado su impresión sobre lo que era, lo que hacía, cómo se trabajaba en esta región, cómo crecía y cambiaba de rostro la Araucanía con lo que aquí se realizaba: ferrocarriles; adjudicación de propiedades urbanas, en sitios, y propiedades rurales, que se asignaban en reducciones con título de Merced a las familias mapuches, propiedades rurales que se entregaban a colonos nacionales y extranjeros, colonias propiedades rurales que se asignaban mediante el remate público.

En estas propiedades, sitios urbanos, luego se construían viviendas y surgían los pueblos; en las rurales nacían las haciendas, con sus variadas producciones, siendo tres las principales: trigo, madera y ganadería.

Otro elemento que no podía desconocerse, ni omitirse a quienquiera conocer la Frontera, es la influencia que ha significado para esta región el esfuerzo realizado por el gobierno para incorporar en esta zona una colonización europea que juega un gran papel en el espíritu y desarrollo de esta parte de Chile.

Verniory se instaló en Lautaro, a cargo de la 2ª sección del tramo Victoria-Temuco, desde Perquenco al estero Curaco y nos pinta en su obra lo que era Lautaro, 9 años después de la fundación del fuerte.

Describe el centro de Lautaro con su plaza principal y el cuartel de la tropa en la orilla del río Cautín, que a la fecha tenía un puente colgante, que ya no servía, construido en los días de 1881 y una lancha o balsa que unía las dos orillas. Este ingeniero será el contratista particular que construirá sobre el Cautín, en una propuesta, el primer puente sobre este río con pilotes de rieles y maderamen, que duró hasta la construcción del puente que actualmente une Lautaro y Ultra Cautín.

En el contorno de la plaza ubica el único hotel que en ese momento había: el Hotel Alemán, que era solo una "casucha"; además la Casa Francesa, cuyos dueños eran Enrique Lacroix, Pedro Salaverry y Amadeo Iribarren, los tres vascos franceses; el almacén de Bautista Tihista, también vasco; los almacenes del alemán Ernesto Bergh y del danés Hansen; la tienda de Urbano Ortiz, que

se desempeña como subdelegado y que frente a la plaza tiene también su casa el abogado Lizardo Oñate, que hace de juez.

Gerente de la Bodega de Williamson Balfur, gran firma inglesa, que compra cereales en gran cantidad para la exportación, es un sueco, Gustavo Melín. Así da una cantidad de referencias que hacen que su libro sea un elemento utilísimo para quien quiera conocer ese tiempo.

Verniory dejó su cargo público y pasó a ser el ingeniero ejecutor de la obra del ferrocarril a Temuco, contratado ahora por la empresa constructora Albarracín-Urrutia.

En el desarrollo de esta vía hay momentos que son a su vez puntos de partida de progreso y adelanto. Así el 10 de abril de 1892 se celebra con gran fiesta la llegada del ferrocarril hasta la orilla norte del río Quillón.

Mientras tanto avanza una doble construcción sobre el río, una provisional un puente de madera que lo construye la firma contratista y otros trabajos de albañilería donde se colocará el puente definitivo de fierro, bajo la responsabilidad de la Dirección del Ferrocarril.

Este avance es celebrado con un especial banquete bajo la cubierta de una improvisada ramada.

La línea quedaba a un paso de Lautaro y cada vez más cerca de Temuco. Es difícil que la mente de los hombres de hoy pueda medir en toda su importancia lo que significó este paso.

El 10 de noviembre de 1892, el ferrocarril pasaba por primera vez por el puente ferroviario que quedaba terminado y hacía su entrada a Lautaro, que quedaba así unido a toda la red férrea del país.

El hecho fue celebrado con gran fiesta, embanderamiento de Lautaro, banquete oficial y los discursos del caso.

Se hace la promesa de avanzar rápidamente para llegar a Temuco antes de fin de año. Es la tarea que se le ha impuesto por Urrutia a la empresa.

Las dificultades principales son zanjas y terraplenes y el puente en Cajón sobre el estero Pumalal.

Desde Victoria despachaban trenes cargados de rieles, pernos y material diverso que era colocado trabajando desde los dos extremos, uno colocando

rieles, otro ordenando los durmientes que se amontonaban al costado de la línea. El 31 de diciembre a medianoche quedaba colocado el último riel y el tren podría llegar al día siguiente a Temuco.

El día de Año Nuevo de 1893, a las once de la mañana, las autoridades civiles y militares esperaban la llegada del primer tren.

La banda del 3° de Línea y una multitud se aglomeraba en la estación.

Es una inauguración de un servicio que queda a cargo de la empresa constructora; pero de todos modos comenzó a correr diariamente un tren que unía a Victoria con Temuco.

Era un mixto para carga y pasajeros que prestaría sus servicios hasta que la empresa se haga cargo del servicio.

En su traspaso definitivo, todo el trayecto Victoria-Lautaro-Temuco entra a ser administrado por los Ferrocarriles del Estado, en mayo de 1895.

El Ferrocarril Temuco-Pitrufquén fue llamado a propuesta y, en junio de 1895, se le adjudica a la oferta más baja, presentada por Benjamín Vivanco, quien había sido director de Obras Públicas. Vivanco será el contratista en el nombre, pero en el hecho es el coronel Urrutia el que realizara esta propuesta y vuelve a contratar, para llevarla a cabo, al ingeniero belga Verniory.

Este tramo tiene tres puentes importantes, siendo dos de ellos de difícil ejecución y de grandes proporciones; estos son el del Cautín y el del Toltén. El tercero en importancia es el puente sobre el río Quepe y, además, hay otros puentes pequeños y alcantarillas, que necesitarán para su ejecución un buen trabajo de albañilería.

Los tres puentes mencionados tienen en su ejecución dos etapas. A la empresa constructora le corresponde la ejecución de los estribos y pilares; estos últimos son pilares tubulares que tienen tres metros de diámetro y serán colocados mediante el sistema de presión de aire comprimido.

El puente mismo es una cama de fierro que se prepara en Creusot, Francia, por la firma Schneider y Cía., quienes tuvieron la responsabilidad del puente Malleco y ahora realizan estos tres puentes.

En mayo de 1898 ha quedado terminada la colocación de la cama de hierro del puente Cautín, cuyo trabajo en el terreno ha sido dirigido y vigilado por el ingeniero de la firma M. Camus.

El montaje lo comenzó en diciembre de 1897 y lo terminó en mayo de 1898. Terminado este trabajo, el ingeniero comienza la obra del Quepe. Dos meses demoró esta faena y, en julio, Mr. Camus y su ayudante, un joven Levenier, se instalan en el Toltén y comienza el montaje de este puente.

Ha sido montado con una rapidez admirable, ya que el 10 de octubre estaba el puente no solo construido, sino flamante en su pintura.

El 13 de noviembre de 1898 se realiza la solemne inauguración del tramo Temuco-Pitrufquén. Asiste a este acto el presidente de la República don Federico Errázuriz Echaurren. Es el primer Presidente que llega a Temuco.

El Toltén era el límite que correspondía, por el sur, a la Araucanía, línea que servía de límite norte con la provincia de Valdivia.

Se ha abierto una nueva propuesta para llevar la línea hasta Loncoche, obra que tiene dos puentes de menor importancia, el Chada entre Pitrufquén y Gorbea y el Dónguila en la salida sur de Gorbea. La obra difícil en este tramo no es de puentes sino de túnel, al sur de Afquintué.

El contrato lo obtuvo la firma Eugenio Boballier y los trabajos se iniciaron en mayo de 1898. Se dio término a este contrato el 11 de marzo de 1907 junto con la continuación hacia el Sur de Antilhue.

El profesor Abraham Abarca Kessie, del Liceo de Loncoche, en 1973 publicó un acucioso estudio que se tituló "Loncoche, Antecedentes para una Historia". Refiere, con detalles valiosos, la realización de algunos trabajos. Así es el caso del túnel, en donde deja constancia del nombre del obrero que dio el picotazo que abrió el forado que logró unir las faenas del túnel que se habían iniciado desde ambos extremos. El feliz obrero fue Mariano Huenuante.

El hecho de la construcción de la vía y ciertos trabajos que significan la permanencia, por un tiempo apreciable, en un lugar, marcaron la instalación de un campamento que en muchos casos dio origen a un pueblo. Este es el caso de Loncoche, que obtuvo la aprobación de su plano y establecimiento como tal, por Decreto de 22 de septiembre de 1900.

La Araucanía quedó cruzada por el tren y unida a todo el centro de Chile y Santiago por el norte y Valdivia por el sur, en 1907.

Qué cambio para toda la región significó este progreso. Siempre y en todas partes cualquier sistema de comunicación que se establece es progreso. Pero el ferrocarril es algo que afecta todos los aspectos de una región.

Se rompe el aislamiento, no hay mayor dificultad en recurrir a lugares más poblados, para abastecerse o ir en busca de salud. Se facilitan los negocios, el comercio se agiliza.

Hace posible nuevas actividades productivas que, sin una movilización, no pueden desarrollarse. El tren hizo posible entre otros hechos el mejor precio para las tierras que remata el fisco, precio en que el primero en beneficiarse es el mismo Estado, que recibió solo por estos remates, más dinero que lo que invirtió en la construcción del ferrocarril.

El trabajo de la explotación del bosque, la producción maderera, el cultivo de cereales, principalmente el trigo; nada de esto sería posible sin el ferrocarril.

Hay que pensar que no solo se construye el ferrocarril en la línea central; muy pronto empiezan a sentir la necesidad de construir red de ramales y el primero en esta Araucanía será el que une a Nueva Imperial con Temuco y luego a Carahue, obra que se adjudicó el ingeniero Severo Fuentes Río.

El ramal a Cunco y el a Villarrica, abrían camino a la penetración de la cordillera y entregaron a la economía nacional millones de pulgadas de madera, que hicieron muchas fortunas. Personas que se adjudicaban, en remate, unidades de tierra con montaña, explotaban la montaña, acumulaban riquezas y, terminada la explotación del bosque, abandonaban todo y se iban. Esta explotación irracional de la tierra es uno de los grandes pecados cometidos en esta zona, no solo por la explotación sino por la destrucción que, del bosque natural, se hizo.

Es posible afirmar que, después de la ocupación militar de la Araucanía, el otro paso que le permitió crecer e interesar a los chilenos para ocupar esta región fue la rápida construcción del ferrocarril.

Hasta la época de los años 30 del siglo XX viajar al sur de Collipulli era encontrarse en cada estación castillos y castillos de madera, que eran llevados a todo el país, principalmente hacia el norte. No había pueblo de alguna

importancia hacia el norte que no tuviera entre sus actividades comerciales una barraca de madera, que no llevara el nombre de “La Frontera”.

2. LA PROPIEDAD URBANA Y RURAL

Otro de los atractivos que tenía la Frontera, era el poder llegar a ser propietario urbano solo con avecindarse en un pueblo y pedir asignación de un sitio, lo que en los primeros 10 años se resolvía con solo solicitarlo a la autoridad local, la que los asignaba provisoriamente, mientras se tramitaban los decretos que los asignaban.

El Decreto de asignación de un sitio en una manzana, era título suficiente para inscribir la propiedad a nombre del asignatario en el registro correspondiente. Antes del año 1887, las inscripciones se hacían en Angol; a partir de ese año, al crearse las provincias de Malleco y Cautín y sus departamentos, las inscripciones se realizarán en las Notarías de Traiguén, Angol y Victoria; y en Cautín, en Temuco e Imperial. Estas ciudades eran las capitales de los respectivos Departamentos.

En 1887, el 18 de junio, el primer intendente, Alejandro Gorostiaga, nombró una comisión integrada por el ingeniero topógrafo Teodoro Schmidt y el abogado G. Adolfo Halley para que levantaran un registro detallado de los títulos en virtud de los cuales se sentían dueños los que los ocupaban; en forma especial, los sitios-quintas. Estos se extendían en forma preferente, en lo que es, en el caso de Temuco, el sector Avda. Alemania y Población Dreves y el sector de Pueblo Nuevo y orillas del camino a Cajón.

El informe indica que el inventario hecho da, para Temuco, 77 manzanas de una hectárea de superficie, cada manzana dividida en 8 sitios, lo que entregada un total de 616 sitios. En ellos hay que descontar las manzanas destinadas a plaza y reservadas por el fisco para ocuparlas en las necesidades del Estado: oficinas públicas, templos, escuelas, etc.

Del total, había 407 sitios ocupados con o sin título y 207 sitios vacantes. Era preciso rectificar la línea de la edificación de algunas calles; esto no se estimó problema, pues las construcciones de la aldea, ya por la ley, transformada en capital de provincia, eran muy provisionarias, ligeras en su solidez material, que

tendrían corta duración. Cuando más tarde se entrara a edificar en forma más definitiva se corregirían estas deficiencias.

Muchos sitios estaban solo cercados y sus posibles propietarios se encontraban ausentes. Algunos de estos sitios eran vendidos a nuevos vecinos que deseaban instalarse; a veces eran vendidos por quien se hacía pasar por dueño sin serlo.

Esto iba a ocurrir en todos los lugares en que se abría la posibilidad de un pueblo; con mayor razón en torno a las estaciones del ferrocarril donde se suponía que se instalaría después un pueblo en el lugar donde se establecían los campamentos de los carrilanos.

Todas estas circunstancias hicieron que los títulos de dominio sobre propiedades de esta región de la Araucanía fueran muy precarios y dieran origen a largos y enojosos juicios, por lo que hubo de dictarse, varias veces, normas para aclarar estos problemas e, incluso, toda la Propiedad de la Araucanía quedó sometida al régimen de la ley de la propiedad Austral que permitió en las décadas de 1920 y 1930 toda una revisión destinada a sanear los títulos, tanto rurales como urbanos.

En relación a la propiedad rural hay varias formas para su constitución.

El gobierno siempre estimó que el primer derecho lo tenía el pueblo autóctono; el mapuche era el primer propietario, lo único que necesitaba era hacer legal lo que era de hecho propiedad. Las instrucciones que se dieron a los jefes militares y las diversas leyes dictadas reglamentaron el sistema.

Uno de los abusos que primero hubo que superar era el de las operaciones de ventas que se inscribían entre mapuches y chilenos. En estas operaciones aparecían, sin comprobación, como dueños de grandes extensiones determinados mapuches, que vendían a personas chilenas propiedades por ridículas cantidades de dinero y daban origen a escrituras que constituían propiedad legal una vez inscritas en los registros correspondientes.

El dueño, al tomar posesión, eliminaba a todo otro ocupante, lo que daba origen a juicios y desalojos muy molestos y que con frecuencia terminaban en crímenes y asesinatos.

Por estas razones hubo de dictarse una ley que declaró nulas las ventas que en adelante hicieran los mapuches y que el único comprador autorizado

era el gobierno, el que actuaría a través de la autoridad del jefe militar de la Araucanía.

El régimen de tierra dio origen a diversas leyes y decretos que se han dictado desde mediados del siglo pasado, hasta el Decreto Ley dictado en marzo de 1979 que modificó la Ley 17.729, dictada por el Parlamento en 1972.

Ha tenido este tema de la propiedad rural tal cúmulo de dificultades en su cumplimiento, que es increíble el número de juicios a que ha dado origen y los crímenes que se han cometido, en la discusión de derechos que se alegan por las partes.

Historiar la propiedad de la tierra en muchas regiones de la Frontera es un trabajo que algún día será preciso hacer; pero sin duda no es conveniente hacerlo por ahora, pues aún están muy cerca los autores de estas irregularidades y dañarían el prestigio de personas que hoy no tienen nada que ver con lo sucedido cincuenta, sesenta o más años atrás.

Algo sobre este tema señalamos al comenzar el estudio de la Araucanía o Frontera entre los años 1825 y 1860.

Detengamos la atención en los tipos de propiedad, origen y forma en que se fueron constituyendo, establecido el principio de que el mapuche es el primer dueño de la tierra, se le respeta este derecho y solo se reglamenta su dominio, mediante el sistema de radicación.

Este consistía en forma muy general en determinar una superficie en la que vive la familia mapuche y se le declara de su dominio y se inscribe su propiedad. Más tarde se estableció el sistema de "Reducciones Indígenas", que nacen de un título que otorga el Estado: "Título de Merced". Por él entrega en propiedad una superficie a un jefe familiar mapuche y a sus parientes y descendientes, en comunidad, de tal modo que todos son dueños de todo.

Por Ley del 20 de enero de 1883 se estableció un sistema de asignación de tierra a los mapuches, mediante el Título de Merced y para ejercer esta asignación, la Ley, en su artículo 2° establece la necesidad de constituir una "Comisión Radicadora".

Con fecha 26 de diciembre de 1883 se organizó dicha comisión y se designó el personal que debía formarla.

“He acordado y Decreto”

Organizase la comisión que estableció el art. 2º de la ley de 20 de enero del presente año, nombrándose para formarla al abogado don Emiliano Fuentes Ríos y a los ingenieros don Raimundo Arrieta y don Teodoro Schmidt.

Tómese razón, anótese y publíquese.

SANTAMARÍA

Luis Aldunate

Desde la implantación del sistema, se estima que las reducciones con “Título de Merced” sobrepasaron los 2.500 títulos y que debieron cubrir alrededor de 500.000 hectáreas.

Las distintas leyes dictadas permitieron la división de las comunidades, mientras otras las suspendían o prohibían, dando origen a las más diversas y peregrinas razones.

Un hecho es evidente: que mientras se vivió en comunidad, lo que ocurrió, me atrevería a decir, es que siempre el más listo del grupo se fue haciendo dueño de la mayor parte de la tierra en comunidad y los comuneros trabajaban para este. La razón interna, más corriente manejada por los adversarios de la división de la comunidad, era la pérdida de su preeminencia y, por lo mismo, normalmente el mapuche era partidario de la liquidación de la comunidad.

La Ley 17.729 de 1972 permitía la división, a petición de la comunidad, estableciendo que la propiedad que surgiera no podía ser inferior a la unidad familiar de tierra, que estableció la Ley de la Reforma Agraria. Excluía del derecho a todos los ausentes de la comunidad.

El Decreto Ley 2.568, de marzo de 1979, estableció como principio la división de la comunidad, en las unidades de extensión que resulten y que se adjudican a los comuneros en la proporción que les corresponda.

El sistema de las comunidades nacidas del Título de Merced fue conveniente; pero su dictación primera se entendió que era para regular la propiedad y que posteriormente vendría la división y aparecería la propiedad privada personal.

De hecho el indígena siempre tuvo la conciencia que tarde o temprano eso ocurriría y llegaría a poder disponer libremente de la tierra de sus mayores.

El resto de la tierra, la mayor parte, sobre 3.000.000 de hectáreas pasaron a ser propiedad del Estado. En ellas irá constituyendo la propiedad agrícola con diversos procedimientos.

3. ADJUDICACIÓN DE TIERRAS

El Estado sintió la obligación moral de premiar, con donación de tierras, a personas que realizaron actos al servicio de la nación o de la región y les asignaba, a título gratuito, superficies agrícolas que permitirían al poseedor trabajar y obtener medios con qué afrontar su vida y sus necesidades.

Este sistema se trató de emplear, como un pago adicional, a los soldados que quisieran establecerse en este territorio una vez cumplido su tiempo de servicio en el ejército. Se pensó también hacer lo mismo con los soldados que volvieron de la Guerra del Pacífico, con aquellos que lo desearan. Estas proposiciones no tuvieron mayor efecto, fue ínfimo el número de los que se interesaron, y muchos de estos pocos, lo que recibieron lo vendieron a otros que se interesaban.

El gobierno usó también esta adjudicación para sanear dificultades surgidas por una o más personas que aparecían con derecho a una misma tierra. En esos casos a uno le confirmaban en ella y al otro se le otorgaba, por un título de donación gratuita, otra tierra.

Hasta tiempo muy reciente el Estado ha hecho uso de esta forma de constituir propiedad para sanear el hecho de la posesión efectiva de un ocupante de tierra fiscal, que ha vivido en ella pacíficamente y ha introducido mejoras, sabiendo que es tierra fiscal. Esta persona eleva la solicitud y, cumplidas las diligencias del caso, se dicta el decreto correspondiente que otorga gratuitamente la propiedad, basada en la ocupación pacífica.

4. REMATE DE TIERRAS FISCALES

Otra forma de constitución de propiedad rural fue la asignación de hijuelas por el sistema de remates.

Para ello previamente se constituían comisiones de ingenieros que levantaban los planos de terrenos fiscales y los hijuelaban en superficies, variables según la potencia de uso que la tierra tenía y según la cercanía o distancia de lugares poblados, caminos o ferrocarril.

El sistema de remate suponía previamente el levantamiento del terreno y la hijuelación, trabajo que solo se podía realizar en el período de primavera y verano, con las dificultades consiguientes en inmensas extensiones que, cubiertas de bosques vírgenes, los hombres de la comisión hijueladora serían los primeros en recorrer.

Es de justicia recordar en este trabajo de la hijuelación de la Araucanía, lo realizado por el ingeniero topógrafo Teodoro Schmidt Weissel, natural de Darmstadt, Alemania, que llegó a Chile en 1858.

Con razón, en Temuco, la antigua plaza llamada “del manzano”, fue bautizada con su nombre, Plaza Teodoro Schmidt, y en el monumento que allí se encuentra se le recuerda como el hijuelador de la Araucanía.

Realizados los trabajos en los planos y divididos en hijuelas que llevaban su número; en el terreno estaban marcados puntos de referencias y abiertas fajas en el bosque para determinar sus superficies y servir a su vez de principio de lo que serían los caminos de penetración.

En el terreno y en el plano las hijuelas se marcaban por líneas rectas sin tomar en cuenta las irregularidades del suelo. Las fajas iban encerrando entre sus límites por lo menos cuatro hijuelas. La mayor parte de ellas fueron fijadas en superficies que variaban entre 200, 300 y 400 hectáreas y algunas, las menos, sobrepasaban esta dimensión. Cuando las hijuelas tenían la calidad de quintas vecinas a las ciudades, su superficie era entre 40 y 50 hectáreas.

Como muestra del sistema, a continuación se detallará el remate de 1881, en que se rematan terrenos al norte de la línea del Traiguén, con indicación del número que identifica a la hijuela, el número de hectáreas que encierra, nombre del rematante, valor unitario por hectárea y valor total de la hijuela. Este remate, como todos los primeros, se llevó a cabo en Santiago, en la casa de Almoneda.

n° de las Hijuelas	Hectáreas	Rematante	Valor por Hectárea	Valor Total
309	387	Lorenzo de la Maza	3,50	\$ 1.354,50
565	427	Lorenzo de la Maza	4,30	1.796,10
566	682	Marcos Rebolledo	9,00	6.138,00
567	373	Lorenzo de la Maza	9,40	3.506,20
568	433	Lorenzo de la Maza	14,00	6.062,00
569	273	Marcos Rebolledo	7,10	1.938,30
570	367	Marcos Rebolledo	6,90	2.532,30
571	487	Marcos Rebolledo	8,40	4.090,80
572	494	José Bunster	7,00	3.458,00
573	434	Marcos Rebolledo	14,10	6.119,40
574	697	Marcos Rebolledo	14,10	9.827,70
575	320	Gregorio Rubilar	8,10	2.592,00
576	577	Gregorio Rubilar	7,80	4.500,70
577	334	Federico Varela	14,00	4.676,00
578	352	José Bunster	16,00	5.632,00
579	420	Federico Varela	18,40	7.728,00
584	428	José A. Manríquez	9,00	3.852,00
585	521	José Bunster	11,00	5.731,00
588	359	José Bunster	20,90	7.503,10
589	407	Federico Varela	21,20	8.628,40
590	306	Federico Varela	12,10	3.702,60
591	511	Federico Varela	10,10	5.161,10
592	402	Federico Varela	15,10	6.070,20
593	437	Federico Varela	6,40	2.796,80
594	749	José Simón	9,80	7.340,20
595	435	Ladislao Larraín	4,90	2.131,50
596	568	Ladislao Larraín	3,90	2.215,20

597	462	Federico Varela	5,30	2.448,60
598	311	Ladislao Larraín	5,30	1.648,30
599	358	Emilio Rosemberg	9,00	3.222,00
600	356	Luis Puyó	11,40	4.058,40
601	449	Luis Puyó	13,20	5.926,80
602	546	Luis Puyó	22,60	12.339,60
603	492	Miguel Saldías	20,80	10.233,60
604	326	Miguel Saldías	17,20	5.607,20
605	265	Miguel Saldías	16,90	4.478,50
606	270	Miguel Saldías	25,00	6.750,00
607	309	José M. Figueroa	21,20	6.550,80
608	424	José M. Figueroa	21,90	9.285,60
609	290	José M. Figueroa	25,00	7.250,00
610	272	Varela y Waddington	25,70	6.990,20
613	482	Varela y Waddington	22,10	10.562,20
616	232	Manuel A. Lizana	27,60	6.403,20
617	320	Varela y Waddington	26,10	8.352,00
618	155	Varela y Waddington	27,10	4.200,50
619	320	Emilio Rosemberg	10,10	6.112,00
620	434	Emilio Rosemberg	21,1	9157,40
621	303	Varela y Waddington	26	7878,00
622	223	Varela y Waddington	34,4	7671,20
626	260	Gregorio Rubilar	11,2	2912,00
627	238	Luis Puyó	12	2856,00
628	535	José M. Figueroa	15,7	8399,50
629	305	Emilio Rosemberg	12	3660,00
630	524	Joaquín Díaz B.	12,3	6445,20
631	358	Ladislao Larraín	6,8	2434,40

632	340	Enrique Ballaccy	22	7480,00
633	370	Federico Onfray	12,1	4477,00
634	387	Ramón Cousiño	17,5	13392,50
635	293	Ramón Cousiño	17,1	5010,30
636	272	Emilio Rosemberg	17,2	4678,40
637	282	Emilio Rosemberg	21	5922,00
638	347	Rafael Anguita	19,4	6731,80
639	529	Emilio Rosemberg	15	7935,00
640	416	Emilio Rosemberg	12,1	5075,20
641	331	Juan San Martín	26	8606,00
648	364	Rudecindo Elgueta	10,1	3676,40
649	551	Manuel Lizana	13,3	7328,30
650	452	Varela y Waddington	17,1	7729,20
651	559	Varela y Waddington	17	9503,00
652	392	Varela y Waddington	12,1	4743,20
653	282	Varela y Waddington	18,2	5132,40
654	362	Varela y Waddington	18,4	6660,80
656	271	Varela y Waddington	19,1	5176,10
657	407	José Acuña	22,8	9706,60
659	531	Gregorio Urrutia	19,1	10142,10
660	372	Gregorio Urrutia	20,1	7477,20
661	264	Gregorio Urrutia	18,6	4910,40
662	372	José Bunster	7,3	2.715,60
663	308	José Bunster	6,26	2032,80
667	326	Emilio Villegas	20,4	6650,40
668	221	Luis Maurin	15,2	3359,20
683	446	Emilio Rosemberg	15	6690,00
684	424	Varela y Waddington	15,8	6699,20

685	560	Lisandro Anguita	16,20	9217,80
686	595	Lisandro Anguita	14,20	8.449,00
688	617	Juan de D. 2º Cid	17,20	10.612,50
689	302	Olegario Cortés	10,00	3.020,00
690	361	Olegario Cortés	10,00	3.610,00
691	477	Emilio Villegas	11,40	5.437,80
692	277	Varela y Waddington	12,20	3.379,40
693	427	José M. Figueroa	13,00	5.551,00
694	516	Emilio Villegas	10,40	5.366,40
695	362	Olegario Cortés	11,40	4.120,80
696	364	José Bunster	6,00	2.184,00
697	518	José Bunster	14,80	7.666,40
698	403	José Bunster	12,00	4.836,00
699	412	Simón Moraga	13,00	5.356,00
700	212	Varela y Waddington	10,00	2.120,00
701	375	Varela y Waddington	18,20	6.825,00
702	705	Varela y Waddington	25,60	18.048,00
703	755	Varela y Waddington	23,20	17.516,00
704	219	Varela y Waddington	28,00	6.132,00
705	545	Varela y Waddington	12,40	6.758,00
706	332	Varela y Waddington	15,20	5.046,40
707	415	Varela y Waddington	16,60	6.869,00
708	547	Varela y Waddington	19,00	10.393,00
709	378	Emilio Villegas	19,40	7.333,20
710	284	Varela y Waddington	33,00	9.372,00
711	225	Varela y Waddington	16,00	3.600,00
712	263	Varela y Waddington	16,20	4.260,60
713	603	Varela y Waddington	18,20	10.974,60

714	337	Varela y Waddington	16,00	5.392,00
715	580	Varela y Waddington	21,20	12.296,00
716	364	Varela y Waddington	20,20	7.352,80
717	360	Varela y Waddington	20,20	7.272,00
718	381	Varela y Waddington	20,20	7.696,20
719	334	Varela y Waddington	19,80	6.613,20
720	195	Varela y Waddington	17,60	3.432,00
721	478	Varela y Waddington	24,20	11.567,60
722	223	Varela y Waddington	20,20	4.504,60
723	195	Varela y Waddington	33,20	6.276,00
724	265	Varela y Waddington	36,00	9.540,00
725	281	Varela y Waddington	29,80	8.373,80
726	389	Varela y Waddington	23,20	9.024,80
727	301	Varela y Waddington	38,60	11.618,60
728	430	M. Novoa	57,00	24.500,00
732	287	Varela y Waddington	30,60	8.782,20
748	423	M. Novoa	8,80	3.722,40
749	427	José Bunster	11,40	4.867,80
750	380	José Bunster	11,00	4.180,00
751	527	José Bunster	11,00	5.797,00
752	442	José Bunster	9,20	4.066,40
753	655	José Bunster	8,00	5.240,00
754	496	José Bunster	6,40	3.174,40
755	416	Emilio Rosemberg	8,20	3.411,20
756	398	Emilio Rosemberg	8,40	3.343,20
757	555	Emilio Rosemberg	12,00	6.660,00
758	281	Emilio Rosemberg	12,20	3.428,20
138	54.819			\$ 866.124,90

Fueron 138 hijuelas que representaron un total de 54.819 hectáreas, las que transaron a un precio promedio de \$ 16,20 la hectárea.

Las adquirieron 30 personas:

13 personas remataron 1 hijuela cada uno.

4 personas remataron 2 hijuelas cada uno.

3 personas remataron 3 hijuelas cada uno.

5 personas remataron 4 hijuelas cada uno.

1 persona remató 6 hijuelas.

1 persona remató 8 hijuelas.

1 persona remató 13 hijuelas.

1 persona remató 15 hijuelas.

1 persona remató 42 hijuelas.

Como el Decreto no prohibía el remate de una o más hijuelas por persona, se ve como se realizaba por algunas personas, o sociedad de personas, una acumulación de tierra con el ánimo de especular. En este remate eso es claro con respecto a la sociedad de Varela y Waddington, que remató 16.000 hectáreas; otro rematador de una apreciable cantidad es José Bunster, que remató 15 hijuelas con alrededor de 6.000 hectáreas.

De estos dos rematantes, encontramos en el primero una sociedad acaparadora de tierra para simplemente especular con ella. En el caso del segundo rematador, José Bunster fue un gran empresario, pionero de la Frontera y así se explica la producción triguera que lograba cosechar, como lo señalamos al fijar los sacos de trigo que el ferrocarril sacó de Los Sauces y Angol, de su pertenencia, 51.685 sacos en el mes de junio y una cantidad casi igual en el mes de julio.

Luego del remate señalado se continuaron estos entre 1881 y 1900, se realizaron por lo menos 20 remates, habiéndose rematado en ellos, una superficie de 1.125.120 hectáreas, que le produjeron al fisco un ingreso de \$18.790.621.

5. LA COLONIZACIÓN CON EXTRANJEROS

Otro tipo de propiedad es el que organizó el fisco cediéndola para los colonos extranjeros que la Oficina de Colonización, que dependía del Ministerio de Relaciones y Culto, traía al país en una colonización organizada y dirigida a traer colonos que se interesaran por el cultivo de la tierra.

Entre los años 1883 y 1890, fue el período de mayor número de colonos traídos a la Frontera, se les entregó tierras equivalentes a unas 60.000 hectáreas.

Para llevar adelante el plan de colonización, el gobierno solicitó en junio de 1881, al cónsul de Chile en Buenos Aires, Francisco de Borja Echeverría, recogiera datos, memorias, reglamentos y leyes que regían la colonización extranjera en esa república; lo que el cónsul hizo, pero, junto con enviar la literatura sobre la materia, agregó su opinión en relación con variados puntos que servirían de referencia para lo que debiera hacerse en Chile.

Dice que en Argentina se comenzó a llevar estadística sobre inmigraciones a partir de 1857; pero es una estadística muy mal llevada, pues “para ellos son en esa época inmigrantes toda persona que llega a Buenos Aires, por mar, así se quede o se vaya, o venga de paso”.

En estas condiciones, entre 1857-1880 ingresan a Argentina 637.500 inmigrantes.

Borja agrega una clasificación de inmigrantes:

- a) los que se arraigan en el país.
- b) los que viene de hacer fortuna y luego se van.

La inmigración que interesa es la primera, esta está formada por agricultores que vienen con su familia, con sus pocos o muchos haberes, se radican en el país, trabajan, prosperan y, si vuelven al país de origen, es para traer más inmigrantes como ellos.

Estos inmigrantes llegados se reparten en las zonas de colonias o se emplean en las “Estancias”.

Son estos colonos, en su mayoría, ingleses, alemanes, daneses y, sobre todo, vascos españoles y franceses e italianos. Para este tipo de colonos es para los que Chile debe organizar la colonización.

Los antecedentes y opiniones del cónsul sirvieron en Chile para organizar un servicio de colonización que, desde luego, estableció que la colonización masiva no le interesaba; la conquista simple del mayor número de colonos no convenía a Chile. Debía ser una colonización seleccionada que, en el caso de la que se traería para ubicar en la Frontera, debía ser, predominantemente, de agricultores.

Era también posible y conveniente traer colonos con especialidades, pero siempre que fueran solicitados por la agricultura en las variadas actividades de producción y de transformación, como son trabajadores especializados en la producción de mantequilla, queso, miel y frutas, viñateros, cocineros, como también mecánicos y herreros que pudieran fabricar, en las pequeñas herrerías de las haciendas, herramientas y ser capaces de reparar la rudimentaria maquinaria agrícola.

Diversas personas y empresas privadas se ofrecieron para traer colonos, con una autorización para ser ellos los exclusivos seleccionadores de los colonos. Sus proposiciones fueron rechazadas.

Se determinó así que la colonización no sería de iniciativa privada y se agregó al Ministerio de Relaciones una sección destinada a la colonización.

Así, el 10 de octubre de 1882, el gobierno nombró agente general de Colonización del Gobierno de Chile en Europa a don Francisco de Borja Echeverría y se le asignó un sueldo de \$ 3.000 anuales, que se deducirían del ítem 1° de la Partida 18 del Presupuesto de Ministerio de Relaciones Exteriores.

Este Decreto lo firman: Santa María, Presidente de la República, y José M. Balmaceda, Ministro.

Un oficio del “Ministerio de Relaciones Exteriores y de Culto”, que ahora agrega a su nombre “y de colonización” le da al Agente instrucciones para operar.

Le señala que se ponga en acción cuanto antes, se ponga en contacto con alguna empresa naviera y convenga con ella el valor de los pasajes para el traslado de los colonos y de sus familias y pertenencias. Los que vengan

destinados a la Frontera, vendrían con destino a Talcahuano, de allí, por vía férrea, a Angol y luego en carreta a su destino. De todo esto se encargaría el gobierno chileno.

Se le advierte que, en la fecha, hay 50.000 hectáreas preparadas al sur del Traiguén para este objetivo, que la selección queda a su criterio, de acuerdo con lo que él mismo informará.

Que debía ofrecer, de acuerdo con la Ley de 1874, hijuelas de hasta 150 hectáreas planas y el doble en terreno de montaña por familia.

El gobierno ofrece al colono, habitación gratuita en el puerto chileno de desembarque, para él y su familia, traslado, hasta que el funcionario de terreno ponga a cada uno en la hijuela de su ubicación, una ayuda diaria en dinero de 30 centavos por el padre de familia y 12 centavos por cada hijo mayor de 10 años. Una pensión de \$ 15 mensuales para el colono y su familia, por un año, desde que se ubica en la hijuela, asistencia gratuita de médico y medicinas, una yunta de bueyes, 300 tablas, 46 kilos de clavos y una colección de semillas que no exceda de \$ 5.

Desde el presupuesto de 1883, se colocó en la partida del Ministerio de Relaciones, Culto y Colonización, correspondiente a esta última designación, una partida de \$ 200.000 para atender los gastos de traída y de instalación de los colonos.

El Ministro confió a la Sociedad Nacional de Agricultura la misión de cumplir las tareas de la colonización en el terreno.

El ciudadano francés Martín Drouilly, el mismo que hemos visto actuar en la ocupación de la zona cordillerana del alto Biobío, es designado inspector general de Colonización, que tiene que realizar su trabajo en el terreno y dar cuenta de su actuar en la Sociedad Nacional de Agricultura, a la que informa de su trabajo y le propone o insinúa las medidas que estima oportunas.

Bajo la responsabilidad de la Sociedad Nacional de Agricultura y con la atención personal del inspector general de Colonización en el terreno, Martín Drouilly, llegaron los primeros colonos a Talcahuano el 25 de septiembre de 1883. Es un grupo de vascos españoles que se van a instalar en Victoria; llegaron en el vapor "Patagonia".

Entre el 25 de septiembre de 1883 y el 7 de abril de 1884, llegaron 1.973 inmigrantes, entre mayores de edad, padre, madre e hijos.

Estos se dividían en los grupos nacionales que se indica:

Españoles 214	Franceses 186
Alemanes 302	Suizos 1.243
Italianos 12	Ingleses 8
Rusos 8	

Hombres 1.246, mujeres 727.

El informe del contador de la Inspección General de Colonización, distribuye por edad a estos colonos y dice que de 1 a 10 años, llegaron 451; de 10 a 20 años 413; de 20 a 30 años, 439; de 30 a 40 años, 378; y de 40 a 70 años, 292⁶⁸.

El Inspector Drouilly hace un largo informe sobre su función en relación con los colonos y señala que éstos fueron distribuidos entre Victoria, Quechereguas, Huequén, Traiguén y Contulmo.

Con los colonos se procedía de la manera que señala el informe. A la llegada del barco, esperaba a los colonos un tren en Talcahuano, con carros de pasajeros y carga para conducir el equipaje; pasaban por Concepción y seguían a Angol. Aquí se hospedaban en el edificio destinado a hospital o en algunas dependencias del Cuartel Militar; permanecían entre 3 y 10 días; que aprovechaban para conocer un poco, comprar en el comercio local de Angol, o por lo menos informarse de lo que el comercio ofrecía; recibían una carreta y yunta de bueyes y partían a su destino.

Los colonos llegaban entre los meses de septiembre y marzo, excepcionalmente uno que otro rezagado llegaba en abril. Era indispensable preparar la llegada en el buen tiempo; cuando comenzaba la época de las lluvias era muy difícil trasladarse.

El viaje a Huequén era de un día. A Victoria y Traiguén de dos a cuatro días, con buen tiempo.

68 Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de 1884; pág. 162

La familia del colono iba en la carreta y los equipajes viajaban en los carretones del Ejército, o de fleteros expresamente contratados por la Inspección General.

Victoria era en 1884 un pueblecito a orillas del Traiguén, con una guarnición de 200 hombres y una población de unas 500 personas. Estas vivían del comercio que realizaban con los indios y con los hombres de tropa.

Solían hacer pequeñas siembras en terrenos vecinos al pueblo, previo permiso del jefe militar, que no permitió a nadie que se instalara en el campo y pudiera así alegar después dominio por ocupación.

Los colonos fueron bien acogidos, aumentó el comercio y se extendió la edificación, de manera que a fines de 1884 casi se dobló el número de edificios en relación al año anterior.

Los colonos españoles que llegaron primero, vascos, sembraron en primavera papas, chacras y un poco de trigo. Se dedicaban a labrar madera para sus propias construcciones y para la venta. Todos los colonos tenían pequeñas casitas de tabla, algunas con techo de zinc y otras de tejas. Desde Traiguén les proporcionaron 30.000 tejas.

Una pequeña sociedad formada por campesinos comenzó la fabricación de queso y mantequilla, que vendía en Angol y Victoria.

El agradecimiento de los colonos al mayor Bernardo Muñoz Vargas se expresó desde el primer día por la franca protección que este militar les proporcionó.

El segundo lugar ocupado fue Quechereguas, donde existía un pequeño fortín, muy venido a menos en esta fecha. Fue muy importante cuando la línea de ocupación fue el Malleco, pero ya en 1884, la ocupación militar había terminado y muchas unidades habían sido retiradas o disminuidas. Este era el caso de Quechereguas.

Los colonos llegaron en octubre y noviembre de 1883 y se dedicaron con afán a construir sus viviendas, hacer pequeñas chacras y hortalizas y preparar terreno para sembrar trigo en el año siguiente y tener su primera cosecha en 1885.

Sus casas las construyeron con adobe y el techo de tejas.

El primer centro de radicación en este primer año fue Huequén, buena tierra y próximo a Angol. Tuvieron problemas porque vecinos de Collipulli habían recibido autorización para instalarse en esa localidad y tierras vecinas, lo que si bien lo hizo la autoridad militar, lo que no ocurrió en Victoria; no lo permitía la ley y los terrenos eran fiscales. El gobierno mantuvo su punto de vista y su autoridad, los vecinos que se habían instalado protestaron de su despojo y llevaron su queja hasta el Congreso Nacional, pero se mantuvo la decisión.

Los colonos se resintieron un tanto por la mala voluntad que les mostraban, pero las condiciones de la tierra les permitieron superar las molestias.

Estos despojos dieron origen a quejas que fueron muy magnificadas y exageradas; que se prefería al extranjero al nacional y que en vista de esto ellos se iban a Argentina. Esto no pasó de ser un material de crítica política que se aprovechó para atacar al gobierno.

Los colonos que llegaron a Traiguén se instalaron en marzo, por lo que toda su actividad estuvo centrada en su vivienda que levantaron en forma muy provisoria.

Aquí también surgieron problemas con los colonos debido a otros hechos. Traiguén quedó rodeado de grandes fundos, pues en los remates de hijuelas se produjeron dos hechos: uno, no se limitó el número de hijuelas que se podía rematar y otro que podían comprarse los derechos de un rematante. La propiedad fue inmensa. Solo los campos de José Bunster, que los agrandó comprándole 30.000 hectáreas a la Sociedad Varela Waddington, nos certifican el hecho.

Pero estas posesiones fácilmente traspasaban sus límites y ocupaban incluso más de lo que les correspondía.

Cuando se trata de instalar a los colonos en las tierras fiscales, estas aparecían ocupadas. La comisión radicadora o de indígenas y la comisión colonizadora no aceptaron esta situación, hicieron devolver los terrenos malamente ocupados e instalaron a los nuevos colonos. En Traiguén se instalaron, de preferencia, franceses y suizos.

Los primeros colonos alemanes que llegaron en esta primera temporada, se instalaron de preferencia en Contulmo.

Entretanto se producía la primera partida de emigrantes entre septiembre de 1883 y abril de 1884, en el mes de febrero el gobierno aceptó la renuncia que de su cargo hacía, como agente general de Colonización en Europa, Francisco de Borja Echeverría y nombraba en su reemplazo a Benjamín Dávila Larraín, quien tomó la posesión de su cargo el 15 de junio de 1884.

En España se había organizado a un grupo de agentes para fomentar la colonización; como con frecuencia ocurrió que se comprometían muchos a venir, pero no concurrían a los puertos para ocupar los pasajes que les estaban destinados, el agente general en Europa canceló la existencia de esas agencias y no se interesó ni buscó más emigrantes españoles, concentrando su búsqueda principalmente en Suiza y Alemania y secundariamente en Francia, Italia e Inglaterra.

Suiza había prohibido la salida de emigrantes a Chile, debido a noticias que había recibido de mal trato. Estas se referían principalmente a la mala voluntad que se creó por los hechos señalados, de ocupantes chilenos que se habían instalado en tierras destinadas a la colonización y que debieron ser obligados a abandonar lo que habían ocupado con malos actos. Como lo hemos señalado, los casos fueron mínimos, pero la magnificación de estos pocos fue desproporcionada, hasta llegar a producir el mal señalado.

El nuevo agente, Benjamín Dávila, tomó contacto directo con el Gobierno suizo, llegó hasta el mismo Presidente de la Confederación Helvética y obtuvo que se levantara la prohibición.

Cuando todo estaba en condiciones, apareció el cólera en Europa y ahora es el gobierno chileno el que pide se suspendan los embarques hasta que desaparezca el mal. Pronto, ante el combate sanitario a esta epidemia, pudo continuar el envío y el período 84-85 será muy importante y provechoso.

La primera partida de este 2º período partió de Europa el 1 de diciembre de 1884 en el "Cotopaxi" y esta etapa se cerró el 3 de junio de 1885, con los que llegaron en el "Patagonia".

En dicho período arribaron 770 hombres y 576 mujeres, repartidos en las siguientes nacionalidades:

Suizos 503

Alemanes 486

Franceses 283

y entre polacos, austriacos, rusos, italianos, belgas y españoles, 74 personas.

Total de nuevos emigrantes 1.346. Los que sumados a la cifra anterior de 1.973 emigrantes, suman 3.319.

La inspección general contrató en Talcahuano los servicios de la empresa Brañas, Mathieu y Cía. para atender el desembarco y envío de los colonos a Angol, junto con el despacho de sus equipajes, todo por ferrocarril y directo, desde Talcahuano a Angol.

En Angol permanecieron 3 ó 4 días. Solo los llegados en el último embarque y que llegaron a Angol en 1885 permanecieron casi un mes, antes de ir a su destino.

Siempre en todos estos contingentes hubo deserciones de quienes decidían, una vez en Chile, no partir a la Frontera y se quedaban, algunos en Concepción y otros iban a Santiago y Valparaíso.

Con frecuencia estas deserciones eran fruto de la presencia de personas en Talcahuano que empezaban a conquistar a algunos para asociarlos en sus trabajos con mejores ofertas y más seguros y con condiciones de vida distintas a las que encontrarían como colonos. Así de este segundo grupo se produjo una disminución de 135 personas, tal vez unas 20 ó 25 familias que se repartieron por Chile.

Los colonos fueron enviados a los mismos lugares anteriores: Victoria, Quechereguas, Traiguén, Huequén y Contulmo, y además a nuevos lugares.

Fueron ubicados en los terrenos que quedaron vacantes después de haber instalado la comisión radicadora de indígena a los grupos mapuches que correspondía.

Esta política evitó conflictos y tuvo la ventaja de poner en contacto al europeo con el indígena que recibió un trato muy humano y le permitió lograr muchos adelantos en su trabajo, en su educación, en su capacidad, en su salud y en su vida.

En Quino y alrededores se ubicaron suizos; alemanes y franceses sortearon la ubicación de cada grupo y luego en el grupo la de cada colono. En Quillén

se instalaron algunas familias alemanas y grupos de suizos alemanes; en Temuco 16 familias alemanas; en Victoria y Traiguén grupos de diversas nacionalidades; además hubo grupos que se instalaron en Liucura, Alto Biobío y Ercilla.

Este reparto fue así según lo que expresa el informe del Ministro de Relaciones en su Memoria de 1885.

Traiguén	1 familia	5 personas
Quechereguas	16 familias	67 personas
Quino	64 familias	262 personas
Liucura	60 familias	255 personas
Victoria	62 familias	290 personas
Ercilla	11 familias	62 personas
Quillén	42 familias	180 personas
Contulmo	3 familias	10 personas
Temuco	16 familias	80 personas
	245 familias	1.211 personas

El abastecimiento de madera para la construcción de sus casas estaba en los aserraderos de Ercilla, Victoria y Quillén y se interesó a los mismos colonos para que fueran a buscar sus maderas y la inspección les pagaba como fleteros; esto les convenía, pues así lograban lo que necesitaban en madera y recursos económicos para comprar otras cosas.

Es importante fijar el dato que la Memoria Ministerial entrega sobre la producción obtenida por los colonos venidos el 83-84 y 84-85.

En Victoria 2.960 quintales de trigo

En Traiguén 829 quintales de trigo

En Quechereguas 3.766 quintales de trigo

En Contulmo 706 quintales de trigo

Su rendimiento fue muy bajo por falta de buena preparación del terreno, debido a la urgencia de sembrar; tuvieron un rendimiento de 6 x 1.

En el año 1885 se estableció una policía rural, con su centro de acción en Victoria. Se inició con 15 personas, a principios de mayo, y dio tan buenos resultados esta policía rural que, en el mismo año, la elevan a 24 personas y la dedican especialmente a la acción preventiva en el terreno de las colonias.

Este fue uno de los mayores sufrimientos para estos primeros colonos, los robos frecuentes que les hacían, e incluso los asaltos y crímenes que se cometieron en sus personas.

Por eso en la descripción que cualquier persona hace de sus visitas a la Frontera en los años del 80 adelante, hasta 1920, siempre llama la atención la presencia de las armas de fuego en las casas, especialmente la carabina, y el revólver al cinto.

Dar paz, contra la acción del bandidaje en la Frontera, era entonces misión no solo de un cuerpo militar de a caballo, sino de toda la autoridad militar y, hasta la implantación del régimen civil en 1887, las operaciones contra el bandido y salteador fueron sumarias.

En el tercer período de colonización, 1885-1886, según el informe del Ministro de Relaciones, señala que ha sido diferente la contratación de colonos, por cuanto 882 son colonos agrícolas destinados a la Frontera y 442 son colonos libres que vienen al país por su cuenta y para buscar posibilidades de desarrollar sus actividades profesionales y artesanales.

Además, hay que tener presente que hay colonos que no se acostumbran y deciden regresar a su patria de origen; hay otros que huyen aterrados de la zona por el bandidaje y falta de protección, pero otros se quedan; son los antecesores de tantas familias de ascendencia europea que pueblan esta región y que se encuentran desarrollando la noble actividad del cultivo de la tierra.

En este tercer período, a su término, la oficina de la Inspección General que dirige Martín Drouilly nos informa que habiendo, al término de la 2ª temporada de colonización, 3.319 colonos en la Frontera y habiendo llegado en la 3ª para la colonización 887, debieron quedar en el territorio 4.206 personas. Sin embargo el censo que él hace en las colonias al término del 3er período, le muestra que permanecen 3.501 personas, habiéndose producido un ausentismo de 705 personas.

Este número lo explica en familias, o bien, personas que se regresan; personas que abandonan el territorio y se radican en el norte o en el sur de la Frontera. Muchos van a Concepción, otros al trabajo agrícola de la zona central, conquistados por los agricultores de esa zona que encuentran en estos trabajadores personas a las que se les puede confiar con responsabilidad el cuidado de sus intereses.

Al 30 de junio de 1886, los 3.501 colonos estaban distribuidos en los lugares anteriores más Galvarino y Purén. Ocupaban a la fecha terrenos fiscales que se les adjudicaron, con una extensión total de 42.000 hectáreas. Con el ánimo de poder prestar mejores servicios comunes, se ha establecido la necesidad de formar poblaciones donde haya escuelas, cuartel de policía rural y posta de salud. Este es el origen, entre otros, de Galvarino y Ercilla.

Los 3.501 colonos que estaban establecidos en la Frontera corresponden al total de los llegados en las tres primeras temporadas (1883-84; 1884 85; 1885-86).

En Victoria	212 familias	887 personas
En Ercilla	99 familias	456 personas
En Quillén	47 familias	220 personas
En Temuco	25 familias	124 personas
En Traiguén	49 familias	207 personas
En Quechereguas	107 familias	487 personas
En Quino	115 familias	528 personas
En Galvarino	69 familias	346 personas
En Contulmo	44 familias	161 personas
En Purén	16 familias	85 personas

En la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización correspondiente al período septiembre 1886 - mayo 1887, el ministro del ramo Francisco Freire hace una referencia importante al señalar las consecuencias que en la tarea administrativa ha tenido el implantamiento de la administración civil al crear las provincias de Malleco y Cautín.

“El Departamento de Colonización ha tenido a su cargo hasta hace poco el Gobierno Administrativo del vasto territorio de Angol, hoy incorporado, mediante su división en Provincias al régimen territorial establecido en la Constitución”.

El ramo de Colonización abarca dos órdenes de trabajo: uno, constituir la propiedad fiscal en los territorios del sur y el otro está destinado a estimular y cimentar la corriente migratoria extranjera.

La primera tarea se radica principalmente en las nuevas provincias de Malleco y Cautín. Para este efecto se mantiene en ellos una comisión topográfica compuesta de cuatro ingenieros y del correspondiente personal auxiliar, que recorre, mide, hijuela y tasa anualmente extensas zonas de terrenos destinados a usos que las leyes de 4 de diciembre de 1866 y 3 de agosto de 1874 señalan.

Esta comisión, en los dos últimos años, ha entregado al Estado planos que encierran 145.000 hectáreas y permiten disponer de 60.000 más en el curso de 1887.

Tres son los usos de estas tierras que la comisión topográfica va levantando. Parte de ella debe dedicarse a la radicación, de las tribus o familias mapuches mediante el Título de Merced en reducciones indígenas, otra parte a constituir las propiedades agrícolas para la ubicación de los inmigrantes extranjeros y la otra para la enajenación en Remate Público.

La ubicación de las reducciones indígenas está entregada al trabajo propio de la llamada “Comisión Radicadora”, que fue creada por Ley de 1883, el 20 de enero. La comisión está compuesta de un letrado (abogado) y dos ingenieros.

Esta Comisión fue designada por Decreto Supremo el 20 de diciembre de 1883. Se designó como letrado a Emiliano Fuentes Río y a los ingenieros Raimundo Arrieta y Teodoro Schmidt.

La Comisión se organizó en 1884 y hasta la fecha de la memoria, 31 de mayo de 1887, ha radicado 1.126 familias indígenas y para ubicarlas o radicarlas ha contado con la disponibilidad de cerca de 40.000 hectáreas. Todo esto en la provincia de Malleco, donde se estima que ha quedado radicada la casi totalidad de los grupos indígenas existentes en la provincia.

Mientras la Comisión realiza el trabajo en la provincia de Malleco, actúa desde Angol, y al iniciar esta actividad en Cautín, viene a ubicarse en Temuco.

La Comisión se prepara para entrar a realizar este mismo trabajo en la provincia de Cautín.

La función de preparar los terrenos para ubicar los colonos que llegarán al país, ha sido mínima en el período 1886-87, pues la venida de colonos en este período se redujo solo a 56 familias con un total de 302 personas. Para los colonos en esta temporada se destinaron solo 3.500 hectáreas.

El tercer uso de la tierra mensurada e hijuelada se destinó a la enajenación en subasta pública. En septiembre de 1886 se remataron 46.938 hectáreas; en diciembre de 1886 se remataron 47.870 hectáreas; y en mayo de 1887, 29.833 hectáreas. Estas enajenaciones arrojaron un ingreso para el fisco de \$ 4.488.921,90.

La contrata de emigrantes por la oficina de la Agencia Colonizadora en Europa va a disminuir en importancia y, desde 1888, van a venir colonos por iniciativa particular, atraídos por las noticias y comentarios de sus nacionales, que durante estos años de sacrificios y prueba han logrado superar las dificultades en gran medida.

Desde ya están viendo el avance del ferrocarril, la generosidad del suelo en responder al cultivo de las manos expertas y laboriosas de los colonos, trato que reciben de autoridades y vecinos que ven en ellos ejemplos que imitar, su ingeniosidad para enfrentar los variados problemas. Las viviendas que construyen, para reemplazar las provisórias de la llegada, presentan todas las comodidades y amplitud de sus casas en Europa, y aun mejores.

Difícil será avaluar en su totalidad lo que significó en esta región el aporte variadísimos de la colonización y, ciertamente, como lo reconocen los descendientes de los que abrieron esta experiencia, los sacrificios y penalidades primeras quedaron luego compensadas con creces, y más parecen cuentos y aventuras fantásticas, ante la realidad que tan pronto se hizo presente, y les fue permitiendo no solo surgir privada y particularmente, sino muy luego incorporarse a todas las actividades del país, tanto económicas como culturales, sociales y religiosas.

Quienquiera comprender este aspecto social de la Frontera, nunca podrá omitir lo que significó el aporte europeo en ella.

El fuerte sentido de unidad familiar, el valor del trabajo, en que aun el más humilde dignifica a la persona y hay que hacerlo, el sentido de la economía

para sacar provecho de todo; nada debe desperdiciarse. Cómo trabajaban sus diversos rubros y cómo ellos mismos llegaban a los pueblos con sus ventas de verduras, frutas, aves, huevos, flores, quesos, mantequilla y, con una sobriedad admirable, iban forjando su progreso.

Este ejemplo se fue de alguna manera incorporando en el chileno, que empieza a comprender la posibilidad de su desarrollo; es una de las características que la Frontera ha tenido y aún conserva, y a la que en una forma consciente y reflexiva, valorando su pasado, sea capaz de hacerlo norma de su futuro.

La colonización con extranjeros continuó realizándose, pero en forma lenta. Más que buscar y contratar colonos, se trataba de interesar a quienes quisieran venir por cuenta propia e instalarse dondequiera; pero a quienes llegaban a la Frontera con el propósito de instalarse, lo podían hacer y, en contacto con la oficina de la Inspección de Colonización, podían obtener se les adjudicaran terrenos agrícolas y se les concediera, posteriormente, título de dominio.

6. SOCIEDADES COLONIZADORAS

Otro tipo de propiedad nació de la idea de confiar la misión de traer colonos, mediante empresas colonizadoras, a las que se les asignaba una determinada superficie de tierra y se comprometían a traer tantos colonos.

Este sistema fue el llamado "Concesiones a Empresas Colonizadoras".

El fisco celebraba un convenio o contrato con una persona, natural o jurídica; la persona se comprometía a incorporar por su cuenta a colonos europeos o norteamericanos, sin cargo en dinero para el fisco.

Sin embargo, este se comprometía a ciertas franquicias, como son: los pasajes marítimos se pagarían con los valores asignados para el traslado de colonos traídos por la Oficina de Inmigración. Los pagaría la Empresa Colonizadora, por el valor fijado para el fisco.

El traslado en Chile, en ferrocarril, desde el puerto a la estación más próxima al lugar de instalación, sería sin cargo para la empresa, tanto en el pasaje del colono, como en sus pertenencias o equipaje.

Para iniciar la traída de colonos, se les asignaba una superficie en la que se debían instalar. Cumplidos los plazos se verificaba la liquidación, por la cual se entregaba título a los colonos y se extendía el decreto de título definitivo por la superficie que le correspondía a cada empresa.

Las empresas colonizadoras en la Frontera fueron: en Malleco, Empresa Colonizadora "Nueva Italia". El contrato inicial fue celebrado con Salvador Nicosia y oficializado por el Decreto N° 927 de 24 de julio de 1903. Nicosia traspasó este contrato a los Sres. Ricci Hnos. Esta empresa formó la Colonia Nueva Italia al sureste de Lumaco, donde se establecieron 100 familias, a las que por Decreto N° 556 de 30 de mayo de 1908 se les concedió título definitivo de dominio sobre sus hijuelas y sitios en Capitán Pastene. Por Decreto N° 555 de la misma fecha, la empresa obtuvo título definitivo sobre 50.000 hectáreas, de las cuales había que deducir 7.537 hectáreas que correspondían a los colonos.

En la provincia de Cautín las empresas colonizadoras fueron:

COLONIA DEL BUDI: Concesión a Francisco Sánchez Ruiz por Decreto N° 1257 de 23 de agosto de 1902.

Esta colonia se extendía entre los ríos Imperial y Toltén, se estableció con familias españolas que fueron traídas por los empresarios colonizadores Eleuterio Domínguez y Cía., a quienes les cedió el contrato el señor Francisco Sánchez.

Se radicaron 88 familias a quienes se les concedió título de propiedad definitivo sobre 7.932 hectáreas, por Decreto N° 1650 de 25 de octubre de 1907.

En la misma fecha, por Decreto N° 1647 se concedió a la empresa título sobre 56.025 hectáreas, de las que se debía descontar las 7.932 que se asignaron a los colonos. En la región del Budi se encontraban establecidas, en 1912, 214 familias de colonos nacionales.

El nombre del lugar Puerto Domínguez, a orillas del lago Budi, tiene su origen en el apellido del principal socio de la empresa que realizó la colonización; Eleuterio Domínguez.

COLONIA DEL LLAIMA: Concesión Silva Rivas. En las proximidades del volcán Llaima se estableció esta colonia con 35 familias extranjeras, introducidas por el empresario Luis Silva Rivas, de acuerdo con el Decreto N° 58 de 23 de enero de 1905. Se concedió título definitivo a estas familias por Decreto N° 1147 de 2 de diciembre de 1909, adjudicándoles un total de 2.210 hectáreas y por Decreto N° 1146 de la misma fecha, 2 de diciembre de 1909, se adjudicaron al concesionario 26.625 hectáreas, de las que debía descontar las entregadas a las familias colonizadoras.

COLONOS DE LONQUIMAY: El gobierno, a través del Servicio de Colonización, repatrió de Argentina a 70 familias, que radicó en la cordillera de Lonquimay, otorgándoles 6.544 hectáreas. En el año 1898, debido a las dificultades de límite con Argentina se repatriaron 323 familias que se establecieron en esta zona de colonia. De estas familias la mayor parte emigró más al interior debido a la crudeza del invierno y otro buen número, una vez que se calmaron los ánimos, volvió a instalarse en territorio del Neuquén.

La última colonia extranjera que se organiza y establece fue en 1903, en Gorbea, con familias boers, contratadas por el agente de inmigración que residía en París. La colonia recibió el nombre de "Colonia Nuevo Transvaal". Vinieron 73 familias, con 314 personas que se radicaron en 6.800 hectáreas.

Algunos abandonaron sus hijuelas y fueron reemplazados por otros extranjeros y aun nacionales.

El año 1904 se funda el pueblo de Gorbea y se aprueba el plano que comprende 82 manzanas y 14 quintas con el Decreto N° 926 de abril de 1904.

LA SOCIEDAD LANIN: Por Decreto N° 928 de 29 de abril de 1904 se aceptó la propuesta de don Constantino Enchelmayer para establecer 20 familias de colonos extranjeros en la región de los ríos Maichin y Trancura y al norte del lago Villarrica y desde el límite con Argentina hasta el río Turbio.

La concesión la traspasó el señor Enchelmayer a la Sociedad Comercial y Ganadera de Lanin y este traspaso se aceptó por Decreto N° 841 de 3 de mayo de 1905.

Lo exigido por el contrato se cumplió, las 20 familias extranjeras quedaron instaladas al oriente del lago Villarrica.

LA SOCIEDAD DE COLONIZACIÓN GANADERA E INDUSTRIAL DE VALDIVIA: Por Decreto 1958 de 3 de octubre de 1904, Alfredo Tatlock pidió y se le concedió la propuesta de introducir inmigrantes libres, procedentes de Alemania, Suecia, Noruega, Austria, Holanda y Transvaal que se instalarían al sur del río Toltén, desde Mahuidanche hacia la costa. Esta concesión, Tatlock la transfirió a la Sociedad de Colonización Ganadera e Industrial de Valdivia, traspaso que se oficializó en el Decreto N° 159 de 7 febrero de 1905.

La sociedad incorporó 6 colonos que trajo de Brasil, 2 de Suiza; además instaló 26 familias de colonos extranjeros contratados en Chile, seguramente de los que fueron traídos por el gobierno en los años anteriores y que ya residían en Chile desde varios años. Esta sociedad es la que fundó una pequeña población en el lugar denominado Comuy, el mismo punto del río Mahuidanche en donde Cornelio Saavedra fundó el llamado fuerte Barbosa, cuando se preparaba a extender la línea del Toltén hasta Villarrica. Es el actual Comuy.

COLONIA NUEVA ETRURIA: Concesión hecha a los señores Ricci Hnos. y Cía. el 3 de octubre de 1904 por Decreto N° 1959 bis y por Decreto N°182 del 20 de febrero de 1911 se concedió título definitivo a los concesionarios sobre los terrenos que forman dicha colonia, son los que se encuentran al sur del Toltén y al oriente de los que corresponden a la Sociedad Colonizadora Valdivia. En esta colonia se instalaron 58 familias italianas, con un total de 269 personas, a las que se les entregó tierras por la cantidad de 2.499 hectáreas, por Decreto N° 183 del 20 de febrero de 1911.

Estas hectáreas debieron deducirse de las entregadas a la Sociedad por el Decreto N° 182 de la misma fecha.

Además debían descontarse los terrenos entregados a colonos nacionales, los entregados a indígenas que sumaban 4.307 hectáreas y los terrenos de la parte sur de dicha concesión que ocupan los indígenas con derecho a ser radicados.

Esta concesión encerraba el actual Fundo Nueva Etruria y toda la zona que se encuentra al poniente del ferrocarril, donde se encuentra la llamada Faja Ricci, y comprendía todos los cerros que de la cordillera de la Costa asoman al valle, hasta un poco al sur de Loncoche.

Este sistema de concesiones en general fue el origen de las más grandes propiedades agrícolas de Cautín.

Algunas de estas concesiones fueron recuperadas por el fisco y se convirtieron nuevamente en propiedad fiscal, llamadas "Reservas fiscales", de las que el Ministerio de Tierras y Bienes Nacionales, que heredó todo lo que de Colonización tuvo el Ministerio de Relaciones, ha hecho uso para seguir radicando colonos, ocupantes que solicitan estos suelos y a quienes, previa constatación de la efectiva ocupación, se les extiende título provisorio y luego de un tiempo, en que se acredite haber cumplido ciertas exigencias, se les confiere, por medio de un Decreto, el título de dominio definitivo.

En el sistema de empresas colonizadoras, las liquidaciones dieron origen a intrincadísimos litigios; pues muchas veces, a la mala, y con apoyo de las mismas autoridades locales, se introducían personas en las tierras que se destinaban como pago a las personas, y alegaban después su calidad de ocupantes y con mejoras.

Luego, el empeño de las autoridades y de los parlamentarios con sus intervenciones en el Congreso, lograban se dictaran decretos otorgando títulos a estos ocupantes, lo que provocaba la reclamación de dichas empresas.

Especialmente penoso es todo el alegato surgido por la Colonia Nueva Italia, cuyos empresarios, "Ricci Hermanos", fueron cruelmente burlados.

Vale la pena establecer que cuando se instaló esta colonia, hizo acto de presencia en el lugar de Capitán Pastene el mismo presidente de la República, don Pedro Montt, quien con razón felicita a la empresa colonizadora, que no solo trajo e incorporó a los colonos italianos en Capitán Pastene, sino que completó su acción con la creación de una escuela, la parroquia local, servicios de Correos y Telégrafo y la construcción de un ferrocarril que une a Capitán Pastene con la red central; si bien esta obra no la terminó la empresa colonizadora, que le traspasó al fisco todo lo hecho, con la condición que él terminara la construcción, lo que se hizo.

Pero la triste y lamentable verdad es que la única empresa realmente colonizadora y que cumplió, incluso, más allá de lo comprometido; fue la que nunca tuvo la recompensa económica que le correspondía.

En los juicios y alegatos sostenidos por Jorge Ricci, no solo hay fallos solemnes de tribunales que no se cumplen; hay más, se llegó hasta la

reclamación diplomática. Tomó la defensa de Ricci el gobierno italiano y los alegatos han llegado hasta 1951, para finalmente desconocer los derechos del reclamante y cometer la más flagrante injusticia.

En eso de las “Empresas Colonizadoras” o “Concesiones”, como también en las concesiones de títulos de dominio a ocupantes o a colonos nacionales, habría materia más que suficiente para una investigación, que tal vez sea prudente olvidar o dejar. Pero si alguien quisiera seguir la pista, a partir del primer título otorgado, hace menos de 100 años a la fecha y llegar hasta estos días, se encontraría con una historia que no ha sido escrita y que más vale no mover, pensar que lo que existe es lo que es y construir sobre el presente.

Algún día se investigará sobre lo que ha ocurrido con la propiedad mapuche, no apoyado en sentimentalismos, sino en la realidad o escrituras por damajuanas de aguardiente, o por un pequeño número de objetos inútiles. Este tema se investigará y surgirán nombres y funcionarios probos y corrompidos, ejemplos de funcionarios intachables que pasaron en su tiempo por tontos, por no aprovechar las circunstancias.

7. VISIÓN FINAL DEL MOVIMIENTO COLONIZADOR CON EXTRANJEROS

La colonización organizada desde Europa por la Agencia Chilena de Colonización con sede central en París y luego en Zurich y Berna, se ejerció desde el año 1883 al 1890, por cuenta del Estado.

A partir de 1890, la Agencia de Colonización se cerró y van a seguir viniendo extranjeros por su cuenta o contratados por particulares, para instalarse en cualquier lugar y actividad de la República.

Además muchos, como lo hemos señalando, se inician como colonos, pero luego emigran hacia la civilización y tratan en vano de acallar esta actitud que es pública y manifiesta. Pero hay que reconocer que los que aceptaron el sacrificio, muy pronto recibieron su personal significado y beneficio.

De 1.467 familias que se habían instalado desde el inicio en 1883, en 1897 quedaban solo 709 familias, esparcidas en la siguiente forma

Victoria	198 familias
Quino	109 familias
Lautaro y Quillén	109 familias
Ercilla	83 familias
Quechereguas	59 familias
Galvarino	46 familias
Temuco	28 familias
Purén	21 familias
Ñielol	21 familias
Traiguén	23 familias
Nueva Imperial	8 familias
Choquechoque	4 familias



General Gregorio Urrutia Venegas (1830-1897). Primero como lugarteniente de Cornelio Saavedra y luego al mando de las fuerzas de la Frontera hizo prácticamente toda la campaña de la ocupación de la Araucanía. Fuente: www.memoriachilena.cl



Toma de posesión de Villarrica por el general Gregorio Urrutia Venegas al 1 de enero de 1883. Fotografía tomada en el lugar que ocupó la plaza colonial de Villarrica desaparecida en 1602, cuando en esa fecha se ofició por el padre franciscano Julián Rondini la misa de acción de gracias por haberse completado la ocupación definitiva de la Araucanía. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



General José Manuel Pinto Arias (1818-1873). Continuator de la obra iniciada por Cornelio Saavedra. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.



General Cornelio Saavedra Rodríguez (1823-1891). Iniciador y gestor de la ocupación definitiva de la Araucanía, le correspondió ser el primer jefe del que se llamó ejército de la Frontera.



General Basilio Urrutia Vásquez (1814-1881). Al asumir el mando de la división de la Frontera trasladó su sede militar y administrativa de Los Angeles a Angol. Fuente: Biblioteca Nacional de Chile.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La vida en La Frontera

1. CÓMO SE DESARROLLA LA VIDA URBANA Y RURAL

Si miramos, hacia fines de 1883, la vida urbana de la Frontera, podemos encontrarnos con medios diferentes. A la fecha indicada hay un Angol que cumplía 21 años y cuya construcción ya no era la de un campamento militar, como lo fue en 1861, cuando lo refundó por séptima vez Cornelio Saavedra.

Es un pueblo bien formado, con el trazado de sus calles principales y su plaza, con edificación de carácter permanente, casas de muros de cemento y ladrillos, normalmente de un piso, techo de teja con patio interior y desarrollo de la casa como en clausura en torno a su patio; con flores y árboles frutales, eran un primor los naranjos y limoneros, las plantas de camelias.

Cuando la propiedad lo permitía, en los alrededores de la ciudad, la casa-quinta, con hermosa y abundante verdura, con frondosos y generosos parrones de sabrosa uva.

El amoblado de las casas no se diferenciaba del que se podía encontrar en Concepción, Los Ángeles o Chillán.

El ferrocarril que llegaba a Angol permitía la comunicación fácil con el resto del país.

Se reunía en Angol el Estado Mayor del llamado Ejército del Sur o de la Frontera, lo que, por su oficialidad, le daba una oportunidad para una agradable vida social.

Además toda autoridad civil se instalaba en Angol que era el centro administrativo de la Frontera.

Su comercio era bastante variado, pero a la manera de la Frontera. El almacén era tienda, provisiones, mercería, calzado, ropa hecha burda y corriente junto con lo importado de Europa, especialmente en las casas comerciales vinculadas con Inglaterra, que era el país europeo que sostenía el mayor volumen del comercio con Chile y en general con toda América.

Sus calles polvorientas, en verano estaban llenas de carretas, que venían de los campos en busca de sus "faltas", palabra con la que indicaban el conjunto de lo que se iba a comprar al pueblo. Junto a las más acreditadas tiendas había un gran barón horizontal con 4 o más pies derecho, que lo sostenía a una altura de 0,80 m. Junto a estos barones se cuelgan las riendas de los

que vienen a caballo, y en garfios formados de herraduras quedan sujetas; no faltan oportunidades en que los jinetes con pícaros grados alcohólicos se montan en sus caballos e inician topeaduras, o usando el barón tratan de sacar de él al contrario. Hay veces que estas travesuras se encrespan y dan ocasión a peleas en las que se golpean con sus rebenques, ya sea del lado de la paleta, y si la cosa va a mayores, será tomando el rebenque de la paleta y se golpearán con las argollas metálicas. Eran escenas frecuentes frente a los almacenes, tiendas, bodegas y cantinas.

Por las calles, al paso lento de los bueyes, vienen y van las carretas, con el chirrido del roce de las ruedas sobre ejes, como quejándose por las incomodidades del camino. Este quejido se aplaca con la grasa de carreta que se vende en todo almacén y que el carretero compra y lleva colgando de su carreta. El clásico tarro de la grasa, untuosa y negro-oliva que en cajones se tiene en la tienda y con una paleta se saca la cantidad que se quiere para vender.

La tarde en sus primeras sombras hace de Angol una ciudad desierta; toda la vida comienza a desarrollarse en el interior de las casas; pero también muy pronto esa vida pasa a la quietud del sueño reparador.

La luz con que se iluminan, es la vacilante luz de las velas, las elegantes lámparas de parafina o los "chonchones" a carburo que fueron tan comunes a fines del siglo XIX y en los primeros 25 años del XX.

La vida se conmovía, de tiempo en tiempo, con matrimonios muy festejados; bautismos que daban origen a la gran institución nacional de la "comadre" y del "compadre". El recién nacido y bautizado era el motivo de la fiesta.

Los cumpleaños o días de santo daban origen a fiestas hogareñas muy concurridas y entregaban tema para conversaciones entre vecinos y amigos por muchos días.

Tenían una importancia especial en las villas, aldeas, pueblos o ciudades de la Frontera las "casas de remolienda", donde la fiesta se iniciaba con Baco y se terminaba en Venus.

Para ocasiones especiales, el comercio humano era seleccionado y traído de las ciudades de "fuera". Eran las fiestas de los huasos que llegaban al pueblo a sus quehaceres y se daban su noche de parranda con todas sus

consecuencias. Estos huasos, algunos muy bien plantados, tenían nombre en la región y eran señores de horca y cuchillo, verdaderos feudales que imponían su ley y tenían sus peonadas que eran su fuerza y compañía, a quienes se habían ganado gracias a sus condiciones de fiereza para la pelea y decisión en afrontar peligros.

Angol fue así el centro social de la Frontera, el centro administrativo militar hasta la creación de las provincias de Malleco y Cautín, el centro de la primitiva acción de los bancos, en que la primera institución que nace de estas actividades es el Banco Bunster con moneda propia. Eran los tiempos del billete de banco; no se conocía en Chile el papel moneda que ya empezaba a circular en Santiago y Valparaíso.

José Bunster es, sin duda, la persona más conocida en aquellos años en toda la Frontera, pero de manera especial en Angol, Collipulli, Los Sauces y Traiguén. En la provincia de Cautín tiene montadas importantes empresas molineras en Lautaro, Imperial y Cholchol, e incluso tiene, para la movilización de sus productos, una línea de vapores que hacen el viaje y flete fluvial y marítimo desde Cholchol, Imperial, Carahue y Puerto Saavedra a Talcahuano. El primer barco a vapor que surcó estos ríos fue de José Bunster, quien fue expresamente a Inglaterra a comprar su barco que corrió estas aguas. "El Vapor Ester", en marzo de 1887, inició su recorrido desde Talcahuano al Imperial; en Puerto Saavedra lo esperaba José Bunster con amigos y el pueblo del puerto, en su primer viaje remontando las aguas del río Imperial.

José Bunster, ya lo señalé en otro capítulo de esta investigación, merece un estudio más acabado de su personalidad, como también de su actuación en la Frontera para conocer cuánto se debe a su tesón, constancia y visión en el desarrollo de esta porción del territorio nacional del cual nunca podrá estar ausente este pionero de la Frontera, cuya vida está integrada y fundida con los pasos dados en la segunda mitad del siglo XIX en esta región.

Angol iba en franco camino de progreso, y transformándose cada día en una ciudad de mayor nombradía y calidad, mejorando su construcción, su vida urbana, su comercio, pero con esta nota muy característica de ser la ciudad militar de la Frontera.

La presencia del Ejército es su nota constitutiva, ya que da especial actividad al comercio, no solo por el consumo personal de oficiales y tropa, sino porque es desde Angol de donde se surte a toda la Araucanía, tanto en la vida militar, como en la vida civil.

COLLIPULLI: Cerca de Angol, al oriente, está Collipulli. Unas palabras sobre la ciudad, fundada en 1867. En sus primeros años y en la década del 70 fue el fuerte central de la llamada línea del Malleco. Su acción militar se extendía hacia el oriente hasta Curaco y hacia el poniente hasta Chiguaihue. Este fuerte debió vivir, arma al brazo, siempre con la posibilidad de repentinos ataques. Cuando la línea de ocupación avanzó hasta el Traiguén en 1878, se aliviana la vida de cuartel de Collipulli, que era el centro de la defensa de los terrenos y propiedades agrícolas entre el Biobío y el Malleco.

Empieza a tomar su forma; junto al cuartel se trazan sus calles, su plaza, surgen las primeras viviendas de familiares de los soldados, de comerciantes, de agricultores de la región vecina al norte del Malleco, y de uno que otro que se ha atrevido a internarse al sur del Malleco. El comerciante es, entre otros, el del almacén, bodega, tienda y también el que, con sus canastos de mercaderías surtidas, entra en contacto con los mapuches y les vende, partiendo de espejos, pañuelos de colores, cintas, peines, peinetas, jabón, etc. Otros en combinación con algún cacique y bajo su protección entran con carretas para vender o “trocar” productos.

El fuerte se va convirtiendo en villa. En 1883, fecha que hemos tomado para la relación, es ya un pueblo, es la avanzada que permite ya no tanto defender hacia el norte, cuanto proteger a los que se internan al sur.

Las casas que primeramente fueron del tipo rucas, murallas exteriores de barro con paja, adherido a una trama de ramas y un techo cubierto de pasto, llamado “ratonera”, han empezado a ser reemplazadas por construcciones de adobe y ladrillos, de madera en bruto en el exterior y alguna elaboración para el interior y puertas y ventanas. Estas actividades darán origen a los trabajos de carpintería y herrería que eran actividades clásicas de estos pueblos de la Frontera.

Collipulli está a punto de sufrir su gran paso de transformación y convertirse en un nombre que significará algo en todo el país. Su nombre va a estar unido al viaducto del Malleco.

A partir de 1885, Collipulli es el punto central del trabajo de la construcción del ferrocarril Renaico-Victoria, con todo lo que iba a significar la construcción del puente del Malleco; que solo él ocupó, en momentos, más de 800 hombres; pero que centralizaba el control y la atención de hasta más de 3.000 carrilanos, nombre que se le otorgaba a los obreros que trabajaban en

la construcción de la vía férrea. Su presencia, si bien daba origen a un amplio comercio, era también motivo de preocupación, pues este trabajador tenía fama de valiente y pendenciero, que con facilidad usaba el puñal.

Era frecuente que en los días de pago aparecieran dos, tres o más trabajadores muertos que se enterraban en los rellenos de las mismas faenas, y aquí no ha pasado nada.

En los salteos de los campos y de las pequeñas villas y poblaciones, siempre estuvieron presentes los carrilanos mientras se construían las líneas. Eran personas que se tomaban para el trabajo, sin mayor selección y valga la oportunidad para dejar un testimonio muy valioso: cientos de mapuches se incorporaron al trabajo de jornaleros en esta actividad, demostrando su buena capacidad para el trabajo.

Collipulli, debido al trabajo del ferrocarril, especialmente el puente, fue un centro de gran actividad comercial; tanto que un tiempo, precisamente en el de mayor actividad en la construcción férrea, José Bunster trasladó las oficinas de su banco o bien creó una sucursal en Collipulli.

Bunster también estableció uno de los primeros molinos de cilindro que hubo en la región, en Collipulli, que se convirtió en esos años en uno de los centros trigueros más importantes del país, la producción maderera, de cereales, la ganadería, la industria molinera, hicieron de Collipulli un centro muy importante en la vida de la Frontera.

TRAIGUÉN: fue fundada en diciembre de 1878. A la fecha que hemos usado para mirar a estos centros poblados, cumplía 5 años de vida y había hecho grandes progresos, tanto que muchos alcanzaron a pensar que llegaría a ser el núcleo urbano más importante de la Araucanía.

En sus calles bien trazadas, construcciones iniciales de tabla en bruto fueron muy pronto reemplazadas por construcciones de muros de ladrillos y techo de tejas, ya que, desde su inicio, la tierra arcillosa que abunda en la zona dio origen a estas actividades. He de recordar que en la región del sur, comprendida desde Concepción y Chillán, en la construcción eran reconocidas, como un producto de calidad, las tejas de Traiguén; y que actualmente vuelven a tener un comercio de renombre y a ser buscados los productos de tejas, ladrillos y briquetas que en la ciudad de Traiguén dan nombre a esa población.

Hizo posible el alto y precoz desarrollo de Traiguén el hecho de haberse constituido en el punto de partida para el avance hacia la línea del Cautín. La proveeduría del ejército y del comercio pasó de Angol a Traiguén, que de pronto, con la construcción del ferrocarril hasta esa ciudad, le daría una nueva razón de interés al convertirse por un tiempo en punta de rieles.

No puede quedar sin considerar, en el futuro de Traiguén, el impulso que a su progreso le dio la presencia de una activa colonia formada por suizos-franceses y alemanes que se preocuparían de conservar muchas de las virtudes propias de sus costumbres: el ahorro, el trabajo, la limpieza y comodidad en el vivir; sus casas amplias, limpias, con pequeños importantes toques que hacen agradable el vivir, sus jardines, las cortinas de sus casas; su cumplimiento en sus compromisos y en su palabra.

Estas y otras consideraciones más fueron entregando a la población local situaciones de emulación que hacían que se progresara en todos los aspectos. Estos colonos se preocuparon desde el primer momento en conservar, a través de la educación, sus costumbres y allí están hasta hoy su gran Colegio "La Alianza Francesa", la Escuela de la Providencia y los clubes locales en donde se mezclaron sin distinción chilenos y europeos que iban fundiendo paulatinamente sus virtudes y también, por qué no decirlo, sus defectos.

Traiguén también sentirá los efectos de la presencia pionera de José Bunster, quien funda la primera empresa molinera con planta eléctrica y luego, cuando el ferrocarril llega a Traiguén, instala el primer ferrocarril eléctrico de la región, desde el molino a la estación ferroviaria, para el recibo del trigo y el despacho de harina que iba con destino a sus bodegas de Talcahuano, ya sea para su traslado, venta y consumo en los puertos del norte, ya para su exportación.

TEMUCO: Con apenas dos años de vida, se muestra un foco potente de progreso y se expande desde la plaza Recabarren hacia el oriente, el poniente y el norte. Eran sus principales calles en esos años: Vicuña Mackenna, Prat, Bulnes y Aldunate, las que se proyectan de sur a norte, y O'Higgins, San Martín, Bello, Varas y Claro Solar, o las que se dirigen de oriente a poniente.

Las instalaciones de aserraderos y barracas empiezan a permitir, desde ya, construcciones de mejor presentación; el uso del ladrillo, cemento y teja dará origen a construcciones de un piso, pero con características de más fuerza y estabilidad. Todavía es posible ver en la parte señalada de la ciudad casas que tuvieron su origen en esos primeros años. El establecimiento de la

unidad militar en el fuerte de Temuco como el centro para dar el último paso de avance en ocupación total de la Araucanía, fue sin duda lo que le dio el primer impulso.

La fundación de Temuco abrió un campo inmenso y riquísimo en la agricultura, tanto hacia el norte como hacia el sur. En toda la amplitud del valle central, inició una actividad maderera sin parangón en todo el país. La empresa maderera se extendió con sucursales en todo Chile. El bosque estaba en la ciudad misma; para hacerla, construirla, era previo sacar el bosque que se explotó en la propia construcción y en la venta de madera. Tarea indispensable era sacar el bosque de los terrenos planos para dar paso a los cultivos y a la ganadería. El campamento va cambiando su cara, será muy pronto una aldea, luego un pueblo y ya en 1887 cabecera de la provincia de Cautín. Seis años desde su fundación, es una ciudad más del país.

Así fue, en cada caso, la vida urbana en esos primeros años; con grandes dificultades y aislamiento, sin comunicaciones fáciles; a excepción del telégrafo, que fue extendiéndose por el ejército a medida que se avanzaba.

La comunicación terrestre era a caballo o en carretas, pero incluso en los primeros años se realizaba en convoyes. El convoy salía de Angol a Traiguén y de aquí a Temuco. Era el que hacía el viaje llevando el aprovisionamiento para la tropa y lo que necesitaba la guarnición: vestuario, víveres, herramientas, materiales de construcción, mercaderías, todo lo que se necesitaba para la vida del fuerte y en la incipiente vida de la aldea en formación.

Los obstáculos del camino recién abierto y no bien afirmado, lleno de troncos y matorrales con barrancos profundos y barriales del invierno por las frecuentes lluvias, hacían difícil el sistema de transporte que, además, crecía porque aprovechaban la salida del convoy oficial, para sumarse, los comerciantes y particulares que alquilaban fleteros que llevaban las cosas pertenecientes a los vecinos de los lugares. El convoy partía protegido por un equipo de soldados, pues, en cualquier momento, podían ser asaltados por bandoleros huidos de la justicia que se internaban en esta región para hacer de las suyas y en estas empresas nunca les faltaba la ayuda y presencia de grupos mapuches que se aprovechaban de la oportunidad.

El convoy hacía el viaje en etapas, deteniéndose en los diferentes fuertes del camino y siempre era una buena oportunidad para descansar e intercambiar noticias que daban vida al fuerte y a la pequeña aldea. Aprovechaban esta oportunidad los que llegaban, de las ciudades y campos vecinos a Concepción

y a la provincia de Ñuble, que decidían probar suerte en la frontera con la esperanza de que la autoridad militar les otorgara la autorización para asentarse en los sitios de la población en formación y después, en la ocupación de hecho de alguna superficie agrícola, hacerse posteriormente propietarios mediante la obtención de título provisorio del Estado, para luego convertirlo en título definitivo.

Así como la vida urbana tenía sus problemas y dificultades, la vida rural, del agricultor y del campesino trabajador, estuvo buen tiempo sometida a una zozobra permanente. Los salteos a las casas patronales en los campos y el ataque al campesino trabajador o al labriego eran cosa frecuente. La inseguridad de la vida era total; cada cual buscaba la mejor manera de defenderse. La carabina Winchester era un arma frecuente y común en el campo y en la ciudad, la pistola o revólver al cinto era una defensa inseparable y cuando menos se esperaba se producían los encuentros en que solían quedar en los caminos o arrojados a las quebradas los cadáveres de los caídos. El ataque suscitaba un nuevo hecho de armas; la justicia no se esperaba de los Tribunales; cada cual cobraba y por lo general con creces.

En las villas, aldeas y pueblos era más posible contar con cierta seguridad, la que se fundaba en la presencia de la guarnición militar que hacía las veces de policía.

Quien era capaz de defenderse e imponerse al bandidaje, en más de una ocasión terminó encontrando en sus parciales a los más osados bandidos, que lograban poco a poco, en compañía de alguna persona conocida, ir conquistando un nombre que lo incluiría, con el tiempo, entre las personas honorables de estas tierras de peligrosas aventuras.

Este es el origen del recuerdo de Hernán Trizano que, con la policía rural, supo poner atajo, a fines del siglo pasado y principios de este, al Far West de la Frontera y, más tarde, del Cuerpo de Carabineros rurales, antecedente de los actuales Carabineros de Chile que resultaron de la fusión de dos cuerpos principales: Carabineros Rurales y Policías Urbanos.

Trizano, con sus hombres, hizo limpieza del bandolerismo de la Frontera, que sería difícil olvidar. Toda esta región de la cordillera del Ñielol, que es una cadena de cerros que se extiende desde Traiguén al Cautín en una inclinación norponiente a suroriente, era una guarida segura para la acción impune del bandolerismo. Trizano y sus hombres hicieron más de una vez expediciones

por el interior de esta cordillera y montaña, eliminando a toda persona que, a su juicio, le mereciera sospecha.

Nadie podrá saber cuánto bandido y criminal murió en estas expediciones; tampoco cuántos errores se cometieron. Pero la ley de la vida requería una acción fuerte, eficaz y sin contemplaciones.

La actividad de la vida rural era variada. Las pequeñas superficies limpias de bosques se reservaban para siembras y pastoreo de ganado vacuno y caballar; pero, sin duda, la primera ocupación era el fuego al bosque. Se aprovechaba lo que se seleccionaba para la producción de madera y lo demás se quemaba para, sobre esa tierra virgen, hacer las primeras siembras de trigo y avena. Los cereales, la chacarería, en regiones aptas para su cultivo; la ganadería lanar y bovina; el cuidado de los caballos, tan necesarios como medio de movilización y vigilancia, eran atención preferente y el comercio de la madera, destinada al consumo local de construcciones: casas, bodegas, durmientes, puentes y al consumo nacional, alcanzó niveles que hoy es difícil imaginar. Estas fueron las actividades centrales de la acción agrícola.

Pero esta vida rural era bastante distinta a la actual. Desde luego la hacienda o el fundo tenían su dotación de bueyes para el trabajo. Simultáneamente, en el tiempo en que se preparaba el campo para la siembra, trabajaban 40 ó 50 yuntas de bueyes en arar y rastrear la tierra, preparando su siembra y, cuando todo estaba listo, el sembrador con su saco amarrado a la cintura iba desparramando la semilla. No era época de tractor ni de sembradora.

La dotación de animales de trabajo no se conoce prácticamente hoy; en esos tiempos no se podía prescindir de ellos. Cuando llegaba la temporada de la cosecha, la búsqueda de hombres para la corta de trigo a echona provocaba los grandes enganches de gente que se venía de más al norte contratada para hacer la cosecha. Las carretas de emparva, por los faldeos de las lomas, se iban cargando de gavillas que eran conducidas al campamento donde estaba el centro de la faena; a veces la era para las trillas a yegua y otras, donde el motor a vapor movía la trilladora fija, donde se acercaban las carretas cargadas a lado y lado de la máquina que se iba tragando las gavillas en medio del polvo y arrojando por el otro extremo la paja que iba a formar el muelle y, por los tubos laterales, el chorro de trigo a los sacos, que pesados y cosidos se acumulaban en el campo hasta que llegaba la hora de llevarlos a las bodegas cerca de las casas de las haciendas, desde donde se comerciaban y, cuando el

riel se extendió, iban estos sacos a las estaciones para ser despachados a sus destinos. ¡Qué agitada y llena de encantos era la época de la cosecha!

La lechería era de la época septiembre a marzo. Justo cuando nacía el terneraje, temprano en la mañana llegaban, por todos los senderos de la hacienda, las mujeres que dejaban a sus “pueblas” para ir a la ordeña. Sacaban la leche maneando las vacas, acercando el ternero para que tome un poco de leche y así “bajar la leche” y hacer la ordeña, recibían la leche en baldes y la vaciaban en tarros lecheros que iban a la quesería donde se hacía mantequilla y queso.

Todos estos trabajos manuales hacían del campo un centro de gran cantidad de mano de obra que el avance ha sustituido por el tractor, la cosechadora, la ordeña mecánica, etc., que ha hecho que la población urbana, que era un 30%, frente a la rural de un 70%, haya invertido las cifras y seguramente hoy la mano de obra útil en el campo no pasa de un 20 a 25%.

2. LA INSEGURIDAD DE LA VIDA

Leer las páginas de los periódicos de la época es un frecuente encuentro con las noticias policiales de asaltos, asesinatos, robos y venganzas que hacían muy incierta la vida.

Entre estos hechos podemos recordar dos que fueron especialmente comentados, porque el crimen llegó a los mismos cuarteles militares. Veamos los casos: el asesinato del capitán Juan Buenaventura Yáñez, en marzo de 1884, y el del teniente Rómulo Sotomayor, del Cuartel de Freire, en junio de 1884.

En Nueva Imperial se encontraba parte del personal del Batallón Biobío, cuyo jefe era el teniente coronel don José Manuel Garzo. La administración de todas las fuerzas, el Estado Mayor del Ejército de la Frontera, residía en Angol.

A principios del mes de marzo, el capitán ayudante Juan Buenaventura Yáñez fue comisionado para ir a Angol, de donde debía traer el dinero necesario para el pago de los soldados y para los gastos del cuerpo ubicado en Nueva Imperial.

Recibió el capitán Yáñez, de la superioridad de Angol, la suma de diez mil pesos en billetes del Banco Nacional de Chile. Le servían de escolta, a su regreso, dos soldados del Escuadrón Carabineros de Angol: José María Sandoval y Bruno Rosales.

En el camino de Angol a Imperial, cerca de Los Sauces, Sandoval descargó su arma contra el capitán Yáñez quitándole la vida. Ambos soldados regresaron a Angol, pero antes se detuvieron en Los Sauces, comprando algunas cosas en la tienda de Augusto Eickenrostt. Al dependiente de la tienda le llamó la atención la vestimenta del comprador, vestido de civil, porque su presencia no justificaba la cantidad de dinero que llevaba y la forma de pagar, sin preguntar precio y cancelando siempre con billetes de diez pesos, que era más que lo que recibía un soldado por un mes de sueldo.

Pronto empezó a preocupar el no arribo de Yáñez a Imperial; además, bajo el puente a la entrada de Angol, encontraron dos uniformes que pertenecían a soldados. Empezó a susurrarse la noticia; “Yáñez ha sido asesinado” y las sospechas cayeron de inmediato sobre las personas de sus escoltas.

Se activaron las pesquisas y empezaron a buscar a los soldados, quienes después de pasar una noche de fiesta en un restaurante de Angol, con un cabo de la policía de Angol y dos individuos más se dieron a la fuga.

El general de la División de la Frontera, en ese momento Marco Aurelio Arriagada, dio orden de proceder con la mayor diligencia en el esclarecimiento del crimen y en buscar y castigar a los culpables.

Muy pronto cayeron los culpables; uno de ellos, Agapito Guerrero, que conoció todo el proyecto y compartió responsabilidad con Sandoval y Rosales.

El 25 de marzo pagaban con su vida el crimen cometido, siendo fusilados ante una gran concurrencia de público, en las afueras del cementerio de Angol.

El capitán Yáñez era casado y, con su mujer e hijos, residían en Imperial.

Dos de los ajusticiados, Guerrero y Rosales, se valieron de personas que escribieron cartas a sus madres, que se publicaron en “El Independiente” de Santiago el 5 de abril de 1884, diario del cual he tomado toda la información de este crimen, en sus páginas y publicaciones del 21, 27, 30 de marzo y 5 de

abril de 1884, publicaciones realizadas con la información que el corresponsal del diario envió de Angol a Santiago.

3. MOTÍN EN LA FRONTERA. ASESINATO DEL TENIENTE RÓMULO SOTOMAYOR

En diciembre de 1882, realizaba el general Gregorio Urrutia Venegas la expedición que, saliendo de Temuco, debía llegar a ocupar Villarrica.

El 7 de diciembre, avanzando hacia el sur, llegaba hasta cerca del Toltén y decidía Urrutia fundar allí un fuerte, cuyas bases puso el 7 de diciembre, dejando instalado el Batallón Ñuble. Este fuerte es el origen de la actual Municipalidad de Freire. El comandante del Batallón, Manuel Contreras Solar, dejó en el fuerte un contingente de 200 hombres del Ñuble al mando del sargento mayor don Luis Enrique Gómez, para que prestara todo su concurso en la primera etapa de este pueblo. La expedición torció su camino en Freire, tomando la dirección al oriente, orillando el Toltén, hasta llegar el 31 de diciembre a las ruinas de Villarrica y el 1 de enero, junto con saludar a la oficialidad y tropa, por intermedio del coronel Alejandro Larenas, al general Urrutia dio por refundada, en el mismo lugar que ocupó la Villarrica Colonial, la nueva ciudad de Villarrica (1 de enero de 1883). Así se reemplazaba a la que desapareció el 7 de febrero de 1602.

Esta refundación tiene además otro significado más importante, es el acto con que culmina la ocupación de la Araucanía. Lo iniciado por Valdivia en 1550 tiene al fin su término. El territorio chileno es de hecho y derecho integrado con la tierra de Arauco. Trescientos treinta y dos años de guerra continua han terminado con la dominación y ocupación de Arauco.

Este hecho, al terminar la pacificación y sometimiento, hizo que rápidamente toda la ocupación militar empezara a disminuir; unidades fueron desmovilizadas; otras regresaron a sus lugares de origen.

Así Freire, en 1884, era un fuerte que custodiaba una guarnición de 40 hombres bajo el mando del teniente Rómulo Sotomayor.

“El Independiente” de Santiago en su edición del día 21 de junio de 1884, encabezaba así un párrafo:

“Un nuevo y alevoso asesinato se ha cometido en la Frontera Araucana; un joven teniente de 21 años, don Rómulo Sotomayor, hijo de Valparaíso, héroe en las jornadas de Chorrillos y Miraflores y que recibió en esta última batalla un balazo en un brazo, ha sido vilmente asesinado por sus mismos soldados en un Motín del Cuartel en el Fuerte de Freire, del que era Comandante”.

Los amotinados aprovecharon el crimen para robar los recursos económicos que ese día había recibido el teniente. Una vez cometido el crimen y robado, tomaron camino por una orilla del Allipén para internarse en la cordillera y buscar un paso y refugio en Argentina.

Conocido el hecho por las autoridades militares de Angol y Temuco, se ordenó instruir el correspondiente sumario y se estableció que el coronel Canto, con instrucciones del general Marco Aurelio Arriagada, procesara a los que fueran cayendo presos y, responsables, fueran fusilados en el acto. El Batallón Ñuble había sido retirado y se había ubicado en Freire un cuerpo de tropa del Batallón Caupolicán 9° de Línea, que comandaba el coronel graduado, comandante José María del Canto. Este batallón fue encargado de guarnecer el Alto Biobío y algunos fuertes; así estaba Freire bajo el comando de Rómulo Sotomayor.

El cabecilla del motín fue el cabo Eduardo Mella y según se pudo saber, por confesión de algunos implicados, el motivo fue la dureza con que Sotomayor castigaba la menor falta del soldado.

Como consecuencia final de este motín se fusiló a siete soldados, de los veinte que resultaron condenados por el Consejo de Guerra; los 13 restantes fueron sancionados a diversas penas.

Estos hechos, como tantos otros crímenes, asesinatos, salteos en los caminos y en las haciendas, ponían un sello de inseguridad en la vida de la Frontera; donde una actividad defensiva, creada como respuesta, producía este tipo humano audaz, valiente, decidido, que no sentía debilidad en hacerse justicia por sí mismo, sin esperar la acción pública.

Luis Durand, en su clásica obra “Frontera”, precisamente le da vida a este personaje, en su protagonista “Anselmo Mendoza”. ¡Cuántos Anselmos debe haber habido en la Frontera! Audaces, atrevidos, inteligentes y vivos en su

entender, buenos amigos, francos, abiertos, leales; pero así como cuando dan la mano, la dan; si la cierran también saben ser fieros y duros para el castigo; “Ay de aquel que cae en su desgracia”.

Estos tipos humanos abundaron en la Frontera y cruzaron todas estas tierras en los cuarenta primeros años después de la ocupación. Hasta 1925 todavía era frecuente que se perturbara la vida con las noticias de hechos violentos de sangre; noticias que volaban por el telégrafo y llegaban a todo el país poniendo un no sé qué de misterio que rodeaba al apasionante nombre “La Frontera”.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

La Frontera en el siglo XX

1. LA FRONTERA A PARTIR DE 1900

La vida urbana fue desarrollándose más rápido de lo que podía esperarse; el ferrocarril terminó con el aislamiento del territorio, no solo en el sentido norte-sur, cruzándolo el ferrocarril longitudinal, sino con una variedad de ramales que se internaban hacia la cordillera o avanzaban hacia la costa. Se puede afirmar que antes que se hicieran los caminos terrestres definitivos, los caminos ripiados, se construía el ferrocarril.

Ramales: Santa Fe-Los Ángeles- Santa Bárbara; Coigüe a Mulchén; Coigüe a Nacimiento; Los Sauces a Purén y Capitán Pastene; Traiguén a Victoria y Quino a Galvarino; Victoria a Curacautín; Cajón a Cherquenco; Temuco-Carahue; Freire-Cunco; Freire-Toltén; Loncoche-Villarrica.

La Frontera tuvo más kilómetros de ferrocarril que cualquier otra región del país en proporción a su superficie. Aún esto es válido en la actualidad, si bien por razones de administración no todos cumplen hoy la función que se tuvo en vista al construirlos. Hoy día la mejor conservación de los caminos, la presencia del transporte de buses, micros y camiones le han quitado al tren la primacía de otros tiempos.

Los efectos que sobre la vida de la Frontera ha producido la presencia del ferrocarril es un tema que alguien, algún día, tendrá que desentrañar.

Si se busca el origen de los pueblos que se desarrollan aquí se verá que están unidos a tres factores: los primeros, a los fuertes militares en el avance de la ocupación; los segundos, a la formación de villas o aldeas que albergaron a los colonos y luego en forma rápida y numerosa la presencia del ferrocarril, que si bien se construía uniendo puntos existentes, iba creando focos de aldeas y villas, más tarde pueblos en torno a las estaciones.

Basta con mirar entre otros el trazo Temuco Valdivia, ¿qué son Metrenco, Quepe, Quitratue, Lastarria, La Paz, Lanco? Pueblos que surgieron alrededor de la estación.

Las estaciones del ferrocarril en muchos pueblos, hoy ya no tanto debido al transporte caminero, fueron lugar de reunión social. Al paso de los trenes se llenaba la estación de personas que iban como a un paseo. Era la acción informativa de saber quién viaja; adónde y por qué, quién llega, qué trae, cómo se viste, sobre todo en el caso de los trenes del recorrido nacional.

Estos acontecimientos, el desarrollo del comercio, las grandes casas comerciales, generalmente inglesas: Weir Scott, Williamson Balfour, Duncan Fox, Gibbs y Cía., etc., los mayoristas, y los minoristas, surten el comercio; las escuelas de primeras letras y liceos y colegios; la prensa diaria y periódica; los cines; la luz eléctrica; el avance de la higiene que significó el uso del agua potable y el principio de los sistemas de alcantarillado; los hospitales; la atención de profesionales en las diversas actuaciones de la vida social; la acción misionera de la Iglesia y luego la acción parroquial van a dar una nueva configuración a la vida de estos centros, que se iniciaron, simplemente, por agrupación en un punto determinado en que se impone el más fuerte. La organización de la comunidad, en forma espontánea primero y luego con todas las complejidades del conglomerado social, va a organizar la vida para darle seguridad, orden, justicia, paz y progreso.

La Frontera tuvo la suerte y el privilegio de iniciar su existencia en un territorio primitivo en su vida social, pues era ambiente mapuche y sus costumbres lo que había en este medio, que pasa a ser ocupado, conquistado y pacificado por una forma de vida que nada tenía como raíz en la Frontera.

Por esto es posible decir que aquí no hubo una infancia social; se conquistó y de la barbarie pasó a incorporarse a la altura de lo que caracterizaba a la sociedad humana a fines del siglo XIX.

Nació con telégrafo, con ferrocarril, con comercio, bancos, iglesias, escuelas, etc. Todo llegó de una vez y junto, llegó la vida social con sus técnicas y necesidades, como también con sus creaciones.

No hubo que ir reemplazando un mundo ya superado; hubo que crear el mundo de fines del siglo XIX.

Por eso el avance de la Frontera fue espectacular, la vida del resto del país conservaba su cuadro anterior y lo irá reemplazando, aquí no hay reemplazo, hay implantación de una vida en el nivel en que se está en el resto del país.

Cuánto tiempo pasó para que Talca, Linares, etc., fueran provincias. Temuco inicia su vida en 1881 y ya en 1887 es capital de provincia. Son estas consideraciones las que hay que tener presente para entender la Frontera.

Además, todo este cambio fue posible porque las provincias de Malleco y Cautín, al ser incorporadas a la vida y administración nacional, constituían un territorio de una riqueza agrícola desconocida, y que vuelca sobre el país

el cuerno de la abundancia, como ninguna otra parte del territorio; como región nueva, recibió del Estado un trato preferente, que le ayuda a salir de su atraso material, pero relativo.

2. ¿QUÉ HA PASADO CON EL MAPUCHE?

Muchos se preguntan ¿qué pasó con el mapuche, que pareciera que de golpe perdió su pujanza, su valor y se sometió?

El mapuche fue vencido por el único sistema que podía producir este efecto, por incorporación a un sistema superior de vida. Se puede decir que fue copado por la ciudad, por la vida urbana, por la escuela, etc., y por un trato que, rápidamente, él sintió como igualitario.

Se incorporó al trabajo remunerado, fueron cientos y tal vez miles los que trabajaron como jornaleros en la construcción del ferrocarril. Su mezcla con el trabajador chileno no la sintió diferente, era un hombre más.

La concurrencia al almacén o la tienda a comprar o vender, el empezar a hacer uso de las cosas desconocidas para él y que le dan más facilidad en el vivir, son entre otros los hechos sociales que rompen su resistencia, la que por otra parte ya no podía mantener de ninguna manera.

No es menos importante en su sometimiento, lo que intencionadamente se hizo, de parte de muchos, con ellos: destruirlo por los vicios, principalmente el alcohol. Permanecerá siempre como una mancha imborrable en la ocupación de la Araucanía el telegrama con que Saavedra informa al presidente José J. Pérez la ocupación de Angol: "La ocupación de Angol no ha costado ni una sola vida. La ocupación costará al Gobierno: mucha música y mucho mosto".

El mapuche gustaba y gusta del alcohol, ni más ni menos que el pueblo chileno. En su vida primitiva la preparación del alcohol a base de fermentación de frutos silvestres y de maíz era de fabricación casera, difícil y escasa. Se encontró en el almacén de los pueblos vino y aguardiente producidos en cantidad sin medida y se entregó con frenesí a beber; por el vino y el aguardiente daba todo, transaba tierras, animales, cosechas.

Ciertamente hubo abusos incalificables en esta materia. Lo curioso es que generalmente se refieren a la embriaguez del mapuche y a su afición por el alcohol, los mismos que se enriquecen con su venta, y muchas veces, con una venta de vinos fabricados, que producen en el que bebe, sin estar preparado para beber, trastornos graves en su salud.

El alcohol hizo sobre el mapuche efectos de deterioro físico y moral de gran proporción.

Pero el hecho central de su sometimiento, fue su incorporación rápida a una forma superior de vida a la que se vio forzado a incorporarse, como única manera de sobrevivir.

Algunas condiciones le facilitaron este cambio, desde luego el haber ido durante el largo período colonial teniendo contacto con el español y más tarde con el chileno, contacto que, al ir incorporando a su sistema de vida costumbres y modos de estos, le permiten entenderse con ellos.

Esto hizo del mapuche un hombre bilingüe, lo que le da una mayor ligereza intelectual. Es un hombre que llega a pensar en dos idiomas.

Fue admiración del español, la rapidez con que el mapuche se adaptaba a las nuevas condiciones de la guerra y cómo se organizaba para sacar partido de sus recursos, a fin de hacer frente a las técnicas guerreras.

Trata de imponer las condiciones de la guerra y lleva al enemigo a luchar donde él quiere y a hacerlo como él quiere. Pero su viveza natural, el encontrarse sobrepasado por una forma de vida que ya él no es capaz de resistir; el buen trato recibido, al menos por el gobierno local, y en gran parte por la generalidad de los que llegaron a vivir en la zona, y cada vez sintiéndose más minoría en la población, que desde el centro del país viene a incorporarse a esta quimera de la Frontera; la afectuosa, cariñosa y cristiana actitud que sobre él ejercieron las misiones, tanto de franciscanos, como de capuchinos españoles primero, italianos después, y finalmente alemanes de Baviera, terminaron por someterlo. Estos últimos, sobre todo, le dieron sin reserva su atención y su comprensión. Las misiones y las escuelas, los internados que sostienen estas misiones junto a las parroquias, las escuelas vocacionales, su seminario en el que abrieron las puertas a vocaciones que fueron cultivando y formando un clero aborigen, son otros muy valiosos hechos que han ido, más que sometiendo al mapuche, incorporándolo a una forma superior de vida y que él comprende que es así.

Ha tenido participación en condiciones igualitarias en las escuelas y liceos, en la conscripción militar, en el trabajo como obrero o empleado y en la universidad, alcanzando participación notable en todas las carreras. Su predilección, sin embargo, se ha mostrado por su presencia numerosa en el Magisterio Nacional y en el Cuerpo de Carabineros.

Es un caso único en la Historia de América, un pueblo que con tanta valentía resistió más de tres siglos la dominación, y cuando ya esto no fue posible, realiza con interés el cambio y es bien recibido su ingreso a otra forma de vida.

Con razón Isidoro Errázuriz escribió y publicó un librito que tituló "Tres Razas". (Valparaíso, Imprenta de la Patria. Calle del Almendro N° 16; 1892) Después de recorrer esta Frontera que lo conquistó, supo ver, ya en esos años, lo que se estaba produciendo con el español chileno, con el mapuche y con el colonizador europeo: suizo, alemán, francés, italiano, español y otros grupos menores, una amalgama, una mezcla que sola será capaz de darle una idiosincrasia especial a la vida de la Frontera.

Las características de esta región del país surgen de su postura siempre activa, nunca vencida, emprendedora, que no se amilana y que no se da por vencida; si no encuentra acogida en la autoridad para lograr lo que desea, no se cruza de manos y espera, no; si no me ayudan, dice el hombre de la Frontera, lo hago solo. Hace lo que desea; ha sido admirable lo que ha hecho, en diversas oportunidades, la comunidad.

Los primeros trabajos comunitarios que se ha sabido se han realizado, han sido hechos aquí por los hombres de esta tierra, todos juntos aportando cada cual su cuota en concordancia con su posibilidad. Este espíritu es imprescindible cultivarlo y evitar que se desencante y pueda desaparecer.

Este trabajo lo hemos visto y alentado. En arreglos de caminos rurales, los pequeños campesinos, cansados de esperar que ripien sus caminos, deciden hacerlo ellos. Hemos visto aquí, en las puertas de Temuco, a más de 200 carretas en un día, de mapuches principalmente y algún pequeño propietario chileno; o de chileno casado con mujer mapuche, propietaria de parte de una reducción, hacer trabajos de ripiadura de caminos en "acciones comunitarias" y ejemplares. Los hemos visto, a los pobladores de Santa Rosa, La Fama y Voltaire, haciendo los trabajos de excavación, y a la Dirección de Obras Sanitarias colocar las cañerías para la extensión del servicio de agua potable. Los hemos visto hacer, con la Dirección de Vialidad, puentes, no de

gran desarrollo, pues eso son obras mayores, pero sí, puentes y alcantarillas nuevas, que solucionan dificultades de corte de caminos.

Hemos visto nacer sedes universitarias en Temuco. La sede de la Universidad Católica, que se llamó primeramente Universidad de La Frontera, vivir durante por lo menos tres años, los tres primeros de su vida, por la voluntad y aportes de los vecinos. Para memoria de la posteridad, se ha visto a don Adán Caro aportar el dinero para la compra del local en que se inició este esfuerzo cultural de Cautín.

Una sede universitaria que se financió ¡durante tres años! con colectas públicas y colectas en las iglesias de la diócesis; con rifas anuales; y solicitando la ayuda económica a instituciones y personas.

Esto ocurría en 1959 a 1963.

Pero no es lo único. Nace Temuco en 1881. El periódico “El Cautín” en su número 1, del 18 de mayo de 1887, da cuenta de tres hechos que muestran este espíritu de iniciativa.

1° En un artículo da cuenta de la existencia de la “Sociedad de Artesanos del Progreso” y publica en sus páginas sus Estatutos.

En el número que señalo, el primero que circula, editorializa su propietario y editor, don José Jesús Sepúlveda:

Apenas hace un lustro que Temuco recibiera el Bautismo de la Civilización y lo vemos ya marchar erguido al frente... invadiendo impávido el anchuroso campo del progreso.

Campea en el seno de la naciente sociedad “Riberana” (sic) al Cautín... el espíritu levantado de asociación, de unión, de confraternidad, principios democráticos que han constituido siempre la verdadera grandeza de las naciones.

Y en el mismo primer número da cuenta que el 21 ó 29 de mayo se dará inauguración al Liceo de la Alta Frontera, creación de iniciativa privada. El primer plantel fiscal, Liceo de Temuco, lo creará el Estado por Decreto del 6 de diciembre de 1888 e iniciará sus actividades en marzo de 1889; en igual oportunidad se creó el Liceo Fiscal de Angol.

En el mismo 1er. número de “El Cautín” se hace una mención de los funerales de Domingo Coloma, fallecido por “Disenteria Reumática” (sic). Con motivo de este funeral hace una descripción del Cementerio al pie de una colina, cuajada de robles seculares y de enmarañado bosque, se ven agrupadas varias rejas coronadas del

signo de la Redención guardando los restos de algunos deudos queridos, de los primeros fundadores de esta naciente y próspera población.

Este Cementerio en ciernes es obra espontánea del vecindario, el que pronto coronará su empezada construcción poniendo remate al trabajo con un fuerte y bien labrado cerco, su extensión es de dos hectáreas.

La Frontera es, en general, obra de sus habitantes, que siempre han contado solo limitadamente con el concurso del Estado para lo que es propiamente desarrollo local y aun en aquellas obras que significan un desarrollo nacional, como caminos, electricidad y otros ha sido de las últimas en ser considerada. Así la última parte en pavimentarse del camino longitudinal, fue la zona de Victoria. En electricidad el país estaba unido y carecía de la energía de la Endesa el trozo Victoria-Loncoche, que se incorporó a la red troncal del país al ser inaugurada la Planta de Pullinque, en 1959. Por la misma razón fue la zona más atrasada en la electrificación rural, que solo se ha extendido en la década de 1970.

Este sentido y espíritu de iniciativa local debe ser influencia de la presencia de elementos europeos, que no tienen recelo al trabajo y que lo han generalizado.

En la vida del campo, el agricultor sureño y el de la Frontera en forma muy especial, vive en su campo, dirige y está presente en todo el laboreo agrícola y no es solo quien mira hacer, trabaja y hace las tareas igual que el trabajador asalariado. Por eso, entre otras cosas, esta Frontera es una zona en la que el que ha vivido un poco tiempo en ella, sigue sintiendo nostalgia de su tierra, de su ciudad, cuando puede vuelve a ella, y si es posible se queda y se reincorpora a su vida.

3. DESARROLLO DE LA FRONTERA (1887-1910)

Hemos establecido que terminada la conquista militar y producido el sometimiento con el último episodio de la ocupación de Villarrica y campaña del Alto Biobío, no pareció convenir que, en forma inmediata, se organizara la autoridad civil y constitucional de la Frontera, sino que ella permaneciera por un tiempo bajo la autoridad militar, lo que facilitaría el tomar las medidas

que las circunstancias aconsejaran, sin tener la totalidad de la tramitación y reglamentación de una provincia organizada del país.

Así, la autoridad militar siguió ejerciéndose en el territorio de colonización de Arauco, con un jefe militar con sede en Angol.

En 1887, el Congreso Nacional aprobó el proyecto presentado por el Ejecutivo, que ponía término al gobierno militar de la Frontera y daba paso a la creación de dos provincias: Malleco, con capital Angol, y tres departamentos, Angol, Traiguén y Collipulli, y Cautín, capital Temuco, y dos departamentos, Temuco e Imperial.

Junto con crearse por ley las provincias el presidente Balmaceda comenzó a hacer las designaciones que crearían la administración civil de la Frontera.

La Ley que creó las provincias fue promulgada el 16 de marzo de 1887. Los primeros nombramientos los hace el Presidente el 17 de marzo, designando intendente de Malleco a don José Luis Vergara Correa e intendente de Cautín a don Alejandro Gorostiaga; gobernador de Nueva Imperial a don Máximo de la Maza; gobernador de Traiguén a don Antonio Santibáñez Rojas y de Collipulli a don Romilio Carte. Tesoreros Fiscales: Angol, a José Olegario Cortés; Collipulli, a Juan de Dios Herrera; Traiguén, a Zenón Martínez Rioseco; Temuco, a Rafael García; Imperial a Pedro G. Urrutia.

Luego vino la designación del primer juez de Letras de Temuco en la persona del abogado don Emiliano Fuentes Río, que se había desempeñado como presidente de la Comisión Radicadora de Indígenas en todo el territorio y que fijó su residencia en Temuco.

Al producirse el nombramiento anterior y quedar vacante el cargo de Presidente de la Comisión Radicadora, fue designado como tal el miembro de esa comisión, abogado don Adolfo Holley.

En octubre de 1887, después de cumplir 7 meses en el cargo de intendente de la Provincia de Cautín, renuncia a su cargo el general Gorostiaga y es designado para reemplazarlo el teniente coronel de Ejército don Francisco Pérez.

Así va, paulatinamente, organizándose la administración civil de la Frontera. Completando el cuadro de derecho público y judicial, a fines de julio de 1887 se designó al primer notario de Temuco, conservador de Bienes

Raíces, de Comercio y de Minas, secretario judicial y receptor de mayor cuantía, don Eduardo Muñoz.

Creados, en 1888, los Liceos Fiscales de Angol y Temuco, en marzo de 1889 fueron designados sus primeros Rectores.

Para el Liceo de Angol don Enrique Ballacey y para el de Temuco don Plácido Briones.

A fines del año 1890, se inaugurará el viaducto del Malleco y se establecerá el servicio de trenes hasta Victoria; sin embargo se está llamando a propuestas la construcción Victoria-Temuco, obra que contratara con el fisco la firma Albarracín y Urrutia, a los que hicimos ya mención; pero así se avanza, no se ha terminado una etapa cuando ya se está proyectando la siguiente.

Lo que pasa es que la región, a medida que da un paso en su progreso, multiplica por ciento la eficacia de su acción; y la respuesta, en producción y riqueza, compensa, en el primer año de uso, todo lo invertido en ella.

La pujanza en que se desarrolla la Frontera es imprevisible, una creación es un paso o peldaño que se tiene para afianzar el próximo.

Nadie se queda donde está en ese punto o situación, sino en conquista de lo que hay que hacer enseguida.

El Estado, con premura, va constituyendo las bases de la permanencia de los pueblos. Cada semana se publican los nombres de los agraciados con títulos de dominio sobre los sitios que se les adjudican a los peticionarios y así van creciendo las ciudades. Las propiedades rurales y sus propietarios van surgiendo a medida que progresa la población de la Frontera y se levantan los planos en que se van marcando las propiedades y asignándole número a cada hijuela. Cuando un número suficiente de hijuelas está preparado para participar en remate de tierras fiscales, un decreto del Ministerio de Colonización, que funcionaba adjunto al Ministerio de Relaciones, fijaba fecha y lugar de remate, condiciones de pago y obligaciones del rematante, las que debía cumplir antes que se procediera a inscribir su propiedad.

El primer remate de la Frontera, con posterioridad a la organización civil, fue poner en pública subasta 30.000 hectáreas, ubicadas al sur del Vergara y entre el río Traiguén y el Cautín, remate que se efectuó en Santiago el 10 de mayo de 1887. Se realizó ante la Junta de Almoneda, que estaba integrada por Evaristo Sánchez Fontecilla, intendente de Santiago; Pedro Nolasco

Gandarillas, Director del Tesoro; Leopoldo Urrutia, Ministro de la Corte de Apelaciones y Carlos E. Casanueva, fiscal de Hacienda.

Actuaron el notario de Hacienda, Florencio Márquez de la Plata, y el martillero de Hacienda, don Miguel Jorquera. En esta ocasión se remataron 79 hijuelas de una superficie que variaba entre 300 y 500 hectáreas, cuyos valores oscilaban entre 30 y 60 pesos la hectárea; si pensamos en un valor promedio de 45 pesos la hectárea, este remate le entregó al fisco más allá de \$ 1.350.000.

La constitución de las propiedades iba arraigando la gente a la ciudad y al campo . Es preciso reconocer que muchos rematantes compraban tierras con el ánimo de revenderla más tarde al triple o cuádruple de su valor de adquisición; y que nunca conocieron lo que se asignaron en el remate. Especulaban, sabiendo que su valor acrecería a medida de nuevos progresos, ya sea por el crecimiento de las ciudades próximas a las tierras, ya por la extensión de la línea férrea. Es fácil imaginar los beneficios que estas circunstancias engendraban.

La vida se va organizando en todos los aspectos, ya vemos su administración superior. Intendentes y gobernadores forman los primeros cuerpos municipales en Angol, Traiguén, Collipulli, Temuco, Imperial. Se proveen las autoridades judiciales y de notaría, rectores de liceos y su profesorado. Hay que pensar que quienes van a desempeñar estos cargos son personas que vienen a ejercer estas funciones, no es personal que vive en la región o es oriundo de ella. De allí que cada uno de los que llegan son personas que, de inmediato, toman un lugar destacado en la sociedad que se está formando en esta región del país.

También se organiza la vida religiosa, la Iglesia en la Frontera. Constituida, en este aspecto, como tierra de misiones, en la que actúan desde mediados del siglo XIX franciscanos y capuchinos, pasará a incorporarse a la legislación eclesiástica chilena, formando, toda la Araucanía hasta el río Tolstén, parte del Obispado de Concepción y al sur de este río del Obispado de Ancud.

La unión de Iglesia y Estado hacía, desde el punto de vista económico, responsable al Estado de los gastos que demandaba la construcción de iglesias y la remuneración de los párrocos, por lo que la designación de párrocos se hacía por proposición de nombre del obispo diocesano y el gobierno dictaba el decreto correspondiente, por el cual se le designaba y fijaba su remuneración.

Este aspecto religioso de la vida chilena, hasta 1925, año en que se produce la laicización del Estado, con la separación de Iglesia y Estado, lo controlaba administrativamente el Ministerio de Relaciones que agregaba a su nombre las funciones de Culto y de Colonización.

Así, en 1888 se dictaron los Decretos que designaban párrocos de Angol y Temuco a los presbíteros Ismael Méndez y Juan de la Roza, respectivamente.

Méndez reemplazaba al párroco anterior don Pablo Reyes, que dejó Angol el 1 de marzo de 1888 y que era un gran amigo de Angol.

En este aspecto vale la pena recordar que en los años que se vivían a fines del siglo XIX, en el último cuarto del siglo XX, alcanzaron su punto culminante las cuestiones llamadas "Teológicas". El gobierno, por la acción política de los partidos Liberal y Radical, que eran esencialmente laicistas, adoptó una característica marcadamente anticatólica.

Como los gobiernos del período se fueron constituyendo con personeros de estas corrientes, era lógico que las autoridades que se designaban, fueran personas con ese mismo criterio. Ahora bien, como esas personas constituían el elemento social dirigente "alto" de los conglomerados humanos de esta región nueva, sin tradición y aventurera, la presión antirreligiosa fue muy notable en la Frontera y la vida de la Iglesia muy precaria y difícil. El gobierno cumplía con la formalidad externa de sostener el culto, pero al mismo tiempo amparaba y protegía y hacía cumplir los pasos hacia el mundo laico social chileno.

Esto mismo influía en la vida que se hacía en la Frontera: frívola, antirreligiosa, y excesivamente liberal en algunos casos. La mentalidad popular en sus cuentos de tradición, ha hecho conocer sus apreciaciones sobre ciertos tipos de fiestas que solían organizarse en casas de campo de la zona. Conocida era una, de la región del poniente de Temuco, camino a Cholchol, como también la de la isla doña Inés en el Imperial, donde se recuerdan las fiestas y bacanales que se organizaban, a las que solían acudir, a fines del siglo pasado y en las dos primeras décadas de este siglo, personas invitadas que llegaban de la capital a participar en estos acontecimientos.

Es frecuente encontrar entre los cuentos que popularmente se transmiten entre las personas antiguas, campesinos modestos de las regiones aludidas, contar que a estas reuniones asistía entre los invitados "Don Sata", que

llegaba en un espléndido coche negro y dorado tirado por caballos, que al pasar en la noche, hacia la reunión, lanzaban fuego por sus narices.

Por esta irreligiosidad ambiente no es de extrañar que un Documento Diocesano de Concepción, en el que el obispo de la Diócesis autoriza el funcionamiento del Colegio de los Hermanos de La Salle en Temuco, diga: *“Me alaga la dulce esperanza de ver en esa región del sur donde la impiedad y la heregía trabajan con furor, que se levante una obra de Dios, para poner dique a esos avances.*

Dios guarde a Ud.

Plácido, Obispo”.

Esta autorización para abrir el Colegio “Instituto San José” hoy Colegio La Salle, tiene fecha: Concepción, diciembre, 31 de 1903.

En 1904 iniciaba sus actividades este colegio en Temuco en la misma manzana en que hoy funciona; poco a poco el Instituto fue comprando los sitios del resto de la manzana hasta poseer la totalidad de ella, en la que ha ido construyendo las dependencias de salas de clases, de estudio, de administración, canchas deportivas y sus dos gimnasios, su capilla y sector de internado, que hacen del Colegio La Salle un centro educacional de primera importancia en la Frontera.

4. ASPECTOS ECONÓMICOS DE LA FRONTERA

BANCOS:

Por Decreto de fecha 28 de junio de 1882, se autorizó la existencia del “Banco José Bunster”, pudiendo comenzar a funcionar e iniciar todas las operaciones bancarias a partir del 1 de agosto. Este es el primer Banco que

funciona en toda la Frontera. Funcionó en Angol hasta febrero de 1890, fecha en la que su dueño, don José Bunster, lo traslada a Collipulli, debido al gran movimiento de dinero que se produce en ese pueblo, en el que se centra toda la actividad constructora del ferrocarril Renaico-Victoria y de la obra de puente del Malleco.

Trabajan en estas obras, ferrocarril y puente, más de 3.000 obreros de diversas especialidades: jornaleros que desboscan y destroncan la faja en construcción, obreros que preparan los durmientes, niveladores del terreno, trabajadores de cantera para preparar el material pétreo con que se afirman durmientes y rieles, obreros de la construcción de alcantarillas y puentes pequeños y grandes, entre estos últimos, el Malleco, el Traiguén y Colo antes de llegar a Victoria. Estos trabajos, como la actividad maderera y agrícola del valle central, hicieron más urgente y necesario un banco en Collipulli. Bunster, hombre de comercio y conocedor, como pocos, de todo lo relativo al comercio vio la importancia de prestar ese servicio y trasladó su empresa bancaria.

Cuatro años más tarde, en enero de 1894, abre sus puertas en Angol una agencia del Banco Chile, a cargo del agente don Guillermo García.

En Temuco, entretanto, en 1889 abrió su actividad comercial el Banco Nacional de Chile que contó como subagente a don Henry Bowrose y contador-cajero a don Guillermo Délano. Por la misma época abrían en Temuco actividad bancaria el Banco de Valparaíso y el Banco Agrícola. El Banco Nacional designó agente, el 11 de agosto de 1890, a don Rodolfo Fuentes Ríó.

Al iniciarse el año 1894 los Bancos mencionados se fusionaron en una sola entidad bancaria, lo que da origen al "Banco de Chile", que con este nombre inicia sus operaciones en Temuco, teniendo como primer agente a don Rodolfo Fuentes Ríó.

TEMUCO Y EL FERROCARRIL:

1894 fue un año de pantalones largos para Temuco. En enero, el 28, se hizo cargo de la Estación de Temuco, en su calidad de jefe de Estación, el señor Nemesio Gómez, junto con recibir la empresa, para su explotación el tramo Victoria-Temuco.

La ciudad queda unida a este importante paso de progreso, con toda la repercusión que él significa en todo orden de cosas.

Para comprender las transformaciones hay que pensar que Santiago, para llegar al banco, debió esperar la década de 1840 y es ciudad fundada en 1541; y para tener comunicación con Valparaíso, la tiene en la década de 1860.

Temuco, fundada el año 1881, el año 1889 tiene banco y en 1894 está unida por ferrocarril a todo el país.

Es lo que ocurre en toda la Frontera, son ciudades y pueblos que nacen e inician su vivir a la altura de lo que es la vida avanzada del país.

La construcción del ferrocarril de Temuco-Pitrufquén quedó en manos de don Benjamín Vivanco, que fuera antes director de Obras Públicas, pero en realidad es una sociedad Vivanco-Urrutia, que se adjudica la propuesta en 1895. La obra queda terminada en 1898 y viene a inaugurarla el presidente de la República, Federico Errázuriz, quien estuvo en terreno el 24 de noviembre de 1898. Es el primer Presidente que llega a este lugar de la Frontera.

Está para terminar el siglo. El año 1900 encuentra a la aldea transformada en una ciudad en marcha y se presiente que su destino la llevará a ser la mayor expresión de progreso de la Frontera.

Del Temuco de 1900, si queda algo, en todo caso será muy poco y no de lo representativo. De esa época era el viejo edificio de la Intendencia, Telégrafo del Estado, Correo y Tribunales, en Claro Solar y Bulnes, clásica construcción de las que se llenó el país en la fecunda administración del presidente Balmaceda. La siempre recordada Escuela N° 1 en su ubicación al final de Claro Solar, junto a la Comisaría de Carabineros.

En la avenida Alemania había hasta hace poco algunas construcciones que representan esa época; algunas casaquintas en Holandesa que todavía muestran su gracia. Tal vez alguien con capacidad especial pudiera hacer lo que el padre benedictino Gabriel Guarda ha hecho con Valdivia, La Unión y Osorno, que, con el patrocinio generoso del Banco Osorno y La Unión, ha editado sus obras, mostrando lo clásico de sus construcciones antiguas, todas en madera.

Los pueblos deben conservar la imagen de su vida pasada para comprender a los que nos precedieron, lo que fueron haciendo para enfrentar su presente que es nuestro pasado.

En calle Bello y Aldunate, la actual Escuela Francia ocupa lo que fue el antiguo Colegio Alemán. Su estructura externa debe ser obra de esa época del 900. Con respecto al Colegio Alemán de Temuco, he encontrado en “El Cautín” de fecha 17 de febrero de 1889, lo siguiente:

Santiago, 28 de enero de 1889

S.E. el Presidente de la República, ha decretado hoy lo siguiente: Vista la solicitud de los señores Teodoro Schmidt, Federico Dreves, César Klusse y Rodolfo Hardtmann, los cuales a nombre de la Colonia Alemana de Temuco, piden al Supremo Gobierno un local para establecer una escuela mixta, destinada a la educación de niños alemanes y chilenos y los auxilios pecuniarios necesarios para la construcción del edificio y el pago de los servicios de un preceptor.

Vistos los informes del intendente de Cautín y del Inspector General de Colonización y el plano y presupuesto adjunto decreto.

Autorízase al Intendente de Cautín para girar contra la Tesorería Fiscal correspondiente hasta la suma de seiscientos diecinueve pesos, sesenta y cinco centavos que se invertirá en el pago de las maderas y clavos que van a emplearse en la construcción del referido colegio.

Destínase los sitios N°1 y 2 de la manzana 25, demarcados en el plano de Temuco para que en ellos se levante el edificio.

El Intendente mencionado avisará al Departamento la fecha en que el preceptor comience a ejercer sus funciones.

Dedúzcase el gasto del Ítem 1° de la partida 7° del Presupuesto de Colonización.

Refúndase, tómesese razón, anótese y comuníquese.

Balmaceda Demetrio Lastarria

Lo que transcribo a US para su conocimiento y demás fines. Dios guíe a US.

F. Velasco

A fines del siglo, después de solo 19 años del inicio de un fuerte militar a orillas del río Cautín, nos encontramos con un pueblo en crecimiento, capital de provincia, con ferrocarril que lo conecta al norte y ya en uso hacia el sur hasta Pitrufquén en la orilla sur del Toltén, con colonias extranjeras instaladas debido a la colonización, con comercio mayorista y minorista, con industrias florecientes en molinería, en maestranza, tan necesaria para la reparación de la maquinaria de labranza y para atender la necesidad de aserraderos y barracas, bancos comerciales, industrias cerveceras establecidas en el sector de las quintas de Avenida Alemania y diversos colegios: el Liceo de Hombres

de la ciudad, que fue precedido del Liceo de la Alta Frontera del señor Sepúlveda y que dejó de funcionar al crearse el Liceo Fiscal.

En 1892, el gobierno dictó el Decreto N° 711, atendiendo a la solicitud de la Superiora general de la Congregación de las Hermanas de la Providencia en Chile, que solicitaba un terreno para la fundación de un establecimiento en el que cumplir la misión que les es propia.

El Decreto mencionado concedió a las Hermanas de la Providencia título definitivo de propiedad de las manzanas 130, 131 y 146 de la población de Temuco.

Posteriormente en Decreto de 20 de marzo de 1893 se rectifica el número de las manzanas y se señala que lo que corresponde son las signadas con los números 145, 146 y 147; modificando así el número 1 del Decreto 711. Estos Decretos llevan las firmas de Montt, e Isidoro Errázuriz (Jorge Montt Presidente de la República 1891-1896 e Isidoro Errázuriz, ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización).

El Colegio de la Providencia es uno de los establecimientos más tradicionales de Temuco.

En Angol tiene un papel semejante la fundación del Colegio Santa Ana, dirigido por las religiosas franciscanas, que inició su actividad el 12 de septiembre de 1889 y cuyo personal religioso fue de cinco madres venidas de Santiago, cuyos nombres es justo recordar: sor María del Carmen Fuenzalida, sor Concepción del Sagrado Corazón de Jesús Arias, sor Margarita de Santa Ana Gottz, sor Mercedes de San José Cañas y sor Ángela de San Miguel Guajardo.

La inauguración de este Colegio de Santa Ana, fue celebrada con solemne ceremonia religiosa y participación de un grupo de religiosos franciscanos, de la Misión de Angol y venidos de Chillán y de Santiago. El pueblo de Angol los recibió con júbilo y gran cariño; se levantó el colegio en la propiedad que era de Benito Alarcón, a quien se le compró la totalidad de la manzana en \$ 1.800.

Otra congregación religiosa que ha entregado su espíritu de caridad, solidaridad y servicio a Angol es la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción que, desde 1892, regentó el Hospital de San José de Angol. En el servicio de los enfermos entregaron todo su espíritu las

hermanas, bajo la dirección de sor Hilaria, la que entregó su vida al Señor en 1915, falleciendo en Angol a los 84 años de edad. Esta congregación de origen alemán, fundada por Paulina de Mallinckrodt, se extendió en Chile en tal forma que mereció la visita de su fundadora.

Tuvo la congregación actividad educacional y hospitalaria: casas en Ancud, Puerto Montt, Valdivia, Angol, Concepción, Santiago, entregando, con gran espíritu de solidaridad, su trabajo y su vida al pueblo de Chile.

En Temuco, en 1904, se instala e inicia su actividad el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, congregación educacional fundada por Juan Bautista de la Salle. La entidad logró, muy pronto, justo renombre por la calidad de su enseñanza y la seria formación que lograba impartir a sus alumnos. Se fundó con el nombre de Instituto de San José y hoy lleva el nombre de su fundador Colegio de la Salle.

En 1915 abrió en Temuco el Colegio de la Santa Cruz, fundación religiosa de origen suizo y que se extendió por toda la Frontera, con su casa madre primero en Victoria y desde hace algunos años en Temuco, en la casa del Ñielol, junto a la cual funciona una Escuela Agrícola de niñas. La Congregación de la Santa Cruz atiende colegios, escuelas y hospitales, tanto en Cautín como en Valdivia.

En 1932 el Colegio Bautista inicia sus actividades, pasando por sus aulas una numerosa generación de jóvenes que prestigian la obra educacional del colegio.

En 1937 funda la Congregación Claretiana su colegio, que ha ido creciendo con el tiempo, en labor interna educacional, como en estructura de edificio que prestigia la educación en Temuco.

En definitiva esta tierra nacida de la conquista, incorporada a la vida chilena toma el ritmo de la nación rápidamente y la vemos como si fuera una de las tantas regiones del país que arrastran una vida de varias centenas. Cuesta pensar que apenas tres generaciones atrás esto no existía, era el mismo campo que cruzara en 1550 por primera vez el intrépido conquistador español Pedro de Valdivia.

5. REPRESENTACIÓN PARLAMENTARIA

La vida del país, con todas sus manifestaciones, se arraiga en esta tierra. Junto con crearse las provincias, nace la representación popular con las elecciones de los primeros parlamentarios que las representaran en el Congreso Nacional, en el Senado y Cámara de Diputados.

Es oportuno recordar algunos de esos nombres que merecieron el honor de contar con la confianza de los hombres de la Frontera para llevar su representación al Parlamento.

En el XVI Período Legislativo del Congreso Nacional, llega por primera vez la representación de parte de la Frontera. Este período se extiende de 1870 a 1873 y los Departamentos de Nacimiento y Angol merecieron el honor de elegir al primer diputado al Congreso Nacional, él fue Cornelio Saavedra Rodríguez, quien desempeñó el cargo desde junio de 1870 a diciembre del mismo año, fecha en que debió dejarlo para tomar nuevamente parte activa en la Ocupación de la Araucanía, tomando la responsabilidad de reasegurar la zona de la costa que él había ocupado y combinar su trabajo con la Alta Frontera, que era el nombre con que se designaba la zona del valle central y cordillera de los Andes, al sur del Malleco.

En esos años, en el Parlamento se elegían diputados y senadores propietarios y suplentes, lo que evitaba las elecciones complementarias. Al abandonar Saavedra su diputación, lo reemplazó hasta el término del período, el suplente, Diego Echeverría Recabarren.

Hasta la puesta en marcha de la Constitución de 1925, de acuerdo con lo establecido en la de 1833 y sus modificaciones, los períodos parlamentarios duraban tres años; en cambio, el Senado se renovaba por mitad cada tres años, lo que hacía que el senador fuera elegido por 6 años y cada tres se renovaba la mitad de la representación.

A partir de 1925, el Parlamento se constituyó por períodos de cuatro años; y los diputados eran elegidos por agrupación de departamentos por 4 años y los Senadores por Circunscripciones provinciales, por 8 años, renovándose por mitades.

Así fueron diputados por Angol, como Departamento de la provincia de Arauco entre 1873 y 1888: Zócimo Errázuriz, Ramón Vial, Manuel García de la Huerta, Beltrán Mathieu y Máximo Lira.

En 1887 se crean las provincias de Malleco y Cautín. Cada una elige un senador y tres diputados Malleco, y dos Cautín, hasta 1912, en que aumenta la representación de diputados a cuatro por cada provincia.

En 1926, puesta en vigencia la Constitución de 1925, la Octava Circunscripción Senatorial, que comprendía las provincias de Biobío, Malleco y Cautín, elegía cinco senadores y las provincias de Malleco cinco diputados y Cautín seis. Su última representación en la elección de 1973, en marzo, fue de seis diputados Malleco y diez diputados Cautín.

En la primera representación, creadas las provincias, fue senador por Malleco, Aniceto Vergara Albano y por Cautín, Vicente Balmaceda.

Así como se inicia la vida parlamentaria de las provincias de la Frontera, se van creando por Ley las comunas que eligen su gobierno municipal, compuesto de regidores que eligen a su vez entre ellos al alcalde.

Al compás del tiempo surgirán, como en todas las provincias, las instituciones más variadas: políticas, sociales, económicas, religiosas, de acción social, societarias del más variado orden.

Es la vida que se organiza y está a la medida de las circunstancias. Ocurre en todas partes, ciudades y pueblos.

Fueron especialmente activos los partidos políticos, que en estas provincias tuvieron duras luchas económicas e ideológicas sostenidas en publicaciones. Fueron numerosos los periódicos que se fundaron en la Frontera y eran de batalla ideológica; la contienda política quedó marcada con algunos crímenes, como el de Francisco Paula Pleiteado, crimen en el que estuvo comprometida la autoridad del gobernador del Departamento de Imperial.

Dentro de las instituciones sociales aparecen los clubes sociales. Menciono de paso al de Angol y al de Temuco.

En 1893 se pusieron las bases del Club Social de Angol. En una reunión celebrada en julio de 1893, en casa del comandante don José Antonio Soto Salas, se acordó poner en marcha la formación de un club social y se formó un Directorio provisorio que se encargaría de seleccionar sus miembros y juntar los fondos necesarios para su realización.

Integraron este comité don Manuel Villamil Blanco, intendente en ese entonces de Malleco, Jervacio Alarcón, José Olegario 2° Cortés, Manuel

Bunster Villagra, Daniel Sepúlveda, Juan Guillermo Mackay y Celestino Rivas. Este club y los otros que se crearon en los diversos pueblos de la Frontera, fueron lugares en los que se iban produciendo, con el contacto humano, los aprecio personales. Fueron, además, la mejor forma de destruir las divergencias personales que la vida política y la social producían.

En Temuco, el principio del club social fue del todo semejante. Se designó a un grupo de personas para que, actuando como directorio provisorio, se consagrara a reunir a las personas que podrían integrar el club y hacerlos socios. El domingo 9 de septiembre de 1896, el directorio provisorio hizo entrega de su misión en una reunión a la que concurrieron la mayor parte de los firmantes como socios fundadores, 72 socios. Dio cuenta el directorio del cumplimiento de su encargo: estaban presentes los socios, redactado el reglamento del club y sus estatutos y el contrato de arriendo de un inmueble para sus reuniones. Su primera casa fue una propiedad de don Eduardo Gerlach.

Los asistentes premieron la tarea cumplida y designaron el primer directorio definitivo: Severo Fuentes Río, Pedro J. Pérez, Roberto E. Leay, Eduardo D. Muñoz, Félix Piñeiro, Emilio Puga, Leoncio Rivera, J. Luis Alarcón y Luis A. Sforzini.

De este directorio salió el presidente, cargo que desempeñó Severo Fuentes; vicepresidente, Pedro J. Pérez; directores, tesorero y secretario el resto.

Son estos organismos los que van, poco a poco, dando el carácter de la Frontera, pues cada institución que se creaba aportaba, con su sacrificio personal, su apoyo a obras de bien y progreso que han marcado a la Frontera en su desarrollo, en forma más notable que en otras partes del país.

Grupos de señoras formaban instituciones de beneficencia para atender las múltiples necesidades de la región.

Así se recuerdan: la Liga de Acción Social, La Gota de Leche, la Obra del Asilo de Ancianos. Las reuniones sociales de beneficio que se hacían, llenaban buena parte de la vida anual de la Frontera.

La Kermesse Española, en el antiguo Centro Español, en que por tres días se celebraban bailes, cenas, matinés infantiles y el producto iba a parar íntegro a las escuálidas entradas del Hogar de Ancianos desvalidos.

La Kermesse Alemana, única de estas actividades que subsiste.

Los Stands Sociales que funcionaban durante una o dos semanas en el local de la Sociedad de Fomento Agrícola de Cautín, SOFO, y entre ellos era el más selecto el de La Gota de Leche, atendido personalmente por los elementos sociales más desprendidos de Temuco.

Las fiestas primaverales que llegaron hasta los años 30. En una de estas fiestas, allá por el año 1917, Neftalí Reyes ganaba el premio del Concurso del Canto a la Reina, cuyos actos de proclamación y coronación se realizaban en el inolvidable Teatro Tepper, que se ubicaba en la esquina de Prat y Portales, donde actualmente se levanta el edificio del correo.

La Exposición Agrícola, Ganadera e Industrial que aún se celebra anualmente a fines de octubre, o bien principios de noviembre, fue durante mucho tiempo el gran evento anual de la Frontera, ocasión en que se mostraba la capacidad productora de la región con participación de exponentes de Malleco, Cautín y de provincias vecinas, tanto del norte como del sur de la Frontera.

Era normal, y sigue siendo, que participe en la inauguración de la Exposición el Presidente de la República, quien llega acompañado de varios ministros, especialmente el de Agricultura, quien oía primero en el acto público la opinión de los productores agrícolas expuesta con gran respeto, pero con gran libertad, al gobierno. El encargado de hacer esta exposición ha sido el presidente de la Sociedad de Fomento Agrícola e Industrial de Cautín (SOFO).

Estos actos tenían, y mantienen hasta hoy, una duración de una semana. Esta exposición, se podría decir que era la fiesta anual principal de Temuco.

La primera exposición se verificó en 1910 y tuvo como local parte del antiguo Mercado de Temuco, en lo que actualmente es el Gimnasio Municipal; calle Vicuña Mackenna esquina San Martín.

Posteriormente la SOFO adquirió un campo de 14 hectáreas, en lo que era el final de la Avda. Alemania, lugar donde se verificaron las exposiciones más brillantes, expresión del trabajo productor de la Frontera.

En la Exposición siempre fue la primera muestra, la más destacada y numerosa, la ganadera, que comprendía: vacunos de diversos tipos, algunos

que ya raramente aparecen, como las razas Normandas y Durham; pero siempre tuvieron su primera ubicación y el mayor interés el tipo "Clavel Alemán" u "Overo Colorado" y el "Holstein Frisian", Overo Negro, animal de lechería, de los tipos europeo o bien americano. A estos tipos se ha agregado, en los últimos 20 años, la presencia, cada vez mayor, del "Hereford" y "Aberdeen Angus", animales de rápido crecimiento y capaces de producir más kilos de carne en menos tiempo. La ganadería ha sufrido un cambio desde el momento que empezó a cambiarse el uso del buey de trabajo por el tractor.

Hasta los 30 primeros años de este siglo cada fundo, no solo de la Frontera, sino en todo el país, debía contar con una gran cantidad de bueyes para las faenas agrícolas. En fundos de una extensión de 1.000 hectáreas o más, era corriente el que se contara con una capacidad de 50 o más yuntas de bueyes para el trabajo.

Siempre tuvieron gran interés los remates que se verificaban en el lugar de exposición, y que daban la pauta del valor de los animales para la formación de los criaderos de animales.

Igualmente tenía especial relieve la exposición de caballares, en los que se cuidaba mucho el conservar en la forma más pura la raza "Chilena". La condición señalada se veía en la presentación que expertos jinetes mostraban en "la movida en riendas", como en todas las artes del rodeo.

Es digna de mencionar la actividad y participación de los hermanos Santos-Fernández, Tito y Julio, quienes varios años, no solo fueron premiados en la Frontera, sino que fueron "Champion Nacional".

Entre ellos, Julio Santos mereció, de un Jurado Nacional, la distinción de ser el huaso más representativo del campo chileno, distinción que no ha vuelto a concederse.

Exposición de ovinos, porcinos y aves completaban el cuadro ganadero.

La exposición de la SOFO, con sus numerosos y variados stands, era un centro de atracción que llenaba de vida a Temuco y en el que se producían espectáculos de diversos órdenes.

La revista de gimnasia del Instituto San José, que anualmente se realizaba en la SOFO, era un acto brillante que atraía a todas las familias cuyos hijos estudiaban en el prestigioso plantel.

En algunos años, en forma muy excepcional, la revista de gimnasia se hizo con participación de todos los colegios de educación media de la ciudad: Liceo de Hombres, Liceo de Niñas, Instituto Comercial, Escuela Técnica Femenina, Escuela Industrial, Colegio Providencia, Colegio Santa Cruz, Colegio Alemán, Colegio Bautista, Instituto San José e Instituto Claret.

La presencia del Presidente de la República daba a veces lugar a una fiesta social de gran categoría, en una comida y baile que se llevaba a efecto en el antiguo Club Social de Temuco, ubicado en calle Varas, donde hoy se levanta la construcción del edificio del Hotel Holiday Inn.

Todas estas manifestaciones daban a Temuco un aire de fiesta que duraba no solo la semana de su realización, sino la de preparación y la de los recuerdos. Sin duda era la fiesta del año y algo muy característico de la Frontera, que tenía repercusión nacional.

Con igual fin, pero sin duda en una proporción menor, se celebraba en Angol la exposición de la SAMA, Sociedad Agrícola y Ganadera de Malleco. Esta exposición unía a las muestras, un capítulo especial en muestra de frutas, especialmente manzanas, rubro que hasta hoy tiene especial importancia en las comunas de Renaico y Angol, en el cual ha desempeñado una función muy digna de destacar la del "Vergel" de Angol.

El Vergel es una institución que forma parte de la vida de Angol, con su escuela agrícola, su criadero de árboles y plantas, con su museo, del cual jamás podría olvidarse el nombre de Manuel Virginio Bunster, quien fue el primer propietario del Vergel. Manuel V. Bunster es una de esas personas que pertenecen al inventario de un pueblo, al igual que su hermano José Tomás Alejandro Bunster. Manuel fue varias veces miembro del Municipio de Angol; ya como alcalde, ya como regidor. Formó su familia con María Luisa Onfray Chabry, sin dejar sucesión.

La propiedad del Vergel la vendió don Manuel a la Sociedad Misionera de la Iglesia Metodista norteamericana, y en esa propiedad fundaron el Instituto Agrícola Bunster.

En agosto de 1919 abandonaba Angol para radicarse en Viña del Mar, donde alcanzó a vivir solo algunos meses, pues fallecía en noviembre del mismo año. En enero de 1920 fueron traídos sus restos a Angol, donde el pueblo lo acogió con un emocionante homenaje.

Muy merecido fue el cariño de Angol, tanto a Manuel como a José Bunster. No hubo institución a la que no prestaron su concurso y su actividad se identifica con los primeros cuarenta años de Angol.

Vinculado al Vergel, hasta su muerte, está el nombre de Mr. Dillman S. Bullock desde 1923, donde actuó como profesor del Instituto Agrícola Bunster, llegando a ser director de todo el plantel, tanto en lo escolar, como en la explotación comercial del vivero de árboles de la flora chilena, como también de árboles frutales, plantas de hortaliza y de flores. Culminó su actividad científica con la creación del museo que hoy lleva su nombre y que es uno de los más interesantes y el más importante de la Frontera.

6. EL COMERCIO

Con extraordinaria rapidez se desarrolla la Frontera, donde nada existía de lo chileno, sino el dominio total y absoluto del indígena araucano. Hay que pensar que antes de 20 años de la fundación de Angol, ya está unido por ferrocarril y telégrafo a todo el país.

Se instalaban importantes casas comerciales, en las que no se hacía diferencia entre los productos de venta. Junto con ropa de hombre o de mujer, zapatos, se vendía toda clase de productos destinados a la alimentación; eran a la vez mercería y ferretería y casas de importación que compraban para sus clientes productos directamente a las casas fabricantes europeas.

Un tipo de actividad comercial que tuvo fuerte desarrollo fue, en general, el de mercería y ferretería, comercio que, en gran parte, lo desarrollaron los colonos alemanes, o bien alemanes o descendientes de alemanes que, desde Concepción y Valdivia, vinieron a instalarse en esta Frontera.

Todavía se recuerdan los clásicos nombres de estas mercerías: El Arado, La Herradura, La Olleta, El Martillo, El Candado, varias de estas con sucursales en los pueblos vecinos como Imperial, Pitrufquén y Villarrica⁶⁹.

69 Estas casas comerciales tenían, como aún se ve en algunas, como manera de reconocerlas, los símbolos de su nombre en el exterior.

Hubo en Temuco importantes casas comerciales en manos de colonos franceses.

Las grandes casas comerciales de la época también establecieron sucursales en Temuco, Gildemeister, Duncan Fox, Williamson Balfour, Weir y Scott.

Pequeñas industrias comenzaban a iniciar actividades como cervecerías, sidrerías, bebidas gaseosas; se instalaron maestranzas que tenían una gran demanda, tanto para la reparación de maquinaria agrícola como de tracción, que comenzaban a necesitar una atención razonable del comprador. La necesidad de urgente reparación a las máquinas agrícolas, tanto de siembra, como de cosecha, la maquinaria de la elaboración de la madera, que continuamente necesitaban reparaciones y que no podían esperar, pues el buen tiempo había que aprovecharlo, hizo crecer estas actividades y fue esto el origen de tanta maestranza en la Frontera. Por mencionar algunas que aún subsisten: Maestranza Pritzke y Maestranza Roloff, "La Universal" de José 2° Hoffmann.

Otro rubro de actividad económica vinculada a la producción natural de la región, fue la cantidad de aserraderos; se calcula que a principios de siglo funcionaban en la sola provincia de Cautín más de 100 locomóviles (motores a vapor) que movían las sierras circulares que daban origen a la madera en bruto que se producía en la misma montaña y que, transportada en cientos de carretas, era llevada hasta los pueblos donde barracas la elaboraban dejándola en condición de ser empleada en las construcciones.

También se encastillaba la madera llegada de los aserraderos en las estaciones, donde era vendida a los compradores de las barracas de Concepción, Santiago o Valparaíso. Una de las entradas permanentes de los ferrocarriles fue el transporte de madera.

Desgraciadamente el bosque fue explotado en forma irracional; se sacaba solo los árboles tipo raulí, roble, lingue, laurel y lo demás se quemaba sin respetar el renoval natural que permitiría conservar el bosque.

Desnudas las cordilleras de su protección vegetal, sus tierras fueron lavadas por las lluvias y arrastradas por esteros y ríos, embaucando su lecho y haciéndoles perder incluso su navegabilidad.

Las maderas chilenas del bosque de la Frontera, no solo fueron el material básico de la construcción de los pueblos que se iban formando, sino que ellas tuvieron un amplio mercado nacional e internacional.

Esta riqueza permitió desarrollar una actividad artesanal de pequeñas mueblerías, pero también las hubo de importancia; entre estas últimas, por citar algunas, en Temuco alcanzó especial renombre la Mueblería de Albala Hnos., y hasta hoy tiene nombre nacional la Fábrica de Muebles Traiguén, de José Brüner y Cía.

Como reviviendo esta actividad ha surgido, como fruto de un esfuerzo personal admirable, la Empresa Maderera y Fábrica de Muebles, en Loncoche, de Marcelo Fourcade Nambrad, junto a la Industria Constructora de Viviendas.

Otra actividad que alcanzó gran nombre fue la molinería: los primeros molinos en la Frontera los creó el primer y principal pionero de su progreso. José T. Alejandro Bunster B., en 1869, estableció el molino de Angol; en 1877, el de Collipulli; en 1883, el de Nueva Imperial y en 1884, el de Traiguén.

Más tarde, la Compañía Molinera El Globo fue la continuadora de esta empresa, con molinos en Lautaro, Mulchén y Renaico.

Además hubo otros molinos locales en Temuco Villarrica, Carahue, etc.

La producción de trigo de la Frontera salía para el consumo nacional, ya sea en trigo que iba a molerse en Concepción o Santiago o en harina que se despachaba por vía fluvial y marítima a Talcahuano, desde Imperial. En Talcahuano, el empresario José Bunster tenía cuatro bodegas de su propiedad, donde concentraba su producción triguera y harinas para su venta y despacho. Fue, a fines del siglo, el principal proveedor de este producto para Tarapacá y Antofagasta, despachando por mar sus ventas desde Talcahuano.

El comercio crecía sin cesar y con él el sistema bancario, que abría sus puertas para facilitar la actividad económica y comercial. Los bancos del medio siglo de la Frontera eran: Caja Nacional de Ahorros, Banco Chile, Banco Español, Banco Alemán Transatlántico. Este último, con motivo de la guerra europea se convirtió en el Banco Sur de Chile, que se mantuvo como tal en un gran esfuerzo regional, con su oficina principal en Temuco y sucursales en Curacautín y Villarrica; en los primeros años de la década de 1970, se fusionó con el Banco Osorno y La Unión, que como nacido en el sur del país como lo recuerda su nombre, no ha perdido su razón de ser: "Para servir al sur de Chile".

7. LA VIDA RELIGIOSA EN LA FRONTERA

No podemos olvidar que el 2° Obispado que creó la Iglesia en Chile fue el de La Imperial, que dividió al territorio de la Gobernación de Chile en dos jurisdicciones eclesiásticas, separadas por el río Maule. El Obispado de Santiago desde el límite con el Virreinato hasta el Maule y el Obispado de La Imperial, del río Maule el extremo sur.

Felipe II propuso al Papa la creación del Obispado de La Imperial y sugirió el nombre del que podía ser designado obispo, en la persona del fraile franciscano, fray Antonio de San Miguel.

Pío IV por la Bula “Super Specula”, crea el Obispado, dándole por titular al Arcángel San Miguel y designando como obispo al franciscano ya nombrado.

Fray Antonio fue consagrado en Lima en 1567, en febrero, y en el mismo mes inició las actividades que lo llevarían a ejercer su cargo. Nombró deán de su Obispado, provisor, visitador y vicario general a don Agustín de Cisneros, quien se trasladó de Lima a Chile y a La Imperial en el mismo año y prepara la recepción del primer obispo, quien arribó a tomar posesión, en representación del Obispado, en septiembre de 1567. En el acto, en la Iglesia Parroquial de La Imperial, se encontraba el cura y vicario Hernando Ortiz de Zúñiga; el Provincial de los Mercedarios de Chile, fray Rodrigo González de Carvajal, algunos otros religiosos y miembros del Cabildo.

En ese acto el vicario Cisneros requirió obediencia al obispo al cura párroco, quien respondió obedecer a los mandatos del Papa, del obispo y del Rey.

Fray Antonio llegó a tomar posesión personal en mayo de 1571. Necesitaba clero para atender su extensa diócesis, aunque los lugares poblados eran pocos: Chillán, Concepción, Arauco, Angol, Villarrica, Imperial, Valdivia, Osorno, Ancud y Castro. Pero no era este su problema; la mayor necesidad la sentía en relación con la situación de los indígenas y el trato que recibían. Desde su llegada, fue el alma de la defensa del mapuche. Puso todo su cariño y su poder como pastor contra los abusos con los indígenas, amenazando en ciertos casos con la excomunión a algunos encomenderos y gobernadores.

Esta actitud del obispo permite reconocer como, desde los primeros tiempos en que la Iglesia toma contacto con la realidad indígena de América y en este

caso de Chile, se constituye en defensora del indígena, respetando su condición humana.

Fue fray Antonio el que convenció y motivó al rico encomendero Pedro Olmos de Aguilera a fundar siete capillas en su merced (hacienda) y un hospital en Imperial para la atención de los indígenas de su dependencia. Los historiadores coloniales estiman que la población aborigen: hombres, mujeres y niños de la encomienda de Olmos de Aguilera, la integraban entre 10.000 y 12.000 naturales.

En Osorno logró de don Diego Ortiz Nieto de Gaete \$ 27.000 oro, para reparar daños producidos a los naturales y \$ 54.000 oro para obras que los beneficiaran.

Al Rey manifiesta por carta que el peligro permanente de sublevación se debe al exceso de trabajo y al mal trato que se les da.

Visitó todo su extenso territorio. En Angol encontró al fraile mercedario fray Antonio Rondón, quien fue el primer sacerdote que vino a Chile pues acompañó a Almagro en su viaje a Chile. Volvió al Perú, pero luego regresó a Chile donde murió.

El obispo levantó e instaló el primer Seminario que funcionó en Chile, en Imperial, destinado a la formación del clero diocesano. Solicitó al Rey dotara a Imperial con una universidad, lo que demuestra el rango de importancia que alcanzaba esta ciudad.

Ya en la ancianidad, con más de 80 años, fue promovido a la Diócesis de Quito; cargo que no alcanzó a desempeñar, pues falleció en Riobamba, en Ecuador, cuando se dirigía a Quito.

Junto con su designación para Quito, se designaba a su vicario: fray Agustín de Cisneros, segundo obispo de Imperial, lo que ocurría en 1587.

Este obispo falleció en Imperial en 1596. No tuvo la pena de ver destruido lo que con tanto esfuerzo se había hecho.

La noticia de su muerte y la designación de su reemplazante en 1599, con el nombramiento de fray Reginaldo de Lizarraga, está marcada por la gran sublevación mapuche producida a la muerte del gobernador Martín García Oñez de Loyola, en diciembre de 1598.

Esta sublevación terminó con todo lo que se había hecho en la Araucanía y dejó en ruinas, que no se volvieron a levantar, a Imperial. Hay quienes piensan que si esta calamidad se hubiera evitado, tal vez la capital de la gobernación habría sido este enclave del corazón de Arauco, lo que no parece extraño dado el desarrollo que logró en los 50 años de vida que alcanzó.

Solo 280 años más tarde va a levantarse de su ruina, en la actual Carahue.

Lizárraga trasladó la sede de su Obispado a Concepción.

Durante todo el período comprendido en el siglo XVII y XVIII hasta 1767 la mayor acción de la Iglesia en la Araucanía la van a ejercer los padres jesuitas, en forma de misiones que verificaban por toda la región, hasta su expulsión de España y sus colonias.

Van a continuar su acción misionera los padres franciscanos, que establecen en Chillán un colegio para naturales y el centro de su acción misionera.

Producida la ocupación que hemos estudiado, en las ciudades que se fundan se establecen como misioneros los padres de San Francisco, en Nacimiento, Mulchén, Angol, Collipulli, Traiguén, Temuco y Lautaro, y al sur del Cautín los capuchinos.

Las primeras parroquias se constituyen a partir de 1880, con Angol, año en que aparece como párroco el presbítero Juan de la Cruz Aravena, que fue el iniciador del templo parroquial que se construyó frente a la plaza, templo que ya se usó en 1884.

En 1888 dejó el cargo de párroco el Pbro. Pablo Reyes, reemplazado por Ismael Méndez, que permaneció como párroco hasta 1894, fecha en que fue llevado a desempeñarse como secretario del Obispado en Concepción y lo reemplazó Juan de Dios Belmar, quien, en 1907, fue nombrado ministro en el Seminario de Concepción y lo reemplazó en este curato el Pbro. Domingo Daza, quien en 1925, se trasladó a Temuco, y asumió el cargo parroquial de Angol el Pbro. Francisco Valenzuela T., hasta que en 1932 ocupó el cargo el Pbro. don Germán Uribe Burgos.

En Temuco, la primera actividad estable de la Iglesia se realiza en la década de 1880, ya que el inicio de la vida organizada y de la ciudad parte con la fundación del fuerte en 1881 (24 de febrero).

La primera misión franciscana en Temuco la da a conocer el periódico "El Cautín" en su número 72, del 13 de enero de 1889.

Dice al respecto: "Misión": ya es un hecho que Temuco contará con un convento de los RR.PP. Franciscanos".

Se dan los pasos necesarios para obtener los terrenos donde se levantará el templo. Los padres fundadores son: fray Domingo Urrutia⁷⁰ y fray Diego Venegas".

En el mismo periódico, N° 19 del 2 de febrero de 1890, dice: "La misión de los Padres Franciscanos está muy adelantada. Los edificios aunque inconclusos prestan ya los servicios para que fueron construidos. El 4 de enero se celebró la primera misa en su extensa capilla. La obra se realizó en un año por medio de los inauditos esfuerzos del Rp. Fray Miguel Urrutia".

Esta misión es lo que hoy conocemos como "Parroquia de Lourdes", más conocida como Parroquia de San Francisco, en la esquina de Montt y Prieto, donde comienza hacia el poniente la avenida Alemania.

8. PARROQUIA DE TEMUCO

El diario "El Independiente" de Santiago, en su edición del 14 de marzo de 1886, da cuenta de lo siguiente: "El Gobierno ha manifestado al Gobernador eclesiástico de Concepción que no hay inconveniente para que sea nombrado cura y vicario interino de Temuco, el Presbítero don Domingo Urdanuz".

La fundación de la Parroquia de Temuco es la segunda de toda la Araucanía, que se creará desprendiendo territorio de la inmensa Parroquia de Angol. El Decreto que inicia la existencia de esta Parroquia lo dicta el obispo diocesano de Concepción, en cuya jurisdicción se encontraba a la fecha todo el territorio

70 Parece un error el nombre de Domingo, el padre Urrutia que actúa en Temuco es fray Miguel. Creada por monseñor Plácido Labarca el 25 de febrero de 1892, fue primer párroco el Pbro. don Ricardo Sepúlveda.

comprendido entre el Maule y el Toltén, al sur del cual se iniciaba el territorio de la Diócesis de Ancud.

El primer bautismo que aparece en libro Parroquia de Temuco, fue realizado el 30 de mayo de 1892; Esteban Pablo Ernesto Mayaud. Libro 1º de Bautismo N° 1 página 1.

Quedaron como misiones regentadas por padres franciscanos, en la jurisdicción parroquial de Temuco los misioneros de Lautaro, Imperial, Cholchol y la de Temuco, que años más tarde irán constituyéndose en parroquias.

Así como la vida civil va organizándose con el espíritu de la legislación chilena, también la vida de la iglesia va desarrollándose y encuadrándose a las normas jurisdiccionales del Derecho Canónico.

Ricardo Sepúlveda, más tarde, a fines del siglo XIX, fue llevado al cargo de vicario general de la Diócesis de Concepción y más tarde como obispo auxiliar, durante el gobierno eclesiástico de monseñor Gilberto Fuenzalida.

El año 1925 será un año de especiales cambios en la vida institucional de la Iglesia en Chile. En septiembre de ese año, el pueblo chileno aprobó la nueva Constitución para el país que, entre otros hechos importantes, modificó las relaciones Estado-Iglesia. Hasta esa fecha el Estado chileno constitucionalmente estaba unido a la Iglesia, ya que desde el tiempo colonial, la fe católica fue la de la monarquía española.

El Estado chileno, al producirse la Independencia, en sus constituciones estableció que la religión del Estado chileno es la católica; en virtud de este hecho y sintiéndose heredero de la monarquía española en sus relaciones con la Iglesia, el Estado hizo uso de "hecho" del Derecho de Patronato y "Exequátur", aunque nunca lo tuvo de "derecho".

Al producirse la Constitución del 25 y separarse la Iglesia del Estado, la Iglesia estaba organizada en cuatro Diócesis: La Serena, del río Choapa al norte; Santiago, de ese río al Maule; Concepción entre el Maule y el Cautín; y Ancud desde el Cautín al extremo sur.

9. DIÓCESIS DE TEMUCO

La creación de diócesis se debía realizar en concordancia Estado y Santa Sede. De España se heredó la Diócesis de Santiago y Concepción, que fue la antigua Imperial; en la década de 1840 se crearon las diócesis de La Serena y Ancud.

La necesidad de crear nuevas diócesis para atender mejor los diversos aspectos de la vida religiosa, se manifiesta varias veces sin éxito. Es digno de recordar al respecto que, en diciembre de 1893, se propuso a la Cámara de Diputados un proyecto de Ley, patrocinado por 13 diputados, que autoriza al Pdte. de la República para pedir a la Santa Sede la creación de cuatro diócesis nuevas en el territorio: Iquique, Valparaíso, Talca e Imperial.

Esta última tendría como sede episcopal a Temuco y le corresponderían los territorios de las provincias de Biobío, Malleco y Cautín.

Las misiones de las que hemos hecho mención se encontraban en el territorio de los aborígenes y ejercían las funciones como parroquias, que quedaban exentas de la jurisdicción diocesana y estaban dirigidas por un prefecto apostólico de la Araucanía, dependiente de la Congregación de la Propagación de la Fe, con sede en Roma.

Estos territorios de misiones se instalaban en los lugares ocupados por naturales que la Iglesia trataba de ir convirtiendo y civilizando y, en la medida que estos hechos se producían, terminaba la acción de la "Propaganda Fide" y se constituían en territorio diocesano y en parroquias.

La Prefectura Apostólica de la Araucanía se convirtió en el Vicariato Apostólico de la Araucanía, que es gobernado por un obispo, con el título de vicario apostólico; con esta categoría han gobernado la región de la Araucanía, entre el Toltén y el Callecalle y algunos puntos al sur de este río los obispos: Guido Beck de Ramberga, Guillermo Hartl de Laufen, Sixto Parzinger y hoy Francisco Javier Stegmeier, que tuvieron como sede a San José de la Mariquina y posteriormente la ciudad de Villarrica.

El proyecto de 1893 no maduró, pero algunos trámites se hicieron y tuvo repunte esta situación en "1907, como lo demuestra un documento: protocolo N° 76758 de la "Congregazione de Propaganda Fide" del 20 de junio de 1907, en que el secretario de esta Congregación escribe al padre Bernardo

d'Audermatt, ministro general de los Capuchinos, en respuesta a su nota y la del prefecto de la Araucanía sobre el proyecto de creación de una nueva diócesis que podría absorber "quasi intieramente il territorio de la Prefettura Apostólica".

El secretario dice en su nota, que el cardenal prefecto se ha dirigido al cardenal Secretario de Estado, enviándole las notas recibidas y le pide su intervención "intorno al pericolo che si teme va per la Prefettura dell' Araucanía".

La respuesta del cardenal secretario de Estado es: "che farà del suo meglio perché la Prefettura... non abbia ad essere denneggiata della eventuale erezione di una Nuova diócesis a Temuco".

Como se aprecia, la creación de diócesis no solo está en el Parlamento chileno, llega y se estudia en la Santa Sede.

Por esto no es extraño que, producida la separación de la Iglesia y el Estado en la Constitución del año 1925, se crearán de inmediato varias diócesis en Chile. Por la Bula papal "Notabiliter Aucto"...(28-X-1925) se crean 7 nuevas diócesis: las de San Felipe, Valparaíso, Rancagua y Talca, que se desprenden del Arzobispado de Santiago; y las de Linares, Chillán y Temuco, que se desprenden de Concepción.

La diócesis de Temuco comprenderá toda la provincia de Malleco y la parte norte de Cautín, el río Cautín en todo su curso y la continuación en el Imperial marca el límite sur de este Obispado que se extiende hacia el norte hasta el río Renaico y por el oeste con el límite de la la provincia de Arauco y el Océano Pacífico.

Desde la creación la diócesis ha tenido los siguientes obispos: Prudencio Contardo, Alfredo Silva S., Augusto Salinas F., Alejandro Menchaca L., Bernardino Piñera C., Sergio Contreras N. y Manuel Camilo Vial.

Pronto se irán formando nuevas parroquias que se van segregando de Angol y Temuco, o bien de las que se creaban; así, de Angol salieron Collipulli y Victoria; de Victoria, Curacautín; de Temuco, Imperial y de Imperial, Carahue, etc.

Al constituirse el Vicariato Apostólico de la Araucanía y dejar de ser Prefectura, las misiones fueron constituyéndose en parroquias. Así surgen las parroquias de Lonquimay, Cherquenco, Vilcún, Padre las Casas, Boroa, Pto.

Domínguez, Pto. Saavedra, Teodoro Schmidt, Quepe, Freire, Los Laureles, Cunco, Villarrica, Pucón, Pitrufuquén, Gorbea, Lastarria, Loncoche, etc.

Junto con la llegada de los colonos ingleses, alemanes y algunos grupos suizos, llegaron pastores de sus iglesias: anglicanos, luteranos y otras confesiones protestantes. Luego se instalaron pequeñas comunidades de las variadas confesiones, que fueron encontrando adeptos que formaban sus unidades y comunidades religiosas.

Es ajeno al objeto de esta exposición el señalar y analizar el porqué del notable desarrollo de las diversas confesiones protestantes; pero es un tema digno de ser abordado.

Se puede afirmar sin temor de equivocación que en esta región del país, la IX, el número de miembros de las iglesias protestantes, en proporción a los habitantes, es superior al de cualquier otra región de Chile.

Junto con la presencia diocesana y parroquial de la Iglesia en la Frontera, empezaron a multiplicarse actividades diversas de solidaridad con el prójimo. Hermanas de la Congregación de la Inmaculada Concepción se instalaban en el Hospital de Angol. Las Hermanas de San Francisco tienen escuelas en Angol, Lautaro Imperial, Cholchol. Las Hermanas de la Providencia tienen sus casas de atención en Temuco, donde cumplieron en otro tiempo un especial apostolado en su Escuela Hogar para niños desvalidos, junto al Colegio del Sagrado Corazón para la Educación Humanística.

Las Hermanas de la Santa Cruz, con su casa matriz en Victoria y después en Temuco (Ñielol), mantienen colegios, escuelas, trabajos en hospitales; multiplican sus esfuerzos en todo orden de actividades urbanas y rurales.

Las Hermanas de los Ancianos Desvalidos con su extraordinario Asilo en Temuco.

Las Congregaciones religiosas como los Hermanos de la Salle, con su prestigioso colegio en la ciudad de Temuco fundado en 1904, ¡qué fecunda labor han desarrollado! A la comunidad Claretiana, con su colegio, ¡cuánto le deben Temuco y la Frontera por su acción religiosa y educadora! las comunidades de la orden de San Francisco y su trabajo de misiones primero, de vida parroquial más tarde, cuánto ha hecho en beneficio de esta región. Su acción en Angol, Collipulli, Lautaro, Temuco, Carahue, etc.

Es curioso que los jesuitas que tanto hicieron y se interesaron por la acción con el mapuche en la vida colonial, cuando regresaron de su destierro, en las proximidades de 1840, no hayan intentado una acción seria con el mapuche, a pesar de su pasado. ¡Qué importante sería sí pudieran extender su acción en esta región del país!

La Iglesia Católica no ha sentido completa su misión con tener sus templos y parroquias con la atención del culto; ha comprendido que ella es la totalidad de los hombres y que los debe acompañar a todos en todo, pero, naturalmente, dando preferencia a las cosas y aspectos más importantes de la vida y consagrar por lo mismo una gran atención a todo aquello, que generalmente se olvida o se deja de lado.

Allí junto al necesitado ha estado la Iglesia, acompañando a los enfermos en los hospitales; en las Hermanas de la Caridad y otras organizaciones religiosas.

Acompañando a los ancianos desvalidos y haciéndoles llevaderos los últimos días con su compañía, rompiendo su soledad y atendiendo sus humanas necesidades...

Haciéndose cargo de niños abandonados para ayudar a formar en ellos hombres útiles a la sociedad.

La Iglesia, en esta región del país, ha cumplido un gran papel en la compañía del hombre en su vida cultural, social, familiar que nunca será suficiente y que la realiza con gran una vocación de servir.

10. LA FRONTERA EN LA LITERATURA

En el noble campo de las letras hispanas, esta tierra de Arauco, tiene un lugar insospechado.

PEDRO DE VALDIVIA

En el estilo epistolar, las cartas de Pedro de Valdivia no podrán jamás ser dejadas de mano por quienquiera que pretenda referirse a las letras coloniales.

Por otra parte, la mayor extensión de sus cartas está dando al Rey noticias de esta gente, de este clima, de estos parajes de cordillera, bosques, praderas, colinas y costas, junto a un mar que lo adivina promisor en el futuro, el visionario autor. La descripción que hace de sus valles, de la fertilidad de su suelo, es un canto a la esperanza de días mejores que la providencia depara a esta tierra "finisterral", de la que Valdivia parece un alma enamorada.

Su gente aborigen, ¡cómo la admira! El buen soldado llega a imaginar qué sería el araucano si tuviera alguna instrucción y manejara las armas con que se le combate.

Sin duda en su muerte ve "al altivo araucano que nos legó con su sangre el valor" y para rendirle un homenaje, no tuvo otras palabras que compararlo al soldado "tudesco" (alemán), indicando con este nombre algo superior.

Son sus adversarios pero su nobleza de alma, comprendiendo la desigual condición, no puede sino admirarlos.

Un día serán sus victimarios, pero no en mala forma; es en el destino de la guerra.

Sus cartas no son la epístola familiar sino la epístola de información, para dar cuenta de lo que hace y de lo que está conquistando para su Rey.

Pedro de Valdivia inicia la literatura chilena, con sus cartas, escritas en Chile y que describen situaciones del país y especialmente de este conflicto, que con él se inicia y que solo llegará a su término tres siglos más tarde.

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

Podrá alguien eliminarlo de la literatura chilena, por ser madrileño, y porque, por las relaciones de su madre, llegó a ser paje del príncipe Felipe, que será más tarde el poderoso Felipe II. Todo esto es verdad, pero le cupo en suerte formar parte de la especie de corte que rodeó a García Hurtado de Mendoza y con él viene a Chile.

Suerte de esta tierra que logra tener un cantor que, en el más destacado poema épico de la literatura castellana, canta al pueblo araucano, en octavas reales que cualquier pueblo y literatura quisieran.

El autor es español, pero el tema de su extenso poema es la lucha desigual, dura en extremo, del araucano y el español.

La mayor parte de los críticos literarios de las letras universales, le dan a la Araucana el primer lugar de la literatura épica de los idiomas modernos.

¡Qué destino tan promisor tiene esta tierra; se abre al conocimiento del mundo con obras que hacen imperecedero su nombre; con este poema, que es joya de la literatura universal.

El trabajo más acabado que se ha hecho de la Araucana es la obra de José Toribio Medina que, no solo imprimió el poema en forma por demás cuidadosa en su propia imprenta, sino que destinó varios tomos a historiar la vida del autor, y a dar detalles de los personajes que intervienen en el poema y de los compañeros de Ercilla.

PEDRO DE OÑA

Hijo de Gregorio de Oña, quien fuera regidor del Cabildo de los Confines (Angol) y que, en lucha campal con los mapuches, terminó sus días en septiembre de 1570. Pedro vivió sus primeros años en Angol, al lado de sus familiares, nacido precisamente en el año de la muerte de su padre. Su educación y vida las hizo en compañía de su madre, Isabel de Acurcio.

En Angol tuvo las primeras letras y rudimento de lengua mapuche, que después llegó a hablar con fluidez, y empezó a convivir las costumbres mapuches. Es posible que en Angol de la segunda mitad del siglo XVI, el que volvió a poblar don García, antes de irse al Perú bajo el cuidado del presbítero Francisco Zurita, cura de Angol, Pedro de Oña comenzaba sus estudios de latinidad y filosofía.

Su madre, doña Isabel de Acurcio, interesada en la educación de su hijo, aprovechó la circunstancia de la presencia en el Perú, en calidad de virrey, de don García Hurtado de Mendoza quien conoció muy bien a Gregorio de Oña, padre de Pedro y lo envió a Lima, donde vivió bajo la protección del Virrey y con su ayuda se incorporó en el Real Colegio de San Martín en Lima y luego en la Universidad de San Marcos, donde se licenció, en 1595, en Arte y Teología.

En 1596 publicó en Lima su poema Arauco Domado, que declara ser la primera obra que sale de su pluma. En 1605 volvió a imprimir su obra en las prensas de España.

La obra es una gran laudatoria de don García, casi como una réplica a la obra de Ercilla; quien debido a sus dificultades personales con don García, ni siquiera lo nombra en su poema. Pedro de Oña narra lo acaecido en el paso de don García por Chile y como, efectivamente, dio la impresión que el pueblo mapuche se sometía, le dio a su poema el nombre con que se le conoce "EL ARAUCO DOMADO".

Puede decirse que es el primer escritor chileno, nacido en esta tierra de Arauco y cuyo tema pertenece también a este rincón de la tierra chilena.

FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN

Nació en Chillán en 1608, hijo de Álvaro Núñez de Pineda y de doña Mayor Jofré Loaiza. Su padre, don Álvaro, sirvió al menos unos 40 años en el ejército de la Frontera, en la primera mitad del siglo XVII.

Educó a su hijo Pedro en el colegio que los jesuitas recién abrían en Concepción, donde hizo, bajo tan señalados maestros, buenos estudios de latín, humanidades, filosofía y sagrada escritura. Ocho años estuvo en el colegio con los padres, y de allí pasó a incorporarse a la milicia de Arauco, donde logró hasta las más altas distinciones y jerarquía.

En la batalla de "Las Cangrejas", en el gobierno de Luis Fernández de Córdova, cayó prisionero y tuvo la suerte de ser respetado por el cacique en cuyo poder quedó cautivo, en virtud de ser hijo de don Álvaro, a quien respetaban por su valor en la guerra, y por el buen trato que les daba en la paz.

El cacique Maulicán será su dueño. Fue su amigo, compañero, defensor y finalmente su liberador. Seis meses duró su cautiverio; vivió con sus amos, los conoció, los estimó y por eso pudo escribir la obra que cada día hace más importante su nombre: "Cautiverio Feliz y la razón de las guerras dilatadas de Chile".

Pineda y Bascuñán, en esta su obra, hace una descripción de vida, costumbres y sentimientos del pueblo mapuche, que justifica plenamente el que José Anadón lo llame "Defensor del Araucano".

Quien no haya leído la obra "Cautiverio Feliz" no tiene derecho a dar opinión sobre el araucano. Desgraciadamente la obra es poco conocida. Desde luego, la obra completa solo se encuentra en la Colección de Historiadores de Chile, Tomo III, editado en Santiago en 1863. Lo que solemos encontrar con cierta facilidad es una selección de trozos que han publicado Álvaro Jara y Alejandro Lipschutz y un estudio y selección de Ángel Custodio González.

La obra de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán merece una publicación crítica y analítica; me atrevo a dejar insinuada la idea, que pudiera hacerla suya alguna editorial, encargándole este estudio y trabajo al eminente profesor don Mario Ferrescio Podestá.

Otra obra de divulgación sobre el tema es la publicación de Alejandro Vicuña, "Bascuñán el Cautivo".

Digamos finalmente que fue rescatado y libertado de su cautiverio, al hacerse cargo del gobierno colonial Francisco Lazo de la Vega, y lo acompañó en sus empresas bélicas especialmente en la gran batalla de 1631, la que puede considerarse como uno de los episodios de mayor trascendencia en la Guerra Colonial de Arauco.

El hecho más destacado de su vida militar lo encontramos en la rebelión general mapuche de 1655. Pineda y Bascuñán dirige la columna de soldados que rompe el sitio de trece meses que los mapuches hicieron contra el fuerte y misión de Boroa, donde entre otras personas que se salvan está el padre jesuita Diego de Rosales, escritor e historiador colonial de los de más alto interés.

Aquí tenemos otra obra de importancia en que, si bien, su autor no nace en la Araucanía, es chileno y vive prácticamente la mayor parte de su vida en esta Frontera indómita, la recorre, la conoce, ejerce funciones administrativas y militares, convive en su cautiverio la intimidad de la vida mapuche. Por eso lo incluyo, con razón, en la calidad de escritor de la Frontera.

Pineda y Bascuñán muere, en 1680, en el valle de Lucumba mientras viaja a hacerse cargo de su puesto de corregidor de Maquehua.

Escritores de la Frontera después de mediados del siglo XVII y durante el siglo XVIII no es posible encontrar, pues, prácticamente, con la Guerra Defensiva y luego con los Parlamentos se fijó como límite norte de Arauco y la colonia del Reino de Chile el Biobío y no se estableció vida urbana permanente al sur de este límite, sino de Valdivia al sur.

Solo sería posible pensar en una nueva actividad cuando se incorpora el territorio a la vida de la ocupación y pacificación, a partir de 1862, con la refundación de Angol.

La Frontera presenta caracteres muy especiales en este aspecto. Son muchos los valores culturales y de las letras que nacen, o se instalan y viven en la Frontera, empapan su espíritu con la visión de esta tierra, bosques, montañas, ríos, volcanes, lagos, trigales; con su gente, el modesto y sometido mapuche; la ciudad que nace y se desarrolla; el ferrocarril que abre el surco de sus líneas entre bosques vírgenes, para ir uniendo al país de un extremo a otro.

En sus carros de pasajeros, ojos absortos van contemplando el panorama, que aún hoy cautiva al que empieza a internarse de Coigüe al Sur: los ríos, sus imponentes puentes, la visión de la cordillera al oriente de la línea, con esa sucesión de volcanes, los campos con sus trigales, y, pensemos en el fin del siglo XIX y principios del siglo XX, en una agricultura manual y excepcionalmente mecánica en que, en la extensa loma triguera, el hombre parece un punto diseminado en la perspectiva, segando la generosa espiga, las mujeres amarrando gavillas, las carretas emparvadoras llevando las gavillas a las eras, donde a yeguas o “máquina parada con soplador” se trilla y se ensaca el dorado trigo, que hizo a estas provincias el granero de Chile.

El viajero cruza estos campos y va viendo, de estación en estación, un mundo desconocido; busca la presencia del araucano que, con sus atuendos clásicos,

pasa impertérrito ante el habitante del país, que lo mira con interés y con poca inquietud.

La visión del bosque, los castillos de madera, los bancos movidos con el clásico motor a vapor, hoy casi reliquia histórica, los campos con sus rebaños de animales vacunos e inmensos rebaños de ovejas.

La vida de las haciendas; el huaso del sur en su potente caballo y con su atuendo, que lo lleva con orgullo y con garbo... es un mundo nuevo que se abre y el hombre que lo ve se enamora del paisaje, de la vida llena de alternativas, que hace distintos los días y las preocupaciones. El hombre del campo necesita a la ciudad y, como en ninguna otra parte del país, la ciudad vive unida al campo, hecho muy característico de la Frontera.

Surge así un tipo humano muy unido a la naturaleza, que sabe mirar el azul del cielo, las noches estrelladas, la majestad de los Andes, los lagos en que se duermen las estrellas, o en que los cisnes y las gualas ponen con su presencia una nota especial.

Es un hombre que se empapa en la tierra, en el cielo, en el agua, en las flores, los árboles, los pájaros, los animales, la carreta, los tardos bueyes... Y este hombre le entrega a las letras chilenas también este mismo espíritu.

Sin ánimo de hacer un estudio de las letras en esta Frontera, recordaré de paso algunos nombres que viviendo en ella, escribiendo e inspirándose en su paisaje, en su naturaleza, traspasaron su tierra y su nombre corre por el país. Me disculparán los que debiendo a lo mejor figurar, no sean nombrados, pues solo pretendo a través de algunos nombres confirmar la formación de un tipo humano que se identifica con este paisaje de la Frontera. Son todos de fin del siglo XIX y de lo transcurrido del XX.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

Nace en Angol a fines de 1877. Hijo de Baldomero Dublé Almeida y Teodorinda Urrutia Anguita.

En su sangre va la de los que hicieron la ocupación de Arauco: Basilio Urrutia y Dublé Almeida.

Diego vivió sus primeros años en Angol y cuando la educación de esa villa le quedó chica, sus padres buscaron para el hijo una educación que diera paso a una formación humanista y clásica. Para ello golpearon las puertas del Seminario Conciliar de Concepción donde cursó humanidades y afirmó la fe que, en su hogar pueblerino de Angol, habían encendido en el niño, la madre y el cura del lugar, el venerable sacerdote que fue Juan de Dios Belmar.

Más tarde la Universidad de Chile lo cuenta entre sus alumnos y la vida política lo conquista, en la línea diplomática. Lo que ocurría en el tiempo, también lo tocó; lo conquistó la línea de la incredulidad ambiente y llegó a ser tenaz combatiente en el anticlericalismo chileno.

La semilla puesta en su alma por el hogar y el colegio no murió, durmió en el alma del poeta. La diplomacia lo llevó a representar a Chile en Roma y allí iba a producirse la maduración del germen y, con fe de neófito, vuelve a su Iglesia, en la que fuera bautizado en Angol.

Sus poemas alcanzaron gran difusión. Escribía por necesidad de dar expansión a la belleza que en su alma imprimió su tierra. Vayan como recuerdo sus libros "Veinte Años", "Del mar a la montaña" o "Fontana Cándida".

IGNACIO VERDUGO CAVADA

Nace en Mulchén en 1887. Su educación también la logró en su pequeña y campesina villa y luego en el Seminario de Concepción; de allí su formación humanista y clásica.

Poeta nato, nunca se preocupó de recoger sus versos en uno o varios libros. Están dispersos en varias publicaciones. Entre 1910 y 1915, en la publicación "Chantecler" de Concepción y en la prensa penquista.

Cuando avanzado en edad alguien quería recordar sus versos y se acercaba a Ignacio Verdugo, este respondía: "sí, recuerdo haber escrito algo así, pero ya no sé dónde está". Escribió y poetizó porque le nacía y si hoy tenemos una valiosa antología de algunos de sus versos se debe a la publicación de Zig-Zag que, en 1965, edita "Alma de Chile", en que recoge los mejores versos del poeta.

Pero el poeta no quedó en el silencio del recuerdo, porque sus versos conmueven al chileno de uno a otro extremo del territorio, tal vez sin saber siquiera de quién son.

Chile los hizo canción y allí estarán para memoria de Verdugo Cavada y de su tierra, Mulchén, sus copihues: rojos, rosados y blancos.

AUGUSTO WINTER

Vivió en las orillas del lago Budi, cerca de Puerto Saavedra, que se recuerda siempre con sus poemas “La Fuga de los Cisnes” y “Las Gualas”.

Winter es una de esas personalidades que cuesta descubrir. Hizo una vida muy solitaria en su campo a orillas del Budi. Qué extraño debe haber parecido para muchos, llegar a su hogar y encontrar, donde el libro era cosa rara, una buena biblioteca.

Winter fue un hombre cultísimo y autodidacto. Me tocó en suerte saber algo de él con motivos del terremoto y maremoto de 1960. Winter dejó sus libros para una biblioteca municipal de Puerto Saavedra.

El cataclismo de 1960 destruyó e inundó la biblioteca y las autoridades pidieron al Liceo de Hombres de Temuco que recibieran los libros de esa biblioteca y vieran la manera de lograr que se secaran y pudieran volver más tarde a su lugar. Así se hizo; mucho se perdió para siempre, otras obras se truncaron y lo que pudo salvarse volvió a Puerto Saavedra. Allí, siendo profesor del Liceo, conocí la fuente de la cultura de este poeta. No solo tenía una verdadera selección de literatura universal, sino además en ediciones que eran un lujo y que se veía que no solo las tuvo, sino que las leyó.

Qué agrado producía leer páginas de esas obras y las anotaciones y comentarios que algunos pasajes producían a su dueño.

LUIS DURAND

Nacido en Traiguén, vive allí su infancia y parte de su adolescencia se desarrolla en el centro de la Frontera. Conoce los primeros pasos de estos pueblos y villas que con extraordinaria rapidez se pueblan y se convierten, a sus ojos, en ciudades prósperas y llenas de vida y que van cambiando, de un primitivismo audaz y aventurero, a un presente organizado culto, progresista, con espíritu emprendedor, en el que no solo hay un cambio en lo material y físico de la vida, sino, muy importante y de mayor consecuencia, un cambio en la visión del hombre y de la vida.

Al primitivismo del instante lo reemplaza un presente culto, por la instrucción, por la compenetración de elementos humanos distintos.

Traiguén y Victoria, como sus alrededores, son los lugares en los que tuvo un mayor efecto la influencia benéfica de la colonización europea, especialmente por la presencia en ellas de los suizos y vascos franceses.

Durand, hasta 1949 era un escritor que tenía un papel que destacaba en la literatura de los escritos breves. Su género fue el cuento, si bien había incursionado en la novela. Su vida de funcionario administrativo le hizo tímido de la publicidad y, si escribía, lo hacía como ocultándose ante sus jefes y compañeros, temeroso a lo mejor de sus burlas.

Llevaba en su interior un mundo de imágenes que luchaban por expresarse y se deleitaba cuando ante el papel, lápiz en mano, iban surgiendo las ideas, personas y situaciones a los que su imaginación y fantasía daban vida. A esta etapa privada del escritor pertenecen, entre otros escritos, "Cielos del Sur", "Piedra que rueda". Toma otro camino, ya de mayor cuerpo y madurez, en su novela "Mercedes Urizar", en que presenta el vivir de la maestra de aldea, que un día en una región y en una escuela, otro día, en otra parte, va como ave peregrina repartiendo su tesoro, su alma de madre múltiple que engendra hijos, para la vida de la comunidad, con el saber.

Aparece luego "La noche en el camino"; pero Durand irrumpe con colorido y vida propia, ya indiscutible, cuando su pluma traduce todo el mundo interior que había compuesto en su vida, con su personal conocimiento y con las relaciones de sus amigos y ve la luz pública su gran novela "Frontera".

Con ella ocurren dos cosas: Durand se incorpora a la lista de los grandes novelistas chilenos y entrega al conocimiento de sus lectores toda la apasionante vida de Angol, Los Sauces, Victoria, Traiguén, etc., de la Frontera.

Los tipos humanos diversos, perfectamente diseñados; el carretero, el almacenero de pueblo y su almacén, el militar, la profesora, el ambiente de la fiesta nocturna privada, el trabajo del campo, la unión del hombre y el caballo y ese tipo tan frecuente en la Frontera, que en "Frontera" es Anselmo Mendoza.

Durand se incorpora a las letras chilenas. Nunca podrá tratarse la novelística de nuestra literatura, sin darle un lugar de honor.

Sin lugar a dudas, son muchos más los que deberían incorporarse a esta simple reseña. No olvido que lo que he pretendido escribir es el desarrollo de la Frontera, no un ensayo de crítica literaria, por eso pido perdón a los que

omito, aunque no me daría por satisfecho sin siquiera mencionar a algunos como el imperialino Juvencio Valle; el lautarino Jorge Teiller; los temucanos, Jorge Jobet y Julio César Jobet; al poeta Julio Barrenechea.

Un párrafo aparte merecen en este aspecto dos cumbres de las letras chilenas, dos Premios Nacionales y dos Premios Nobel de la Literatura Universal: Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

GABRIELA MISTRAL

(Lucila Godoy Alcayaga, 1889-1957)

Nacida en Vicuña, provincia de Coquimbo, consagró su vida a la enseñanza. Primero como maestra de una escuela rural y minera de su tierra; desde 1912 a 1918, profesora en el Liceo de Niñas de Los Ángeles, época en que escribió la mayor parte de la creación poética que entregó a la Imprenta en su obra "Desolación".

Siguiendo su carrera docente fue directora de los Liceos de Niñas de Punta Arenas, Temuco y Santiago.

Después es contratada por México para trabajar en un proyecto de Reforma Docente.

En 1932 el gobierno chileno le asignó el cargo de cónsul de Chile donde estuviere. Ejerciendo en Brasil la sorprende, como a todo el país, la decisión de concederle el Premio Nobel de Literatura, en noviembre de 1945.

Volvió a Chile en 1955, en gira apoteósica. Era recibida en todas partes por las autoridades, por el pueblo todo y, sobre todo, por los niños que eran sus amores.

Tras larga enfermedad fallece en Hempstead, New York, el 10 de enero de 1957.

En Temuco, en 1920, tuvo la oportunidad de encontrarse con el joven que terminaba sus estudios de humanidades en el Liceo de Hombres y que seguiría sus huellas, Pablo Neruda. En la vida temucana da la impresión que no se acostumbró. Fue objeto de algunas críticas, lo que hizo que buscara la posibilidad de un rápido cambio que la llevó a Santiago.

En el tiempo que estuvo en el Liceo de Niñas de esta ciudad, se encontró además con el sacerdote Luis Felipe Contardo, que era profesor de Filosofía y Religión, con quien trabó una gran amistad por el afán común por la literatura y por ser, ambos, buenos poetas.

Desgraciadamente para las letras chilenas, el temprano fallecimiento de Luis Felipe privó al país de otro, sin duda alguna, gran poeta.

La presencia de Gabriela en esta ciudad, aunque breve, fue fecunda y cuánta semilla sembró para crear un ambiente en donde encontrara campo propicio la cultura, la belleza, principalmente en el campo de la buena lectura y del arte poético.

PABLO NERUDA

(Nefalí Reyes Basoalto, 1904-1973)

Nació en Parral y, muy niño, llegó a Temuco, con su padre, hombre modesto que ganaba el pan de la vida como maquinista del ferrocarril, cuando todo el sistema ferroviario nacional se movía a carbón.

Jugó como niño en las calles de barro de Temuco invernal, sintió la lluvia golpear sobre los techos y quebrarse sobre los vidrios en que afirmaba su larga cara para gozar del agua.

Sentía el bosque, olía la humedad, brillaba su fantasía contemplando el humo de las locomotoras que manejaba su padre.

Neruda se hizo poeta en esta tierra. Nacido en Parral, no quería recordar a esa villa de Linares como tierra natal y así un día, interrogado sobre el lugar de su origen, contestó: "Soy de Temuco, completamente de Temuco".

Neruda, también Premio Nacional y Nobel de Literatura (1971).

Su alma vivió impregnada de la naturaleza chilena y a ella le entregó lo mejor de sus versos. Cantó al bosque, a los árboles, uno por uno; cantó al Ñielol, en donde se perdía, ideando quiméricas historias; miraba los árboles y, a través de ellos, alto en el ciclo veía cruzar las nubes blancas; empaparse en el rocío, y en las lluvias, embriagarse con los soles primaverales. La naturaleza le hizo poeta.

Vemos así en este genio del arte, hijo del Liceo de la Frontera, su Liceo de Hombres de Temuco, llamado por ley: Liceo de Hombres N° 1 de Temuco, Pablo Neruda, como se confirma lo que hemos sostenido a través de estas páginas. Esta región, con su belleza natural, imprime carácter y si encuentra un espíritu con especial sensibilidad para estimarla y amarla, le responde, haciéndolo poeta.

EPÍLOGO

Llegamos así al término de este libro que no sabría definirlo, si es Historia, si es Ensayo, o cualquier otro tipo de escrito.

De una cosa estoy cierto; siento que me he quitado como un gran peso en la conciencia; haber conocido y estimado tanto a la tierra de la Araucanía, sus paisajes de cordillera y lagos dormidos en sus montañas, sus bosques milenarios, hasta en sus últimos rincones; sus valles y tierras de cultivos con sus siembras inmensas de trigo, que en la época de la espiga movida por el viento parecen como olas que se mueven rítmicamente adquiriendo vida, sus praderas pobladas de rebaños que se multiplican y crecen y son un signo de la abundancia con que se bendice esta tierra.

Sus cultivos de oleaginosas que ponen en el mes de diciembre esos cuadros maravillosos de color amarillo de trecho en trecho, con el cultivo del raps.

Su región costera bañada por el nada "Pacífico", océano de nuestra frontera poniente. Pero por sobre este conocimiento, la vida del hombre de la Frontera, la de la ruca primitiva del araucano, primero en el libro y en la crónica.

¡Qué lástima! que no se haya tenido la oportunidad que el hombre de Arauco nos hubiera dejado su opinión, sobre lo que ocurría en la conquista colonial e incluso en la republicana. Qué parcial es este conocimiento, hay que reemplazarlo con la imaginación y pensar con criterio de hoy para juzgar el ayer, lo que siempre será bastante erróneo.

Vivir junto al mapuche y al chileno en los últimos 40 años del siglo pasado y ver cómo se fueron conociendo y cómo fue naciendo en el sufrido pueblo mapuche una forma de confianza en el trato con el hombre de Chile, con sus leyes e instituciones; cómo fue el natural de esta tierra, cercado por el progreso, qué significó: la ciudad, el comercio, el camino, el ferrocarril, el médico, la Iglesia, el soldado, el profesor; cómo fue incorporándose, casi sin saber, como a una nueva expresión del vivir. Aún le queda mucho camino que andar, pero lo va haciendo y su incorporación total tal vez no sea otra pena más de esta generación.

El hombre que llegó y fue instalándose, ya sea el nacional, que viene como pionero, ya el extranjero, que llega como colono, a un medio primitivo en el que todo hay que iniciarlo.

Es la gran aventura del hombre nuestro, en el siglo XIX, que viene a la Frontera, que se encuentra un "Far West" perfecto que lo transformará en breve tiempo en un trozo más del querido Chile.

El hombre de la Frontera, mapuche, chileno o colono: suizo, alemán, francés, español, inglés, etc., franco, abierto, acogedor, amable.

¡Qué hermosa es la Frontera!

No sé qué es lo que he escrito, solo sé que sentí un día la necesidad de escribir para dar a conocer lo que he ido descubriendo en esta tierra al incorporarme a ella y entregar lo que llevo dentro y recibir lo que ha querido darme. Ciertamente más he recibido que he dado; es que es así la Frontera.

Hay muchas omisiones en estas páginas; pido perdón por ellas y a quienes me acompañen en la lectura de estas líneas les digo simplemente: amigos, marchemos juntos haciendo grande nuestra patria chica, la del lugar en que vivimos y la podemos hacer grande si con comprensión mutua unimos a nuestro esfuerzo individual el sentido verdadero de comunidad, para juntos hacer el "hoy" que nos corresponde, con fe en el futuro y con gran generosidad.

Amigos, ¡hasta siempre!

Temuco, julio de 1982.

BIBLIOGRAFÍA

ABARA KESSIL, ABRAHAM:

"Loncoche". Antecedentes para una Historia. Impresora Camilo Henríquez Ltda. General Cruz 1415, Santiago. 1973. 207 págs.

AMBERGA, FRAY JERÓNIMO DE:

"Estado Intelectual, Moral y Económico del Araucano". Conferencia publicada en la Revista Chilena de Historia y Geografía (Año III. T. VII. 3er. Trimestre de 1913. N° II) 37 págs.

ANADÓN, JOSÉ:

"Pineda y Bascuñán Defensor del Araucano". Editorial Universitaria. 1977. 285 págs.

ARELLANO, ÓSCAR:

"Reseña Histórica de Cautín en el Cincuentenario de Temuco", 1931. Imprenta Gutiérrez. Temuco. 1931.

AUGUSTA, FRAY JOSE DE:

"Diccionario Araucano". Tomo I Araucano-Español. Imprenta Editorial San Francisco. Padre Las Casas. Chile, 1966. 304 págs.

BARROS ARANA, DIEGO:

"Historia General de Chile". Segunda Edición. Nascimento, Siete Volúmenes, publicación interrumpida.

UBAR, GERÓNIMO DE:

"Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reynos de Chile". 1558. Edición facsimilar y a plana del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago. 1966.

BUENO, COSME:

"Descripción de las Provincias de los Obispos de Santiago y Concepción". T.X.C.H.CH. (1) págs. 289 a 319. Imprenta de la Librería del Mercurio. Santiago. 1875. Fotocopiado (2) 30 págs.

CAMPOS HARRIET FERNANDO:

"Alonso de Ribera Gobernador de Chile". 2a. Edición. Editorial Gabriela Mistral. Santiago. 1973.

(1) Siempre que se indica Colección Historiadores de Chile, se mencionará con las iniciales C.H.CH.

(2) Fotocopiada. Cada vez que en la Bibliografía se menciona que la obra ha sido fotocopiada, ello indica que la obra completa ha sido obtenida en la Biblioteca Nacional de su servicio de fotocopia.

CAMPOS MENCHACA, MARIANO JOSÉ, S.J.

“Por Senderos Araucanos”. Editorial Francisco de Aguirre S.A. 1972. 306 págs.

CAMPOS MENCHACA, MARIANO JOSÉ, S.J.

“Nahuelbuta”. Editorial Francisco de Aguirre. 1972. 592 págs.

CANTONI, WILSON:

“Relaciones del Mapuche con la Sociedad Nacional Chilena”. Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) Mimeografiado. Santiago. 1972. 91 págs.

CÁRDENAS TAIMES, ANTONIO:

“Ngenechen, Dios de Arauco” (Leyendas Mapuches). Editorial Brecha. Rancagua, 1975. 101 págs.

CARVALLO Y GOYENECHÉ, VICENTE:

“Descripción Histórico-Geográfica del Reino de Chile” C.H.Ch. Tomos VIII, IX y X. Imprenta de la Librería del Mercurio. De Aym. Echeverría, Morando Núm. 38, Santiago. 1875. Fotocopiado. 1037 págs.

COLONIZACIÓN DEL SUR DE CHILE, DOCUMENTOS SOBRE LA:

De la Colección Histórica de Emilio Held 1970. Talleres Gráficos Claus von Piate. Dublé Almeyda 1368. Santiago. 214 págs.

CONGRESO NACIONAL:

“Comisión Parlamentaria de Colonización”. Informe, Proyecto de Ley, Actas de las Sesiones y otros antecedentes. IMPRENTA Y LITOGRAFÍA UNIVERSO, Huérfanos 1043, Santiago. 1912. 568 págs.

CÓRDOVA Y FIGUEROA, PEDRO DE:

“Historia de Chile” (1492-1717), sin pie de imprenta, presentada por F.S. Asta-Buruaga. (F.S. Francisco Solano) desde Lima 12 de abril de 1861. Fotocopiado. 329 págs.

DICCIONARIO HISTÓRICO DE CHILE:

Jordi Fuentes, Lía Cortés, Fernando Castillo I., Arturo Valdés Ph. 5a. Edición. Editorial del Pacífico. Santiago 1978. 669 págs.

DILLEHAY, TOM D.

Con la contribución de Margaret y Thomas Melville, Adalberto Salas, René San Martín, Gastón Sepúlveda y Milán Stuchlik. "Estudios Antropológicos sobre los Mapuches de Chile". Pontificia Universidad Católica de Chile, Sede Temuco. Temuco, 1926. Mimeografiada. 240 págs.

DOMEYKO ANCUBA, IGNACIO:

"Mis Viajes-Memorias de un Exiliado". Ediciones Universidad de Chile. 1978. 2 Tomos. 1096 págs.

DURAND, LUIS:

"FRONTERA". Editorial Quimantú. 1973. 375 págs.

EASTMAN, NATANIEL (Pbro.)

"La Colonia". Imprenta Universitaria. Estado 62. Santiago. 1929.

ENCINA, FRANCISCO:

"Historia de Chile". Nascimento. Santiago. 20 Volúmenes.

ERRÁZURIZ, ISIDORO:

"Tres Razas". Artículos escritos para "La Patria" de Valparaíso 1887. Imprenta de la Patria. Calle del Almendro. Núm. 16. 1892. 183 págs.

FAUNDES MERINO, JUAN JORGE:

"Temuco Hoy 1981". Telstar Impresores Ltda. Padre Las Casas. Temuco. 1981.

FERRANDO KEUN, RICARDO:

"Seminario de Investigación sobre el desarrollo de la Provincia de Cautín". Varios participantes. Edición Depto. Extensión Cultural de la Universidad de Chile. 1956. 298 págs.

ERCILLA Y ZÚÑIGA, ALONSO DE:

"La Araucana". Edición Emece. Buenos Aires.

GÓMEZ DE VIDAURRE, FELIPE:

"Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile". Editorial Andrés Bello. Santiago. 1971. 317 págs.

GÓNGORA MARMOLEJO, ALONSO DE:

"Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta 1575". Santiago, 1862.

GONZÁLEZ, ÁNGEL CUSTODIO: GUARDA, GABRIEL, O.S.B.:

"Un Río y una Ciudad de Plata". 2a. Edición. Itinerario Histórico de Valdivia. Ediciones de la Universidad Austral de Chile. 1969. 145 págs.

GUEVARA, TOMÁS:

"La Etnología Araucana en el Poema de Ercilla. Soc. Imp. Lit. Barcelona Santiago. 1918. 367 págs.

GUEVARA, TOMÁS:

"Historia de la Justicia Araucana". Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Santiago. 1922. 175 págs.

GUEVARA, TOMÁS:

"La Mentalidad Araucana". Sociedad Imprenta Litografía Barcelona Santiago-Valparaíso. 1916. 257 págs.

GUEVARA, TOMÁS:

"Historia de la Civilización de Araucanía". Obra premiada por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, 29 de mayo 1898. Publicada en Anales de la Universidad de Chile Tomos CI (1898), CIII (1899), CIV (1900), CVIII (1901), CIX (1901), 1902 primer y segundo semestre, CXII (1903), CXIII (1903). Esta obra fue posteriormente publicada en tres volúmenes, en Imprenta y Litografía Barcelona. Santiago, 1902.

HAENKE, THADDAEUS PEREGRINUS:

"Descripción del Reyno de Chile". Editorial Nascimento. 1942. 280 págs.

HANISCH ESPÍNDOLA, WALTER, S.J.:

"Historia de la Compañía de Jesús en CHILE". Editorial Francisco de Aguirre. 1974. 263 págs.

JARA, ÁLVARO:

"Guerra y Sociedad en Chile" 23. Edición. Editorial Universitaria. Santiago. 1981. 225 págs.

JARA, ÁLVARO Y LIPSCHUTZ, ALEJANDRO:

"El Cautiverio Feliz de Pineda y Bascuñán".

KELLER, CARLOS:

"Las Memorias de la Monja Alférez". Editorial Jerónimo de Vivar. Santiago, 1972. 488 págs.

LARA, HORACIO:

"Crónica de la Araucanía" Leyenda Histórica de tres siglos. 2 Tomos Imprenta del Progreso. Calle de la Compañía 102, Santiago. 1888. Tomo I Fotocopiado. Tomo II Impreso. 847 págs.

LETELIER, AMBROSIO, Sargento Mayor de Artillería.

"Informe sobre la Araucanía que pasa el Señor Ministro de la Guerra". Imprenta Nacional. Bandera Núm. 29. Santiago. 1878. Fotocopiado. 57 págs.

LETELIER AMBROSIO; Sargento Mayor de Artillería.

"Apuntes de un viaje a la Araucanía". Imprenta de la República, de Jacinto Núñez, Chirimoyo 80. Marzo 1878. Santiago. Fotocopiado. 82 págs.

MANSOULET, J. JULIO:

"Guía-Crónica de la Frontera Araucana de Chile años 1892-93" Imprenta y Encuadernación Barcelona. Santiago. 1893. Fotocopiado. 136 págs.

MARINO DE LOVERA, PEDRO:

"Crónica del Reino de Chile". La obra que se conoce con este nombre y de este autor nos ha llegado reducida y publicada por el Padre Jesuita Bartolomé de Escobar. Fue reeditada en Chile en la C.H.Ch. en el Tomo VI en la Imprenta del Ferrocarril. Calle de la Bandera Núm. 39 Santiago. 1865. Fotocopiada. 456 págs.

MEMORIAS DEL MINISTERIO DEL INTERIOR DESDE 1859 HASTA 1900.

MEMORIAS DEL MINISTERIO DE LA GUERRA DESDE 1859 HASTA 1887.

MEMORIAS DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, CULTO Y COLONIZACIÓN DESDE 1860 HASTA 1900.

MOESBACH, FRAY ERNESTO WILHELM DE:

Diccionario Español-Mapuche. Siringa Libros. 1978. Impreso en Argentina. 268 págs.

MOESBACH, ERNESTO WILHEM DE (Capuchino):
"Idioma Mapuche". Imprenta San Francisco. Padre Las Casas 1962, 265 págs.

MUNICIPALIDAD DE TRAIQUÉN:
"Primer Centenario de Traiguén 1878-1978. Talleres Gráficos del Diario "Las Noticias". Victoria. 94 págs.

NAVARRO, LEANDRO, TENIENTE CORONEL (R):
"Crónica Militar de la Conquista y Pacificación de la Araucanía desde 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional" 2 Tomos. Imprenta y Encuadernación Lourdes. Arturo Prat 274. Santiago. 1909. 623 págs.

NOGGLER, ALBERT (Capuchino):
"Cuatrocientos años de misión entre los Araucanos". Imprenta Wesaldi. Balmaceda 1340. Temuco. 1982. 309 págs.

OLIVARES, MIGUEL DE, S.J.:
"Historia de la Compañía de Jesús en Chile 1593-1736". Tomo VII de la C.H.Ch. Imprenta Andrés Bello, Plazuela de la Merced, Santiago. 1874. Fotocopiada. 563 págs.

OLIVARES, MIGUEL DE, S.J.:
"Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile". Tomo IV de la C.H.Ch. Imprenta del Ferrocarril, Calle de la Bandera Núm. 30, Santiago. 1864. Fotocopiada. 374 págs.

OVALLE, ALONSO DE, S.J.:
"Histórica Relación del Reino de Chile". Instituto de Literatura Chilena 1969. Editado por las prensas de la Editorial Universitaria S.A. Santiago. 503 págs.

OVALLE CASTILLO, FRANCISCO JAVIER:
"Chile en la Región Austral". El desenvolvimiento general de Temuco. Imprenta Universitaria, Bandera 130, Santiago. 1911. Fotocopiada. 144 págs.

OVALLE CASTILLO, FRANCISCO JAVIER:
"Por el Sur de Chile" (Civilización desconocida). Imprenta y encuadernación "La Ilustración", Calle Moneda 855-857, Santiago. 1912. Fotocopiado. 98 págs.

PADILLA, MIGUEL ÁNGEL:
"Don Judas Romero". Editorial Nascimento, Santiago. 1963. 310 págs.

PALAVISINO, FRAY VICTORIANO:

"Memoria sobre la Araucanía por un misionero del Colegio de Chillán". Imprenta La Opinión. Santiago. 1860. 166 págs.

PAMPLONA, REVDO. P. IGNACIO DE (Capuchino):

"Historia de las misiones de PP. Capuchinos en Chile y Argentina" (1849-1911) Imprenta Chile, Calle de Morandé N°767, Santiago. 1911. 558 págs.

PÉREZ, PEDRO NOLASCO:

"Historia de Las Misiones Mercedarias en América". Edita "Revista Estudios". Madrid. 1966. 487 págs.

PÉREZ GARCÍA, JOSÉ:

"Historia de Chile". Publicada en C.H.Ch. Tomo XXII y XXIII, con prólogo de José Toribio Medina. Impreso en Imprenta Elzeviriana. Santiago. 1900. Fotocopiada. 1007 págs.

PÉREZ REBOLLEDO, CONRADO Y SOTOMAYOR CANTERO, SONIA:

"Actividades del Niño Mapuche frente al concepto de autoridad en la familia y en la Escuela". Escuela de Educación Universidad Católica. Programa Grados Académicos. Mimeografiada. 1974. 106 págs.

PINO ZAPATA, EDUARDO:

"Historia de Temuco" Biografía de la Capital de la Frontera. Edición Universidad de la Frontera. 1969.

POEPPING, EDUARD:

"Un testigo de la alborada de Chile". (1826-1829). Versión castellana de Carlos Keller R., original en alemán. Empresa Editorial ZIG-ZAG. Santiago. 1960. 507 págs.

PRÉNDEZ PEDRO NOLASCO:

"Una Excursión de Verano de Angol a Villarrica y Valdivia a Valparaíso en los primeros meses de 1883". Imprenta de la Patria. Calle del Almendro N°16, Valparaíso. 1884. 97 págs.

QUIROGA, JERÓNIMO DE:

"Memoria de los Sucesos de la Guerra de Chile". Editorial Andrés Bello. 1979. 476 págs.

ROBLES RODRÍGUEZ, EULOGIO:

"Costumbres y Creencias Araucanas". Ediciones de la Universidad de Chile. 1942. 235 págs.

ROSALES, R.P. DIEGO DE, S.J.:

"Historia General de el Reino de Chile". Anotada y publicada por Benjamín Vicuña Mackenna. Imprenta de El Mercurio. Valparaíso. 1877. La obra está dividida por su autor en 10 libros y publicada en 3 volúmenes. Fotocopiada. 1684 págs.

RUH, MAX:

"Apuntes Históricos sobre la Colonia Suiza en Chile". Impreso; Talleres Gráficos Claus von Piate. Dublé Almeyda 1368, Santiago. 1975. 143 págs.

SAAVEDRA RODRÍGUEZ, CORNELIO:

"Ocupación de Arauco". (1861-1870). Imprenta La Libertad. Santiago. 1870. Documentos Anexos. (Fotocopiados). 391 págs.

SÁNCHEZ AGUILERA, VÍCTOR:

"Angol, la Ciudad de los Confines". Imprenta Atenea, Santiago. 1953. 426 págs.

SAUNIER SPERATA R. DE:

"Cuentos Populares Araucanos y chilenos". Editorial Nascimento. Santiago. 1975. 350 págs.

SILVA, VÍCTOR DOMINGO:

"El Mestizo Alejo" Editorial ZIG-ZIG. 6a. Edición. 1974. 322 págs.

SOLAR CORREA, EDUARDO:

"Semblanzas Literarias de la Colonia". Editorial Francisco de Aguirre. 3a. Edición 1969. 229 págs.

STUHLIK, MILÁN Y SALAS, ADALBERTO:

"Rasgos de la Sociedad Mapuche Contemporánea. Modo, Persona y Número en el verbo Mapuche. Ediciones Universitarias de la Frontera. Ediciones Nueva Universidad. 1974. 136 págs.

SUBERCASEAUX, FRANCISCO A.:

"Memorias de la Campaña a Villarrica. 1882-1883. Imprenta de la Librería Americana de Carlos 2° Lathrop. Ahumada 37 A, Santiago. 1883. 184 págs.

TREUTLER, PABLO:

"La Provincia de Valdivia y los Araucanos". Imprenta chilena, calle de la Ceniza Núm. 25, Santiago. 1861. Folocopiada. 223 págs.

TRIBALDOS DE TOLEDO, LUIS:

"Vista General de las continuas guerras: difícil conquista del gran reino, Provincias de Chile". Tomo IV C.H.Ch. Santiago. 1864. Fotocopiada. 150 págs.

VALDERRAMA, JUAN A.:

"Diccionario Histórico-Geográfico de la Araucanía". 2a edición. Imprenta Lagunas. Teatinos 58, Santiago. 1927. 269 págs.

VALDIVIA, LUIS DE, S.J.:

"Nueve Sermones en la lengua de Chile". Reimpresión a plana y renglón del único ejemplar conocido y precedidos de una Bibliografía de la misma lengua por José T. Medina. Edición de 300 ejemplares. Reimpreso en Santiago de Chile en la Imprenta Elsevisiana. 1897.

VALDIVIA, PEDRO DE:

"Carlas de Relación de la Conquista de Chile". Edición crítica de Mario Fenecio Podestá. Segunda Edición. Editorial Universitaria. 1978. Santiago 193 págs.

VEGA, MIGUEL ÁNGEL:

"Historia de la Literatura Chilena de la Conquista y de la Colonia". Editorial Nascimento. 1980. 2 Tomos. 526 págs.

VERNIORY, GUSTAVE:

"Diez años en la Araucanía". (1889-1899). Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago. 1975. 500 págs.

VIAL CORREA, GONZALO:

"Historia de Chile" (1891-1973). La Sociedad Chilena en el Cambio de Siglo. Volumen I, Tomo I y II. Primera Edición Editorial Santillana del Pacífico. S.A. Santiago. 1981. 1004 págs., y volumen II Editorial Santillana 1983.

VICUÑA, ALEJANDRO:

"Bascuñán el Cautivo". Editorial Nascimento. Santiago. 1948. 477 págs.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN:

"Los Lisperguer y la Quintrala". 3a Edición. Francisco de Aguirre. 1972. 348 págs.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN:

"La Guerra a Muerte" 3a. Edición. Editorial Francisco de Aguirre. 1972. 925 págs.

VILLALOBOS RIVERA, SERGIO; ALDUNATE DEL SOLAR, CARLOS; ZAPATER EQUIOIZ, HORACIO; MÉNDEZ BELTRÁN, LUZ MARÍA; BASCUÑÁN EDWARDS, CARLOS;

“Relaciones Fronterizas en la Araucanía”. Ediciones Universidad Católica de Chile. Diciembre 1982. Impreso en los talleres de Editorial Universitaria. Primera Edición. 283 págs.

VILLARREAL, JOAQUÍN DE:

“Informe sobre contener y reducir a la debida obediencia a los indios del Reino de Chile”. Tomo X. C.H.Ch. Imprenta y Librería de El Mercurio. De A. y M. Echeverría, Morandé Núm. 38. De página 211 a 287. Fotocopiado. 76 págs.

ZAPATER HORACIO:

“Aborígenes Chilenos a través de Cronistas y Viajeros”. 2da. Edición Editorial Andrés Bello. Santiago. 1978. 176 págs.

ZENTENOS BARROS, JULIO:

“Recopilación de Leyes y Decretos Supremos sobre Colonización”. (1810-1896). 2da. Edición. Publicada por el Ministerio de Colonización. Imprenta Nacional, Moneda 73, Santiago. 1896. Fotocopiada. 1.464 págs.

ZEBALLOS, ESTANISLAO S.:

“La Conquista de Quince mil leguas”. Estudio de la traslación de la Frontera Sud de la República de Río Negro. Buenos Aires. Imprenta de Pablo E. Coni, especial para obras. Calle Alsina 60. 1878. Fotocopiada, 370 págs.

ZEBALLOS, ESTANISLAO S.:

“Viaje al país de los Araucanos”. Librería Hachette S. A. Buenos Aires. 1ª Edición. 1881. 2a Edición. 1960. Fotocopiada. 489 págs.

ZOLLINGER, JUAN:

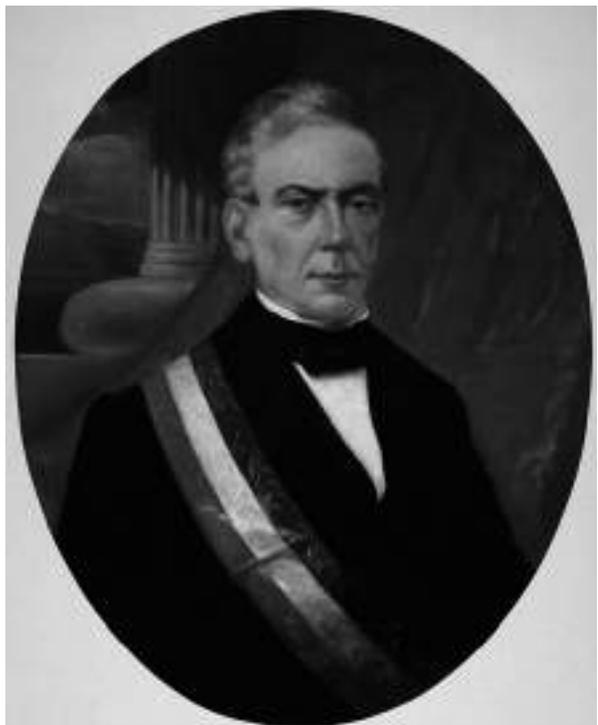
“El tesoro de Villarrica”. (Novela, Realidad y Fantasía). Editorial Gutiérrez. Temuco. 1950. Chile. 101 págs.

ZUMAETA ZÚÑIGA, HÉCTOR:

“Bibliografía selectiva sobre la cultura Mapuche”. Pontificia Universidad Católica de Chile, Sede Regional Temuco. Mimeografiada. 154 págs.



Federico Errázuriz Zañartu (1825-1877). Presidente de la República entre 1871 y 1876. Fuente: www.memoriachilena.cl



José Joaquín Pérez Mascayano (1800-1889). Presidente de la República entre 1861 y 1871, en cuya administración inició Cornelio Saavedra la campaña destinada a ocupar la Araucanía. Fuente: www.memoriachilena.cl



Aníbal Pinto Garmendia (1825-1884). Presidente de la República entre 1876 y 1881). Fuente: www.memoriachilena.cl



Domingo Santa María González (1825-1889). Presidente de la República entre 1881 y 1886, bajo cuyo gobierno se completó la ocupación de la Araucanía. Fuente: www.memoriachilena.cl



José Manuel Balmaceda Fernández (1825-1889). Ministro de Relaciones Exteriores y Colonización entre el 18 de septiembre de 1881 y el 19 de abril de 1882 hasta el 5 de septiembre de 1885. Presidente de la República entre 1886 y 1891. Fuente: www.memoriachilena.cl

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Abarca Kessie, Abraham. 597
Abarzúa Gerlach, Roberto. 545
Abrego, Nuño de. 87
Acevedo, Diego de. 113
Acevedo y Zúñiga, Gaspar de (Conde de Monterrey). 217
Acuña y Cabrera, Antonio de. 268 - 269 - 276 - 557
Adriazola, Juan Fco. 395
Aguar, Miguel de. 278
Aguirre, Francisco de. 57 - 74 - 80 - 91 - 115 - 141 - 702
Aguirre, Hernando de. 132
Aillacuriche (cacique) 289 - 291
Aillavilú (cacique) 219 - 221 - 238
Ainavilu (cacique) 279
Alaba y Norueña, Francisco de. 249
Alarcón, Benito. 666
Alarcón, Gervacio. 362 - 669
Alarcón, Luis. 670
Albala, Hnos. 676
Albarracín y Urrutia. 593 - 595 - 659
Albarracín, Tomás. 586
Alcaide, Pedro. 199 - 200
Alderete, Jerónimo de. 48 - 50 - 87 - 107 - 141 - 566
Aldunate, Luis. 602
Alejo (Mestizo) 279 - 280 - 281 - 362
Almagro, Diego de. 39 - 40 - 42 - 43
Alonso. 62 - 63 - 66
Alonso, Pedro. 201
Alvarado, Juan de. 86 - 103
Alvarez de Acevedo, Tomás. 337 - 339 - 341
Alvarez de Luna, Juan. 123 - 156 - 157 - 165
Amat y Juniet, Gabriel de. 322 - 323 - 324 - 329
Amunátegui, José Domingo. 445 - 467 - 470
Analicán (cacique). 340
Ancamullo (cacique)
Ancalevi, Juan. 326

Ancanamún (cacique) 171 - 176 - 177
Ancatemu, Pedro. 326
Andresico. 105
Anganamon (Cacique). 221 - 236 - 237 - 238 - 246 - 357
Ansieta, Raimundo. 498
Ansotegui, Juan. 290
Antehuenu (cacique) 264
Antúnez, Carlos. 584
Añasco, Juan de. 307 - 210
Aquaviva, Claudio S.J. 226 - 231 - 243
Aramburo, Marco de. 193
Aranda, Martín de, S.J. 238 - 331 - 357
Araneda, José de la Cruz. 579
Aránguiz, Gregorio. 579
Aravena, Juan de la Cruz. 679
Aravena, Pedro María. 451
Arce, Alberto. 554
Argomedo, Valericio. 483
Arias, Sor Concepción del Sgdo. Corazón de Jesús. 666
Ariza, Martín de. 56 - 60
Arteaga Alemparte, Justo. 474 - 476
Arredondo, José Vicente. 498
Arriagada, Benito. 514
Arriagada, Marco Aurelio. 452 - 461 - 463 - 582 - 645 - 647
Arrieta, Raimundo. 602 - 622
Astorga, Francisco de, S.J. 278
Astorga, Marquesa de. 115
Astraín, Padre, S.J. 244
Audermatt, Bernardo d'. 683
Avenidaño y Velasco, Miguel de. 82 - 105 - 108 - 111 - 145
Avila, Pedro de. 55
Avilés y del Fierro, Gabriel. 345 - 346
Ayala, Juan José. 451
Azócar, Santiago de. 157

B

Badia, Fray Zenón. 396
Balboa Mogrovejo, Juan de. 284

Balmaceda, José Manuel. 478 - 584 - 585 - 589 - 612 - 658 - 664 - 665 - 669 - 706 - 713
Balmaceda, Vicente. 669
Balmaceda Censano, Juan. 329
Ballacey Cottereau, Enrique. 659
Barahona, Diego de. 146
Barahona, Manuel Ramón. 513
Barba, Juan. 180 - 181
Barba, Luis. 88
Barbosa, Mauricio. 420
Barbosa, Orozimbo. 447 - 466 - 467 - 471
Barra, Juan. 553
Barrenechea, Julio. 695
Barrera, Gaspar de la. 149 - 151 - 160
Barros, Pedro. 538
Barros Arana, Diego. 114 - 363
Baquero, Lorenzo. 195
Bascuñán Guerrero, Francisco. 401
Bascones, Fray Juan de. 194
Bastidas, Juan Antonio. 511
Bastidas, Rodrigo de. 201 - 202 - 566 - 567
Beaucheff, Jorge. 370
Beauchemín, Hipólito. 532
Becerra, Alonso. 201 - 202
Beck de Ramberga, Guido (obispo). 682
Belmar, Juan de Dios (Pbro.) 679 - 691
Beltrán, Juan. 199 - 200
Bello, Jerónimo. 180
Benavente, Conde de. 115
Benavente, Eulogio. 421
Benavente, Luis José. 425
Benavides, Vicente. 362 - 365 - 486
Benavides Medina Liñan y Torre, Ambrosio de. 337
Berbgh, Ernesto. 594
Bernal de Mercado, Lorenzo. 63 - 121 - 126 - 128 - 129 - 131 - 133 - 136 - 137 - 139 - 140 - 144 - 145 - 146 - 148 - 152 - 153 - 154 - 156 - 160 - 162 - 240
Bernardo (el ermitaño). 216
Berroeta, Félix. 324 - 325

Biel, Gustavo. 590
Bobadilla, Luis. 64 - 78
Boballier, Eugenio. 597
Bocardo, Antonio. 331 - 362
Bohon, Juan. 43
Bonaparte, José. 348
Bonaparte, Napoleón. 348
Bonifacio, Luis. 92
Bonifaz, Gaspar. 284
Borgoño, José Manuel. 370 - 371 - 372
Bravo de Saravia, Diego. 219
Bravo de Saravia, Melchor. 141 - 142 - 143 - 145 - 146 - 148
Bravo, Juan. 276
Bretón, Reinaldo. 312 - 330
Briviescas de Muñatones. 116
Briceño, Juan de Dios. 521
Briones, Plácido. 659
Brower, Enrique. 265
Brüner y Cía; José. 676
Bulnes, Manuel. 370 - 373 - 381 - 388 - 389 - 420 - 440 - 497 - 512
Bullock, Dillman. 674
Burgos, Bonifacio. 498 - 547 - 554
Burgos, José D. 425
Burgos, Manuel. 467
Bustamante, José Javier de. 388
Bustamante, Fray Pablo de. 199 - 200
Bunster Bunster, José T. Alejandro. 537 - 545 - 590 - 605 - 607 - 608 - 609 - 610 -
616 - 637 - 639 - 640 - 662 - 663 - 674 - 676
Bunster, Manuel Virginio. 673
Bunster, José Onofre. 538

C

Cabrera. 78
Cabrito, Salvador. 325 - 327 - 329 - 331
Cagigal del Solar, Mateo. 302
Calvucura, Juan (cacique). 499
Calvucoi, Juan (cacique) 399 - 452 - 464 - 490 - 492
Calderón. 155

Calderón, Francisco. 422
Calderón, Melchor. 226
Calderón, Tomás. 285
Calzada, Lorenzo de la. 201
Callaucura, Alonso (cacique) 380
Campo, Francisco del. 67 - 181 - 182 - 185 - 194 . 195 . 197 - 207 - 210 - 240
Campos M., Enrique. 19
Campos, Juan de Dios. 579
Campos, María. 305
Camus, M. (ingeniero). 597
Canero, Antonio. 370
Cano y Aponte, Gabriel. 304 - 305 - 308 - 310 - 311 - 312 - 313 - 314 - 316 - 317-
318
Cano, Diego. 78 - 88
Canto, José María del. 568 - 573 - 647
Cárdenas, Juan de. 78
Carilevu, Juan Francisco (cacique). 334
Carinao (cacique). 541
Carlos II. 285 - 291
Carlos III. 324 - 328 - 331 - 333
Carlos IV. 348
Carlos V. 22 - 45 - 46 - 52
Caro, Adán. 656
Carte, Romilio. 658
Carter, Pedro. 536 - 542 - 545
Carvajal, Luis de. 166
Carvallo, Viviano. 445
Carranza, Diego de. 136
Carrera Iturgoyen, Ignacio de la. 268 - 272 - 279 - 285 - 286 - 287
Carrillo, Marcia. 198
Casanueva, Carlos E. 660
Castañeda, Fco. de. 86
Castañeda, Gregorio de. 52 - 132 - 143
Castellón, Carlos. 557 - 558 - 559 - 575
Castilla, Gabriel de. 170 - 171 - 182
Castilla, Jerónimo. 139
Castillo, Pedro del. 91 - 114
Castro, Francisco. 284

- Castro, Ricardo. 521
Catricura, Juan (cacique). 326
Catrileo (cacique). 427 - 441 - 449 - 462 - 464 - 471 - 486 - 488 - 494
Caupolicán (toqui). 22 - 60 - 61 - 62 - 99 - 105 - 105 - 106 - 107
Cavendish (pirata). 166
Cavero, Margarita. 592
Cayul (cacique). 463
Cayunao (cacique). 545
Caz, Martín del. 130
Cerde y Sotomayor, Cristóbal de la. 247
Cid, Pascual. 422 - 534 - 575
Cid, Pedro. 439
Cimbrón, Fray Dionisio (obispo). 284
Cisneros, Agustín de (obispo). 53 - 116 - 176 - 264 - 677 - 678
Cisternas, Pedro. 91
Coila (cacique). 463
Coliman (cacique). 552
Colipi (cacique). 464 - 494
Colipíes (cacique) 449
Coliqueo (cacique). 552
Coloma, Domingo. 656
Coloncura, Juan (cacique). 499
Concha, Bernardo. 531
Concha, José de Santiago. 304 - 437
Constancio (padre capuchino). 397
Contardo, Luis Felipe. 696
Contardo, Prudencio (obispo). 683
Contreras, Joaquín. 425
Contreras, Juan. 446
Contreras Navia, Sergio (obispo). 683
Contreras Solar, Manuel. 535 - 539 - 546 - 562 - 564 - 646
Coñuepan, Antonio (cacique). 486 - 541
Córdoba, Fernando. 249 - 250 - 252 - 253 - 254
Córdoba y Figueroa, Alonso de. 268 - 290 - 291
Córdoba y Figueroa, Pedro. 281 - 291
Coronas, Alonso de. 56 - 61 - 63
Cortés, Leonardo. 52
Cortés, José Olegario 2°. 425 - 658

Cortés, Pedro. 176 - 213 - 239 - 240
Cortés Monroy, Pedro. 130 - 212 - 219 - 221 - 223
Cortés Ojeda, Francisco. 111
Cristóbal (cacique). 210
Crusoe, Robinson. 302
Cruz, Arístides. 399
Cruz, Manuel A. 521
Cruz Calvo, José. 466
Cruz Prieto, José María de la. 395
Cuba, Cristóbal de la. 49
Cueva, Luis de la. 176
Curamilla (cacique). 340
Cuminagüel (cacique). 201 - 202
Curihueque (cacique). 381
Curilipe (cacique). 342
Curiñancu (cacique). 326 - 331

CH

Chabari, Anna. 201
Chabari, Marcos. 196 - 197 - 198 - 199 - 200
Chacón, Gaspar. 53
Cheuquel (cacique). 575
Chequemilla (cacique). 486
Chicahuala, Antonio (cacique). 264

D

Dávila Coello y Pacheco, Diego de. Marqués de Navamorquende. 286
Dávila Larraín, Benjamín. 617
Daza, Domingo. Pbro. 679
Defoe, Daniel. 302
Délano, Guillermo. 663
Delgado, Pascual. 309
Del Pozo y Silva. 302
Díaz, Alonso. 154 - 162 - 163
Díaz, Diego. 64
Díaz, F. Cantalicio. 422
Díaz B., Joaquín. 606
Díaz, Rosauero. 381 - 421 - 511

Diez de Medina, Francisco Tadeo. 347
Domínguez y Cía., Eleuterio. 625 - 626
Doncel, Gaspar. 209 - 210
Dreves, Federico. 665
Drouilly, Martín. 561 - 574 - 575 - 576 - 577 - 579 - 580 - 613 - 620
Dublé Almeyda, Baldomero. 691
Dublé Urrutia, Diego. 691
Duquihuala (cacique). 326
Durand, Luis. 518 - 647 - 693 - 694

E

Echaurren, Francisco. 490 - 494 - 495
Echeverría, Feliciano. 521
Echeverría, Francisco de Borja. 611 - 612 - 617
Echeverría Recabarren, Diego. 501 - 668
Eickenrostt, Augusto. 645
Encina, Francisco Antonio. 49 - 91 - 160 - 363
Enchelmayer, Constantino. 626
Epulef (cacique). 565
Epulco (cacique). 439
Eraso, Domingo de. 136
Ercilla y Zúñiga, Alonso de. 76 - 81 - 82 - 291 - 562 - 570 - 571
Erízar (Erices), Martín de. 230
Errázuriz, Isidoro. 542 - 552
Errázuriz, Zócimo. 554
Errázuriz Echaurren, Federico. 597 - 566
Errázuriz Zañartu, Federico. 500 - 511 - 516 - 711
Escala, Erasmo. 420
Escalona, Sancho de. 70
Escandón, Francisco Antonio de. 314 - 317
Escobar, Andrés de. 82 - 87
Escobar Ibacache, Pedro de. 172
Escobedo (licenciado). 88
Eslava, Rafael. 313 - 314
Espíñeira, Ángel (obispo). 325 - 327 - 328 - 329 - 332
Esteban, Pedro. 112
Esterripa, Luisa. 347

F

Felipe II. 92 - 96 - 107 - 113 - 115 - 139 - 141 - 145 - 149 - 152 - 159 - 161 - 168 - 180 - 226 - 677 - 686

Felipe III. 204 - 205 - 224 - 243 - 245 - 246

Felipe IV. 245 - 246 - 250 - 254 - 257 - 260 - 269 - 282 - 284 - 285

Felipe V. 294 - 302 - 312 - 320

Fernández, Francisco. 422

Fernández de Almendra, Juan. 84

Fernández de Córdoba, Luis. 688

Fernández de Córdoba, Pablo. 201

Fernández de Córdoba, Pedro. 216

Fernández de Rebolledo, Juan. 249

Fernando VII. 348 - 365

Ferrebú, Juan Antonio. 386 - 386

Figueroa, José M. 606 - 608

Figueroa, María de. 199

Figueroa, Ricardo. 507

Figueroa y Córdoba, Alonso de. 268

Figueroa y Santillán, Beatriz de. 129

Flores, Bartolomé. 138

Flores de Valdés, Diego. 159

Fonck, Guillermo. 593

Fontalba, José. 315

Fourcade Nambrad, Marcelo. 676

Freire, Francisco. 621

Freire Andrade, Diego. 330

Freire Serrano, Ramón. 364 - 366 - 367 - 387 - 388

Fuentealba, Joaquín. 313

Fuente, José Manuel de la. 573 - 574

Fuente Villalobos, Francisco de la. 266 - 276

Fuentes, Duque de. 192

Fuentes Río, Emiliano. 602 - 622 - 658

Fuentes Río, Rodolfo. 663

Fuentes Río, Severo. 598 - 670

Fuenzalida, Demófilo. 452 - 481 - 483 - 484 - 487

Fuenzalida, Sor María del Carmen. 666

Fuenzalida Guzmán, Gilberto (obispo). 681

G

- Gaete, Francisco de. 276
Galdames de la Vega, Francisco. 183
Galvarino. 98 - 100
Gallegos, Fray Juan. 91
Gallegos, Mateo. 310
Gallegos, Pedro. 280
Gana, José Francisco. 426 - 498 - 499 - 501 - 511
Gandarillas, Pedro Nolasco. 659 - 660
García, Antonio. 465
García, Diego. 70
García, Guillermo. 663
García, Manuel. 405
García, Rafael. 658
García Carrasco, Francisco Antonio. 348 - 350
García de Altamirano, Diego. 89
García de Cáceres, Diego. 160
García de Castro, Lope. 110 - 112
García de la Huerta, Manuel L. 668
García Oñez de Loyola, Martín. 22 - 168 - 172 - 185 - 194 - 678
García Ramón, Alonso. 162 - 169 - 172 - 184 - 185 - 194 - 197 - 213 - 215 - 216 -
221 - 224 - 234
Garzo, José Manuel. 536 - 644
Garzón de Garricochea, Alejandro. 303
Garretón, Juan Antonio. 323
Garrido, Miguel. 291
Garro, José. 291 - 292
Gasca, Pedro de la. 46
Gaspar (cacique). 210
Gavilán, Manuel. 544
Gerlach, Eduardo. 545 - 670
Gil Negrete, Francisco. 219
Godinez, Juan de. 88 - 89 - 144
Godoy, Pedro. 420
Godoy Alcayaga, Lucila. 695
Gómez, Luis Enrique. 645
Gómez, Nemesio. 663
Gómez de Almagro, Juan. 61 - 64 - 69 - 70

Gómez de Alvarado. 40 - 41
Gómez de Bravo, Bartolomé. 280
Gómez de Silva, Miguel. 286
Gómez de Vidaurre, Felipe. 353
Gómez Romera. 181
Góngora Marmolejo, Alonso de. 42 - 44 - 46 - 63 - 66 - 78 - 79 - 83 - 103 - 106 -
119 - 128 - 134
González, Ángel Custodio. 689
González, José Timoteo. 491
González, Mancio. 130
González Balcarce, Antonio. 364
González Montero, Diego (obispo). 303
González Montero, Diego. 272 - 282 - 287
González de Carvajal, Fray Rodrigo. 677
González de Nájera, Alonso. 208 - 219
González de San Nicolás, Fray Gil (obispo). 91 - 132 - 157
Gorostiaga, Alejandro. 582 - 599 - 658
Gottz, Sor Margarita de Santa Ana. 666
Grant, Juan. 548 - 568 - 573
Guajardo, Sor Ángela de San Miguel. 666
Guaquillauquén (cacique). 264
Guerrero, Agapito. 645
Guevara, Tomás. 132 - 159 - 176 - 191 - 246 - 261 - 334 - 363 - 381 - 382 - 399 -
427 - 428 - 440 - 499 - 500 - 516 - 531 - 542 - 556 - 558 - 561 - 563
Guill y Gonzaga, Antonio. 325 - 326 - 327 - 328 - 329
Gutiérrez, José Antonio. 471
Gutiérrez, Juan Napoleón. 521
Gutiérrez de Altamirano, Julián. 55 - 82 - 127
Gutiérrez de Valdivia, Francisco. 125
Guzmán, Luis Enrique de (conde de Alba de Liste). 276
Guzmán, Martín de. 109
Guzmán y Peralta, Alonso de. 338

H

Hardtmann, Rodolfo. 665
Hartl de Laufen, Guillermo (obispo). 682
Hariat, Juan Bautista. 580
Henríquez, Juan. 287 - 288 - 289 - 292

Heras, Juan Gregorio de las. 420
Hermosilla. 574
Hermosilla, Santos. 425
Hernández, Jerónimo. 162
Hernández Ortiz, Francisco. 195 - 209 - 211
Herrera, Juan de. 114 - 117 - 122 - 658
Hilaria, Sor. 667
Hillman, Carlos. 584 - 590
Hillman - Mayers. 593
Hinojosa, Fray Jerónimo. 232
Holley, Adolfo. 498 - 658
Hoyo, Sebastián del. 84
Huaiquilao (cacique). 498
Huaiquimir (cacique). 575
Huechumán, Nicolás (cacique). 427
Huenchecal (cacique). 399 - 533
Huentemu (cacique). 339
Huenul (cacique). 558 - 559
Huenuante, Mariano. 597
Hueñumán, Pascual (cacique). 334
Hueramán (cacique). 381
Huınca Pinoleví (cacique). 399 - 427 - 462
Hurtado, Juan. 157
Hurtado de Mendoza, Andrés. 89 - 90 - 96
Hurtado de Mendoza, García. 22 - 36 - 66 - 68 - 71 - 89 - 90 - 91 - 96 - 114 - 117 -
120 - 141 - 166 - 167 - 168 - 170 - 186 - 533 - 686 - 687

I

Ibancos, Miguel de. 264
Ibáñez de Peralta, Francisco. 294 - 301
Ibarra, Álvaro de. 277
Igantaru (cacique). 172
Illangulién (cacique). 137
Iribarren, Amadeo. 594
Izquierdo, Rafael. 331

J

Jacobs, Emilio. 497

Jaraquemada, Juan. 223 - 233 - 234
Jáuregui, Agustín de. 333 - 334 - 335 - 336 - 337 - 345 - 346
Jiménez, Juana. 78
Jiménez, de Lorca, Andrés. 243
Jobet, Jorge. 695
Jobet, Julio César. 695
Jofré, Francisco. 175
Jofré, Juan. 116 - 137 - 144
Jofré, Luis. 173 - 178 - 180
Jofré, Ramón. 422
Jofré Loaiza, Mayor. 688
Jorquera, Miguel. 660
Juan de Austria. 284
Juan León (cacique). 154
Jufre, Juan. 85 - 89 - 120

K

Klusse, César. 665

L

Labarca, Placido (obispo). 680
Lacroix, Enrique. 594
Ladrilleros, Juan de. 95
Lagos, Pedro. 426 - 438 - 441 - 451 - 452 - 481 - 487 - 528
Lagunillas, Fray Juan de. 178
Lamero Gallegos Andrade, Hernando. 91 - 92
Lantaño, Clemente. 362
Lara, Luis de. 282
Lara Marchant, Horacio. 364
Larenas, Alejandro. 536 - 548 - 562 - 565 - 566 - 568 - 581 - 582 - 646
Larenas, Enrique. 367
Lastarria, Demetrio. 665
Lastarria, José Victorino. 474 - 475 - 476
Lastarria, Miguel de. 346
Lastarria, Víctor Aurelio. 585 - 591 - 592
Lautaro (cacique). 62 - 65 - 76 - 84 - 85 - 86 - 87 - 88 - 89 - 90 - 91 - 95 - 109 - 355 - 360
Lazarte, Juan de. 125

- Lazo de la Vega, Francisco. 254 - 255 - 256 - 257 - 258 - 259 - 260 - 261 - 269 - 689
Loza, Fray Pedro. 239
Leay, Roberto E. 670
Leguía, Antonio. 209
Levián (cacique). 332
Levoepillán (cacique). 315
Leiva, Genaro. 579
Leiva, Pedro de. 111 - 120
Lemunao (cacique). 452 - 499
León, Juan de. 200
León Gallo, Pedro. 474 - 476
Leonetti, Fray Estanislao María. 491 - 492
Lepín (cacique). 439
Letelier, Ambrosio. 483 - 488
Letelier, Emeterio. 420
Levenier (ingeniero). 597
Liencura (cacique). 264
Lientur (cacique). 252 - 253 - 255
Lincopichón (cacique). 261 - 264 - 265
Lira, Máximo. 668
Lisperguer, Juan Rodolfo. 121 - 176 - 219
Lisperguer, Pedro. 143 - 135 - 140 - 160 - 161
Lisperguer Flores, Catalina. 215 - 219
Lizárraga, Fray Reginaldo. 678 - 679
Lobillo, Ambrosio. 315
Loble (cacique). 136 - 138 - 139 - 140
Loncomilla (cacique). 258 - 464
Loncoñanco (cacique). 221
Longonaval (cacique). 140 - 148
Lope de Zúñiga, Diego. 113
López (lenguaraz). 427
López, Francisco. 335
López, Juan Esteban. 446
López de Zúñiga, Francisco (marqués de Baidés). 259 - 260 - 262 - 265 - 266
Losada, Juan de. 152
Lozano, Beatriz. 201
Luna, Ana de. 199
Luna, Isabel de. 201

LL

Llanquítur (cacique). 341 - 342

M

Mackay, Juan Guillermo. 670

Mahotiere, Luis Roberto de la. 593

Maldonado, Diego de. 52 - 54 - 56

Maldonado, Gabriel. 70 - 74

Maldonado, Pedro. 52

Maluenda, Juan de. 201 - 567

Mallinkrodt, Sor Paulina de. 667

Manchiqueo (cacique). 545

Manguil o Mañil (cacique). 399 - 438 - 525

Manrique, Leonardo. 70

Manríquez, Andrés. 532

Manso de Velasco, José Antonio. 296 - 318 - 319 - 320

Marán, Francisco de Borja José de. (obispo). 338 - 339 - 342 - 344

Marchant, José María. 521 - 546

Mariana de Austria. 285

Marivil (cacique). 552

Marihual (cacique). 495 - 496 - 497 - 525 - 533

Marilevu, Francisco (cacique). 334

Marileo (cacique). 533

Mariluán (cacique). 20 - 369 - 371 - 372 - 381 - 387 - 452 - 459 - 533 - 549

Marín, Evaristo. 535 - 536 - 542 - 547

Marín de Poveda, Tomás. 292 - 294

Marinan (cacique). 439 - 462

Mariño de Lobera, Pedro. 59 - 60 - 71 - 106

Márquez de la Plata, Florencio. 660

Martín, Gabriel. 198

Martín de Alba, Juan. 74

Martínez de Aldunate. 325

Martínez de Leiva. 182

Martínez de Rozas, Juan. 338 - 346 - 349 - 350

Martínez Rioseco, Zenón. 658

Marzán, David. 498

Mata Ruiz, Juan de. 422

Mathieu, Beltrán. 521 - 538 - 668

- Mathieu, Bertrand. 371
Matta, Manuel Antonio. 474 - 476
Matta Linares, Francisco de la. 342
Maturana, Marcos. 420 - 442 - 446
Matus, Pedro. 428
Mayaud, M. (ingeniero). 593
Mayaud, Esteban Pablo Ernesto. 681
Mayers, S.H. 582 - 593
Maza, Domingo de la. 381 - 422
Maza, Lorenzo de la. 605
Maza, Máximo de la. 658
Maza, Rómulo de la. 532
Medellín, Fray Diego de (obispo). 65 - 158 - 161 - 216
Melivilu (cacique). 554
Melin, Alejo (cacique). 531
Melin, Domingo (cacique). 464 - 488
Melin, Gustavo (cacique). 595
Melitacún, Miguel (cacique). 315
Mella, Eduardo. 647
Menchaca Lira, Alejandro (obispo). 683
Méndez, Ismael (Pbro.) 661 - 679
Mendieta. 154
Mendoza, Anselmo. 647 - 694
Mendoza, Felipe de. 91 - 93 - 98 - 104 - 105 - 107
Meneses, Francisco. 283 - 284
Menick (pirata). 166
Merino, Vicente. 579
Merlo de la Fuente, Luis. 221 - 222 - 223 - 234
Meza, Pedro de. 94 - 96
Michimalonco (cacique). 68
Millaguir, Nolasco (cacique). 381
Millalleuvu, Juan (cacique). 315
Millañir, Santiago (cacique). 395
Millapán (cacique). 294 - 554
Mira, Andrés de. 70
Misqui (cacique). 282
Mistral, Gabriela. 695
Mogrovejo, Toribio de. 179 - 284

Molina, Jerónimo de. 281 - 285
Montalván, Diego S.J. 238
Montes Claros, Marqués de. 223 - 229 - 231 - 232
Montesa, Cándida de. 116
Montri (cacique). 439 - 468 - 486 - 489 - 490 - 491 - 492 - 499 - 533
Montt, Jorge. 666
Montt, Manuel Antonio. 398 - 400 - 401 - 448
Montt, Pedro. 628
Monzón (licenciado). 141
Morales Castejón, Francisco Javier. 330 - 331 - 333
Morales, Cristóbal de. 195
Morcillo, Fray Diego de. 314
Moya, Diego de. 315
Moya, Juan de. 58
Mujica, Alonso de. 265
Mujica, Martín de. 266 - 267 - 268 - 269
Munive, Antonio de. 286
Muñoz, Anfión. 567
Muñoz, Benito. 579
Muñoz, Eduardo. 659
Muñoz de Guzmán, Luis. 347 - 348
Muñoz de Vargas, Juan. 95 - 96
Muñoz Bezanilla, Francisco. 521
Muñoz Mena, Mauricio. 462 - 463 - 464 - 466 - 469 - 496
Muñoz Vargas, Bernardo. 548 - 562 - 565 - 615

N

Nahuelhual (cacique). 576
Nahueltripai (cacique). 427 - 451 - 490 - 492
Nahuelvuri (cacique). 213
Namoncura (cacique). 576
Nampai, Manuel (cacique). 426
Namuncura (cacique). 498 - 561
Narborough, John. 289
Naucopillán (cacique). 172
Navalvuri (cacique). 208
Navarro, Leandro. 492 - 498 - 706
Neculbual (cacique). 380

Neculmán (cacique). 486 - 552
Negrete, Juan. 78
Neruda, Pablo 695 - 696 - 697
Nerrian (cacique). 463 - 465
Nidos, Mencia de los. 79
Nieto, José. 536
Nieva, Conde de. 113 - 116 - 129 - 133 - 139
Niño, Pedro. 70
Núñez, Alonso (Pbro.) 200
Núñez, Francisco. 201
Núñez de Pineda, Alvaro. 249 - 253 - 274 - 688
Núñez de Pineda y Bascuñán, Francisco. 253 - 274 - 279 - 290 - 688 - 689

O

O'Higgins, Ambrosio. 67 - 297 - 330 - 331 - 335 - 336 - 337 - 338 - 339 - 340 - 341 -
342 - 344 - 345 - 353
O'Higgins, Bernardo. 336 - 364 - 386 - 387 - 440
Ojeda, Thayer. 83
Olascoaga, Manuel J. 560 - 567
Olavarría, Miguel de. 169
Oliva, José Mercedes. 579
Olivares, Miguel de, S.J. 706
Olmos de Aguilera, Pedro. 87 - 177 - 678
Onfray, Carlos. 422
Onfray, Federico. 607
Onfray, María Luisa. 673
Oña, Gregorio de. 151
Oña, Pedro de. 151 - 687 - 688
Oñate, Lizardo. 595
Oñate, Padre, S.J. 243
Ordóñez Delgadillo, Pedro. 160
Orellana, Francisco de. 211
Orense, Gaspar de. 52
Oro, Diego de. 50 - 64
Ortiz, Alonso. 107
Ortiz, José Luis. 521
Ortiz, Urbano. 594
Ortiz de Atenas. 218

Ortiz de Gatica, Rodrigo. 209
Ortiz de Rosas, Domingo. 320 - 321 - 322 - 329
Ortiz de Zárate, Juan. 151
Ortiz de Zárate, Hernando. 73
Ortiz de Zúñiga, Alonso. 144
Ortiz de Zúñiga, Hernando. 73 - 78 - 84 - 677
Ortiz Nieto de Gaete, Diego. 678
Ortiz Oviedo de Gaete, Diego. 55
Ortiz Pacheco, Juan. 88
Osoros de Ulloa, Pedro. 248 - 249 - 254
Osorio, Mariano. 364 - 365
Ossa, Juan Nicolás. 536 - 537
Ovalle, Alonso, S.J. 186 - 241
Ovando, Francisco José. 320
Oyarzún, Francisco José. 576

P

Pacheco, Alonso. 55
Páez de Castillejo, Pedro. 167
Paillal, Francisco (cacique). 541
Paillamacu (cacique). 219
Paineo (cacique). 575
Painemal (cacique). 486 - 552
Panchulef (cacique). 565
Pardo de Maldonado, Arias. 127
Parra, Domingo de la. 259
Pascual, Cid. 422 - 534 - 575
Pastene, Juan Bautista. 50 - 55
Paz, Ana de la. 201
Paz, Inés de la. 201
Pelantaru (cacique). 171 - 172 - 174 - 176 - 181 - 208 - 221 - 241 - 242
Peña, Policiano. 544
Peñaloza, Martín de. 132
Peñaloza Briceño, Diego. 167
Perales, Ramón. 466
Pereda, Bernardo. 172
Peredo, Ángel de. 283 - 284 - 287
Pereira, Juan Albano. 342

- Pérez, Bartolomé. 172 - 280
Pérez, Francisco. 583 - 658
Pérez, José Bernardo. 579 - 583
Pérez, José Joaquín. 579 - 653
Pérez, Pedro José. 670
Pérez de Espinoza, Juan, O.F.M. (obispo) 239
Pérez de Quezada, Hernán. 97
Pérez de Villagrán, Bartolomé. 172 - 280
Pérez de Zurita, Juan. 136 - 140
Pérez García, José. 281 - 343 - 353
Pérez Rosales, Vicente. 360
Pescara, Marqués de. 42
Petehuelen (cacique). 110
Peucón (cacique). 440
Philippi, Bernardo. 360
Picó, Juan Manuel del. 365 - 368 - 369 - 386 - 387
Pichinhuala (cacique). 381
Pichunmanque (cacique). 334
Pichunlao (cacique). 533
Pincheira Hnos.: Antonio, Pablo, Santos, José Antonio. 362 - 367 - 369 - 370 - 372 - 373 - 380 - 386 - 387 - 388
Pineda, Rodrigo de. 129
Pino, Joaquín del. 347
Pinto, Aníbal. 371 - 517 - 527 - 539
Pinto, Juan Bautista. 235
Pinto Arias, José Manuel. 438 - 439 - 440 - 461 - 469 - 479 - 480 - 487 - 501 - 632
Piñas, Padre Baltasar, S.J. 226 - 235
Piñeiro, Félix. 670
Piñera Carvallo, Bernardino (obispo). 683
Pío IV. 677
Pissis, Amado. 574
Pizarro, Francisco. 39 - 42 - 45 - 46
Pizarro, Gonzalo. 45
Placencia, María de. 201 - 286
Pleiteado, Francisco de Paula. 669
Poblete, Juan Agustín. 579
Poison, Eugenio. 538
Ponce de León, Luis. 270

Porter Cazanate, Pedro. 277 - 278 - 279 - 281 - 283 - 284 - 285 - 362
Pozo (Padre) 65
Pradel, Bernardino. 399 - 400
Prieto Vial, Joaquín. 368 - 372 - 388
Puelma, Francisco. 401
Puga, Emilio. 670
Punan (cacique). 512 - 561
Purrán (cacique). 499

Q

Quempuante (cacique). 255 - 257 . 258
Queupo (cacique). 578
Quijada, Pedro. 341 - 342
Quilahueque, Faustino (cacique). 439 - 450 - 451 - 452 - 486 - 489 - 490 - 491 -
492 - 493 - 494 - 495
Quilapán, José Santos (cacique). 427 - 438 - 441 - 449 - 452 - 468 - 469 - 480 - 482 -
485 - 486 - 487 - 489 - 490 - 491 - 492 - 493 - 494 - 495 - 496 - 498 - 500 - 511 -
512 - 525 - 528 - 533
Quillapi (cacique). 367
Quiñones, Antonio (hijo de Francisco). 184 - 185
Quiñones, Francisco. 178 - 179 - 180 - 182 - 183 - 184
Quiñones, Diego de. 55
Quiroga, Antonio de. 154
Quiroga, Miguel de. 294
Quiroga, Nicolás de. 156
Quiroga, Rodrigo de. 44 - 74 - 97 - 98 - 101 - 112 - 114 - 119 - 121 - 133 - 139 - 140 -
141 - 143 - 152 - 154 - 155 - 157 - 159 - 186

R

Raigada, Juan de la. 121 - 134
Raiman (cacique). 463
Ramírez, Eleuterio. 488 - 522 - 528
Rapimán (cacique). 290 - 291 - 463
Ravaneda, Fray Cristóbal de. 161
Rebolledo, Tomás. 381
Recabarren, Manuel. 536 - 540 - 542
Reinoso, Alonso de. 76 - 97 - 104 - 105 - 107 - 121 - 143
Reucura (cacique). 576

- Reumai (cacique). 576
Reyes, Judas Tadeo. 337
Reyes, Neftalí. 671
Reyes, Pablo (Pbro.) 661 - 679
Rezabal y Ugarte, José. 345 - 346
Ribera y Zambrano, Alonso de. 191
Riberos, Francisco de. 54 - 114
Ricci Hnos. 625 - 627 - 628
Ricci, Jorge. 629
Ríos, Gonzalo de los. 114 - 216
Ríos, Luis de los. 369
Rioseco, Matías. 538 - 542 - 545 - 546
Riva, Juan de. 104
Rivas, Celestino. 670
Rivera, Juan de Dios. 368
Rivera, Jusepe de la. 180
Rivera, Leoncio. 670
Rivera, Alonso de. 185 - 533
Riveros, Andrés. 201
Roa y Alarcón, José Tomás. 342
Roca, Julio A. 560
Rodríguez, Domingo A. 576 - 577 - 578
Rodríguez, Juan de Dios. 513
Romero, Esteban. 552
Romero Hodgges, Manuel. 523 - 564
Rondini, Fray Juan Julián. 567 - 631
Rondón, Fray Antonio. 678
Rosales, Bruno. 645
Rosales, Diego de, S.J. 61 - 91 - 196
Rosales, Juan Bautista. 427 - 454
Rosas, Fray Martín de. 199
Roza, Juan de la. 661
Rugg, Santiago. 446
Ruiz, Eusebio. 362
Ruiz, Vicente. 521
Ruiz de Gamboa, Lope. 120 - 124 - 125
Ruiz de Gamboa, Martín. 134 - 138 - 144 - 145 - 153 - 154 - 156 - 157 - 159
Ruminot, Manuel Modesto. 535 - 536 - 548

S

Saavedra Rodríguez, Cornelio. 20 -110 - 164 - 320 - 360 - 390 - 399 - 400 - 401 - 405 - 406 - 419 - 420 - 421 - 429 - 430 - 432 - 433 - 437 - 441 - 448 - 453 - 460 - 461 - 465 - 471 - 477 - 478 - 479 - 494 - 496 - 500 - 501 - 507 - 510 - 517 - 524 - 526 - 528 - 547 - 560 - 565 - 567 - 573 - 589 - 627 - 631 - 632 - 635 - 668 - 711

Sáez, Polidoro. 547

Salamanca, Manuel de. 319

Salamanqués, Juan. 284

Salazar, José. 275

Salazar, Juan. 273 - 275

Salazar, Juana de. 272

Salaverry, Pedro. 594

Salinas Fuenzalida, Augusto (obispo). 683

Salvo, Domingo. 439

Saucedo, Pedro. 198

Sánchez, Juan (mestizo). 219

Sánchez, Juan Francisco. 364 - 365

Sánchez Beguiristáin, Manuel (obispo). 183

Sánchez de la Barreda y Vera, Fco. 317 - 318

Sánchez Fontecilla, Evaristo. 659

Sánchez Ruiz, Francisco. 625

Sandoval, José María. 645

San Miguel, Fray Antonio de. (obispo). 53 - 149 - 157 - 158 - 216 - 226 - 267

Santa Cruz, Caupolicán. 545

Santa Cruz Calaumana, Andrés de. 389

Santa María, Antonio Narciso de. 324 - 330 - 331

Santa María, Domingo. 557 - 581 - 583 - 584 - 712

Santiago Concha, José de. 304 - 347

Santillana, Hernando de. 90 - 111

Santos Fernández. 672

Santos Fernández, Julio. 672

Santos Fernández, Tito. 672

Sarria, Álvaro. 115

Schmidt Weissel, Teodoro. 536 - 538 - 542 - 558 - 599 - 602 - 604 - 622 - 665 - 684

Segarra Ponce de León, Arnao. 85

Seguel, Dionisio. 362

Selkirk, Alejandro. 302

Semanat, Baltasar de. 330 - 331 - 332 - 335 - 336 - 345

Señoret, Leoncio. 434
Sepúlveda, Daniel. 422 - 431 - 670
Sepúlveda, José Jesús. 656
Sepúlveda, Ricardo. (Pbro.) 70 - 681
Serra (licenciado). 142
Sforzini, Luis A. 670
Silva, Enrique. 545
Silva, Miguel de. 173 - 180 - 240
Silva Arriagada, Nicanor. 496
Silva - Rivas (concesión). 626
Silva Santiago, Alfredo (obispo). 683
Slater, Juan. 589
Sobrino, Gaspar, S.J. 240 - 244
Solís, Sebastián. 442
Soto, Martín. 326
Soto Salas, José Antonio. 669
Sotomayor, Alonso de. 159 - 181 - 185 - 193 - 194 - 212 - 215 - 228 - 533
Sotomayor, Emilio. 426
Sotomayor, Luis de. 160
Sotomayor, Rómulo. 644 - 646 - 647
Stern (ingeniero) 597

T

Taipilafquén (cacique). 331
Talaverano, Francisco. 132
Talaverano, Gallegos, Fernando de. 211 - 241 - 242
Tappa, Pedro. 429
Tatlock, Alfredo. 627
Tejeda (soldado). 197
Tesillo, Santiago de. 259
Tihista, Bautista. 594
Tirapegui, Nicolás. 399
Tocornal, Manuel Antonio. 429 - 434
Toledo, Francisco de. 151 - 168
Toledo, Luis de. 91 - 92 - 94 - 96 - 97 - 100 - 109
Toledo y Leiva, Pedro de (Marqués de Mancera). 265
Toledo y Leiva, Sebastián de. 265
Torre, Luis de la, S.J. 218

Torres, Alonso de. 91
Torres, Diego de, S.J. 236
Torres y Vera Aragón, Juan de. 142 - 149
Toro, José María. 514
Toro Herrera, Alfonso. 576
Toro Zambrano y Ureta, Mateo de. 350
Tounens Orélie, Antoine de. 427 - 467
Traslaviña, José Clemente. 321 - 322 - 332
Trintre (cacique). 441 - 523
Trizano, Hernán. 525 - 642
Turenlipe (cacique). 236 - 238 - 243
Tureunau (cacique). 315

U

Ulloa, Francisco de. 97
Ulloa y Lemos, Lope. 242 - 247
Unzueta, Joaquín. 437 - 438
Urasandi, Domingo de. 201 - 202
Urbaneja, Luis de. 175
Urdanegui, Juana de. 292
Urdanuz, Domingo (Pbro.) 680
Uribe Burgos, Germán (Pbro.) 679
Uriburu, Napoleón. 560
Urmeneta (Ministro de Estado). 398 - 537
Urria, Antonio de. 310
Urrutia, Domingo. 680
Urrutia, Leopoldo. 660
Urrutia, Fray Miguel. 680
Urrutia, Pedro G. 658
Urrutia Anguita, Teodorinda. 691
Urrutia Vásquez, Basilio. 441 - 511 - 512 - 513 - 514 - 515 - 517 - 521 - 523 - 524 - 528 - 538 - 632 - 691
Urrutia Venegas, Gregorio. 444 - 467 - 469 - 471 - 510 - 523 - 524 - 525 - 528 - 547 - 548 - 554 - 562 - 563 - 566 - 580 - 582 - 586 - 607 - 631 - 646

V

Vaca, Francisco. 136
Valdivia, Luis de, S.J. 122 - 207 - 214 - 215 - 216 - 218 - 221 - 224 - 226 - 229 - 231 - 233 - 234 - 242 - 243 - 245 - 246 - 357 - 360 - 388

Valdivia, Pedro de. 22 - 24 - 41 - 43 - 45 - 46 - 61 - 70 - 79 - 110 - 115 - 116 - 117 -
125 - 128 - 140 - 144 - 149 - 186 - 267 - 328 - 472 - 557 - 566 - 667 - 685 - 686
Valencia, Fortunato. 562 - 565
Valenzuela, Federico. 497
Valenzuela T., Francisco. 679
Valiente, Andrés. 176
Valle, Juvencio. 695
Vallejo, Antonio de. 90
Vallejos, Hernando. 171
Varas, Antonio. 30 - 390 - 398 - 414 - 442
Vargas, Fidel. 399
Vargas, Francisco de, S.J. 262
Varela y Waddington. 606 - 607 - 608 - 609 - 610 - 739
Vechi, Horacio, S.J. 238
Vega, Fabián de. 290
Vega, Juan Ángel de la. 311
Velasco, F. 665
Velasco, Francisco de. 178
Velasco, Luis de. 170 - 185 - 225
Velásquez de Villagra, Ana. 115
Vélez de Medrano, Fca. Javiera. 305
Venegas (teniente). 574
Venegas, Diego. 680
Venegas, Egas. 142
Ventura, Bautista. 92
Vera, Juan de. 52
Verdugo, Fermín. 425
Verdugo, Juan. 323
Verdugo, Plácido. 323
Verdugo Cavada, Ignacio. 692
Vergara Correa, José Luis. 583 - 658
Vergara Albano, Aniceto. 669
Verniory, Gustavo. 593
Vial, Manuel Camilo. 683
Vial, Ramón. 668
Vicario, Cedenó. 201
Vicuña Mackenna, Benjamín. 203 - 363 - 542 - 708
Vidal Gormaz. Francisco. 442 - 446 - 447

Vidaurre Leal, Juan. 402
Videla, Benjamín. 399
Vielma, Francisco (lenguaraz). 439
Vigneaux, Eduardo. 592
Vilumilla (cacique). 310 - 311
Villagra, Francisco de. 52 - 54 - 55 - 58 - 72 - 73 - 75 - 82 - 84 - 86 - 87 - 89 - 91 -
103 - 107 - 113 - 115 - 122 - 129 - 132 - 177 - 187 - 328
Villagra, Gabriel de. 54 - 63 - 66 - 72 - 76 - 78 - 84 - 85 - 198 - 199 - 201 - 202
Villagra, Pedro de. 47 - 48 - 50 - 51 - 52 - 54 - 61 - 63 - 72 - 81 - 82 - 83 - 87 - 88 -
121 - 124 - 127 - 128 - 129 - 130 - 133 - 134 - 136 - 138 - 140 - 141 - 154 - 240
Villagra, José Manuel. 422
Villagra, Lorenzo. 428 - 439
Villagra, Tiburcio. 422
Villagrán, Baltazar de. 178
Villagrán, José Antonio. 420
Villalón, Vicente. 420 - 421
Villamil Blanco, Manuel. 669
Villanueva Soberal, Alfonso de. 259 - 266
Villegas, Conrado E. 560 - 561 - 577 - 607 - 608
Villegas, Jerónimo de. 103 - 104
Villela, Juan de. 227 - 228 - 229 - 231
Viscarra, Pedro de. 167 - 172 - 173 - 174 - 175 - 176 - 177 - 178 - 197 - 211
Vitelleschi, S.J. 243 - 245
Vivanco, Benjamín. 596 - 664
Vivanco, Francisco. 342
Viveros, Andrés de. 200
Von Deling. 590
Vutapichón (cacique). 254 - 255 - 258

W

Winter, Augusto. 693
Wormald, Benito. 496

Y

Yáñez, Juan Buenaventura. 644 - 645
Yáñez Saravia, Ramiro. 151
Yávar, Tomás. 521

Z

Zapata, Juan María. 362 - 368

Zapata, María. 201

Zapatero, Juan. 339

Zavala Bruno, Mauricio de. 318

Zelada, Enrique. 576

Zúñiga, José Antonio. 373 - 396

Zúñiga, Juan de. 281 - 284

